
THE LIBRARY OF CONGRESS
1800

APUNTES

PARA

LA HISTORIA DE LA GUERRA

ENTRE

México y los Estados-Unidos.



INTRODUCCION.

No tenemos por objeto en esta Introduccion el encarecimiento hipócrita de nuestras tareas; tampoco queremos prevenir su censura: no es nuestro propósito escribir aquí una disertacion sobre los males públicos, ni un discurso acerca de las dificultades y de la utilidad que ofrece la historia de los sucesos contemporáneos. Nuestra intencion se limita únicamente á referir con sinceridad la manera con que han sido formados estos "APUNTES," para colocar al lector en el punto de vista conveniente, y que pueda juzgar de ellos y considerarlos con todos los defectos de que por su naturaleza deben adolecer, y con todas las ventajas que pueden haberles comunicado sus circunstancias especiales.

En fines del año próximo pasado nos reuniamos en Querétaro varios amigos, sin mas objeto que proporcionarnos una tertulia escogida. Las conversaciones recaian frecuentemente sobre las desgracias del pais; lamentábamos el comun infortunio; discurriamos segun nuestros caracteres y opiniones sobre su orígen; y divagándonos en la relacion de las batallas de que algunos habiamos sido testigos, de los secretos en que nos hallábamos otros iniciados, sin compromiso de guardarlos, citando algunos, como comprobacion de sus asertos, documentos importantes que poseian por una concurrencia de circunstan-

cias particulares, nos ocurrió el pensamiento de ordenar nuestros recuerdos, de dar trabazon á los datos que en nuestro poder existian, encargándose los concurrentes indistintamente del desempeño de esta tarea.

Hasta entonces el deseo dominante fué la inversion útil del tiempo: muy distantes de publicar nuestras lecturas, sin un plan meditado, sin la ligazon debida, eran simples y desordenadas apuntaciones, en que cada cual estampaba segun su ingenio, ya sus impresiones, ya sus raptos de imaginacion, ya sus recuerdos de patriotismo y ternura, ya sus afecciones ó sus prevenciones mas íntimas, ya sus juicios imparciales ó apasionados, segun su profesion, su edad, su carácter, y el punto en que lo habian colocado los sucesos.

Las lecturas suscitaban acaloradas discusiones, en que campeaba la franqueza; pero se resentian algunos artículos, como acaso se notará, de cierta divagacion, cierta incoherencia, que hoy constituye, si no el principal, sí el mas notable defecto de la obra.

No obstante, las personas estrañas á nuestra tertulia, notaban, no sin alentarnos á la prosecucion de nuestra empresa, que se habia obsequiado hasta en sus ápices la verdad histórica, que la independencia de los juicios aparecia algunas veces hasta con atrevida libertad, y que la malicia no habia concurrido en nada á desfigurar la narracion severa de los acontecimientos.

Así alentados, estendimos con audacia nuestras miras: ensanchamos, tal vez demasiado imprudentes, nuestras pretensiones, y dominando el deseo de indagar la verdad, nos propusimos, despues de realizar importantes reformas, publicar con el título de "Apuntes," la coleccion de nuestros artículos.

Se dispuso y se observó constantemente encargar á determinada persona del capítulo que designábamos: todos contribuiamos á colectar los documentos oficiales y el mayor acopio de datos particulares: despues se discutia en lo general el artículo, para observar lo que se habia omitido ó lo que se mencionaba indebidamente; hecho esto, se repetia la discusion párrafo á párrafo, decidiendo en caso de disputa la mayoría por medio de votaciones.

Para mas asegurarnos de la verdad y de la imparcialidad de nuestros escritos, quisimos distribuir los trabajos de modo, que los testigos de un hecho diesen sus apuntes, y con ellos y otros datos los redactara distinto individuo.

Ademas, nos comprometimos á que la responsabilidad de la obra toda fuese comun, para que todos nos empeñásemos en la depuracion escrupulosa de los hechos, y que ninguna pasion rastrera ni mira alguna bastarda, desnaturalizase nuestro objeto principal.

Cuando se trató de los costos que podria sacar la obra, nos propusimos sufragarlos entre todos, sin pretender ni aceptar mas proteccion que la del público, porque el historiador, segun el dicho feliz de un contemporáneo, debe escribir *sin pasion y sin pension.* No tememos perder; pero la parte de especulacion no solo ha sido secundaria, sino de poquísima importancia, puesto que por grande que fuese la utilidad, dividida, como debe ser entre muchos, no compensaria la tarea asidua, la responsabilidad moral, y los disgustos particulares que puede acarrearnos nuestra empresa.

Diremos una palabra mas acerca de la imparcialidad que hemos querido que domine en nuestros "APUNTES." Entre nosotros hay personas que juzgan con dura severidad la conducta del general Santa-Anna; otras, exaltadas contra los vicios del ejército, así como individuos demasiado indulgentes con el uno y con los otros: en estos casos, cuando divididas las opiniones no ha sido posible determinar con claridad un hecho, se ha procurado decidir, respetando siempre la verdad histórica, por los que han opinado con mayor indulgencia. Lo mismo se ha practicado respecto de los generales y gefes menos visibles.

Por último, se nombró una comision para que formase una censura mas tranquila y sesuda de nuestros "APUNTES," y les diese la ordenacion posible, rectificando y corrigiendo los artículos pasados á su revision.

Réstanos solo manifestar nuestra sincera gratitud á nuestros colaboradores y corresponsales, por los servicios importantes y desinteresados que nos han dispensado.

Tal es la manera con que hemos formado nuestros "APUNTES." El público va á fallar sobre su mérito.

México, Agosto 11 de 1848.

Los Redactores.

REDACTORES.

Alcaraz, don Ramon.

Barreiro, don Alejo.

Castillo, don José María.

Escalante, don Félix María.

Iglesias, don José María.

Muñoz, don Manuel.

Ortiz, don Ramon.

Payno, don Manuel.

Prieto, don Guillermo.

Ramirez, don Ignacio.

Saborío, don Napoleon.

Schiafino, don Francisco.

Segura, don Francisco.

Torrescano, don Pablo María.

Urquidi, don Francisco.

CAPITULO PRIMERO.

ORIGEN DE LA GUERRA.

Al contemplar el estado de abatimiento y ruina á que la funesta guerra con los Estados-Unidos del Norte ha reducido á la República Mexicana, doloroso es por cierto tener que volver los ojos atrás para investigar las causas de este inmenso trastorno; pero sin la esplicacion de los antecedentes que dieron lugar al rompimiento de las hostilidades, nuestra obra quedaria trunca, y faltaria á los hechos la claridad con que deben presentarse al exámen del mundo civilizado. Es de esperarse por otra parte que la dura leccion que hemos recibido, nos sirva para reformar nuestra conducta, obligándonos á tomar las precauciones necesarias para que no se repitan las desgracias acaecidas; y para que de esa leccion se saque todo el fruto posible, conviene no olvidar los errores que hemos cometido, y prepararnos á parar con tiempo los golpes con que nos amagan la ambicion y la perfidia.

La República Mexicana, tan privilegiada por la naturaleza, llena de los elementos que forman una nacion grande y feliz, tuvo entre otras desgracias, que no es del caso mencionar, la de estar situada en la vecindad de un pueblo fuerte y emprendedor. Emancipada de la metrópoli, falta de la esperiencia que no pudo adquirir mientras sus destinos se rigieron por manos estrañas, envuelta por dilatados años en el torbellino de incesantes revoluciones, presentaba una presa fácil al que quisiera emplear en su contra una fuerza respetable. Su situacion desventajosa no podia ocultarse á las miradas escudriñadoras de los Estados-Unidos, que en acecho de las ocasiones favorables á sus proyectos, los llevaron adelante por mucho tiempo ocultamente y bajo de cuerda, hasta que puestos en el disparadero, tuvieron que arrojar la máscara y descubrir sin embozo los planes de su política audaz y dominadora.

Para esplicar, pues, en pocas palabras el verdadero orígen de la guerra, bastaria decir que la ha ocasionado la ambicion insaciable de los Estados-Unidos, favorecida por nuestra debilidad; pero este aserto, por mas verídico y fundado que sea, necesita la confirmacion que vamos á darle con hechos pasados á la vista del mundo entero, y cuya evidencia no dejará duda de la exactitud de nuestros conceptos.

Al sacudir los Estados-Unidos del Norte el yugo de la madre patria, aparecieron constituidos desde luego en una nacion poderosa, merced á los buenos elementos de gobierno establecido desde que no eran mas que simples colonias. Esa república anunció desde su nacimiento que estaba llamada á representar un papel importante en el mundo de Colon; y sus rápidos adelantos, y el aumento progresivo y asombroso de su territorio, y la multiplicacion no interrumpida de sus habitantes, y el poder formidable que ha ido adquiriendo por grados, son otras tantas pruebas de que ha de llegar á ser un coloso, no solo para las naciones débiles de la América Española, sino aun para los viejos pueblos del antiguo continente.

Los Estados-Unidos no esperaron el auxilio del tiempo para sus planes de engrandecimiento: desde los primeros dias de su independencia adoptaron el proyecto de estender sus dominios, y desde entonces no se ha desviado su política una sola línea de estas ideas. Su conducta, sin embargo, no descubria á las claras tales miras; pero los hombres pensadores, que examinaban los sucesos, no tardaron en conocerlas; y el conde de Aranda, á cuya prevision no se ocultaron los

fines que se proponian los Estados-Unidos, dijo aquellas célebres palabras, que hoy debemos mirar como una profecía comprobada por los acontecimientos. ☞"Esta nacion ha nacido pigmea: tiempo vendrá en que llegará á ser gigante, y aun coloso muy temible en aquellas vastas regiones. Su primer paso será apoderarse de las Floridas para dominar el Golfo de México."☜

La ambicion de los norte-americanos no se conformaba con esto: quisieron desde un principio estender sus dominios de tal suerte, que quedasen de señores absolutos de casi todo este continente. A dos se pueden reducir sus ideas dominantes en este punto: una, sujetar á sus leyes y dominacion toda la América hasta el istmo de Panamá: otra, abrirse paso por tierra para el Mar Pacífico, y hacerse de buenos puertos que pusieran en boga á su navegacion. De esta suerte, estableciendo de cualquier modo una comunicacion fácil y de pocos dias entre ambos océanos, ninguna nacion podria competir con ellos: la misma Inglaterra tendria que ceder el campo á su afortunada rival; y ésta, dueña del comercio del mundo entero, poco tardaria en tocar al punto de engrandecimiento á que aspira.

En el corto espacio de unas tres cuartas partes de un siglo, los sucesos han venido á comprobar la existencia de esos planes y su pronta realizacion. La República Norte-Americana ha absorbido ya territorios pertenecientes á la Gran Bretaña, á la Francia, á la España y á México: ha empleado todos los medios para lograrlo, así la compra como la usurpacion, lo mismo la astucia que la fuerza; y nada la ha detenido cuando ha tratado de adquirir terrenos. Succesivamente ha caido en su poder la Luisiana, las Floridas, el Oregon, Tejas: tiene ya asegurada la posesion de las Californias, Nuevo-México y gran parte de otros Estados y Territorios de la República Mexicana, y por mas que queramos alucinarnos con que esas pretensiones llegarán ahora á su término, y que disfrutarémos de una paz y tranquilidad inalterables durante mucho tiempo, los antecedentes todos que hay en la materia deben desengañarnos de que subsistiendo, como han de subsistir, los mismos planes de dominacion en los Estados-Unidos, se ha de pretender realizarlos, y hemos de vernos envueltos nuevamente, mas tarde ó mas temprano, en otra ú otras guerras desastrosas, hasta que el pabellon de las estrellas ondée sobre el último palmo del terreno que tanto se codicia.

Tristes son en verdad estas consideraciones; pero su exactitud

se demuestra con mas claridad á medida que se examina con mayor detenimiento el fin constante que hemos visto que se ha propuesto la república vecina. Como punto de partida hemos fijado nosotros la época de su independencia, por ser desde entonces cuando de un modo mas declarado se pensó en esa dominacion tan vasta; pero si dirigiéramos la vista aun á tiempos mas remotos, observariamos que los primeros ocupadores de los Estados-Unidos siguieron igual política, y que los hijos de Washington no hacen mas que imitar la conducta de sus ascendientes.

En efecto, los súbditos de la Gran Bretaña, á quienes las convulsiones políticas y religiosas de su patria, obligaron á buscar en climas lejanos la libertad de conciencia y la tranquilidad que se goza bajo un gobierno pacífico, se establecieron en las regiones de la América Septentrional, donde no tardaron en apoderarse de las posesiones de los infelices indígenas, transformándose de mezquinos arbustos en árboles frondosos de espesas ramas, cuyas raices se estendian muy á lo lejos. Y entonces como despues, todos los medios les parecieron adecuados, todos los recursos admitidos, desde la compra legal de los terrenos hasta su adquisicion por el esterminio completo de las razas; siendo de notarse, sin embargo, que se dió la preferencia á los medios violentos, y que fueron muy contados los que siguieron las huellas del respetable Guillermo Penn.

Como los paises sujetos á la dominacion española lindaban con el territorio de los Estados-Unidos, á ellos se dirigieron los primeros tiros de esta potencia. Despues de la guerra de 1779, y de las conquistas hechas en su curso por el general Galvez, la España adquirió á virtud del tratado de paz de 1783 la absoluta propiedad y posesion de las Floridas oriental y occidental, hasta la márgen izquierda del Mississipí. Ya desde antes la misma nacion se habia hecho de parte de la Luisiana, es decir, de la isla con la ciudad de Nueva-Orleans, por donacion voluntaria de la Francia en el año de 1764, con lo que quedó de dueña reconocida de aquel pais que habia estado pasando de mano en mano por cesiones anteriores.

La habilidad diplomática de los gobernantes de la union, sacó grandes ventajas para su nacion del tratado de amistad, límites y navegacion, celebrado en 1795 entre España y los Estados-Unidos. Los americanos ganaron cerca de un grado en toda la estension de la línea divisoria que separaba las Floridas de su territorio, y adquirie-

ron los terrenos mas feraces de ambas Floridas, oriental y occidental, así como los rios que bajan de la Georgia y del Mississipí, el importante punto de Natches y otros fuertes de grande utilidad para la defensa de la frontera. Estas ventajas se aseguraron en la nueva convencion celebrada en 1802 entre las mismas potencias.

Despues de este paso, lo que inmediatamente pretendieron los Estados-Unidos, fué la interesante adquisicion de la Luisiana. Esta provincia de que estaba la España en posesion, segun se ha visto mas arriba, pasó á poder de la Francia en el año de 1800, por el tratado de S. Ildefonso, firmado por D. Mariano Luis de Urquijo y el general Alejandro Berthier. El objeto con que se celebró fué el del engrandecimiento en Italia del infante duque de Parma, á quien la república francesa se obligaba proporcionar un aumento de territorio con el título de rey y todos los derechos anexos á la dignidad real. En cambio de esta concesion, S. M. C. se comprometia por su parte á retroceder la provincia de la Luisiana, con la misma estension que tenia actualmente en poder de la España, y tenia cuando la poseia la Francia, y tal como debia estar con arreglo á los tratados concluidos subsecuentemente entre España y otros Estados.

Como en virtud de la retrocesion, la Luisiana habia vuelto á poder de la Francia, con esta nacion se entendió la americana para la adquisicion de la mencionada provincia. La compra fué el camino adoptado entonces para el aumento del territorio. Prévias las negociaciones correspondientes, Bonaparte, primer cónsul en esa época, vendió la Luisiana á los Estados-Unidos en la cantidad de sesenta millones de francos. Aquí debemos advertir, como un hecho interesante, que en la cesion hecha por la España á la Francia, no se pensó en demarcar los límites de la provincia referida; y aunque se habian fijado desde el tratado de paz de Paris de 1763, aquel olvido ó negligencia dió luego lugar á cuestiones de trascendencia, promovidas si se quiere de mala fe, pero que se hubieran podido evitar con solo la precaucion importantísima del señalamiento de límites.

Otro de los errores graves que en esa vez cometió la España, es sin disputa el de no haber estipulado que no pudiera enagenarse la Luisiana hasta despues de algun tiempo. Conociendo luego aquella potencia la falta en que habia incurrido, trató de remediarla, y logró en efecto del embajador frances esta declaracion; pero Bonaparte, sin cuidarse de tales antecedentes, procedió á celebrar la venta con los

Estados-Unidos. El marques de Casa Irujo, ministro de España en Washington, protestó contra semejante acto, y tal vez esto hubiera producido algun efecto favorable. Por desgracia el rey Cárlos IV, cuya política débil no osaba presentar resistencia al hombre estraordinario que se anunciaba ya como el dominador de la Europa, temió que la protesta irritara á Bonaparte en su contra, é hizo que la levantara el embajador.

La adquisicion de la Luisiana debe considerarse como de inmensa importancia para los Estados-Unidos: con ella se duplicó la estension de sus terrenos; y aquel pais, que en poder de la España, lejos de producirle ventajas, le era perjudicial y gravoso, se convirtió en una fuente inagotable de riquezas, que supieron esplotar las manos emprendedoras é industriosas en que habia caido. Y como á la vez progresaban tambien los demas Estados de la Union, y como los beneficios que resultaron de la adquisicion de la Luisiana estendieron su saludable influencia por toda la república, los elementos de prosperidad que encierra se desarrollaron cada dia mas rápidamente, aumentándose de una manera gigantesca su poder.

Por un notable contraste, para nosotros fué un suceso desgraciado aquella adquisicion, que nos proporcionó una vecindad bien poco apetecible. De la Luisiana á Tejas no habia ya mas que un paso: la venta de esa colonia habia roto el dique que contenia aún el torrente que se desbordó luego sobre México.

Constantes los norte-americanos en sus planes de absorcion, luego que se vieron dueños de la Luisiana, tendieron sus redes á la vez al resto de las Floridas y á la provincia de Tejas, paises ambos que permanecian aún bajo la dominacion española. Emplearon entonces distinta táctica: la astucia y la fuerza abierta les sirvieron de armas contra una nacion, decaida desde antes de la fuerza y la gloria que la hicieron un dia la primera del mundo, é incapaz en ese tiempo de defender sus colonias ultramarinas, porque tenia que emplear todas sus fuerzas para rechazar en su suelo propio la invasion del estranjero.

Y en verdad que la situacion de la España era la mas favorable á las miras ambiciosas de la República de Washington. Aprovechándose ésta de la crísis terrible por la que pasaba aquella, envió emisarios, agentes y espías á México, Venezuela, Santa Fe y otros puntos, á recoger datos y noticias, y abrir el camino que les facilitara despues la consecucion de sus planes. Ya anteriormente habia hecho

frecuentes esploraciones para proporcionarse noticias geográficas y estadísticas, á lo que contribuyeron no poco los viajes de los capitanes Pike, Lewis y Claik. Con el conocimiento, pues, de todos los antecedentes, ya no estaban mas que en acecho de una ocasion oportuna: la invasion de la península por los franceses se las presentó.

Así es que, sin que la España les hubiera dado motivo alguno de queja, en medio de la paz, sin prévia declaracion de guerra, las autoridades americanas procuraron revolucionar, y sus tropas ocuparon en 1810 en la Florida occidental el Distrito de Baton–rouge, y en 1812 el de Mobila, observando la misma conducta que despues con Tejas. Para paliar el atentado escandaloso que se cometia, el presidente declaró que aquellos territorios les pertenecian, como parte integrante de la Luisiana; y aquí se empiezan ya á notar visiblemente las consecuencias que produjo la no demarcacion de sus límites. La usurpacion continuó luego: en la misma Florida occidental, el general Jackson llegó hasta Panzacola, mientras otro cuerpo de tropas penetraba en la Florida oriental. Siguió á poco la ocupacion de la isla Amalia: despues la toma de los castillos de San Márcos y Barrancas; y todos estos actos de hostilidad (fuerza es repetirlo) se cometian contra una nacion con la que se vivia en paz. Y los males que son inevitables en la guerra, por la naturaleza misma de este azote de los pueblos, se agravaron por la crueldad que en esas campañas desplegó el general Jackson contra los infelices indígenas.

A la ocupacion violenta de las armas precedia ó seguia la declaracion de los cuerpos legislativos, que procuraban sancionar tales hechos con sus determinaciones. Por este principio, una acta del congreso incorporó á los dominios de Norte–América, el Distrito de Baton–rouge. El mismo congreso autorizó al ejecutivo para que se apoderara á viva fuerza de la isla Amalia, de Mobila y demas territorios de la Florida occidental, y así se verificó, despues de lo cual otra acta incorporó dichos territorios hasta Rio–Perdido.

Mientras el gobierno norte–americano se apoderaba así paulatinamente de las Floridas, no permanecia ocioso respecto de Tejas, sino que simultáneamente premeditaba su ocupacion, pues ya hemos observado que acometió ambas empresas á la vez. Confinaba Tejas por el este con la Luisiana, y separábalo de Coahuila el Rio Medina, estendiéndose su territorio hasta el presidio de Nuestra Señora del Pilar de los Adaes. Pertenecia tambien esta provincia á la corona de

España, que tuvo establecimientos allí desde el siglo XVI, á poco de haberse efectuado la conquista del poderoso imperio mexicano. Posteriormente, en el año de 1689, el capitan D. Alonso de Leon, que se hallaba entonces de gobernador de Coahuila, recibió órden del virey, marques de la Moncloa, de practicar el reconocimiento de la bahía del Espíritu Santo y del Rio San Márcos que desemboca en ella. En 1690 tomó posesion D. Alonso del territorio y fundó la mision de San Francisco de Tejas. Llegada al rey de España la noticia de estos sucesos, y conocida su importancia, mandó por real cédula de 12 de Noviembre de 1692 que se practicasen nuevos descubrimientos, y se emprendiese la navegacion del rio Codachos. Siguieron luego nuevas espediciones, de que resultaron las fundaciones de la Purísima Concepcion, San José, María Santísima de Guadalupe y otras. De esta manera, sin oposicion de ninguna especie, y usando del derecho que las naciones reconocian en aquellos tiempos para la adquisicion de territorios, los monarcas de España se hicieron dueños de toda la provincia de Tejas.

Grande hubiera podido ser el partido que un gobierno previsivo y perspicaz hubiera sacado de tan importante posesion. El terreno conocido con el nombre de Tejas se halla comprendido entre los 28 y 35° de latitud norte, y los 17 y los 25 de longitud oeste de Washington. Linda por el norte con el territorio de Arkanzas: por el este con el Estado de Luisiana: por el sur con el de Tamaulipas y Golfo de México; y por el oeste con Coahuila, Chihuahua y Nuevo-México. Tejas tiene sobre la mayor parte de los terrenos de la República la ventaja de encerrar en su seno rios hermosos y navegables, beneficio que es acaso el único que falta en casi todas las demas partes del suelo privilegiado de nuestra patria. Tejas, por su feracidad y por su riqueza, por su clima y por su situacion, cuenta con todos los elementos necesarios para prosperar como nacion en la agricultura, la industria, el comercio y la navegacion.

El provecho que les debia resultar de la posesion de ese pais, estimuló á los Estados-Unidos á procurarla á toda costa, porque á pesar de que sin necesidad de nuevas adqûisiciones tenian en sus terrenos propios mas de las dos terceras partes de ellos sin desmontar, los apreciaban en poco por ser incapaces de grandes progresos en la agricultura, á causa de la mala calidad del suelo y de la temperatura estremosa y desagradable en todas las estaciones. Acaso los arras-

traba tambien esa propension innata en los pueblos septentrionales de cambiar sus tristes regiones por los risueños climas del Mediodía.

Cuando los norte-americanos no eran todavia dueños de la provincia de la Luisiana, que colinda con Tejas, se promovió una guerra entre España y Francia, en cuyo reino era regente el duque de Orleans. Los franceses atacaron la mision de los Adaes, cuyo vecindario se trasladó á San Antonio de Béjar. El marques de San Miguel de Aguayo recobró el punto de los Adaes, y sus habitantes volvieron á sus hogares, de que estuvieron en tranquila posesion, sin volver á ser molestados. El frances Lasalle habia planteado antes un establecimiento momentáneo en la bahía de San Bernardo en 1685; pero su pronta desaparicion no dió lugar á que ni aun entonces se considerase aquel hecho como un acontecimiento importante.

Es, pues, una cosa incontestable que la España habia estado desde tiempos muy antiguos en esclusiva posesion de la provincia de Tejas. Jamas habia ocurrido á nadie que los límites de la Luisiana se estendieran hasta esa provincia, pretesto de que se valieron los norteamericanos para continuar sus usurpaciones, pretendiendo que la Luisiana llegaba hasta el Rio Bravo. Semejante concepto solo podia fundarse en gratuitas suposiciones, pues era evidente que al vender la Francia á los Estados-Unidos aquella colonia, no pudo trasmitirle otros derechos que los que habia recibido de la España. Ahora, es muy sabido que el tratado celebrado con esta potencia habia sido de simple retrocesion; y tanto la misma significacion de esta palabra, como el testo espreso de los artículos, quitaban toda duda sobre el particular. Por el tratado de San Ildefonso, la España retrocedió la Luisiana á la Francia con la misma estension que tenia actualmente en su poder, con la misma estension que tenia cuando la poseía la Francia, y tal como debia estar con arreglo á los tratados concluidos subsecuentemente entre España y otros Estados. Y ni en esa época de dominacion actual de España, ni en la anterior de posesion de la Francia, ni por ninguno de los tratados subsecuentes, habia tenido jamas la Luisiana la estension que quisieron darle despues los Estados-Unidos. Sus límites eran los que se habian fijado por el tratado de Paris, y el mismo Mr. Kerlerk en su descripcion la hacia terminar en Rio Rojo.

Pero sea como fuere, el plan que entonces se propuso el gobierno americano fué el de fundar sus pretensiones en aquella suposicion;

y alentado ademas por la facilidad con que sus agentes hacian sus esploraciones y recogian datos y noticias, comenzó por pedir como parte de la Luisiana el territorio que média entre los rios Mermenta y Sabina. Los comandantes de Tejas cometieron el acto de debilidad de celebrar un convenio, en que se estipuló que todo aquel pais quedase neutral y despoblado entre ambas potencias. La línea convencional corria entre los rios Mermenta y Carcassieu, seguia por Arroyo Hondo, pasaba entre el Adaes y Natchitoches, y concluia en el Rio Rojo. Se llamó Territorio-Contestado ó Disputado á todo el espacio comprendido entre dicha línea convencional y la orilla izquierda del Sabina. De esta convencion resultó que el año de 1806 mandaron los Estados-Unidos al general Wilkinson con órden de repeler á las fuerzas españolas, que á las órdenes del gobernador Herrera, estaban ya al este del Sabina. Y constantes en su próposito, continuaron los americanos en los años siguientes cometiendo nuevos actos de agresion y hostilidad contra la provincia de Tejas.

En el año de 1818, el general Lallemand y otros emigrados franceses, ocuparon sobre el Rio Trinidad, en la misma provincia, un punto que llamaron Campo de Asilo. Sin embargo, su permanencia allí fué demasiado corta, en razon de que no tardaron en abandonar la empresa por indicaciones del presidente Monroe. Tambien varios diputados americanos formaron un congreso en Nacodoches, en que resolvieron adjudicarse la tantas veces repetida provincia.

Desde el año de 1809 estaba en los Estados-Unidos con el carácter de enviado estraordinario y ministro plenitotenciario de España D. Luis de Onis, quien desde su llegada procuró con toda eficacia contener las usurpaciones de los americanos, y celebrar un tratado que de una vez terminara las cuestiones pendientes entre las dos potencias sobre límites, indemnizaciones y otros puntos. Vanos fueron sus esfuerzos durante muchos años para cumplir con el objeto de su mision: consiguiólo al fin en el de 1819, en que firmó en Washington, con el distinguido americano John Quiney Adams, entonces secretario de Estado, el famoso tratado de 22 de Febrero. La importancia de este documento exige que nos detengamos algo en su exámen.

Por el artículo 2.° S. M. C. cedió á los Estados-Unidos en toda propiedad y soberanía, todos los Estados que le pertenecian situados al este del Mississipí, conocidos bajo el nombre de Florida occidental y Florida oriental. Por el 3.° se señalaron los límites de ambas na-

ciones, razon por la que parece oportuno transcribirlo íntegro en este lugar. Dice así: "La línea divisoria entre los dos paises, al occiden-"te del Mississipí, arrancará del seno mexicano en la embocadura del "Rio Sabina en el mar; seguirá al norte por la orilla occidental de este "rio hasta el grado 32 de latitud; desde allí por una línea recta al nor-"te hasta el grado de latitud en que entra en el Rio Rojo de Natchi-"toches *Red River*, y continuará por el curso del Rio Rojo al oeste has-"ta el grado 100 de longitud occidental de Lóndres y 23 de Washing-"ton, en que cortará este rio, y seguirá por una línea recta al norte "por el mismo grado hasta el rio Arkanzas, cuya orilla meridional se-"guirá hasta su nacimiento en el grado 42 de latitud septentrional; y "desde dicho punto se tirará una línea recta por el mismo paralelo de "latitud hasta el Mar del Sur: todo segun el mapa de los Estados-Uni-"dos de Melish, publicado en Filadelfia y perfeccionado en 1818. Pe-"ro si el nacimiento del Rio Arkanzas se hallase al norte ó sur de di-"cho grado 42 de latitud, seguirá la línea desde el orígen de dicho rio "recta al sur ó norte, segun fuese necesario, hasta que encuentre el "espresado grado 42 de latitud, y desde allí por el mismo paralelo has-"ta el Mar del Sur. Pertenecerán á los Estados-Unidos todas las is-"las de los rios Sabina, Rojo de Natchitoches y Arkanzas, en la es-"tension de todo el curso descrito; pero el uso de las aguas y la nave-"gacion del Sabina hasta el mar, y de los espresados rios Rojo y Ar-"kanzas, en toda la estension de sus mencionados límites, en sus res-"pectivas orillas, será comun á los habitantes de las dos naciones. Las "dos altas partes contratantes convienen en ceder y renunciar todos "sus derechos, reclamaciones y pretensiones sobre los territorios que "se describen en esta línea, á saber: S. M. C. renuncia y cede para "siempre por sí y á nombre de sus herederos y succesores, todos los "derechos que tiene sobre los territorios al este y al norte de dicha lí-"nea; y los Estados-Unidos en igual forma ceden á S. M. C. y renun-"cian para siempre todos sus derechos, reclamaciones y pretensiones "á cualesquiera territorios situados al oeste y al sur de la misma lí "nea arriba descrita."

Por este tratado adquirieron los Estados-Unidos la propiedad de todo el territorio disputado, es decir, el situado entre Arroyo-Hondo y el Sabina; pero como acabamos de ver en la última parte del artí. culo 3.°, renunciaron á todos sus derechos y pretensiones sobre los territorios que antes habian ambicionado. Manifiesta era desde antes

para todo hombre sensato la injusticia de sus reclamaciones: el derecho de la España era claro é incontestable; sin embargo, los Estados-Unidos se servian de sus ideas infundadas como de un título legal para hacerse de nuevos dominios. Despues de la celebracion del tratado de Washington ya no pudo ser así: la mútua cesion de pretensiones fijó los límites de ambas potencias: los términos del convenio constituyeron la norma á que una y otra debian sujetar sus operaciones en lo succesivo; y por consiguiente, los Estados-Unidos se ataron las manos para reclamar los territorios situados mas acá del Sabina, porque al verificarlo, rompian un tratado solemne y destruian los vínculos en que el derecho de gentes afianza las relaciones de las sociedades que forman la gran familia humana.

Poco despues del arreglo de las diferencias entre España y la República de Washington, consumó México su independencia de la antigua metrópoli, á la que succedió por supuesto en el pleno goce de los derechos que le correspondian sobre los territorios que acababan de emanciparse de su dominacion. Los Estados-Unidos reconocieron la independencia de nuestra nacion á muy poco tiempo de haberse efectuado. En Noviembre de 1823 se presentó al congreso norte-americano el ministro de relaciones esteriores Mr. Henry Clay, cuya conducta posterior, digna de un eterno agradecimiento por parte nuestra, no ha desmentido aquel favorable antecedente, y manifestó la opinion del presidente sobre reconocer á México como nacion independiente y soberana. Las cámaras aprobaron la proposicion del presidente, siendo de notarse que el acuerdo salió casi por unanimidad. No hubo mas escepcion que la de un solo diputado, Mr. Randolf, quien se opuso al reconocimiento, prorrumpiendo en nuestra contra en los agravios y dicterios que despues nos han prodigado á manos llenas tantos compatriotas suyos.

Iniciado de una manera tan favorable el principio de nuestras relaciones con la nacion vecina, se trató de afianzarlas mas sólidamente con el envío de representantes, y á mediados del año de 1824 pasó D. Pablo Obregon á los Estados-Unidos con el carácter de ministro plenipotenciario. Por su parte aquella república envió á México, á principios del año siguiente, á Mr. J. R. Poinsett, que ha dejado entre nosotros una funesta celebridad. Ese enviado venia con el principal objeto de celebrar un tratado de amistad y comercio que estrechase las relaciones nacientes entre las dos potencias. El gobierno

mexicano entrō en discusiones con Poinsett en 1826 acerca del tratado de límites hecho con D. Luis de Onis, y desde entonces debió terminarse este negocio, que quedó pendiente por la apatía y morosidad con que se obró.

Reanudáronse luego las negociaciones, allanáronse las dificultades que se presentaban, y se logrō por fin que en 12 de Enero de 1828 se confirmara en México el tratado celebrado en Washington en 22 de Febrero de 1819. Las respectivas ratificaciones se cangearon en 5 de Abril de 1832, quedando desde entonces el asunto concluido, y obligadas las nuevas partes contratantes á estar y pasar por lo convenido, como lo habian estado igualmente las antiguas. Pero los Estados-Unidos, que no retrocedian un ápice de su antiguo y sostenido sistema, no apartaron los ojos de los productivos terrenos que codiciaban, y pensaban ya en los medios de apropiárselos, para estender el ámbito de los suyos, al mismo tiempo que reconocian los primeros como pertenecientes á una nacion amiga. Sin embargo, disimulados en su conducta, aparentaron la mejor voluntad para seguir con México en las relaciones mas pacíficas y cordiales, y nosotros hicimos otro tanto con la mejor buena fe, y en observancia del tratado de 5 de Abril de 1831. Despues de la muerte de Obregon quedó de encargado de negocios el secretario de la legacion D. Manuel Montoya; y en Octubre de 1828 fué nombrado D. José María Tornel ministro plenipotenciario. Por parte de los Estados-Unidos succedió Butler á Poinsett.

Para la adquisicion de Tejas habian pensado desde antes los agentes de esa república en la venta de sus terrenos, y la propusieron empeñosamente, aunque sin éxito, primero en 1825, y luego en 1827. El nuevo ministro, Mr. Butler, anunció tambien que queria negociar otro tratado de límites, pretension á que se opuso el gobierno mexicano; así es que, desengañados los americanos de que por este medio nada conseguirian, adoptaron otros mas eficaces; y cuando nuestras funestas revoluciones intestinas nos tenian ya debilitados, cuando uno de nuestros pronunciamientos derrocó el sistema federal, la mano enemiga que estaba preparada para darnos el golpe, se valió de este pretesto para insurreccionar al estado de Tejas, cuya poblacion, compuesta de emigrados, estaba ya pronta de antemano para promover la escision.

Mientras la provincia de Tejas permaneció en poder de los españoles, la escesiva prudencia y vigilancia del gobierno opuso un fuerte

dique á las pretensiones de los norte-americanos. Es verdad que habia ya algunos de ellos establecidos en los desiertos que bañan los rios San Jacinto, Brazos y Nueces; pero con muy pocas escepciones, se observaba estrictamente la política de no permitir la introduccion de estranjeros, y sobre todo, la permanencia en la frontera de tropas mandadas por gefes militares, con autoridad despótica é ilimitada, no habia dado lugar al aumento de la emigracion. Muy poco tiempo antes de la independencia de México, en el año de 1819, fué cuando el gobierno español concedió á Moises Austin la autorizacion correspondiente para formar en Tejas una colonia. Debióse principalmente esta concesion al celo que animaba al monarca de España por el fomento y proteccion de la religion católica. Moises Austin habia representado á sus sectarios como abatidos y despreciados y pedia los terrenos que se le concedieron, como un lugar de asilo en que los emigrados pudieran y debieran entregarse al libre ejercicio de aquella creencia.

Esteban Austin, hijo y heredero de Moises, continuó la obra comenzada por su padre, y dió principio á una vasta empresa de colonizacion desde 1820 entre los rios Brazos y Colorado. La emancipacion de nuestra república de la corona de España abrió una ancha puerta á la emigracion. Recibióse con los brazos abiertos á los estranjeros que pisaron nuestro suelo; pero la inesperiencia política de los gobiernos nacionales convirtió en una fuente de males un principio benéfico en sí y eminentemente civilizador, y la inmigracion que debia haber proporcionado brazos laboriosos á la agricultura, y servido á la industria y al comercio, dió por final resultado la segregacion de uno de los Estados mas importantes de la república, lo que nos envolvió luego en la guerra desastrosa actual.

Sin embargo, se tomaron al principio algunas disposiciones, cuya observancia quizás hubiera evitado el mal. Tal fué la de la ley en que se prohibió colonizar á los estranjeros limítrofes en aquellos Estados y territorios de la federacion que colindaran con sus naciones. Pero pronto se quebrantó este precepto, y en vez de emplear las precauciones que aconsejaba una sábia política, se caminó de errores en errores, sin prever las consecuencias trascendentales de semejante modo de obrar. La legislatura de Coahuila, que lo era ya tambien de Tejas por haberse reunido en un Estado ambas provincias, espidió en 24 de Marzo de 1825 su ley de colonizacion, en que decretaba:

"Que todos los estranjeros que en virtud de la ley general de 18 de "Agosto de 1824, deseasen establecerse en los terrenos del Estado de "Coahuila y Tejas, eran libres para hacerlo, y se les invitaba por esa "ley á verificarlo."

Pronto aceptaron esa invitacion los habitantes de los Estados-Unidos, que se veian en camino de prosperar por medio de su establecimiento en los terrenos que se les concedian. Agregábase á esto que se les brindaba con otras ventajas, no despreciables por cierto. Al darles las tierras, lejos de pedir remuneracion de ninguna clase, se otorgaron libertades á los colonos, esceptuándolos por diez años del pago de contribuciones; así es que, con este y otros privilegios, y libres por su gran distancia del centro de las vejaciones y males de que eran víctimas otros Estados, los nuevos vecinos de Tejas se encontraron en una posicion escelente, y su bienestar llevó á poco en su seguimiento á nuevos emigrados. Todos estos, con muy contadas escepciones, eran nativos de los Estados-Unidos, y conservaban en su nueva patria unas costumbres y manera de vivir enteramente conformes á las de sus compatriotas. Unidos á México con un lazo demasiado débil, constituyendo en el gran todo de la república una masa heterogénea por sus hábitos, lengua y carácter de todo punto diversos, sus simpatías se dirigian siempre á sus compatriotas, y el menos avisado pudo pronosticar desde entonces que, mas tarde ó mas temprano, habian de preferir la union con su pais natal á la dependencia en que vivian de las autoridades mexicanas. Los colonos de Tejas nunca se sujetaron á nuestras leyes, y la suspension de la esclavitud los decidió á revelarse, mucho antes que la caida de la federacion pusiera en sus manos una bandera, bajo cuya sombra ocultaron las miras de segregacion que hubieran llevado al cabo de todos modos. Recordaremos á nuestros lectores que los primeros colonos se establecieron en Tejas cuando regia el gobierno monárquico. Si despues México se independió y adoptó el sistema federativo, este fué un hecho que nunca pudo alegarse para justificar la rebelion, supuesto que no importaba una condicion bajo la que los tejanos hubieran consentido en vivir sujetos á nuestras leyes. ¿Tenian acaso derecho para emanciparse los que habian admitido los terrenos, obligándose á vivir en el estado de súbditos de un monarca absoluto? ¿Dónde consta que la obediencia que habian jurado solo debia limitarse al tiempo que durase una forma de gobierno, que se estableció por casualidad, cuando ya ellos

llevaban años de haber dado principio á la empresa de colonizacion?

No llevaremos adelante estas indicaciones, ni entraremos en la cuestion tan debatida de la justicia que en nuestro concepto hemos tenido por todos títulos para oponernos á la independencia de Tejas, tanto por no alargarnos demasiado, como habria que hacerlo si nos encargáramos de tratar esa materia, cuanto porque hasta cierto punto es secundario, ó mas bien estraño á nuestro propósito el exámen de la injusticia con que se obró por parte de los tejanos. El objeto que llevamos es el de manifestar que los Estados-Unidos se propusieron hacerse de ese territorio á toda costa; y para lograrlo introdujeron allí sus ciudadanos, cuidaron del aumento de la poblacion, en términos que ya el año de 29 se contaban 20.000 habitantes en la parte en que antes solo habia 3.000, fueron preparando poco á poco los ánimos á la adopcion de sus planes, y por último, aprovecharon la primera oportunidad que se les presentó para descargar el golpe. Repetimos que estamos en la firme creencia, creencia confirmada por los hechos, de que la independencia de Tejas se hubiera efectuado indefectiblemente, aun cuando la forma federativa de gobierno no hubiera sucumbido á la fuerza. Era imposible que aquel Estado, en que á la vez que escaseaban los vínculos de union con México, abundaban los elementos de disolucion, hubiera permanecido mucho tiempo sin romper el pacto bajo el que vivia constituido. Y si esto es así, ¿no es verdad que seria inútil ocuparse de las razones que se alegaron para paliar una ingratitud, que pagó con males sin cuento los beneficios prodigados por una mano inesperta y débil si se quiere, pero sin disputa generosa?

La República no permaneció indiferente al grito de rebelion proferido desde uno de sus confines. Se trató de que volviera al órden el Departamento sublevado: tentáronse primero los medios conciliadores de avenimiento: propusiéronse á los colonos nuevas ventajas y prerogativas, entre ellas, la de esceptuarlos por otros diez años del pago de contribuciones; y solo cuando se vió que toda proposicion pacífica era desechada, se decidió hacer la guerra, para sujetar á viva fuerza á los que no querian oir otra voz que el estallido del cañon. El ejército marchó sobre Tejas: el general Santa-Anna se puso á su cabeza; la campaña se abrió bajo los mas felices auspicios.

Los tejanos se prepararon por su parte á hacer una resistencia vigorosa. Para sostenerse, contaron con el auxilio eficaz de los Es-



EL ESCMO. Sr. Gral. DE DIVISION D. ANTONIO LOPEZ DE SANTA ANNA

Presidente de la Republica Mexicana.

tados-Unidos, que les dispensaron una proteccion, encubierta aún, pero decidida y constante. Recursos para la guerra, armas, gente, cuanto fué necesario, salió de las ciudades mas populosas de la Union para favorecer la causa de los tejanos, al mismo tiempo que se protestaba guardar la mas estricta neutralidad. El mundo entero fué testigo de la conducta observada por el gobierno americano, que no pudo menos de descubrir entonces los planes que se habia propuesto.

Naturalmente estas ocurrencias agriaron las relaciones entre ambas potencias, y perturbaron la buena armonía existente. Se hizo preciso buscar una esplicacion, exigir una satisfaccion de los agravios hechos, y procurar que se observasen la fe de los tratados y las leyes del derecho de gentes. Con esta mision pasó á Washington D. Manuel Eduardo Gorostiza, de enviado estraordinario de la República. Hechas las reclamaciones oportunas, el gabinete americano negó que sus intenciones fuesen hostiles respecto de México; aseguró que se habia guardado y se seguiria guardando la neutralidad mas completa, y manifestó que á lo que estaba decidido era á defender su frontera amenazada, y á exigir que fuese escrupulosamente respetada la integridad de su territorio.

Mientras en Washington se seguian estas contestaciones diplomáticas, continuaba la guerra en Tejas, donde las armas mexicanas obtuvieron triunfos constantes hasta la accion de San Jacinto, en que sufrieron una derrota que nadie se esperaba. Por desgracia nuestra se cometieron en aquella campaña actos de crueldad, indignos de disculpa, como el de Fanning, el Refugio y otros; pero la animadversion nacional que cayó sobre sus autores, comprobó que se habian visto con disgusto. La responsabilidad debe pesar esclusivamente sobre los que los ejecutaron; y otros hechos de clemencia y humanidad, repetidos con frecuencia en esa guerra y posteriormente, nos justifican de la inculpacion que se nos ha hecho de barbarie é iniquidad.

Los Estados-Unidos, propalando siempre que no llevaban mas objeto que defender su frontera amagada, habian enviado una fuerza considerable á las órdenes del general Gaines, á la márgen del Sabina, autorizando á aquel gefe para que en caso necesario avanzase hasta Nacogdoches, punto situado muchas leguas mas acá de este rio, y comprendido indudablemente dentro del territorio reconocido como mexicano. Los sucesos probaron que aquel cuerpo de tropas estaba en observacion de los movimientos y adelantos de nuestro ejército, y

que su general se disponia á avanzar, ó diferia verificarlo, segun el estado que presentaba la guerra. Pero la autorizacion que se le habia dado importaba un acto de agresion para con la República Mexicana: nuestro enviado por lo mismo no podia verlo con indiferencia; así es que hizo las reclamaciones oportunas sobre el particular, y entabló con Forsyth y Dickins, secretarios de estado del gobierno americano, una enérgica correspondencia, en que sostuvo con claridad y firmeza los derechos de la nacion que representaba. Vanos fueron, empero, todos sus esfuerzos: al contestar sus notas, se buscaban evasivas que no hacian mas que embrollar el negocio, sin atender á las quejas de Gorostiza. Unas veces se decia, que el rio conocido por todos como el Sabina, no era el tal Sabina, que el verdadero Sabina era el Neches: otras se sostenia que para dar cumplimiento al tratado celebrado con México, protegiendo su territorio contra los indios de los Estados-Unidos, las tropas de estos pudieran con justicia ser enviadas hasta el corazon del mismo México: otras se ponia en duda que nuestra república estuviese en posesion del territorio tejano, á pesar de los artículos espresos de los tratados que no dejaban duda sobre esta verdad. En fin, valiéndose los Estados-Unidos de cuantas estratajemas les sugeria su política astuta, dejaban correr el tiempo, y nuestro enviado observaba con sentimiento que ningun fruto sacaba de sus repetidas reclamaciones.

Tambien era frecuente, en la conducta del secretario de estado, la falta de franqueza y buena fe con que debia obrar. Gorostiza recibia con repeticion noticias de que el general Gaines se disponia á hacer uso de la autorizacion que se le habia dado, y pasaba comunicacion tras de comunicacion para evitar aquella agresion indisculpable. En contestacion á sus notas se le aseguró en 12 de Julio de 36, que no habia nada de cierto en cuanto al movimiento de Gaines, y el 11 del mismo, es decir, la víspera, se habia repetido á ese general la autorizacion para avanzar hasta Nacogdoches. Tal órden era inconciliable con las protestas hechas á cada paso por los Estados-Unidos, y estaba en contradiccion con la carta que dirigió el presidente en 6 de Agosto de aquel año al gobernador del Tennessee, en que inculcaba la obligacion en que estaban de observar una estricta neutralidad.

El hecho anunciado tantas veces se verificó al fin: la ocupacion de Nacogdoches por las tropas del general Gaines consumó la violacion del territorio mexicano. Así, cuando habia paz entre las dos

naciones; cuando la norte-americana se proclamaba neutral; cuando México no le daba motivo alguno de ofensa, se penetraba en su territorio á mano armada, se ocupaban sus posiciones y se tomaba en su contra una actitud imponente y enemiga. Para disculpar aquel atentado, los Estados-Unidos no alegaron mas fundamento que el de que México no podia impedir á los indios de su territorio que hicieran incursiones hostiles contra sus conciudadanos. Este principio chocaba con las reglas establecidas por el derecho internacional, segun el que, un pueblo no puede ocupar militarmente el territorio de los demas con el pretesto de que defiende su frontera.

Agregábase á esto que ese pretesto, que aun suponiéndolo verdadero, no hubiera nunca servido para justificar aquel hecho atentatorio, carecia de todo fundamento. Las hostilidades de los indios eran supuestas: ningun riesgo corrian las fronteras de los Estados-Unidos; el peligro que se aseguraba era inminente, inevitable, no existia mas que en las suposiciones gratuitas y calculadas de sus gobernantes.

Descubierta ya la iniquidad con que se procedia, hubiera sido un crímen ver con profunda indiferencia el desprecio con que se nos trataba. Nuestro enviado obró entonces con la dignidad y firmeza que exigia su alto carácter: pidió sus pasaportes, y regresó á México, dando por terminada su mision. Próxima parecia desde entonces la ruptura de hostilidades: las diferencias entre las dos naciones tomaban un carácter alarmante: á la vez que Gorostiza se retiraba de los Estados-Unidos por causas eminentemente justas, el ministro de aquella república, que lo era entonces Mr. Powhatan Ellis, hacia exageradas reclamaciones sobre perjuicios inferidos á sus conciudadanos. Despues de cambiadas algunas contestaciones entre el referido personaje y nuestro secretario de relaciones esteriores, Mr. Powhatan Ellis pidió tambien su pasaporte, y se retiró sin dar la esplicacion que su gobierno habia ofrecido mandar por su conducto sobre el paso del Sabina.

Atendida, pues, solamente la cuestion de justicia, no cabia duda en que desde entonces hubiéramos debido declarar la guerra á la república vecina. No se hizo así, sin embargo, por consideraciones demasiado oportunas sobre los males incalculables que nos traeria una contienda abierta con una nacion poderosa. Dejóse disipar el nublado; y aunque subsecuentemente se recibieron con frecuencia nuevos motivos de queja, entre los que debe enumerarse como principal el indisculpable atentado de la toma de Monterey (Californias) por el co-

modoro Jones, se pasó por todo, por tal de no interrumpir la paz, y aun se buscaron los medios de dar á los Estados-Unidos las garantías é indemnizaciones que habian vuelto á reclamar.

Celebróse una convencion el 11 de Abril de 1839 entre México y los Estados-Unidos, á consecuencia de la cual se nombró una comision encargada del exámen de las reclamaciones. Ascendian éstas á la crecida suma de 6.291,605 pesos, de la que la comision admitió y reconoció la de 2.026,140: otra de 928,628 que exigian los comisionados americanos, fué desechada por los de México; y la restante de 3.334,837 quedó sin examinar. Posteriormente, en 30 de Enero de 1843, se concedió nuevo término al gobierno de nuestra república para el pago de la cantidad reconocida, estipulándose que seria satisfecha en el plazo de cinco años, en veinte abonos iguales, entregados cada tres meses. La república hizo esfuerzos de consideracion para cubrir ese crédito: el triste estado de las rentas nacionales exigió que se recurriese á los medios mas odiosos, llegándose hasta el estremo de imponer un préstamo forzoso, que se miró como un gravámen irreparable. Hubiéranse sin duda continuado haciendo los desembolsos correspondientes como sucedió con los primeros, si las diferencias cada vez mas alarmantes que se suscitaron luego, no hubiesen dado un carácter enteramente hostil á las relaciones entre las dos repúblicas.

En cuanto al pago de las reclamaciones que habian quedado pendientes, un tercer arreglo, celebrado en 20 de Noviembre de 1843 entre Wady Thompson, Bocanegra y Trigueros, allanó este punto. Ratificado, aunque con modificaciones, por el senado de los Estados-Unidos, quedó pendiente de la resolucion del gobierno mexicano, y corrió luego la suerte que los demas asuntos no terminados, cuando estalló la guerra.

Las principales potencias de Europa habian reconocido ya la independencia de Tejas: lo mismo habian hecho los Estados-Unidos, á pesar de las fuertes razones alegadas por el presidente Jackson en su mensaje del año de 36. Entonces se queria, ó se aparentaba por lo menos, llevar la delicadeza tan adelante, que se ofendian de la simple sospecha de que reconocian la independencia como un medio que los conduciria al fin de apoderarse subsecuentemente de ese territorio, por vía de la anexacion. Despues se disiparon estos escrúpulos: la independencia del Departamento sublevado quedó reconocida: luego se verificó la anexion.



JAMES KNOX-POLK

Presidente de los Etados Unidos.

Lit. de P. Blanco. — *1.ª C.ª de Plateros n.º 15*

El 12 de Abril de 1844, celebró el presidente de los Estados-Unidos un tratado con Tejas, relativo á la agregacion de aquel territorio á la Union. Este tratado no recibió la ratificacion del senado, quedando por entonces suspensa la usurpacion que se efectuó luego por un nuevo camino. Pero bastó el hecho de que se hubiera promovido este negocio, para que se hiciera á México un nuevo agravio. Notábanse en aquella época algunos preparativos que indicaban verdaderos deseos de llevar adelante la guerra de Tejas, que no habia sido por tanto tiempo en boca de nuestros gobiernos mas que un pretesto para estorsionar á los infelices pueblos. El ministro americano, Mr. Shannon, ó bien porque en realidad creyese que se iba á emprender positivamente la guerra, ó bien porque buscase un pretesto para obligar á México á declararla á los Estados-Unidos, haciéndonos aparecer con el carácter de agresores, pasó una nota oficial, manifestando á nombre de su gobierno, que su política siempre se habia dirigido á incorporar á Tejas á la Union Americana, y que la agresion que se proyectara por México contra aquel Departamento, la consideraria como ofensa propia.

En aquella célebre comunicacion, que desacreditará para siempre al diplomático que la suscribió, se protestaba contra la guerra de Tejas, por hallarse pendiente el proyecto de agregacion. Hacíase allí la confesion, preciosa para nosotros, de que el plan de apoderarse de esa parte de nuestro territorio se habia seguido invariablemente por todos los partidos y casi por todas las administraciones de la República Norte-Americana, por espacio de 20 años. Los hechos que hemos referido, y otros mas que pasamos en silencio por ser menos interesantes y en obsequio de la brevedad, prueban con evidencia que existia ese plan, y que era mas antiguo de lo que se decia; pero la confesion esplícita del ministro Shannon, no desmentida ni contradicha por las autoridades de su pais; esa confesion, decimos, es de suma importancia, por venir de boca de los mismos usurpadores, que se calificaron á sí propios de tales ante todas las naciones civilizadas.

De nuevo debió México en esta vez romper completamente con su pérfido vecino, y hacer la guerra hasta donde se lo permitieran sus fuerzas. Contemporizóse, sin embargo, todavia: conformóse nuestro gobierno con fundar la justicia que nos asistia: esperó que resolviera el senado americano sobre el proyecto de agregacion; y como la decision de dicho cuerpo nos fué favorable entonces, continuó las relacio-

nes, perturbadas ya, pero existentes aũn entre nuestra Republica y la de Washington. Lo mas que se hizo fué protestar que se consideraria la agregacion como una declaracion de guerra, porque pasar hasta por este estremo, sí hubiera sido el colmo del vilipendio y la degradacion.

Desechado por el senado el proyecto de agregacion, en virtud de la facultad que le corresponde de revisar los tratados celebrados por el ejecutivo, y de aprobarlos ó reprobarlos, se buscó otro arbitrio de ir á dar al mismo fin por diverso rumbo. Adoptóse el de que en la cámara de diputados se hiciese proposicion para agregar á la Union el territorio de Tejas, como cosa que estaba en sus atribuciones. El nuevo proyecto se aprobó en la mencionada cámara por una mayoría de 22 votos: en el senado por uno solo; y en 1.° de Marzo de 1845 quedó consumado aquel acto de hostilidad y usurpacion.

En esa vez mas que antes, era de rigorosa justicia hacer desde luego la guerra á la potencia que con tanto descaro se apoderaba de lo que por todos títulos nos pertenecia. Subia de punto esta necesidad, al considerarse que las administraciones que se habian ido succediendo entre nosotros, habian convenido todas en el principio de que el decreto de agregacion se miraria como un casus belli. Pero todavia se sufrió esa nueva injuria, sin que se determinara otra cosa sino que quedaran suspensas las relaciones diplomáticas entre ambos paises, retirándose de Washington nuestro ministro el general Almonte, y haciendo otro tanto de México el de los Estados-Unidos.

Al terminar el año de 1844, una nueva revolucion habia derrocado al gobierno del general Santa-Anna, ejercido interinamente por el general Canalizo, elevando al poder á D. José Joaquin de Herrera, presidente del consejo. El famoso decreto de 29 de Noviembre de ese año habia acabado de desacreditar á los funcionarios públicos que lo espidieron: en él se establecia una dictadura ilimitada; y la guerra de Tejas era, como tantas otras veces, el barniz de justicia con que se procuraba cubrir el atentado que se cometia contra las instituciones. La mayor parte de los mexicanos dudó de la sinceridad del gobierno, recordando que á la guerra nacional é indispensable que se debió hacer al Departamento segregado, se prefirió la de Yucatan, en que sin fruto se sacrificaron tantos hombres y dinero. La opinion de que lo único que se queria de veras era la continuacion de un poder omnímodo en las manos del general Santa-Anna, cundió por toda la

república; de suerte que los pueblos, que detestaban su opresion, se levantaron en su contra, lo derribaron y dieron el triunfo al partido conocido despues con el nombre de Decembrista.

La política que éste siguió, difirió en todo de la observada por las administraciones anteriores. Obró desde el principio en la firme inteligencia de que el Departamento de Tejas se habia perdido para siempre desde el año de 836; de que era una locura pretender que llegasen nuestras águilas victoriosas hasta el otro lado del Sabina; de que lo que nos convenia eran las negociaciones, y de ninguna suerte una guerra, para la que nos faltaban los elementos mas indispensables; y de que si se dirigia el negocio con habilidad diplomática, lograrian sacarse ventajas no despreciables, al paso que por otro camino no podiamos esperar sino infortunios y calamidades. La idea cardinal que dominaba en los ánimos del gobierno de Diciembre, era la de que de todas maneras nos convenia preferir la independencia de Tejas á su agregacion á los Estados-Unidos. Del primer modo, se colocaba una tercera nacion entre la nuestra y la agresora, y se levantaba un dique que contendria, á lo menos por algun tiempo, la irrupcion que nos amenazaba. Del segundo, resultaba la pérdida de toda esperanza de salvacion, porque á mas de que quedábamos de confinantes con un territorio que nuestros ambiciosos vecinos reputaban ya suyo, nos íbamos á ver envueltos de luego á luego en una guerra para la que no estábamos preparados.

La grita de los partidos se levantó furiosa contra la política adoptada: imputaciones de debilidad, de perfidia, de traicion, empañaron la fama de los gobernantes: se clamó por la guerra, declarándola el solo medio de salvar el honor nacional. Entre los opositores, así como habia hombres que no se guiaban mas que por miras mezquinas y viles intereses, los habia tambien que no obraban sino por el mas puro patriotismo. Esperanzas halagüeñas animaban entonces á muchos mexicanos, de cuyos ojos no ha caido la venda hasta que la ha arrancado la mano del desengaño: y hoy que es ya demasiado tarde para remediar el mal; hoy que los sucesos ocurridos, las desgracias acaecidas, han puesto las cosas en su verdadero punto de vista, es cuando se conoce cuán sábia era y cuán previsora la política de la administracion del general Herrera.

A pesar del clamor público levantado en su contra, continuaba ella con firmeza el sendero que se habia propuesto tomar. A fin de

abrir las negociaciones relativas á su objeto, pidió formalmente, y el congreso le concedió por decreto de 17 de Mayo de 1845, autorizacion para oir las proposiciones que habia hecho Tejas, y proceder al arreglo ó celebrar el tratado que fuera conveniente y honroso para la república. Las proposiciones presentadas eran las cuatro siguientes. 1.ª Se reconoce la independencia de Tejas. 2.ª Tejas se compromete á no agregarse ni sujetarse á ningun otro pais. 3.ª Los límites y otras condiciones se reservan para el tratado final. 4.ª Tejas está pronto á someter los puntos en disputa sobre territorios y otros asuntos á la decision de árbitros.

En virtud de la autorizacion concedida, nuestro ministro de relaciones recibió los cuatro artículos espresados, como preliminares de un tratado formal y definitivo, y espresó que estaba dispuesto á comenzar la negociacion, como lo deseaba Tejas, y á admitir al comisionado ó comisionados que nombrase al efecto. En nota separada se hizo la declaracion adicional de que, ademas de los puntos propuestos, habia otros esenciales é importantes que debian ser objeto tambien de las negociaciones; y que en caso de que éstas se frustrasen, ó si Tejas consentia directa ó indirectamente en la agregacion á los Estados-Unidos, la respuesta dada se consideraria como nula y de ningun valor.

Estos preliminares hacian creer que no seria dificil conseguir un arreglo satisfactorio; pero bien sea por la conducta posterior de Tejas, que por fin resolvió agregarse á la Union Americana, bien por el rompimiento con aquella nacion, ó bien porque el arreglo era incompatible con los motines y revoluciones que hubo contra el gobierno decembrista, se suspendieron las negociaciones, y luego se dejó á la suerte de las armas la decision de una cuestion tan interesante.

En 13 de Octubre de 1845 pasó una carta reservada Mr. Black, cónsul de los Estados-Unidos, á D. Manuel de la Peña y Peña, nuestro ministro de negocios estranjeros, transcribiendo parte de una comunicacion del secretario de estado de su nacion, en que proponia que se recibiese un enviado revestido de plenos poderes para arreglar todas las cuestiones controvertidas entre ambos gobiernos. Admitió el mexicano, exigiendo como condicion prévia que se retirara la fuerza naval que estaba á la vista de Veracruz, y ofreciendo recibir al comisionado para arreglar de un modo pacífico, razonable y decoroso *la contienda presente.*

Iniciadas así de nuevo las negociaciones, en Diciembre de 1845 se presentó en México el enviado Mr. John Slidell; pero desde luego se ofreció la dificultad de que su gobierno queria que se le recibiese como un ministro plenipotenciario, ordinario ó general, y el nuestro solo se prestaba á admitirlo como un comisionado ad hoc para la cuestion de Tejas. El fundado dictámen del consejo de gobierno, de 16 de Diciembre del año citado, manifestaba con toda evidencia la diferencia existente entre los dos caracteres. De admitirse á Mr. Slidell como enviado ordinario, resultaba que al tiempo de arreglar la cuestion de Tejas, se ocupaba de las demas cuestiones propias de un plenipotenciario que ejerciera sus funciones cerca de un gobierno con quien no hubiera sino relaciones pacíficas. De admitirse á Slidell como se pretendia, resultaba tambien que, sin que México recibiese la satisfaccion debida, quedasen restablecidas las negociaciones diplomáticas entre ambas potencias; que se complicase el negocio de la agregacion con el de las reclamaciones pecuniarias; que México se atara á sí mismo las manos para hacer la guerra; y que los Estados-Unidos consiguiesen todas las ventajas consiguientes á su comercio é intereses.

El dictámen referido concluia consultando al gabinete que el compromiso que contrajo de admitir un plenipotenciario de los Estados-Unidos, con poderes especiales para tratar sobre el asunto de Tejas, no lo obligaba á recibir un enviado estraordinario y ministro plenipotenciario, encargado de residir cerca del gobierno, con cuyo carácter venia el Sr. Slidell, segun sus credenciales. Conforme la administracion del general Herrera en estos principios, los hizo presentes al enviado, negándose á recibirlo. Mr. Slidell insistió en que debia serlo en los términos que su gobierno pretendia; pero el nuestro se mantuvo firme en su negativa.

El año de 1846 vió en sus primeros dias figurar en la escena política nuevos gobernantes, elevados al poder por otra revolucion. El general Paredes se pronunció en San Luis contra Herrera: pocos dias le bastaron para que lograra el triunfo mas completo esa escandalosa revolucion. Entonces renovó sus instancias Mr. Slidell, considerando que aunque las antiguas habian sido terminantemente desechadas, como el negocio iba á resolverse por distintas personas, era oportuno ver si se encontraba en ellas mejor disposicion. Pasóse el negocio de nuevo á consulta al consejo de gobierno, el cual repitió las razones en

que habia fundado el anterior; corroborólas mas, concluyendo con que se renovase la declaracion de que no se podia admitir á Slidell sino como plenipotenciario ad hoc para la cuestion de Tejas. El gobierno lo manifestó así á aquel enviado, quien ya no pudo hacer otra cosa que pedir sus pasaportes y retirarse de la república.

En 21 de Marzo del año citado declaró el general Paredes, que no siendo compatible la paz con el mantenimiento de las prerogativas é independencia de la nacion, seria defendido su territorio mientras que el congreso nacional se ocupaba de decretar la guerra á los Estados-Unidos. El congreso no llegó hasta allá, conformándose con espedir el decreto de 6 de Julio, por el que autorizó al gobierno, para que en uso de la natural defensa de la república, repeliese la agresion cometida contra varios de sus Departamentos, y para que hiciese conocer á las naciones amigas las causas justificativas que la obligaban á defender sus derechos, rechazando la fuerza con la fuerza.

Mientras los Estados-Unidos aparentaban que los animaba un deseo sincero de no romper la paz, sus actos de hostilidad manifestaban con plena evidencia cuáles eran sus verdaderos intentos. Sus buques ocupaban nuestras costas: sus tropas continuaban avanzando sobre nuestro territorio, situándose en puntos que bajo ningun aspecto podian ser disputados. Así se unia á la violencia el sarcasmo: así al tiempo mismo que se nos usurpaba parte del territorio, se nos tendia una mano pérfida, para tener luego el descaro de decir que nuestra obstinacion y arrogancia constituian las verdaderas causas de la guerra.

Para esplicar la ocupacion del territorio mexicano por las tropas del general Taylor, los Estados-Unidos ocurrieron á la peregrina idea de que los límites de Tejas se estendian hasta el Rio Bravo del Norte. Fundaban esta opinion en dos principios distintos: uno, que así lo habia declarado el congreso tejano en Diciembre de 1836: otro, que el rio mencionado habia sido el límite natural de la Luisiana. Anunciar solo tales razones, equivale ya á juzgar la causa de quien no cuenta para defenderse mas que con absurdos tan palpables. El primer argumento, en que se apoyaba con refinada malicia el gobierno de una nacion que se precia de inteligente y civilizada, habria sido ridículo aun en boca de un niño. ¿A quién podria convencer que la declaracion del congreso tejano importara un título legal para la adquisicion de los terrenos que se apropiaba tan descaradamente? Si semejante principio hubiera de reconocerse, deberiamos estar muy

agradecidos á aquellos señores diputados, que tuvieron la bondad de conformarse con tan poco, y no declararon que los límites del Estado rebelde se estendian hasta San Luis, hasta la capital, ó hasta nuestra frontera con Guatemala.

La cuestion es tan clara de por sí, que seria oscurecerla detenerse en su exámen un instante mas. Pasemos, pues, á la otra, punto menos irracional que la primera. En primer lugar, para pretender que los límites de la Luisiana llegaban hasta el Rio Bravo, era necesario confundir á esa provincia con la de Tejas, lo que nunca podia admitirse; y ya en el principio de este artículo hemos manifestado la posesion antigua y pacífica de la España sobre los terrenos de la segunda. Por otra parte, ni la misma provincia, y despues Estado de Tejas, habia estendido nunca sus terrenos hasta el Rio Bravo, siendo el de las Nueces el que siempre se le habia fijado por lindero. Por último, gran parte del territorio situado del otro lado del Bravo, pertenecia sin disputa ni duda de ninguna especie, á otros Estados de la república, es decir, á Nuevo-México, Tamaulipas, Coahuila y Chihuahua.

Y despues de tantos y tan claros antecedentes, ¿habrá un solo hombre imparcial que no repute como una usurpacion escandalosa, la ocupacion violenta de nuestro territorio por las armas norte-americanas? Pues á pesar de esto, esa potencia quiso llevar hasta el estremo la burla y el escarnio; y cuando ya la cuestion estaba confiada á la fuerza, que es la *última ratio* de las naciones como de los reyes; cuando ya se habia derramado la desolacion y el espanto en nuestras poblaciones; cuando muchos de nuestros conciudadanos habian perecido en la contienda, la mano ensangrentada de nuestros pérfidos vecinos volvió á presentarnos la oliva de la paz. En 27 de Julio de 1846 el secretario de Estado Buchanan, propuso nuevamente la admision de un enviado para la apertura de negociaciones que tendieran á la conclusion de una paz honrosa. El gobierno nacional contestó que nada podia resolver por sí, y que dejaba al congreso que iba á reunirse la resolucion de este negocio. Y luego, para seguir constantes en el mismo sistema de política, mandaron un comisionado con el ejército que nos invadió por el oriente, como para dar á entender que la paz se haria en cuanto desistiéramos de nuestra oposicion. ¿A quién esperaban engañar con tan fingidas apariencias? ¿No hablaba mas alto que su lenguaje hipócrita, la serie de hechos que hemos referido?

Por lo que toca, pues, á la cuestion de justicia, ninguno que la examine de buena fe puede desconocer nuestros incontestables derechos. Entre los ciudadanos mismos de la nacion que nos ha hecho la guerra, ha sobrado quienes defiendan la causa de la República Mexicana; y esos imparciales defensores no han sido hombres oscuros, sino personajes muy distinguidos. México ha contado con el auxilio, ineficaz por desgracia, pero generoso é ilustrado, de un Clay, de un Adams, de un Webster, de un Gallatin; es decir, con el de las notabilidades mas apreciadas por sus virtudes, por sus talentos, por sus servicios. Su conducta merece nuestro agradecimiento, y los redactores de esta obra tienen una verdadera complacencia en tributarles en este lugar el sincero homenaje de su gratitud.

Tales son los sucesos que nos han orillado á una guerra calamitosa, y en cuya relacion hemos procurado no apartarnos ni una línea de los datos fehacientes que hemos consultado, para comprobar en cualquiera ocasion todos y cada uno de nuestros asertos.

De los hechos referidos resulta demostrado hasta la evidencia, que la causa real y efectiva de la guerra que nos ha afligido, ha sido el espíritu de engrandecimiento de los Estados-Unidos del Norte, que se han valido de su poder para dominarnos. La historia imparcial calificará algun dia para siempre la conducta observada por esa república contra todas las leyes divinas y humanas, en un siglo que se llama de las luces, y que no es sin embargo sino lo que los anteriores, el de LA FUERZA Y LA VIOLENCIA.

CAPITULO II.

ROMPIMIENTO DE LAS HOSTILIDADES.

Palo-Alto.—La Resaca.—Retirada del ejército a Linares.

Luego que el gobierno de los Estados-Unidos se decidió á consumar sus injustos proyectos contra la República Mexicana, dispuso reunir alguna fuerza para sostenerlos. Una seccion considerable á las órdenes de Taylor, entonces brigadier general, acampó en Corpus Christi (Junio de 1845), en acecho de nuestras operaciones, y lista á avanzar hasta el Rio Bravo del Norte en cuanto se le mandara verificarlo.

Desde la desgraciada campaña de Tejas del año de 36, habia habido constantemente en la frontera una parte de nuestro ejército, mas ó menos numerosa, que se habia batido diversas veces en los años posteriores con los tejanos y aventureros que defendian una causa tan injusta como afortunada. Ocupados aquellos valientes soldados en tan honrosa empresa, permanecian allí casi abandonados por la incuria de nuestros gobiernos, separados de sus familias y relaciones, postergados constantemente en nuestros repetidos pronunciamientos, y viéndose con sentimiento olvidados, mientras se prodigaban ascensos y empleos á los que no tenian mas títulos para merecerlos que el favoritismo, la corrupcion, ó el haberse distinguido en las luchas promovidas por la discordia civil.

El gobierno del general Herrera conoció que la paz iba á romperse entre dos repúblicas que debieran ser hermanas, y mandó refuerzos al ejército del Norte, á fin de que hubiera por nuestra parte los preparativos mas indispensables para una guerra casi segura, no ya con un Departamento sublevado y favorecido solamente bajo de cuerda por un vecino pérfido, sino con una nacion poderosa, cuyos elementos de prosperidad contrastaban con el decadente estado á que nuestras locuras é inesperiencia habian reducido á nuestra cara patria.

Los refuerzos de que acabamos de hacer mencion, consistian principalmente por entonces en dos divisiones floridas, mandadas por los generales de division D. Vicente Filisola y D. Mariano Paredes y Arrillaga. La primera emprendió su marcha desde San Luis para Matamoros; pero la mano oculta que tramaba ya una nueva revolucion y que sacrificó luego la gloria de la república á los viles intereses de partido, promovió el escandaloso motin del Peñasco, el cual dió por resultado la separacion del mando del honrado general Filisola, y que la frontera quedara desguarnecida por la falta del auxilio mandado por el gobierno y detenido por los revolucionarios. La debilidad del gobierno, que dejó aquel atentado sin castigo, alentó á sus autores para seguir maquinando; y aquel acto subversivo puede considerarse como la fuente de que despues salieron males sin cuento.

Entre tanto, el peligro crecia por momentos: todo anunciaba el próximo choque de los ejércitos. El gobierno manda nuevas órdenes á Paredes para que se ponga en marcha, llevando á la division que mandaba á su destino; pero aquel general, secundado por algunos hombres tan infames como él, en vez de cumplir con su deber haciendo lo que la patria necesitaba, se rebeló abiertamente contra el gobierno y las instituciones, proclamó un plan anárquico, y se dirigió á México para asegurar el triunfo de su revolucion. El patriotismo esplicó su conducta, diciendo que habia vuelto la espalda al enemigo estranjero para entronizar la discordia civil é introducir un nuevo elemento de anarquía con el apoyo que prestó al partido monarquista; y este cargo, reproducido tantas veces, proferido por la voz doliente de la nacion sacrificada, será tambien repetido por la posteridad. El traidor pronunciamiento de San Luis dará al general Paredes una celebridad funesta.

Mientras las tropas destinadas á las fronteras volvian sobre la capital; mientras el reducido ejército del Norte quedaba así abando-

nado á sus propios esfuerzos, las tropas enemigas del general Taylor recibian el 15 de Enero de 846 órdenes de su gobierno para avanzar, indicándole lo conveniente que seria ocupar el punto conocido con el nombre de Fronton de Santa Isabel.

Antes de dos meses de recibida la comunicacion que disponia este movimiento, se verificó, marchando el ejército enemigo por el camino del Arroyo Colorado en direccion á Matamoros, donde ya se habian reunido todos los cuerpos que formaban el nuestro, no quedando por toda reserva en aquella vastísima frontera mas que ochenta hombres del 1 de caballería en el Saltillo. En cuanto supo el avance el general Mejía, que mandaba en el puerto, despachó al comandante de escuadron Barragan con una partida de caballería en observacion de los americanos. Como las instrucciones de este gefe le prohibian cometer actos de hostilidad, y era ademas muy corta la fuerza que llevaba, no hizo mas que irse retirando á medida que avanzaba la tropa del general Taylor.

La noticia de la venida de los enemigos no tardó en llegar al Fronton. Los dignos habitantes de aquella pequeña poblacion no pueden resignarse á la desconsoladora idea de vivir bajo un yugo estranjero; prefieren destruir sus cortos intereses é ir á buscar amparo y proteccion en los brazos de sus hermanos. Salen todos del lugar en que sus hijos han nacido, en que sus padres han muerto, y prenden fuego á sus habitaciones, movidos de un patriotismo digno de la mayor admiracion. ¡Qué glorioso seria que las hermosas ciudades de la república que han caido en poder de los norte-americanos, hubieran imitado el ejemplo heróico y sublime de la humilde ranchería del Fronton! . . . .

Los enemigos ocuparon aquel punto, poniéndose inmediatamente en comunicacion con sus fuerzas marítimas; dejaron allí un corto destacamento; dispusieron que violentamente se levantaran algunas obras de fortificacion; y en seguida continuaron su movimiento hácia Matamoros, al frente de cuya ciudad llegaron el 28 de Marzo.

Matamoros, situada en la orilla occidental del Rio Bravo, en un vasto llano, formada de casas de madera y ladrillo, dista catorce leguas de la costa. La cercanía de los enemigos anunciaba que poco tardarian en atacar la plaza, cuya defensa presentaba dificultades muy graves. Abierta por todas partes, escepto por la que la ciñe el rio, poca resistencia podia hacerse en el interior, á lo que se agregaba el

nuevo obstáculo de que las obras de fortificacion que existian en aquella fecha, se reducian á un pequeño reducto, construido al oeste de la ciudad y á unas seiscientas varas de distancia sobre la orilla del rio, en el paso llamado de las Anacuitas. Cuando el peligro llegó á ser mas próximo, se levantó en el Paso Real otro reducto mas reducido aún que el primero; á doscientas cincuenta varas, siguiendo la misma direccion, una flecha, cuyos fuegos se cruzaran con los de los otros puntos; y en la labor de D.ª Rita Giron, entre los dos reductos, una batería dentro de un pequeño bosque. El tiempo urgia: las circunstancias exigian la violenta conclusion de estas obras, que pronto estuvieron en disposicion de servir, á virtud de la actividad y eficacia del coronel Carrasco, encargado de ellas.

Para sostener el ataque no se contaba con las fuerzas necesarias. La guarnicion se componia al principio del batallon de Zapadores, los regimientos de infantería 2.º ligero, 1.º y 10.º de línea, y el 7.º de caballería, el de Auxiliares de las villas del Norte, varias Compañías de Presidiales y un batallon de Guardia Nacional de la misma ciudad de Matamoros. La artillería constaba de veinte piezas de campaña, servidas por una compañía. A los dos ó tres dias de haberse presentado los americanos, llegaron, procedentes de Tampico, el 6.º de infantería, y el batallon y Compañía Guarda-Costa de aquel punto. Reunidas estas dos secciones, formaban un total de cerca de tres mil hombres.

Las municiones no escaseaban, si bien no las habia en abundancia; pero no sucedia lo mismo con los víveres, á causa de no haberse hecho con tiempo y antes del bloqueo del puerto el acopio necesario. Del interior del pais era imposible llevarlos, y mucho menos con la oportunidad debida.

Al amanecer del dia 28, se veian coronadas las azoteas de las casas y los edificios mas altos por la poblacion entera, que esperaba curiosa la llegada de los enemigos. A las diez, cerciorado el general Mejía de que se acercaban, mandó tocar generala: al momento se artillaron los puntos fortificados; se pusieron las tropas sobre las armas, y todos se aprestaron al combate, creyendo que habia llegado su hora.

A las dos de la tarde se presentaron en la orilla opuesta del rio unos oficiales con bandera blanca, haciendo demostraciones de que se nombrara por nuestra parte un comisionado para entrar en conferen-

cias con sus gefes. Mejía envió de parlamentario al general Diaz de la Vega; desembarcó éste en la márgen izquierda del Bravo, y en aquel instante enarbolaron los enemigos la bandera de las estrellas. Indecible es el enojo que su vista escitó en los mexicanos: por primera vez flameaba orgulloso aquel pabellon, enfrente de nuestras fuerzas, como tomando posesion de lo que por todos títulos nos pertenecia. ¿Quién entonces hubiera creido que iba á empezar la época, no pasada todavia, de nuestras humillaciones y desgracias? ¿Quién se hubiera imaginado que esa usurpadora bandera, mecida por el soplo de la victoria, ondearia sobre nuestras ciudades mas hermosas, hasta fijarse en el palacio nacional de nuestra capital vencida? . . . .

Los soldados del ejército del Norte se irritan al observar el insulto del enemigo: piden á gritos el combate: ruegan á su general que les permita vengar aquel ultraje. El general Mejía procura calmar su patriótico entusiasmo, sin poder complacerlos, porque sus instrucciones le prohibian aventurar una batalla, á no ser en el caso de que fueran en nuestro favor todas las probabilidades del buen éxito del combate, ó en el de que el ejército norte-americano pasara el rio, pues entonces sí debia resistirles á todo trance, cualquiera que fuese el resultado.

En la conferencia que tuvo Diaz de la Vega con el general Worth, nada ocurrió de importancia. Nuestro comisionado declaró que la marcha del ejército enemigo importaba un verdadero acto de hostilidad; que á pesar de que se denominaba de ocupacion, no podia considerarse su avance hasta donde se encontraba, sino con el carácter de una invasion á mano armada, y que en tal virtud nuestro general en gefe obraria con arreglo á lo que le prescribian sus deberes.

Los dias posteriores á esta entrevista los emplearon los contrarios en levantar con asombrosa actividad un gran reducto bastionado, en el mismo sitio donde habian acampado. Tambien por nuestra parte se siguió trabajando en las obras de fortificacion.

Volvamos ahora la vista á México, donde se hallaba ya establecido el gobierno del general Paredes. Como uno de los motivos en que los revolucionarios apoyaron su pronunciamiento, fué el de que la administracion del general Herrera no queria llevar adelante la guerra, el nuevo gobierno tenia sobre sí el compromiso de hacerla á toda costa. Sin embargo, lejos de esforzarse para cumplir en esta parte con su deber, se contentó con mandar un corto refuerzo, que puso á las órdenes del general Ampudia, á quien nombró en gefe del ejército

del Norte. Ampudia, que de acuerdo con los pronunciados de San Luis, habia servido eficazmente las miras de Paredes, se vió recompensado con ese nombramiento.

La noticia de que Ampudia iba á encargarse del mando en gefe del ejército, se recibió con positivo pesar en Matamoros por las muchas personas con quienes tenia antipatías declaradas, y de las que unas obraban por miras interesadas y bajas, y otras porque lo juzgaban incapaz de llevar á término glorioso la difícil empresa que se le encomendaba. Escribieron, pues, las mas por estraordinario, al presidente, manifestándole las consecuencias funestas que podrian resultar para la nacion de que no se nombrase á otro en lugar de Ampudia, y le indicaban como el mas á propósito al general Arista, que se hallaba entonces en su hacienda de Mamulique.

Ignorante Ampudia de lo que pasaba, luego que llegó á Monterey con la fuerza que llevaba de la capital, dispuso adelantarse con el regimiento de caballería Ligero de México, con el objeto de estar cuanto antes en Matamoros, adonde entró el dia 11 de Abril. El 14 del mismo mes lo verificó su division, que el general graduado Torrejon habia quedado mandando, y que caminó á marchas forzadas. Se componia del 4.º de línea, batallones activos de México, Puebla y Morelia, del 8.º de caballería y de seis piezas de campaña, con la dotacion de 80 artilleros. Constaba por todo de 2,200 hombres.

El plan que el general Ampudia habia concebido, consistia en pasar el rio y batir al enemigo. El 15 iba á empezar el movimiento, que se frustró, porque en la noche anterior le llegó por estraordinario una órden del supremo gobierno, en que se le comunicaba haberse nombrado general en gefe á Arista, quedando él de segundo. Este resultado produjeron las cartas antes mencionadas de los gefes, que decidieron al presidente á obsequiar sus deseos, cometiendo la grave falta de dejar en el ejército un gérmen de discordia con la permanencia de dos gefes rivales y enemistados.

Recibió tambien Ampudia una nota del general en gefe, en que le prevenia que suspendiese hasta su llegada toda operacion. El general Ampudia veia con dolor escapársele de las manos la ocasion de figurar en primer lugar, por cuyo motivo no quiso ceder de luego á luego, sino que procuró llevar adelante su propósito. Al efecto reunió el 19 una junta de los generales y gefes de cuerpo, en la que hizo presente: la seguridad que tenia de alcanzar una victoria completa,



GENERAL ARISTA.

lito. de P. Blanc. *I. Cᵉ de Pl...*

poniendo en ejecucion el plan proyectado, como ya lo habia asegurado al supremo gobierno, respondiendo del éxito con su cabeza; lo precioso del tiempo, que no consentia dilaciones, siendo una pérdida irreparable la de cada minuto que no se aprovechaba; la conveniencia de atacar al enemigo, mientras permanecia en una posicion que calificaba de falsa, y antes de que le llegasen los refuerzos que esperaba. Concluyó su discurso, sosteniendo que si los gefes eran de su misma opinion, se debian comenzar las operaciones, á pesar de la prohibicion del general Arista, justificando su desobediencia con la necesidad de obrar.

Los gefes unánimes le contestaron que estaban dispuestos á obedecerlo en todo lo que les mandara, pues lo reconocian como segundo general en gefe del ejército; pero que contravenir á la órden espresa del primero, seria hacerse cómplices de una grave falta. Perdida así por Ampudia la esperanza de ejecutar su plan con el apoyo que buscaba, no le quedó otro recurso que obedecer, suspendiendo sus operaciones hasta que Arista se presentara.

Los enemigos entre tanto seguian trabajando con suma actividad en sus fortificaciones. Sus soldados empezaban á desertarse, pasando á nuestro campo á presentarse al general en gefe, y teniendo los mas el atrevimiento de arrojarse al rio, á la vista de las guardias avanzadas de los americanos, que les hacian fuego, y los herian ó mataban. Algunos tambien perecieron ahogados.

Por su parte los habitantes de las rancherías cercanas al campo enemigo, se habian armado y estaban en acecho de los que se separaban, por poco que fuera, de sus compañeros. Inmediatamente caian sobre ellos, y les daban muerte, ocasionando al general Taylor bajas de consideracion, entre las que la mas sentida fué la del coronel Cross, reputado como uno de sus gefes mas valientes é instruidos.

El general Arista se dirigia entonces á Matamoros. El 23, estando en el rancho del Solinceño, distante tres leguas de aquella ciudad, sobre el camino de Reynosa, determinó comenzar á poner en práctica el plan que habia formado, por lo que mandó que se le reuniera allí toda la caballería, el batallon de Zapadores, y dos compañías del 2.° ligero, á las órdenes del general Torrejon. El 24 pasaron estas tropas el rio, por el punto llamado de la Palangana, y fueron á situarse entre el camino que va del Fronton á Matamoros, con lo que los enemigos que estaban al frente de la plaza, quedaron cortados de

su base de operaciones, de la que les venia toda clase de auxilios. El 25 tuvo Torrejon una ligera escaramuza en Carricitos con una partida de caballería, á consecuencia de la cual quedaron muertos ó prisioneros 70 hombres de los americanos.

El general en gefe, despues de dirigir en persona la operacion practicada por la tropa de Torrejon, continuó su marcha á Matamoros, donde tomó sus disposiciones para poner en ejecucion el plan que se habia propuesto. Una vez interceptada la comunicacion, como ya lo estaba, entre el Fronton de Santa Isabel y las fuerzas del general Taylor, era casi seguro que éste tendria que aventurar una batalla, para restablecerla, y esto era precisamente lo que queria el general Arista. La empresa, sin embargo, era atrevida, en razon de que no teniamos ni trenes de puente, y una derrota, con un rio caudaloso á la espalda, debia ocasionar la pérdida de los Estados de oriente. Con todo, hay que observar que Arista obraba así, no solo por ejecutar el plan que habia formado, y de cuya bondad no dudaba, sino tambien para cumplir las órdenes espresas del ministro de la guerra Tornel.

La fuerza de la verdad nos obliga á decir en este lugar, que sobre las disposiciones del general en gefe recayó la amarga censura del general Ampudia. La antigua rivalidad de ambos revivió mas ardiente, enconada con el nuevo motivo de desunion, ocasionado por la mutacion del mando del ejército: el espíritu de discordia levantó la cabeza cundiendo rápidamente; y aquellas escandalosas disensiones fueron, como vamos á ver, una de las causas principales de los desastres que principiaron la serie dilatada de nuestras derrotas.

Segun el plan indicado del general Arista, el ejército debia pasar el rio para reunirse á la seccion que antes lo habia verificado, é interponerse todos entre las fuerzas enemigas de enfrente de Matamoros y las que habian quedado en el Fronton. Para ejecutar este movimiento, se pusieron en marcha las tropas, con 12 piezas, desde la ciudad para el rancho del Longoreño, distante cinco leguas, sobre el camino de la Boca del Rio, que era el punto señalado para verificar el paso.

Se procuró ocultar al enemigo la salida de las tropas, para que la sorpresa fuese completa. Quedó en Matamoros el general Mejía con el batallon activo de México, varios piquetes de distintos cuerpos y el resto de la artillería.

Se ordenó al general Torrejon, que con la fuerza de su mando

se dirigiera al punto designado para el paso con el fin de favorecerlo. Grandes eran las dificultades que se presentaban para su verificativo, pues por una falta indisculpable no se reunió el número de embarcaciones con que se hubiera podido contar, y el ejército entero pasó el rio en solo dos chalanes que conducian succesivamente á las tropas á la márgen opuesta. Esta bromosa operacion, que duró como veinte y cuatro horas, dió tiempo al enemigo para evitar nuestro encuentro, con lo que se perdió una escelente oportunidad de derrotarlo, y sobre esto llamamos la atencion.

A las dos de la tarde de aquel mismo dia habia recibido Arista un aviso de Mejía, en que le daba parte de que en el campamento enemigo se notaba un movimiento general. Despues de abatir sus tiendas, se preparaban á ponerse en marcha, disponiendo sus carros y su gente. Era de presumirse que el general Taylor se moviera sobre el ejército de operaciones, conforme lo habia previsto su general en gefe; pero no era tampoco difícil que se dirigiera sobre Matamoros, donde solo habia quedado una corta guarnicion. Por esta razon se mandó contramarchar al batallon de Morelia, que se envió de refuerzo á la plaza.

Recibióse el 2 la desconsoladora noticia de que el general Taylor con 2.000 hombres, aprovechándose violentamente de la dilacion de nuestras fuerzas en el paso del rio, habia pasado para el Fronton, frustrando el plan primitivo del general en gefe; pero como debia creerse que volveria con refuerzos al socorro de los compañeros que dejaba enfrente de Matamoros, se resolvió esperarlo en la llanura, y se continuó la marcha á Palo-Alto, donde se acampó.

Con el objeto de que la vuelta del general enemigo fuese cuanto antes, convenia hacer mas crítica la situacion, bastante angustiada ya, de los americanos abandonados en el fuerte recien construido. Contra éste rompió, pues, sus fuegos la plaza al amanecer del dia 3.

El 4, nuestro ejército cambió de posicion por falta de agua, acampando en los Tanques del Ramireño. El 5, dispuso Arista que el general Ampudia marchara sobre el campamento y fuerte de los enemigos para hostilizarlos, llevando consigo el 4.º de infantería, el batallon de Puebla, dos compañías de Zapadores, 200 hombres del regimiento auxiliar de las villas del Norte y cuatro piezas de artillería. Agregóse despues á esta fuerza el batallon de Morelia, que pasó el rio por las Anacuitas.

La situacion de los americanos del fuerte no tardó en ser sumamente comprometida. Colocados entre los fuegos de la plaza, y los de las fuerzas de Ampudia, reducidos á muy poca gente, escasos de víveres, sin seguridad de recibir auxilio oportuno, no les quedaba mas recurso que sucumbir despues de prolongar algo mas su defensa. La muerte del gefe que los mandaba acabó de desconcertarlos: sus obras esteriores cayeron en poder de nuestros soldados: se les intimó rendicion; y el triunfo habria coronado entonces nuestras armas, si la venida del general Taylor sobre el ejército de Arista, no hubiera obligado á Ampudia á ir á reforzar al segundo, abandonando todas sus ventajas.

Hasta el 8 fué cuando se supo de una manera positiva por los esploradores, que el enemigo en número de cerca de 3.000 hombres, con abundante artillería, é infinitos carros, se dirigia del Fronton de Santa Isabel para su campo retrincherado de enfrente de Matamoros. El general en gefe, en cuanto se cercioró de que se verificaba este movimiento, se dispuso á presentar la batalla, que hacia tantos dias andaba buscando. Nuestra caballería salió á las diez de la mañana para el espacioso llano de Palo-Alto: hízolo á las doce la infantería, la que encontró ya á aquella á la vista del enemigo.

El general Arista mandó formar inmediatamente en batalla: los cuerpos se colocaron en el órden siguiente. A la derecha, que se apoyaba en una colina de 18 á 20 piés de altura, y desde la que se prolongaba nuestra línea sobre la llanura, se situó un escuadron del regimiento Ligero de México: seguia una pieza de artillería, el batallon de Zapadores, el 2.° regimiento ligero, el batallon y Compañía Guarda-Costa de Tampico, una batería de 8 piezas, y luego el 1.°, 6.° y 10 de línea. La infantería estaba á las órdenes de los generales Diaz de la Vega y García.

A cuatrocientas varas de distancia se veian cuatro escuadrones formados de los cuerpos de caballería 7, 8, Ligero de México y de las Compañías Presidiales; y en el intervalo del primero al segundo dos piezas ligeras. Mandaba esta fuerza el general Torrejon.

Nuestro ejército, formado en batalla, permaneció observando al enemigo, sin romper el fuego, hasta las dos y media de la tarde, á cuya hora se avistaron las fuerzas que Ampudia traia al combate por disposicion del general en gefe. Se componian de una compañía de Zapadores, el 4.° regimiento de línea, dos piezas de artillería, y los



ESPLICACION.
✕ Sitio en donde fueron las acciones de guerra.
A. Campam.to del Genl. Taylor el 15, y 16. de Mayo con 2000. hombres.
B. Campam.to del Genl. Smith el 15 y 16. de Mayo con 1500. volunt.s de la Luisiana.
C. Camp.to de 600. homb.s venidos del Brazo de Santiago p.r la boca del rio a la Burrita.
S. Juan.
Los indios.
Isla del Padre Vallin.
Laguna del Padre Vallin
Brazo de Santiago.
Fronton de S.ta Isabel
Boca chica.
Loma.
Burrita.
Taraces.
Boca del Rio Bravo.
Resguardo
Cajapinta
Gomeño
Arroyos
Chapeño D.n Ant.o
Chapeño.
Leguas mexicanas.
0 ¼ ½ ¾ 1 2 3 4 5

PLANO
DEL
País situado al N.E. de la Ciudad de
MATAMOROS.
1846.



doscientos hombres de Auxiliares de las villas del Norte: estos últimos se situaron á bastante distancia, sobre nuestro flanco izquierdo, amparados del bosque. Con el refuerzo recibido, nuestro ejército contó con 3.000 combatientes, número igual, con muy corta diferencia, al que tenian los enemigos.

Detengámonos ahora por un momento, antes de empezar á referir las sangrientas batallas de esta guerra fatal, para dirigir una mirada sobre aquellas tropas que dieron principio al drama funesto, cuyo desenlace ha sido una catástrofe. Por primera vez iban á medir sus fuerzas, por sostener los derechos de su nacion respectiva, los hijos de dos razas destinadas al parecer por el Ser Supremo para destrozarse así en el antiguo como en el nuevo continente. Unos emprenden la obra de usurpacion y de perfidia, que un gobierno injusto les ha confiado: otros defienden una causa santa, en la que es verdaderamente glorioso sacrificar la vida.

Momentos antes de comenzar el combate, el general en gefe recorre la línea: arenga á los cuerpos uno por uno: les representa la gloria que alcanzarán con el triunfo, y el agradecimiento que deben esperar de sus conciudadanos. Sus palabras son recibidas con entusiasmo: las banderas flotan al viento: los soldados preparan sus armas: acarician sus corceles: las músicas tocan piezas alegres y bélicas; y se elevan en los aires los gritos de "Viva la República," como para llevar ante el trono del Dios justiciero, el clamor de venganza de una nacion ofendida! . . . .

Nuestras baterías rompen el fuego, que es al punto contestado por la artillería superior del enemigo, situada á seiscientas varas de distancia de nuestra línea: las fuerzas que traia Ampudia siguen acercándose: el 4.° regimiento de línea avanza en columna cerrada en el mejor órden: los americanos lo notan y la reciben con un fuego vivísimo de cañon: el 4.° no se desconcierta: sereno en un peligro tan grande como en una parada, continúa su movimiento hasta llegar á la línea, donde desplega en batalla á la izquierda del 10.°

El fuego sigue destructor y mortífero: el enemigo, cuyo objeto principal era pasar para su campo retrincherado de enfrente de Matamoros, se vale de la estratajema de incendiar el pasto que tenia á su frente, para que el denso humo que se levantara ocultase sus operaciones. Transcurre en esto como una hora, pasada la cual, se manda al general Torrejon que cargue con la caballería sobre el ala derecha

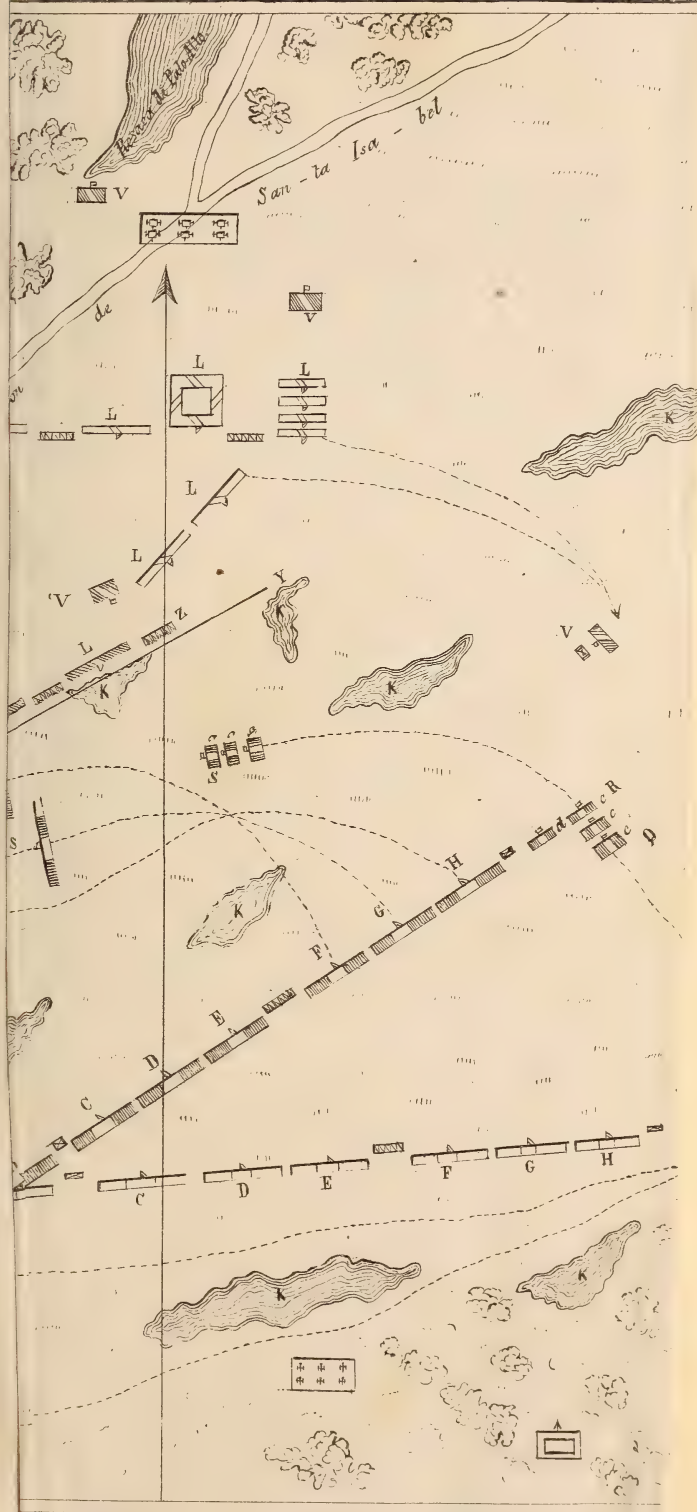
del ejército contrario. Efectuase este movimiento, que se hizo desfilando por hileras por la izquierda: á cierta distancia del enemigo, y cuando ya se habia introducido alguna confusion por lo largo del espacio que se habia tenido que atravesar, una voz detuvo la carga, diciendo que las tropas que estaban al frente se nos iban á pasar. Todos los cuerpos se pararon: en aquel instante, las dos piezas que tenian situadas en aquella parte los americanos, hicieron fuego, causando algunos destrozos: el desórden se aumentó; y en vez de darse la carga cejó nuestra caballería.... No hubo en realidad obstáculo en su tránsito, pues una ciénega que era necesario atravesar, no obstruia verdaderamente el camino.

El enemigo que se ha visto amenazado por esta fuerza, destaca para contenerla un batallon y dos piezas de artillería, que hacen considerables estragos. El general Torrejon tiene que retirarse, dando lugar con su conducta á que se hiciera por primera vez á la caballería un cargo que se ha repetido luego otras varias.

Tambien habia hecho avanzar Taylor parte de su caballería sobre nuestra derecha. Recibida por dos piezas ligeras, se vió obligada á retroceder, y los fuegos se suspendieron por ambas partes, durante mas de un cuarto de hora, al cabo de cuyo tiempo se renovó el cañoneo con mas actividad y continuacion que antes.

Favorecidos los norte-americanos por el humo del incendio, que era ya entonces espesísimo, se preparan á pasar por nuestra izquierda que quedaba flanqueada con este movimiento: el general en gefe que lo nota lo evita diestramente mandando un cambio de frente á vanguardia sobre nuestra ala izquierda. El ejército practica esta operacion con un órden y disciplina admirables, sin que el horroroso fuego que se le hace desórdene un solo momento á aquellos intrépidos soldados, siendo muy de notarse la serenidad y bizarría con que marcaron la nueva direccion los guías, las banderas y los ayudantes. A consecuencia del cambio, nuestra ala derecha quedó á poco menos de tiro de fusil de los enemigos.

La artillería de los norte-americanos, muy superior en número á la nuestra, hace estragos horrorosos en las filas del ejército mexicano. Los soldados sucumben, no envueltos en un combate en que pueden devolver la muerte que reciben, no en medio del aturdimiento y arrojo que produce el ardor de la refriega, sino en una situacion fatal en que mueren impunemente, y diezmados á sangre fría. Horas enteras



San - ta Isa - bel
de
V
L
Y
Z
K
S
H
G
F
E
D
C
R
c
d

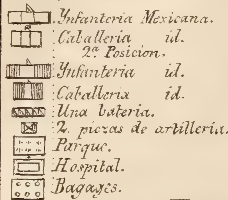
PLANO

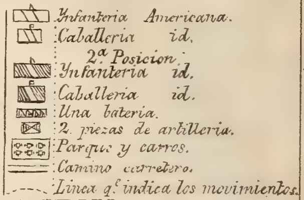
DE LA

BATALLA DE PALO-ALTO

el dia 8. de Mayo de 1846.

1.ª posicion. **SIGNOS.** *1.ª posicion.*





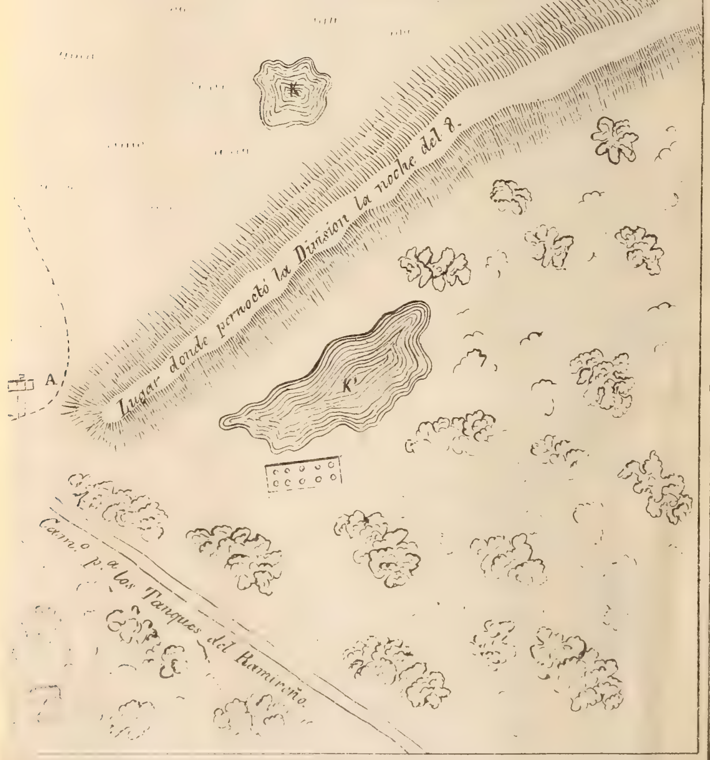
ESPLICACION

El llano esta cubierto de zacate alto que llaman zacahistle.
B. 4.º Regimiento: Un Batallon.
C. 10.º id. id.
D. 6.º id. id.
E. 1.º id. id.
F. Batallon guarda-costa de Tampico.
G. 2.º Reg.to lig.º: Un Batallon.
H. Batallon de Zapadores.
b. 8.º Reg.to caball.a: 2. Escuad.s
c. 7.º Yd. id: 3. id.
. Lig.º id: 2. id.
p. Presidiales: 1. id.
K. Bajos fangosos.

g. Auxiliares de las Villas.
AO. Seg.da carga de la caballeria.
AR. 3.ª posicion cambio de frente.
S. 5.ª id. carga dada al enemigo.
Ø. Lugar donde formó la caball.a cuando se rehizo.
M. Marcha al camp.to de la noche del dia 8.

Enemigos.

L. Ynf.a en sus varias posiciones.
YY. Linea incendiada por el enemigo.
ZZ. 3.ª posicion 2.º despliegue en batalla.
V. Cab.a 1.ª posicion.
V'. Yd. 2.ª id.
K'. Pequeña resaca.



se prolonga la batalla bajo tan funestos auspicios: las bajas se aumentan por momentos: las tropas, cansadas por fin de morir tan inútilmente, piden á gritos que se les conduzca sobre el enemigo á la bayoneta, porque lo que quieren es batirse de cerca, y sacrificarse como deben hacerlo los valientes. El general en gefe no se decide de pronto á complacerlas: entonces se introduce algun desórden en los cuerpos de la derecha, que tratan de retroceder: allí acude veloz el general Arista: restablece la disciplina: ordena por fin que se dé la carga tan apetecida. Empezaba ya en aquellos momentos á oscurecer.

Para ejecutar esta maniobra, el ejército se apoyaba por su izquierda en la caballería de Torrejon, y por su derecha en el Escuadron Ligero de México y en el regimiento número 7 que se acababa de colocar allí. Esta fuerza, al moverse, se echa sobre nuestra infantería, en la que introduce el desórden: desconcertadas nuestras tropas se atropellan unas á otras y no pueden ya llegar hasta los enemigos, pasando solamente á tiro de pistola de sus baterías, que las desorganizan, las destrozan y las obligan á retirarse por la izquierda de nuestra batalla. Contribuyó tambien muy eficazmente á producir este mal resultado, el que en vez de formar al ejército en columnas para acercarse al enemigo, se le hizo avanzar en batalla.

Afortunadamente los americanos no supieron aprovecharse, ni aun acaso notaron el desórden de nuestras fuerzas porque ya la noche habia cerrado completamente; así es que creyendo el ataque mas serio y peligroso, se retiraron al abrigo de sus carros. El ejército mexicano lo verificó igualmente sobre la colina en que se apoyó en su primera posicion.

El incendio continuaba propagándose: su resplandor siniestro alumbraba el campo, en que poco antes resonaba el estallido del cañon, y en que ahora solo se oían las sentidas quejas de nuestros heridos. Como la mayor parte de estos lo eran de bala de cañon, estaban horriblemente mutilados: su vista entristecia profundamente, y su desgracia llegaba al estremo de que no podia hacérseles ni la primera curacion, porque el médico que llevaba los botiquines, habia desaparecido desde los primeros tiros, sin que se supiera dónde los habia dejado. No hubo, pues, mas arbitrio que mandar á algunos de aquellos á Matamoros, en unas carretas que habian conducido víveres: los demas quedaron abandonados el dia 9 en el campo.

Los enemigos estuvieron tan lejos de creer que habian alcanza-

PLANO

DE LA

BATALLA DE PALO-ALTO

el dia 8. de Mayo de 1846.

SIGNOS.

1.ª posicion.	*1.ª posicion.*
Infanteria Mexicana.	Infanteria Americana.
Caballeria id.	Caballeria id.
2.ª Posicion.	*2.ª Posicion*
Infanteria id.	Infanteria id.
Caballeria id.	Caballeria id.
Una bateria.	Una bateria.
2 piezas de artilleria.	2 piezas de artilleria.
Parque.	Parque y carros.
Hospital.	Camino carretero.
Bagages.	Linea q.ᵉ indica los movimientos.

ESPLICACION

El llano está cubierto de zacate alto que llaman zacahistle.

B 4.º Regimiento Un Batallon.
C 10.º id. id.
D 6.º id. id
E 1.º id. id.
F Batallon guarda-costa de Tampico.
G 2.º Reg.ᵗᵒ lig.º Un Batallon.
H Batallon de Zapadores.
b 8.º Reg.ᵗᵒ caball.ª 2 Escuad.ˢ
c 7.º Yd. id. 3. id
Lig.º id: 2. id
p Presidiales 1. id.
K Bajos fangosos.
g Auxiliares de las Villas.
AO Seg.ᵈᵃ carga de la caballeria
AR 3.ª posicion cambio de frente.
S. 5.ª id. carga dada al enemigo.
ρ lugar donde formó la caball.ª cuando se relujo.
M Marcha al camp.ᵗᵒ de la noche del dia 8.

Enemigos.

L Inf.ª en sus varias posiciones.
YY Linea incendiada por el enemigo.
ZZ 3.ª posicion 2.º despliegue en batalla.
V. Cab.ª 1.ª posicion.
V'. Yd. 2.ª id.
K' Pequeña resaca.

0 50 100 200 300 400 500 1000

Escala de 1000. v.ˢ

Camino de San-ta Isa-bel.

Camino de Matamoros

Lugar donde pernoctó la Division la noche del 8.

Camino p.ᵃ los Tanques del Ramireño.

Plateros N.º 15.

do un triunfo, que en la noche del 8 tuvieron una junta de guerra, en la que la mayor parte de los gefes opinó por la retirada al Fronton: Taylor insistió en seguir adelante; y á su decision tenaz se debió que no se efectuara aquella; pero este hecho es la prueba mas clara que pudiera darse de que en la batalla de Palo-Alto quedó bien puesto el honor de nuestras armas.

El ejército mexicano pasó la noche triste y abatido: aunque el combate habia quedado indeciso, reinaba ya un funesto presentimiento de derrota: comenzaba á darse crédito á las voces de traicion que circulaban desde antes: se temia de antemano la batalla del siguiente dia, por que dominaba la persuasion de que no se iba á luchar para que la victoria se decidiera por el mas diestro y el mas valiente, sino que la perfidia y la ambicion intentaban sacrificar á la república á sus torpes miras, derramando la sangre mexicana.

Lejos de nosotros dar fe á la inculpacion de traidor que se ha hecho al general Arista, á quien tal vez podrá acusarse de otras faltas, pero de ninguna manera de ésta, ni tampoco de cobardía, pues es notorio que durante toda la batalla, desafió el peligro con un valor que ha merecido recomendacion y elogio.

Amaneció el 9 sin que el enemigo hubiera variado de posicion. El general en gefe determinó entonces retirarse: dió órden de que así se hiciera, y encargó al general Ampudia que con una seccion mista sostuviera este movimiento. Las tropas tomaron á las seis de la mañana el camino para Matamoros, á la vista del enemigo, que no emprendió detenerlo: á las diez llegaron al punto conocido con el nombre de la Resaca de Guerrero (*), donde el general en gefe determinó esperar al general Taylor, para presentarle de nuevo batalla. En la eleccion del lugar influyó no poco el capitan Berlandier, que lo señaló á Arista como el mas á propósito de cuantos habia en el tránsito hasta Matamoros, para pelear con ventaja y probabilidades de triunfo.

La Resaca corta completamente el camino, en una direccion algo oblícua, formando una barranca muy poco profunda, á cuyos estremos por derecha é izquierda habia dos charcos de agua estancada. El terreno en que se halla situada, lo cubre completamente un espeso bosque, cuyos árboles y malezas embarazan el paso. Los batallo-

[*] Como generalmente se cree que la Resaca de Guerrero y la de la Palma son una misma posicion, conviene decir, por aclaracion, que la primera es el lugar en que acamparon nuestras tropas y donde se dió la batalla; y la segunda, el sitio en que antes de batirse se detuvieron los norte-americanos.

nes de Zapadores, el 6.º de línea, el 2.º ligero, el 10.º y el 1.º de infantería fueron colocados luego que llegaron á la derecha del camino, quedando los soldados cubiertos hasta el pecho con el borde anterior ó delantero de la barranca: á la izquierda se situaron el batallon y compañía Guarda-Costa de Tampico, sobre el borde posterior de la misma: en el bosque, á retaguardia de las tropas de la derecha y como en 2.ª línea, el 4.º batallon: el flanco izquierdo se cubrió con el regimiento de Canales, compuesto de los auxiliares de las villas, y ademas con dos piezas de artillería. Colocáronse las restantes en dos baterías, situadas, una á la entrada del camino en la Resaca, y la otra en el borde posterior de la derecha de la barranca. Por último, la caballería quedó como á 300 varas á retaguardia sobre el camino: el parque general y los trenes á la izquierda del mismo, en una plazoleta que habia en medio del bosque. Las compañías de cazadores de los cuerpos desplegaron en tiradores al frente de la línea, cubriendo la parte de la izquierda las del 4.º y 6.º

El enemigo, aunque de lejos, habia seguido nuestra marcha, de lo cual tenia noticia cierta el general en gefe por los avisos de Ampudia que se habia ido replegando y que no tardó en incorporarse á las demas fuerzas; pero esto no impidió que mandara descargar el parque, desenganchar las mulas de las piezas, desaparejar las de carga y quitar bridas. Provenian estas disposiciones, de la firme creencia en que estaba de que el general Taylor no se atreveria á atacarlo aquel mismo dia en la posicion que guardaba, y no lo hizo variar de parecer, el observar que como á las dos y media de la tarde, una partida de americanos se acercó á reconocer el campo. Fué recibida á cañonazos, y tuvo que retirarse inmediatamente despues de sufrir alguna pérdida.

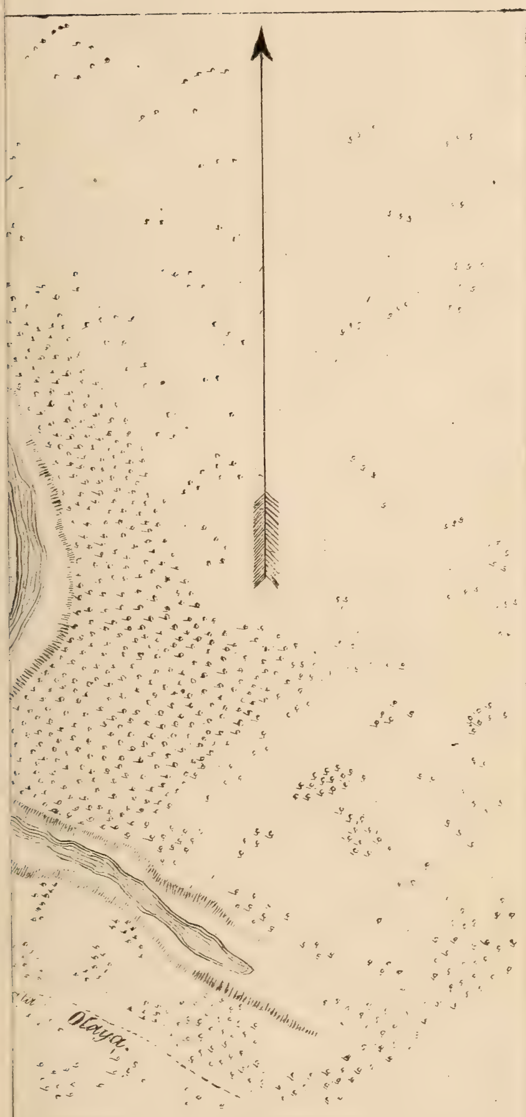
El enemigo avanzó sobre nuestras tropas á las cuatro y media. El general en gefe, advertido de lo que pasaba, insiste aún en su error, calificando aquel ataque en forma de simple escaramuza, por cuya razon se retira confiadamente á su tienda despues de hablar con el general Diaz de la Vega, á quien dijo que le reservaba el honor de mandar la accion aquel dia. Entonces pasó á la izquierda parte del 4.º de línea á las órdenes del teniente coronel Calatayud. El enemigo entre tanto ataca al 2.º ligero que acababa de ocupar la vanguardia, en el que halla una resistencia esforzada, lo mismo que en las compañías de cazadores del 4.º y del 6.º mandadas por los va-

lientes capitanes D. José Barragan y D. José María Moreno. El 2.º ligero pelea con decidido arrojo: las dos heroicas compañías se baten con una gran parte del ejército norte-americano: sus esfuerzos estraordinarios de valor se estrellan contra la inmensa superioridad del número de sus adversarios: Barragan cae herido mortalmente: Moreno es hecho prisionero: sus soldados, reducidos á unos cuantos, sin gefes, sin esperanza, sostienen aún por algunos momentos tan desigual lucha, y tienen por fin que cejar. A su vez el 2.º ligero se halla obligado á retirarse despues de ver caer muertos ó heridos á la mayor parte de sus gefes, debiéndose hacer mencion entre los segundos, del denodado teniente coronel D. Mariano Fernandez. La retirada en desórden del 2.º introduce el desconcierto en los cuerpos de la derecha.

El general Taylor continúa su ataque principal sobre nuestro flanco izquierdo, que era la parte mas débil de la línea, mandando tambien por el camino recto un trozo de caballería sobre las baterías que allí estaban situadas. Poco tardó en generalizarse el combate: la artillería enemiga diezma nuestras filas: sus dragones avanzan hasta nuestras piezas que caen en su poder. El malogrado capitan D. Dolores Ramirez, que mandaba una de las baterías se resiste á rendirse: con entusiasmo heroico rehusa la vida que le ofrecen los americanos, y muere valientemente al pié de sus cañones, entre los que fué hecho prisionero el general Diaz de la Vega.

En nuestra izquierda continúa la batalla: nuestras fuerzas, reducidas allí al batallon y compañía Guarda-Costa de Tampico, resisten el ataque: el comandante del primero, D. Juan Mateos es herido: el capitan Arana muere como un valiente: el enemigo cerca por todas partes á nuestros soldados cortándoles la retirada. Entónces se ponen á su cabeza el primer ayudante D. Ramon Tabera y el capitan D. José Barreiro, y procuran abrirse paso intrépidamente: al ejecutarlo recibe el segundo tres heridas que lo ponen fuera de combate. Estas fuerzas se reunen con las compañías presidiales, mandadas por el coronel Sabariego, y juntas organizan su retirada, con lo que se logró la salvacion de parte de nuestros soldados.

El general Arista que sabe el triunfo de los americanos, dominado todavia por una ceguedad funesta, no cree que se trata de una batalla en regla; manda para contenerlos los restos del regimiento número 4 á las órdenes del coronel Uraga, y encarga al general Ampudia que vaya con esta fuerza á sostener la batalla. Los nuevos comba-



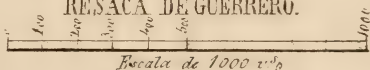
PLANO

DE LAS

Posiciones que ocuparon las tropas Mexicanas en la accion dada a los Americanos el dia 9. de Mayo de 1846.

EN LA

RESACA DE GUERRERO.



Lit. de Blanco, 1.a C.e de Plateros n.o 15


Esplicacion.
A. Zapadores.
B.B'. 2.º Ligero de Inf.ª 1.ª y 2.ª posicion.
C. 1.º de Infanteria.
D.D'. 4.º id 1.ª y 2.ª posicion.
E. 6.º id.
F. 10.º id.
G. Guarda-Costa y Comp.ª de Tampico
H. Lig.º de Caballeria.
Y S. 7.º y 8.º id.
M. Parques.
R. Presidiales.
L. Defensores de Tampico.
N. Ranchos.
O. Tienda del Gral en Gefe.
P. Carros enemigos
Camino ancho.
Id angosto.
Baterìa enemiga.
Inf.ª id Batallon.
Cab.ª id Escuadron.
Comp.ª mexic.ª avanzada.
PLANO
Posiciones
Mexicanos
1846.
RESACA DE GUERRERO.
Camino
Mata
Camino de Sta Rosalia
Camino para
Ramireño
Lit. de Blanco, 1.ª C.ª de Plateros n.º 15

tientes, á quienes Ampudia da ejemplo de valor, se baten con ardimiento; pero todo es infructuoso: el enemigo continúa avanzando; y la retirada, sin combatir, de los escuadrones de Canales, que como se ha dicho, cubrian nuestro flanco izquierdo, acaba de ceder el triunfo á los contrarios. Todo nuestro material de guerra cae en su poder: el desórden que la derrota ha producido en la izquierda de nuestra línea se comunica instantáneamente á los cuerpos de la derecha, que no se han batido y que se dispersan vergonzosamente, escepto el 1.º de línea, que reunido y con su coronel á la cabeza, se retiró sin quemar un cartucho, pasando el rio por el Longoreño. Los soldados se desbandan, escurriéndose por entre la maleza del bosque: la confusion mas horrorosa reina en el campo, y todo anuncia el doloroso desastre de nuestras armas.

El general en gefe que permanecia aún en su tienda escribiendo, se cerciora por fin, ¡demasiado tarde por desgracia! á causa de la violencia de la derrota, de que su conviccion ha sido errónea. Lleno entonces de dolor, ardiendo en cólera, prorumpiendo en quejas contra los cobardes, buscando la muerte ó esperanzado aún en contener al enemigo, se pone á la cabeza de la caballería, que colocada á retaguardia se conservaba intacta: hace el último esfuerzo cargando intrépidamente sobre los vencedores, y penetrando hasta nuestra primera posicion; pero el enemigo, apoderado ya de los bosques laterales del camino, rompe un fuego terrible, fusilando impunemente á nuestros lanceros. No hubo, pues, mas arbitrio que retirarse, como se verificó en el mejor órden posible, sin que los enemigos, aprovechándose de la victoria, siguieran en nuestro alcance.

Así se consumó la derrota de la Resaca, sobre la que es necesario entrar en algunas esplicaciones, sin las que no podria comprenderse lo que la ocasionó. Los lectores habrán ya notado con sorpresa el poco valor que manifestaron los mas de los cuerpos del ejército, llegando al estremo de desbandarse sin combatir. ¿Eran esos soldados los veteranos del norte, avezados al fuego de las batallas, modelos de valor y de disciplina? ¿Eran esos soldados los valientes que el dia anterior, serenos y firmes, se habian dejado despedazar por las baterías enemigas, y que en vez de pensar en diseminarse, solo pedian que se les mandara cargar á la bayoneta? Y si eran los mismos, ¿de qué provenia ese cambio repentino é inesperado? ¿Por qué, faltando á sus deberes, desmienten con su mala conducta la reputacion que han

conquistado á costa de su sangre? Nosotros diremos por qué, hablando con la imparcialidad de historiadores, por mas que nos sea doloroso tocar llagas que quisiéramos ocultar á la vista de los que nos observan.

No negaremos que la mala posicion que se eligió, esperando al enemigo en su terreno boscoso, influyó directamente en la pérdida de la batalla: tampoco nos resistiremos á confesar que los sucesos del dia anterior desalentaban el ánimo de los soldados, ni que el error del general Arista contribuyó no poco en contra nuestra; pero sí insistiremos en que la causa primordial de su caimiento y desconfianza, en que el motivo mas eficaz de sus faltas, fué la voz que la rivalidad y el odio hicieron correr de que el general en gefe era un traidor, de que se iban á repetir las escenas de Guanajuato, de que habia compromiso formal de vender al ejército, entregándolo al furor de los enemigos. Estas hablillas destruian de raiz la moral y la disciplina: muchos soldados rompian sus armas, gritando en su desesperacion que se les traicionaba, y por eso aconteció que se dispersaran cuando mas se necesitaba de su denuedo. De esa suerte, los hombres mas favorecidos, mas condecorados, los hombres que habian hecho su patrimonio de la república, le clavaban los primeros el puñal en el seno, sin pensar que la patria pudiera decir á cada uno de ellos lo que César á Bruto: "¿Tú tambien, hijo mio? . . . ."

Una vez consumada la derrota, la dispersion se hizo general. Los soldados se dirigen en todas direcciones al rio, no creyéndose seguros mientras no estuvieran del otro lado. El general en gefe con la caballería lo pasó por la Villa de Ampudia; el general Canales con su regimiento y Tabera con varios dispersos que habia recogido y dos piezas de artillería, un poco mas arriba de este punto; las fuerzas que hostilizaban al fuerte americano, por las Anacuitas, en donde la confusion y el atropellamiento eran estraordinarios. Allí habia ido á dar la mayor parte de los dispersos, quienes se pusieron á disputar la preferencia para atravesar el rio en los dos únicos chalanes con que se contaba. La porfia de cada uno aumentaba la dificultad: los chalanes se detienen mas tiempo del necesario en alejarse de la ribera, porque tarda la gente que los ocupa en desprenderse de los que quieren tomar su lugar. El temor difunde la idea de que el enemigo se acerca en persecucion de los fugitivos: el desconcierto se aumenta: la falta de embarcaciones desespera á los míseros dispersos: por escapar

de un peligro se arrojan en otro, pues huyendo de los americanos, ó buscan un vado que los salve, ó se precipitan al rio vestidos y armados, ahogándose casi todos, y salvándose solo unos pocos á nado.

En tan espantoso desórden merecen honorífica mencion los distinguidos gefes Orihuela y Urriza, que al frente de los batallones de Puebla y Morelia que mandaban, protegieron el paso de los fugitivos, siendo ellos los últimos que lo verificaron, y habiendo estado constantemente dispuestos á resistir al enemigo si se presentaba para hostilizarlos. Tampoco debemos olvidar á los habitantes de las rancherías de las orillas, que prestaron á los soldados buenos y oportunos servicios.

Terrible y funesta fué la impresion que produjo en Matamoros la noticia de la derrota y de la dispersion, llevada por los primeros fugitivos, y confirmada por los que iban llegando succesivamente. En la noche habia entrado ya un gran número de dispersos, y el general en gefe, que acababa tambien de llegar, dispuso que se acuartelaran.

El dia 10 acabó de reunirse el ejército, disminuido en solo una quinta parte, cosa que verdaderamente asombra, y que se debió seguramente á que casi todos los dispersos tenian que presentarse precisamente en Matamoros; de manera que la pérdida efectiva casi se redujo á los muertos, heridos y prisioneros. La salvacion del ejército consistió en que el general Taylor no supo aprovecharse de su victoria: si persigue á nuestras tropas, si las acosa al atravesar el rio, es indudable que las hubiera destruido completamente y apoderádose en aquellos momentos de Matamoros sin oposicion.

El mismo dia 10 se ocupó el general en gefe en restablecer el órden y la disciplina, en reanimar el valor de los soldados, en fomentar la moral decaida. Reunió una junta de gefes, á los que hizo presente la necesidad que habia de olvidar todo motivo de discordia, concentrando todos los esfuerzos al solo y sagrado objeto de la salvacion de la patria. Encomendóles que inculcasen con ahinco á los soldados estos mismos principios, y adoptasen en sus respectivos cuerpos las medidas mas adecuadas para el restablecimiento de la confianza y de la disciplina. Visitó, por último, los cuarteles y dispuso que se pasasen continuas revistas.

Canjeáronse los prisioneros el 11, y trasladáronse nuestros heridos de la Resaca á los hospitales de Matamoros, con arreglo al convenio que se celebró con el general Taylor. El general en gefe tuvo

noticia ese mismo dia de que al siguiente se preparaban los enemigos á atacar la ciudad, y como no juzgaba aún á sus soldados en estado de combatir en una nueva accion, dispuso abandonar la plaza, y á las doce de la noche dió órden á los cuerpos de que estuviesen listos para marchar.

En efecto, al amanecer del dia 12 salieron varios cuerpos de infantería y toda la caballería, y acamparon en el camino del interior á una legua de distancia, regresando luego á la ciudad en cuanto se supo con toda certeza que el enemigo nada intentaba por entonces.

Pocos dias despues se recibieron noticias seguras de que el general Taylor iba ya verdaderamente á verificar el paso del rio para atacar á Matamoros. Por este motivo reunió el general en gefe una junta de guerra, á la que asistieron los generales Ampudia, Requena, Torrejon, Jáuregui, García y Morlet, y el coronel Uraga, y en ella hizo presente lo que sabia, escitando á cada uno para que con la mayor sinceridad y franqueza espusiese su parecer, que atenderia en lo que mereciera, salvo siempre el derecho que le correspondia, como único responsable, de resolver lo que estimara mas acertado.

Las opiniones en la junta estuvieron conformes en cuanto á que la plaza no era defendible; y solo variaron en que unos querian abandonarla con tiempo, antes de que estuvieran encima los enemigos, y otros pretendian que la retirada se verificara bajo sus fuegos, persuadidos de que así se salvaba el honor de nuestras armas.

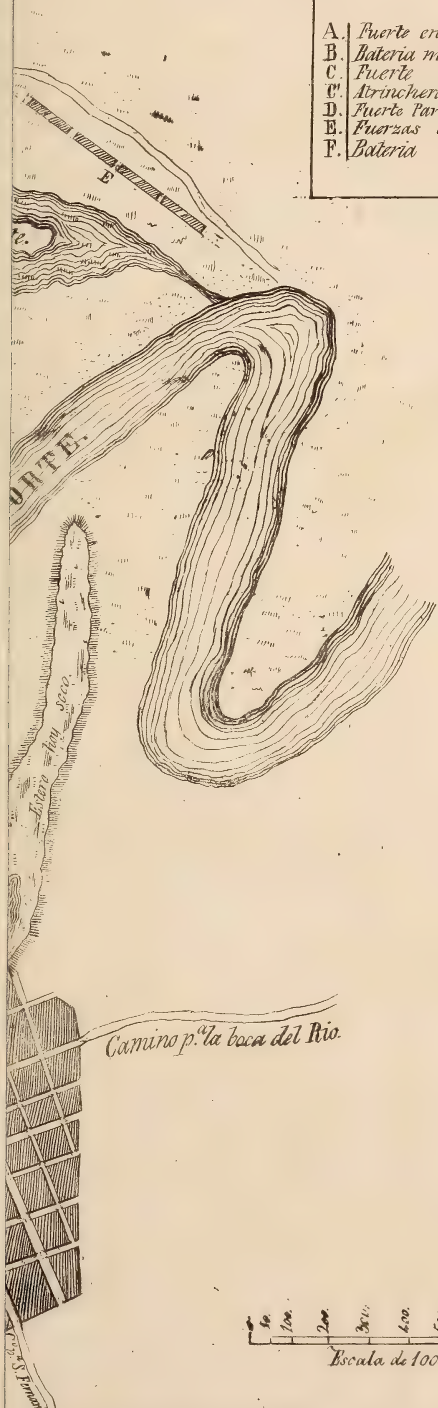
Concluida la junta, se mandó al general Requena de comisionado al campo enemigo á solicitar un armisticio, que le fué negado por Taylor. Esta circunstancia acabó de decidir á Arista á dar órden para la definitiva desocupacion y abandono de la ciudad; y en consecuencia, á la una salió la caballería, y á las cinco los cuerpos que formaban la 2.ª brigada de infantería. La tropa hizo alto en el llano de Doña Rita, á orillas de Matamoros.

La salida del parque, los trenes y el material de guerra que nos quedaba, ofrecia las dificultades consiguientes á la escasez de medios de trasporte. Despues de mil pasos y tropiezos, se consiguió que el prefecto proporcionara unas cuantas carretas, tiradas por bueyes, en las que se acomodó el parque que se pudo, y que salian de la ciudad inmediatamente que se cargaban.

Al oscurecer comenzó la retirada, que se efectuó en el órden siguiente. Abria la marcha el general en gefe con la 2.ª brigada de

ESPLICACION.

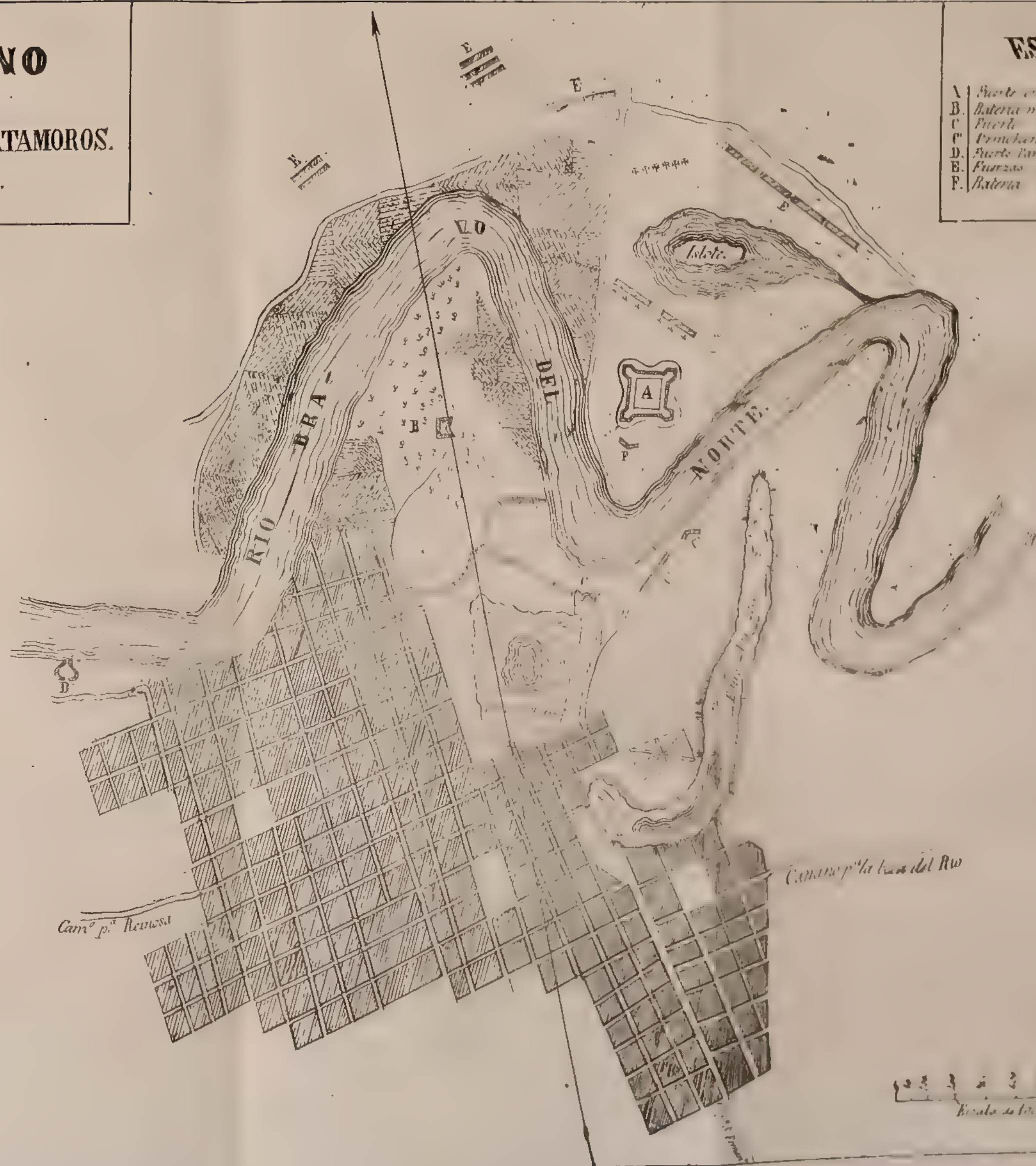
A. Fuerte enemigo.
B. Bateria mexicana.
C. Fuerte id llamado redonda.
C'. Atrincheramientos.
D. Fuerte Paredes.
E. Fuerzas enemigas.
F. Bateria idm.



10. 100. 200. 300. 400. 500. 1000.

Escala de 1000 varas.

PLANO
DE LA
CIUDAD DE MATAMOROS.
1846.



ESPLICACION.

A. Fuerte enemigo
B. Bateria mexicana.
E. Fuerzas enemigas.
F. Bateria idm

infantería, la artillería y las carretas del parque: seguia la 1.ª brigada de infantería, y la caballería cubria la retaguardia. El general Canales, con la escasa fuerza que le quedaba á consecuencia de la desercion que tuvo, tomó el rumbo de las villas del Norte. A las dos de la mañana llegó el ejército al rancho de la Venada, distante cuatro leguas de Matamoros.

En esta ciudad habian quedado abandonados á la generosidad del enemigo mas de 400 heridos. Entre estos hubo algunos que, al saber la retirada del ejército, salian de los hospitales y seguian á sus cuerpos arrastrándose por el suelo y dejando un rastro de sangre. Aquellos desventurados preferian toda clase de padecimientos al de quedar desamparados en una poblacion en que temian que el vencedor los tratara con crueldad.

Quedaron tambien en la ciudad todos los equipajes de los gefes y oficiales, las mayorías, cajas y depósitos de los cuerpos: cinco piezas de artillería que se dejaron clavadas: la gran parte del parque que no cupo en las carretas se arrojó al rio ó se inutilizó completamente, para evitar que cayese en poder de los americanos, que tomaron posesion de Matamoros el dia 18.

La imparcialidad nos obliga á decir en este lugar, que mientras un acopio considerable de parque quedaba abandonado; mientras se dejaban clavadas las piezas de artillería; mientras los infelices soldados tenian que ir cargando los calderos en que habian de hacer sus comidas, hubo varios generales que llevaban muchas mulas de carga con sus trenes, sus equipajes y cuanto podia servir para su comodidad y recreo! . . . .

La division continuó su marcha para el rancho del Medraneño. Desde entonces empezaron los padecimientos sin número de aquella memorable retirada. El general en gefe se habia decidido á seguir el camino que se habia tomado, por ser el que mas directamente conduce á Linares, punto estratégico, en que situadas nuestras tropas, podian amparar á Monterey ó á Victoria, segun la direccion de las fuerzas enemigas. A esta ventaja, no despreciable en verdad, servian de contrapeso inconvenientes muy graves, porque la ruta preferida se aleja de las poblaciones en que habia recursos, para entrar en el desierto. Ademas, el ejército carecia de toda clase de víveres, y en gran parte del camino no se encontraba agua, cuya falta era sobre todo la que mas sufrimientos debia ocasionar á los soldados.

Llegóse el 19 al punto del Ebanito, donde se tuvo noticia de que 300 caballos enemigos habian salido de Matamoros en persecucion de los que se retiraban. El 20 se acampó en la Nutria: el general en gefe tomó las precauciones convenientes para evitar una sorpresa. El 21 se permaneció toda la mañana en el campo en espera de los enemigos, que se supo despues habian contramarchado á Matamoros: á las cuatro se continuó la retirada. Una hora llevarian las tropas de marcha cuando empezó á llover á torrentes; el aguacero duró toda la noche. Los soldados lo consideraron como un beneficio de la Providencia: muertos de sed, sin agua con que mitigarla, la que caia de las nubes vino á proporcionarles un alivio inestimable, que de ninguna otra manera se hubiera logrado; por eso lo recibieron casi con la misma gratitud que manifestó al Dios de los ejércitos su pueblo escogido cuando le envió el maná, tambien en un desierto, para satisfacer el hambre que lo atormentaba.

Pero la desgracia del ejército era tal, que lo mismo que por una parte disminuia sus sufrimientos, los aumentaba por otra. Aquella agua cuya abundancia habia satisfecho su sed, inutilizaba el camino y lo hacia casi intransitable para los soldados, que iban ya rendidos de cansancio, enfermos, macilentos, sin fuerzas y sin valor. Su alimento se reducia á carne de vaca, cocida en los calderos que iban cargando desde Matamoros, y que por escasa no bastaba para saciar su apetito. Desalentados, por fin, hasta el último grado, no habia esfuerzos capaces á decidirlos á que continuasen la marcha: se arrojaban por tierra y quedaban como sepultados en medio del fango! . . . .

El 22 se llegó al llano de la Esperanza, donde se hizo alto para que la tropa secase sus vestidos: para que no faltara que comer, se mataron algunos de los bueyes que llevaban las carretas de parque y varias piezas de artillería. El número de estos útiles animales disminuia notablemente: á mas de los que se mataban para alimentar á los soldados, muchos habian muerto de resultas de la tormenta del dia anterior: los que quedaban se hallaban cansados y casi incapaces de seguir sirviendo. Por falta de su auxilio fué necesario ocultar el parque en los bosques, y que los infantes llevaran á mano las piezas. La caballería habia perdido tambien un gran número de caballos, de manera que se veian muchos dragones á pié cargando sus sillas.

En esta disposicion se prosiguió la marcha á las cinco de la tarde: á las dos de la mañana se llegó al campo del Calabozo. La pa-

ciencia y el sufrimiento habian acabado ya, y soldados hubo que se suicidaron en un momento de desesperacion.

Se llegó el 23 á la Gruñidora: el 24 al Aguaje de Todos Santos el 25 á la hacienda de la Vaquería: allí se encontraron los recursos que eran ya enteramente indispensables despues de tantos dias de miseria y de padecimientos.

Acampó el 26 la caballería en la hacienda de la Trinidad, y la infantería en el rancho de la Pomona. El 27 se encontraron en la hacienda de Guadalupe víveres en abundancia venidos de Linares adonde se llegó el 28.

En la marcha de ese dia acaeció la sensible muerte del general García, sugeto pundonoroso, honrado y valiente. Su repentino fallecimiento se atribuyó al sentimiento profundo que le causaron las desgracias del ejército y de la patria.

La noticia de nuestros desastres, esparciéndose por toda la república con la rapidez que siempre acompaña á las malas, destruyó la lisonjera esperanza que se habia concebido del triunfo. El gobierno supremo, cuyas disposiciones irreflexivas habian contribuido de un modo eficaz al fatal éxito que se lamentaba, quiso que recayera sobre el general Arista toda la responsabilidad; le quitó el mando del ejército y sujetó á un juicio su conducta. El 3 de Junio se recibió en Linares la órden de la destitucion, en virtud de la cual se encargó del mando el general D. Francisco Mejía.

De esa suerte terminó lo que podemos llamar la primera parte de la campaña. El ejército, detenido en Linares, esperaba los refuerzos que tanto necesitaba para continuar la guerra y detener los avances del enemigo. Sus esperanzas salieron fallidas: un nuevo escándalo derrocó al gobierno funesto, que dejaba una memoria de ignominia: los refuerzos no llegaron en el número necesario ni con la oportunidad debida; y el ejército, contra cuya conducta empezó desde entonces á clamarse violentamente, continuó desprestigiándose y siendo víctima de una serie de faltas verdaderamente inconcebibles.

CAPITULO III.

MONTEREY.

Despues de la penosa retirada de Matamoros, en la convalecencia de grandes infortunios y de males sin cuento, los restos del ejército desventurado de Palo-Alto y la Resaca de Guerrero, permanecian en Linares, cuando en los primeros dias del mes de Julio de 1846 se recibieron en aquel punto noticias fidedignas de que el enemigo se disponia á penetrar en el interior del pais.

El general Arista, luego que llegó á Linares pocos dias antes de entregar el mando, dispuso que marchase la seccion de ingenieros á las órdenes del teniente coronel Zuloaga, y el batallon de Zapadores, á las del teniente coronel D. Mariano Reyes, á Monterey, con objeto de que emprendiesen en aquella plaza algunas obras de fortificacion.

El general Mejía, en quien recayó el mando en gefe en este tiempo, adolecia de graves enfermedades, por cuya causa el 9 de Julio que se determinó la marcha del grueso del ejército, la verificó á las órdenes del general D. Tomas Requena.

Entonces aquel florido ejército, que hemos visto desmembrado y doliente en su retirada de Matamoros á Linares, constaba de mil ochocientos hombres: su moral habia sido combatida por una disension escandalosa sobre sus recientes derrotas; los enconados odios de los superiores se habian trasmitido hasta los soldados; el cambio repentino de gefes influia tambien en el descontento; y el espectáculo de los enfermos que se arrastraban en pos del ejército, y que iban pereciendo víctimas de la imprevision ó de la ingratitud, formaban un conjunto que realizaba de un modo horrible la descripcion de las penas y del porvenir del soldado mexicano, que hizo despues con astuta perversidad el general Scott.

Los cuerpos que salieron de Linares fueron: *Infantería:* 1.er regimiento, 2.º ligero, 4.º y 10.º de línea, y dos compañías del 6.º, Activos de México y Morelia. *Caballería:* 7.º, 8.º y Ligero. *Artillería:* 13 piezas. El general Morlet con el Batallon Activo de Puebla, el batallon y compañía Guarda-Costa de Tampico marchaba en esos dias para este puerto á reforzar la plaza.

De Linares rindieron aquellas fuerzas la jornada en el rancho del Encadenado: de este punto en Monte Morelos, poblacion risueña de tres mil habitantes, á la márgen fértil del hermoso rio de San Juan, y sobre la que llamamos la atencion por la hospitalidad generosa que dispensaron al ejército sus moradores; hospitalidad que los soldados del norte recuerdan aún con tierna gratitud.

De Monte Morelos fueron á la hacienda de la Concepcion y á Cadereyta Jimenez, donde permanecieron desde el 12 hasta el 21 del mes de Julio: en aquel punto se incorporó al ejército el general Mejía, y determinó trasladar el cuartel general á Monterey, llevándose consigo todas las fuerzas á dicho lugar, que con evidencia era entonces el punto objetivo del enemigo.

Monterey es una de las mas hermosas ciudades de la República, la capital de la frontera. Situada en un fértil valle en medio de altísimas y pintorescas montañas, la naturaleza se ostenta en toda su belleza y vigor. La construccion material de la ciudad es bastante buena. Casas de cantería, calles tiradas á cordel, plazas amplias y una

iglesia catedral de magnífica construccion. Pasa por un costado de la ciudad un cristalino rio, en cuyas márgenes hay pintorescas casas de campo y frondosas huertas. La ciudad desde su fundacion habia disfrutado de tranquilidad, pues aun las revoluciones civiles habian las mas veces perdonado la ciudad santa de la frontera. Despues de las desgracias del Rio Bravo el torbellino de la guerra la amenazaba muy inmediatamente, y los habitantes preveian un grave y doloroso conflicto.

Las obras de fortificacion que se habian emprendido, y las que se emprendieron despues, están marcadas en el plano que acompaña este escrito, y consistian, en un reducto bastionado de 270 varas de lado que encerraba el incompleto edificio de la catedral nueva.

Se levantó otro reducto en la Tenería, punto estramuros de la ciudad sobre la orilla izquierda del Rio de Monterey. Construyóse tambien una obra en el pico mas bajo del Cerro del Obispado, y por último, se encargaron los atrincheramientos de la parte del este, sobre la márgen del rio, al coronel Carrasco, quien se distinguió por su actividad y diligencia estraordinaria, y el que, como la seccion toda de ingenieros, llenó cumplidamente sus deberes.

Eran los primeros dias del mes de Agosto: los soldados trabajaban como simples operarios; los gefes alentaban sus esfuerzos; la poblacion patriótica y entusiasta prodigaba sus recursos; y despues, el gobernador del Estado de Nuevo-Leon D. Francisco Morales, residente en aquella ciudad, competia aumentando las fuerzas del ejército y contribuyendo con los medios todos que ponia en su mano la autoridad civil. Este afan lo redobló la noticia del movimiento del general Taylor á Camargo; y cuando en medio de estos preparativos solemnes llegó el anuncio del pronunciamiento del 4 de Agosto en México, aunque hubiese simpatías por él en algunos generales y gefes, se vió dominante en el ejército entero el generoso y circunspecto sentimiento de ocuparse preferentemente del enemigo esterior; rasgo digno que se espresó sin embozo en la junta de gefes que se convocó con este motivo en aquella ciudad.

Ya que en el pronunciamiento, como sucede siempre, no se tuvieron presentes los verdaderos intereses de la nacion, sus efectos sí se hicieron sensibles en Monterey: nombró el gobierno general en gefe del ejército del Norte, á Ampudia, y este nombramiento, por mil títulos impolítico, resucitó antiguas prevenciones que se desarrollaron



GENERAL AMPUDIA

lit de P. Blanco.

de tal modo, que varios gefes escribieron á México mostrando su descontento: la prensa denunció ese disgusto, y se engendraron vivas antipatías que fueron al fin de funesta trascendencia.

Hasta este momento el general Mejía se proponia la realizacion de un plan puramente defensivo, sin aventurar nada absolutamente, atendidos los recursos con que contaba. Llega el general Ampudia con las tropas que estaban en S. Luis: el ejército ascendió á cinco mil hombres, con treinta y dos piezas de artillería: se encarga del plan de su antecesor, practica escrupulosos reconocimientos: encarga á los ingenieros Reyes, Robles y otros oficiales del mismo cuerpo, que se perfeccionen las obras de fortificacion, y encomienda al capitan de plana mayor D. Francisco Segura, que practique el reconocimiento del camino hasta el rancho de Papagallos.

Antes de esto estaban situados los auxiliares de Nuevo-Leon en las lomas de Alacranes: el coronel Uraga se hallaba en Cadereyta con una brigada de infantería, y los regimientos de caballería de Guanajuato y Lanceros de Jalisco y el general Romero con el cuerpo de su mando, estaban en Marin á la espectativa del enemigo.

El capitan Segura, y los oficiales americanos que con 200 hombres habian pasado á practicar sus reconocimientos, se avistaron en un mismo dia en Papagallos, á un cuarto de legua de Alacranes, y la caballería situada en este punto, que tuvo noticia de esto, permitió ¡singular condescendencia! que impune y con todo desahogo entrase el enemigo hasta el primer punto.

Sea por los informes que del oficial mexicano recibió el general Ampudia, sea que las fuerzas con que contaba, en su concepto fueran capaces de combinaciones nuevas y felices, cambió su plan proponiéndose recibir al invasor en Marin, aprovechando en el tránsito su buena y numerosa caballería, y teniendo en caso de un reves un refugio y un punto de defensa en Monterey. Corroboraban sus esperanzas las ventajas que ofrece el terreno de Papagallos á Marin y otras circumstancias menos importantes.

Con el objeto de rectificar este plan, se convocó una junta compuesta de los gefes de brigada; en ella espuso sus proyectos, y se vió que en Monterey se contaba, ademas de los cuerpos enumerados ya, con el 3.º y 4.º ligeros, 3.º de línea, batallones activos de Aguascalientes, Querétaro y S. Luis Potosí, de infantería; y de caballería, 3.er regimiento, Guanajuato, S. Luis y Jalisco. El general Mejía contes-

tó á los proyectos del general Ampudia, que su brigada estaba lista y dispuesta á ejecutar las órdenes que se le dieran; pero las respuestas de los otros gefes de brigada, no siendo igualmente satisfactorias, frustraron é hicieron que se desechara el plan concebido.

Los americanos se concentraron en Cerralvo, y se disponian á dar un golpe rudo y repentino, cuando sin plan realmente nuestro ejército, reunia el general Ampudia la junta de defensa presidida por el gefe de estado mayor general D. José García Conde: en ella se acordó la prosecucion de las fortificaciones de la primera línea, y que se empezaran las de la 2.ª ó retrincheramientos interiores, y se distribuyeron los trabajos que todos emprendieron con incansable esfuerzo.

El dia 11 de Septiembre marchó el general en gefe para Marin á reconocer por sí mismo el terreno: dispuso se reunieran en aquel punto los cuerpos de caballería; y despues de dejar sus intrucciones al general Torrejon para que las aprovechase en las hostilidades, regresó á Monterey el 12, habiéndolo verificado tambien el coronel Uraga con su brigada.

El enemigo con su actividad característica nos amagaba desde Cerralvo, con mas evidencia de una pronta salida á cada momento.

Por nuestra parte, sin plan de operaciones verdaderamente, indecisos todos, vacilantes en los proyectos que se sospechaban, vieron el 13 reunir otra junta de gefes de brigada para tratar aún de la defensa de la plaza. Esta junta dió por resultado que se abandonasen las obras de fortificacion que se construian entre la Ciudadela y el cerro del Obispado, continuándose solo las de los dos puntos referidos y la de la Tenería: lo demas se redujo al interior de la ciudad; esto ocupó una nueva division de trabajos. Lo que se perdia física y moralmente en todas estas contradicciones, ya lo sospechará el lector imparcial.

El enemigo emprendió su marcha el 14: las fuerzas auxiliares, despues de un insignificante tiroteo, le dejaron libre el tránsito de Alacranes á Marin. Prosiguieron el 15 los americanos: nuestras fuerzas de caballería á presencia del enemigo evacuaron el pueblo y pasaron el rio, atravesándolo tambien aquel en su persecucion hasta el rancho de Agua-fria, donde acampó, precediéndole los nuestros á una prudentísima distancia, en un lugar llamado San Francisco.

Como se ve por el anterior relato, los enemigos estaban casi á las puertas de la ciudad; pues entonces se pensó aún en cambiar el plan

de defensa complaciendo las instancias del general D. Simeon Ramirez, y se destruyó el reducto de la Tenería, que antes se habia considerado importante.

Esta vacilacion peligrosísima del general Ampudia, las antipatías que existian entre él y los principales gefes, destruian la confianza recíproca: las amargas críticas de estos, y otras circunstancias que para rubor nuestro reveló despues el enemigo vencedor, auguraban un funesto porvenir en aquella plaza, por mas que los esfuerzos de la poblacion y el brillante comportamiento de casi todos los gefes, de la oficialidad subalterna y de la tropa, templasen aquel presentimiento aciago. De todos modos, estos antecedentes creaban un estado de incertidumbre congojoso.

Así al frente de un enemigo orgulloso con sus victorias, en medio de los temores que producia la situacion con las noticias de nuestros escándalos en México, la noche del 15, cuando reviviendo nuestros mas tiernos recuerdos de independencia y de familia, las músicas militares anunciaron la hora solemne en que se proclamó nuestra existencia como nacion, todos obedecieron al sentimiento patriótico, y exaltando los ánimos el entusiasmo, se olvidó todo y se ansiaba el combate como vindicacion y como gloria!!

La mañana del 16 los enemigos amanecieron en sus mismas posiciones y nuestra caballería en su observacion.

La ciudad tomaba el aspecto severo é imponente de una plaza guerrera: aquel sordo presentimiento de la lucha próxima se comenzó á sentir.

Las familias que hasta entonces no habian emigrado, ahora abandonaban en tropel sus hogares con el terror en los semblantes, vertiendo lágrimas por sus deudos, sosteniendo la jóven los pasos del trémulo anciano, llevando en sus brazos á sus hijos el padre cariñoso. Las escenas de dolor, de ternura, de abnegacion generosa se multiplicaban por todas partes, y estas sufridas poblaciones que tan poco debian á la opulenta y desdeñosa México, lo sacrificaban ahora todo, se ofrecian como en expiacion sublime de todos nuestros crímenes, para que no profanase nuestra capital el pabellon que ha ondeado sobre el palacio de los Moctezumas.

Ese aspecto solitario de una ciudad en espera de un combate, ya la podemos comprender los que lo hemos visto; pero es superior á toda descripcion.

El 17 el ejército americano continuó sin avanzar de Agua-fria; pero á consecuencia de sus preparativos de ataque, nuestra caballería fué reforzada por el 7.º regimiento, á las órdenes del general Jáuregui, que marchó á incorporarse á Torrejon.

Entraron á la plaza algunas partidas de auxiliares.

El 18, entre diez y once de la mañana, entró nuestra caballería en la plaza, porque el enemigo habia ocupado á San Francisco. Ordenó entonces el general en gefe que se situara á la falda del cerro del Obispado.

Ese mismo dia se recibió de México una conducta de 28.000 pesos, que se distribuyeron entre el ejército, aliviando un tanto sus penosas miserias.

A las nueve de la mañana del 19 nuestras avanzadas, tiroteándose con el enemigo, se replegaron á la plaza y éste se presentó á su frente. Resonó el toque de generala; las tropas corrieron á las armas; los habitantes de la ciudad salian armados de sus casas, dirigiéndose entusiastas al lugar amagado. Las mugeres y los niños discurrian aterrados, mezclando sus gemidos y sus lloros al eco marcial de los clarines, al acento de los vivas, á la vocería confusa de las tropas, á los sones festivos de las bandas de los cuerpos.

Avanzaron las columnas enemigas hasta cerca de la Ciudadela, donde se les recibió con algunos tiros de cañon, que no contestaron, limitándose á practicar un ligero reconocimiento; retirándose en seguida al bosque de Santo Domingo, punto distante cosa de una legua al N. de aquella plaza, y donde establecieron su cuartel general.

En estos críticos momentos, y llamamos la atencion sobre esta circunstancia, se pensó todavia en otro plan de defensa, mandándose reparar esa misma noche el reducto de la Tenería, obra que habia costado mas de un mes de trabajo, y que dejó servible en pocas horas el digno capitan D. Luis Robles, con un empeño que merece este recuerdo.

Del Saltillo se recibió un convoy con víveres y ocho mil pesos.

La mañana del 20 se supo que en la noche una partida de caballería enemiga se habia aproximado al cerro del Obispado, y á sus inmediaciones hecho alg[illegible]nos prisioneros, por lo que se destacaron doscientos dragones so[illegible] este punto, para impedir una nueva tentativa. Los americanos [illegible]paron el pueblo de Guadalupe, sobre el ca-

mino de Cadereyta, y sus partidas de caballería recorrian las inmediaciones de la ciudad, por el norte, con el objeto de proteger el reconocimiento de sus ingenieros.

Llegó la tarde: se vió mover una columna enemiga (la del general Worth) con varios carros y artillería, que tomó el camino del Topo. Este movimiento indicaba claramente que llevaba por objeto posesionarse del camino del Saltillo y cortarnos toda comunicacion con el interior del pais. En la plaza se observó aquella operacion, é hizo marchar el general en gefe la caballería, que situó en el Jagüey, punto de reunion de los caminos del Topo y del Saltillo. En esta espectativa pasó la noche.

El siguiente dia, á las seis de la mañana, la columna hostil con seis piezas emprende su marcha: arrójase sobre ella nuestra caballería: al principio de aquel ligero combate cae muerto el comandante de los Lanceros de Jalisco D. Juan Nájera: empéñase la carga: la dirige el comandante del regimiento de Guanajuato D. Mariano Moret; los cincuenta dragones que lo siguen yacen tendidos: entonces, rota su lanza, tirando de su espada, solo, herido, se arroja intrépido y persigue á los americanos hasta sobre sus mismas piezas, retirándose en seguida tranquilo: el enemigo mismo respetó su osadía, no disparándole en su retirada un solo tiro. Cuando volvió á la plaza cubierto de polvo, goteando sangre su valiente espada, prorumpieron en aplausos sus camaradas; y él, con su modestia, mostró que el verdadero mérito es humilde, y que el heroismo huye de la desvergüenza y de la vanidad.

Tan luego como comenzó á batirse nuestra caballería con la brigada del general Worth, de que ya hemos hecho mencion, destinada á interceptar el camino del Saltillo, el general en gefe dispuso que el Sr. general Garcia Conde, con dos piezas de artillería y el batallon de Aguascalientes, marchara con violencia á reforzar á aquella, poniéndose en combinacion con el general Torrejon para practicar las operaciones que fuesen convenientes; pero apenas Garcia Conde comenzaba á disponerse á obrar, cuando recibió otra órden del general en gefe para que con las dos piezas y el batallon regresara á la plaza. Este último fué destacado al puente de la Purísima, por donde atacaba fuertemente el enemigo.

En este combate fué cortada la caballería de Romero, que regresó á la plaza despues por el cañon de San Pedro; y dueños los ame-

ricanos del camino del Saltillo, se lanzaron rápidos sobre el débil destacamento situado en las lomas frente al Obispado, ganaron dos piezas é hicieron flotar su enseña vencedora sobre nuestro fortin de la Federacion.

Cuando esto acontecia por los puntos avanzados del poniente, se escuchaba por el N. E. un vivísimo fuego de fusilería y de artillería en los puntos de la línea del general Mejía. El choque rudo, sostenido, desesperado, se empeñó en el reducto de la Tenería, cuya guarnicion corta y con solo cuatro piezas, se multiplicaba por su heroico ardimiento. Los ataques se redoblaban: el empuje del invasor era vehemente: el general en gefe mandó para que nos reforzara al 3.º ligero: el enemigo estrechaba entre tanto la obra, cuando no teniamos ya un solo cartucho de cañon: el asalto es evidente; pero el refuerzo llega: se manda al teniente coronel del 3.º ligero que haga una salida y cargue sobre el enemigo. La voz de armen bayoneta es contestada por mil vivas entusiastas: fórmase la columna, y entonces . . . . dicen los partes y varios testigos no desmentidos satisfactoriamente por aquel gefe, con cuyo nombre no hemos querido manchar estos renglones, que saliendo por la gola de la obra se arrojó al rio, emprendiendo la fuga entre los gritos de indignacion y de escarnio. Por la huida del gefe del ligero los enemigos tomaron la Tenería: nuestros soldados se retiraron al punto del *Rincon del Diablo*, á tiro de fusil de la Tenería, donde resistieron valerosamente, distinguiéndose entre otros el teniente coronel D. Calisto Bravo y capitan de artillería Arenal, situándose por fin el general Mejía en el puente de la Purísima. Allí revivió la lucha ensangrentada, y se prolongó tenaz y con encarnizamiento: cuando agotadas todas las municiones pidieron parque los soldados al general Mejía, este contestó que no *se necesitaba* mientras hubiera bayonetas. Esta respuesta se recibió con vivas de aplauso: redoblóse la energía: el enemigo por su parte ardiente y esforzado, combatia á la vista del mismo general Taylor que asistia á esta lucha. Hace, en fin, un impulso: nuestros soldados saltan los parapetos; y como dice Tirteo exhortando á los griegos, pecho contra pecho, arma contra arma, confundidos, frenéticos, cargan los nuestros, y sobre el terreno que han ganado, sobre los cadáveres de nuestros enemigos, entre el humo de su sangre impura, sube á los cielos el grito victorioso de "Viva México."

Los valientes que conquistaron aquel lauro á las órdenes del ge-

neral Mejía, fueron trescientos hombres de Aguascalientes y Querétaro, mandados por el teniente coronel Ferro y comandante de batallon D. José María Herrera: el comportamiento de la artillería, al mando de D. Patricio Gutierrez, fué brillante. Los enemigos, despues de haber perdido cerca de mil hombres en este encuentro, se retiraron al bosque de Santo Domingo, dejando algunas piezas y un corto destacamento en la Tenería.

Al retirarse los americanos, el general Mejía creyendo conveniente una carga de caballería, lo manifestó al general en gefe, quien mandó veinte hombres: el general Mejía dijo que aquella fuerza era corta. Entonces se ordenó al general Garcia Conde que, con el 3.º y el 7.º que estaban en la plaza, cargase al enemigo por retaguardia por el rumbo de la catedral nueva. Garcia Conde condujo los cuerpos hasta el punto donde debian cargar: allí entró solo en combate el 3.º, que lanceó mas de cincuenta hombres de varias guerrillas enemigas, retirándose en seguida á la ciudad.

Los trabajos de fortificacion de la plaza continuaron: el general Romero con su brigada de caballería salió de ella con el objeto de hostilizar al enemigo.

En la madrugada del dia 22 éste se apoderó del pico occidental y mas alto del cerro del Obispado, sorprendiendo á sesenta hombres del 4.º ligero que lo defendian, contra los pronósticos y las seguridades del señor mayor general Garcia Conde, quien habia sostenido que era inaccesible. Los enemigos subieron artillería, y rompieron sus fuegos de este punto y del de la Federacion sobre la obra del Obispado, que defendia el teniente coronel D. Francisco Berra con doscientos hombres y tres piezas de artillería.

El comandante mandó que saliesen algunas guerrillas fuera de la obra: contiénese el enemigo: el general Ampudia ordena que cincuenta dragones desmontados auxilien á Berra: ¡órden singular, porque la columna de reserva permanecia en inaccion dentro de la plaza! Nuestras guerrillas rechazan al fin al enemigo auxiliadas por un corto refuerzo de cincuenta hombres de caballería que mandaba el general Torrejon: empeñados los americanos destacan tres columnas sobre la obra disputada: cargan con decision: los nuestros, agobiados por el número, retroceden en desórden, sin que pudiesen protegerlos las fortificaciones, que únicamente tenian fuegos para la ciudad. Eran las cuatro de la tarde cuando el enemigo se apoderaba entre su alga-

zara de júbilo de la obra. Los soldados en tropel, llenos de espanto, descienden y penetran al interior de la plaza difundiendo el terror, cuando salia un tardío refuerzo del batallon de Zapadores y el 1.º de línea para el Obispado! . . . .

Nuestras comunicaciones con el Saltillo quedaron entonces cortadas absolutamente.

Este suceso infundió ese pavor silencioso que precede á las derrotas; y con una que otra escepcion, los gefes de los cuerpos lo hacian sensible, contagiando al mismo general en gefe, del que la espedicion y la energía no fueron dotes favoritas. Poseidos los directores de los negocios de los sentimientos que por pudor hemos bosquejado tan someramente, se mandó concentrar al ejército en la línea interior, desamparando todas las obras mas avanzadas por el norte, oriente y poniente, y conservando solo algunas del sur, á la orilla del rio, por estar á sesenta varas de la plaza principal.

Estas disposiciones se cumplieron á las once de la noche, en medio de un ruidoso desórden, provenido de que la tropa rehusaba abandonar sus posiciones sin combatir. La murmuracion y el descontento se manifestaban sin embozo, padeciendo la moral militar lo que no es decible. Quedaron avanzados al poniente y en las avenidas del cerro del Obispado ciento cincuenta hombres; y en la Ciudadela una guarnicion de quinientos, á las órdenes del coronel Uraga.

Amaneció el 23: se supo que las fuerzas enemigas situadas en el cerro del Obispado habian sido reforzadas considerablemente con infantería y artillería, ocupando la Quinta de Arista, Campo Santo y otras posiciones contiguas.

En los puntos que habiamos abandonado en la noche en medio de un desórden espantoso, se veian muchos soldados que se quedaron por olvido ó por indolencia, ebrios, disparando al aire sus fusiles, cometiendo escesos, dando idea clara del desconcierto que comenzaba á dominar.

El general Ampudia salió de la catedral, donde habia establecido su cuartel general y permanecido durante la accion, y recorrió los atrincheramientos.

En la ciudad se trabajaba con ansioso afan en las obras emprendidas, coronando de saquillos las azoteas y aspillerando varios edificios, á la vez que el enemigo, desde la Tenería y las lomas del sur, la

atacaba con la batería que estableció en el primer punto y la pieza que colocó en las lomas mencionadas.

A las diez de la mañana, el enemigo ocupó los puestos abandonados la noche anterior: á las once embiste por el este con decision: generalízase el fuego y cunde ardiente hasta las casas de la plaza principal. En esos momentos, sublime como las heroinas de Esparta y de Roma, y bella como las deidades protectoras que se forjaban los griegos, se presenta la señorita Doña María Josefa Zozaya en la casa del Sr. Garza Flores entre los soldados que peleaban en la azotea; los alienta y municiona; les enseña á despreciar los peligros. La hermosura y la categoría de esta jóven le comunicaban nuevos atractivos: era necesario vencer para admirarla, ó morir á sus ojos para hacerse digno de su sonrisa. ¡Era una personificacion hermosa de la patria misma: era el bello ideal del heroismo con todos sus hechizos, con toda su tierna seduccion!

A la una y media de la tarde cesó el ataque, para reanimarse á las cuatro con mayor violencia. Una gruesa columna con una pieza de artillería descendió á esa hora como una avenida formidable del cerro del Obispado, dividiéndose en los dos caminos que conducen de aquel punto á la ciudad. Lo tortuoso de las calles por donde vienen los invasores impide obrar á la artillería; no obstante, se traba una lid empeñada: por ambas partes se lucha con ardor: los enemigos emprenden horadar las casas y penetran así hasta nuestros atrincheramientos. Esta osadía irrita el brío de nuestras tropas, que desdeñando pelear á cubierto, trepan audaces sobre los parapetos, y provocando al enemigo desafiaban una muerte evidente. Este, mas frio, mas cauto y mañero, nos hacia un fuego peligrosísimo por las canales y aspilleras de las casas.

Se habia mandado á la oficialidad subalterna, de capitan abajo, que pelearan como simples soldados: los oficiales se ponen la fornitura sin murmurar; toman sus fusiles; se establece una emulacion generosa y ardiente: cada oficial quiere distinguirse por su arrojo, comprando con su sangre el lauro del valiente.

Forma un vergonzoso contraste con esto lo que han dicho los enemigos de los generales refiriéndose á Monterey. Nosotros nos limitaremos á decir, que á los gefes y oficiales dispensaron despues los vencedores distinciones de todo género; y que los generales, á escepcion de los que hemos mencionado honrosamente, sufrieron

con el desprecio de sus enemigos un castigo duro y acaso merecido.

En la noche cesa el combate y arroja el enemigo algunas bombas desde la Plazuela de la Carne.

Varios de los que no hemos querido mencionar escitan al general en gefe para que solicite una capitulacion. El comandante general de artillería, que ejerció grande influencia en todos los sucesos de Monterey por su valimiento con Ampudia, apoyó aquellas sugestiones.

A las tres de la mañana salió para el campo de Taylor el coronel graduado capitan D. Francisco R. Moreno, á solicitar un parlamento de nuestra parte.

La humillacion que entonces se sentia es inesplicable. ¡Cuántos sacrificios estériles! ¡Cuánta heroicidad burlada! ¡Cuánta cobardía impune y triunfadora!

El general Taylor suspendió las hostilidades, contestando que nuestras tropas evacuaran la plaza, jurando no tomar las armas en lo succesivo contra los Estados-Unidos.

El general Ampudia formó una junta de los gefes de brigada y de cuerpo. Cuando la imponia de la resolucion del enemigo, se anunció que el general Worth venia á tratar con nuestro general en gefe. Fué el general Ampudia á la entrevista. Le propuso Worth que evacuasen nuestras tropas la ciudad, sin mas garantía que la de que los oficiales sacaran sus espadas, dejando la tropa las armas. Ampudia, irritado ỹ acaso arrepentido de su debilidad, protestó solemnemente que si no habia otro acomodamiento, sucumbiria bajo los escombros de la ciudad. Worth propuso entonces que iria el general Taylor á convenir sobre los tratados. Esta segunda entrevista dió por resultado la capitulacion, para la que fueron comisionados los generales Requena y Garcia Conde, y D. Manuel María del Llano: capitulacion, por ironía cruel, llamada honrosa, que consistia en que el ejército sacaria sus armas y equipajes, una batería de seis piezas, municionadas con veinticuatro tiros cada una, una parada de cartuchos por plaza, dejando el resto del material; y comprometiéndose por su parte los americanos á no pasar de la línea de los Muertos, Linares y Victoria en siete semanas, en cuyo tiempo trabajarian en diligenciar la paz.

Ese mismo dia, á las once de la mañana, evacuaron nuestras tropas la Ciudadela, al frente de una columna enemiga mandada por el general Smith. Nuestras fuerzas arriaron la bandera; sonó la salva



GENERAL TAYLOR.

Lit. de P. Blanco.

Columna de Worth el 22 de Setiembre.
Cam.o del Jaliuci al Topo.
Camino de Moron.
Camino del Bosque.
Columna de Taylor el 21 de Setiembre.
Camin
II
III
IV
A
a
VII
Camino de Caderita
Camino de Huajuco

lit de P.B

1.a de Plateros nº 15

PLANO
DE LA CIUDAD DE
MONTERREY DE N. LEON.
Setiembre 1846.

Esplicacion.

A. Plaza principal
B. Id del Mercado.
C. Id de la Carne.
D. Id de S. Antonio
E. Id de Toros.
F. Id de la Virgen del Roble
G. Id del Hospital.
H. Id de Capuchinas.
I. Ciudadela.
II. Fortin de la Teneria
III. Id del Diablo.
IV. Id de la Libertad.
V. Obispado.
VI. Campo santo
VII. Fortin de la Federacion.
1. Atrincheramientos.
2. Bateria de morteros del enemigo la noche del 23
a. Catedral.
b. S. Francisco.
c. S. Antonio.
d. S. Caralampio.
e. Virgen del Roble.
f. Casas consistoriales.

Camino de Pesqueria

Camº para el Topo grande

Camº del Jahual al Topo

Escala de 1000 varas

lit. de P. Blanco

1ª de Plateros nº 14

de ordenanza; y nuestro pabellon cayó abatido, tributándole los enemigos los honores de la guerra. Las tropas de Smith tomaron posesion de aquel fuerte, tremolando su estandarte, al que saludaron victoriosos entre sus *hurras* de júbilo y nuestro llanto de humillacion y de dolor! Nuestras fuerzas se alojaron en la parte este de la ciudad, no habiendo salvado mas que el personal y seis piezas de artillería.

Así terminó la defensa de Monterey. La sencilla relacion de los hechos nos escusa de todo comentario: ella ratificará tambien el juicio de la parte sensata de la nacion!

Cuando removidos los inconvenientes de una relacion contemporánea, la pluma imparcial de la historia consigne este hecho en su libro severo, habrá, refiriéndose á estos sucesos, que relegar algunos nombres á la infamia; pero no se dirá como hoy, en el lenguaje parcial de las pasiones, que el ejército vertió allí su ignominia en el cáliz que despues ha apurado nuestra patria hasta las heces! . . . .

El dia 26 salió de Monterey para el Saltillo la 1.ª brigada y dos cuerpos de caballería con el general en gefe: el resto de las tropas lo hizo el siguiente dia.

Cuando los habitantes de Monterey vieron salir las últimas fuerzas mexicanas, no pudieron resolverse á quedar entre los enemigos, y multitud de ellos, abandonando sus casas é intereses, cargando sus hijos, y seguidos de sus mugeres, caminaban á pié tras de las tropas. Monterey quedó convertida en un gran cementerio. Los cadáveres insepultos, los animales muertos y corrompidos, la soledad de las calles, todo daba un aspecto pavoroso á aquella ciudad.

Reunidas las fuerzas en el Saltillo, se aguardaban las disposiciones del gobierno, á quién por estraordinario se envió la capitulacion. En los primeros dias del mes de Octubre se recibió la órden de que las tropas se retiraran á San Luis Potosí. El ejército y el pueblo supieron con tan honda indignacion esta medida, que Ampudia se dispuso á enviar un oficial de su confianza para que impusiera de aquella circunstancia al gobierno; pero el dia mismo en que el oficial salió del Saltillo, llegaron dos comisionados con órdenes contrarias. Esta nueva se celebró con vivo entusiasmo; mas al siguiente dia se recibió otra órden, insistiendo en la determinacion primera de que las tropas marchasen á San Luis.

Organizóse por fin la retirada por brigadas escalonadas: las es-

caseces hacian rayar en miseria las necesidades del ejército, no obstante los socorros patrióticos de las poblaciones del tránsito.

Así, despues de una derrota inmerecida y de una retirada humillante y penosa, llegaron los restos de nuestras tropas á San Luis en fines de Octubre. Esos restos formaron la base del nuevo ejército que se organizó en la misma ciudad, y que pronto veremos combatir denodado en la Angostura.

CAPITULO IV.

PERMANENCIA DEL EJÉRCITO EN SAN LUIS.

Cuando el ejército de Taylor se preparaba á marchar sobre Monterey, cuando llegaron á México las noticias del amago de esta plaza y que se presentia el nuevo baldon que iba á caer sobre nuestras armas, el aspecto de los negocios interiores habia cambiado completamente. Derribada la administracion de Paredes, la direccion de la guerra iba á pasar á otras manos; y esto, que para unos era una fatalidad, hacia entrever á otros dias menos aciagos.

La revolucion de Agosto habia arrancado de su destierro al general Santa-Anna; se le habia visto entrar triunfante en la voluble capital que en 44 le cerró sus puertas como al hombre mas execrado; y cuando todos se aguardaban que no hiciese otra cosa que apoderarse del mando para saborear sus dulzuras, se le vió dar una prueba de desprendimiento ó de destreza que nadie esperaba, que muchos temian y que algunos deseaban. Santa-Anna conoció su posicion, y juzgando depositado el poder en personas fáciles de dejarse manejar, no vaciló en seguir representando el papel de desinteres y patriotismo con que apareció en Veracruz, y con que pensaba hacer olvidar sus antiguas inconsecuencias y errores. Retirado en Tacubaya, afectaba no querer mezclarse en las cosas de gobierno, y solo ocuparse en el arreglo de la espedicion con que se proponia marchar al Norte.

Esta espedicion debia organizarse con las fuerzas que Paredes habia detenido en la capital para apoyo de su administracion, y que solo sirvieron para derrocarlo en el pronunciamiento de la Ciudadela; mas la falta de recursos creaba obstáculos difíciles de vencerse, haciendo que permaneciesen en México los diferentes cuerpos que componian su guarnicion, no obstante las órdenes anticipadas de marcha que se les habia dado. La verdad exige que revelemos las causas que dieron orígen á la escasez que en esos dias sufria el erario, tanto mas, cuanto que el público cree todavia, y con razon, que habia los recursos suficientes. Durante los últimos meses de la administracion de Paredes, y á consecuencia de los reveses sufridos por nuestras tropas al otro lado del Bravo, se trató de organizar la misma espedicion en que depues pensó Santa-Anna; y como para realizarla se necesitaban recursos pecuniarios de que se carecia, se celebró con el clero un contrato de un millon de pesos, que proporcionaba recursos mas que suficientes para la division que debia marchar de México. El estado de la política interior, y el temor, sobre todo, de abandonar su presa, detuvo á Paredes en esta ciudad, cuando el congreso que lo habia elegido presidente interino en Junio, le habia dado ya su licencia para que marchase de México con las fuerzas que lo guarnecian, á ponerse á la cabeza de las tropas del Norte. Este retardo hizo que comenzasen á consumirse, infructuosamente hasta cierto punto, los productos del préstamo del clero, los cuales se menoscabaron en gran parte, cuando obligado por la fuerza tuvo Paredes que salir del gobierno á fines de Julio para hacer uso de la licencia del congreso. Entonces se dieron pagas de marcha á todos los cuerpos y á todos los oficiales y gefes, para que pocos dias despues volasen á la Ciudadela á proclamar una nueva revolucion, auxiliados con los recursos mismos que debieron servirles para marchar á Monterey, y con la esperanza del lucro de la nueva revuelta. La de la Ciudadela vino por fin á consumir los productos del préstamo del clero, porque una vez triunfante, se echó mano del dinero destinado á la guerra nacional, para cubrir los gastos de la revolucion. ¡Manejos infames, á los que se debe en gran parte el éxito desgraciado de nuestra contienda con el Norte!

Cantidades muy insignificantes quedaban de aquellos recursos, y á mediados de Septiembre habia aún grandes obstáculos que vencer para procurarse dinero. En medio de tal conflicto, se recibió en México la noticia de la aproximacion de los enemigos á Monterey.

Santa-Anna, á quien, segun él mismo dió á entender, contrariaba en sus planes la resistencia que Ampudia se habia decidido á oponer en una plaza que él no consideraba fuerte ni defendible, se manifestó en estremo irritado, aceleró sus preparativos de marcha, y en Septiembre salió para San Luis la division, resto del ejército que habia quedado en la capital, con sueldos y provisiones para ocho dias solamente. ¡Tales fueron los obstáculos que se encontraron para procurarse dinero, y tan insignificante la cantidad que restaba de la suma agenciada y vergonzosamente dilapidada del millon del clero! Santa-Anna siguió á la division. Doce leguas se habria alejado de México, cuando se recibió la infausta noticia de la toma de Monterey, é irritado mas y mas con un desastre que habia previsto, aceleró su marcha, deseoso al parecer de castigar á los que no habian sabido aprovechar para la defensa el entusiasmo de la tropa, y el dia 14 de Octubre entró con la division á San Luis. Allí lo encontraron ya las fuerzas capituladas de Monterey, que llegaron del Saltillo á fines de Octubre, al mando todavia de Ampudia. La division que habia salido de México se componia de 3.000 hombres, la que venia del Saltillo de 4.000; así es que á principios de Noviembre se encontraron reunidos en San Luis 7.000, que el nuevo general en gefe consideró como el pié del ejército que pensaba organizar.

La primera providencia de Santa-Anna en S. Luis fué la separacion de Ampudia del mando de las fuerzas de Monterey: dispuso que se le sujetase á un juicio; mas Ampudia que habia visto venir sobre sí una tempestad deshecha, creyó descargar su responsabilidad sobre los gefes subalternos, acusando de antemano como culpables de los sucesos de Monterey, á los coroneles D. Simeon Ramirez, D. Antonio Jáuregui, D. Nicolas Enciso, D. José María Carrasco, y tenientes coroneles D. Joaquin Castro, D. Luis Ramirez, D. Juan Fernandez, y comandantes D. Mariano Huerta, D. José María Beña y D. Manuel Landeras, y á quienes se sujetó igualmente á un juicio para que depurasen su conducta.

Posteriormente se mandó sobreseer en las causas que habian empezado á instruirse, las que no llegaron á verse en consejo de guerra de oficiales generales, en razon de que, conformándose Santa-Anna con el parecer fiscal y dictámen del auditor, decretó que no habia mérito para la formacion del proceso, y dispuso que se publicara en la órden general la vindicacion de la mayor parte de los gefes acusados.

Creyóse en esos dias que Taylor en su movimiento al Saltillo llevase las miras ulteriores de dirigirse á San Luis, y estos temores dieron lugar á que Santa-Anna pensase inmediatamente en la fortificacion de esta ciudad. Se mandó al general Mora y Villamil, y á los oficiales de ingenieros, que hiciesen los reconocimientos necesarios, verificados los cuales, se comenzaron los trabajos en los pueblecillos de Santiago y Tlascala, situados al norte de la ciudad. En la parte sur, en el santuario de Guadalupe, se comenzó la construccion de una ciudadela, obra que no llegó á concluirse, y que en su plan se consideraba como capaz de una defensa vigorosa. Todas estas obras se emprendieron con la mayor actividad: á los trabajos diarios concurrian gustosa y desinteresadamente, los operarios de las haciendas vecinas y los indígenas de todas aquellas aldeas. El entusiasmo entre ellos era grande. Cuando se pensó en las fortificaciones de Santiago y Tlascala, se vió que para que pudiesen emprenderse era preciso derribar las casas, los árboles frutales y destruir las hortalizas, única propiedad y haberes de sus miserables habitantes. Así se determinó; y cuando se aguardaba la resistencia natural del que va á ver desaparecer en momentos su única fortuna, se observó con sorpresa, que ellos mismos ayudaban á aniquilar su pobre patrimonio. ¡Qué contraste entre esta conducta y la de los opulentos moradores de las capitales, que indiferentes y egoistas han presenciado las desgracias nacionales! No fué menos digno de elogio el patriotismo de los habitantes de San Luis, que á costa de penosos sacrificios, llevaban posteriormente cuantos recursos en víveres y provisiones de todas clases podian proporcionar al ejército, conduciéndolos por las tardes en carros en medio de músicas alegres, y vivas y aplausos entusiastas.

La actividad con que se habian empezado los trabajos degeneró luego en un grado increible de lentitud; cesó casi del todo cuando se desvanecieron los temores de la marcha de Taylor sobre San Luis.

La atencion se dirigió entonces esclusivamente al ejército. Siete mil hombres se hallaban reunidos en San Luis, siete mil hombres, cuya disciplina por los pasados reveses, necesitaba de nuevo vigor. Componiase una parte ademas, de gente forzada á tomar las armas por el fatal sistema de levas, con el que solo se consigue que en el momento del peligro se desbande y deserte aquella, como ha sucedido varias veces en esta guerra, de soldados bisoños en quienes la primera necesidad era la instruccion, así como en el todo, el aumento

para cubrir las bajas de los cuerpos y organizar otros nuevos que elevasen aquellas fuerzas al rango de un ejército capaz de emprender nuevos combates, olvidando los desastres pasados. Solo un esfuerzo poderoso podia proveer á todas estas necesidades, y la imparcialidad nos obliga á confesar que Santa-Anna no anduvo flojo ni remiso, si bien no desplegó toda la energía que hubiera sido de desearse.

Por otra parte, sin la eficaz cooperacion de los Estados nada podia hacerse, y el ejército se habria reducido á una fuerza cada dia mas corta, si el contingente de sangre no se hubiera cubierto en lo absoluto. Mas no todos los Estados correspondieron á las lisonjeras esperanzas que se abrigaban de que su empeño salvaria todos los inconvenientes, y la justicia exige que mencionemos aquellos á quienes se debió la formacion del respetable ejército que combatió en la Angostura. Jalisco, Guanajuato, Michoacan, Querétaro, Aguascalientes, el Distrito Federal y el mismo San Luis, fueron los únicos que durante los meses de Noviembre, Diciembre y Enero, estuvieron proporcionando su respectivo contingente de sangre. A los demas, nada se les debió; á unos por la imposibilidad en que estaban de prestar auxilios por tener que rechazar la invasion de su mismo seno, y á otros por causas que se ignoran, pero que de ninguna manera pueden suponerse leales y patrióticas.

La desnudez del ejército y su falta de instruccion exigian que se le atendiese de preferencia, que el general en gefe se dedicase á ello esclusivamente, lo que nunca se consiguió del todo, pues la atencion de Santa-Anna estaba dividida entre sus obligaciones en San Luis y su ambicion, que le hacia no perder de vista un momento la lucha de los partidos en la capital.

La revolucion de Agosto habia entronizado al partido *exaltado*, que despues ha sido conocido con el nombre de *puro*, el que en su movimiento fué acaudillado por un hombre de ideas absolutamente opuestas á las suyas, á quien solo las circunstancias pudieron obligar á mantener á su lado en el ejercicio del poder supremo á los corifeos de aquel. Por oposicion, se conocia ya en esos dias con el nombre de *moderado* al partido contrario. Era preciso que el general Salas, elevado á la altura del poder, y colocado ya en medio de los partidos, se decidiese por aquel que mas halagaba sus ideas. Los *exaltados*, que así lo temieron desde un principio, se tranquilizaron no obstante

juzgando á Salas del todo sujeto á la influencia de Santa-Anna, á quien creian enteramente convertido á sus principios, y no sin fundamento, pues que mantenia con ellos una activa correspondencia desde San Luis, en el sentido mas lisonjero para sus pretensiones. Con tal apoyo, quisieron orillar á Salas á medidas violentas; mas éste les dió entonces una prueba de su independencia, arrojándolos de su lado, y declarándose abiertamente por los *moderados*. Los *puros* no se desconcertaron todavia por tal derrota, fiados aūn en las promesas lisonjeras de Santa-Anna: mas ¡cuál fué su sorpresa, cuando á los pocos dias del cambio de ministerio verificado en Octubre, llegó á México la aprobacion de aquel á todo lo hecho por Salas! En su despecho, no hubo injuria ni denuesto que no prodigasen á aquellos gefes, y Santa-Anna tuvo que pasar por la publicacion de su correspondencia secreta, cuyo hecho lo dejó bastante comprometido.

Sus partidarios habian temido que la variacion de política en México no solo tuviera por objeto la caida del partido *puro*, sino que fuera á la vez el anuncio de una guerra sorda contra el general en gefe del ejército de San Luis. Para ponerlo á cubierto de todo golpe imprevisto tomaron oportunamente sus medidas, las que dieron entre otros por resultado dos sucesos acaecidos en esa época. El primero fué un decreto publicado por el gobernador de San Luis, en que se prevenia que en caso de que en la capital ocurriese algun trastorno, no se obedecerian mas órdenes ni se reconoceria otra autoridad que la de Santa-Anna. El pronunciamiento por la dictadura de este caudillo, verificado en Mazatlan á instigaciones del general D. Ventura Mora, fué el segundo de los acontecimientos á que aludimos.

A la vez de estar en contacto con el partido *puro*, Santa-Anna entró en relaciones con el *moderado* desde su llegada á México, como se verá en su lugar, y desde San Luis mantenia una correspondencia equívoca con los corifeos de ambos, con lo cual pensaba preparar el campo para los acontecimientos posteriores.

México era en esos dias el foco de las exageraciones mas peligrosas, y los *meetings* y el apoyo que el gabinete prestaba á las ideas que en ellos se vertian, la habrian sumergido en los desastres mas horribles, si la poblacion hubiera permanecido entregada esclusivamente en manos del populacho á quien se confiaran las armas en Agosto. Mas el instinto de la conservacion la salvó: en Septiembre se habia publicado el reglamento de la Guardia Nacional, como una de las ga-

rantías de la revolucion de la Ciudadela; y los *exaltados* que entonces gobernaban, pensaron darle una ejecucion enteramente conforme á sus deseos, alejando de todo participio en ella á ciertas clases determinadas. Parte por el espíritu de oposicion que en esos dias se habia desarrollado fuertemente, parte por el espíritu patriótico que al parecer comenzaba á crear la guerra con los Estados-Unidos, y parte por el instinto de la propia conservacion, como ya dijimos, las clases que se trataba de escluir de la Guardia Nacional se sintieron vivamente animadas á armarse, y á los esfuerzos de varios individuos y del presidente Salas mismo, que en esto se puso en abierta oposicion con su ministerio, se debió la formacion de los cuerpos de Victoria, Hidalgo, Independencia y Bravos, compuestos, el primero, de los jóvenes mas acomodados, el segundo de los empleados, y los dos últimos de los artesanos de la capital. Estos batallones salvaron en esos dias á México de grandes horrores, y auxiliaron la causa de la guerra, dando la guarnicion de la capital mientras los restos del ejército se concentraban en San Luis.

Tal era el estado de las cosas cuando en esta ciudad se comenzaba la reorganizacion del ejército. Los recursos pecuniarios, primera necesidad que el gobierno de la Union debia llenar, fueron proporcionados, si no en abundancia, al menos los suficientes para que en los meses de Noviembre y Diciembre estuviese cubierto el presupuesto del ejército. Su escasez absoluta no comenzó sino hasta Enero, mes en que Salas habia sido sustituido ya por Farías en la presidencia.

A mediados de Noviembre llegaron á San Luis los coroneles Perdigon Garay y Montenegro, con dos mil hombres de Guadalajara compuestos de tropa permanente y un cuerpo de Guardia Nacional; y en Diciembre y Enero estuvieron entrando los reemplazos de los Estados que antes mencionamos. A fines de Noviembre llegó el general Valencia con las tropas auxiliares de Guanajuato. Este general habia salido de México en Septiembre, con el objeto de colectar y organizar estas fuerzas. A su llegada al Bajío, encontró á aquellos pueblos bien dispuestos á coadyuvar eficazmente á la defensa nacional, de cuya disposicion supo aprovecharse, organizando las fuerzas que con el nombre de Auxiliares de Guanajuato engrosaron el ejército de San Luis.

No debemos omitir en este lugar la alabanza á que fueron tan acreedores esos esfuerzos, con los que formaba un escandaloso con-

traste la conducta poco digna de otras poblaciones. El general Valencia trabajó sin descanso por llevar al ejército de San Luis un refuerzo considerable, y el Estado de Guanajuato, dando entonces pruebas de un patriotismo poco comun, no contento con proporcionar el contingente que le correspondia, formó de entre sus habitantes una seccion de mas de cinco mil hombres, cuyo número escedia al que legalmente se le hubiese podido exigir.

Santa-Anna, que conocia que la primera necesidad de aquel ejército era la instruccion, por componerse en su mayor parte de reclutas, ordenó que se arreglasen los ejercicios diarios, y San Luis, en donde aun continuaban, aunque lentamente, los trabajos de fortificacion, presentaba el aspecto de una plaza de guerra, en donde no se oia sino el marcial sonido de cajas y clarines, las voces de mando y el estruendo de armas y caballos. Los ejercicios se ordenaron por brigadas, y la emulacion que se despertó contribuyó no poco á los rápidos progresos que se hicieron. Creó esto ademas, una constante disposicion, que influyó poderosamente en que la moral y disciplina del soldado no se relajasen, como hubiera sido muy fácil en el tiempo que el ejército permaneció en San Luis, si la actividad del trabajo no hubiera cerrado absolutamente la entrada á los vicios de la ociosidad. Mas en medio de tanto empeño, se hacia sentir cada vez mas una necesidad urgente, cual era la del armamento. Las pérdidas considerables de armas en las derrotas y dispersiones pasadas, habian disminuido de tal manera su número, que la mayor parte de los reemplazos que habian llegado se encontraba desarmada; y una necesidad tan urgente quedó sin cubrirse del todo, por la escasez de recursos del gobierno de la Union, y la indiferencia y egoismo con que gran parte de los Estados de la Federacion han presenciado esta lucha. Es cierto que se hicieron algunas remisiones de armas, pero estas nunca fueron las suficientes para cubrir aquella necesidad. El general en gefe tenia por consiguiente este sentimiento, y al mismo tiempo el de la imposibilidad en que se encontraba de proveer á ella, pues de los limitados haberes del ejército nada podia distraer para objeto tan importante.

Por otra parte, la desnudez en que los reemplazos y fuerzas auxiliares de los Estados se presentaban, dió orígen á otra necesidad no menos imperiosa, cual fué la de su equipo; necesidad que urgia tanto mas cubrir, cuanto que el rigor de la estacion se hacia sentir ya con alguna fuerza, y que se consideraba que tal vez seria indispensa-

ble avanzar á puntos en que el invierno es todavia mas crudo. Con este fin se mandó que se estableciesen talleres, y que con toda actividad se trabajase en los vestuarios y demas objetos necesarios al equipo del soldado.

Esta dedicacion de Santa-Anna á la reorganizacion del ejército habria sido su página mas gloriosa, si no se hubiera dejado arrastrar á ninguna ligereza. Cuando la posicion de Taylor y las operaciones de su ejército debian haber fijado su atencion, dejando á los demas gefes el cuidado de dar puntual cumplimiento á sus órdenes, él, no queriendo elevarse á la altura á que lo colocaba su empleo de general en gefe, descendia y se ocupaba casi esclusivamente en nimiedades y atenciones meramente subalternas. Noche por noche reunia juntas de gefes en su habitacion; y cuando se aguardaba que tuviesen por objeto la discusion de algun plan de campaña, en vista de las operaciones del enemigo, no se trataba en ellas sino del estado económico de cada cuerpo, como si para esto se necesitase todo el aparato de la reunion de gefes. Las marcadas preferencias, ademas, que Santa-Anna tenia con ciertos cuerpos, atendiéndolos con perjuicio á veces de las demas fuerzas, y poniéndolos en un brillante pié de lujo, cuando á muchos faltaba aun lo mas necesario é indispensable, contribuyó tambien á que los subalternos comenzasen á murmurar, y á que decayese el prestigio que debia rodear al general en gefe.

Las murmuraciones tomaron otro carácter mas maligno, cuando se vió que el equipo del ejército costó mas de lo debido; cuando en vez de introducir economías y arreglos, se estaban admitiendo en los estados mayores multitud de oficiales sueltos, que no servian mas que para embarazarlo todo, y para recargar el presupuesto con sueldos inútiles, que ascendian á una inmensa cantidad, y cuando, por último, se pusieron á la cabeza de algunas brigadas y cuerpos, á gefes acusados por la opinion pública de faltas graves en un militar.

Todo esto daba sobrada materia á las murmuraciones, las que no dejaron de llegar á oidos de Santa-Anna. Tal circunstancia dió sin duda orígen al temor que inspiró la sociedad, que con el nombre del *Cometa Rojo*, se estableció en San Luis casi desde la llegada del ejército. Se le quiso dar un carácter político; y tanto en San Luis como en México se habló mucho de ella, como de una asociacion de conspiradores contra los principales gefes del ejército. Pronto se desvaneció esta creencia, y no se vió ya en los asociados del *Cometa Rojo*

sino una reunion de oficiales alegres, que buscaban en la asociacion mayor campo al placer.

Si en realidad no se habia formado ningun plan, Santa-Anna afectaba, no obstante, obrar con arreglo á alguno determinado, como lo dió á entender á la llegada de Valencia á San Luis, manifestando lo indispensable que él creia reforzar la guarnicion de Tula de Tamaulipas. En consecuencia mandó á aquel gefe á este punto con los cuerpos de infantería Fijo de México y Batallon Republicano, y de caballería Fieles de Guanajuato, Auxiliares de Pénjamo, y escuadrones de Jalisco y San Luis. La permanencia de Valencia en este punto dió luego orígen á sucesos desagradables, de que se hablará en su lugar.

Entre tanto, cambiaba en México otra vez la direccion de la política. El nuevo congreso constituyente habia abierto sus sesiones el 6 de Diciembre, y uno de sus primeros actos debia ser la eleccion de presidente y vice-presidente interinos. Los partidos se aprestaban á la lucha: el *moderado* habia sacado sus candidatos de su seno mismo, mientras el *puro* que no se juzgó capaz de adquirir el triunfo por sus propios esfuerzos, tuvo que adoptar á Santa-Anna como candidato para la presidencia, olvidando sus recientes inconsecuencias, con el objeto de sacar para la vice-presidencia á D. Valentin Gomez Farías. Aquella habia sido una verdadera transaccion, que consistia en que Santa-Anna quedase mandando el ejército, para que Farías entrase al ejercicio del poder. La eleccion se decidió al fin por los *puros*, y Salas cedió el puesto á Farías, quien entró á funcionar como vice-presidente el 24 de Diciembre, por ausencia de Santa-Anna, declarado presidente interino. El ejército de San Luis resintió en el acto las consecuencias de este cambio. Los recursos comenzaron á faltarle de tal manera, que el mes de Enero no fué ya cubierto su presupuesto como lo habia sido en los dos meses anteriores. Si Farías, menos empeñado en querer hacer triunfar sus ideas y las de su partido, con el pretesto de la guerra, se hubiera dedicado á procurarse recursos por otros medios que hubieran chocado menos con las preocupaciones y los intereses particulares, que el que se puso en práctica echándose sobre los bienes del clero, el ejército no se hubiera visto abandonado, ni su general en gefe obligado á echarse sobre setenta barras de plata, propiedad de particulares, para proveer el ejército que peleó en la Angostura.

NORTE.

cia de su vencimiento y efectos de

e las mandaban.	GEFES.	OFICIALES.	TROPA.
....	11	7	
'illamil	5	5	
a..	5	16	
len	11	15	35
lanco..	2	11	311
Corona	11	55	518
....	14	207	4.618
....	22	249	4.029
....	18	209	2.970
....	15	101	1.302
....	13	107	974
....	12	90	706
....	2	53	335
dradc..	2	42	422
....	11	117	1.655
....	8	95	2.121
LES GENERALES................	162	1.379	19.996

Presupuesto de esta fuerza.	Pesos.	Rs.	Gs.
nayor del Exmo. Sr. general en gefe	7.685	5	0
ito de Ingenieros	4.167	2	5
ı, trenes, ministerio, maestranza y obreros	28.486	5	8
mayores de las divisiones..................	6.488	3	2
nédico militar	2.396	6	8
straordinarios de guerra y fortificaciones.......	50.000	0	0
acémilas	3.000	0	0
ía	124.213	1	2
ía	120.650	7	9
ía	1.700	0	0
Total general................	348.789	0	5

EJÉRCITO DEL NORTE.

Su fuerza y organizacion en San Luis Potosí, con noticia de su vencimiento y efectos de guerra que poseia.

Divisiones.	Armas.	Generales que las mandaban.	GEFES.	OFICIALES.	TROPA.
	Estado mayor del Exmo. Sr. general en gefe	....	11	7	
	Ingenieros	General D. Ignacio de Mora y Villamil	5	5	
	Estado mayor del ejército	General D. Manuel Micheltorena	5	16	
	Cuerpo médico militar	Inspector D. Pedro Vander Linden	11	15	35
	Regimiento de Ingenieros	General graduado D. Santiago Blanco	2	11	311
	Artillería	Comandante general D. Antonio Corona	11	55	518
Division de vanguardia	Infantería	General D. Francisco Pacheco	14	207	4.618
Idem del centro	Idem	General D. Manuel Lombardini	22	249	4.029
Idem de retaguardia	Idem	General D. Luis Guzman	18	209	2.970
Primera brigada	Caballería	General D. Vicente Miñon	15	101	1.302
Segunda idem	Idem	General D. Julian Juvera	13	107	974
Tercera idem	Idem	General D. Anastasio Torrejon	12	90	706
Cuarta idem	Idem	General D. Manuel Andrade	2	53	335
	Regimiento de Húsares	Teniente coronel D. Miguel Andrade	2	42	422
Division de observacion	Infantería	General D. Ciriaco Vazquez	11	117	1.655
	Caballería	General D. José Urrea	8	95	2.121
		TOTALES GENERALES	162	1.379	19.996

Resumen de la fuerza.	Hombres.
Ambulancia	35
Zapadores	311
Artillería	518
Infantería	13.272
Caballería	5.860
Totales	19.996

Presupuesto de esta fuerza.	Pesos	Rs.	G.
Estado mayor del Exmo. Sr. general en gefe	7.685	5	0
Regimiento de Ingenieros	4.167	2	5
Artillería, trenes, ministerio, maestranza y obreros	28.486	5	8
Estados mayores de las divisiones	6.488	3	2
Cuerpo médico militar	2.396	6	8
Gastos estraordinarios de guerra y fortificaciones	50.000	0	0
Carros y acémilas	3.000	0	0
Infantería	124.213	1	2
Caballería	120.650	7	9
Comisaría	1.700	0	0
Total general	348.789	0	5

PORERRA DEL EJÉRCITO.

	umero.
	3
	4
	2
	1
	7
	4
	3
	14
	1
	39

A.

		Numero.
Cartucho:		1.000
Idem conn de á 8		245
Balas sue		450
Idem iderde idem		150
Idem ider		2.632
Idem idem		921
Idem ide		410
Idem ide		1.500
Idem ide		7.090
Idem ider		312
Botes de	11	quints.
Idem de i	86	idem.
Idem de i	28	idem.
Idem de i	15	idem.
Idem de i	88	idem.
Idem de i		36.760
Balas par		6.000
Granadas		450
Idem car		2
Cartucho		24
Granadas		200
Cartucho		

NOTA.-Angostura. Ademas, se recibieron en el cuartel general en esos mismos dias

En este tiempo, Enero y Febrero, la prensa de oposicion de la capital, levantó el grito contra el general en gefe del ejército de San Luis, atribuyendo, ora á negligencia y poco deseo de hacer la campaña, ora á miras siniestras la inaccion aparente de las fuerzas que tenia á sus órdenes: increpaba diariamente á su caudillo, suponiéndole proyectos que solo el espíritu de partido podia inventar. Este encarnizamiento, que otro general mas esperto hubiera despreciado si era cierto que juzgaba la inmovilidad conveniente ó necesaria, exasperó á Santa-Anna hasta el grado de disponer en una órden general, la marcha del ejército cuando eran ningunos los recursos con que contaba. Así es que éste salió de San Luis para la Angostura, escaso de víveres y armas, en los momentos mismos en que el enemigo cambiaba su base de operaciones. El resultado de esta precipitacion ya se verá en el éxito de la batalla de la Angostura.

Para terminar este artículo, publicamos á continuacion el siguiente estado, por el que se podrá formar una idea exacta del personal y material con que llegó á contar el ejército formado en San Luis.

PORMENOR DE LA ARTILLERIA Y TRENES DE GUERRA DEL EJÉRCITO.

CAÑONES.	Numero.
De bronce, de á 16, desmontados	3
De idem, de á 12, idem	4
De hierro, montados, de á 12	2
De bronce, de á 12, desmontados	1
De idem, de á 8, montados	7
De hierro, de á 8, idem	4
De bronce, de á 6, idem	3
De idem, de á 4, idem	14
De idem, obus de 7 pulgadas	1
Total	39

MUNICIONES Y EFECTOS DE GUERRA.

	Numero.
Cartuchos de fusil con bala	882.800
Idem con solo pólvora para de 19 adarmes	36.800
Balas sueltas para cañon de á 12	300
Idem idem para idem de á 8	2.914
Idem idem para idem de á 6	1.353
Idem idem para idem de á 4	964
Idem idem para idem de esmeril	74
Idem idem para fusil, de plomo	4 quintales.
Idem idem de bronce para metralla	6 idem.
Idem idem de hierro para idem	96 idem.
Botes de metralla de á 12	58
Idem de idem de á 8	299
Idem de idem de á 6	246
Idem de idem de á 4	53
Idem de idem para esmeriles	198
Idem de idem para obuses de 7 pulgadas	15
Balas para cañon de á 24	45
Granadas descargadas de á 7	410
Idem cargadas de á idem	12
Cartuchos para servicio de granadas	375
Granadas descargadas de mano	113
Cartuchos para cañon de á 12	354
Cartuchos con bala de á 8	1.000
Idem con solo pólvora para cañon de á 8	245
Idem con bala para idem de á 6	450
Idem con solo pólvora para idem de idem	150
Idem con bala para idem de á 4	2.632
Idem con metralla para idem idem	921
Estopines de á 12	410
Idem de á 8	1.500
Idem de á 4	7.090
Lanza-fuegos	312
Cuerda-mecha	11 quints.
Pólvora de cañon	86 idem.
Idem de fusil	28 idem.
Idem superfina de cazadores	15 idem.
Idem comun	88 idem.
Piedras de chispa para fusil	36.760
Idem de idem para pistola	6.000
Espoletas cargadas de á 7	450
Carros	2
Tiros de mulas del contratista	24
Mulas de carga	200

NOTA.—Varias piezas de cañon que se mencionan en este estado desmontadas, se montaron pocos dias antes de emprender el ejército su movimiento sobre la Angostura. Ademas, se recibieron en el cuartel general en esos mismos dias otras piezas, siendo la mayor parte de á 16 y 24.

CAPITULO V.

ABANDONO DE TAMPICO

—Y—

CAMBIO DE LA BASE DE OPERACIONES.

Mientras el gobierno de los Estados-Unidos, despues de la toma de Monterey, aprobaba el plan de campaña del general Scott, que consistia en cambiar la base de operaciones, pasando el teatro de la guerra del Norte al Oriente, el general Santa-Anna que organizaba en San Luis el ejército que condujo á la Angostura, daba órdenes al comandante de la plaza de Tampico para que sin pérdida de momento la abandonase, dejando así al enemigo un punto que éste se aprestaba á tomar á viva fuerza por su importancia para el nuevo plan de sus operaciones succesivas.

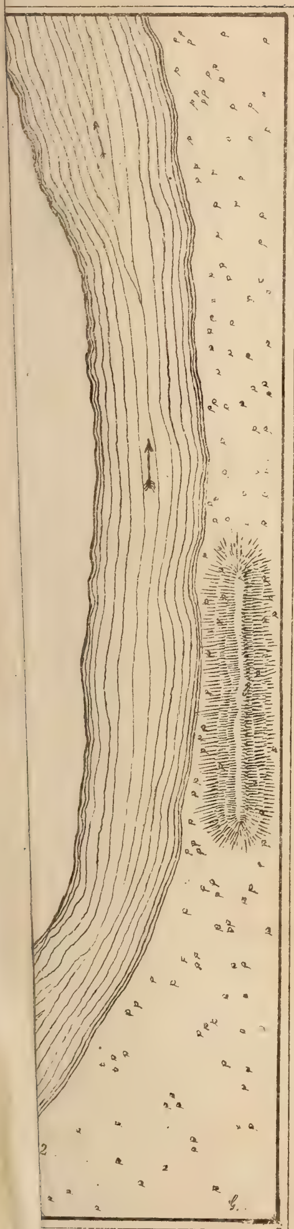
El puerto de Tampico de Tamaulipas en la costa de barlovento de este Estado, ha sido siempre considerado como uno de los mejores del Seno, y su importancia, así mercantil como militar, hizo que el gobierno de México lo atendiese de preferencia, poniéndolo en un regular estado de defensa. Su poblacion, situada en la márgen izquierda del Pánuco, á dos leguas de su desembocadura, y cercada de la laguna del Carpintero, forma un punto verdaderamente militar reconocido ya de antemano, y célebre por nuestra defensa contra las tropas españolas en el año de 1829.

Tan luego como los amagos de invasion por parte de los Estados-Unidos fueron ya manifiestos, cuando las tropas de Taylor avanzaban ya sobre el Bravo, el gobierno de México pidió informe co-mandante general del estado que guardaba la plaza. Este, que lo era el general D. Anastasio Parrodi, manifestó que las fortificaciones de toda clase habian sido demolidas en el año de 1837, por haberse considerado útiles solo para abrigar y prestar un punto de defensa á los perturbadores del órden público que en ese entonces pululaban allí; y que en consecuencia, los medios de defensa con que se contaba eran ningunos, si se consideraba ademas la falta de tropas. Con este informe, el gobierno, que conocia bien la importancia de la plaza, remitió algunas cantidades, con las que si no se aprestó toda la defensa de que el punto era capaz, sí se puso en estado de haber resistido de una manera quizá ventajosa al enemigo, para quien llegō á ser eminentemente codiciable. Se hicieron marchar, ademas, tropas que se proveyeron de abundantes municiones y de los recursos suficientes; de suerte que á principios de Octubre de 1846, la guarnicion de la plaza de Tampico se componia de mas de 1.000 soldados de los batallones 12.° de línea, Activo de Puebla, Guarda-Costa de Tampico, Compañía Veterana del mismo, una compañía del 6.° , caballería de Tamaulipas, un destacamento de artilleros con veinticinco cañones de todos calibres, de campaña y plaza, y con abundante material de parque; y de la Guardia Nacional, compuesta de cerca de 2.000 ciudadanos llenos de entusiasmo y dispuestos á combatir, como lo probaron suficientemente en el bombardeo de la barra del Puerto que la escuadra bloqueadora habia hecho en Junio del mismo año. Se contaba ademas, con tres buques de guerra, la "Union," "Poblana" y "Queretana," y con otras embarcaciones pequeñas, todas regularmente armadas.

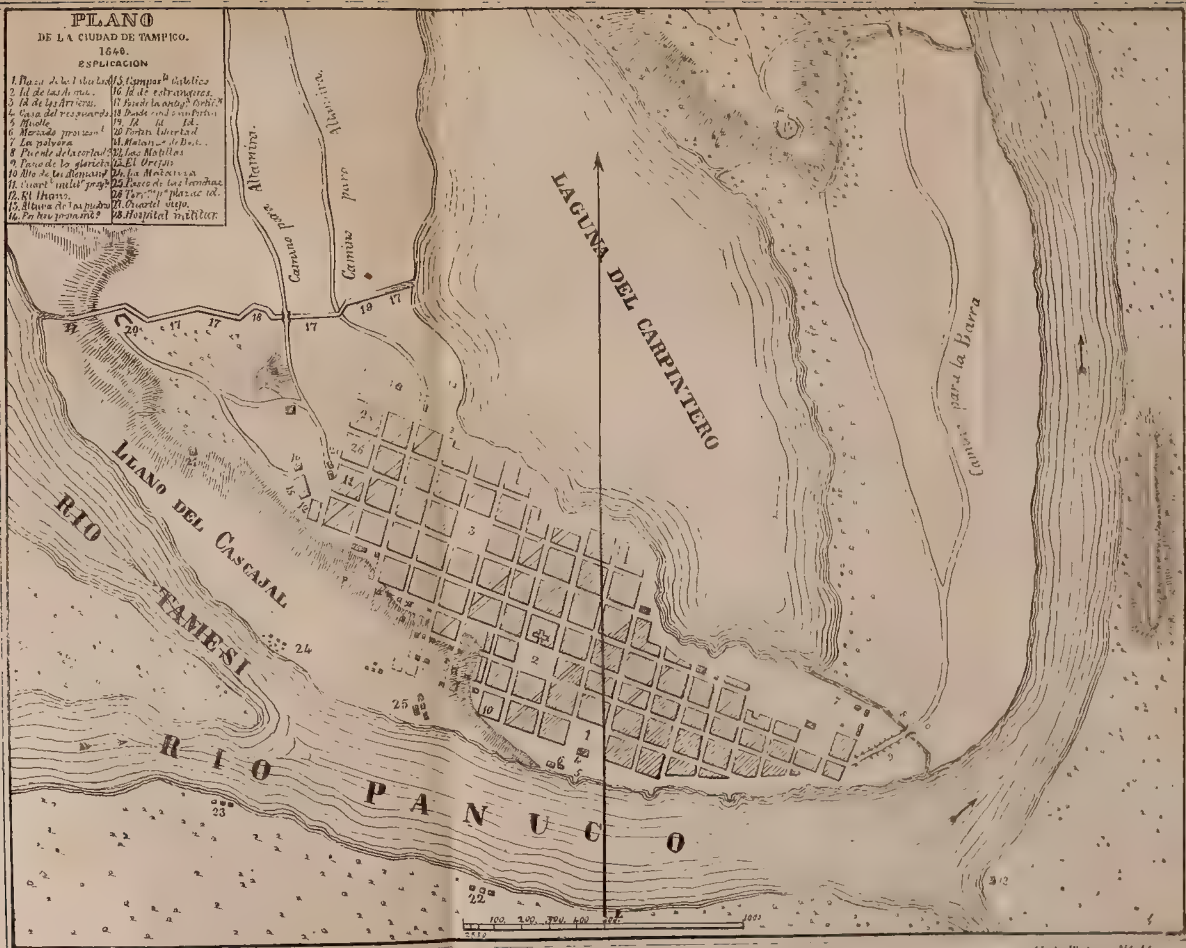
Tal era el estado de las cosas en ese mismo mes de Octubre, cuando el general Parrodi, á quien el gobierno supremo habia dado órden de que se pusiese absolutamente á la disposicion del general Santa-Anna, y de que en todo lo relativo á la campaña obsequiase sus providencias, recibió órden del mismo supremo gobierno de entregar el mando de la plaza al general D. Francisco Garay que habia sido nombrado para reemplazarlo. Este, presente ya á principios del mismo mes en aquel punto, exigia que se le entregase el mando en los mismos momentos en que Parrodi recibia una órden terminante de

Santa-Anna para evacuar aquella plaza y replegarse con las tropas y trenes al pueblo de Tula de Tamaulipas, setenta leguas al interior de Tampico, detras de la Sierra Madre. Esta órden inesperada sorprendió á Parrodi, tanto mas, cuanto que en los esfuerzos que el gobierno habia hecho para poner aquella plaza en estado de defensa, y en la órden misma en que se le comunicaba el nombramiento de Garay para sustituirlo, veia claramente que la intencion del gobierno de México era defender á toda costa aquel punto. Es cierto que él habia ya manifestado otra vez que no estaba tan fuerte como seria de desearse; pero al mismo tiempo habia manifestado y estaba convencido de la necesidad y de la posibilidad de una defensa. La posicion de Parrodi era tanto mas crítica, cuanto que el descontento que se manifestó al saberse la órden de evacuacion fué general: el pueblo todo, los soldados mismos comenzaron á murmurar, y de las murmuraciones se pasó hasta proferir la voz de "traicion," voz que cundió por toda la república, y á la que, si la gente sensata y pensadora no dió oidos, por creer aquella órden efecto mas bien de un mal combinado plan de campaña, se necesita, no obstante, de toda la fuerza de los documentos auténticos para desvanecerla.

Personas notables de la poblacion y algunos cónsules extranjeros hicieron presente á Parrodi los perjuicios así públicos como particulares que causaria la desocupacion, pues al paso que se abandonaba un punto tan importante para la defensa del pais, se causaban daños incalculables al comercio y á la misma hacienda pública, por los derechos que se dejarian de percibir, ya no tanto de los buques que llegasen, pues el bloqueo lo impedia, cuanto de los cuantiosos derechos de internacion de la multitud de efectos que habia almacenados en aquella plaza. El mismo gobernador, Nuñez Ponce, que se hallaba allí de paso, hizo observar á Parrodi el peligro que se corria en abandonar la plaza, y le ofreció recursos para sostenerse; en fin, las cosas llegaron hasta haber asomos de una conspiracion, que tenia por objeto desobedecer la órden de Santa-Anna. En tal conflicto, Parrodi, que se veia no obstante escudado con la órden del gobierno de obedecer á éste en todo lo relativo á la campaña, no encontró otro medio que el de dirigirle un estraordinario violento con una comunicacion, en la que le manifestaba cuantos inconvenientes se le habian hecho pulsar, y cuantos peligros se le habia hecho ver correria la poblacion, así como lo importante de aquella defensa para la causa que



1.ª de Plateros N.º 15.


PLANO
DE LA CIUDAD DE TAMPICO.
1840.
ESPLICACION
2 Id de las Armas.
3 Id de los Arrieros.
5 Muelle
7 La polvora
9. Paso de la glorieta
15. Campo[to] Catolico
16. Id de estrangeros.
19. Id Id Id.
20 Fortin libertad
22. Las Matillas
23. El Orejon
24. La Matanza
25. Paseo de las lanchas
27. Cuartel viejo.
28. Hospital militar.
Camino para Altamira.
Camino para Altamira.
LAGUNA DEL CARPINTERO
Camino para la Barra
LLANO DEL CASCAJAL
RIO TAMESI
RIO PANUCO
Lit. de P Blanco
Cª de Plateros Nº 15

Santa-Anna
y trenes al p
de Tampico,
prendió á Pa
bierno habia
en la órden r
ray para sust
México era d
bia ya manifc
desearse; per
do de la nece
de Parrodi er
manifestó al s
do, los soldad
ciones se pas
toda la repúb
oidos, por cre
plan de camp
documentos a
Personas
hicieron prese
res que causa
punto tan imp
incalculables
rechos que se
gasen, pues el
de internacion
aquella plaza.
allí de paso, h
donar la plaza
llegaron hasta
to desobedece
que se veia nc
decer á éste e
que el de dirig
en la que le n
pulsar, y cuan
cion, así como

DOCE RAZONES

Por las cuales debe usted subscribirse á REVISTA DE REVISTAS

PRIMERA. Porque **REVISTA DE REVISTAS** es invariablemente útil, interesante, amena y variada.

SEGUNDA. Porque está profusamente ilustrada y tiene mayor cantidad de lectura que cualquiera otra publicación de su clase, siendo sus artículos muy selectos y autorizados.

TERCERA. Porque **REVISTA DE REVISTAS** publica muy importantes artículos editoriales, escritos especialmente para nuestro periódico, por hombres prominentes de los **Diversos Partidos Políticos,** así como también, magníficos trabajos literarios de las mejores plumas del país y extranjeras.

CUARTA. Porque trabaja por el progreso de la agricultura, industrias, artes, comercio, etc.

QUINTA. Porque en sus páginas publica solamente anuncios de negociaciones de absoluta confianza.

SEXTA. Porque sirve gratuitamente á sus favorecedores en muchos ramos: obtiene cotizaciones y catálogos de cualquier género de artículos; suministra informes acerca de los mercados para la compra y venta de éstos, de las vías de transporte, instituciones educativas, establecimientos, etc., etc., y presta muchos otros servicios valiosos, **todos gratis, á sus subscriptores.**

SÉPTIMA. Porque en **REVISTA DE REVISTAS** no encontrará usted ni en su texto de lectura ni en sus anuncios, algo que pueda ofender en lo más mínimo á la moral; cuya circunstancia hace que **REVISTA DE REVISTAS,** sea, **por excelencia, el periódico del hogar.**

OCTAVA. Porque **REVISTA DE REVISTAS** es una **Revista Mundial,** pues en ella encontrará usted las noticias más importantes **del mundo entero,** así como también **notables artículos de fondo,** escritos por las personalidades de más **renombre en el mundo de la política y el saber.**

NOVENA. Porque **REVISTA DE REVISTAS** es el **Periódico Universal,** es decir: **para toda la gente,** pues contiene más de **veinte diferentes secciones,** todas ellas de **positivo interés,** y lo mismo el hombre en sus labores de campo [illegible] del hogar, encontrarán en esta publicación sus respectivas [illegible]. Así, al filósofo como al afecto á las novelas, literatura, milicia, sport, sociedad, á los problemas, política, etc., etc., á todos da gusto **REVISTA DE REVISTAS.**

DÉCIMA. Porque cuenta con un departamento especial para consultas y para defender los intereses de sus subscriptores.

UNDÉCIMA. Porque **REVISTA DE REVISTAS** presta mejores servicios, entretiene más, **vale más y cuesta menos** que cualquiera otra Revista de México.

DUODÉCIMA. Porque todo aquél que paga la módica suma de **DOS PESOS CINCUENTA CENTAVOS,** á cambio de recibir esta publicación por **SEIS MESES, realiza un brillante negocio,** pues con toda seguridad tendrá oportunidad de leer en sus páginas alguna noticia mercantil, industrial, científica ó de agricultura [illegible] produzca después mucho dinero.

Subscríbase hoy mismo á REVISTA DE REVISTAS y nunca le pesará haberlo hecho

Puede usted enviar el importe de su subscripción por medio de un giro postal, check, letra de cambio, express ó timbres postales; y en caso de que no le sea posible hacerlo de ningún modo, escríbanos para tener el gusto de indicarle el nombre de nuestro agente más cercano con quien pueda usted entenderse.

A toda persona que nos remita **CINCUENTA CENTAVOS** le serviremos **REVISTA DE REVISTAS** durante cinco semanas, para que se dé cabal cuenta de la importancia de esta publicación.

SE SOLICITAN AGENTES PARA CONTRATAR SUBSCRIPCIONES.—MUY BUENAS CONDICIONES.
MAGNINICA OPORTUNIDAD PARA GANAR DINERO
REVISTA DE REVISTAS está siendo MUY SOLICITADA

Llámenos usted á teléfonos
Mexicana 1121.—Ericson 1171

Visítenos en
Donato Guerra núm. 19
México. D. F.

Escríbanos al
Apartado 120 bis.

D

Por las cuales AS

PRIMERA. Porque R ariada.

SEGUNDA. Porque es ualquiera otra publ

TERCERA. Porque R s, escritos especialm s **Partidos Políticos,** a s del país y extranje

CUARTA. Porque tr tc.

QUINTA. Porque en oluta confianza.

SEXTA. Porque sin tizaciones y catálogo mercados para la co ativas, establecimie **sus subscriptores.**

SÉPTIMA. Porque en ura ni en sus anunci rcunstancia hace qu

OCTAVA. Porque **RE** usted las noticias má **s de fondo,** escritos **y el saber.**

NOVENA. Porque **RE** **ente,** pues contiene m mismo el hombre en trarán en

se defendia; pero Santa-Anna indignado de esta resistencia, no hizo mas que repetir sus órdenes, haciendo á Parrodi responsable personalmente de lo que aconteciese en caso de una desobediencia, y aun fijándole el tiempo preciso para la desocupacion. Parrodi entonces, sordo á cuantas observaciones se le hicieron, se decidió á obedecer ciegamente, y el 27 de Octubre abandonó aquella guarnicion á Tampico como en precipitada fuga.

Los preparativos de este abandono ofrecieron el espectáculo mas desconsolador; la precipitacion presidió á todo, y el resultado fué la pérdida de gran parte de lo que existia en municiones y armas en aquella ciudad; pérdida por otra parte casi indispensable, pues que para llevarlo todo se habrian necesitado mas de ochocientas bestias de carga, que era imposible reunir en medio de tanta confusion. Por otra parte, el camino que debia llevar Parrodi era áspero y cerrado, pues el de Tampico á Tula solo puede pasar por carretero hasta la hacienda del *Chamal*, donde se tiene ya que pasar la cuesta del mismo nombre para llegar á Santa Bárbara, y donde es ya preciso desarmar la artillería para conducir á manos de hombres, tanto el cureñaje como los cañones mismos, pues cinco leguas adelante cruza la Sierra Madre, y se tiene que encumbrar las escarpadas y elevadas cuestas del *Contadero* y los *Gallitos*. Así es que en los preparativos de aquella fatal marcha, se comenzó por demoler los puntos artillados de la Barra, lugar situado en la desembocadura del rio: se desmontaron y condujeron á los buques los diez cañones que se hallaban en el *Promontorio*, punto situado al N. E. de la ciudad en el llano del Espartal, y á la márgen de la laguna del Carpintero, en el cual se habia construido una obra cerrada que enfilaba al rio en su curso al mar, y capaz de contener de trescientos á cuatrocientos defensores. Esta obra no se demolió entonces por la premura del tiempo, pero poco despues fué destruida. Se destruyeron asimismo las obras construidas sobre el pequeño canal que hace comunicar la laguna con el rio, y sus cañones se trasladaron á los buques. Asimismo fué demolida la línea de defensa establecida en una de las dos entradas de tierra, y cuyos estremos se apoyaban en la laguna en los baluartes Landero y Guerrero y en el fortin Libertad. Para la conduccion del parque y trenes solo se consiguieron trescientas mulas; y como era imposible cargar con todo, muchos efectos se trasladaron á bordo, y otros, como vestuario, algun parque y armamento, que en medio de la precipita

LA DOCTRINA MONROE A TRAVES DE LOS TIEMPOS



Ahora dice el charrito:

¡NO VALE QUE DESCOBIJA!

cion se juzgaban inútiles, fueron arrojados al agua á la vista del pueblo mismo, que con esto juzgaba confirmada su sospecha de traicion. En estos momentos el comandante general exigió que se le entregasen los fusiles de ejército que tenia la Guardia Nacional; mas como se creia que se hiciera lo mismo que con los otros, hubo gran resistencia, y solo por medio de la fuerza se pudo lograr que se entregasen. Al capitan del puerto D. José Rivera tocó salvar todo lo perteneciente á la capitanía, que al fin se perdió, porque en aquellos momentos era imposible cuidar de los botes, falúas, &c., á las que se habia trasladado todo aquello. Los buques *Union*, *Poblana* y *Queretana*, cargados con todos los útiles que se podian salvar, fueron puestos á disposicion del cirujano D. Francisco Marchante, quien debia conducir todos esos útiles del Pugal á Tamonal, cincuenta leguas rio arriba (por el rio Támesis) y á siete de Villa de Valles, desde donde debian llevarse al pié de la sierra y luego á Tula; mas como aquellos buques no podian navegar sino hasta el pueblo de Pánuco, situado á la márgen derecha del rio del mismo nombre, se dió órden para que de allí se trasladasen todos los útiles á canoas, pequeñas embarcaciones que con mas facilidad podian seguir subiendo el rio: los tres buques mencionados debian volver inmediatamente á Tampico, por haber sido vendidos de antemano á un comerciante, único medio de evitar su pérdida. Concluida toda esta destruccion y terminados estos tristes preparativos, el 27 salió de la poblacion la primera seccion de tropas, y el 28 la segunda con el comandante general, el parque y municiones que pudieron cargarse.

Las oficinas de hacienda que no tenian órdenes ningunas del gobierno para este caso, se hallaban en la mayor confusion: el administrador de la aduana, poco despues de la salida de la guarnicion, se marchó con algunos de sus empleados y lo mas interesante de su archivo, al pueblo de Ozuluama, rumbo de México: el administrador de rentas siguió á la division haciéndole el pago de sus haberes, y el de tabacos permaneció en la plaza, habiendo embarcado antes sus existencias. Los mas de los archivos de estas oficinas quedaron abandonados y cayeron luego en poder del enemigo.

Santa-Anna entre tanto, impuesto de las ocurrencias de Tampico, de las resistencias que su mandato habia esperimentado, y temiendo por las observaciones que Parrodi le habia hecho, que éste desobedeciese sus órdenes, ó que al menos no verificase la desocupacion con la

prontitud que tanto parecia convenir á sus planes, nombró al general D. José Urrea, para que saliendo precipitadamente y á marchas forzadas, fuese á relevar á Parrodi. Urrea salió en efecto, y en una marcha asombrosa de tres dias, encontró el 29 á la guarnicion en el punto de la Laguna de la Puerta, en donde Parrodi le entregó el mando sin la resistencia que poco antes habia opuesto á Garay. La division continuó su marcha por Horcacitas y Santa Bárbara hasta llegar á Tula, adonde entró el 14 de Noviembre, no sin haber esperimentado grandes dificultades para pasar las piezas ligeras que conducia, por las cuestas del *Chamal*, *Contadero* y *Gallitos*. No habia sido tan feliz Marchante, quien estaba detenido en Pánuco, sin los recursos suficientes, sin tropa, y sin encontrar las pequeñas embarcaciones de que tenia necesidad para poder llevar adelante los interesantes objetos que se le habian encomendado.

Al principio indicamos lo importante que Tampico habia llegado á ser para el enemigo, segun su nuevo plan de operaciones, y cómo estaba ya casi decidido á apoderarse de él á viva fuerza. Esto lo hacia estar en constante observacion, y con este objeto sus bergantines de guerra cruzaban frecuentemente la barra. Uno de estos, impuesto de lo que habia pasado en la plaza y despues de haber observado perfectamente todo, dió vela en el acto hácia donde se encontraba el comandante de la escuadra bloqueadora de Veracruz, llevándole la agradable noticia del abandono de Tampico. Indecible debió de ser el gozo que éste recibió con ella, pues sin sacrificio ninguno de su parte eran ya dueños de un punto que tanto codiciaban. Se aprestaron inmediatamente fuerzas, y el 10 de Noviembre desembarcaron en Tampico de 400 á 500 americanos á tomar pacífica posesion de la llave de la capital de la República Mexicana, que nuestra impericia, sin duda, les abandonaba. El ayuntamiento se presentó ante el gefe americano pidiendo garantías para la poblacion; pero éste, en medio de la embriaguez de una victoria tan fácil, concedió unas y negó las mas. Nombró en el acto un gobernador militar, y exigió que se le entregasen los archivos, edificios públicos y armas de todas clases, para lo cual ordenó una formal requisicion; en una palabra, la omnipotencia de la conquista se hizo sentir bien pronto, pues no pasó mucho tiempo sin que el gefe americano desconociese á aquel ayuntamiento que casi le habia rendido homenaje, sujetando en un todo á la poblacion al esclusivo dominio militar americano.

Con horror correriamos un velo sobre el nombre de uno que otro ínfame que en Tampico se coligó con el enemigo, si su traicion no hubiera dado lugar á nuevos conflictos. Un llamado Cervantes impuso al gefe americano del punto en que se encontraban detenidos nuestros trenes, y de la facilidad que habia de apoderarse de ellos. Sabedor de ello el gefe americano, dispuso que cien hombres subieran el rio en lanchas cañoneras á dar alcance á Marchante, quien habria sido sorprendido, si el Sr. Cos, administrador de tabacos, que se habia quedado en la plaza, no hubiera dado aviso á éste por medio de un estraordinario violento. Marchante se hallaba todavia sin recursos y sin medios de conduccion, por lo que al saber esta noticia fué grande su conflicto. No obstante, haciendo esfuerzos inauditos logró procurarse algunas pequeñas embarcaciones, á las que inmediatamente trasladó lo que pudieron contener. Mas aquellas no bastaban para todo; así es que se vió precisado á abandonar diez cañones de á 24 y 18, y á arrojar al agua grandes barricas de pólvora, municiones y algun armamento. Inmediatamente abandonó aquel punto, al que á poco llegaron los americanos en su busca. Recogieron los cañones y cuantos efectos encontraron abandonados; y pensando sin duda en seguir tras de Marchante, pidieron informes al alcalde del pueblo, quien logró desanimarlos ponderándoles la distancia inmensa á que en aquellos momentos debia hallarse Marchante. Contentos, pues, con los despojos que habian hallado, regresaron á Tampico, en donde Cervantes instó de nuevo al general americano para que no abandonase la empresa, manifestándole que la pequeña espedicion habia sido engañada, y que Marchante debia encontrarse á poca distancia. Animado de nuevo, el gefe americano arregla otra espedicion mas formal; ordena que se armen dos vapores, tripulados cada uno con cien hombres, los cuales salieron sin dilacion á dar alcance á la flotilla de canoas que conducia Marchante; mas la casualidad hizo que aun esta vez su empresa quedase sin ningun éxito, no obstante las dificultades que Marchante tenia, pues la poca gente que llevaba se le desertaba por la falta de recursos. Luchando con todas estas dificultades, y solo dirigiéndose al patriotismo y humanidad de cuantos encontraba, pudo hallar quien le ayudase á llegar hasta el Pugal, mientras que los vapores enemigos, detenidos en su curso por causas naturales, solo alcanzaron á llegar al Tamonal, siete leguas mas allá del lugar antes mencionado. Despues de esto, ese mismo Cervantes denunció al gefe americano

como falsamente vendidos los tres buques *Union*, *Poblana* y *Quereta-na*, con lo que bastó para que éste se apoderase de ellos, enarbolando inmediatamente el pabellon de las estrellas.

Mientras el enemigo se empeñaba en hacer una buena presa de todos los materiales confiados á Marchante, el general Urrea, que estrañaba ya la tardanza de éste, dió órden y puso á disposicion del capitan D. José Antonio Diaz setecientos pesos para que trasladándose á cualquiera lugar en que aquel se encontrase, activara la conduccion de los importantes objetos que se le habian confiado. El citado Diaz, bien remiso en su comision, se contentó con trasladarse á Villa de Valles, en donde sin hacer grandes diligencias ni pesquisas, aguardaba tranquilo la llegada de Marchante. Instruido entre tanto Urrea de cuanto le habia acaecido por cartas de Tampico, vió el peligro mucho mas inminente de lo que hasta allí se lo habia imaginado, y pensando ya solo en reparar el mal que se habia hecho en abandonar á Marchante, cuando se le encargaba de una comision de tanta importancia, ordenó que el comandante D. José Barreiro saliese inmediatamente con una seccion de 200 hombres de infantería y un piquete de caballería, á proteger el desembarque de nuestros trenes. El 28 de Noviembre salió en efecto Barreiro de Tula con instrucciones para dirigirse al punto en que se encontraba Marchante, proteger el desembarque, activar la conduccion de los trenes, y residenciar, en caso de necesidad, á todos los oficiales que hubiesen tenido parte en producir la demora que habia dado lugar á tanto peligro. Llegado á Valles, Barreiro reunió á su pequeña division mas de setecientos hombres de la Guardia Nacional y labradores de las cercanías, con lo que pudo destacar fuerzas en todas direcciones, y él se dirigió inmediatamente al Pugal, situado á la márgen del rio, en donde se encontraba ya Marchante. El enemigo, que como antes dijimos, habia llegado en sus vapores hasta el Tamonal, instruido allí de la respetable fuerza que habia acudido en auxilio de Marchante, no quiso aventurarse á un éxito desgraciado en su espedicion, por lo que despues de haber pillado las pequeñas poblaciones y rancherías de aquellos contornos, regresó á Tampico. Una vez en el Pugal, Barreiro activó el desembarque, hecho el cual (1.º de Diciembre) se aprestó todo para la conduccion de trenes y materiales á Tula. Esto ofreció mil dificultades por la aspereza de un camino por donde jamas habia transitado artillería; mas el trabajo y la paciencia lograron ven-

cerlo todo, y pasando los cañones á manos de hombres y los demas materiales en acémilas, lograron al fin salvarse aquellos restos del material, que sin la órden de Santa-Anna habria servido para la defensa de la plaza de Tampico. Todas estas ocurrencias habian llegado ya á noticias de aquel, quien hizo graves inculpaciones á Urrea, mandándole que sin pérdida de momento mandase al general D. Joaquin Morlet, coronel del Regimiento de Puebla, para que salvase aquellos trenes. Morlet salió en efecto, mas en Valles se encontró ya el convoy caminando en buen órden. El mismo Urrea, impaciente de la tenacidad de las exhortaciones de Santa-Anna, salió á su encuentro, y el 25 de Diciembre entró el convoy á Tula conducido por Barreiro, á quien sin duda se debió su salvacion.

Entre tanto, Taylor, que con sus fuerzas destacadas hasta el Saltillo parecia amagar á S. Luis, al saber la desocupacion de Tampico, é impuesto del nuevo plan de operaciones, para cuya ejecucion les abria la puerta el abandono de Tampico, se mueve inmediatamente de aquellos puntos y á la cabeza de una division de 3.000 hombres se dirige á éste. Al saber este movimiento, Santa-Anna cree que va á ser atacado por el flanco derecho de sus posiciones, por cuyo motivo cree de imperiosa necesidad reforzar el punto de Tula de Tamaulipas. Mandó en efecto á ella al general Valencia, con una brigada compuesta de las fuerzas que mencionamos en nuestro artículo anterior; mas Valencia no llevaba órdenes sino de estarse á la defensiva, para lo cual debia emprender inmediatamente la fortificacion de Tula, objeto con el que sin duda se dió órden tambien de marchar á aquel punto al general D. Ignacio Mora y Villamil, con una seccion de ingenieros. A la sola vista de Tula, fué reconocida inmediatamente su fatal posicion para punto de defensa. Rodeado por todos lados de alturas que completamente lo dominan, su guarnicion habria sucumbido sin defensa, en caso de que el enemigo hubiera intentado su ataque, y esto, cuando en la misma línea, en el flanco derecho que se trataba de defender, habia otras brillantes posiciones capaces de vigorosísima defensa, y cuya importancia se desconocia, por sistema ó por ignorancia. Algunas observaciones se hicieron al general Santa-Anna, haciéndole ver lo falso de aquella posicion; mas como su contestacion de estarse á lo mandado era terminante, nadie pensó ya sino en obedecer.

Entre tanto, la division de Taylor llegaba á Victoria, treinta le-

guas distante de Tula. De allí Taylor se regresa á Monterey, y aquella fuerza queda á las órdenes del general Patterson. Valencia, ocioso en Tula, y sin esperanza de encontrar al enemigo, porque era seguro que jamas entraria en el plan de éste atravesar esas alturas, y deseoso de no dejarle pasar impune á tan corta distancia, propuso al general Santa-Anna un plan sencillo, segun el cual el mismo Valencia deberia dirigirse á Ciudad Victoria sobre el enemigo, casi seguro de un triunfo, á la cabeza de las fuerzas que se encontraban reunidas en Tula. Santa-Anna contesta que se esté á lo mandado, y se mantenga puramente á la defensiva; mas Valencia, que veia perderse una brillante oportunidad, insistió en su demanda, haciendo ver de nuevo á Santa-Anna las probabilidades de un buen éxito en aquella espedicion. Todavia deseoso únicamente Valencia de ofender al enemigo, limitaba en último caso su demanda á que se le autorizase para moverse con algunas guerrillas, y haber perjudicado así á aquel, aun cuando hubiera sido solamente en sus trenes y equipajes. Mas Santa-Anna, irritado con esta nueva demanda, da, mas que una contestacion, una reprimenda á Valencia, tratándolo de insubordinado y quitándole el mando de aquellas fuerzas, para el que nombró al general D. Ciriaco Vazquez, temeroso sin duda de que Valencia, arrebatado por su violencia y por la noble ambicion de adquirir el primer triunfo sobre el enemigo, desobedeciese sus órdenes y marchase á arrebatarle esta gloria, bien que el pretesto aparente era que con semejante insubordinacion se destruiria el plan combinado por el general en gefe del ejército de San Luis. Valencia fué, pues, separado del mando y desterrado á Guanajuato; y así (por torpeza sin duda) se allanaban al enemigo todos los caminos para que en Tampico hiciese la concentracion de las fuerzas que luego debian bombardear á Veracruz.

Hemos concluido la exacta relacion de los hechos, fáltanos hacer algunas observaciones, sin las cuales quedaria incompleto este artículo. Estas observaciones se deducen de la naturaleza de esos mismos hechos; así es que, sin faltar á la imparcialidad histórica, podemos deducir las consecuencias lógicas de antecedentes bien notorios, sin que esto sea formar ningun juicio anticipado, pues estamos seguros de que las mismas reflexiones vendrán naturalmente á cuantos se impongan de esos acontecimientos. La defensa de la plaza de Tampico se habia creido necesaria por el gobierno de la República, por

cuyo motivo se repusieron sus fortificaciones y se reforzó su guarnicion. Las razones de esto son bien claras, porque en caso de que el enemigo cambiase la base de sus operaciones y pasase el teatro de la guerra, como luego lo hizo al oriente, Tampico debia ser naturalmente uno de los puntos mas codiciados, no porque lo considerasen la puerta del interior del pais, sino como el punto indispensable de apoyo para el buen éxito de sus operaciones por Veracruz. Tampico debia ser el centro comun de sus fuerzas; sin Tampico, toda la escuadra del Golfo hubiera carecido de víveres de refresco, y sin un punto, en fin, adonde trasladar sus enfermos, y reparar sus destrozos y averías. Es cierto que cuando la guerra comenzaba por el Norte, y aun no habia amagos formales por Veracruz, no obstante la presencia de la escuadra bloqueadora, la importancia de Tampico seria, si se quiere menor; pero ¿cómo era posible ver las cosas bajo el mismo aspecto despues, cuando una vez tomado Monterey, las miras del gobierno de los Estados-Unidos cambiaron absolutamente? La importancia del Norte disminuyó entonces, al paso que la del Oriente aumentaba de dia en dia; y si en el Norte veiamos un cuerpo de ejército que nos amenazaba hasta San Luis, en esto no vemos nosotros sino la astucia de los Estados-Unidos, que con aquello ocupaba nuestra atencion, mientras que en realidad efectuaba un cambio que debimos haber observado para haber evitado las funestas consecuencias que nos trajo. Considerando las cosas bajo este aspecto, la batalla de la Angostura no fué para nosotros sino la pérdida de la capital; y así habria sido, aun cuando un verdadero triunfo hubiera sido el resultado de aquella lucha. La importancia de esa accion para los americanos fué grande, y habria sido grande, cualquiera que hubiera sido su éxito; y ¿por qué? porque habian logrado atraernos á uno de los estremos de la línea que segun su nuevo plan debia ser atacada.

Cuando, pues, se verificaba ese cambio, Tampico adquiria toda la importancia que antes dijimos. Era interes del enemigo apoderarse de él, como ya lo habia intentado desde Junio al bombardear la barra. Mas si todavia estaba decidido á tomarlo á viva fuerza, ¿cómo es, pues, que en esos momentos el general en gefe de nuestro ejército ordena la desocupacion de esa plaza, afectando ignorar ó despreciar las miras del enemigo? Las razones que á esto dieron lugar las ignoramos enteramente: y ¿qué podria alegarse? ¿Que la plaza no era bastante fuerte para resistir á los americanos? Esta habria sido



AYUDANTE GENERAL MICHELTORENA

Cuartel=maestre en la Angostura.

Lit. de P. Blanco. 1ª de Plater.s nº 15.

razon para que en lo absoluto hubiéramos combatido con ellos, pues bien claro se vió su preponderancia desde un principio sobre nosotros; y si no esta razon, ¿qué otra, por poderosa que fuese, hubiera aconsejado esta medida? La prensa de esos dias escandalizada, como la nacion toda, hizo casi las mismas reflexiones, y ¿qué se contestó á todo? Nada, sino que así convenia á las miras, al plan del general en gefe. ¿Qué plan habia, pues, adoptado éste, que el mismo sentido comun lo desconocia? A torpeza ó á traicion se atribuian en esos dias estos sucesos, y nosotros, que jamas hemos creido en la última, lo atribuimos todavía á la primera. La vista de nuestro general en gefe, fija en la línea del Norte, no alcanzaba á ver lo que pasaba en el Oriente, y no se percibia siquiera del importante cambio que se verificaba en todo.

Ahora, ¿cómo desconocer que el mismo espíritu que presidió á la desocupacion de Tampico, fué el que sugirió la fortificacion de Tula de Tamaulipas, punto ridículo de defensa: primero, porque no era defensable; y segundo, porque el enemigo, que todo lo hacia con conocimiento de causa, jamas pensó en internarse por aquellas ásperas montañas? Y no hay duda que á esto mismo se debió la repulsa que sufrió Valencia, cuando propuso su plan para atacar al enemigo en su marcha á Tampico por Ciudad-Victoria. En todo se afectaba obrar conforme á un plan; y en efecto, no hay duda en que cuanto hemos referido, estaba arreglado á un sistema, pero á un sistema torpe y lleno de desaciertos.

La conducta del general Parrodi no es en nuestro concepto vituperable sino en el modo de verificar la desocupacion. Con ménos precipitacion se habrian conseguido mejores resultados, y no habriamos tenido allí tanta pérdida de objetos bien útiles por cierto. Parrodi en lo que toca á la órden de desocupacion, hizo cuanto debia, que fué representar á Santa-Anna los grandes inconvenientes que habia: el general en gefe insistió; á Parrodi no le tocaba sino obedecer, pues la responsabilidad en ese caso viene sobre quien lo ordena con la autoridad suficiente. Mas Parrodi no tuvo la calma suficiente para ordenar su marcha, y de aquí resultó el desórden de Tampico y el abandono de nuestros trenes y demas útiles en poder de Marchante, sin recurso y sin gente, por lo que se vieron espuestos á tanto peligro.

Parrodi fué llamado luego á San Luis, en donde se le sujetó á un juicio por el mismo que le habia ordenado el abandono de Tampico. ¿No era esto desconocer los principios mas triviales de justicia, ó mejor dicho, no era burlar el buen juicio nacional? ¿Ni cómo podria esperarse que Parrodi saliera condenado y reprobada su conducta, cuando esto habria sido condenar y reprobar la conducta de Santa-Anna? Así es que Parrodi fué exonerado de todo cargo por la desocupacion de Tampico, lo que hasta cierto punto era justo, porque el verdadero culpable no era él ciertamente. La division de Tula marchó, por último, á incorporarse con el ejército de San Luis, cuando éste emprendió su marcha para la Angostura.

Tal es la verdad de las cosas en uno de los acontecimientos mas notables de la última campaña, y de que resultan cargos muy graves al director de ella. Nosotros aguardamos que el tiempo aclare lo que hasta aquí está bien oscuro, para que en la historia de estos memorables hechos toque á cada uno lo que es suyo.



CAPITULO VI.

SALIDA DEL EJERCITO DE SAN LUIS

BATALLA DE LA ANGOSTURA.

El general Santa-Anna, despues de una permanencia de mas de tres meses en San Luis, determinó salir en busca del enemigo, que habia avanzado hasta Aguanueva. Con el objeto de llevar adelante esta resolucion, espidió las órdenes oportunas: en la ciudad se notó al punto el movimiento y la agitacion consiguientes á la salida del ejército: se organizó todo para la marcha, y las tropas comenzaron á emprenderla, deseosas de combatir de nuevo con los invasores.

La infantería y la artillería no habian salido hasta entónces de San Luis; pero la caballería estaba fuera desde ántes, dividida en cuatro brigadas, escalonadas del modo siguiente: una, á las órdenes del general Torrejon, se encontraba en Bocas: otra, del general Juvera, estaba en el Venado: la tercera, de que era gefe el general Andrade, habia permanecido algun tiempo en el Cedral, avanzando luego hasta la Encarnacion; y la cuarta, que mandaba el general Miñon, despues de haber sorprendido en la misma Encarnacion un destacamento de mas de cien americanos, que cayeron prisioneros, fué á situarse en la hacienda del Potosí.

El movimiento del ejército empezó el 28 de Enero, dia en que salió toda la artillería con sus trenes y el material de guerra, acompañada del batallon de zapadores y de la compañía de San Patricio. El 29 la siguió la division del general Pacheco, denominada primera; el 30, la segunda, mandada por el general Lombardini; el 31, la tercera, á las órdenes del general Ortega. El cuartel general dejó á San Luis el 2 de Febrero.

Triste era el aspecto que presentaba la ciudad, formando contraste el silencio y soledad en que entónces quedó, con el bullicio, la algazara, el gentío, la animacion de los dias anteriores. La poblacion habia recibido en su seno, á mas del número crecidísimo de militares que allí se habia reunido de varias partes, á las familias de muchos de ellos; y aunque no todas abandonaron la ciudad cuando salió el ejército, sí lo acompañaron algunas en seguimiento de los diez y ocho mil hombres de que en aquella época se componia, y cuya falta hubiera sido suficiente por sí sola para dar á San Luis la apariencia de una ciudad que se encuentra de pronto sin una parte considerable de sus habitantes.

La infantería, caminando en el órden que hemos señalado, hizo las jornadas siguientes: al Peñasco, Bocas, la Hedionda, el Venado, Charcas, Laguna Seca, Solis y la Presa. Los padecimientos del ejército empezaron desde los primeros dias de su salida. La division de Ortega dejó en la Hedionda tres muertos de frio, número que, aunque imperceptible, por decirlo así, era ya un indicante de lo que se sufriria del rigor de la estacion. Tambien cansados quedaron ya bastantes soldados al cabo de algunos dias de camino; pero estos sufrimientos nacientes no alteraban la decision con que las tropas iban al encuentro del enemigo. Su entusiasmo se aumentó al encontrar primero en Bocas, y luego en el Venado, las dos secciones en que venian los americanos capturados por el general Miñon. La presencia de aquellos enemigos vencidos era un suceso de feliz agüero: parecia un pronóstico que anunciaba que la misma suerte correria el ejército entero del general Taylor.

El 3 de Febrero comenzó á soplar un recio norte, que continuó todo el dia; cayó una ligera lluvia, y re sintió un frio bastante rigoroso. El 4 siguió el temporal: la lluvia no cesaba: el frio llegó á ser glacial:

la tropa resentia ya de una manera notable los estragos de la mala estacion. La division de Ortega pasó estos dos dias en el Venado; la de Pacheco en Solis; la de Lombardini en Laguna Seca. Esta hacienda, compuesta de un corto número de jacales, no podia alojar á los cinco mil soldados que habian llegado allí. En cada jacal se habian metido tantos, que casi no podian moverse: privados de lumbre para calentar sus miembros entumecidos, procuraban comunicarse calor mutuamente con el contacto de sus cuerpos, con el vaho, con la friccion de las partes en que mas impresion hacia el frio.

Por fortuna el 5 el tiempo cambió. Disipóse la niebla: las nubes se rasgaron: el Sol resplandeció radiante y magnífico, derramando su luz y su calor tan apetecidos, vivificando la naturaleza entera, volviendo á la vida al sufrido ejército, que sentia reanimar sus fuerzas y renacer su contento y su buen humor. Pero á pocas horas el alivio se convirtió en sufrimiento de otra especie: el calor se hizo tan insoportable como lo habia sido el frio los dias anteriores: los rayos abrasadores del astro del dia sofocaban á los soldados, que en vano buscaban una sombra benéfica en aquellos campos, donde solo se encuentran, á largas distancias, uno que otro grupo de palmas aisladas y mustias en medio del desierto. No habia tampoco en el camino agua con que apagar la sed; y se veia aun lejano el término de una jornada en que tanto sufrian, no solo los soldados, sino las mugeres que los seguian, muertas de cansancio y cargando á sus desfallecidos hijuelos.

Los padecimientos de las tropas decidieron al general en gefe á mandar que las divisiones descansasen un dia en Matehuala, continuando al siguiente su camino. Aquel respiro era necesario para proporcionar algun lenitivo á los males que ya entónces se sufrian, y que eran sin embargo nada en comparacion de los posteriores.

En Matehuala se reunió al ejército la brigada del general Parrodi, compuesta de mil hombres, la que formó desde entónces parte de la division de Ortega.

Hasta el 10 no hubo otra cosa particular de que deba hacerse mencion; pero ese dia volvió á soplar el norte. El cielo se cubrió de nubes negras que interceptaron los rayos del Sol, anunciando un fuerte aguacero, que no tardó en caer: el viento azotaba con furia el rostro, y la arena que levantaba, ofuscaba la vista.

Cuando el temporal empezó, la primera division estaba en marcha de las Animas para el Salado, y fué la que ménos sufrió. La segunda se hallaba en el Cedral; y considerando el general Lombardini los estragos que padeceria si se continuaba la marcha, dispuso descansar allí un dia. La division de Ortega, ó tercera, que ignorante de esta detencion, salió de Matehuala, se encontró con que el Cedral estaba ocupado, y por órden superior contramarchó al mismo Matehuala, haciendo así la jornada doble con aquel tiempo insufrible. Su tránsito quedó regado de enfermos y cansados.

El general Santa-Anna, informado de la permanencia en el Cedral de la division de Lombardini, se irritó fuertemente contra este gefe, y le dió órden para que marchara á las Animas; lo que verificó el dia siguiente.

El 11 se desató el norte completamente: siguió la lluvia: el agua, congelándose en la atmósfera, produciendo una sensacion de frio dolorosísima, convirtió en poco tiempo la yerba del campo en una alfombra blanca en que se resbalaba el pié. El frio era tan intenso, que las partes descubiertas del cuerpo dejaban de sentirse; y paralizada la circulacion de la sangre, los infelices soldados desfallecian, y muchos exhalaban el último aliento. Horroroso era el espectáculo de tantas desgracias: las infortunadas víctimas infundian lástima, al verlas perder infructuosamente una vida, que hubiera debido tener un término mas noble en la lucha gloriosa contra el enemigo esterior.

En la noche acampó la division de Lombardini en las Animas: sus males llegaron á ser verdaderamente intolerables: se dormia al vivac: se veia á los soldados en medio de la llanura, al rededor de una que otra fogata, que era cuanto permitia la escasez de leña, agrupándose todos cerca del fuego, disputándose como el mayor de los bienes un lugar que les permitiera gozar de su calor apetecido. Solia tambien presentarse algun pastor que traia á sus ovejas medio muertas de frio, y que procuraba reanimarlas acercándolas á la lumbre.

La absoluta falta de recursos en las Animas obligó al general Santa-Anna á mandar á Lombardini que hiciera contramarchar á la division el 12 á Vanegas, hacienda en que habia los necesarios para la tropa.

Entre tanto la de Ortega habia vuelto á salir de Matehuala, para el Cedral, en donde pernoctó: la caballería permaneció en Matehuala, habiéndose reunido desde ántes las brigadas de Torrejon y Juvera, que habian dejado pasar por delante á todas las divisiones, y que marcharon desde entónces á una jornada de retaguardia de la infantería. El cuartel general, que habia llegado tambien á las Animas, encontró este rancho enteramente ocupado por las tropas, y tuvo que contramarchar á Vanegas.

El 13 comenzó á variar el tiempo: aunque todo el dia estuvo nublado y lloviznando, no nevó tanto como los anteriores: el frio disminuyó notablemente. Sin embargo, el desaliento se aumentaba con justicia: el número de muertos habia sido crecido: en las filas habian quedado claros enteros, como los que dejan en una batalla las balas de cañon de las baterías enemigas. Y el mal no se limitaba á solo las personas: el parque, mojándose, se ponia inservible: las armas se enmohecian: los zapatos se achicharraban, oprimiendo la piel y destrozándola, y luego se rompian é inutilizaban.

El dia 14 se continuó la marcha, aumentándose el número de enfermos, y no disminuyendo el de muertos. Se recibió correo de México, en que venian los primeros anuncios de la revolucion que estalló luego. El ejército recibió con placer, en medio del desierto, las cartas que á cada uno dirigian su familia, sus amigos, las personas todas con quienes lo ligaba el cariño. Las leian con avidez: aquella era la última vez que debian tener noticias de cuanto amaban, ántes de la batalla que se iba á dar; y teniendo á la vista la perspectiva de una muerte probable, las consideraban como una tierna despedida. Muchos, en efecto, sucumbieron en el combate, dejando sin respuesta aquellas cartas queridas; pero si su pérdida fué una justa causa de afliccion, su nombre, ensalzado por la gloria, debe ser un lenitivo y un consuelo.

El Sol, oculto desde el 10, apareció de nuevo, trayendo consigo la esperanza y el remedio de los sufrimientos esperimentados en su ausencia. Es necesario haber pasado tres dias en el desierto, entre una niebla densa, cayendo un fuerte aguacero, sin abrigo, con frio, careciendo de medios de calentarse, para comprender lo que valia cada rayo de aquel Sol que bañaba las frentes de nuestros soldados.

Se le recibió como á un amigo que se espera, como á un bienhechor que ha diferido sus favores para el momento mas crítico: vivas y aclamaciones de júbilo resonaron en su obsequio: parecia que el astro recobraba el imperio que ejerció en el Perú ántes de la conquista de los españoles, y que los soldados del Norte, imitando á los súbditos de los Incas, iban á doblarle la rodilla para adorarlo como á un Dios.

Los víveres que con anticipacion se habian colocado en los puntos del tránsito, empezaron á escasear desde el 14. Las raciones, bastante limitadas desde ántes, quedaron aun mas reducidas, dejando casi sin saciar el hambre de las tropas. La miseria continuó mas horrorosa cada dia de los siguientes, con lo que naturalmente desfallecian las fuerzas, y acrecian los sufrimientos, sobrellevados con una paciencia digna de los soldados que iban á pelear por su pais.

Escalonadas las divisiones como se ha visto, prosiguieron la marcha hasta la Encarnacion. Sus padecimientos, léjos de ir á ménos, se aumentaban mas y mas. Las jornadas, largas y penosas, se hacian sin encontrar en el camino habitacion alguna; hasta que se llegaba al punto lejano en que se debia pasar la noche, y aun entónces no habia local en que acomodarse: los soldados dormian al vivac, espuestos á todo el rigor de la intemperie. El agua escaseaba de tal suerte, que solo la habia en uno que otro lugar á distancias considerables, y saladísima; de manera que no se podia apagar la sed ardiente que producia la agitacion del camino. No habia tampoco modo de acogerse á la sombra amiga de los árboles, porque escepto una que otra palma, el desierto no los tenia como ántes se indicó: lo único que habia en abundancia, era la yerba llamada *gobernadora* (*zigophillum tabago*) que se distinguia en todas direcciones, hasta donde alcanzaba la vista. En el mar, luego que se ocultan las costas, no se ve mas que cielo y agua; en aquel desierto no se veia mas que cielo y yerba, hasta que alguna ranchería distante, muy parecida á los aduares de los salvages, aparecia como una isla en aquel océano terrestre.

La division de Pacheco llegó el 17 á la Encarnacion; la de Lombardini, el 18; la de Ortega, el 19; las brigadas de caballería de Torrejon y Juvera, el 20 y el 21. En aquella hacienda se encontraba hacia dias el general Andrade, cuya corta fuerza, impropiamente lla-

mada brigada, se componia de unos cuantos soldados presidiales. Las avanzadas del enemigo habian estado á tiro de fusil.

El ejército entero se habia concentrado en la Encarnacion, donde se detuvieron las primeras tropas en espera de las que venian atras. Una vez reunidas todas, les pasó revista el general en gefe, que montó entónces á caballo, y recorrió las filas de sus soldados entre los mas entusiastas vivas. Su presencia, en medio de su estado mayor, anunciaba que el momento del peligro estaba próximo y que se disponia á arrostrarlo con valor. Segun el estado que se formó allí de las fuerzas, habia entónces 14,000 hombres de todas armas. Así, ántes de encontrar el enemigo, habia ya una baja de 4,000, provenida de los muertos, de los enfermos, de los cansados y de los desertores. Pero los que quedaban, se sentian reanimados con solo la proximidad del enemigo; disponian sus armas para el combate; victoreaban á sus gefes; daban muestras del arrojo con que se condujeron luego en la batalla.

A la una del dia 21 tomó la tropa su rancho, y llenó de agua sus caramañolas: despues salió para el puerto del Carnero. Abrian la marcha los cuerpos ligeros, mandados por el general Ampudia: seguia detras el batallon de zapadores con la batería de á 16: luego las tres divisiones de Pacheco, Lombardini y Ortega, denominadas entónces, la primera, de vanguardia; la segunda, del centro; la tercera, de retaguardia; despues, el resto de la artillería con sus correspondientes dotaciones, y el material de guerra; en seguida, la caballería de Juvera y Torrejon; y cubria el general Andrade la retaguardia de todo el ejército.

Aunque el general Santa-Anna dió órden para que no pasasen de la Encarnacion las mugeres que seguian á la tropa, no fué obedecido; de suerte que un número muy grande de ellas continuó para adelante, formando un nuevo ejército.

La noche se pasó en el puerto del Carnero: allí estuvieron los cuerpos ligeros y los húsares y el resto de las tropas entre un magnífico palmar. En la noche, dice una relacion que un testigo ocular publicó en un periódico de la capital, "el frio nos atormentó lo que no es "decible: el ejército crujido, casi por un instinto de desesperacion "prendió fuego por diversos puntos al bosque de palmas. La llama

"trepó incendiando sus copas, y un océano de fuego se improvisó con "sus olas horrorosas en medio de los aires. . . . . . El espectáculo era "imponente, sublime; á su luz se veia á los soldados hambrientos, des-"fallecidos de frio, como un ejército de cadáveres."

El 22 se continuó la marcha: el general Santa-Anna volvió á montar á caballo: se presentó á las tropas escitando su ardimiento: se adelantó hasta donde marchaban las mas avanzadas, cuyo entusiasmo subia de punto al verlo. No se tardó en recibir noticias de que los americanos, que se habia creido que se defenderian en el punto de Aguanueva, habian abandonado esta hacienda, entregándola ántes á las llamas.

Luego que Santa-Anna se cercioró de la verdad de lo que se le referia, partió velozmente hasta Aguanueva, con su estado mayor y los húsares. Llegado allí, determinó seguir adelante en persecucion del enemigo, por lo que mandó órden á la caballería para que tomara la vanguardia. Cumplióse con lo mandado; y miéntras las divisiones de infantería se detenian para proveerse de agua, la caballería entera pasó sin que un solo hombre se detuviera á beber una gota, á pesar de que venian todos cansados, sin aliento y muertos de sed. Al atravesar la hacienda, dirigian la vista con tristeza al aguage, que los convidaba con sus ondas cristalinas; pero sumisos á la voz del deber, se alejaban á todo escape, sin abandonar sus filas.

Poco se dilató en alcanzar á los enemigos en el campo de batalla conocido con el nombre de la Angostura. El terreno que se acababa de andar, estaba formado de vastas y estensas llanuras, en que no se hubiera podido resistir el empuje vigoroso de nuestras tropas, principalmente el de nuestra hermosa caballería; pero en donde el enemigo se habia detenido para combatir, empezaban dos séries succesivas de lomas y barrancas, que constituian una posicion verdaderamente formidable. Cada loma estaba defendida por una batería, pronta á dar la muerte á los que intentaran tomarla; y la disposicion del lugar, que presentaba grandes obstáculos para el ataque, manifestaba con claridad que, aun cuando las armas mexicanas obtuviesen el triunfo, no seria sin una pérdida de consideracion.

Luego que la caballería llegó á la Encantada, desde donde avistó al enemigo, comenzó á batirse en tiradores. Inmediatamente envió

órden el general en gefe para que la infantería apresurara su marcha, caminando á paso veloz. Así se verificó: á pesar del cansancio de la tropa, se siguió adelante hasta llegar á la Angostura, con lo que se completó una jornada de 12 leguas. La fatiga mató á varios soldados, que quedaron tendidos en el camino. Luego que llegó la infantería, la brigada del general Mejía se situó á la izquierda de éste entre unos sembrados, sostenida por un cuerpo de caballería. El resto de la infantería se colocó á la derecha, formando en dos líneas con sus competentes reservas y baterías. Las brigadas de caballería quedaron á la retaguardia.

Respecto de los cuerpos ligeros, el general en gefe dispuso que Ampudia, que los mandaba, fuera á apoderarse de un cerro que habia quedado abandonado á nuestra derecha, y que importaba demasiado ocupar para el éxito de la batalla. Los cuerpos ligeros se dirigieron á esa posicion; pero el general Taylor conoció entónces la falta que habia cometido, y para remediarla envió por su parte una fuerza respetable, esperando que llegaria primero que la nuestra. Las dos divisiones se acercaron una á otra: conociendo que la ocupacion del cerro no era ya empresa fácil, y que no debia quedar sino en poder del vencedor, rompieron sus fuegos, trabando un reñido combate. Ademas de la oposicion del enemigo, aquella eminencia presentaba por sí misma obstáculos de consideracion: el ascenso era casi perpendicular, de suerte que aun para subir el parque habia penosas dificultades, siendo necesario valerse de mil arbitrios para superarlas.

El combate continúa con encarnizamiento: la noche cierra completamente, y está aun indeciso el resultado. Los cuerpos ligeros se baten con denuedo: el resto del ejército, simple espectador de la accion, sigue ansioso con la vista la direccion de los fuegos, luchando entre la duda y la esperanza. "Luego que oscureció," dice la relacion citada anteriormente, "el espectáculo era magnífico. Se veia flotar "realmente en los cielos una nube de fuego, que ó se elevaba ó se "abatia, segun los enemigos ganaban ó perdian terreno." Por último, los americanos ceden; sus soldados se retiran; los nuestros coronan el cerro tan tenazmente defendido como intrépidamente ganado.

El resto de la noche se pasó al vivac y enfrente del enemigo. Es-

tuvo lloviendo: el frio era crudísimo: se habia prohibido hacer lumbradas, por lo que no se veia ninguna luz en el campamento. La mayor parte del ejército esperaba el combate indiferente y tranquilo, como si la muerte no girara sonriendo sobre sus cabezas, miéntras algunos oficiales velaban, agobiados de los pensamientos que siempre dominan la víspera de una gran batalla.

Amaneció el 23: la aurora de aquel dia de grandioso recuerdo, fué saludada con las marciales dianas de los cuerpos: el general Santa-Anna estaba ya á esa hora á caballo dando sus disposiciones. El fuego de cañon comenzó: las tropas ocuparon sus puestos: la brigada del general Mejía pasó de la izquierda á la derecha del camino. La batalla se generalizó poco despues; y como no hubo tiempo para repartir el rancho, los soldados pelearon todo el dia sin tomar alimento.

El combate comenzó por el cerro ganado la víspera, y que de nuevo disputaron los contrarios sin fruto á los cuerpos ligeros. Entre siete y ocho de la mañana ordenó el general en gefe que se diese una carga sobre el enemigo. Entónces avanzaron todas las tropas, moviéndose en batalla paralelamente: por el camino iba una columna á las órdenes del general Blanco (D. Santiago) compuesta de los batallones de zapadores, misto de Tampico y Fijo de México, llevando al regimiento de húsares á la izquierda. A la derecha de esta columna marchaba la division del general Lombardini, que formaba el centro de nuestra línea, y á su lado la del general Pacheco. Un poco atras, y siempre á la derecha como sirviendo de reserva, seguia la del general Ortega; y el general Ampudia con los cuerpos ligeros, reforzados con el 4.º de línea, seguia batiendo á las fuerzas americanas que habia al pié del cerro.

La línea enemiga era oblicua, de suerte que, aunque nuestro ejército marchaba paralelamente como se ha dicho, la columna del camino empezó á recibir un mortífero fuego de cañon, miéntras que las otras divisiones estaban aun léjos del enemigo. Sin embargo, aquella no se desconcertó: los soldados seguian impávidos para adelante, cerrando los claros que las balas abrian en sus filas, con la arma al brazo, y esperando llegar á la bayoneta para vengar la muerte de sus compañeros, impunemente sacrificados; pero el general Santa-Anna, observando los estragos que sufria, dispuso que se detuviera, abri-

gándose tras de una colina que podia defenderla del fuego de los americanos.

Entretanto, las divisiones de Lombardini y Pacheco habian roto los suyos, que fueron al punto contestados. Cuando se empeñó el combate, recibió una herida honrosa el general Lombardini, que tuvo que retirarse del combate, recayendo el mando de su division en el general Perez. La tropa del general Pacheco, casi toda bisoña, vacila y no tarda en desbandarse, acosada por el fuego certero que recibia de frente, y mas aun por el de flanco, que la desordena completamente. La dispersion es general: en vano Pacheco, con un valor digno de elogio, procura contener á sus soldados, que no se detienen hasta que llegan á las últimas filas. El enemigo, por su parte quiere aprovecharse de la ventaja que ha obtenido para alcanzar el triunfo: avanza intrépidamente; pero la division del general Perez, con serenidad y firmeza, hace un cambio de frente sobre la derecha, y lo obliga á retroceder. Aquel diestro movimiento es favorecido por una batería de á 8 que mandaba el capitan Ballarta, y que Santa-Anna puso á las inmediatas órdenes del sereno general Micheltorena. El fuego de las piezas que la componen, ocasiona á los contrarios pérdidas de consideracion: todos los tiros se aprovechan por la corta distancia á que combaten unos de otros, siendo de una loma á la inmediata: los americanos, que han soñado un momento con la victoria, se retiran destrozados, quedando el campo cubierto con los cadáveres confundidos de los valientes que por ámbas partes han caido en esta sangrienta lucha.

Grande habia sido en efecto el arrojo con que unos y otros habian peleado: ya trepan nuestros soldados á la loma, cargando á la bayoneta; ya descienden á la barranca, revueltos con los enemigos: ahora suben de nuevo sin dejar de combatir; luego vuelven á precipitarse de arriba á abajo, como una avalancha; y así pierden ó ganan terreno, y así perecen los mas distinguidos, y así, por fin, quedan dueños del terreno ganado á costa de esfuerzos heróicos.

El triunfo hubiera sido completo desde aquel instante, si la caballería hubiese estado á la mano, para arrojarse sobre los restos desorganizados de las fuerzas vencidas: por desgracia, estaba algo distante, y cuando llegó, ya las encontró rehaciéndose. Sin embargo, car-

ga con denuedo, dirigida por el valiente general Juvera: todos cumplen con su deber: el general D. Angel Guzman, coronel del regimiento de Morelia, se distingue de una manera especial, rechazando al enemigo hasta la hacienda de Buena–Vista. Parte de la caballería siguió tan léjos en su persecucion, que para volver á nuestro campo, tuvo que tomar por la retaguardia de las tropas de Taylor, viniendo á salir por la izquierda de la posicion.

En la primera carga, que acabamos de referir, habian vencido las armas mexicanas; pero las ventajas que el terreno presentaba á los enemigos, exigian esfuerzos continuados, y no una victoria, sino muchas. Replegadas sus tropas de una loma, se reorganizaban en la siguiente: era necesario irlas tomando una por una, á costa de la sangre de la parte mas escogida del ejército.

Para dar la segunda carga, ántes que se disipe el entusiasmo del triunfo, se forma una nueva línea de batalla, á la que entran todas las tropas de reserva, incorporándose con las que ya se habian batido. La columna que hemos dejado en el camino, defendida por una colina, viene ahora á formar la reserva de esa nueva línea. Nuestra tropa avanza ordenadamente: la batería del general Micheltorena, única que jugaba por nuestra parte, destroza á los contrarios: se llega á la boyoneta, batiéndose los soldados cuerpo á cuerpo: por segunda vez nuestros valientes vencen: los americanos se replegan á la loma inmediata, dejándonos por trofeo uno de sus cañones y tres banderas.

En estos momentos se presentan al general en gefe unos parlamentarios, intimando rendicion. Santa–Anna les contesta con dignidad, negándose á acceder á tan original pretension. Hubiéramos pasado este hecho en silencio, como insignificante, si no fuera porque el envío de los referidos parlamentarios, provino de la inteligencia en que estaba el general Taylor de que Santa–Anna le habia enviado otro previamente, y así lo asegura en su parte oficial. En aclaracion de los hechos, vamos á esplicar en lo que consistió esta equivocacion.

Al dar nuestras tropas la segunda carga, el teniente de plana mayor D. José María Montoya, que iba en las primeras filas, quedó confundido entre los americanos. Viéndose solo, y no queriendo ser muerto ni hecho prisionero, se valió de la estratagema de fingirse par-

lamentario, por lo que fué llevado á la presencia del general Taylor. Este lo hizo volver á nuestro campo, en compañía de dos oficiales de su ejército para que se entendieran con el general Santa-Anna; pero Montoya, que tenia sus razones para no presentársele, se separó de los comisionados, los que cumplieron con su encargo.

Despues del segundo combate, que seria entre las diez y las once del dia, cayó una ligera llovizna: los soldados toman algun respiro, y á las doce vuelven á marchar de nuevo sobre las posiciones del enemigo. Habian vuelto ya á entrar entónces en batalla los zapadores y demas cuerpos, que estuvieron de reserva. El general Taylor, creyendo débil nuestra izquierda, hace avanzar algunas fuerzas en aquella direccion, las que hallan una resistencia invencible. La brigada de Torrejon carga sobre ellas, y pierde á sus mejores oficiales y soldados. La accion se generaliza: nuestra línea avanza: los cuerpos ligeros, que en el curso de la batalla habian hecho retroceder á las tropas que encontraron al paso, estaban ya en el estremo de la loma misma en que se batian los enemigos. De nuevo se empeña la refriega: por ámbos lados se multiplican los muertos y heridos: unos atacan bizarramente; otros se defienden con gallardía; ninguno cede: el combate se prolonga por horas enteras; y solo al cabo de inauditos esfuerzos, es cuando se logra arrollar al enemigo hasta su última posicion. Otras dos piezas suyas y una fragua de campaña, cayeron en nuestro poder.

En aquellos instantes se suelta un fuerte aguacero: las tropas, muertas de cansancio, se detienen: el general Taylor, que ha tenido que retroceder de loma en loma, perdiéndolas todas despues de una obstinada resistencia, se prepara á hacer el último esfuerzo ántes de ceder enteramente la palma de la victoria; pero la batalla ha cesado: la carga que se acababa de dar, fué el postrer empuje de nuestras fuerzas. El enemigo no se cree derrotado, porque si bien ha perdido todas sus posiciones, ménos una, le basta conservar ésta en actitud hostil para pretender la gloria del vencimiento. Por nuestra parte, se proclama el ejército vencedor: alega por títulos los trofeos adquiridos, las posiciones tomadas, las divisiones enemigas vencidas. La verdad es que nuestras armas derrotaron á los americanos en todos los en-

cuentros, sin que el éxito de la batalla nos fuera favorable: hubo tres triunfos parciales, pero no una victoria completa.

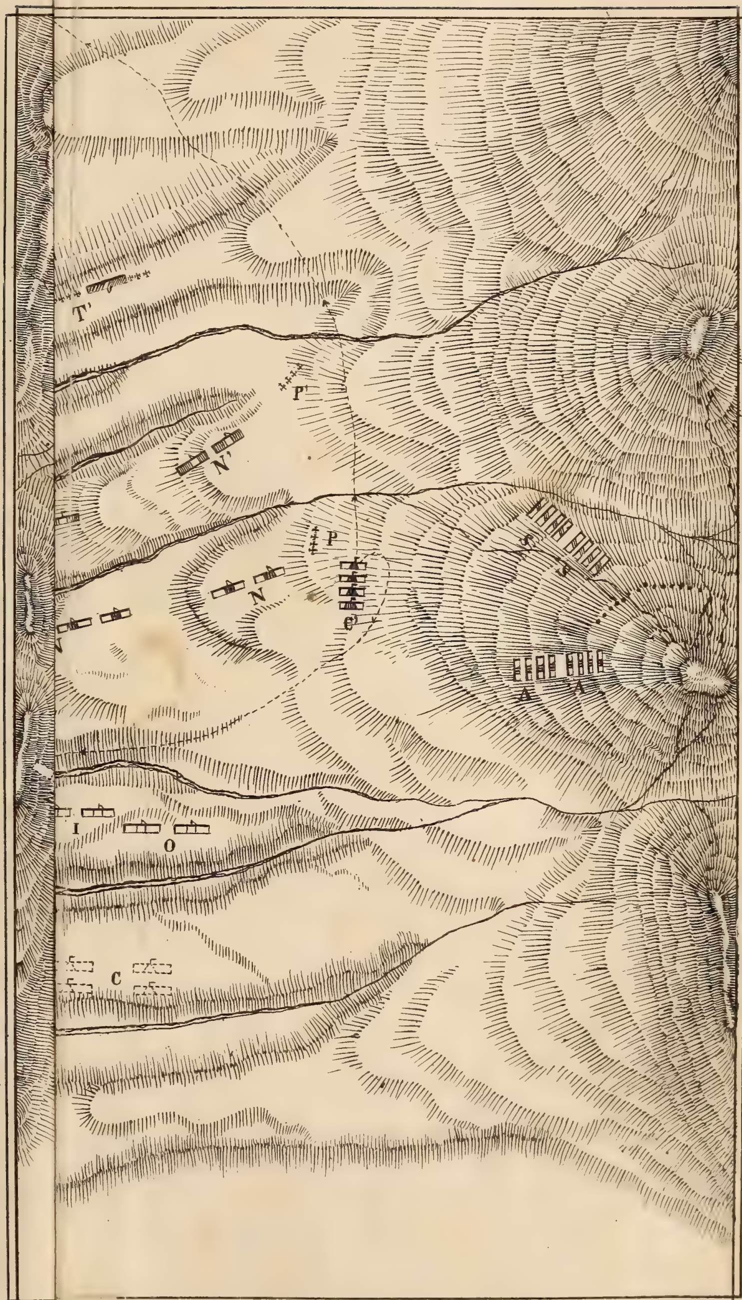
Durante la accion, la brigada del general Miñon estuvo á retaguardia del ejército de Taylor, aproximándose ya á Buena-Vista, ya al Saltillo. Su inaccion ha dado lugar á una ardorosa polémica entre los generales Santa-Anna y Miñon, en la que no entrarémos nosotros, porque nuestro objeto principal es referir los hechos tales como pasaron, sin tomar parte en las discusiones á que algunos han dado lugar.

La nacion tuvo que lamentar sensibles pérdidas en esta batalla: allí se derramó la sangre de sus hijos mas valerosos: cuarenta gefes salieron heridos: entre los muertos debemos mencionar á los tenientes coroneles D. Francisco Berra y D. Félix Azoños; comandante de batallon, D. Julian de los Rios; y comandantes de escuadron, D. Ignacio Peña, D. Juan Lullando y D. José Santoyo, que sucumbieron sobre el mismo campo de batalla.

En la relacion antecedente no se ha hecho mas que esplicar los movimientos del ejército entero, omitiendo rasgos de valor y patriotismo, en que no se puede entrar en esta clase de artículos. Con todo, dirémos en general: que á mas de las personas cuya conducta se ha elogiado con justicia, hubo muchas otras que merecieron igualmente la estimacion de sus conciudadanos. Se vió á varios gefes de cuerpo tomar en la mano la bandera del suyo, y conducir á los soldados al combate, ocupando el puesto del mayor peligro. La oficialidad se condujo con dignidad y decencia. El valor de las tropas ha logrado las alabanzas aun de los mismos enemigos, que solo han hablado mal de algunos generales, asegurando que si todos hubieran imitado el ejemplo de sus subordinados, habrian decidido en favor nuestro el éxito de la batalla.

El general Santa-Anna no ha participado de esta inculpacion. Amigos y enemigos han reconocido el valor con que constantemente arrostró el fuego. ¡Lástima es que sus combinaciones no correspondieran á su denuedo; que sus faltas ofuscaran el esplendor de sus méritos; que sea preciso censurar su conducta como general, al mismo tiempo que alabamos su arrojo de soldado!





Lit 1ª de Plateros nº 15

CROQUIS

Del Combate del 22. y Batalla del 23. de Febrero de 1847. en la

ANGOSTURA.

ESPLICACION.

A.	*Cuerpos ligeros la noche del 22.*
B.	*Infant.ª mexicana y 3. baterias id.*
C.	*Caballeria id. id. id.*
H.I.O.	*1ª posic.ⁿ el 23. Divs.ˢ Pacheco, Lomb.ᵒ, Ortega.*
L.	*Brigada Mejia la noche del 22.*
M	*Columna de Blanco el 23.*
N.	*2ª posicion.*
C'.	*Caballeria despues de la 1ª carga*
C''	*Id en la 2.ª id.*
K.	*Bateria de á 24.*
P.P'.	*Posiciones de la bat.ª Micheltorena.*
N'.	*3ª Posicion.*
G.G'	*Posicion.ˢ de los Husares.*
Z	*Cuerpo de observacion.*
X.	*Caball.ª de reserba Div.ⁿ Andrade.*
U.	*Parque gral.*
F.	*Brigada de Artill.ª ligera.*
Q.	*Cuartel gral.*
	ENEMIGOS
S'.	*Infanteria la noche del 22.*
T	*1ª posicion.*
T'.	*Ultima id.*
R.	*Brigada de observ.ⁿ la mañana del 23.*

Lit. de P. Blanco

CAPITULO VII.

RETIRADA DEL EJERCITO A SAN LUIS

MARCHA A CERRO-GORDO.

La batalla de la Angostura habia concluido. Las columnas, dueñas del campo de batalla, recibieron de improviso la órden de poner fin al combate, y de retirarse á la oracion de la noche para Agua-nueva, donde encontrarian las provisiones y recursos de que tanto necesitaban, y que faltaban enteramente en el sitio donde habian peleado. La retirada comenzó por la artillería, los trenes y los carros; en seguida iban las diversas brigadas y cuerpos, quedando encargado de pernoctar en el campo, y de hacer lumbradas en toda su estension, para engañar al enemigo, el general Torrejon con la tercera brigada, compuesta de un escuadron del Ligero de caballería, los regimientos 3.º, 7.º y 8.º, y el activo de Guanajuato.

Nuestros soldados habian desplegado un valor digno de mejor suerte: se habian arrojado con intrepidez sobre el enemigo, salvando barrancas, subiendo lomas, precipitándose sobre las baterías americanas que aclaraban sus filas; y al caer heridos de muerte, esclamaban: "Viva la República," y espiraban. Así peleando por causas ménos justas, se encarece que los valientes del ejército grande, que el capitan del

siglo mandaba, fallecieran en el combate, sin proferir en su agonía mas gritos que los de "Viva la Francia! ¡Viva el emperador!"

A aquellos cuyas heridas eran de ménos gravedad, los llevaban á media legua del lugar de la accion, y allí, al aire libre, unos pocos facultativos, con remedios contados é insuficientes, los curaban eficazmente. Tal era el *hospital de sangre* en que fueron asistidos, desde los gefes de mas distincion y categoría, hasta los mas infelices soldados. Esos desgraciados no sabian aun la suerte que les estaba reservada: ellos no podian conocer que la muerte hubiera sido para muchos un mal ménos funesto, un destino envidiable.

Al tomar el ejército el camino para Aguanueva, una escena de horror vino á convomer el corazon de los que habian visto con serenidad el peligro en los momentos mas críticos del combate. Los heridos ascendian á ochocientos; y el corto número de medios de trasporte de que se podia disponer, no permitia que fueran llevados todos. Fué, pues, preciso entregar á una gran parte á su desgraciada suerte. Esos hombres abandonados en medio del desierto, revolcándose en su sangre, tiritando de frio, con una sed devoradora, y sin medicinas, sin abrigo, sin alimento, veian desaparecer á sus compañeros, llevándose consigo su vida, su esperanza, y manifestaban en su rostro lívido la horrible calma de la desesperacion. A su vista se presentaban ya los coyotes y perros, que esperaban el momento en que podrian empezar su espantoso banquete. Los que mas afortunados pudieran escapar de los horrores de aquella noche, tenian á lo ménos un porvenir ménos cruel: contaban con la piedad de los enemigos; y en obsequio de la justicia debe decirse, que éstos cumplieron con lo que mandan las leyes de la guerra, y exigen los deberes de la humanidad.

Por su parte, los que se retiraban, no podian ver sin un vivo dolor á aquellos heridos que tenian que abandonar. Muchos dejaban entre ellos, parientes, amigos, de quienes iban á separarse para siempre; y sin poder siquiera pagarles el último tributo del cariño, los dejaban para que los coyotes hicieran pasto de sus restos. Y para colmo de infortunio, no era esa la postrer pena que tenian que sufrir en aquella noche del 23, que ocupará una página de luto en nuestros fastos militares.

La retirada habia empezado á la oracion; pero el ejército, que no

formaba ya mas que una masa informe, caminaba lentamente, embarazándose unas brigadas á otras, y avanzando con dificultad. Así fué que, aunque el campo de batalla no distaba mas que cuatro léguas de Aguanueva, no se comenzó á llegar á este punto sino de las diez de la noche en adelante. Aquella hacienda, que los americanos habian incendiado al retirarse, ardia aun cuando volvieron nuestras tropas. A un lado del camino habia un estanque fangoso, al que se arrojaron los soldados muertos de sed; pero el agua, en vez de procurarles algun alivio, solo sirvió para abrirles la tumba, pues apenas la habian tomado, cuando espiraban en medio de las mas horribles convulsiones. Los pocos heridos que habian logrado arrastrarse hasta allí, y muchos de los que llegaban fatigados, aunque sin lesion, fallecieron de esa manera; y su sangre mezclada con el fango del estanque, hacia mas insoportable esa bebida. Y sin embargo, no habia otra agua con que saciar la sed devoradora de la tropa, y no faltó quien acercara sus labios á aquel brebage inmundo, asqueroso y mortífero.

Pronto el aspecto de los cadáveres, el estertor de los moribundos, las quejas de los heridos, las maldiciones de todos, añadieron nueva aflixion á los espíritus, contristados ya por tantos padecimientos. El espectáculo que se ofrecia á la vista infundia el mas penoso desconsuelo: se andaba sobre los muertos; se atropellaba á los que no habian aun exhalado el último aliento: por un lado se encontraban mugeres sollozando sobre los cuerpos ya inertes de sus deudos; por otro se presentaban asistiendo á los que padecian de sus heridas: éstas lavaban ropa sucia en la agua llena de lodo y de sangre: aquellas acallaban á sus hijuelos que lloraban sin saber por qué. Los carros y los trenes embarazaban el camino: las bestias de carga tropezaban á cada paso: los caballos y mulas de silla y tiro, cansadas y sin haber comido, apenas podian moverse: todo era confusion, todo angustias y sufrimientos. A lo ménos en el campo de batalla, la noche, con sus sombras protectoras, encubria la mitad de los estragos; pero en Aguanueva el cuadro de los horrores de la retirada se descubrió en toda su deformidad, alumbrado por la luz rojiza del incendio, que se confundia con los rayos pálidos de una luna amarillenta y lúgubre.

Por fin, acabaron de llegar todos los cuerpos, y sin establecer órden

ni arreglo, cosas imposibles en aquel momento, se distribuyeron los víveres que habia. El resto de la noche se pasó descansando parte de la fuerza, y entregada la otra á los sufrimientos que no habia medio de aliviar. Al amanecer el dia 24 se tocó llamada: aquel toque guerrero reanimó á las tropas, disipando el desaliento que se habia apoderado de sus ánimos, al ver de cuán poco habian servido tantos trabajos y esfuerzos. La revista que se mandó pasar dió á conocer la inmensa pérdida del ejército, ocasionada, no tanto por las bajas habidas en la batalla, cuanto por la dispersion de la noche anterior, dispersion que se continuó los dias siguientes, y cuyo resultado fué que las cuerpos quedaran reducidos á meros cuadros, en que apenas se veian unos pocos oficiales y soldados, agrupados junto á su bandera.

Para establecer algun órden, se dispuso la formacion de nuevas líneas, reorganizando los batallones con compañías de diversos cuerpos, á fin de que el ejército presentara aun un aspecto imponente. Acababa apenas de verificarse esta operacion, cuando llegaron tres oficiales enemigos con el carácter de parlamentarios. Conducidos á la presencia del general en gefe, manifestaron que nuestros heridos habian sido recogidos y enviados al Saltillo, donde se les asistiria con todo esmero: hicieron á nombre del general Taylor un pomposo elogio del valor que nuestras tropas habian desplegado en la batalla; y ofrecieron, de parte del mismo, los refrescos y provisiones que sabia escaseaban en el campo. Brindaron, por último, con un arreglo sobre suspension de hostilidades y modo de terminar las diferencias existentes entre las dos naciones. El general Santa-Anna les contestó que agradecia cual era debido, así la buena conducta observada con los heridos, como las ofertas generosas que se le hacian; pero que ni podia admitirlas, ni ménos entrar en un convenio, para el que no estaba autorizado por su gobierno, y que era ademas imposible, miéntras no quedara libre el terreno que ocupaban las fuerzas americanas.

En el curso de la entrevista dispuso el mismo general, que en vez de que los oficiales parlamentarios volvieran á su campo con los ojos vendados, conforme al uso establecido para casos semejantes, se les pasara por enfrente del ejército para que vieran el estado que guardaba, y le pasasen revista si gustaban. El objeto que llevaba al dar

este paso, era el que se convencieran por sus propios ojos de que la retirada de la Angostura no habia sido originada por terror á las armas enemigas, como igualmente de que, si habia que combatir otra vez, no le faltaban los medios necesarios, contando aun con una division florida, y con pertrechos y municiones en gran número.

En efecto, los oficiales parlamentarios, acompañados de dos ayudantes de Santa-Anna, pasaron revista á las fuerzas que permanecian aun sobre las armas. Su aspecto marcial, su continente respetable, su disciplina, y el valor que acababan de acreditar en Buena-vista, llamaron vivamente la atencion de los enemigos, que les prodigaron elogios de todo género. Entre los cuepos de caballería, en los que mas se fijaron fué en los húsares, en los coraceros y en el regimiento número 7. Manifestaron, sin embargo, que en los Estados-Unidos se hacia muy corto aprecio de esa arma, porque estaban convencidos de que costaba mucho y era de muy poca utilidad.

Comcluido su exámen militar, se retiraron los comisionados del general Taylor, formando juicios bastante favorables al ejército mexicano. Acaso su actitud imponente coadyuvó en parte á evitar que el americano lo siguiera de cerca, picándole la retaguardia, y esponiéndolo á todos los reveses que son tan frecuentes en una retirada, cuando se pelea con un enemigo poderoso y emprendedor; aunque en verdad lo que mas principalmente nos libró de esos desastres, fué el estado de verdadera impotencia y nulidad á que la batalla redujo á la division invasora.

En Aguanueva creyó oportuno el general en gefe dirigirse á los valientes que mandaba, y publicó una proclama, en que no anduvo escaso de alabanzas por su comportamiento en aquella memorable espedicion. Recordábales sus servicios; encomiaba su intrepidez, llegando su entusiasmo hasta denominarlos "un ejército de héroes." Pronto ese general, inconsecuente en su modo de pensar, debia deprimir á los que entónces lisongeaba, y tratar de ineptos y cobardes á los mismos gefes que halagaba en su proclama.

En la noche mandó reunir una junta de oficiales generales, para oir su opinion sobre el partido que convendria tomar. Todos fueron del mismo parecer que el general en gefe, y en consecuencia se resolvió que el ejército continuaria su retirada hasta San Luis. Ni uno

solo de los individuos que asistieron á la jnnta, se opuso á una determinacion que iba á ser de funestos resultados para nosotros; y hasta algunos dias despues fué cuando el general Miñon manifestó su sentir, enteramente distinto del adoptado, consignándolo en una enérgica protesta que suscribieron los gefes de su brigada, y que no influyó poco en el tratamiento que recibió luego de Santa–Anna.

Con el objeto de disminuir las dificultades y embarazos que se preveian, se dispuso que tomaran la delantera todos los mutilados, los que efectivamente comenzaron á salir desde aquel mismo dia. El 25 los siguieron los que aun quedaban, y la suerte de unos y otros fué por cierto bastante lastimosa. Las camillas en que se llevaban á los de mas gravedad, se habian formado apresuradamente, unas con horcones de palo, otras con fusiles. Los dolientes carecian de colchon, de sábanas y almohadas, contando para su abrigo con solo unas jergas, sin que dejara de haber muchos á quienes faltaba aun esta cobija. Los mas de los heridos iban en treinta carretas, tiradas por bueyes, habiéndose preferido para colocarlos allí á los que daban ménos esperanza de curacion. Se veian tambien varios gefes á quienes llevaban cargando sus soldados, entre los que hubo muchos que los atendieron con un esmero poco comun. Otros, por el contrario, se valian de la ocasion para cometer crímenes: se dispersaban y desertaban, no sin robar primero á sus desgraciados oficiales, y llevando la crueldad hasta el estremo de matarlos para mejor afianzar la impunidad de sus faltas. En suma, las acciones mas humanas y generosas formaban un notable contraste con las mas perversas, que no podian evitarse en aquel tumulto y confusion universal.

Este mismo desórden facilitaba á los soldados que se separasen de sus filas, ocasionando una numerosa dispersion. Los que armándose de mas constancia, seguian aun sus banderas, empezaban á ser víctimas de nuevos padecimientos. La jornada de Aguanueva á la Encarnacion fué de 14 leguas: á lo largo de ella se unió la falta de alimentos sanos, la mas grave aun de la agua, de que no habia ni una gota, y la sensasion penosa de un frio horroroso que penetraba hasta la médula de los huesos. No habia esperanza de remediar estos males, hasta que se llegara á Matehuala, punto en que se habian reunido algunos recursos.

El general Santa-Anna, diciendo que iba á disponerlos para las tropas, resolvió separarse de ellas, avanzándose con su estado mayor. Antes de alejarse mandó que el general Ampudia quedara sustituyéndolo en el mando en gefe del ejército, al que lo dió á reconocer con tal carácter. Semejante nombramiento produjo un descontento bastante marcado: la mayor parte de los generales desconocieron al que se acababa de revestir de superioridad sobre ellos, publicando con la mayor claridad la repugnancia que esperimentaban de servir á sus órdenes. Y así, aquel paso desacertado no hizo mas que enconar los ánimos y añadir un elemento nuevo de discordia á los males que se padecian.

El descontento comun obligó luego á Santa-Anna á separar á Ampudia del mando, que confió al general Pacheco; pero éste desde el Salado se habia separado del ejército. Resultó, pues, que no habiendo quien entrara con el carácter de general en gefe, cada brigada caminó independientemente de las otras, lo que por supuesto aumentó el desórden y la confusion.

Tantos golpes que se sucedian sin interrupcion, afectaban necesariamente la moral, ya muy relajada del soldado. A la llegada de las brigadas á la Encarnacion, se notaba un desaliento general, que se aumentaba por momentos. Todas las clases estaban igualmente disgustadas, porque el sufrimiento era comun, y no habia quien tuviera mejor suerte que los otros.

En la hacienda mencionada se esperó la reunion de toda la fuerza, continuando el movimiento el 26 por la mañana. El cuartel general que seguia al general Santa-Anna, llegó hasta San Salvador, y continuó desde entónces con una jornada de adelanto. Las brigadas pernoctaron allí tambien, y á consecuencia de un nuevo arreglo, la caballería quedó cubriendo la retirada.

El 27 se caminó hasta el Salado, andando ese dia once leguas. Allí se desarrolló un nuevo mal, que fué de los mas graves que se sufrieron. Los comestibles en los dias anteriores se habian reducido á carne maleada y piloncillo, y el agua que se bebia era saladísima. Los que habian tomado esos alimentos mal-sanos, se vieron atacados de una fuerte disenteria, que se propagó con una generalidad asombrosa, pues fueron muy contadas las personas á quienes no

les dió. Los estragos de la enfermedad llegaron á ser en estremo deplorables: la muerte se cebó en las infortunadas tropas, en términos que todos los dias fallecia un número considerable de personas. El ejército parecia formado de cadáveres: el miserable estado á que se veian reducidos los enfermos era tal, que muchos tenian la piel pegada á los huesos, y su contraccion, descubriendo los dientes, daba al rostro una espresion de risa forzada que llenaba de horror.

Hasta las Animas, lugar á donde se llegó el 28, despues de una jornada de ocho leguas, se pudo dar á los enfermos un poco de arroz. Desde ántes habian llegado allí algunos gefes heridos, á quienes servia de facultativo una vieja sucia y asquerosa, á la que por su aspecto repugnante habian dado el nombre de "la bruja." La caritativa muger, con una generosa eficacia, se consagró al cuidado de dichos gefes, curando sus heridas, preparándoles sus alimentos, formando vendas é hilas con los girones de su camisa, de color equívoco, y desviviéndose por atenderlos. Semejante conducta no podia ménos de escitar su gratitud: las atenciones de la anciana ganaron su voluntad; y poetizando el agradecimiento á la pobre enfermera, miraban como un ángel de consuelo á la que poco ántes habian llamado bruja para vilipendiarla y escarnecerla.

En las Animas hubo que soportar una nueva calamidad: parecia que éstas formaban una serie interminable, y que el ejército debia apurarlas una tras otra. La que entónces aconteció, fué un temporal deshecho, que acabó con la poca energía que se conservaba aun. El único alivio que se esperimentó en medio de tan continuos desastres, fué el de una corta mejora en los alimentos, en razon de que se pudo dar una reducida racion de arroz.

El dia siguiente, que fué el 29, se anduvieron otras doce leguas: la jornada se rindió en el Cedral, en donde se consiguieron los primeros alimentos sanos y nutritivos, que eran tan necesarios para la tropa. Tambien se encontró un botiquin, objeto precioso para tanto enfermo como venia. No debe pasarse en silencio que estos auxilios los proporcionó el Sr. Yari, con generoso desprendimiento, compadecido de la situacion de sus compañeros de armas.

En el Cedral falleció el capitan de húsares D. José María Oronoz, ayudante del general Santa-Anna, á los 23 años de edad, de resul-

tas de las gloriosas heridas que recibió en la Angostura. Su muerte fué aun mas sentida por el interes que inspiraba su hermano el teniente coronel D. Cárlos Oronoz, que lo habia venido asistiendo con la mas recomendable eficacia. Aquellos dos jóvenes eran un modelo de amor fraternal: siempre se les veia juntos: en todas partes se ayudaban recíprocamente, repartiéndose con igualdad las penas y los placeres. En los peligros, cada uno olvidaba el propio, para no pensar mas que en el de su hermano; y aquella union afectuosa daba mas realce á sus modales finos y caballerescos, á su buena conducta como ciudadanos, á su valor y serenidad como militares. El dolor que desgarraba el corazon de D. Cárlos, hacia que muchos le tuvieran mas compasion que al mismo herido. Cuando éste falleció, sus amigos asistieron llenos de pena á sus funerales, y arrancaron á su hermano del sitio en que descansan los restos mortales de uno de los oficiales mas distinguidos del ejército del Norte.

Otro de los sucesos que mas se notaron en esa ocasion, fué la fe religiosa de que dieron prueba los veteranos, cuyos incesantes padecimientos infundieron en sus ánimos el saludable deseo de buscar consuelo en las doctrinas del Crucificado. Se les vió entrar en la iglesia, arrodillarse y permanecer muy largo rato orando con fervor. El aspecto de un valiente guerrero, que prosternándose ante los altares del Dios Omnipotente, implora su auxilio, es un hermoso espectáculo, que revela la nada de las grandezas humanas: hay algo de magestuoso y sublime en ver á un hombre, respetado y temido de sus semejantes, conocer su pequeñez, y rezar con devocion y humildad en el templo de su Creador.

La jornada del 30 fué del Cedral á Matehuala, punto en que, como ántes se indicó, se esperaba encontrar un acopio considerable de recursos, y que por ser una poblacion mas grande, debia creerse que daria mejor acogida á la tropa. Esta esperanza no tardó en desvanecerse: el recibimiento fué frio y despreciativo: aquel pueblo indiferente miró las desgracias acaecidas en el ejército, como si se hubiera tratado de hombres estraños y sin vínculos con los habitantes. El golpe que recibieron los que aguardaban el alivio de sus padecimientos, fué mas doloroso, porque les indicaba que no eran apreciados sus inmensos sacrificios.

Las brigadas llegaron tan fatigadas, que se hizo preciso darles dos dias de descanso, pasados los cuales, recibieron la órden de proseguir la retirada hasta San Luis. Antes de su salida, se supieron noticias de México, las que eran demasiado tristes, en razon de que comunicaban el pronunciamiento verificado contra la administracion de Farías. Grande fué el desaliento que produjeron nuevas tan desconsoladoras: los valientes que acababan de combatir con el enemigo estrangero, veian con pesar que no se olvidaban nuestras disensiones intestinas, cuando la invasion amenazaba acabar con todo, á la manera de un incendio que se propaga con rapidez en un bosque espeso y lleno de materias combustibles. La proximidad del peligro que corria Veracruz, daba nuevo pábulo á sus tristes presentimientos. La nacion acometida por el Norte, próxima á serlo por el Oriente, rumbo de fatal agüero, se daba en espectáculo al mundo, empeñando una lucha fratricida en la ciudad hermosa, á cuyas puertas tocaba ya la irrupcion de los americanos.

En Matehuala se verificó un suceso bastante notable: la prision del general Miñon. Es público que en el parte dado sobre la batalla de la Angostura, se le atribuyó la falta de no haber atacado al enemigo, segun se le habia prevenido, culpándolo de que no se hubiera obtenido un triunfo completo. Este antecedente, unido á la protesta de que ántes se hizo mencion, y á varias observaciones que en el curso de la campaña habia hecho Miñon á Santa-Anna sobre sus operaciones, irritaron al último de tal manera, que se resolvió á sujetar á un juicio la conduta del general difamado; lo mandó prender, y lo puso en rigorosa incomunicacion.

El 1.º de Marzo empezaron á salir las tropas de Matehuala, sin que desde ese dia, hasta el 8 que llegaron al Peñasco, ocurriera cosa particular. En las haciendas de la Presa y Solis se manifestaron los primeros síntomas de gratitud: sus dueños asistieron con generosa hospitalidad al ejército, proporcionando tambien alimentos adecuados para los enfermos y heridos. En el tránsito por el Venado se franquearon nuevos recursos con la mejor voluntad.

El 9 comenzaron á verificar las tropas su entrada en San Luis Potosí, en donde recibieron inequívocos testimonios de la pública gratitud. Dicha ciudad, que lo mismo que el Estado entero de que es ca-

pital, diõ repetidas pruebas del patriotismo de sus habitantes, y cuya escelente conducta, imitada de pocos Estados, debe avergonzar á los que no han cumplido con sus deberes: dicha ciudad hizo al ejército un recibimiento triunfal. Los sanluiseños se esmeraron en sus obsequios, sin pararse en esfuerzos de ninguna clase, por servir con cuanto pudieron á los soldados de la Angostura.

Los restos de aquel ejército, que habian visto salir entusiasta y respetable, volvian desalentados y reducidos á un corto número. Las penalidades del camino habian influido en la nueva desorganizacion de las brigadas. Los cuerpos llegaban con muy escasa fuerza, perdido el órden y relajada la disciplina. El estado que se formó de esas tropas desgraciadas, puso de manifiesto la pérdida casi increible del ejército: las bajas que sufriõ de la Angostura á San Luis, ascendieron á 10.500.

Así quedõ reducida á la mitad la fuerza que se habia conducido al combate. Los estragos de la retirada fueron incalculables: los de una completa derrota en el campo de batalla, hubieran sido ménos funestos. El enemigo sacõ todos los frutos de una victoria que habia perdido; y como Voltaire dice de la batalla de Lepanto, que parecia que los turcos la habian ganado, nosotros podrémos decir, que los americanos parece que ganaron la de la Angostura.

Las noticias recibidas de México obligaron al general Santa-Anna á disponer la continuacion de la marcha de parte de la fuerza, á la que solo se dieron cuatro dias de descanso. Pero ántes de que la sigamos en su movimiento, es necesario, para la inteligencia de los sucesos, echar, aunque ligeramente, una mirada retrospectiva sobre los que pasaban en la capital.

Cuando el movimiento nacional del 6 de Diciembre derrocõ la administracion de D. Valentin Canalizo, sumisa pupila de Santa-Anna, éste se retirõ á la Habana, lleno su corazon de sentimiento contra los que habian ocasionado su caida. Entre ellos figuraba D. Manuel Gomez Pedraza, al que declarõ la guerra, reanimándose la enemistad que se profesaban hacia tiempo. Vuelto á la República, no cuidõ al principio de terminar esta desagradable diferencia: solamente algun tiempo despues, personas inteligentes lo convencieron de que convenia á su política mudar de plan y contraer nuevas relaciones de

amistad con el hombre que tanto habia odiado. Resuelto, pues, á seguir tales consejos, procuró lograr una reconciliacion con Pedraza, y mandó desde San Luis á México, ántes de salir al encuentro del enemigo, al general D. Ignacio Basadre, quien traia varios encargos; pero cuya venida tenia por objeto primordial ponerse de acuerdo con Pedraza sobre la marcha futura de la política. El agente desempeñó con el mejor éxito su comision: Santa-Anna se adhirió al partido moderado, ofreciendo obrar de consuno con sus prohombres y renunciar el poder, para no pensar mas que en hacer la guerra á los americanos.

En este estado se hallaban las negociaciones, cuando recibió la noticia del pronunciamiento llamado de los Polkos. La primera idea que le ocurrió fué, que los caudillos de los moderados habian obrado con doblez para alucinarlo, y que valiéndose de la ocasion, habian efectuado un levantamiento en su contra. Santa-Anna no olvidaba el desengaño de 844: su caida en esa época era su pesadilla; así es que, creyó que el nuevo pronunciamiento era otro 6 de Diciembre. Con esta conviccion errónea, no pensó mas que en sostener la administracion de Farías; por lo que dispuso la marcha de las dos brigadas, que se destinaron luego infructuosamente para auxiliar á Veracruz, que pelearon en Cerro-gordo, pero cuyo primer destino habia sido el de ir á batir á los polkos. Llamado á México Santa-Anna, determinó presentarse en la capital, apoyado en la fuerza que desprendia del ejército del Norte.

Antes de dejar á San Luis, hizo una nueva refundicion de cuerpos, que contribuyera á restablecer el órden y vigorizar á los soldados. Dejó al general D. Ignacio Mora y Villamil en su lugar, encomendándole el mando en gefe del ejército. Llenó por despedida de insultos y ultrages á los generales y gefes que ántes habia elogiado: los llamó descuidados é ineptos, y se separó de su lado, sin dejarles otra memoria suya que esa odiosa reconvencion.

En San Miguel el Grande se le presentó el diputado D. Juan Othon, enviado por el partido puro para decidirlo contra la revolucion. Predispuesto su ánimo en contra de ella, no fué dificil la empresa: se confirmó en su idea de favorecer al gobierno, interviniendo á mano armada en la cuestion. Envió por delante á su ayudante el teniente

coronel Cadena, para que fuera á México á anunciar su llegada y orientarse sobre las verdaderas miras de los contendientes. Le encomendó muy particularmente que entregara á Lémus una carta en que le instaba á que se defendiera á todo trance, porque partidario entónces acérrimo de los puros, era un jacobino de gorro colorado.

No queriendo ir mandando las brigadas en persona, puso á su cabeza al general D. Ciriaco Vázquez, y se adelantó con sus ayudantes.

Las tropas, que tenian órden de caminar á marchas dobles, tomaron por Santa María del Rio, tardando solamente cinco dias en llegar á Querétaro.

En el pueblo de Santa Rosa, á cuatro leguas de esta ciudad, se presentó una comision de los diputados moderados, compuesta de D. Ramon Pacheco y D. Eugenio María Aguirre. Su venida tenia por objeto catequizar á Santa-Anna, influyendo para que se resolviera á patrocinar el pronunciamiento. Las razones de los comisionados algo influyeron en su ánimo, prevenido de antemano por un papel que le mandó Pedraza, en que se indicaba el sesgo dado á la revolucion: así es que comenzó á vacilar, y varió enteramente de conducta con Othon, á quien habia ántes colmado de miramientos. Hasta allí lo habia llevado en su coche; despues le hizo continuar el viaje á caballo.—El cuartel general llegó á Querétaro. El recibimiento que se hizo al general Santa-Anna, fué tan espléndido como el de San Luis Potosí. Los queretanos dieron muestras del mayor entusiasmo, solemnizando con el mas vivo júbilo la entrada á su capital, del gefe que acababa de pelear intrépidamente con el enemigo. Aquel dia fué de fiesta para toda la poblacion: en la noche hubo fuegos: se sirvió al general un suntuoso banquete, compitiendo á porfia todas las autoridades y los vecinos en agasajar á los que lo acompañaban.

Santa-Anna se encontró con que lo esperaba ya en Querétaro otra comision de los polkos, formada del general Salas, el Lic. D. Guadalupe Covarrubias y su hermano el Dr. D. José. Admitidos á una conferencia particular, hicieron presente el nuevo giro que habia tomado el pronunciamiento, el estado que guardaba, y los elementos que lo favorecian. Sus esplicaciones acabaron de decidir en su fa-

vor al general presidente, en lo que no tuvo poca parte la seguridad que le dieron de que nada se tramaba en su contra, y que ántes bien se le reconocia como primer magistrado de la República, y se le esperaba para el desenlace de la cuestion. Desde ese momento entró en el plan de los pronunciados, á cuyos enviados trató con la mas alta distincion, sin contrariar por eso al gobierno.

De Querétaro salió para San Juan del Rio. Los habitantes de esa ciudad, que siempre le han profesado una estimacion singular, lo recibieron tambien entre vivas y aplausos, festejando de todas maneras su llegada. No se detuvo allí mas que un dia: el siguiente salió para la Goleta, en cuyo punto durmió. La otra jornada se hizo á San Sebastian, hacienda de los Sres. Mossos.

No era su intencion detenerse en ella, sino seguir para México, á donde le interesaba llegar cuanto ántes; pero no faltó quien le infundiera temores del peligro á que se esponia, con ir sin tropa á una ciudad en que mas que nunca se notaba la efervescencia de los partidos. Por las observaciones que se le hicieron, juzgó imprudente intervenir sin apoyo de alguna fuerza en una cuestion que se agitaba con las armas en la mano. Determinó, pues, no moverse de San Sebastian, hasta que llegaran los húsares, á los que mandó venir apresuradamente.

Luego que llegaron, se puso de nuevo en camino para la villa de Guadalupe. Su estancia en ella le presentaba la ventaja de encontrarse muy cerca de la capital, sin correr peligro, y en disposicion de poner témino á la contienda. No entra en el plan de este artículo descender al pormenor de los sucesos de entónces, ni referir el modo con que se restableció en México la tranquilidad. Solamente dirémos, que el dia siguiente al de su llegada, despues del Te–Deum que se cantó en accion de gracias al Omnipotente por el triunfo de nuestras armas, recibió el Sr. Santa–Anna las visitas de las personas mas caracterizadas de ámbos partidos, que procuraban aun atraerlo al suyo respectivo: que en la noche prestó ante una comision del congreso, el juramento que se formuló, y entró al ejercicio del poder: que polkos y puros depusieron las armas, cesando el estado de alarma en que la ciudad habia permanecido tantos dias, y que Santa–Anna entró á México con su estado mayor y los húsares.

Al atravesar las calles de la capital, la parte de los soldados de la Angostura que entraron con Santa-Anna, recibió un triste desengaño. La buena acogida que habian tenido en todas partes desde San Luis, les hacia esperar que en México no se les recibiera con indiferencia. Sin embargo, ningun testimonio de afecto vino á ensanchar su corazon: verificaron su entrada, sin que los habitantes les manifestaran estimacion ó afecto; tal vez su frialdad la ocasionaba el malestar general que habia originado una revolucion prolongada; pero sea como fuere, las tropas estrañaron que ni un viva, ni un agasajo sirviera de recompensa á sus multiplicados afanes.

Pronto aumentó su disgusto el espectáculo del entusiasmo que las familias mas principales de México manifestaban por los cuerpos de polkos, que acababan de derribar por las vias de hecho, una administracion desprestigiada y funesta, pero sin disputa legal. Al pasar para la guardia de Palacio las compañías de Hidalgo, Victoria, Independencia y Bravos, las señoras mas distinguidas, las jóvenes mas bellas, arrojaban coronas de laurel y rosa, y derramaban flores sobre los soldados. Un distintivo, otorgado por una mano grata, por la mano de la hermosura, recompensaba el poco envidiable honor de haber tomado parte en una lucha intestina en momentos bien aciagos, al paso que ni una corona, ni una flor, se habian destinado para los que venian de batirse por la mas santa de las causas, con un enemigo estrangero.

La Guardia Nacional del Distrito federal dió un ejemplo funesto, pronunciándose contra las instituciones, entrando en una sublevacion cuyo objeto ignoraban muchos de los que la sostuvieron, y defendiendo un plan, que despues se varió y fué mas racional, pero en que al principio estaba muy marcado el dedo de los partidos monarquista y clerical. Para honor suyo, por fortuna de la República, como prueba evidente de la escelencia de la institucion, la Guardia Nacional del Distrito, en los dias de tribulacion para México, en esos dias en que Dios derramó toda su ira sobre sus infelices habitantes, se presentó grande, decidida y heróica: su conducta en la campaña, la intrepidez de que dió ejemplo enfrente de los americanos, borráron, sin que quedara vestigio, la mancha que habia echado sobre su bandera, y el recuerdo de su falta solo se conserva, unido al de su gloriosa repara-

cion. Los buenos patricios que la componian, deben avergonzarse hoy del trofeo indebido, que no vacilarémos en llamar la prostitucion de las coronas. Ellas hubieran sido un premio concedido al verdadero mérito, ciñendo las sienes de los defensores de Churubusco, de los combatientes del Molino del Rey; ellas no eran mas que una parodia ridícula en las frentes de los pronunciados de la Profesa, de la casa de Iturbide y del hospital de Terceros.

Mientras en México pasaban estos sucesos, desembarcaba cerca de Veracruz un ejército americano á las órdenes del general Winfield Scott, nombrado en gefe de todas las fuerzas de los Estados-Unidos, y atacaba la plaza, que tuvo que sucumbir. La necesidad de poner un dique á la invasion que amenazaba por el Oriente, habia llegado á ser urgentísima: por una falta indispensable no se habia fortificado uno solo de los muchos puntos del camino de Veracruz á México, en que una division reducida puede hacer una enérgica defensa: no se habia dispuesto, sino muy tardía é ineficazmente, que fuera alguna tropa á detener los avances del enemigo. Al ver aquella imprevision de la administracion que acababa de caer, se hubiera creido que contábamos todavía con años enteros para prepararnos á repeler la invasion que estaba encima de nuestras cabezas.

El general Santa-Anna, con una actividad digna de elogio, organizó el refuerzo que debia marchar al encuentro de los americanos: dispuso su salida de la capital, y dió órden para que las dos brigadas que venian de San Luis, sin entrar en México, cortaran por Zumpango para el camino de Veracruz. De esa suerte se privó á aquellos sufridos soldados del placer de estar un momento con sus familias, que tenian los mas en la capital: se les habia halagado con la esperanza de que entrarian en ella, y esto hacia mas penosa la órden que los alejaba. Habian llegado á muy corta distancia de México; les faltaban horas de camino para divisar las hermosas cúpulas de sus torres, cuando se les mandó seguir otra direccion, aplicándoles una especie de castigo muy parecido al que la ingeniosa mitología nos refiere que se impuso á Tántalo. Con todo, no hubo quien no se resignara con este nuevo infortunio, consintiendo en separarse de cuanto les era mas caro, para ir de nuevo á batallar con el ejército invasor.

No será inoportuno en este lugar poner la fuerza de que se compo-

nian. La brigada del general D. Ciriaco Vazquez se formó de los cuatro cuerpos ligeros y de la artillería volante: la del general D. Pedro Ampudia, del 3.º, 4.º, 5.º y 11.º de línea; y la de caballería del general Juvera, de los regimientos 5.º, 9.º, Morelia y Coraceros. La infantería constaba de 4.000 hombres; la caballería, de 1,500; la artillería, de 150; siendo por consiguiente el total de 5.650.

Indicarémos aquí tambien el derrotero que siguieron desde Querétaro, que fué el siguiente: á San Juan del Rio, Arroyozarco, Tula, Huehuetoca, Zumpango, San Juan Teotihuacan, Otumba, Apan, Haucatepec, Huamantla, Vireyes, Tepeyahualco, Perote, Jalapa y Cerro-Gordo.

Al llegar á Apan, seguia á la division un gran número de cansados con llagas en los piés y sin poder pasar adelante, por lo que se dispuso que continuaran la marcha esos infelices, unos en burros y otros en los carros que salieron de la capital, en su auxilio, y que los alcanzaron en el punto citado.

Los aprestos de la campaña continuaban: salian tropas de México y Puebla para reforzar las que iban en camino: se apresuraban las marchas de las brigadas; porque se conocia la dificultad de anticiparse al enemigo, y de aprovechar uno de los puntos en que la naturaleza presentara medios ventajosos de defensa: los del arte casi se juzgaban imposibles, en razon de que no se habian intentado cuando era fácil, y no se creia contar con el tiempo que dió el general Scott, deteniéndose algunos dias en Veracruz. El viérnes santo, dia 2 de Abril, salió el presidente de México con el cuartel general: el poder ejecutivo quedaba interinamente depositado en el Sr. D. Pedro María Anaya, nombrado por mayoría de sufragios en el congreso nacional.

El general en gefe se despidió de los mexicanos en una proclama, que daba por segura la victoria de nuestras armas, y concluia con una fuerte diatriva contra Veracruz, por la mancha que, se decia, su rendicion habia echado sobre su nombre. Semejante calificacion debe llamarse injusta. Veracruz no habia abierto sus puertas al invasor; Veracruz, abandonada á sus propios recursos, se habia defendido; Veracruz habia visto sus casas y templos arruinados, sus familias fugitivas y errantes, sus hijos muertos; Veracruz, en fin, no ha-

bia sucumbido sino cuando el sistema de ataque de los americanos probó claramente que sufriria los mayores estragos y una mortandad espantosa, sin poder dañar al enemigo, que desde una distancia fuera del alcance de nuestros tiros, arrojaba sobre la ciudad una lluvia de toda clase de proyectiles. Santa–Anna hubiera podido desear una defensa mas obstinada; pero no habia justicia para llamar manchada una conducta noble.

Para esperar al ejército invasor, se escogió definitivamente la posicion de Cerro–Gordo, adelante de Jalapa; famosa en tiempo de la insurreccion, y mirada por hombres científicos como un punto escelente para hacer la mas esclarecida defensa. A este sitio, como acabamos de ver, llegaron las brigadas del Norte, que habian caminado precipitadamente.

Y pues las tenemos ya en el término de su correría, aunque no en el de sus fatigas ni en el de sus peligros, detengámonos un instante á considerar en su conjunto las penalidades y trabajos que hemos visto en particular. Las tropas de que hablamos habian andado de San Luis á la Angostura 106 leguas; otras tantas de la Angostura á San Luis á la vuelta de la espedicion; 190 de San Luis á Cerro–Gordo, es decir, 402 por todas. Las marchas habian sido pesadísimas, las jornadas largas; se habia padecido hambre, sed, frio, viento, enfermedades, peste y miserias: se habia atravesado dos veces el desierto: en dos meses y medio no habia habido descanso; y en esa larga cadena de padecimientos, el primer eslabon era una batalla sangrienta en el Norte; el último fué una derrota desastrosa en el Oriente.



CAPITULO VIII.



POLKOS Y PUROS.

Fuerza es obligar á nuestra pluma á describir, no solo las desgracias de la guerra nacional, sino tambien los escándalos de la discordia civil, siendo en este capítulo tan verídicos como sea posible, y tan severos como exige la narracion de un escándalo que juzgamos no se volverá á repetir.

En otro capítulo hemos dicho cómo la gente acomodada, movida acaso por el instinto de su propia conservacion, se armó para contraponerse á la chusma en quien el gobierno de D. Valentin Gomez Farías depositaba las armas; chusma propiamente así llamada, pues ni era la tropa de línea sistemada conforme á la rigorosa Ordenanza española, ni era la Guardia Nacional compuesta de ciudadanos inteligentes, laboriosos y honrados. Ahora verémos cómo estos ciudadanos, que tanto habian servido en la capital, faltaron á su deber y perdieron, por aquel momento al ménos, todo el derecho que habian adquirido á la gratitud nacional. Hasta Churubusco y el Molino del Rey no lavaron la fea mancha que empañaba su patriotismo y su tersa reputacion como guardias nacionales.

Ya hemos dicho que desde que el congreso nombró presidente de la República al general Santa-Anna y vice-presidente á D. Valentin Gomez Farías, el disgusto fué casi universal, esceptuando, como es

fácil concebir, á los partidarios de ámbos personajes. El clero estaba lleno de terror por las medidas que la administracion podria dictar con respecto á sus riquezas, y el partido moderado hacia la oposicion, favoreciendo, como sucede en casos semejantes, las aspiraciones de los descontentos, aun cuando no fuesen absolutamente conformes con sus ideas. En obsequio de la verdad debemos decir, que el nombramiento del general Santa–Anna no fué tan mal recibido; y como por otra parte, estaba en San Luis enteramente preocupado con la reorganizacion del ejército, la oposicion dirigia sus tiros mas inmediatamente contra la administracion del vice–presidente.

A los pocos dias de instalado el nuevo gobierno, se comenzó á agitar en el congreso la cuestion de manos muertas. El partido puro, unido con el ejecutivo, hizo esfuerzos verdaderamente prodigiosos para aniquilar de raiz el poder del clero, zapándolo en sus fundamentos, es decir, en su riqueza. El partido moderado, cuyo estandarte llevaba D. Mariano Otero en las cámaras, se convirtió en el apoyo del clero, y contrarió los esfuerzos del partido puro con todas la armas parlamentarias de que pudo usar, sin omitir todas aquellas moratorias y chicanas á que se presta el reglamento.

La ley salió por fin; pero no fué la ley franca y terminante de abolir los fueros y de declarar los bienes de manos muertas propiedad de la República, sino una providencia arrancada á la cámara por la mayoría de un partido, y en la cual se echaban de ver á mucha distancia, las concesiones que habia tenido que hacer esa misma mayoría á sus formidables y tenaces opositores. En compendio, se decretó la ocupacion de las rentas eclesiásticas, conminando á los inquilinos con crecidas multas, si no entregaban á los perceptores civiles los arrendamientos que ántes enteraban á los mayordomos y frailes.

Cuando las armas parlamentarias del partido moderado no pudieron servir de nada en tan reñida pelea, el clero apeló á los rayos que la Iglesia tiene reservados para los casos estremos. Se fulminaron excomuniones; se publicaron escritos amenazantes y conminatorios con penas en la otra vida, por el delito de poner la mano en este mundo sobre un dinero que el clero disfruta y gasta, y que segun él, no pertenece mas que á Dios; se aventuró uno que otro eclesiástico algo en el púlpito, y se comenzó tambien á minar secretamente por los

adictos al clero, para formar una conspiracion que derrocase al gobierno; y en esto se hallaban tambien de acuerdo los afectos al partido monarquista.

El oficial mayor de hacienda, Huici, rehusó firmar la ley; y habiendo sido invitadas varias personas para hacerse cargo del ministerio con esa misma y por cierto amarga condicion, lo rehusaron, hasta que se encontró al Lic. D. Antonio Horta, que tomó posesion del empleo de oficial mayor, y se encargó del despacho interino del ministerio de hacienda, llenando perfectamente los deseos del Sr. Farías.—Tambien se nombró en esos dias gobernador del Distrito al jóven D. Juan José Baz, porque el que obtenia este encargo se resistió á publicar el bando. Cualesquiera que sean las aberraciones ó errores en materias políticas de los hombres, siempre es de notar, que en circunstancias dificiles los ancianos egoistas se retiran, y salen los jóvenes á arrostrar los inconvenientes, sin tener en nada ni el presente ni el porvenir.

El general Santa-Anna escribia que deseaba que se le mandaran recursos para su ejército, y nada mas: que en las demas cuestiones, y particularmente en la que tocaba al clero, no trataba de ingerirse, y se limitaba solo á recomendar que no se tocara á los canónigos, ni á la Colegiata de Guadalupe, pues por los unos tenia grande amistad, y por la Vírgen gran devocion. Los canónigos se han portado con el general Santa-Anna con la mas negra ingratitud: en cuanto á la Vírgen, los piadosos creyentes juzgan que lo ha protejido visiblemente, puesto que despues de tantas aventuras y campañas, se halla sano y salvo en Jamaica gozando de la mejor salud.

El ejecutivo, fijo en su idea de destruir á las manos muertas, proseguia dictando medidas para la ejecucion de la ley, que encontraba en verdad mucha resistencia de parte de los inquilinos, y particularmente si pertenecian al sexo femenino, que en lo general no queria ni tratar con los que llamaba excomulgados.

Fuerza es dar una ligera idea de los elementos que constituian entónces la fuerza del ejecutivo, y de los que formaban la oposicion, para demostrar, que aglomerados muchos de discordia, la guerra civil deberia forzosamente estallar.

D. Valentin Gomez Farías era en México el gefe del ejecutivo. Este personage ha logrado tener la aceptacion de una parte del pue-

blo bajo, á la vez que otra parte de ese mismo pueblo lo detesta. Los frailes le temen, las ancianas lo creen mas herege que Lutero, y la clase acomodada de la sociedad jamas se puede acomodar á su gobierno: así es que, cuando ha tenido la desgracia de subir al poder, ha durado muy poco tiempo, y ha salido de él para ocultarse durante muchos meses en un escondite.

El apoyo que tenia la administracion estribaba en el comandante general D. Pedro Lemus, hombre honrado en el cumplimiento de sus deberes militares, y en parte de los diputados. La fuerza física consistia en algunos cuerpos de Guardia Nacional mal equipados, mal armados y sin ningun órden ni disciplina.

Estos eran los elementos visibles del mal estado político de la época; pero los secretos eran aun mas poderosos, y mencionarémos solo aquellos cuya revelacion nos es posible. El general Basadre, que habia venido de San Luis, se entendia perfectamente con el partido moderado. D. Manuel Gomez Pedraza tenia una frecuente correspondencia, no solo reducida á los asuntos de la política interior, sino aun tambien respecto de las operaciones contra los americanos. Si Santa-Anna obraba con sinceridad, si adoptaba en todo ó en parte las indicaciones de Pedraza, son puntos sobre los que no se podria juzgar con acierto sin poseer la correspondencia de ámbos personages; pero el hecho es que las tendencias de Santa-Anna eran entónces las de unirse al partido moderado; y si hubiera tenido energía para deshacerse de ciertos hombres, que han especulado con su amistad y con su poder, acaso habria perpetuado su gobierno y hecho la felicidad de la nacion.

El clero, amenazado inminentemente, buscó el apoyo del partido de la oposicion, y á su vez procuró ayudarlo; y la Guardia Nacional llamada de los Polkos, y que en la realidad se componia de la gente acomodada de la ciudad, resolvió no dejarse arrebatar las armas de las manos. El gobierno tuvo la imprudencia de intentar este paso que aceleró su caida. Habia mas, la mayoría del congreso estaba ya casi convenida en arrancar el gobierno de las manos de D. Valentin, y solo se habia detenido este suceso algunos dias por no haberse acordado la forma en que deberia ejecutarse. ¡Hé aquí cómo las mas veces los corifeos

de un partido se ven abandonados aun de sus mismos partidarios y amigos, y entregados á su propia suerte!

Tal era el triste y fatal estado que guardaba la política interior del pais. El general Santa-Anna, como hemos dicho, se habia dirigido con el ejército de San Luis á la frontera donde se hallaba el general Taylor con tropas, si no muy numerosas, al ménos bastante engreidas con los triunfos que ya hemos tenido el dolor de referir. Veracruz, á consecuencia del cambio de la base de operaciones, se hallaba amagado de una formidable invasion, preparada de antemano en los puertos de Nueva-York y Nueva-Orleans, y que el gabinete de Washington confió á uno de sus militares mas antiguos y mas esperimentados, al mayor general Winfield Scott. El general Santa-Anna escribia pidiendo recursos: los veracruzanos, dispuestos á resistir, demandaban ansiosos tambien auxilios de dinero y de hombres; y el gobierno sin estos recursos, sin crédito para adquirirlos, sin plan ninguno en sus operaciones para prevenir tantos y tan inmediatos peligros, se ocupaba, como hemos visto, de sostener la lucha que habia establecido entre las clases poderosas de la capital, y la parte del pueblo que llamaba democracia. Ya se concibe que los enemigos estrangeros no podian haber escogido oportunidad mas propia para continuar la série no interrumpida de triunfos que preparaban á sus armas nuestras discordias, nuestros desaciertos, ó mejor dicho, ese vértigo que no nos abandonaba ni aun en las horas supremas de la agonía de la patria. No podemos ménos de creer, que tal confusion en el órden administrativo, era una sentencia inevitable de la Providencia Divina, y que el pasage de la Escritura, que menciona la confusion de los altivos y orgullosos pueblos que elevaban la torre de Babel, se repetia en México el año de 1846.

Entre estos intereses opuestos existia un poder regulador. Triste cosa es decirlo; pero este poder regulador era el general D. Joaquin Rangel, el mismo que habia atacado á mano armada en el palacio nacional al primer magistrado de la República. El general Rangel tenia á sus órdenes la Ciudadela, con su artillería y un hermoso batallon de granaderos, que á grandes costos y con inmensos sacrificios se habia levantado, armado y equipado, á pesar de la inopia de las arcas nacionales. Por insignificantes que parezcan un solo batallon de

línea y unas cuantas piezas de artillería, formaban un peso no despreciable en la balanza donde debia valuarse la fuerza física que existia en la capital. Farías temia á Rangel, y procuraba por esta causa halagarlo y complacerlo hasta un grado infinito. Los descontentos desconfiaban de aquel y lo aborrecian; pero deseaban contar con su apoyo y cooperacion. Así, este gefe, que estaba penetrado de la brillante posicion en que lo habia colocado la casualidad, adquirió tal preponderancia, que llegó á persuadirse que seria el árbitro de los destinos de la nacion.

Invariable el gobierno, como hemos asentado, en la idea de destruir á los cuerpos de Guardia Nacional, llamados Polkos, imaginó, ya que de pronto no era posible arrancarles las armas de las manos, hacerlos salir con direccion á Veracruz, y en efecto se les comunicó la órden respectiva. Uno de los primeros que debian marchar era el de Independencia, siguiéndole sucesivamente Bravos, Victoria, Mina é Hidalgo. La conmocion que se esparció en la ciudad, fué grande con esta órden, y todos no veian en esta medida mas que la venganza del partido dominante: todos tambien esperaban ver de un momento á otro abortar la revolucion, que en secreto habia tenido ya algunas combinaciones, y estaba designado el individuo que debia ponerse á la cabeza.

El regimiento de Independencia, que constaba de mas de mil plazas, estaba situado en la Universidad. Era el coronel de este cuerpo, D. Pedro María Anaya; teniente coronel, D. Vicente García Torres, y capitanes, entre otros, el Lic. Castañeda y Nájera, D. José María Lafragua, D. Mariano Otero, D. Joaquin Navarro, y D. José María Revilla y Pedreguera.

La tarde del dia 22 de Febrero de 1847 se comenzó á reunir el cuerpo, y encontraron sus individuos que el cuartel estaba ocupado por una fuerza de la Guardia Nacional que pertenecia á los puros, y que impedia que salieran los que una vez habian entrado, despojándolos de sus armas. Pronto se difundió la noticia de este suceso en la ciudad. Los soldados de Independencia comenzaron á reunirse en el antiguo Coliseo, los nacionales de otros cuerpos acudieron á sus cuarteles, y la ciudad se puso en movimiento. D. Pedro María Anaya tuvo una esplicacion en estos momentos con D. Valentin

Gomez Farías, y resultó de esto, que todo el regimiento se trasladara de la Universidad hasta el Hospital de Terceros, donde deberia permanecer acuartelado hasta su salida de la capital. Esta traslacion fué un verdadero pronunciamiento. Desde la salida de la Universidad hasta su llegada al Hospital de Terceros, fué el regimiento acompañado de una multitud de gentes, y todos gritando: "Mueran los puros; muera D. Valentin Gomez Farías." La hora final del gobierno habia sonado.

Cosa de las nueve de la noche la fermentacion que habia en el cuartel de Independencia era estraordinaria. García Torres, con un jorongo y un par de pistolas en el cinto, escitaba á los soldados para que de una vez se verificara el pronunciamiento. D. Joaquin Navarro disputaba y proclamaba que era una infamia ejecutar tal cosa. En fin, era una confusion, un vocerío y un desórden difícil de describir. Lo mas original es, que este cuerpo, se puede decir ya sublevado, no contaba ni con una exacta combinacion con los otros, ni tenia ningun parque. Si esa noche el gobierno hubiese obrado con energía y actividad, habrian bastado quinientos hombres y un par de piezas de artillería para sofocar la revolucion; pero D. Valentin, ó demasiado confiado en su popularidad, que él juzgaba inmensa, ó aturdido con la complicacion de tantos sucesos, no dió ningun paso activo, y se limitó á tomar algunas precauciones en el Palacio. Igual cosa puede decirse de los descontentos. Si ellos hubieran meditado y combinado su plan, y procurado asegurarse del Palacio, el triunfo habria sido pronto y seguro.

Durante el discurso de la noche se reunieron algunos nacionales en los cuarteles de Victoria, Mina, Bravos é Hidalgo; apareció D. Matías Peña en una casa del rumbo de San Hipólito; D. Lúcas Balderas, en su cuartel de San Diego; D. Manuel Payno, mayor del batallon de Bravos, en el punto de San Fernando; los mayordomos de los conventos, que eran oficiales del batallon de Zapadores, en el de San Hipólito. Se tomaron algunas alturas, se sorprendió á la guardia de la Acordada; y al toque de diana, el repique á vuelo de las campanas de las iglesias de los rumbos indicados, anuncia que una parte de la Guardia Nacional habia, por fin, inconsiderada é inmaturamente saltado la barrera que prescribia la prudencia y los sa-

grados deberes que exigia la patria, inundada casi por todas partes de enemigos estrangeros. Sea como fuere, el movimiento tuvo la aceptacion general en México, porque el gobierno de Farías era ya para muchas personas de todo punto intolerable.

Los agentes de la revolucion habian asegurado que tenian de su parte á Rangel, á Noriega, que mandaba el 6.º regimiento de infantería de línea, y á la artillería, y que con estas fuerzas, que contaban como apoyo radical, y con el auxilio de los cuerpos de Guardia Nacional que ellos juzgaban insignificante, la revolucion, cuyo único objeto era separar á D. Valentin Gomez Farías del ejecutivo, duraria pocas horas. Engaño vil, con el cual comprometieron á multitud de personas que entraron de la mejor buena fe en este movimiento, y que no se separaron despues por un sentimiento muy natural de pundonor.

Todo el dia 27 de Febrero se pasó en preparativos. Los sublevados establecieron su línea, que comenzaba en San Cosme, y terminaba en la Profesa: el gobierno se dispuso á resistir, y formó tambien su línea de defensa, que comenzaba en la Diputacion y casas de las Escalerillas, y seguia apoyada en las torres y edificios fuertes hasta Regina y San Pablo, rodeando por las calles del Salto del Agua, para terminar en la Ciudadela, donde Rangel se mantenia indeciso, pero con todos los preparativos necesarios para atacar ó defenderse. Ambos partidos comenzaron á levantar sus trincheras y fortificaciones, y la mitad de la ciudad se preparó para luchar con la otra mitad, miéntras el ejército caminaba por remotos desiertos en busca del enemigo, y los veracruzanos esperaban de un momento á otro ver aparecer en el horizonte las velas de las naves enemigas.

La noche del 27 miéntras en la cámara se discutia una ley de amnistía para los pronunciados, una avanzada del Palacio se acercó á situar una pieza en la calle de las Escalerillas: el fuego se rompió con los del batallon Victoria, y duró bastante vivo hasta cosa de las diez de la noche.

Veamos las fuerzas beligerantes y su número.—Batallon de Bravos, en San Cosme y San Fernando, 300 hombres.—Batallon de Zapadores, en San Hipólito, 400.—Batallon de artillería de Mina, en San Diego, 500; la mayor parte desarmados.—Batallon de Independencia,

en el Hospital de Terceros, 800 armados.—Batallon Victoria, en la Profesa, 600.—Batallon Hidalgo, en la casa de Iturbide, 500 armados. —Caballería de línea, cosa de 150.—Total, 3,250 hombres, y realmente y con poca diferencia este número compondria el total de lo que llamaban polkos.—Ni una sola pieza de artillería.

Las fuerzas de la parte del gobierno consistian en 1,000 hombres del batallon de Granaderos de línea; 1,000 del batallon Libertad, que mandaba D. Fermin Gomez Farías; cosa de otros 1,000 guardias nacionales de los batallones Artillería de Guerrero, Galeana, Verduzco, Matamoros, &c.; cosa de 300 hombres de caballería de línea, y unas 22 piezas de diversos calibres.

Las cosas, pues, no se presentaban tan sencillas para los polkos como se creyó al principio.

En cuanto al plan del pronunciamiento, se habia fraguado con mucha reserva, y al dia siguiente de haberse roto los fuegos, circulaba solamente en algunos puntos con tanta economía y misterio, como si se tratara de un secreto. Era un plan absurdo, de multitud de artículos, que destruia la forma de gobierno establecida en Agosto; que no halagaba de ninguna manera la opinion de los Estados, y que solo tendia de una manera directa á garantizar los bienes del clero y á hacer que de nuevo dominaran las ideas monárquicas de la administracion del general Paredes. Este plan, lo mismo que la combinacion secreta para que el general D. Matías Peña se pusiera á la cabeza del movimiento, se aseguró que era obra de Pedraza, por unas personas; otras aun insisten en que fué abortado en los conciliábulos muy secretos del clero y sus adictos, y que el autor verdadero del plan fué D. José Guadalupe Covarrubias. Lo que nosotros podemos asegurar es, que D. Manuel Gomez Pedraza negó positivamente que el plan fuese suyo, y aun añadió (en una casa de la calle de Santa Clara, donde asistió el dia mismo que estalló la revolucion) que ese mismo plan se le habia presentado por una persona y lo habia reprobado; que él habia hecho esfuerzos por contener la revolucion, pero que una vez que ya las cosas no tenian remedio, debia dársele la mejor direccion posible, reduciendo el plan únicamente á dos puntos: desconocer á D. Valentin Gomez Farías, y negociar en las cámaras la derogacion de la ley de manos muertas.

La prensa que habia luchado por derrocar á Paredes, que habia sostenido al principio la revolucion de Agosto, y que habia contrariado á la administracion de Farías, no recibió, en lo general, con desagrado el pronunciamiento. El Monitor tomó acaloradamente la defensa de los polkos; en el Republicano hubo editoriales en diversos sentidos, y D. Simplicio condenó decididamente hasta el último momento el movimiento á mano armada.

Mas volviendo al plan monstruoso, y cuyo autor, sea quien fuere, debe merecer un severo reproche, fué realmente una manzana de discordia en la línea de los pronunciados, porque muchos de ellos, republicanos sinceros, juzgaron que habian sido víctimas de una traicion dirigida por el clero y sus agentes, con el único y esclusivo fin de salvar sus bienes, comprometiendo la opinion y la vida de muchos jóvenes, y llenando de consternacion á sus familias y á toda la inocente poblacion de la capital.

En cuanto al gobierno, aunque sin todos los elementos necesarios para sofocar la revolucion, tenia los bastantes para no dejarse dominar. El plan de que hemos hablado, le dió nuevo apoyo, pues muchos que hubieran auxiliado la revolucion, ó al ménos permanecido neutrales, se decidieron por la causa del gobierno. Los principales corifeos del partido moderado se ocultaron, y otros, en las juntas que tenian los diputados cumplidos en la Academia de San Cárlos, condenaban á los mismos á quienes directa ó indirectamente habian azuzado, y cuando mucho afectaban tenerles lástima y otorgarles su perdon. Los polkos, pues, llenos de disgusto en su mayor parte, estaban entregados á la merced de los mayordomos de monjas y de otros personages místicos de esa naturaleza, que insistian en que de ninguna suerte se variara el plan; que dominaban enteramente al general Peña, y que llevaron su desprecio hasta el grado de señalar dos pesos diarios á los gefes de Guardia Nacional; vergonzosa y mezquina remuneracion que la mayor parte de ellos rehusaron.

Todas estas noticias, que eran comunicadas por traidores que nunca faltan en todos los partidos, alentaban el orgullo de D. Valentin Gomez Farías, sostenido con la tenacidad y saña de varios puros, cuyos deseos vehementes eran aniquilar á los que llamaban polkos,

porque, es menester decirlo, pocas revoluciones han comenzado con tan profundo odio como la de que nos ocupamos en este artículo.

El partido Santanista detestaba en el fondo de su alma á D. Valentin Gomez Farías: creia que su gobierno era incapaz de enviar ninguna clase de socorros al ejército; pero demasiado cuerdo para comprometerse decididamente sin órden espresa de su gefe, habia estado haciendo concebir esperanzas á los descontentos y prometiendo indirectamente apoyo al gobierno. Una vez rotas las hostilidades, y persuadidos, por el plan, de que los caudillos de la revolucion despreciaban al general Santa-Anna y pretendian abandonarlo á su suerte en manos de Taylor, se decidieron por D. Valentin; lo cercaron, lo apoyaron, afirmaron á Rangel en sus convicciones, y se unieron con los puros para aniquilar completamente á los que llamaban polkos.

El coronel Noriega mandaba, como se ha espresado, el 6.º regimiento de infantería de línea, que constaba de cosa de 700 hombres, aunque no todos armados, y que solo habian estado detenidos en México por falta de recursos con que poder marchar á Veracruz. Este regimiento estaba situado en el convento de San Agustin. Antes de que estallara la revolucion, los agentes de ella que pretendian estar en los secretos, aseguraban que Noriega se pronunciaria; pero esto no se verificó, sino que este gefe escogió otro medio mas ventajoso para él, y fué permanecer en el corazon del movimiento, perfectamente neutral. Los polkos lo consideraban, porque si se hubiera decidido por el gobierno, desde luego ocupando un edificio fuerte y dominante, habria hecho grande perjuicio á los del cuartel de Victoria, y el gobierno, aunque indignado de una conducta verdaderamente singular, cuidaba de mandarle diariamente el haber de su tropa, porque ya se concibe que decidido Noriega por los polkos, habria hecho inclinar la balanza en su favor. Todo México y las personas de ámbos partidos, criticaron amargamente la neutralidad de Noriega, y el mismo general Santa-Anna, cuando la supo, se llenó de indignacion.

El Lic. Sierra y Rosso y el general Vizcayno no vacilaron en decidirse por el gobierno, prefiriendo la direccion del gabinete á las operaciones militares. Vizcayno desempeñaba el ministerio de guerra, y Sierra y Rosso el de justicia en calidad de oficial mayor. En

el de hacienda seguia el Lic. Horta, y en el de relaciones estaba el oficial mayor.

Ya que hemos dado una idea, aunque por cierto bien sucinta, de la parte moral de la revolucion, hablarémos ahora de las operaciones de guerra.

El mando de las tropas del gobierno lo tomó el general D. Valentin Canalizo. Se encargó de la formacion de los planes para destruir á los polkos el general D. Lino Alcorta. D. Valentin no hacia mas que recorrer algunas calles, á la cabeza de la caballería y rodeado de ayudantes, y D. Lino Alcorta, mas emprendedor, arreglaba á veces las operaciones estratégicas, disponiendo columnas de ataque, que no dejaban de causar alarma á los polkos, pero que nunca llegaron á emprender nada serio contra ningun punto. O sea ineptitud, ó lo que es mas probable, que el carácter de los mexicanos no es el mas apropósito para derramar sangre, lo cierto es que no se ejecutó la operacion natural y segura que estaba indicada, y era la de aglomerar quince ó veinte piezas de artillería sobre un punto hasta demolerlo y rendirlo, y seguir así sucesivamente batiendo en detall los edificios mas fuertes que tenian los polkos. Esta operacion habria podido ejecutarse sin riesgo alguno, pues podia haberse colocado la artillería fuera del alcance de las balas de fusil.

Desde el dia siguiente al pronunciamiento, el fuego duraba todo el dia y una parte de la noche, y se hacia de unas torres contra otras. Era horroroso por cierto, pero de ningunos resultados, pues los dos bandos contendientes conservaban sus respectivas posesiones: muy pocos muertos y heridos habian resultado, y mas bien habian sucedido desgracias entre la gente que por necesidad ó por curiosidad transitaba por las calles.

Los sucesos de mas consideracion que pueden citarse, fueron un ataque de mas de dos horas que sufrió la casa de San Cosme conocida por de la Pinillos; ataque dado por los generales Rangel y Alcorta sin resultado alguno, y la salida que hicieron algunos jóvenes polkos para quitar una pieza de artillería situada en la boca calle de la Palma.

Pasados algunos dias, se pactó por ámbas partes un armisticio de dos horas diarias, durante las cuales las gentes no solo salian á pro-

veerse de lo necesario, sino que formaban una especie de paseo por las líneas de ámbos partidos. El gobierno tomaba recursos de donde podia, y los polkos estaban alimentados por el dinero del clero, que con mucha parsimonia y economía ministraban algunos de los mayordomos de monjas. Habian pasado quince dias, y ninguno de los bandos opuestos tenia probabilidades ni de vencer ni de ser vencido. La gente pacífica de la ciudad estaba en un verdadero estado de desesperacion.

Miéntras esto pasaba en México, los revolucionarios habian dirigido comunicaciones y agentes á varios de los Estados. En Toluca, el gobernador, D. Francisco Modesto Olaguibel, se hallaba inclinado, si no á favorecer la revolucion de los polkos, al ménos á constituirse en un mediador armado, que con su influjo físico y moral hiciera terminar un escándalo que se iba haciendo demasiado largo; pero las intrigas de alguno de los secretarios del gobierno del Estado y los diputados de la legistura hicieron variar de propósito y de planes al gobernador; y aunque despues vino á las cercanías de la capital, fué mas bien como un auxiliar de D. Valentin Gomez Farías, que como un amigo sincero deseoso de poner un término medio entre las exageradas pretensiones de los dos bandos. Algunos comentaron siniestra y ridículamente la conducta del Sr. Olaguibel: nosotros, sin salir de nuestro plan, nos limitamos á consignar los hechos.

El agente principal para secundar el movimiento en Puebla fué el general D. Joaquin Rea, y se le escogió por los partidarios del clero como personage á quien, con razon ó sin ella, se le suponia perfectamente relacionado con los religiosos regulares y seculares de allí.

No faltó ni dinero ni disposicion en una gran porcion de las gentes de aquella capital, para secundar el movimiento de los polkos; pero, ó por falta de una buena combinacion, ó por los esfuerzos con que el gobernador D. Domingo Ibarra contrariaba estos conatos, ó por otras causas, cuya averiguacion es de poca importancia, el movimiento estalló inmaturamente, pronunciándose solo una fraccion de la tropa de Guardia Nacional, y Puebla se libró realmente de una nota bastante fea y que jamas le habria perdonado el partido de los exaltados. En otros Estados, al ménos por las autoridades, el plan se recibió con mucho desagrado, y la revolucion iba perdiendo terreno y aislándose,

por culpa de la mala fe é ineptitud de los que forjaron el plan, y por las egoistas exageraciones de los mayordomos de monjas, que se habian hecho los dueños del movimiento.

El campo de los pronunciados fué reforzado por el general Salas, que llegó de Toluca con algunas fuerzas de Guardia Nacional de los pueblos inmediatos, y por multitud de gefes y oficiales del ejército que se presentaban todos los dias. Era ya un gobierno hecho y derecho el que habia en el cuartel general de San Hipólito. El erario lo formaban las arcas del clero, las contribuciones que se cobraban por las garitas inmediatas, las ventas de los estanquillos de la línea, el fondo de la lotería y las administraciones de alcabalas y tabacos de los pueblos cercanos que habian tomado parte en la revolucion. El que manejaba estos fondos era D. José Miguel Arroyo. Habia ademas su administracion general de correos y la maestranza de artillería, donde se recomponian las armas, se construian granadas de manos, balas de fusil, &c. Las cosas iban muy despacio.

Podemos asegurar que un suceso verdaderamente providencial fué el que influyó en que se abreviara el término de una revolucion que anunciaba durar meses enteros. Este suceso fué la prision de D. Manuel Gomez Pedraza en la Ciudadela. Los diputados del partido moderado, que no cuidaban mucho de la suerte de muchos de los que estaban entre las balas, concibieron gran temor por la vida de Pedraza, y se decidieron á adoptar un partido cualquiera que los sacara á todos de la situacion comprometida en que se veian. Se dictó, pues, un acuerdo firmado por mas de cuarenta diputados, por el cual se llamaba á ocupar la presidencia de la República al general Santa-Anna. Se comisionó á los Sres. D. Eugenio Aguirre y D. José Ramon Pacheco para que lo condujeran personalmente. Al mismo tiempo los generales Peña y Salas comisionaron á D. Manuel Payno para que marchara al encuentro del general Santa-Anna, que venia ya en camino para México, y le impusiera del verdadero estado de la revolucion, de la clase de personas que estaban en ella, y rectificara las especies mas ó ménos ciertas que podrian haberle comunicado los partidarios de D. Valentin Gomez Farías.

Necesario es referir las operaciones que los americanos habian practicado en nuestro territorio, miéntras nosotros habiamos estado

ocupados de las miserables escenas que hemos puesto ante los ojos del lector.

La anunciada y temida espedicion americana, de la cual nos ocuparémos en un capítulo separado, llegó á Veracruz. México no envió á aquella plaza auxilios de hombres ni de dinero, y solo Puebla, mas libre de las sugestiones de la revolucion, se apresuró á remitir 20,000 pesos; servicio señalado que hicieron varios comerciantes y en particular el Sr. D. Juan Mugica.

Santa-Anna habia tenido en la Angostura el éxito que ya hemos referido, y de vuelta en San Luis no pudo contar ni la mitad de la fuerza con que salió. La fortuna, pues, siempre risueña con él, le brindaba la ocasion de venir á pacificar la capital, á tomar el poder por el voto de una mayoría de los diputados, y á poner en práctica desde luego medidas de actividad que hicieran por lo pronto olvidar el infortunio de la Angostura.

Como el general Santa-Anna habia recibido un Boletin, en que constaba el cambio del plan, con una nota al márgen de puño y letra de Pedraza, y otras personas le habian escrito en sentido contrario al gobierno, se anticipó él á enviar á su ayudante el general Argüelles, con órden tronante á Farías para que cesara en sus hostilidades, y algunos cumplimientos y buenas palabras para el general Peña, con quien Argüelles tuvo una larga conferencia.

La mañana del 21 de Marzo, el general Santa-Anna llegó á Guadalupe, é inmediatamente cesaron los fuegos. Pedraza fué puesto en libertad, y las familias respiraron despues de tantos dias de peligro y de calamidad, bendiciendo al hombre que tantas veces ha sido el objeto de las bendiciones y de las maldiciones de los habitantes de México.

La revolucion concluyó de la manera mas desairada. Los mayordomos, tan luego como llegó el general Santa-Anna á Guadalupe, se negaron aun á dar el dinero para el prest de los dias que debia permanecer acuartelada la Guardia Nacional, compuesta de artesanos pobres. D. Miguel Arroyo cerró intempestivamente su tesoro: la parvada de oficiales sueltos, una vez que ya no tenian los dos pesos diarios, voló á caer sobre la tesorería general, próxima á restablecerse: el general Peña se separó de sus compañeros de revolucion para

dedicarse á las conferencias con el general Santa–Anna y otros altos personages, y los cándidos que habian entrado de buena fe, miraron con dolor que siempre se trabaja en las revoluciones para el provecho de tres ó cuatro bribones, que especulan con tanta fragilidad sobre la venta de una manada de carneros, como sobre la sangre y la vida de cientos de ciudadanos. Afortunadamente no triunfó una revolucion que los hipócritas y malvados quisieron cubrir y santificar con medallas, escapularios y medidas, y darle un aspecto religioso, introduciendo en la República un nuevo y fatal elemento de division y discordia. Si en lo político merece alguna disculpa el pronunciamiento de los cuerpos de Guardia Nacional que obraban en propia defensa, los directores que convirtieron á una noble y honrada juventud en instrumento de la sórdida ambicion, merecen sin duda el anatema de todo mexicano patriota, juicioso y pensador.

Sea como fuere, la verdad nos obliga á decir aquí que al general Santa–Anna se le debió el término feliz de este alzamiento, y fué realmente el salvador de multitud de personas cuya muerte habria llenado de luto á la ciudad de México.



CAPITULO IX.



BATALLA DEL SACRAMENTO.

Adiestradas en la guerra, impulsadas y protegidas por los norte-americanos, las tribus salvages que habitan los desiertos de nuestros límites con los Estados-Unidos, ellas fueron, hace mucho tiempo, la vanguardia de esa invasion que ha penetrado hasta la capital de la República. Sembrando la discordia en medio de nuestra sociedad naciente, y sirviéndose de los bárbaros para devastar nuestras fronteras, los invasores preparaban el camino, que mas tarde debia conducirlos á nuestros palacios. Desde entónces Chihuahua, abandonada á sus propias fuerzas, en lucha constante y desastrosa con tan feroces enemigos, viendo desaparecer dia á dia millares de sus hijos, la riqueza de sus campos, y el comercio y la vida de sus poblaciones, ha resistido ese choque tenaz con que se ha sacudido nuestro edificio social para derribarlo. Débil, cansada, sin recursos, envuelta alguna vez en el torbellino de los disturbios civiles, su existencia era apenas sostenida por el esfuerzo de los buenos ciudadanos, que posponiéndolo todo al bien comun, ponian en ejercicio todas sus facultades para conseguirlo, cuando arrojada la careta con que se encubrian nuestros falaces enemigos, vimos sus ejércitos sobre nuestro territorio, diciéndose agredidos, y queriendo caracterizar de defensa su infame usurpacion.

Los nombres fatales de Palo–Alto, la Resaca, Monterey y Nuevo–México, se grabaron succesivamente en nuestra historia, y Chihuahua, viéndose próximamente amenazada por una espedicion americana que apareció por el Norte del Estado, alzó su voz, mas que nunca enérgica y dolorida, impetrando auxilios del gobierno de la federacion, no ya para salvarse á sí misma, sino para defender la independencia nacional. En vano la administracion de aquella época intentó protejerla, enviando mil fusiles, y disponiendo que el general Reyes con algunas fuerzas de Zacatecas y Durango marchase inmediatamente á organizar una defensa en aquella frontera: en vano se esperó la salvacion de tan oportuno auxilio; se frustraron estas providencias, y las esperanzas de los chihuahuenses quedaron burladas. En cambio, se nombró comandante general al Sr. Heredia, lo que fué entónces mal recibido generalmente.

Trias, que se hallaba al frente del gobierno, se decidió á hacer un esfuerzo, esperándolo todo del patriotismo de aquellos buenos ciudadanos. Sin artillería, sin armamento, sin gente disciplinada, y sobre todo, sin recursos, en aquella crísis en que al nuevo peligro se unia el constante de la guerra de los bárbaros, faltaban todos los elementos indispensables para organizar fuerzas aptas para presentarse desde luego en accion; pero la voluntad, la decision enérgica de luchar con todos los obstáculos para resistir al enemigo, fué bastante para intentar una defensa que al parecer era imposible.

Movido por esta resolucion, el Estado se puso en movimiento: se reglamentó un préstamo entre todos los habitantes: se estableció una fundicion de cañones: se recogieron cuantos restos de armas inutilizadas se encontraron, y se recompusieron hasta ponerlas en corriente: se proveyó de vestuario á las fuerzas de Guardia Nacional y permanentes que pudieron reunirse, y se les ejercitó en cuanto fué posible en el manejo de las armas: se hizo, en fin, una provision de toda clase de víveres para la campaña; y la juventud mas distinguida fué á agregarse á las filas de aquella pequeña division, compuesta en su mayor parte de artesanos y gente del campo.

Apenas habian comenzado á hacerse estos preparativos de guerra, cuando fué ya desde luego necesario disponer la salida de una seccion de quinientos hombres de todas armas al encuentro del enemigo.

En el Paso del Norte, á ciento y tantas leguas de Chihuahua, se incorporaron á esta fuerza algunos piquetes de las compañías presidiales, los vecinos armados que pertenecieron á los estinguidos escuadrones creados por el general D. Francisco García Conde, y setenta hombres de la compañía activa de la infantería del Distrito. Con este refuerzo la seccion quedó aumentada hasta componerse de cerca de mil doscientos hombres con cuatro piezas de artillería; y en cuanto á recursos, en el mismo Paso se le proporcionó dinero al coronel D. Gavino Cuilty que la mandaba, y los vecinos facilitaron sus caballos para que la caballería fuese lo mejor montada posible.

Tales eran los elementos de fuerza que habia en aquella poblacion para rechazar al invasor, cuando se recibió la noticia de que trescientos americanos se habian aproximado á Doña Ana, á veinticinco leguas del Paso. En estas circunstancias el coronel Cuilty manifestó, que hallándose atacado de una enfermedad, que, segun el cirujano de ejército D. Juan Duvos, era una fiebre cerebral, se veia precisado á retirarse á Chihuahua, lo que verificó inmediatamente en compañía del mismo cirujano, y del capitan, primer ayudante, D. Juan García, dejando el mando, que se disputaban entre sí el teniente coronel D. Luis Vidal y el comandante de escuadron D. Antonio Ponce, al primero de estos dos gefes.

Vidal, á la cabeza de aquella seccion, salió el 21 de Diciembre hasta la Presa, que dista una legua de la villa, donde hizo construir una fortificacion pasagera, y el 24 dispuso que Ponce avanzase para el camino de Nuevo–México con quinientos caballos, los setenta infantes de la compañía activa del Paso, y quince artilleros con un obus. Esta fuerza acampó por esa noche á cuatro leguas de distancia, y prosiguiendo su marcha el dia siguiente, descubrió por fin la vanguardia del enemigo en un ancon del Bravo, punto conocido con el nombre de Temascalitos, á ocho leguas del Paso.

Los americanos, cuya fuerza consistia en setecientos hombres sin ninguna pieza de artillería, habian acampado allí sin tomar precaucion alguna, lo que proporcionó á Ponce practicar un reconocimiento á su satisfaccion, sin ser sentido. Mandó en seguida, que nuestras fuerzas saliesen del camino, á fin de que no levantándose polvaredas, y siendo ménos perceptible el tropel de los caballos sobre el pasto, se lograse sorprender al enemigo.

Todo esto se consiguió. Los americanos, acampados en sus carros, no descubrieron la fuerza de Ponce sino hasta que ésta estuvo á su frente, á muy corta distancia. Corrierón entónces á las armas, y Ponce mandó formar en batalla, situando la infantería en el centro; en la ala izquierda, la compañía del Collame, los escuadrones auxiliares del Paso y una parte de la compañía de Chihuahua, y en la ala derecha un piquete del 2 de caballería, la compañía del Norte, la de San Elceario y el resto de la de Chihuahua, dejando el obus á rataguardia de la línea.

Una repugnancia invencible se esperimenta al tener que referir hechos tan vergonzosos como los que vamos á describir, producidos por una ineptitud de tal manera inesplicable, que al examinarlos instintivamente, va á buscarse su causa oculta en la fatalidad ......

Apenas nuestras fuerzas se han situado del modo referido, los americanos forman su batalla de tres filas: nuestra infantería rompe el fuego sobre ellos, avanzando terreno, y dispersándose en tiradores, por entre los cuales hace sus descargas el obus: la ala izquierda de nuestra caballería avanza tambien en formacion de batalla, conducida por el mismo Ponce, y la ala derecha se adelanta por hileras. El enemigo hace su fuego; primero por cuartas, por mitades y en seguida graneado; pero bien pronto la primer fila de su batalla se desordena, y huye hácia el bosque, donde los oficiales se esfuerzan por hacerla volver á la accion. Ponce manda entónces tocar á degüello, y aquel toque ¡circunstancia inaudita! bien ó mal ejecutado por el corneta, maliciosa ó equívocamente interpretado por la caballería, ¡es la señal de retirada! .... La ala izquierda da media vuelta, y la derecha contramarcha, y de este modo se retira en el mejor órden, en tanto que la infantería continúa batiéndose con el enemigo, que ha vuelto á ordenarse. Ponce se muestra herido; llama al capellan en su auxilio: por tres veces manda tocar retirada á la infantería, que obedece á la última; y dejando el mando al capitan Carabajal, se retira del campo. Carabajal manda tocar dispersion, la caballería obedece; pero sin embargo, al cuarto de legua se reune, y continúa en órden su retirada. El obus queda abandonado, salvándose tan solo el parque, y el enemigo victorioso. Así por tan inesperados medios, la Providencia descargó sobre nosotros este nuevo gol-

pe; pero como en todas ocasiones, dejó para siempre marcados los responsables de nuestras desgracias.

La infantería sola, despues de haberse batido en retirada, acampó esa noche á la vista del enemigo, en tanto que Carabajal, unido ya á Ponce, á quien alcanzó en el camino, llegó con la caballería en buen órden á la Presa, donde Vidal impuesto de lo que habia pasado, dispuso retirarse para el Paso con toda aquella fuerza, que realmente no habia sufrido el menor descalabro. Y sin pérdida de momento, creyéndose perseguido, amenazado de un peligro espantoso, sin levantar siquiera el parque necesario para las piezas, salió inmediatamente de la poblacion, y se dirigió á marchas dobles á Chihuahua con todas las tropas que mandaba, á escepcion de la del Paso que se disolvieron entónces. Los americanos, entre tanto se fortificaban en el mismo sitio en que habian sido atacados, y se ocupaban tanto de la seguridad de sus personas, que habian descuidado absolutamente su caballada, la que fué recogida por unos rancheros que la encontraron dispersa en el campo. Pero para colmo de nuestra desgracia, su infundado terror se convirtió en regocijo triunfal, cuando al dia siguiente de la accion se les presentó una comision del ayuntamiento del Paso, que salió á pedir garantías para la poblacion, infamemente abandonada.

Ese mismo dia, el 26 de Diciembre, se enarboló en la plaza de la villa el odiado pabellon americano. Este triste suceso fué el último notable del funesto año de 846.

Apareció el de 47, que pasando como un instante, nos ha dejado un siglo de recuerdos. Los americanos, dueños ya de nuestras fronteras, se internaban en el pais por varias direcciones: su escuadra amenazaba á Veracruz, y entretanto en la capital se daba al mundo un espectáculo escandaloso. En los últimos dias de Febrero y principios de Marzo tronaba el cañon enemigo, á un tiempo, en el Sacramento, en la Angostura y Veracruz, y en México se recibian esta[s] noticias en medio del estruendo de un combate fratricida.

Los chihuahuenses redoblaron sus esfuerzos, despues de la pérd[i]da del Paso, para impedir que el enemigo se apoderase de su cap[i]tal, y la ilusion de su entusiasmo les hacia esperar no solo un bue[n] éxito en la defensa, sino el lanzamiento de los invasores fuera de[l]

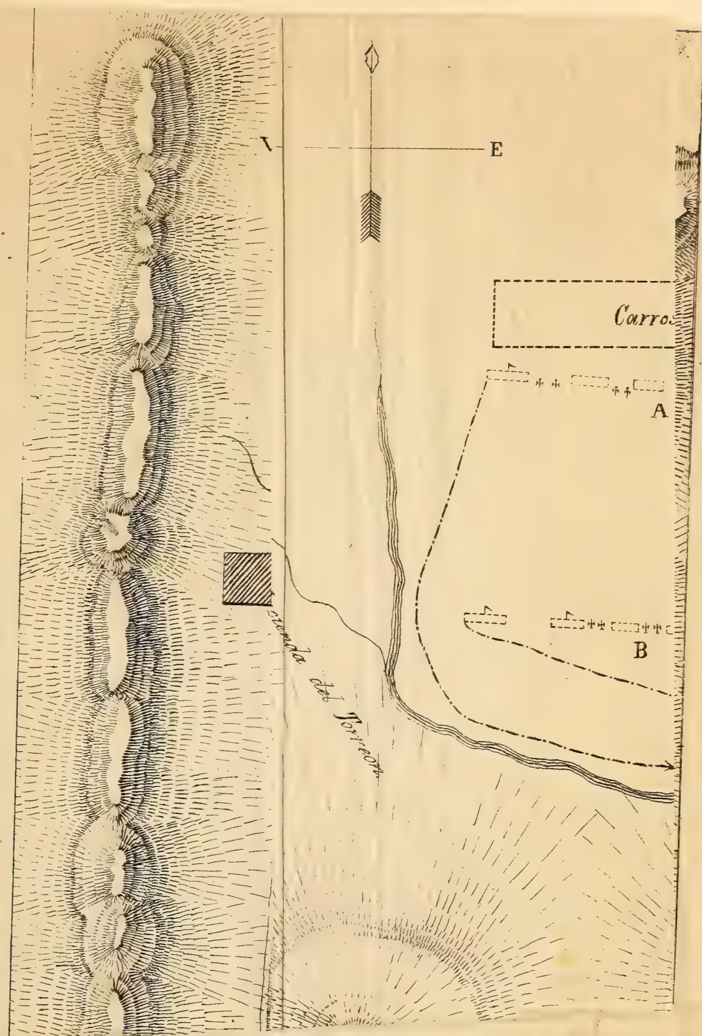
Estado y la eficacia de sus auxilios al Nuevo-México, en donde se deseaba vivamente el apoyo de alguna fuerza armada para levantarse contra los opresores.

El coronel Doniphan, comandante de la espedicion americana, hacia entretanto sus preparativos en el Paso para avanzar sobre Chihuahua, y por fin emprendió su marcha, llevando consigo varios prisioneros que habia hecho en aquella poblacion; individuos todos que se habian distinguido por su odio al invasor.

El general Heredia, de acuerdo con Trias, eligió el punto de Sacramento, á siete leguas de Chihuahua en el camino de Nuevo-México, para hacer algunas fortificaciones, y resistir en ellas al enemigo, si ántes de que llegase á aquel sitio no se habia logrado batirlo á campo raso. Dispuso tambien que el general D. Pedro García Conde, que habia llegado en aquellos dias á la capital del Estado, y habiéndose presentado á prestar sus servicios, habia sido nombrado comandante de la caballería, saliese con 700 caballos al encuentro del enemigo para observar sus movimientos, y hostilizarlo en lo posible sin comprometer accion decisiva. En seguida, el 21 de Febrero, salió el mismo general Heredia con Trias, conduciendo el resto de las fuerzas disponibles, que se componian de 70 hombres del 7.° de infantería, 250 del batallon activo de Chihuahua, 180 de la Guardia Nacional, 50 del 2.° escuadron de Durango, agregados á la infantería por falta de caballos; diez piezas de artillería de á cuatro, seis y ocho, con ciento diez y nueve artilleros, y 106 caballos del mismo escuadron de Durango.

El general García Conde avanzó hasta la hacienda de Encinillas, á 22 leguas de Chihuahua, y habiendo sabido allí que el enemigo se habia posesionado ya del aguage del Gallego, lo participó al general en gefe, y retrocedido á la hacienda del Sauz, con el objeto, segun él mismo ha dicho, de poder incorporarse oportunamente al grueso de la division, en el caso de que los americanos se dirigiesen por Aguanueva á Tabalopan.

El general Heredia, adelantándose de la division con Trias, llegó á la misma hacienda del Sauz, donde encontró la caballería á tiempo que se recibia allí la noticia de que los americanos avanzaban directamente sobre aquel punto, y entónces previno al general García


V
E
Carros
A
B
cienda del Torreon


CROQUIS
DE LA
BATALLA DEL SÀCRMENTO.
Formado por el Sõr. General
D. PEDRO G. CONDE.
E
Carros.
Carros
A
B
Sacramento
ESPLICACION.
A Diferentes posiciones de los Americanos.
B Id de los Mexicanos.
Lit. de P. Blanco.

Conde, tan luego como se aproximasen, se replegara él con su fuerza al Sacramento.

Allí acampaba la noche del 27 de Febrero la division, que ya reunida, ascendia á cerca de 2,000 hombres, bajo las órdenes del general Heredia. El gobernador Trias, segundo en gefe; el general García Conde, comandante de la caballería; el coronel Justiniani, mayor general de la division, eran los gefes principales, y entre la oficialidad se encontraba lo mas florido de la juventud chihuahuense, ardiendo en entusiasmo generoso.

Era una division corta en verdad, pero perfectamente armada, provista de toda clase de víveres para una campaña de algunos meses por el desierto, pagado hasta el último soldado, y con fondos en caja para lo sucesivo, vestida toda la tropa de una manera cómoda y decente, y surtida de abundante parque y toda clase de municiones de guerra. Los buenos chihuahuenses veian con orgullo aquel resultado de sus trabajos, y reconocian en cada pieza de artillería, en cada fusil, en cada objeto que se presentaba á su vista, el fruto de sus afanes personales. Nada existia tres meses ántes: todo era creado por ellos; todo era nuevo; todo era flamante. Y se llenaban de satisfaccion al notar el entusiasmo vírgen de aquellas tropas, cuya fe, cuyo abandono en el porvenir, se manifestaba en la alegría de sus semblantes, en el júbilo que reinaba en sus reuniones, y en la ciega adhesion que mostraban á sus superiores. No era el solo prestigio del mando el que tenian los gefes y oficiales; era su popularidad, su franqueza y ese influjo de familia, por decirlo así, que ejercen las personas notables en una pequeña sociedad.

Al dia siguiente debia presentarse el enemigo, segun las noticias que se tenian de su aproximacion, y aquella noche fué de fiesta en el campamento. En cada tienda de campaña, en cada grupo de amigos reunidos, se brindaba alegremente por la libertad del pais, entregándose los jóvenes al delirio de sus ilusiones de triunfo, y pensando mas bien en su espedicion á Nuevo-México, para auxiliar á sus hermanos y sacudir el yugo americano, que en aquel encuentro, que juzgaban ménos importante de lo que era en sí.

El campo del Sacramento está limitado al Este y al Oeste por dos cordilleras de montañas, distantes entre sí cerca de dos leguas y me-

dia, por entre las cuales corre el camino desde Chihuahua hasta Encinillas. De la cordillera occidental sobresalen como una legua algunos cerros, á cuya falda se halla situado el rancho del Sacramento, y de la opuesta sobresale tambien, mas al Norte que aquellas, otra eminencia poco distante del camino. Sobre las mas próximas entre sí de estas alturas, estaban apoyados los estremos de la línea de fortificacion, que formando una especie de martillo, cortaba el camino, y cerraba todo paso á las fuerzas americanas, las que habiendo salido de Encinillas, no tenian ya mas que aquel tránsito para sus carros y trenes entre ámbas cordilleras. Al pié de la línea de fortificacion que cortaba el camino, habia una especie de escalon de muy difícil acceso, que hacia mas ventajosa la posicion; y un suave ascenso comenzaba de allí para el rumbo del Norte hasta el alto de la loma, por donde se esperaba al enemigo.

Este se presentó en efecto por aquella altura entre dos y tres de la tarde del dia 28, marchando directamente sobre nuestras posiciones con toda su fuerza, que pasaba de mas de 1,300 hombres. Su vanguardia la formaba la caballería, el centro la infantería y artillería, y la retaguardia, mas de 300 carros con su guardia respectiva, entre la cual venian los prisioneros hechos en el Paso. Nuestra caballería, organizada en tres columnas, estaba formada entónces bajo el escalon de cuyo pié comenzaba á elevarse la suave pendiente, por la cual descendian los americanos, posicion en la cual hubiera sido destrozada por la artillería enemiga; y nuestra infantería, organizada tambien en tres columnas, guarnecia los reductos de la línea de fortificacion, que cortaba el camino, los cuales estaban artillados con las piezas correspondientes.

A tiro de cañon de las posiciones descritas hizo alto el enemigo; y entónces el general Heredia dispuso que nuestra caballería subiese á situarse sobre el camino á retaguardia de la infantería. Se esperaba que los americanos emprendiesen desde luego el ataque de frente; pero en vez de esto, despues de algun tiempo de suspension de todo movimiento, durante el cual deliberaron y resolvieron su plan, se dirigieron hácia su derecha con la mayor velocidad, siguiendo el rumbo de la hacienda del Torreon.

Por inspiracion propia, ó por indicaciones del general García Con-

de, nuestro general en gefe dió la órden para que la caballería saliese á impedir aquel movimiento, lo cual se efectuó marchando ésta casi paralelamente al enemigo hasta rebasar su vanguardia. El mismo general Heredia salió en seguida de sus posiciones con la infantería y artillería para ir á establecer su línea de batalla sobre la derecha de la caballería, frente al enemigo. Este, habiendo hecho alto, habia tambien formado su batalla, cubriendo sus piezas con su caballería, y cuando estuvo preparado, las descubrió rápidamente y rompió el fuego sobre nuestras fuerzas.

Las primeras descargas de sus baterías produjeron el efecto que era consiguiente. Nuestra caballería, compuesta en su mayor parte de soldados que jamas habian escuchado el estruendo de un cañon, situada sin emprender maniobra alguna, bajo aquellos fuegos que hacian bastante estrago, no supo resistir por mucho tiempo, sin dejar notar en las ondulaciones de su línea de batalla, el anuncio del desórden, que en vano algunos gefes y oficiales trataron de evitar. En vano tambien nuestra artillería rompió sus fuegos sobre el enemigo: bien pronto la caballería perdió enteramente su formacion, y dispersándose una gran parte de ella, envolvió en el desórden á la infantería, en cuya fuerza concurrian las mismas circunstancias.

Esto influyó de una manera decisiva en el éxito de la accion. El entusiasmo de aquella tropa, espuesto á una prueba aventurada, sufrió un terrible golpe con aquel desconcierto y aquella confusion, que les revelaba impotencia y desgracia. Los esfuerzos inútiles de los gefes y de la oficialidad por restablecer la línea de batalla, demostraban la perdida fe del soldado.

Suspensos en aquellos momentos los fuegos por una y otra parte, el general Heredia dió la órden de replegarse á los atrincheramientos, y esta retirada se verificó levantando del campo los muertos y heridos, una pieza de artillería que nos habian desmontado, y cuanto habia sobre la posicion perdida.

El enemigo avanzaba entretanto sobre los reductos mas próximos al cerro del Sacramento, guarnecidos de nuevo por nuestra infantería, y artillados con sus correspondientes piezas. Nuestra caballería formaba entónces á retaguardia de las fortificaciones.

Antes de que los americanos emprendiesen de nuevo el ataque, el

neral Heredia dispuso que el comandante de la artillería D. Ma-
s Conde, subiese al mismo cerro del Sacramento con dos piezas, á
de que éstas cruzasen sus fuegos con las de las del reducto mas
óximo de abajo. Esta órden acaso fué estensiva para todas las
mas piezas, ó bien fué interpretada con torpeza ó con malicia: ella
ó por resultado el que no quedase una sola pieza en su respectivo
nto, sino que todas fueran sacadas de batería atropelladamente, y
iestas en marcha en el mayor desórden hácia el cerro. Hácia allá
mbien se habia dirigido el general en gefe, á contener, segun ha di-
o despues, á la infantería que marchaba en confusion por aquel
ismo rumbo, y hacerla volver á los reductos, así como las piezas
e debian artillarlos.

El desórden habia llegado á su último grado. La tropa se disper-
ba en todas direcciones: las piezas, á escepcion de las dos que su-
ó el comandante de artillería, ni volvian á los reductos, ni llegaban
cerro: la órden de retirada de aquellas procedia, segun unos, del
ayor general; segun otros, del general Heredia, y este gefe se halla-
ya sobre el cerro, desde donde no era fácil que evitase tanta con-
sion.

El general García Conde habia quedado con la caballería á reta-
ardia de las fortificaciones, apoyando su izquierda sobre el primer
ducto mas próximo al cerro. El gobernador Trias con sus ayudan-
s, despues de haberse fatigado en la reunion de los dispersos, con-
guió que una parte del 7.° de infantería, conducida por D. Pedro
rcacitas, jóven oficial de Guardia Nacional, y los oficiales perma-
ntes Rosales y Quintana, con algunos soldados desmontados del
cuadron de Durango y algunos otros dispersos, guarneciesen el men-
nado reducto en los momentos en que el enemigo atacaba este pun-
con una columna, cuya vanguardia de caballería venia mandada
r el coronel Oinz.

Aquel puñado de infantes resiste denodadamente á los americanos,
zando sus fuegos con los de las piezas del cerro. El valiente ca-
an Rosales y el subteniente Quintana perecen allí estimulando el
or de la tropa. Oinz carga con una audacia estraordinaria sobre
educto; y casi al pie de los parapetos, cae atravesado de balas.
dragones, al verlo caer, se detienen, vacilan, huyen por fin, y en-

vuelven en su fuga á algunos de los artilleros de la dotacion de dos piezas que venian á su retaguardia. Nuestra tropa se anima: las piezas han quedado solas. Trias con varios oficiales y parte de la caballería emprende una carga para apoderarse de ellas, partiendo de la parte de la izquierda del reducto. El general García Conde emprende tambien por la derecha el mismo movimiento, y ordena á su segundo cargue con otra parte de la caballería por el flanco izquierdo. . . . . . . Las piezas iban á ser ya presa de los nuestros. . . . . . . ¡Pero ni la mas leve ventaja debia sernos concedida en tan funesto dia! Algunos artilleros americanos se apoderan de uno de los cañones; lo disparan á metralla sobre nuestra caballería á muy corta distancia; y el desórden y la confusion vuelven á introducirse en ella, á la vez que el enemigo se rehace y carga de nuevo decididamente hasta apoderarse del reducto, y quedar en posesion de todo el campo.

Las piezas del cerro, donde estaba el general Heredia, quedaron tambien abandonadas, perdida ya toda la posicion, y dispersa ó prisionera toda nuestra fuerza.

Nuestros heridos, lo mismo que nuestros muertos, á escepcion del capitan Rosales (cuyo cadáver fué conducido en hombros hasta Chihuahua por un granadero de su batallon), quedaron sobre el campo, igualmente que los víveres, el dinero y casi todo el parque, del que solo pudieron sacarse unas cargas por entre la sierra.

Trias se retiró tambien por el camino de Chihuahua, perdida ya toda esperanza, en compañía del general García Conde, dejando tras de sí solo á los desgraciados que quedaron en poder del enemigo. Moria entónces la última luz de aquel dia, cuyo Sol, al nacer, habia alumbrado tantas esperanzas.

La noche fué espantosa para todos los chihuahuenses. En la ciudad, donde ciegamente alucinados con las esperanzas de la victoria, se preparaban con entusiasmo para la fiesta triunfal, se habia escuchado el cañoneo de la tarde con la mas viva inquietud; y cuando se tuvo noticia del desastre ocurrido, el terror mas grande se difundió por la poblacion; y muchísimas familias, improvisadamente, sin preparativo alguno, se lanzaron á los caminos, espuestas á ser despedazadas por los salvajes. En diversos puntos de los alrededores, diseminados los gefes y oficiales que habian concurrido á la accion, trataban de

evitarse los unos á los otros, buscando un abrigo en la soledad. En el campo, nuestros heridos, tendidos junto á los cadáveres de sus compañeros, sufriendo el frio mas horroroso, gemian abandonados y llenos de desesperacion. Allí mismo los desgraciados prisioneros del Paso, que durante la accion habian estado bajo los fuegos de sus propios hermanos, con una guardia que les tenia la bayoneta al pecho para evitarles cualquier movimiento, sufrian tambien la hambre mas horrible, y condolidos con el espectáculo de sus compatriotas heridos y moribundos, se ocupaban en solicitar de los gefes enemigos algunos bendages y otros auxilios para que nuestro cirujano de ejército D. Joaquin Arellano, que bajo la garantía de su carácter habia quedado en el campo, proporcionase algun alivio á los dolores de aquellos infelices.

Tal era el triste cuadro que presentaban los infortunados chihuahuenses la noche del 28 de Febrero de 1847, sobre los mismos lugares donde la de la víspera habian brindado alegremente por la independencia y la libertad.

Al dia siguiente ocuparon la capital las fuerzas invasoras, y el gobierno del Estado fué á establecerse en el Parral, ciudad la mas próxima á la frontera de Durango.

¡Cómo al ver perderse en un instante malhadado el fruto de los mas grandes esfuerzos del patriotismo de un pueblo generoso; cómo al describir tan dolorosos sucesos, no lanzar un anatema de abominacion sobre los responsables de tanto infortunio!



CAPITULO X.

VERACRUZ.

Ricos y abundantes los Estados-Unidos en medios de trasporte, y no teniendo que luchar, como la República mexicana, con obstáculos casi insuperables para mover sus ejércitos del uno al otro estremo del territorio, era natural que aprovechasen esta circunstancia. El general Taylor habia avanzado con un buen éxito increible hasta muy al interior de la República; pero dejaba á su espalda un terreno inmenso que no estaba suficientemente seguro, y tenia aun que vencer varias ciudades populosas para llegar á la capital. El ejército mexicano marchaba, sediento de venganza, en su contra, y todas las fuerzas de la República parecian aglomerarse sobre él. En estas circunstancias una espedicion por el rumbo opuesto al que ocupaba el general Taylor, debia dividir la atencion de nuestros gobernantes y de nuestros guerreros, y daba al mismo tiempo á los Estados-Unidos la posibilidad de apoderarse tal vez de varias de nuestras provincias, ó de debilitar cuando ménos nuestros medios de accion y de defensa, con lo cual se inclinaria mas y mas la balanza á su favor.—Así, la toma de Veracruz era el importante objeto que se debia proponer el gobierno de los Estados-Unidos, para alcanzar el fin de la guerra. Por otra parte, la ocupacion de esta plaza acercaba de un solo golpe al

ejército americano á la capital, y le proporcionaba un camino mas llano y fácil para llegar á ella.

Pero este cálculo tan sencillo como claro, y que indicaron con anterioridad á los sucesos la prensa de los Estados-Unidos y el cambio de su base de operaciones, no mereció la atencion de los hombres que se habian encargado de salvar al pais. Y léjos de robustecer nuestra defensa por ese lado, algunas tropas aclimatadas á costa de inmensos sufrimientos y pérdidas, recibieron del general Santa-Anna cuando volvió de su destierro, la órden de marcha para México. Esto mismo sucedió con oficiales cuya pericia era importantísima para fortificar y defender la plaza en el caso de un ataque. El abandono mas completo coronaba esta obra de imprevision ó de un descuido, que hacian mas imperdonables los dolorosos recuerdos de los sucesos de 1838.

Entre tanto, la hora de los acontecimientos habia llegado.—El 8 de Febrero de 1847 se avistaron algunos buques de guerra, y algunos dias despues se supo que á bordo de ellos habia escalas de asalto y otros útiles de este género. El peligro era inminente: la ciudad iba sin duda á ser atacada, y no habia ni las municiones de guerra suficientes para la defensa, ni unas hilas, ni una benda para restañar la sangre de lós valientes que cayesen heridos defendiendo el honor de la desgraciada República mexicana. En estos momentos de desamparo, el ayuntamieuto ofreció todos sus recursos para la defensa de la plaza, y los habitantes de ella contribuyeron por medio de una funcion de teatro, representada por particulares, para formar un hospital de sangre.—El instruido comandante de ingenieros D. Manuel Robles desplegó una actividad sin límites para fortificar la plaza, y la guarnicion y el pueblo todo se empleaban con entusiasmo en ella, preparando una resistencia digna de los defensores y de la fortuna con que caminaba el enemigo.

Y en esos dias de amargura recibia Veracruz la sensible noticia de que en la capital de la República habia estallado la guerra civil, y de que el gobierno no podia auxiliarla ni con un hombre ni con un peso. ¿Qué delirio se habria apoderado de los mexicanos, para provocar una guerra fratricida, cuando un enemigo estrangero se enseñoreaba de nuestras ciudades y pisaba orgulloso el territorio nacional?—Pero


A. D PAJARO
Ve
1ª de Plateros n.

CROQUIS DEL CITIO DE VERACRUZ

por las tropas de los E. U.

La Gallega.
Fuerte de Sn Juan de Ulúa.
Punta Caleta.
Bte. Concepcion.
VERACRUZ
Bte. Santiago.
Pta. de la Merced.
Puerta de Mexico.
Punta Hornos.
Campo Santo.
I. D PAJARO
Vergara.
DIVISION DE PATERSSON
DIVISn DE WORTH.
DIVISION DE TWIGS.
Hospital de los E. U.

Lit. de P. Blanco.

[illegible] of [illegible] &c

25

Veracruz, sin tropas, sin municiones, sin recursos pecuniarios, abandonada de la República toda, se decidia á sucumbir luchando, ántes que dar un triste ejemplo de cobardía, y manchar con un baldon eterno su título de heróica.

Esta terrible y desconsoladora noticia se recibió en la ciudad el dia 4 de Marzo, y como para lavar la ignominia en que se enfangaban en la capital de la República los ciudadanos y los gobernantes, se paseó en la misma noche una bandera blanca, como símbolo de la union, en medio de músicas y del mas puro entusiasmo.—Veracruz se resignaba con su suerte. Las puertas de la ciudad se cerraron, esceptuando la de la Merced, por donde emigraban las familias. El dia 6 un vapor de guerra lleno de oficiales, practicó un reconocimiento. Las familias salian aun pié á tierra, por falta de bagajes. La ciudad tomaba por momentos ese aspecto solemne y severo de una plaza de armas, y comenzaba á sentirse esa agitacion sorda é indescriptible que precede á los combates.—La fortificacion de la plaza continuaba con actividad.

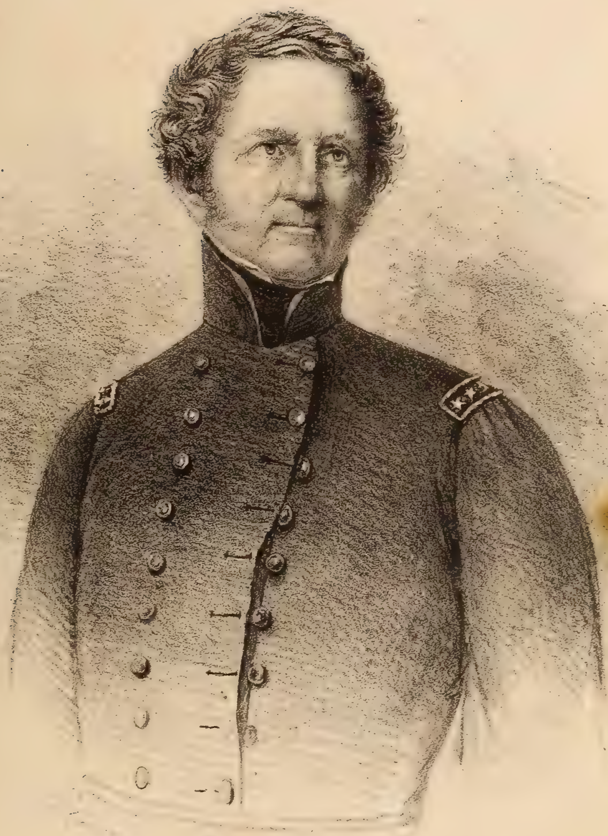
Llegó por fin el dia 9 de Marzo. El enemigo comenzó su desembarco por la playa de Collado, sin que se pudiese impedir por falta de un cuerpo de ejército que maniobrase fuera de la plaza. El ayuntamiento se declaró en sesion permanente. Una guerrilla de Guardia Nacional, al mando del coronel Cenovio, quemó el primer cartucho en contra del enemigo, provocando de esta manera un combate en que luchaban por una parte el número, los recursos de todos géneros y la fortuna, y por la otra un puñado de valientes sin mas amparo que la justicia de la causa que defendian. El enemigo comenzó á circunvalar la ciudad y á colocar sus baterías; y fué preciso dejarlo aprovechar algunas posiciones para ellas, por la falta de tropas con que sostener las fortificaciones que se habian ideado para impedirlo. Las guerrillas hacian fuego en esos momentos, y algunos de los enemigos mordieron el polvo de la tierra que pretendian hollar con un pié orgulloso. El teniente de Guardia Nacional, Plata, pereció en una de esas escaramuzas, víctima de su arrojo. Entre tanto, los recursos escaseaban en la plaza; y el ayuntamiento dispuso que se guisase rancho para la Guardia Nacional. Era un espectáculo hermoso el que ofrecian los ejemplos de fraternidad que se daban en

estos dias ontre el soldado veterano y el guardia nacional, porque no habia mas que un solo pensamiento: pelear como hermanos defendiendo la libertad de la patria.

El entusiasmo crecia á la vista del peligro; y cuando el general Morales, que mandaba en gefe, formó una columna de observacion, los soldados se disputaban un lugar entre las filas, como un laurel de victoria. Las faginas y los trabajos de toda especie eran aceptados con gusto y desempeñados con esactitud, y en todo se notaba una emulacion digna del éxito que una fortuna cruel arrebató al fin á la desgraciada Veracruz. El dia 13 fué ocupado Vergara por los americanos, y quedó completado el asedio de la ciudad por mar y tierra. Algunas tropas de los alrededores habian entrado ántes en la plaza, y sus defensores debian creer desde aquel momento que estaban entregados á sus propias fuerzas. El enemigo disponia sus baterías: la plaza y Ulúa dirigian sus fuegos sobre todos los puntos donde se notaban trabajos del enemigo, y los oficiales Chavero y Espejo dirigian con acierto estos fuegos.

En la plaza comenzaba á sentirse gravemente la escasez de víveres: las guerrillas tiroteaban al enemigo, y la artillería mantenia sus fuegos sobre él. El enemigo, sin embargo, callaba, adelantando sus trabajos, para disponerse con seguridad á herir á mansalva. La situacion empezaba á ser penosa. Sin tropas suficientes, la plaza no podia atender debidamente á su defensa; pero al fin el ejército americano dispuso sus baterías compuestas de cañones de á 32 y de bomberos de 68, en las posiciones que se notan en el plano. La guarnicion de Veracruz era en esos momentos la que se espresa á continuacion:

Regimiento número 2, coronel Bartolo Arzamendi,	400 hombres.
Artillería, coronel Antonio Ortiz Izquierdo . . .	150
Matriculados de marina.	80
Artillería de Guardia Nacional, teniente, Antonio Sosa	80
Zapadores, comandante, José María Parra . . .	100
Regimiento número 8, coronel, José Félix Lopez.	140
Un piquete del número 11, capitan, Miguel Camargo.	41



GENERAL SCOT.

Lito. de P. Blanco. *1ª Cª de Plateros Nº 15.*

3.° Ligero, capitan, Juan J. Sanchez	150
Libres de Puebla, de Guardia Nacional, coronel, D. Pedro M. Herrera	350
Guardia Nacional de Orizava, coronel, José Gutierrez Villanueva.	500
Id. de Veracruz, coronel, José Luelmo.	800
Id. de Coatepec, Veracruz, &c., ...	109
Batallon activo de Oajaca, coronel Juan Aguayo .	400
Idem id. de Tehuantepec, comandante, Manuel Prieto.	60
Total.	3,360 hombres.

La de Ulúa era la siguiente:

Artilleros, coronel Mariano Aguado	450 hombres.
Batallon activo de Puebla, comandante, Fernando Urriza	180
Id. id. de Jamiltepec, coronel, N. García. . . .	150
Compañías de los batallones activos de Tuxpan, Tampico y Alvarado, capitanes, Miguel Argumedo y Eligio Perez.	250
Total.	1,030 hombres.

Mucho tiempo ántes se habia manifestado por el cuerpo nacional de ingenieros, que Veracruz no podia salvarse en el caso de un ataque, si no se contaba con un cuerpo de ejército de 5,000 hombres que maniobrase fuera de la plaza, protejido por los fuegos de ella. Este conocimiento hace aparecer mas bella y mas noble la resolucion de los defensores de Veracruz, para sacrificarse en sus murallas.

El dia 22 de Marzo, á las dos de la tarde, el general enemigo intima rendicion dentro de dos horas á la plaza. La contestacion es negativa, y tan enérgica, y tan digna como corresponde á Veracruz. A la cuatro de la tarde una bomba revienta en la plaza de armas, otra en el Correo. La lucha está empeñada. ¡Dios salve á la República!. . . . .

El fuego continúa desde ese momento sin descanso: morteros, obu-

ses, cañones, baterías de buques menores que se han acercado á Collado, todo juega sobre la plaza. Las punterías se dirigen á San Agustin, depósito de la pólvora, con especialidad, y á toda la ciudad y sus cuarteles. Este fuego horrible se suspendió al amanecer del 23; pero al ser de dia, continúa con mas vigor. Los baluartes Santiago, San José, San Fernando y Santa Bárbara, contestan los fuegos. Ulúa bate tambien al enemigo, que mantiene constantemente de cuatro á seis bombas en el aire. Sus buques, que se han acercado á Collado remolcados por el vapor Missisipí, rompen sus fuegos sobre la plaza; pero son desalojados por D. Blas Godinez, desde Santiago.

Desde este instante comienzan los horrores de una plaza bombardeada. El hospital de sangre, que está situado en el convento de Santo Domingo, sufre con los fuegos, y á algunos enfermos matan los cascos de las bombas que revientan en ese lugar. En el momento en que se operaba á un herido, la esplosion de una bomba apaga las luces; cuando se encienden de nuevo, se halla al paciente despedazado, y otros muchos heridos ó muertos. Se suceden unas á otras las escenas de horror y de sangre, que es fuerza renunciar á describir, para no incurrir en una monotonía de horrores, presentándolas sin colorido y sin interes. El hospital es trasladado á San Francisco, que hasta entónces habian respetado algo los proyectiles enemigos; pero apenas queda establecido el hospital, cuando se dirigen allí las bombas.

En el mismo convento de Santo Domingo las bombas ocasionan un incendio, que se logra sofocar por los esfuerzos de los ingenieros, del ayuntamiento, presidio y alguna tropa; pero el fuego aparece en otro lugar, y luego en otro y en otros mas, y las bombas se multiplican sobre los lugares del incendio para impedir que se sofoque, porque es un enemigo bárbaro el que ataca á Veracruz. Por esa causa las panaderías sufren mucho con los fuegos, porque el humo de sus chimeneas sirve de blanco á los proyectiles del enemigo, que quiere aniquilar para vencer sin peligro.

El dia 24 rompe el fuego la batería establecida en una altura distante de 600 á 700 varas, al Sur del baluarte Santa Bárbara: esta altura forma una cresta pararela á la muralla de la plaza y elevada 15

varas sobre su nivel. La batería se compone de cuatro bomberos de á 68 y cuatro de á 36, sacados del vapor Missisipí. Seis piezas están asestadas contra el baluarte Santa Gertrudis. El fuego ha comenzado á desmantelar á Santa Bárbara, y ha abierto brecha en la muralla unida á la semigola derecha del mismo baluarte; las granadas y balas en sus rebotes perforan los edificios, arruinando la manzana; pero los ingenieros acuden á cubrir la brecha con *barengas* de zapote y sacos á tierra, y la artillería se retira á retaguardia de la plaza del baluarte, que amenaza desplomarse.

Este punto está á las órdenes del primer teniente de marina D. Sebastian Holzinger, quien logra muchas veces apagar los fuegos del enemigo. Caia entónces una lluvia de granadas y de balas, que esparcian la muerte y la desesperacion. En medio de esta lluvia los proyectiles del enemigo habian arrancado varias veces nuestra bandera nacional. Holzinger la clava en el asta, ayudado por un jóven de diez y seis años, subteniente de la Guardia de Orizava, despreciando los dos una muerte casi cierta. En estos momentos en que daban un bello y tierno ejemplo de valor y de entusiasmo, una bala arrancó el merlon, y Holzinger y el jóven Guardia ruedan entre una nube de polvo, de humo y de balas.

Los fuegos de Santa Bárbara han hecho desplomar un lienzo de la batería enemiga, y algunos de los suyos pagaron con su sangre un tributo á la justicia de nuestra causa. Por nuestra parte tambien las pérdidas aumentan: el primer ayudante D. Félix Valdes, mayor de órdenes de la primera línea, al tomar la órden, ha sido muerto por un casco de bomba, y algunos soldados del escuadron de Veracruz han sufrido la misma suerte.—El enemigo y la plaza se dirigen cohetes á la Congréve.

A las once de la mañana de este dia tres columnas enemigas con sus banderas se mueven con direccion al *Matadero*. Han suspendido el fuego: la plaza toca alarma: ha llegado la hora del asalto: nuevos guerreros se presentan buscando la muerte ó el triunfo: el entusiasmo crece: la línea se cubre de defensores: el trémulo anciano quiere tambien su parte en el peligro y en la gloria de los valientes; la juventud se enardece, y gozosa y alegre se dispone á morir. ¡Bellos momentos del mas puro entusiasmo! . . . . Pero el destino ha sido cruel para

sotros: la muerte debia ensañarse en los defensores de Veracruz, que tuviesen defensa ni venganza. Las columnas enemigas se ıltan en los médanos, y sus fuegos vuelven á comenzar. En la noe trabajan los contrarios en nuevas baterías desde el Cementerio ra los Hornos.

Llegó entónces por la mar, via de la Antigua, D. José María Mata, ı libranzas que remitia el gobernador del Estado, que desde las llas de la playa buscaba el modo de auxiliarla.

En la noche el fuego continúa sin descanso, y el número de desgras crece por momentos. Una bomba cae en el laboratorio de pólra que hay en el baluarte de Santiago, en donde trabajaban varios illeros: el edificio vuela por el incendio de tres quintales de pólvo- y mas de veinte bombas, que estaban cargadas, hacen su esplosion, spedazando á los trabajadores, de entre los cuales solo escapa un rgento. Diez y nueve personas mueren en el Hospicio con la ession de otra bomba, y en el hospital de mugeres otras diez y siete recen por la misma causa.

A las siete de la mañana del dia 25 dos vapores y siete cañoneras acoderaron detras del alto de los Hornos, y desde allí dirigian granadas y balas de á sesenta y ocho y treinta y seis; pero la plaza y Ulúa los desalojaron á las nueve, con sus certeros fuegos, que lastimaron gravemente uno de los vapores. Este dia ha sido horrible: un número inmenso de balas se cruzaban en todas direcciones; y á cada momento hacia su esplosion una bomba, sembrando la muerte por todos lados. Los fuegos del enemigo bañaban la plazuela de la Caleta, la Pastora y el baluarte San Juan. Un violento norte aumentaba el horror y la solemnidad sangrienta y terrible de esta escena.

El peligro y las pérdidas por nuestra parte se multiplican. Una la perfora una pared de vara y media de espesor en la iglesia de n Agustin, y va á morir sobre las blindas del parque general que halla en este punto. El baluarte Santa Bárbara, un lienzo del artel del 2.° y la bóveda del de caballería, amenazan desplomarse. ı el muelle, en Ulúa, en la obra esterior, en Santa Bárbara y en la ea hasta Santa Gertrudis, han recibido la muerte muchos hombres, illeros y soldados del activo de Oajaca.

Las desgracias en la poblacion son numerosas, y no queda ya un

lugar seguro. A la una de la mañana algunas mugeres vagaban pidiendo asilo para varios niños que quedaban huérfanos, arrebatándoles las bombas á sus padres. En la capilla de la Divina Pastora solo una bala habia penetrado, y el comandante del punto aloja allí á los desgraciados huérfanos. Los niños lloraban pidiendo pan. . . . . . El soldado no tomaba aun á esa hora el rancho, que no se habia preparado á causa del fuego, y que consistia solamente en arroz, frijoles, y alguna vez bacalao. Y los niños lloraban, lloraban pidiendo su pan, que no podia dárseles. Un veterano del 8.º regimiento se acerca á ellos entónces; saca una galleta de su chacó, diciendo: "Hoy me la han regalado, y la guardaba para comerla con mi rancho; pero quiero mejor que la coman los niños." El comandante del punto alargó una moneda al soldado, y éste la rehusó: "Mi gefe, le dijo, yo tengo hijos en mi tierra, y me alegraré si alguno les da pan si lloran." Sentimos no enriquecer nuestras memorias con el nombre de este veterano.

El norte continuaba soplando: á la luz de la luna se observaban algunos buques perdidos en la playa de Vergara, y un gran movimiento de linternas en esa direccion.

El parque escasea en la plaza, y se construyen cartuchos con brines sacados de los depósitos de los cuerpos de infantería, cuya devolucion garantiza el ayuntamiento.

Durante toda la noche el fuego ha sido continuo, y sigue lo mismo el dia 26. Es un espectáculo terrible el que presenta Veracruz en estos momentos: padres de familia que han perdido sus casas, su fortuna, sus hijos; niños desgraciados que no tienen ya padres; algunos heridos abandonados, sin alimento, hasta sin curacion á veces, porque el hospital es el blanco de los proyectiles enemigos; otros, arrastrándose por las calles, macilentos y ensangrentados, en busca de los auxilios de que carecen. El pueblo, pobre, hambriento, porque come con la guarnicion de los víveres acopiados por el ayuntamiento, y éstos son ya muy escasos: tal es el espectáculo que presenta Veracruz. Y la falta de parque, que ha tenido que pedirse á Ulúa, y la imposibilidad de reponer multitud de cureñas rotas y de cañones fuera de combate, vienen á completar este cuadro de devastacion.

Los cónsules estrangeros solicitan permiso para salir á pedir al enemigo garantías para sus compatriotas. En la tarde la plaza toca "al-

to el fuego." Una comision de estrangeros sale bajo bandera francesa á pedir proteccion á los buques de guerra de sus naciones, y regresa, despues del peligro que ha corrido con el norte, y de que el comodoro Perry quiso hacerles fuego. Se oyó tambien alguno de fusilería por los Médanos, y se corrió la voz de que venian auxilios. Las mugeres vagan indagando si han salido los cónsules. Todos estos sucesos comienzan á producir la desmoralizacion: los matriculados, que sirven la artillería en el baluarte Concepcion, quieren marcharse en busca de sus familias, y los soldados tienen iguales pretensiones.

Llega la noche: el fuego continúa suspenso; y á las sensaciones de ese terror sublime del peligro, y al entusiasmo mismo, sucede esa ansiedad y esa reflexion con todos sus cálculos, que se hace sentir en los momentos en que, pasado un riesgo, se espera otro nuevo, sin poder medir su magnitud. Las circunstancias son á cada instante mas graves. El comandante general pide su opinion á algunos gefes de cuerpo, respecto de una salida para abandonar la plaza y abrirse paso por entre la línea enemiga, y manda que se esplore sobre este punto la opinion de la tropa. Los guardias nacionales representan que sus familias han quedado en la plaza por acompañarlos en el peligro; pero protestan que están dispuestos á salir en el momento que se les mande. En la tropa permanente se notan algunos síntomas de desmoralizacion, y se escuchan quejas sobre la falta puntual de alimento. La Guardia de Orizava, granaderos de Oajaca, y otros gefes y oficiales de la de Veracruz se decidieron, temiendo una capitulacion, á marcharse y correr la suerte de atacar la línea enemiga. Pero el comandante general ocurre á impedirlo, proclamando la union de todos los defensores de Veracruz, para esperar lo que aconteciere.

A la media noche se reunió una junta de guerra, en la cual hizo dimision del mando el general Morales, encargándose de él el general Landero. Este hecho parecia que presagiaba alguna desgracia. . . . . .

El nuevo gefe de la plaza se encargaba del mando en circunstancias bien difíciles: la situacion de Veracruz era cada instante mas crítica: los víveres, las municiones, los recursos de toda clase escaseaban por momentos; y se aproximaba ya el término de una defensa tan esforzada como poco favorecida de la fortuna.

Las horribles escenas de desolacion que se han sucedido en estos dias, y que se presentan bajo mil aspectos diferentes, han causado un profundo terror en la parte inerme de la poblacion, que busca por todas partes en donde refugiarse. Lo material de la ciudad causa espanto: desde la puerta de la Merced hasta la parroquia no hay una sola casa que no haya sufrido, y la mayor parte de ellas están derrumbadas, y las calles intransitables por los escombros. De la parroquia para la *Cal*[illegible], aunque no en este grado, todas las casas estan deterioradas. No hay alumbrado, ni se puede transitar por las aceras, por temor de que se desplomen los edificios. [illegible] habitacio- [illegible] y la [illegible] González de Escalante se halla llena de ancianos, mugeres y niños, á quienes dió asilo, llevando su generosidad hasta el grado de prepararles alimentos. Séanos lícito consagrarle en estas líneas un testimonio de gratitud por su noble conducta.

Antes que amaneciese el 27, los cónsules de Inglaterra, Francia, España, Prusia y Ciudades Anseáticas, y el alcalde segundo del ayuntamiento, salieron para el campo enemigo á solicitar el permiso de salir para los neutrales, y para los ancianos, los niños y las mugeres, de las cuales un gran número esperaban el resultado de este paso, en la casa del cónsul de España. La comision regresó, manifestando que el general Scott, sin darle audiencia, le hizo saber por medio de un ayudante, que no permitiria la salida á nadie, mientras la plaza no se rindiese, puesto que se habia advertido á los neutrales de la suerte que correrian en el bombardeo (lo cual es falso) y que haria fuego sobre cualquiera que intentase salir. ¡Bárbaro medio de contrariar la heróica resolucion de los defensores de Veracruz, de morir bajo sus ruinas ántes que ceder al enemigo!

Esta noticia, á la que se agrega que si á las seis de la mañana no se ha rendido á discrecion la plaza, romperán el fuego las baterías que ya existian y otras nuevas, difunde el terror y lo lleva hasta su último grado. Se veian entónces grupos de señoras de todas clases que, cargando pequeños lios de ropa, recorrian las calles, despavoridas y sin aliento: su angustia se retrataba en el rostro; reinaba ese pavor que nace de la contemplacion del peligro pasado, cuando se es-

22

pera otro nuevo. La madre llevando á sus tiernos hijos, los arrastraba, buscando un asilo seguro, que la triste realidad le negaba; a jóven, guiando los pasos del trémulo anciano, alzaba al cielo sus ojos llenos de lágrimas, implorando un refugio para salvar al autor de sus dias; el niño, aterrorizado con el espanto de su madre, la seguia apenas en su carrera. El peligro con todos sus horrores; esa muerte segura y sin defensa, engalanada con sus arreos de sangre, era el triste porvenir de una poblacion inerme. En medio de esta agonía pavorosa la hora fatal se acercaba; y esa multitud aterrorizada no tenia mas que una pregunta, un pensamiento solo, porque el relox de la ciudad ha sido destruido por las bombas y todos desean saber si son ya las seis.—De entre los neutrales, los unos participaban de este terror, y los otros, desesperados, se presentaban en los puntos fortificados para morir matando. Esa horrible sensacion de inquietud que precede á los momentos supremos, se habia apoderado de todos.

En estos instantes de agonía se corre la voz de que los cónsules estrangeros se atreven á salir á la cabeza de sus compatriotas y bajo el pabellon de sus naciones; que el alcalde segundo conduciria á los ancianos, á las mugeres y á los niños, resolviéndose todos á sufrir el fuego con que se les ha amenazado. Las mugeres acogen con el entusiasmo de la desesperacion esta idea, que les ofrece el medio de hacer cesar ese martirio lento y prolongado que sufren; todas abandonan sus casas; apenas se proveen de lo necesario para salir; y llevando en los brazos á sus hijos, se dirigen á las líneas en busca de sus deudos. Allí, entre sollozos convulsivos, la anciana madre besa la frente de su hijo por la última vez; la tierna vírgen recibe la bendicion de su padre, como al borde del sepulcro; y la esposa y la hermana estrechando en sus brazos al guerrero, se despiden de él para la eternidad. Y esos soldados, que no han temblado al estruendo pavoroso de los proyectiles enemigos; esos valientes, que han visto sin inmutarse, caer mutilados y moribundos á sus compañeros; que han comido su escaso rancho á la luz de los incendios que devastaban sus fortunas, tranquilos y serenos, consagrados únicamente á la patria, sienten tambien rodar una lágrima por su mejilla; pero no vacilan, y en el estremecimiento de su dolor, al estrechar contra el seno á la tierna esposa, al recibir la bendicion delirante de una anciana madre,

solo claman: "Venganza, Dios mio, venganza. . . . . . ." Venganza, es la única voz que se escucha en las líneas. . . . .

Para evitar la repeticion de estas escenas, que desgarran el corazon, fué preciso poner centinelas en algunos puntos. La poblacion vagaba indagando cuál seria la puerta de salida. Las casas de los cónsules estaban sitiadas, y el comandante general perseguido por multitud de señoras y de neutrales, que le pedian que pusiese un término á la calamidad general. Se le hacia presente para obligarle, que el enemigo no necesitaba perder ni un hombre para rendir la plaza, porque sus proyectiles destruirian la ciudad, y que para ello habia establecido una nueva batería con setenta piezas, que no dejaban concebir la mas ligera esperanza. . . . .

Parece que una cruel fatalidad presidia en esta campaña los destinos de México, y que los mas nobles esfuerzos y sacrificios de algunos de sus hijos debian ser coronados por el infortunio. Esto aconteció en la plaza de Veracruz, que se vió obligada á sucumbir al enemigo. El 25 de Marzo habia sido un dia terrible para la ciudad, que jamas lo olvidará, y en el cual el ejército de los Estados-Unidos habia hecho gala, si se nos permite esta espresion, de todo su poder, y en la plaza se habia sentido toda la amargura de la posicion con una escasez suma de municiones de boca y de guerra. Así es que de este dia datan las negociaciones entabladas con el enemigo. Creemos oportuno para esplicarlas, copiar aquí las palabras del comandante de ingenieros D. Manuel Robles, cuyo valor y pericia dan mucha importancia á su opinion, y que fué uno de los comisionados mexicanos en union de los señores coroneles D. Pedro de Herrera y D. José Gutierrez de Villanueva.

"En la noche del 25 al 26, dice el Sr. Robles, en una junta de gefes se acordó capitular, sin que yo tuviese conocimiento ni de la junta ni de su acuerdo, hasta la madrugada, cuando ya se habia dirigido una comunicacion al general en gefe enemigo, proponiéndole la reunion de comisionados para acordar los términos de la capitulacion. Inmediatamente hice una protesta por escrito, por no haberse oido al comandante de ingenieros, conforme previene terminantemente la Ordenanza, y manifesté mi opinion en contra de la capitulacion. Esto no fué porque creyese infundadas las razones que se habian tenido

presentes para la junta, al considerar que no era posible continuar la resistencia, ni tampoco porque me pareciese fácil que la guarnicion rompiese la línea enemiga como yo habia propuesto, ni falta de fundamento y de justicia el temor que se habia manifestado de que en este caso quedaria entregada á discrecion del enemigo la poblacion que tan heroicamente habia contribuido á la defensa. Pero siendo el ataque de Veracruz la primera operacion de la campaña en este rumbo, creia conveniente que la resistencia se llevara mas allá de lo que previenen las leyes de la guerra en circunstancias ordinarias, para despertar con este ejemplo el entusiasmo nacional."

"En una nueva junta, que se celebró al saberse que el general enemigo aceptaba la reunion de comisionados que se le habia propuesto, la guarnicion me nombró por uno de los suyos, honor que no pude rehusar, y se comenzaron las negociaciones. . . . . . . El 26 los comisionados vieron claramente que el enemigo estaba resuelto á no conceder otras condiciones, que las que los usos de la guerra no le permitian negar, y rompieron la negociacion; pero obligados á entablarla de nuevo el 27, no pudieron ya, conforme á sus instrucciones, dejar de aceptar lo que se les ofrecia. Sin embargo, obtuvieron cuanto en circunstancias semejantes suele concederse, y ademas que quedasen esceptuados de la capitulacion cuarenta y ocho gefes que serian electos por la guarnicion, y muchos de los cuales han prestado despues muy buenos servicios. Los comisionados nunca pudieron imaginar que la condicion de que los oficiales y tropa prisioneros, en lugar de quedar en poder del enemigo, quedasen en libertad, dando su *palabra de no tomar las armas hasta ser debidamente cangeados*, se tomase como un vergonzoso juramento de no servir á su pais. En las historias de las guerras europeas de este siglo se habian visto muchos ejemplos de capitulaciones de plazas con esta misma condicion, considerada siempre como una concesion, y mas aun en que esta gracia era solo acordada á los oficiales, quedando la tropa prisionera; y lo mismo se quiso exigir en Veracruz, costando no poco trabajo á la comision obtener la libertad de los soldados."

Estas negociaciones dieron por resultado la capitulacion que se acordó el 27, y el general Landero, en junta de guerra que se verificó en la madrugada de este dia, atendiendo á que no habia parque mas

que para tres horas de fuego; á que no habia mas víveres que los acopiados por el ayuntamiento, de los cuales participaba la poblacion, y á otras varias razones, se vió obligado, por fin, á poner un término á esta lucha tan desventajosa para nosotros; y esto, que por una parte calmaba la ansiedad pública, escitó por la otra el disgusto militar. La Guardia Nacional de Veracruz, que, al mando de D. Manuel G. Zamora, formaba una parte de la reserva, declara que no capitula; lo mismo se escuha en las líneas, y comienzan á notarse síntomas de una revolucion. Sin embargo, la funesta verdad de los fundamentos de la capitulacion triunfa de este disgusto, y calma los ánimos.—El general Morales que, ídolo de Veracruz, habia unido su gloria con la gloria de esta plaza, se marchó con el mayor de la Guardia Nacional en una lancha, por no capitular.

Todo habia acabado para Veracruz. Esos valientes veteranos y nacionales, que tanto sufrieron, que tanto sacrificaron, que fueron diezmados por los proyectiles enemigos, sin tener siquiera la ocasion de vengar la sangre de sus hermanos, debian entregar sus armas á un enemigo, á quien la superioridadad de sus elementos de guerra y el delirio de la capital habian dado la victoria. Y esa poblacion desgraciada, que habia sufrido un bombardeo que, relativamente hablando, no tiene ejemplo en el mundo; esa poblacion inerme, que habia visto perecer á centenares de víctimas inocentes é indefensas entre los escombros de las ruinas, y desaparecer entre las llamas de los incendios su fortuna y el porvenir de sus hijos, debia tambien apurar el cáliz de la desgracia, viendo á un enemigo tan afortunado como sanguinario y desapiadado, pisar orgulloso las calles de la heróica ciudad, cuya pérdida se estima de cinco ó seis millones de pesos.

Todo ha acabado para Veracruz. En vano de cuatrocientos á quinientos de sus habitantes han perecido; en vano seiscientos ó mas guerreros derramaron su sangre, pereciendo cuatrocientos de ellos. ¡Las tumbas de estos valientes serán holladas por el vencedor! . . . . . En vano la ciudad ha sufrido los estragos de seis mil setecientos proyectiles con peso de cuatrocientas sesenta y tres mil libras, que el enemigo dirigió sobre ella; en vano la plaza gastó ocho mil cuatrocientas ochenta y seis para defenderse. La ciudad ha caido en poder del invasor, y la fortuna cruel ha dado este nuevo y doloroso golpe á la desgraciada República mexicana.

En la capitulacion se convino que la guarnicion quedase prisionera, evacuando la plaza con todos los honores de la guerra, y entregando sus armas; que los oficiales mexicanos conservarian sus armas y efectos particulares; que la fuerza mexicana empeñase su palabra de no volver á servir hasta ser cangeada; que de la fuerza veterana dispondria el general mexicano como juzgase conveniente, y á la nacional se permitiria regresar á sus hogares; que el material de guerra y propiedades públicas del castillo, la plaza y sus dependencias, pertenecerian á los Estados-Unidos; y que se garantizaba una completa proteccion á los habitantes de la ciudad y sus propiedades, y una absoluta libertad en el culto y ceremonias religiosas.

La capitulacion que se acordó el 27 estaba ratificada el 28, y en la mañana se desampararon los puntos para prepararse al tristísimo acto que debia verificarse al siguiente dia. Varacruz era un campo de desolacion. Al entusiasmo guerrero, á esa noble abnegacion con que las mugeres mismas y los ancianos se habian resignado á todo género de padecimientos para salvar á la patria, habia sucedido una sensacion de horror respecto del enemigo. Hay en el pueblo de Veracruz cierto entusiasmo, cierta energía de pasiones, que lo caracterizan y que se manifestaba en este dia. Parte de la Guardia Nacional se habia disuelto, y nadie pensaba mas que en huir de la presencia abominable del vencedor. Los habitantes se felicitaban por haber escapado de un peligro tan inminente como el que acababa de pasar, y la ciudad triste y silenciosa, tenia un aspecto funerario.

Amaneció el 29. A las ocho de la mañana la artillería saludó al pabellon nacional que se arriaba en Ulúa y en los baluartes de tierra; ¡últimos honores que una guarnicion tan desgraciada como valiente podia hacer á su bandera! A las diez, la tropa que habia estado en formacion desde las nueve en las calles que se dirigen á la Merced, marchó para el llano de los Cocos, en cuyo centro habia una bandera blanca y otra americana. La tropa, formada en columna, apoyaba allí su cabeza, quedando dentro de un cuadro que formaban ocho mil hombres con cuatro baterías. Fungian de intérpretes el teniente coronel D. Manuel Robles y su ayudante D. Joaquin Castillo, que tan valientemente se habian conducido en los dias del peligro. El general Worth, haciendo mil cortesanías á nuestros gefes, y rodea-

do de sus ayudantes, de gran uniforme, se presenta. La hora fatal suena. Los soldados, llorando, se despojan de sus fornituras, y al formar pabellones con sus fusiles, algunos los hacen pedazos para no entregarlos al enemigo. Un batallon americano marcha, estrechando los costados de nuestra tropa, y coloca centinelas con cinco pasos de intervalo, para cuidar las armas que se han dejado.

El sacrificio estaba consumado; pero los soldados de Veracruz recibian el homenage debido al valor y á la desgracia; el respeto del vencedor. Ni una sola mirada que pudiera parecer insulto recibia nuestra tropa de los soldados enemigos, que mostraban la mayor circunspeccion. La columna recibe la órden de marchar por Medellin y no por Vergara, para evitar los insultos de los voluntarios que sus gefes mismos no pueden reprimir. Antes de marchar, desarmada ya la tropa y conservando sus espadas los oficiales, se da á reconocer como gefe de la columna al coronel D. José Francisco Lopez. En ese momento se enarbolaba en Ulúa y en los baluartes el pabellon enemigo, saludado por la marina y por nuestros propios cañones, escitando de nuevo el resentimiento, la desesperacion y la amargura de los soldados y aun de las mugeres.

En marcha ya por el camino de Medellin, hicieron su saludo las baterías del cuadro en donde se entregaron las armas, y los médanos, dice la relacion de un testigo presencial, los árboles y los techos de las casas, se pusieron azules con la gente vestida de ese color, que apareció sobre ellos gritando: ¡Hurra!!!



CAPITULO XI.

CERRO-GORDO Y ORIZAVA.

I.

La ocupacion de Veracruz por el ejército americano, fué la prime^r^ señal de alarma para la capital de la República. Hasta entónces se habia juzgado como un delirio la amenaza de los Estados-Unidos de hacer flamear su pabellon sobre el palacio de los Moctezumas; pero al ver á los invasores dueños ya de una plaza tan importante, cuya resistencia habia hecho concebir tantas ilusiones, y al examinar la impotencia de la misma capital, debilitada por la mas escandalosa de las revoluciones, vino el presentimiento de la desgracia á infundir el terror y el desaliento, precursores siempre de los grandes infortunios nacionales.

El general Santa-Anna, que acababa de tomar posesion de la presidencia de la República, en consecuencia de los sucesos de la revolucion de Febrero, dispuso inmediatamente que se restableció en México la tranquilidad pública, que saliese una pequeña brigada al mando del general Rangel por el camino de Veracruz: dió órden al general Canalizo para que fuese á reunirse con el general Vega, quien con algunas fuerzas se preparaba á hostilizar á los invasores á su tránsito por el Puente Nacional, y mandó tambien que la division del ejército de

la Angostura se dirigiese para el camino de Veracruz, para reunir todas estas fuerzas en el punto que fuese conveniente resistir al enemigo. En seguida ocurrió al congreso, para que se le concediese la licencia correspondiente para salir de la capital y ponerse á la cabeza del ejército. Obtenido este permiso, y elegido el general Anaya presidente interino, el general Santa-Anna entregó el mando el Viernes Santo, y en la tarde del mismo dia partió con su estado mayor y su escolta para su hacienda del Encero, á donde llegó el 5 de Abril, y estableció allí provisionalmente su cuartel general.

Al llegar á Perote, se encontró con la noticia de que el general Canalizo se habia retirado del Puente Nacional, despues de abandonar cuatro piezas de grueso calibre que habia allí. Irritado Santa-Anna por este motivo, desaprobó lo hecho, y ordenó que se volviese al Puente á salvar la artillería, la que, desmontada, se condujo tirada por bueyes.

A muchos de los dispersos juramentados de Veracruz los obligó el general Santa-Anna á volver al servicio, destinándolos á diversos cuerpos, y disponiendo que los oficiales pasasen á San Andrés Chalchicomula.

II.

Saliendo de Jalapa por el camino de Veracruz, el pais conserva su belleza, hasta que, cerca del Encero, comienzan á descubrirse varias lomas sin esa vegetacion ecsuberante que caracteriza el terreno que se ha dejado atras, y despues, llegando á Corral-Falso, por uno y otro lado del camino se elevan espesos breñales que cubren un estenso lomerío hasta Cerro-Gordo. En este punto, á siete leguas de Jalapa, el borde de una de las mesas de la cordillera forma propiamente un escalon, á cuyo pié se halla el Plan del Rio, donde ya la temperatura de la tierra-caliente se hace demasiado sensible. Sobre la mesa, dominando todas las alturas vecinas, se eleva el cerro conocido hoy con el nombre del Telégrafo, á la izquierda del camino; y á la derecha corre en una cañada profundísima el rio del Plan, entre el cual y el mismo camino, que hace una quiebra en este sitio, se avanzan casi paralelamente varios ramales de lomas que van á morir con el descenso de aquella elevacion, y cuyos costados son inaccesibles. Al

pié del Telégrafo se alza otra eminencia llamada la Atalaya, la cual está encadenada con otras alturas boscosas que se elevan en el bajío, y forman al frente de la posicion descrita un límite á la vista, que le impide estenderse mas allá de una corta distancia.

El teniente coronel de ingenieros D. Manuel Robles, al retirarse de Veracruz, donde su nombre se hizo tan notable, fué encargado por el general Canalizo de hacer un reconocimiento en Cerro-Gordo de aquellas posiciones, y desde luego manifestó que las encontraba ventajosas para molestar al ejército invasor á su tránsito para Jalapa; pero no como el punto mas á propósito para disputarle el paso, ni mucho ménos para alcanzar de él una victoria decisiva. Esta opinion la fundaba principalmente en que el camino podria ser cortado por el enemigo á retaguardia de la posicion, y en que el mejor resultado que debia esperarse, si atacaba por el frente, era rachazarlo, sin poder evitar, que retirándose, se rehiciese en las alturas de Palo-Gacho. Añadia ademas, que la faltade agua en Cerro-Gordo hacia demasiado desventajosa la situacion de nuestras tropas, y que en su concepto donde debia presentarse la batalla era en Corral-Falso, posicion que no ofrecia aquellos inconvenientes. A pesar de estas reflexiones, cuya justicia han demostrado tristemente los resultados, el general Canalizo, por órden espresa del general Santa-Anna, dispuso que el teniente coronel Robles comenzase la fortificacion de Cerro-Gordo.

Entretanto, el enemigo se aproximaba, y apenas habia tiempo para la construccion de obras muy pasageras. Tales eran las que Robles habia emprendido al pié del cerro del Telégrafo hasta el 9 de Abril, cuando llegó allí el general Santa-Anna con su estado mayor para practicar un reconocimiento hasta el Plan del Rio; y fijando desde entónces toda su atencion en las lomas de la derecha del camino, dispuso que el mismo Robles se encargase esclusivamente de su fortificacion, encomendando al teniente coronel de ingenieros D. Juan Cano las obras del mismo camino y de la izquierda. Esa noche permaneció el general en el Plan del Rio, y el 10 contramarchó al Encero para volver el 11 á establecer ya definitivamente su cuartel general en Cerro-Gordo.

Las brigadas de los generales Pinzon y Rangel, las compañías de nacionales de Jalapa y Coatepec, mandadas por el recomendable ca-

pitan Mata, y la benemérita division de Angostura, polvosa aun del último combate, fueron llegando sucesivamente hasta el dia 12, que quedaron ya sobre el campo todas estas fuerzas.—Durante estos dias, en los que se presentó ya el enemigo en el Plan del Rio, se activaban en lo posible los trabajos de las fortificaciones. El teniente coronel Robles habia alzado al borde de los tres ramales de las lomas de la derecha un parapeto, que por la falta de elementos para su construccion, se propuso que sirviera casi únicamente para marcar las líneas en que, colocadas las piezas de artillería y formada la infantería, nuestros fuegos fueran eficaces para batir el terreno que tenia que atravezar el enemigo para asaltar nuestras posiciones. El coronel Cano habia cortado el camino en el punto que éste cambia de direccion á la falda derecha del Telégrafo, situando allí una batería de grueso calibre, y habia practicado un camino cubierto que conducia á las posiciones de la derecha; y el general Alcorta habia formado una tala circular en la cima del cerro mencionado, y establecido en ella una batería de cuatro piezas de á cuatro. En el centro de esta obra se elevaba el pabellon nacional. Mas á la izquierda solo se veian espesísimos breñales y barrancas que el general Santa-Anna daba por cierto ser inaccesibles.

Tal era nuestra línea de mas de un cuarto de legua de estension, sobre la cual distribuyó el general en gefe nuestras fuerzas, colocando en la última posicion de la derecha al general Pinzon con el batallon de Atlixco y 5.º de infantería, que componian una fuerza de quinientos y tantos hombres, con siete piezas de artillería; en la del centro de la misma derecha, al capitan de fragata D. Buenaventura Araujo con el batallon de la Libertad, compuesto de cuatrocientos hombres, y el batallon de Zacapoastla con trescientos hombres y ocho piezas; y en la primera de las mismas posiciones, al coronel Badillo con doscientos cincuenta hombres de las compañías de nacionales de Jalapa, Coatepec y Teusitlan, con nueve piezas de diversos calibres. El campo de Matamoros, situado entre las dos últimas posiciones de la derecha y la primera de las mismas, fué guarnecido con el batallon de Matamoros y Tepeaca con cuatrocientos cincuenta hombres, con una pieza de á ocho, y el general Jarero fué nombrado gefe de la línea comprendida desde este punto hasta el cerro del ge-

neral Pinzon. En la batería del camino, compuesta de siete piezas de calibre, se situó al 6.° de infantería, con novecientos hombres, al mando del general D. Rómulo Diaz de la Vega, á cuyas órdenes estaba tambien el batallon de Granaderos, con cuatrocientos sesenta hombres, destinado como de reserva de las fuerzas de la primera posicion de la derecha. Por último, en el Telégrafo se situó al coronel Azpeitia con el 3.° de infantería, compuesto de cien hombres, y fué nombrado gefe de este punto el general Vazquez; segundo, el general Uraga, y comandante de la artillería el coronel Palacios.

El resto del ejército, á escepcion de la caballería, que permaneció en Corral-Falso hasta el dia 15, acampó por uno y otro lado del camino en la ranchería de Cerro-Gordo, situada á la retaguardia de la izquierda de nuestra línea. El campamento tenia toda la animacion de una ciudad bulliciosa. Grandes jacales de otate con techos de palma, situados de distancia en distancia sobre uno y otro lado del camino, eran las habitaciones del general presidente, de sus ayudantes, del estado mayor, y de todòs los principales gefes y oficiales que no estaban sobre la línea. En los intervalos estaban acampados á la intemperie los cuerpos de reserva, que se componia entónces de los batallones 1.°, 2.°, 3.° y 4.° ligeros, con mil setecientos hombres, y 4.° y 11.° de línea, con setecientos ochenta hombres; y las piezas de artillería que aun no estaban colocadas, los carros de parque, algunas tiendas de campaña, la ambulancia y uno que otro figon, formaban una larguísima calle, en la cual discurrian sin cesar soldados y oficiales de todas graduaciones, y esa multitud de gente aventurera que acompaña siempre á los ejércitos.—Pero escaseaba mucho el rancho de la tropa: las pocas vivanderas que habia, vendian instantáneamente sus malos comestibles sin satisfacer el hambre de los que llegaban un poco tarde á sus figones: el agua que conducian las mulas en barriles desde el fondo de la barranca, se obtenia con mucha dificultad, y el Sol reverberante de aquellos climas escitaba una sed abrasadora, que los soldados apagaban á veces chupando pencas de maguey, lo que les ocasionaba graves enfermedades; y por último, multitud de insectos, casi imperceptibles, mantenian la sangre en una perpetua irritacion y aun llagaban los cuerpos de aquellos en quienes se cebaban.

El ejército enemigo habia acampado sobre el camino frente á nuestras posiciones de la derecha, como á tres cuartos de legua de distancia. El dia 11 una de sus guerrillas, que salian á practicar reconocimientos, tuvo un encuentro con una avanzada nuestra, en el que perdimos tres soldados, y de los americanos, segun se ha sabido despues, resultó herido un oficial. Todos los dias siguientes se esperaba con impaciencia el ataque. El general Santa-Anna al amanecer montaba á caballo, y acompañado de su estado mayor, recorria la línea, ocupándose con mucha materialidad de los desmontes y de la construccion de barracas para la tropa, y cerca del medio dia regresaba al cuartel general, volviendo á montar en la tarde hasta la oracion de la noche que se retiraba á su habitacion, donde acompañado de algunos de sus ayudantes y de los principales gefes del ejército, se le servia la comida, miéntras que á veces una música militar colocada por fuera, ejecutaba sonatas escogidas.

Se vanagloriaba entónces de haber detenido la marcha triunfal del enemigo, y halagado por su fortuna, que, abandonándolo un instante el año de 844, le habia vuelto á sonreir desde su llegada á la República en 846, se entregaba á ilusiones fatales, que originaron quizá sus faltas de prevision. Enteramente fascinado, despreciaba aun la voz de la ciencia, exigia la humillacion de los que lo rodeaban, y era inaccesible á la razon y á la ingenuidad. Faltos de entereza tambien algunos de nuestros gefes, se limitaban á censurar su conducta en corrillos, sin tener toda la enegía necesaria para disuadirlo de sus errores. Nosotros oimos á alguno envanecerse, despues de que habia recorrido nuestra línea por la primera vez, de haber observado defectos importantes en la combinacion general de la defensa, que solo esponia entre sus amigos, presagiando una desgracia inevitable.

El enemigo permanecia acampado frente á nuestras posiciones, sin emprender el ataque tan deseado por nuestro ejército, que se cansaba delante de aquella perspectiva de victoria ó de muerte. Sus sufrimientos hacian mas violenta su situacion, y aumentaban mas y mas su ansiedad por el combate.

Y para el que por la primera vez se hallaba en medio de un ejército frente al enemigo, en circunstancias tan solemnes para la patria, viendo por fin al soldado en el ejercicio de su mision caballeresca, y

participando de su miseria y de su aislamiento; para quien contemplaba desde allí un pueblo entero indolentemente abandonado á la suerte de aquel puñado de hombres, y leia como en un libro una de las páginas mas notables de nuestra historia; para el que, en fin, sentia aplicado sobre aquellos campos el lente del mundo y de los siglos, aquella situaciontan nueva, tan grandiosa, era como la realizacion de un sueño de la fantasía.

El general Santa-Anna, mas impaciente acaso que ninguno, deseando provocar algun movimiento del enemigo y tener algunas noticias del estado en que se hallaban las fuerzas contrarias, así como de su número, dispuso en la noche del 14, que al dia siguiente saliese la caballería al mando del general Canalizo á hacer un reconocimiento sobre el campamento americano, sin comprometer accion decisiva, y procurando sobre todo hacer algunos prisioneros para interrogarlos sobre lo que se deseaba saber. D. Angel Trias, gobernador de Chihuahua, que habia venido desde su Estado, despues de la lamentable jornada del Sacramento, á implorar auxilos contra la invasion, y lleno de generoso entusiasmo, habia querido tomar parte en la lucha que se preparaba, fué nombrado por el general en gefe para que acompañase aquella espedicion é interrogase por sí mismo á los prisioneros que se capturasen.

El dia 15 al amanecer llegó de Corral-Falso la caballería, cuya fuerza la componian los regimientos 5.°, 9.°, Morelia y Coraceros, y los escuadrones de Jalapa, Húsares, Chalchicomula y Orizava, y poco despues de salido el Sol, el mismo general en gefe la puso en marcha, haciendo que desfilase á retaguardia de nuestro campo caminando por una vereda escabrosa que descendia al rio del Plan, para que encumbrando en seguida á la altura opuesta, fuese por detrás de ella á sorprender al enemigo por su izquierda. Despues que hubo marchado esta fuerza, el general Santa-Anna, dirigiéndose á nuestra última posicion de la derecha, único punto desde el cual se descubria el campamento americano, fué á esperar allí el resultado del movimiento emprendido. Entónces se presentaron sobre la misma loma por donde debia aparecer nuestra caballería, algunas guerrillas enemigas, y así el general como los que lo acompañaban, ansiaban el momento en que encontrándolas nuestras fuerzas, las destrozasen sin que

pudiera escapar acaso ni un soldado. Pero se esperó en vano largo tiempo, hasta que impacientado el general, y deseando causar algunos daños á aquellas guerrillas, mandó dispararles algunos tiros de cañon, que sin embargo de no alcanzar quizá á la distancia que se hallaban, las hicieron dispersarse y desaparecer, no sin haber disparado ántes sus rifles algunos de los tiradores sobre nuestro flanco derecho.

Poco despues de haber vuelto el general Santa–Anna al cuartel general, el coronel Codallos, ayudante de S. E., que habia sido mandado á alcanzar la caballería con una órden para el general Canalizo, volvió lleno de fatiga diciendo que habia tenido que hacer un esfuerzo estraordinario para cumplir su comision, por lo impracticable que era la senda que habia tenido que seguir aquella fuerza, llegando las dificultades al estremo de que en los desfiladeros habiamos perdido ya dos ó tres dragones, que despeñándose con todo y caballo, habian ido á perecer al fondo del precipicio. En consecuencia, el general en gefe desistió de aquel movimiento, y la caballería regresó por las lomas á Corral–Falso, á donde llegó á la oracion de la noche con la caballada en el estado de mayor quebranto.

No habiendo emprendido movimiento alguno el enemigo el 16, comenzaba ya á dudarse de sus intenciones, y aun llegó á concebirse la idea de que intimidado por la posicion de nuestro ejército, no se resolveria á dar el ataque, y se retiraria á esperar refuerzos de los Estados–Unidos. Se sabia tambien por dos prisioneros, que la peste hacia mucho estrago en las tropas americanas, lo que agravaba mas su situacion.—Pero, por fin, el 17, al medio dia, habiendo salido el general Alcorta á hacer un reconocimiento por el cerro de la Atalaya, encontró una parte de las fuerzas enemigas, las que batió en retirada con una avanzada nuestra, entretanto que el 3.° de infantería, que guarnecia el Telégrafo, descendia á protejerlo. El general Santa–Anna acudió allí inmediatamente, haciendo subir á algunos cuerpos despues de haber mandado que sobre el camino formase la columna de reserva: situó en la falda del Telégrafo á los batallones ligeros en varias líneas, escalonadas en el centro de aquella posicion, al 4.° de línea hácia la izquierda, que era por donde cargaba con mas tenacidad el enemigo, y en la cumbre sobre los parapetos quedó una parte del 3.° de línea y el 11.° de infantería. El 6.° de infantería acudió á la

derecha por órden del general Vega, impidiendo con sus fuegos que la posicion fuese envuelta. Un fuego vivísimo se sostenia por ámbas partes, y los empujes de los americanos sobre nuestras líneas eran rechazados con el mayor vigor. La presencia del general Santa-Anna, que sobre la misma cumbre del cerro, acompañado de su estado mayor, ordenaba la accion, animaba á las tropas: los alegres vivas á la República, á la independencia y al general en gefe, en que prorumpian los que acompañaban á S. E., escitaban en ellas un vivo entusiasmo. Nuestros soldados afrontaban la muerte con denuedo, la desafiaban y resplandecia en sus frentes el júbilo de la victoria. La batería de la cumbre, mandada por el teniente Olzinger, jugaba diestramente, haciendo mucho estrago sobre los americanos, que divididos en tres secciones, cargaban sobre la izquierda, centro y derecha de la posicion, consiguiendo avanzar mas por la izquierda, pero sin lograr nunca una ventaja decidida. Resistidos en este último punto por el 4.° de línea, hacian sobre él un fuego terrible, que puso fuera de combate multitud de soldados y oficiales de este cuerpo. En los demas puntos se le resistia con el mismo esfuerzo, y prolongándose de hora en hora aquella lucha, terminó al fin, porque rechazados los enemigos por todas partes, se retiraron algunos al mismo cerro de la Atalaya, y los demas se internaron en las boscosas cañadas que se descubrian á la izquierda de nuestras posiciones.

Como á las cinco de la tarde, las dianas, las músicas y los vivas mas entusiastas, difundian por nuestro campo un regocijo universal. Mas de doscientos hombres que perecieron ó quedaron heridos esa tarde, cayeron sobre un campo que por sus esfuerzos perteneció un dia mas á la República. Los cadáveres de aquellos desgraciados fueron enterrados en la noche, y los heridos se enviaron á Jalapa en varios carros, cuyo movimiento hacia mas agudos sus dolores. Los cuerpos que habian sostenido la accion, se retiraron á sus campamentos respectivos, á escepcion de 4.° de infantería, 1.° y 2.° ligeros que reforzaron esa noche la guarnicion del cerro.—Un estraordinario partió inmediatamente para México con la noticia del buen éxito de nuestras armas en aquella tarde. En la noche fué general en todo el ejército el convencimiento de que el enemigo emprenderia su ataque por la izquierda, supuesto el reconocimiento que acababa de pract-

car, y es muy notable la observacion de que nuestra resistencia fué mayor cuando el mismo enemigo solo trataba de medirla, que cuando se propuso decididamente vencerla.

El mismo dia 17 habia llegado á Jalapa la brigada del general Arteaga, compuesta de los batallones activos y de Guardia Nacional de Puebla, y á penas acababa de alojarse en los cuarteles, cuando llegó la órden del general Santa-Anna para que inmediatamente se pusiese en marcha para Cerro-Gordo. Sin tomar descanso alguno de la jornada que acababan de rendir, aquellos infelices soldados continuaron su camino, y en la noche llegaron la mayor parte de ellos á Dos-Rios, dejando atras varias partidas que no pudieron resistir al cansancio. Al dia siguiente, en momentos bien críticos por cierto, llegó la brigada reunida á Cerro-Gordo.

No obstante de que, al parecer, el general Santa-Anna fijaba toda su atencion en las posiciones de la derecha, por donde regularmente esperaba el ataque decisivo, aleccionado tal vez con lo que acababa de pasar, esa noche hizo subir al cerro dos piezas de á doce, y una de á diez y seis, la que no llegó sino hasta media falda por la parte de la izquierda: ordenó á los gefes de ingenieros, Robles y Cano, hiciesen en el mismo cerro las fortificaciones mas urgentes, y el dia siguiente, ántes de la madrugada, situó él mismo una batería á la orilla del camino casi delante del cuartel general frente á la boca de una boscosa baranca. Los americanos, durante la noche, establecieron tambien una batería en el cerro de la Atalaya, y sus preparativos de ataque para el próximo dia fueron solamente interrumpidos por algunos cañonazos que mandó disparar sobre ellos el general Vazquez, comandante del cerro del Telégrafo.

Al amanecer el dia 18, el estruendo del cañon enemigo resonó en aquellos campos como anuncio solemne de la batalla. Sobre el cerro mismo donde los bravos insurgentes habian en otro tiempo derramado su sangre por la independencia, flameaba nuestro pabellon, y bajo su sombra, desde aquella altura, se descubria una línea de hombres que debia servir de muro contra el invasor. Entre las filas, los diversos rangos y distintivos del ejército, desde el soldado hasta el general en gefe, condecorado tambien entónces con la suprema dignidad nacional, aparecian en aquellos momentos con todo el pres-

tigio, con todo el brillo, que las ilusiones del patriotismo les concedieron.

El enemigo, sirviéndose de la batería de la Atalaya, rompió desde aquellas horas sus fuegos sobre el Telégrafo, de donde le fueron contestados por nuestra parte. El general Santa-Anna se ocupaba entónces de acabar de situar la batería de la orilla del camino, y los ingenieros Robles y Cano bajo los fuegos enemigos construian obras pasageras en la falda del mismo Telégrafo, en el propio sitio donde habian formado la tarde anterior los cuerpos que defendieron el centro de la posicion. Sobre las posiciones de la derecha y del centro de nuestra línea se hallaban las mismas fuerzas que desde ántes las guarnecian: sobre el cerro se hizo subir al 1.º y 2.º ligeros que habian bajado en la madrugada á tomar su rancho: el 6.º de infantería volvió á cubrir la derecha. El 4.º de línea quedó situado donde mismo se habia defendido tan intrépidamente el dia 17. La caballería, que se hizo venir de Corral-Falso en la noche, formó sobre el camino, apoyando su derecha frente á la batería que se acababa de establecer, y que estaba sostenida por el 11.º de infantería; y los batallones 3.º y 4.º ligeros permanecieron formados tambien en el camino, dispuestos para marchar al punto que se les señalase.

Tal era la disposicion de nuestras fuerzas ántes de la salida del Sol, á cuyo tiempo el cañoneo fué siendo mas y mas vivo entre los dos cerros, hasta llegar á repetirse el estruendo instante por instante. El enemigo arrojaba sin cesar granadas, cohetes y toda clase de proyectiles, que caian sobre el cerro, sobre el camino, y aun mucho mas allá de nuestro campo. Sus columnas avanzaban entre tanto por detras de la Atalaya por las escabrosidades del frente de nuestra izquierda, y cerca de las siete de la mañana emprendió una de ellas, al mando del general Twigs, el ataque sobre el Telégrafo.

El general Santa-Anna, luego que estableció la batería de la izquierda, se dirigió á las posiciones de la derecha, movido acaso de su primera idea; pero deteniéndose despues de haber pasado la batería del centro, y observando desde allí la viveza con que se sostenia el cañoneo por nuestra parte, mandó órden al general Vazquez para que no desperdiciase el parque y para que abrigase la tropa de los fuegos enemigos. Regresando en seguida por el camino, al llegar al



Gral VASQUEZ.

Lit. de P. Blanco | L. de Plateros n.° 15

pié del Telégrafo, se rompia entónces el fuego de fusilería, é inmediatamente hizo subir á los batallones 3.° y 4.° ligeros en auxilio de las fuerzas que defendian aquel punto.

Los americanos cargaban decididamente, dispersándose en tiradores, ocultándose tras de los arbustos y maleza que cubrian el terreno, sobre las talas apenas indicadas que se habian tratado de construir esa mañana, sostenidas por el 3.° de línea, 2.° ligero y parte del 4.°: hacian empujes igualmente esforzados sobre la izquierda del Telégrafo, defendida por el 4.° de línea, y sobre la derecha, donde el 6.° de infantería se situó, como la tarde anterior, para rechazarlos. La artillería de una y otra parte habia cesado de obrar por la proximidad á que se hallaban los combatientes: el fuego de fusilería era tan vivo como el ardor de la pelea: la muerte, agitando sus alas sobre aquel campo ensangrentado, incendiado en algunos puntos por los proyectiles enemigos, se mecia horriblemente sobre la espesa humareda que envolvia á millares de hombres encarnizados en la lucha: nuestros soldados caian á montones en medio de aquella confusion, y los enemigos, cayendo tambien, eran instantáneamente reemplazados por otros que parecian reproducirlos. Entónces perecia dignamente el coronel Palacios, comandante de la artillería del cerro, herido por las balas enemigas; entónces la fama de los guerreros coronaba la carrera del general Vazquez en la plenitud de su ejercicio, con una muerte gloriosa en medio del estruendo de las armas; entónces centenares de valientes derramaban su sangre por la mas santa de las causas. Muerto aquel general, debia reemplazarlo su segundo el general Uraga; pero éste se hallaba á la cabeza de su batallon, el 4.° de línea, en la falda izquierda del Telégrafo; y no habiendo momento que perder, tomó el mando el general Baneneli, cuyo cuerpo, el 3.° ligero, habia permanecido como de reserva, cubierto de los fuegos con la misma cima del cerro. La viveza del combate, redoblándose mas y mas, hacia caer nuevas víctimas: el 2.° ligero y el 3.° y 4.° de línea habian perdido casi toda su fuerza, y aun el último la mayor parte de su oficialidad: los enemigos, sobrepujando con el mayor número los esfuerzos de los nuestros, se apoderaban sucesivamente de las obras bajas de la posicion, y sin perder un instante, ascendian rápidamente á asaltar la última de la cumbre.

Algunos de nuestros soldados comenzaban yá á abandonar sus filas, y descendian por la parte opuesta, tratando de confundirse con los heridos que se retiraban; pero advirtiéndolo el general Santa-Anna, para impedir aquel desórden mandó algunos de sus ayudantes, quienes por la fuerza y por el estímulo del entusiasmo, consiguieron que volviesen á subir los fugitivos.

Entre tanto, el general Baneneli apelaba al último recurso, mandando calar bayoneta á sus soldados, que ufanos de tomar por fin parte en un combate que solo habian escuchado, hicieron esta operacion levantándose llenos de brio para acudir á donde se les llamaba; pero sorprendidos de encontrarse desde luego brazo á brazo con el enemigo, tan superior en número, rodeados por todas partes, aterrorizados instantáneamente, se desordenaron en este momento, y en vano su gefe apuró todos los esfuerzos para contenerlos. Envueltos, él mismo, los gefes de ingenieros y otros oficiales que con espada en mano trataban de ordenarlos, rodaron materialmente por la pendiente opuesta del cerro, atropellados por la multitud que, como un torrente, se despeñaba desde la altura.

Sobre la cumbre del cerro se veia entónces, en medio de una columna de humo denso, una multitud de americanos, circundados de la rojiza luz de sus fuegos dirigidos sobre la enorme masa de hombres que se precipitaba por la pendiente, cubriéndola como de una capa blanca, por el color de sus vestidos. Era aquel horrible espectáculo como la erupcion violenta de un volcan, arrojando lavas y cenizas de su seno y derramándolas sobre su superficie.

Entre el humo y el fuego, sobre la faja azul que formaban los americanos al derredor de la cima del Telégrafo, flameaba aun nuestro pabellon abandonado. Pero bien pronto en la misma asta, por la parte opuesta, se elevó el pabellon de las estrellas, y por un instante flotaron entrambos confundidos, cayendo por fin el nuestro desprendido con violencia entre la algazara y el estruendo de las armas de los vencedores, y los ayes lastimeros y la grita confusa de los vencidos. Eran los tres cuartos para las diez de la mañana.

Por la parte de la derecha de nuestra línea el enemigo se habia presentado durante el ataque del Telégrafo, y avanzando en columna sobre la posicion del centro, intentaba asaltarla para hacerse á la

vez dueño de todos nuestros atrincheramientos. El capitan de navio Godinez, comandante de artillería, habia convenido con los comandantes respectivos de las tres posiciones, en dejar que avanzasen los enemigos sobre cualquiera de ellas, sin hacerles fuego sino hasta que estuviesen á muy corta distancia, teniendo á prevencion las piezas cargadas con metralla. La columna americana, compuesta de los voluntarios, al mando del general Pillow, se aproximaba mas y mas sin que de nuestras líneas saliese un solo tiro; pero no bien estuvo á una distancia conveniente, cuando una descarga cerrada de nuestras piezas, que cruzaban sus fuegos en aquel punto, acompañada de un vivo fuego de fusilería de las tres posiciones, haciendo un estrago horrible en los enemigos, los desordenó y los obligó á huir apresuradamente.

Antes de que pudieran reorganizarse, y cuando nuestros soldados no habian sufrido el mas leve daño, el Telégrafo habia sucumbido, y los americanos, que se habian apoderado de él, descendiendo por su falda derecha, sobre la batería del camino, de que no llegaron á hacer uso nuestras fuerzas, cortaron enteramente aquellas posiciones, que quedaron envueltas por todas partes y dominadas por el cerro desde el que el enemigo les dirigia sus fuegos. El general Jarero ya no intentó ninguna resistencia, y capituló, entregándose con toda la fuerza que mandaba á disposicion del enemigo.

Al perderse el Telégrafo, el 6.° de infantería se habia replegado á las posiciones de la derecha, donde capituló con los demas cuerpos: el batallon de Granaderos, que habia sido traido de la batería del centro al pié del cerro, se dispersó en su mayor parte, á pesar de los esfuerzos que se hicieron para reunirlo.

La brigada del general Arteaga, que habia llegado en los momentos del conflicto, contagiada con la desmoralizacion de las demas fuerzas, se hallaba en desórden frente al cuartel general sin haber combatido: el 11.° de infantería, á virtud de distintas órdenes del general en gefe, hacia repetidas marchas y contramarchas por aquel mismo punto: los restos dispersos de los batallones 2.°, 3.° y 4.° ligeros, y 3.° y 4.° de línea, acudian allí tambien en el desórden consiguiente, y toda aquella masa de hombres, acobardados, sin moral, sin disciplina, se revolvian en un corto espacio de camino en la confusion mas espantosa.

Un oficial entusiasta peroraba á voz en cuello á las tropas, asegurando que nada se habia perdido aun, queriendo reanimar el espíritu muerto de toda aquella turba dssgraciada: el general Baneneli, incorporándose en su caballo, lleno de ira, vomitaba mil horribles imprecaciones contra sus soldados, y con una pistola amartillada amenazaba principalmente á uno de sus capitanes: el general en gefe desahogaba su despecho contra los gefes que habian perdido sus posiciones; y la agitacion de aquella multitud, la incomodidad del terreno, el peligro y la desesperacion, hacian indescribible aquel desconcierto.

Entre tanto una columna enemiga, mandada por el general Worth, atravezando aquellas barrancas y breñales de nuestra izquierda, que se habian calificado de inaccesibles, se aproximaba á la batería que se habia establecido ese mismo dia, única que quedaba á nuestras fuerzas. El general en gefe dió órden al general Canalizo para que cargase con la caballería; pero el bosque impedia absolutamente el que se ejecutase esta operacion. La columna avanzaba á pesar del fuego de cañon que se le hacia, dirigiéndose á salir al camino, mas á la izquierda de nuestra batería, para cortarnos la retirada. Sin embargo, cuando se hubo aproximado bastante, se desprendieron mas de doscientos tiradores, cuyas descargas hacian desaparecer sucesivamente como de un soplo las dotaciones de nuestras piezas, servidas por los artilleros y por una partida de coraceros, á la que se mandó desmontar para que auxiliase la batería. El primer ayudante Velasco, gefe de los coraceros, tuvo la gloria de sucumbir al pié de ella. Los tiradores avanzaban de frente sobre ella, entre tanto que la cabeza de la columna se hallaba ya muy cerca del camino; y nuestra caballería, viendose próxima á ser cortada, se retiró velozmente por el camino de Jalapa. El último esfuerzo lo hicieron entónces Robles y los valientes oficiales de artillería Malagon, Argüelles y Olzinger, quienes envueltos ya por todas partes, hicieron ronzar las piezas hácia la izquierda, dirigiéndolas sobre la cabeza de la columna, momentos ántes de que los tiradores, que se precipitaron sobre ellas á la bayoneta, las hiciesen suyas y las volviesen en nuestra contra.

El general Santa-Anna, acompañado de algunos de sus ayudantes, se dirigia por el camino á la izquierda de la batería, cuando saliendo ya del bosque la columna enemiga, le impidió absolutamente el paso



Tropas Mexicanas.

Infanteria. } antes del combate.
Caballeria. }

Infanteria. }
Caballeria. } en combate.
Artilleria. }

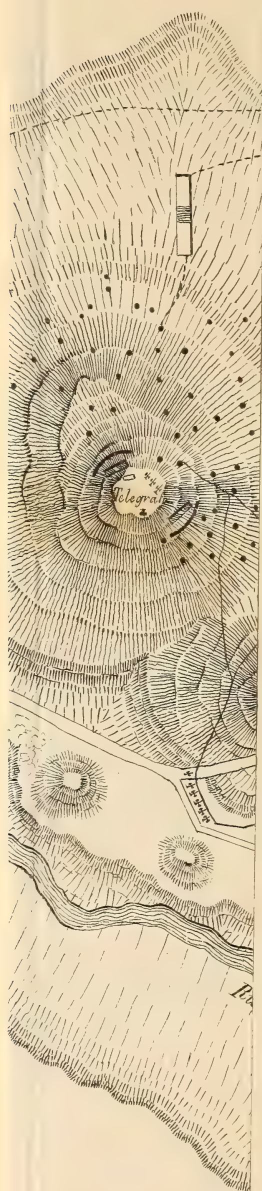
Tropas Americanas.

Infanteria } antes del combate.
Caballeria }

Infanteria }
Caballeria } en combate.

CROQUIS
DE LA
POSICION DEL CAMPO DE CERRO GORDO
para la inteligencia de la Batalla del 18. de Abril de 1.848




Telegra

con una descarga que lo obligó á retroceder. El coche del mismo general, que salia para Jalapa, fué acribillado á balazos, muertas las mulas y hecho presa del enemigo, así como un carro, en el que habia diez y seis mil pesos, recibidos el dia anterior, para el socorro de las tropas. Roto ya todo vínculo de mando y de obediencia entre los nuestros, obraba solo el deseo de salvacion, y agitándose en un espantoso remolino, se agolpaban desesperados al estrecho paso del desfiladero que baja al Plan del Rio, por donde el general en gefe se habia dirigido con los gefes y oficiales que lo acompañaban.

Horrible era el descenso por aquella vereda estrecha y escabrosa, por donde se precipitaban miles de hombres disputándose el paso desesperadamente, y dejando un reguero de sangre sobre su camino. Confundidas las clases todas, perdido el prestigio y el pudor militar, los distintivos se habian convertido en insignias sarcásticas, que solo graduaban la responsabilidad y la humillacion. El enemigo, dueño ya de nuestro campo, asestaba sus tiros sobre los fugitivos, acrecentando mas y mas el terror de la multitud que se arrojaba por el desfiladero, impulsada á cada instante por una nueva velocidad, y aumentando la confusion y la vergüenza de tan malhadado trance.

¡Cerro–Gordo se habia perdido! . . . . . ¡México quedaba abierto á la iniquidad del invasor! . . . . . .

III.

El general Santa–Anna, ceñudo y silencioso, dejando marchar casi libremente á su caballo, seguido de toda aquella turba ensangrentada, descendió á lo mas profundo de la barranca, pasó el rio y encumbró á la cima opuesta, donde habia muchas probabilidades de encontrar una emboscada del enemigo, que hubiera asesinado impunemente á cuantos subiendo en desórden por un sendero estrecho y escarpado, no podian defenderse, ni tenian punto alguno donde refugiarse.

Habiendo llegado á la cumbre de la loma, el general hizo alto, y dispuso que los generales Ampudia y Rangel y el coronel Ramiro reuniesen en aquel punto todos los dispersos, para que ordenados prosiguiesen la retirada de la mejor manera posible. En seguida, tomando hácia la derecha, se dirigió para el Encero por una vereda casi pa-

ralela al camino de Cerro-Gordo á Jalapa. Lo seguian, formando una pequeña comitiva, los generales Perez, Argüelles y Romero, y los gefes y oficiales Schiafino, Escovar, Galindo, Vega, Rosas, Quintana y Arriaga, y los Sres. Trias, Armendaris, Urquidi y un sobrino del mismo general en gefe.

En el sitio donde habia sido la batalla se escuchaban todavía algunos tiros disparados sobre los infelices indefensos que no habian logrado salvarse.

Entretanto, una partida de caballería enemiga, con dos piezas ligeras, habia salido de allí por el camino de Jalapa en persecucion de la caballería nuestra, y casi á un tiempo iba á llegar con Santa-Anna al Encero. Al descubrirse recíprocamente, los americanos dispararon algunos tiros de cañon, y el general Santa-Anna dejando la vereda que llevaba, tomó hacia la izquierda en una direccion perpendicular á aquella.

Largo tiempo vagó incierto con su comitiva de uno en otro punto, sin tomar un rumbo determinado, hasta que se fijó en una resolucion, y siguió las veredas que conducen á la hacienda de Tuzamápan.

Recorriendo multitud de pueblecillos y ranchos esparcidos aquí y allá entre las ondulaciones de un terreno descubierto, continuó la marcha, poseidos todos del horror de la desgracia que se acababa de esperimentar. Un tinte melancólico ennegrecia á la vista de los que acompañaban al general Santa-Anna: todo cuanto los rodeaba, y la presencia de aquel hombre, el primer gefe de nuestra nacion y de nuestro ejército, que hacia algunas horas que acababan de ver erguido y orgulloso, lleno del poder que ejercia y de las esperanzas de la mas espléndida gloria, y ahora humillado y confuso buscaba entre los infelices un abrigo donde refugiarse, era para ellos una imágen viva de la caida de nuestra patria, del envilecimiento de nuestro nombre, del anatema lanzado sobre nuestra raza.

En algunos puntos el general se bajaba á tomar algun descanso, y sentado sobre un banco donde lo colocaban sus asistentes, permanecia inmóvil, sin ser dueño por su mutilacion de dar un solo paso. Un caballo que solicitó para relevar el suyo, le fué negado bruscamente por un cura, y todas esas circunstancias tan insignificantes en sí, interesaban vivamente en aquella situacion.

Cerca de las cinco de la tarde llegó á la hacienda de Tuzamápan, donde su resolucion era permanecer hasta el dia siguiente. Poco despues de su llegada se presentaron dos ó tres soldados del 11.º trayendo consigo la caja del cuerpo, en la que habia algun dinero, para entregarla á su comandante el señor general Perez; rasgo de honradez que nos parece muy digno de aplauso en unos infelices que iban á quedar abandonados en aquellos lugares en la mas espantosa miseria.

A las once de la noche, el administrador de la hacienda notició al general, que acababa de recibir el aviso de que una partida de americanos, destacada en su persecucion, iba á rodear la casa indudablemente. Bien pronto comenzaron á oirse varios tiros de fusil disparados á muy corta distancia, lo cual confirmaba aquella noticia, y ya entónces fué preciso ponerse en movimiento y disponer la salida de aquel punto.

La noche era tan oscura, que los objetos mas próximos no se percibian. Los tiros se oian cada vez mas cercanos y mas repetidos, y los criados de la hacienda, obrando aturdidamente, hicieron que no estuviese dispuesta la litera preparada para el general. Montó entónces á caballo, y un criado á pié con una vela se colocó delante de él, sirviendo de guia á la comitiva, que desfiló, uno tras otro, por un camino que parecia hundirse bajo los piés de los caballos. Era una de esas rápidas pendientes de la serranía que media entre Tuzamápan y Orizava. Despues de haber caminado largo tiempo, se hizo alto en las ruinas de un ingenio (trapiche) donde se esperó la venida del dia, á cuya hora continuó la marcha.

Habiendo atravezado un rio, cuya corriente va á unirse con la del de la *Junta*, llegaron á la orilla de este último en un punto en que una de las elevadas alturas por entre las cuales corren sus aguas, mansas, azuladas y profundas, se eleva casi perpendicularmente cubierta de hermosísimos bosques de arbustos, formando un enorme borde, á cuyo pié se alzan muchos árboles seculares, que con su espeso ramage hacen mas sombrío aquel lugar de un aspecto verdaderamente magestuoso. Unos pescadores, que viven allí en unas pobres chozas, los pasaron á la márgen opuesta en una pequeña balsa, dirigida con el auxilio de una maroma establecida de una á otra orilla.

Por largos rodeos ascendieron la elevacion que se alza en aquella

ribera, y llegaron por fin al rancho del Volador, en cuyo punto se detuvieron largo tiempo. Allí, por primera vez, el general Santa–Anna rompió el silencio, y en la conversacion manifestó la idea de continuar la guerra con obstinacion, apelando al único recurso que en su concepto nos quedaba, que era el sistema de guerrillas.

A corta distancia de este rancho, el camino que siguieron corre por en medio de hermosas arboledas, y desde algunos puntos descubiertos, se ven, ya hácia un lado, ya hácia al otro, profundísimas hondonadas, cuyo fondo se pierde en la oscuridad que produce la espesura verdinegra de los inmensos bosques que cubren aquel terreno con una eterna primavera.

Pasando con dificultad las pendientes y resbaladizas quebradas de la cima por donde caminaban, en algunas de las cuales el general tenia que abandonar la litera que le habian traido al rancho del Volador, se detuvieron, al caer la tarde, en una ranchería que se halla á la derecha del camino en medio de aquella serranía.

El dia siguiente, atravezando un pais semejante al que habian dejado atras, llegaron cerca de las diez de la mañana frente á Huatusco, pueblo fertilísimo, embellecido tambien por la hermosura de sus alrededores. Era el primer punto de alguna consideracion que encontraban en su camino, y en el estado en que llegaron acompañando al general Santa–Anna, contra el que habia odios tan vehementes, esperaban un mal recibimiento. Olvidaban verdaderamente cuál era el carácter mexicano.

En la calle de la entrada de la villa estaba formada una valla con los dispersos que se habian recogido allí: el ayuntamiento, en forma, salió á pié á recibir al general presidente para conducirlo á la habitacion del subprefecto, donde habia preparado un almuerzo abundante, y multitud de vecinos aumentaban el grupo desordenado en que se dirigieron todos á aquella casa.

Creemos que aquel tratamiento, tan poco notable en otras circunstancias, importaba entónces un triunfo para el general Santa–Anna, quien seguramente vió en él un rayo de esperanza de volver al poder que parecia haberle sido arrancado de las manos en el momento de perderse la batalla. Se presentó desde luego mucho mas animado por la continuacion de la guerra, y recordando con entusiasmo al ge-

neral Victoria, cuando en los dias de desgracia para los independientes, permaneció tanto tiempo oculto en una cueva de aquellas inmediaciones lamentando la opresion de su patria, hacia notar el mérito de la constancia de aquel héroe, y del ejercicio de esta sola virtud se prometia al fin un feliz éxito para México. En la noche dirigió un estraordinario al gobierno supremo con un parte muy vago, y seguramente muy injusto de la batalla de Cerro-Gordo, y volvió á presentarse en la escena política, de donde al parecer habia sido para siempre eliminado.

La mañana siguiente salió con sus compañeros de infortunio de Huatusco, pueblo cuyo recuerdo les será siempre grato por la hospitalidad que encontraron en sus habitantes; y en union de varios vecinos que salieron á acompañarlos, tomaron el camino de Orizava.

En el tránsito encontraron un grupo de dispersos, sobre los cuales desahogó el general su ira, diciéndoles mil improperios y dándoles cruelmente con su látigo.

Poco tiempo despues se descubrió el hermoso Pico de Orizava, reverberando como una superficie de plata los rayos del Sol que caian oblicuamente sobre su cima de nieve, y en seguida, por la izquierda, el pueblecillo de Coscomatepec, cuyas campanas se oian desde léjos, celebrando la llegada del general Santa-Anna, quien fué recibido en la casa del alcalde con la música del lugar y obsequiado con un almuerzo.

Continuó el general su camino, atravezando aun algunos rios, cuyo lecho se halla en lo mas profundo de esas barrancas pintorescas; y pasando tambien varias mesetas entapizadas de grama, se vió por fin hácia la izquierda la ciudad de Orizava, cuyos edificios blanqueaban entre las verdes arboledas de sus alrededores. Se siguió por la derecha por enmedio de un pais de un aspecto variado y risueño, hasta entrar en una calle de sembrados que va á terminar á las puertas de Orizava.

Cerca de la entrada de la ciudad hizo alto el general en espera de la noche, y allí lo encontraron los Sres. D. José Joaquin Pesado y D. Manuel Tornel, y los generales Leon y García Terán, que salieron á recibirlo en carruages, así como otros muchos individuos que fueron tambien á caballo atraidos por la curiosidad. Luego que oscureció,

dejando la litera en que venia, montó en un landó de aquellos señores, y en medio de la que ya entónces era numerosa comitiva de á caballo, entró velozmante por la ancha calle principal, y se detuvo en la casa del Sr. Tornel. Al bajarse del coche se agrupó al derredor una multitud de pueblo curioso, á la que algun adulador importuno escitó á que prorumpiese en vivas al *ilustre general Santa-Anna, al héroe de Tampico, al libertador de México.* Muy difícil seria describir la amarga impresion causada por tan reprobables aplausos, que mas bien eran sarcasmos en aquella situacion.

La oficialidad de la pequeña brigada que mandaba el general Leon, compuesta de las tropas que habian levantado en el Estado de Oajaca, se presentó esa noche á cumplimentar al general Santa-Anna, quien desde entónces se ocupó activamente en aumentar en lo posible aquellas fuerzas, y se fijó en permanecer en la ciudad miéntras lo permitiesen las circunstancias, á fin de que fuese el punto de reunion de todos los dispersos de Cerro-Gordo, los cuales en efecto ocurrieron allí sucesivamente, á escepcion de la caballería, á la que se le dió órden de dirigirse á San Andres Chalchicomula, y de varios generales y oficiales que con escándalo de la nacion se presentaron en México en aquellos dias, y no se incorporaron á las filas que habian abandonado, sino hasta la venida del ejército á la capital.

Los que no pertenecian á él, dejaron á Orizava dos dias despues de su llegada, y al ascender las elevadas cumbres de Aculzingo, dejando allá abajo aquella costa donde habian presenciado tanto infortunio, les parecia que veian doblarse la hoja mas lúgubre de nuestra historia.



CAPITULO XII.

Retirada de la caballeria—Abandono de Perote y la Olla—Puebla y Amozoc.

La desgraciada accion de Cerro-Gordo, no solo causó la derrota material que con tanto sentimiento hemos procurado describir en el capítulo precedente, sino que destruyó de una manera notable el ánimo de las tropas que habian escapado del desastre.

Miéntras el general Santa-Anna se dirigió á Orizava, el general Canalizo siguió su retirada con direccion á la capital. En la Banderilla dirigió un parte al supremo gobierno, comunicándole el desastre de Cerro-Gordo, y continuó precipitadamente para adelante. En Perote no se detuvo ni el tiempo necesario para estraer algunos depósitos de vertuario y armas pertenecientes al ejército, ni para salvar algunas de las piezas de artillería; y unos cajones de tabaco que estaban allí depositados, y que probablemente pertenecian á las administraciones cercanas, fueron tomados por los soldados. La fortaleza, cuando pasó el teniente coronel Robles, que fué uno de los últimos que se retiraron del campo de Cerro-Gordo, estaba completamente sola.

Despues de Cerro-Gordo hay otro punto en el camino de Veracruz, que segun la opinion de personas inteligentes, es á propósito para una defensa. La operacion militar que se creyó practicable, era el reu-

nir los restos del ejército de Cerro-Gordo, aumentarlo y reorganizarlo de la mejor manera posible, y oponer al enemigo un segundo obstáculo; pero léjos de eso, el aturdimiento y la desmoralizacion crecieron, y el punto de la Olla, que estaba encomendado al general D. Gregorio Gomez, fué abandonado, inutilizándose algunas piezas de artillería, que aun en el último estremo podian haberse conducido á Puebla ó México.

El general Canalizo por su parte no tomó ninguna medida, y continuó con los restos de la caballería su retirada hasta Puebla.

Entre tanto, los dispersos del ejército, sabiendo que el general Santa-Anna, á quien por unos dias se le supuso en México muerto ó en poder de los enemigos, habia llegado á Orizava, se dirigieron á ese punto. A la caballería del Sr. Canalizo, que se hallaba en Puebla, se le dió órden de situarse en San Andres Chalchicomula, como en efecto lo verificó. Con los restos de la infantería se formaron en Orizava dos batallones con la fuerza de quinientos hombres cada uno, denominados Mixto de Santa-Anna y 4.º ligero. A esta fuerza debe añadirse la brigada de Oajaca que estaba al mando del general D. Antonio Leon, la que contaba cosa de otros mil hombres con dos piezas de á seis sin armon y sin la dotacion competente de cartuchos para servirlas. El general Santa-Anna trabajó en la reorganizacion de la fuerza; pero á pesar de todo no pudo reunir mas de cuatro mil hombres, faltos de vestido y de municiones, y sin aquella energía y ánimo que es tan esencial en el soldado.

Los americanos, por su parte, recogieron del campo de Cerro-Gordo sus heridos, y establecieron sus hospitales en Jalapa, y pocos dias despues, miéntras el general Santa-Anna se ocupaba, como hemos dicho, en reforzar y aumentar sus fuerzas, estendieron su línea ocupando Perote, donde establecieron otro hospital, y Tepeyahualco, donde formaron un campo atrincherado, á las órdenes del coronel Garland.

Los americanos, que creian á Santa-Anna nulificado para siempre, y que no se imaginaban que en mucho tiempo pudiera reunirse una fuerza respetable del ejército, no se sorprendieron poco al saber que si bien la desgracia y el cúmulo de circunstancias que se ha referido, nos habian obligado á sucumbir, bajo el punto de vista de la constancia y de la tenacidad éramos muy parecidos á nuestros ante-

sados los españoles. La casualidad habia colocado al general Santa-Anna en ua magnífica posicion estratégica, pues era claro que en caso de que los enemigos se movieran de sus posiciones, las fuerzas de aquel flanqueaban la carretera principal, teniendo situada la infantería en Orizava y la caballería en San Andres Chalchicomula. Sea que el plan de los americanos fuera el aguardar nuevas instrucciones de los Estados-Unidos, sea que la posicion que ocupaba el general Santa-Anna les hiciese detenerse en sus resoluciones de marcha, lo cierto es que permanecieron en la inaccion veinte dias, limitándose solo á guardar los puntos que hemos indicado, y á hacer en los límites del territorio que ocupaban pequeñas escursiones, para evitar que los guerrilleros, que despues de la accion de Cerro-Gordo se comenzaron á formar, hiciesen daños á sus caballadas y correos.

Pero el general Santa-Anna, que de hecho ocupaba una posicion muy importante en Orizava, creyó que era vergonzoso el permanecer en la inaccion, y se dispuso á salir de allí y avanzar á Puebla, donde creyó encontrar recursos de dinero, municiones, armas y hombres, para defender por segunda vez el paso á la capital de la República. En efecto, cediendo á estas creencias, y no pudiéndose conformar con una actitud pasiva, el 12 de Mayo se dió la órden de marcha para Puebla, verificando inmediatamente su salida la brigada del general Leon. El 13 marchó la del general Perez, y el 14 la caballería de San Andres Chalchicomula, al mando del general D. Lino Alcorta, quien trabajó particularmente en reorganizar los cuerpos de esta arma.

La infantería siguió el derrotero de las cumbres de Aculcingo, Cañada de Ixtápan, Amozoc y Puebla, y la caballería, marchando hácia el Palmar desde Chalchicomula, siguió luego la misma ruta, cubriendo la retaguardia de la infantería. Despues de cuatro dias de marcha, llegó la division á Puebla, seguida del general Santa-Anna con su estado mayor.

Al saber los americanos este movimiento, se pusieron tambien en marcha por brigadas en el órden en que estaban escalonados, de manera que solo habia una jornada de intermedio entre las tropas de la República y las de los Estados-Unidos del Norte.

Puebla guardaba una situacion especial, y que nos seria dificil el

describir esactamente. La noticia del desastre de Cerro-Gordo, plenamente confirmada con la llegada de la destrozada caballería del general Canalizo, produjo un profundo dolor y un amargo desaliento. Los habitantes esperaban que de un momento á otro los americanos ocuparan la ciudad, en que no habia preparativos para la defensa, y donde reinaban el desaliento y el terror. De improviso, se puede decir, se presentó la vanguardia del general Santa-Anna, y decimos de improviso, porque muchos creian firmemente que ni aun se habia movido de Orizava. Apenas acababan de entrar las tropas mexicanas, cuando se difundió la noticia de que muy inmediatamente las seguia la brigada del general Worth, que se habia movido de Jalapa con grandes trenes y preparativos. Estos sucesos causaron una agitacion grande en todas las clases de la sociedad de Puebla, y la verdad histórica nos obliga á decir que se notaba un desconcierto y un espanto general.

Luego que llegó el general Santa-Anna, que fué alojado en el palacio del gobernador, trató de tomar algunas medidas. Una de ellas fué la de exigir caballos violentamente, con el fin de remontar la caballería, que en efecto estaba en un estado deplorable. Las circunstancias de la guerra justifican esta clase de medidas; pero los ejecutores hicieron ésta odiosa con su conducta. Si hacemos mencion de circunstancia tan insignificante, es solo porque no dejó de influir en acabar de enagenar á los restos del infortunado ejército de Cerro-Gordo las simpatías de la poblacion. Otra de las medidas que ejecutivamente dictó el general Santa-Anna, fué la de exigir un préstamo de treinta mil pesos, de los que solo recibió diez mil.—El señor obispo Vazquez, cuya conducta, así como la de todo su clero, estuvo muy léjos de ser la que dictaban el patriotismo y la dignidad, tomó el partido de marcharse á su casa de campo, situada á poca distancia de Puebla. La máxima del Sr. Vazquez era, que la Iglesia en ningun caso debia ni prestar ni dar ni aun la mas pequeña parte de sus bienes. En esta regla fué inflexible, y no se separó jamas de ella. Cuando volvió á Puebla, despues de la entrada de los americanos, obró tambien de una manera que fué geralmente mal vista.

Despues de ejecutadas las medidas que acababamos de referir, el general Santa-Anna reunió una junta para determinar el plan de ope-



GENERAL WORTH.

Lit de P Blanco.

C. de Plateros nº 15.

raciones que debia seguirse, inclinándose á que se hiciera una defensa en Puebla. El Lic. D. Rafael Inzunza, que era entónces gobernador, manifestó que carecia absolutamente de elementos, pues cuatro piezas de artillería y cosa de tres mil fusiles que pertenecian al Estado, se habian perdido en Cerro-Gordo, y que sin armas, sin municiones, y escasa la tesorería de recursos, no podria esperarse resultado ninguno favorable. Pero lo que mas contribuyó á que no se hiciese defensa alguna, fué la apatía y el temor que se habia apoderado de los habitantes. Puebla, que por el arrojo que habia mostrado en las discordias civiles, se habia grangeado la reputacion de la ciudad mas belicosa de la República; Puebla, que en el año de 844 hizo frente sola á un éjército numeroso y florido, adquiriendo el dictado de invicta, desmintió en el dia en que mas se necesitaba de su esfuerzo su antigua reputacion, y no pensó en defenderse de los invasores. Léjos de cobrar ánimo con las tropas de Santa-Anna, deseaba que desocupasen la plaza, y las consideraba como un pararayo que atrae la tempestad.

A las once de la noche del dia 19, un mozo situado en la posta de Amozoc por la casa de diligencias, condujo un pliego cerrado, que contenia la intimacion del general Worth, y las promesas de respetar la ciudad y á sus habitantes, si las tropas del Norte eran recibidas de una manera pacífica.

El general Santa-Anna dispone el dia 20 la salida de la infantería con direccion á San Martin Tesmelúcan; sitúa dos mil caballos en la garita de Amozoc, por la cual deberian entrar los americanos; y guiado por los informes, sin duda falsos, de un espía, se alucina con la idea de poder sorprender á una seccion de mil americanos, que se aseguró venia en el mayor desórden por el camino de Nopalúcan.

Manda, pues, el general formar en columna por escuadrones la caballería; ordena disminuir el frente por compañías, y á las ocho de la mañana del dia 21 se emprende la marcha para buscar realmente á la fortuna, que constantemente habia en todos los lances abandonado á los generales y á las armas de la República.

En la altura de Chachapa, desde la cual se descubre el pueblo de Amozoc, nuestra caballería se enteró de que habia sido mal condu-

cida por el guia, y se encontró de repente á la vista de la gruesa division de vanguardia de los enemigos.

Veloz y prevenida ésta, sale á formar un semicírculo, defendida por la fortificacion pasagera que les ofrecian unos cercados y las zanjas de las labores, y apoya su línea de batalla con doce piezas de artillería. En este momento el general Santa-Anna manda desfilar por la izquierda, disminuyendo el frente de á dos; toma la altura del pueblo la cabeza de la columna: la retaguardia venia á una legua, por lo prolongado de este desfile. El todo de ella formaba una S á tiro de pistola de los soldados enemigos, que ceñian el pueblo como una faja azul por el color de sus uniformes. Los que se habia intentado acuchillar, ya estaban incorporados una hora hacia á sus compañeros, porque emprendieron su marcha desde las siete de la noche anterior y anduvieron diez leguas durante ella: resultó, pues, que nuestras tropas fueron las sorprendidas, cuando comprometidas en un desfiladero, á tiro de pistola, empezaron á sufrir un vivísimo fuego de cañon, que no podian contestar, porque pasaban desfilando con dificultad, y de uno á uno, por delante de una batería de doce cañones. En consecuencia, tuvieron que regresar por la falda de la Malinche, internándose en un bosque lleno de barrancos y ramajes, que lo hacian inaccesible, devorados de sed y muertos de cansancio. Despues de haber andado nueve leguas en el óvalo descrito, llegaron como á las cinco de la tarde á Puebla, fatigados, entristecidos, y con algunos compañeros de ménos.

En la garita habia, aguardando el resultado de la operacion que acabamos de bosquejar ligeramente, multitud de populacho. El regreso de la tropa, la presencia del general Santa-Anna, y el aspecto de algunos dragones heridos, anima por un momento los corazones: la indiferencia de la víspera es reemplazada por un vehemente patriotismo, y prorumpen en gritos de *Viva Puebla—viva el general Santa-Anna—mueran los enemigos—muerte á los yankees—vengan armas para combatir.*

El general Santa-Anna les dirige algunas palabras; toma por calles escusadas, y muy en breve se halla en la carretera que conduce á México, precedido de la infantería y seguido de la caballería.

El populacho de Puebla continúa gritando frenético; no encuentra

ya objeto, y repentinamente, á falta de enemigo á quien combatir, se precipita á la Alameda, que es un primoroso y ameno vergel: comienza á arrancar los rosales, á derribar los curiosos balaustrados, á destruirlo todo, y habria arrancado de raiz todos los árboles, á no haber intervenido prudentemente las autoridades locales.

Al dia siguiente una comision del ayuntamiento salió á Chachapa á recibir al general Worth, y á pactar las garantías que debian acordarse á la sumisa poblacion.

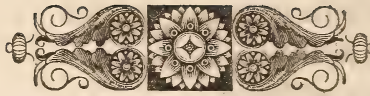
El dia 25 verificaron su entrada las fuerzas americanas en el órden siguiente.

Piezas de artillería.		*Hombres.*
	Un piquete de caballería de.	100
4	Cañones ligeros.—El general Worth con un cuepo de caballería con música, en todo.	1.320
2	Cañones.—Un cuerpo de infantería con música	560
2	Obuses	640
1	Mortero	
2	Cañones de á 24.	
	Un cuerpo de infantería con música.	
	Un cuerpo de infantería.	350
	Tres carros con soldados	480
2	Cañones.—Un cuerpo de infantería con un general.	
	Un cuerpo de infantería.	440
	Doscientos carros custodiados por	400
13	. . . . TOTALES.	4.290

Las rarísimas figuras de algunos de los soldados, sus trenes, su artillería, sus corpulentos caballos, todo atrajo la curiosidad de la multitud, y en las boca–calles y plaza rodeó un inmenso pueblo á los nuevos conquistadores.—Estos, fatigados estremadamente, confiados en las garantías mútuas estipuladas por el ayuntamiento y el general Worth, ó quizá despreciando á un pueblo que tan fácilmente dejaba ocupar su territorio, miéntras encontraban alojamiento, formaron pabellones en la plaza, y unos se acostaron confiados á dormir profunda-

mente, y otros se desbandaron en las calles cercanas á beber pulque y á dar de abrazos á los léperos, de quienes parecian antiguos conocidos.

Sin duda alguna, mas de diez mil personas ocupaban las plazas y las boca–calles.—Un grito, un esfuerzo, el corazon de un hombre atrevido habria bastado. Una vez que esa multitud se hubiese estrechado, los enemigos habrian perecido indefectiblemente.—¡Nada se hizo! . . . .



CAPITULO XIII.

PRESIDENCIA DEL GENERAL
D. PEDRO MARIA ANAYA.

No sin vacilacion nos decidimos al fin á escribir el capítulo de que vamos á ocuparnos, porque entre los graves acontecimientos de que hasta ahora hemos procurado tratar, nos pareció éste en un principio desnudo de interes en lo relativo á los sucesos de la guerra, y porque como gran parte de los acontecimientos mas notables de la presidencia del Sr. Anaya los comprendieron necesariamente en su plan las personas encargadas de escribir otros capítulos, era hasta cierto punto redundante la tarea que nos íbamos á imponer.

Tres puntos, sin embargo, nos parecieron dignos de llamar la atencion; los tres comprendidos en el periodo de que por fin resolvimos ocupar á nuestros lectores: las disposiciones sobre que se defendiese ó no la capital, el término de la negociacion diplomática sobre la mediacion y buenos oficios que propuso el ministro inglés, y por último, la conducta observada por el congreso en estos dias, en que se discutió y aprobó la acta de reformas á la constitucion de 824.

Rápida será la ojeada que demos sobre estos acontecimientos, que sin ser estrepitosos como las batallas que hemos procurado describir, han sido de gran trascendencia; y decimos rápida, porque muchas de

las causas determinantes de sucesos que no sabe hasta hoy cómo interpretar el público, permanecen envueltas en el secreto; los justificantes de ellas existen en poder de personas que no han creido oportuno someter á la censura contemporánea revelaciones sin las cuales aparece como sin trabazon ni complemento la série de acontecimientos que se verificaron en esa época de la invasion.

De acuerdo el general Santa-Anna con la mayoría de personas que se han designado con el nombre de moderados, se nombró en las cámaras, al partir el referido gefe para Cerro-Gordo, al general D. Pedro María Anaya presidente de la República, que tomó posesion el 2 de Abril de 1847.

El nuevo gobierno se encontró objeto de la oposicion del partido puro, dependiente, aunque no de un modo directo, de la voluntad del general Santa-Anna y bajo la vigilancia de sus secuaces, é inspirado por el partido moderado que, al influir en la colocacion del Sr. Baranda para el ministerio, se lisonjeó de ofrecer la representacion de los intereses unidos de moderados y santanistas.

Estos gérmenes, que no podian ménos de hacer muy insegura la marcha del gobierno en las circunstancias mas críticas del pais, se escondian, por decirlo así, tras de las esperanzas que aun los mas enemigos del general Santa-Anna concibieron ó fingieron concebir cuando se verificó su salida á Cerro-Gordo.

Pero no bien ésta se hubo efectuado, cuando las aspiraciones revivieron, y los serios conatos de personas interesadas en que se hiciese la paz á toda costa, se manifestaron sin embozo.

Los numerosos enemigos del general Santa-Anna aprovechaban la murmuracion en pro de sus diversos candidatos; los partidarios de la paz insistian en el desconcepto del que llamaban *hombre funesto*, y nuestros ricos y el clero oponian su indolente silencio al clamor de agonía nacional.

Así es, que en la junta de generales que se celebró al dia siguiente de haber tomado posesion el Sr. Anaya, y en la que se propuso la cuestion sobre si se defenderia ó no la capital, se tuvieron en cuenta muchas de las consideraciones espuestas, aunque del modo que sugieren el disimulo y las conveniencias del momento; y el gabinete, que de antemano tenia formado un plan de operaciones, se complació con

ver saltar entre mil disertaciones originales, uno que otro pensamiento en armonía con sus secretas concepciones.

En la junta se dijo, que la defensa de México exigia gastos que no se podrian sufragar; un tren de artillería que no habia, y un número de fuerzas muy superior al existente en toda la República.

La junta dió por resultado, las guerrillas y los reconocimientos practicados por los generales Almonte, Rincon y otros, acompañados por algunos ingenieros, para fortificar varios puntos del camino, hostilizando en su marcha al enemigo, segun verémos despues.

Entre tanto, las comunicaciones, las cartas particulares y los enviados especiales, se sucedian á la mayor parte de los Estados, manifestándoles la tremenda posicion del gobierno, y haciendo recaer sobre ellos, si permanecian indiferentes, la responsabilidad de los acontecimientos desastrados que se preveian.

Estas enérgicas comunicaciones en su mayor parte fueron estériles, y asombra la escandalosa interpretacion que se daba en aquellos momentos á la soberanía y á la union de los pueblos.

Luego que se divulgó la noticia de la derrota de Cerro-Gordo, las contenidas aspiraciones de que hemos hablado, reaparecieron en toda su energía: la grita contra el general Santa-Anna fué universal; la consecuencia del gobierno en aquellos momentos, en que no se sabia su paradero, fué estrema; y si bien puede considerarse como el testimonio mas solemne de fidelidad caballerosa con aquel general, pudo haber puesto en grave riesgo los mas caros intereses del pais.

El terror se apoderó de todos: el Razonador, periódico que habló el primero en favor de la paz, redactado por D. Joaquin Patiño, y sostenido, segun se decia, por una casa inglesa, clamaba voz en cuello, echándonos en cara nuestra impotencia, formulando como doctrinas las escusas del egoismo y de la cobardía.

Por un momento todas esas contrariedades se aliaron: la separacion del Sr. Suarez Iriarte del ministerio del interior, porque no se oia á los americanos, demostraba cuando ménos la frialdad del partido puro: se temia ver de nuevo á Santa-Anna en la escena, ó porque se le creia obstinado en proseguir la guerra, ó por antiguas prevenciones: se le agobiaba con todo género de invectivas, y parte de sus amigos, escluidos de los negocios, lo indisponian contra Anaya y sus conseje-

ros, que creian se iba á alzar de un modo violento y esclusivo con el poder supremo.

Entónces las tentativas revolucionarias se hicieron mas frecuentes y organizadas, y el gobierno llegó á concebir serios temores.—La voz pública señalaba como caudillo de ese movimiento al general Valencia..

No obstante estas graves dificultades, el gobierno quiso plantear el plan que concibió al instalarse, y que, como hemos anunciado, conservó en secreto cuando la junta de generales.

El plan se reducia, despues de muy asiduos trabajos emprendidos con éxito por el ministro de relaciones, director y alma del gabinete, á hacer efectiva la desercion de tres mil irlandeses, que se tenia pactada con las formales garantías que el caso demandaba. El general Santa-Anna, que solo sabia parte del plan (pues no quiso confiárselo todo el gabinete) debia protejer con su presencia la desercion y hacer una tentativa sobre Puebla, de acuerdo con varias personas comprometidas de la manera mas solemne á que estallase dentro de la ciudad un movimiento, que los agentes, cuyos nombres no podemos revelar, habian organizado superando todo género de peligros.

Si despues de esta tentativa, que se maduró y llevó á efecto con la mayor seguridad y solidez, imprimiéndose los documentos conducentes, estableciéndose comunicaciones reservadas, y preparándose todo con el mayor tino, fallaba el esfuerzo, entónces la defensa deberia empeñarse en todos los puntos ventajosos que ofrecia el camino, contándose en último caso con el tiempo suficiente para no anticipar la alarma en la capital con estrepitosos aprestos de fuga.

Así, el general Santa-Anna, por ignorancia, puesto que no sabia el plan, recomendaba que se defendiese la capital hasta que no quedara piedra sobre piedra, y se fingia complacerle; así se alentaban los trabajos del general Salas, que animaba á las Guardias Nacionales en las obras de la fortificacion, y así se permitió de un modo lento la salida de algunas oficinas del tabaco á Morelia, y se descuidaron los archivos; descuido harto lamentable y trascendental.

El gabinete trabajaba asiduamente; y con la mira fija en su plan, se esforzaba por recoger, como recogió al fin, los frutos de su actividad.

El general Alvarez se disponia, á virtud de las instancias que se le habian hecho, á reunirse al general Santa-Anna por el camino de Puebla: de Querétaro se remitieron quinientos hombres de Guardia Nacional, equipados por cuenta del Estado, en lo que trabajó con empeño el gobernador Berdusco: de Morelia, el Sr. Ocampo envió el florido batallon de Guardia Nacional, que tan digno manejo tuvo en el valle de México; y el Sr. Olaguibel debia estar de un dia á otro en la capital con las fuerzas del Estado de su mando.—A la tropa de San Luis se mandaron recursos: se atendió al general Santa-Anna, que entre otras fuerzas contaba con las enviadas de Oajaca, que no habian aun combatido; por último, se emprendió la compra y reposicion de armas con tal ahinco, que el general Rangel condujo á Santa-Anna mucha parte del armamento con que entró en la capital. Solo porque son tan comunes las exageraciones en nuestro pais, puede haberse permitido que se diga sin contradiccion, que el general Santa-Anna fué el único que formó el ejército que combatió en el valle de México.

Para ahogar los conatos revolucionarios, que eran cada vez mas alarmantes, se procuró atraer á Valencia á la causa del gobierno, y se le dió el encargo de que mandase las fuerzas de San Luis Potosí, llamando á México al general Mora.

El Sr. Anaya, no sabemos por qué inspiraciones, vaciló en este nombramiento, que al fin aprobó, facultando al Sr. Valencia para que pidiese lo que fuera necesario, y logrando de hecho acallar la revolucion. En su lugar verémos la interpretacion que se dió á esta conducta del gobierno.

Tiempo es de que nos ocupemos del negocio diplomático de la Inglaterra, segundo punto que nos propusimos examinar en este artículo.

A poco de haberse efectuado la revolucion de la Ciudadela, el enviado de S. M. Británica dirigió á D. Manuel Crescencio Rejon, que fungia entónces de ministro de relaciones de la República, una nota en que ofrecia la mediacion de la Inglaterra, para poner término á la guerra con los Estados-Unidos. Rejon contestó, que un asunto de tanta gravedad debia resolverse por el congreso, que ya se habia convocado y pronto debia reunirse. En el mes de Octubre, estando ya D. Jósé María Lafragua en el ministerio de relaciones, repitió el Sr.

Bankhead su nota; pero en ésta, acaso por una distraccion sagaz, en vez de la palabra *mediacion*, se usó la de *buenos oficios*, lo que entónces pasó desapercibido, á pesar de la diferencia notable que entre ámbas cosas establece la diplomacia. Lafragua repitió la contestacion de su antecesor.

Instalado ya el congreso, se le dirigieron las dos notas del ministro inglés, y se acordó que pasaran á las comisiones unidas de relaciones, guerra y especial de Tejas, para que abriesen dictámen. Este urgentísimo negocio no se despachó con la brevedad que se debia: el Sr. Bankhead insistió en saber la resolucion del gobierno, dirigiéndole una tercera nota, en que otra vez ofreció la *mediacion*, y que el nuevo ministro de relaciones, D. José Fernando Ramirez, trasladó al congreso. En esta corporacion se hicieron varias proposiciones para que se presentara á discusion el dictámen que debian estender las comisiones; y despues de varias moratorias innecesarias, la mayoría de aquellas lo sometió á la deliberacion de los representantes. Declarado con lugar á votar en lo general, se puso á discusion la proposicion con que concluia, en la que se consultaba que al gobierno, y no al congreso, era al que correspondia, conforme á sus facultades, entender en este negocio, y dirigirlo como lo estimase mas acertado. Esta proposicion se declaró sin lugar á votar, y volvió el espediente á las comisiones, quedándose luego, á virtud de las circunstancias, sin resolucion un asunto, que bien dirigido, pudo dar los mas felices resultados.

El ministro Baranda, consecuente con el plan que imperfectamente hemos espuesto, quiso, con motivo de la oferta de la Inglaterra, segun hemos podido averiguar, saber si las hostilidades se suspenderian todo el tiempo que duraran las negociaciones, y si en su consecuencia no se moveria Scott de Puebla.

La mira de estas preguntas fué sin duda la de ganar tiempo, para volver al órden con la fuerza disponible, á los Estados que desobedecian al gobierno, y hacerse tal vez de armas y recursos para la renovacion de la campaña, en caso de que no se consiguiera un tratado en que, simplemente y salvando lo posible el decoro del pais, se reconociese la independencia de Tejas.

Corrobora nuestras conjeturas la salida en aquellos dias del secreta-

rio del ministro inglés á hablar con Mr. Trist, y las circulares que se espidieron á los Estados, en que se palpaba el intento de saber si se podia ó no contar con su obediencia.

Ya verémos por qué fallaron instantáneamente todas estas combinaciones.

En cuanto á la Acta de reformas, fué objeto de mil contratiempos y debates. Unos dias no habia cámara por falta de número; otros se interrumpia la sesion por la de algunos diputados que intencional ó casualmente abandonaban sus asientos; otros, finalmente, despues de crudos debates sobre diversos asuntos, se adelantaba muy poco; pero la constancia vence los mas fuertes obstáculos, y bajo este aspecto, el Sr. Otero es digno de elogio, pues trabajó dia y noche con un teson indecible, en lo público y en lo privado, en favor de su voto particular. Otero, como despues le hemos oido decir, juzgó que si el pais se quedaba sin constitucion, estaria espuesto al doble peligro de la guerra estrangera y de la discordia civil, y que estaba en la obligacion y en el deber del congreso, elegido á consecuencia de la revolucion de Agosto, cumplir la mision de dar una constitucion á la República. Los sucesos posteriores han demostrado, que el Sr. Otero tenia sobrada razon en procurar que ese grave asunto no quedara pendiente.

Por fin, y contra la creencia del público, terminaron los debates, y el 18 de Mayo se aprobó la Acta de reformas.

Otro asunto, aunque no de tanta importancia como los anteriores, se ventiló en el congreso, y fué el de la traslacion de los supremos poderes á Celaya, á consecuencia de una proposicion de los Sres. Zubieta y Reynoso. Era casi imposible ni concebir cómo una vez espedido el decreto, se trasladaria tanto empleado con sus familias, y tantos papeles como contienen los archivos de las oficinas. En último caso se hubiera tropezado con la falta absoluta de recursos.—El proyecto, pues, de traslacion á Celaya, fué desechado, aunque quedó aprobado el art. 1.° de otro sobre traslacion á Querétaro, y la única oficina que se puso en camino para Morelia, fué la direccion del tabaco, llevando consigo una parte de sus considerables existencias. Otras que dejó en Puebla el visitador D. Mariano Campos, y que llegaban á cerca de tres mil tercios, fueron denunciadas por un mal mexicano, y cayeron en poder del enemigo.

La conducta del congreso en esta época, hablando colectivamente, no puede presentarse (sentimos decirlo) como modelo de union y patriotismo.

Como hemos espuesto, todo el plan del gobierno estaba sujeto á una combinacion grave, en que cifraba todas sus esperanzas de salvacion.

El general Santa-Anna, sin pretenderlo sin duda, fué quien frustró toda esta obra de dilatados y asiduos trabajos.

De una manera intempestiva, sin consulta ni aviso, se anunció á las inmediaciones de Ayotla; y personas del gabinete, que con fundamento lo creyeron mal informado de los sucesos de México, fueron á dicho punto y tuvieron una larga conferencia con él.

Los Sres. Baranda, Trigueros y Ramirez (D. Fernando) asistieron á esta entrevista: en ella le esplicaron la conducta del gobierno, los motivos del nombramiento del Sr. Valencia, y sobre todo, los planes que venian por tierra con su venida inesperada. Por último, todos quisieron inducir á S. E. á que permaneciese con el mando del ejército, y dejase á Anaya en el poder, quedando así espedito para obrar en lo militar con la violencia y la consagración absoluta que exigian las circunstancias.

Pero no faltó una voz aduladora que, en medio de la pompa de un discurso altisonante y lisonjero, dijera á Santa-Anna, que aquellas eran intrigas de sus enemigos y que debia volver al poder.

El cambio de Santa-Anna fué completo; y lleno de desconfianza, por una parte, inconsecuente con los amigos que lo habian rehabilitado despues del desastre de Cerro-Gordo, y receloso del poder que suponia habia adquirido Valencia, asaltó, por espresarnos así, la capital al siguiente dia, y sin noticiar nada al Sr. Anaya, se apoderó el mando, rompiendo de aquella manera con el partido moderado, que vió salir á su caballeroso candidato de Palacio de la manera mas desairada.

A muy poco tiempo conoció el general Santa-Anna cuán comprometida era la posicion en que él solo se colocó; y la historia de su renuncia y contrarenuncia, son el mejor indicante de su situacion y del estado de su cerebro.



CAPITULO XIV.



MEXICO

EL DIA 9 DE AGOSTO DE 1847.

La marcha, tantas veces anunciada, y desmentida siempre, de los americanos sobre la capital, se verificó por fin en los primeros dias del mes de Agosto, en que salieron de Puebla, donde dejaron una corta guarnicion. Los dias 7, 8, 9 y 10 se pusieron en camino succesivamente las divisiones de Twiggs, Quitman, Worth y Pillow. El gobierno mexicano supo oportunamente esta interesante noticia, y tomó desde luego las medidas convenientes para que el enemigo encontrara una resistencia obstinada.

Desde que llegó á Mexico la infausta nueva de la derrota de Cerro-Gordo, el ejecutivo, como hemos visto en el capítulo anterior, empezó á hacer esfuerzos para presentar mas tropas en campaña; lo que desmiente el cargo que el espítitu de partido ha hecho al Sr. Anaya, culpándolo de que no pensó en preparar nuevos medios de defensa.

La llegada del general Santa-Anna con los restos de la fuerza de Cerro-Gordo y la brigada del general Leon, cambió completamente el aspecto de los negocios públicos. Vuelto á encargarse de la presidencia, una de sus primeras disposiciones fué la de que se defendie-

ra la capital á toda costa; idea que, prescindiendo de si debe calificarse de buena ó mala en el ramo militar, no podia ménos de ser aprobada por el patriotismo, porque aun en el caso mas desesperado, era sin disputa mas glorioso sucumbir peleando, que dejar abiertas las puertas de México sin disparar un tiro á las tropas norte-americanas.

Sin embargo, la defensa de la capital presentaba obstáculos muy dificiles de superar. Siendo una ciudad abierta por todas partes, necesitaba, para estar á cubierto de un golpe de mano de los enemigos, que se levantasen en su alrededor buenas fortificaciones, y que se contara para defenderlas con un ejército considerable y un número crecido de piezas de artillería. Lo primero exigia tiempo y dinero, elementos ámbos que escaseaban sobremanera. En cuanto á lo segundo, las tropas disponibles, aunque eran de cerca de veinte mil hombres, no bastaban para sostener una línea tan prolongada, y la artillería no era ni con mucho la necesaria para todos los puntos en que debia jugar.

A pesar de estos inconvenientes, y de otros que seria largo enumerar, se comenzaron á hacer preparativos de defensa, procurándose remediar aquellos de la mejor manera posible. Al efecto se empezó á trabajar con ardor en las fortificaciones. Se levantaron nuevas fuerzas, á las que se proporcionaron equipos y armas, dándoles á la vez la instruccion somera que permitia el corto tiempo disponible. Se mandó acercar á la capital al ejército del Norte, que acababa de ponerse á las órdenes del general de division D. Gabriel Valencia. En la maestranza de artillería se trabajó con empeño en fundir cañones, en arreglar los descompuestos, en la recomposicion de fusiles, en la construccion y reposicion de toda clase de armamento. En la fábrica de pólvora de Santa Fe se trabajaba con no ménos constancia, proveyendo al ejército de un número muy considerable de bombas, granadas, balas de cañon y de fusil y botes de metralla.

Muy digno de elogio fué el teniente coronel de artillería D. Bruno Aguilar, encargado de la construccion de varias piezas, para cuyo costo reunió la mayor parte de los fondos necesarios el esfuerzo patriótico de una junta de particulares formada con este objeto. Los cañones á la Payxan que hizo el gefe mencionado, merecieron los ma-

yores elogios de los inteligentes, por la perfeccion con que fueron trabajados, quedando iguales á los que traia el enemigo, y no llevándoles tampoco ventaja alguna los de los ejércitos de las naciones mas adelantadas en el arte de la guerra.

En cuanto á recursos pecuniarios, no podemos especificar los que entónces habia, porque ó tendriamos que limitarnos á dar una noticia demasiado diminuta y sucinta, de lo que resultaria falta de claridad en el artículo, ó nos veriamos obligados á referir la historia de los negocios financieros de la época; materia que necesitaria una obra aparte para tratarse debidamente. Nos conformarémos, pues, con manifestar que, á pesar de que hubo entradas considerables, no se contaba con el dinero preciso para cubrir el cuantioso presupuesto del ramo de guerra; que el escándalo y el despilfarro de las rentas públicas, mal inveterado y crónico, continuó entónces, y que solo se atendia á las necesidades mas urgentes de la situacion, disminuidos aun los recursos disponibles en beneficio de algunos de los agentes por cuyas manos impuras pasaban.

El cúmulo de los esfuerzos referidos, en que tenia parte muy activa el presidente Santa-Anna, presagiaba un éxito feliz para la defensa proyectada. El ánimo de los habitantes de la capital, fuertemente consternado cuando se recibieron las noticias de Cerro-Gordo, comenzaba á cobrar confianza, á esperar que se acercaba el dia de la vindicacion de nuestro honor y del triunfo de nuestras armas. Notábase el regocijo en los semblantes de los buenos ciudadanos: los egoistas y malvados escondian sus sentimientos con cuidado, aparentando participar de los de una mayoría inmensa de mexicanos: los partidarios de la paz, cual pobres vergonzantes, no se atrevian á confesar su sentir, y el grito de guerra se escuchaba de uno á otro estremo de la poblacion.

Tal era el estado de las cosas, cuando el 9 de Agosto á las dos de la tarde, el cañonazo de alarma anunció la venida de los enemigos. Desde por la mañana se supo en el público con certeza esta noticia, que habia empezado á circular la noche anterior, de manera que, á la hora espresada, la gran plaza de la constitucion estaba llena de gente. Luego que se disparó el cañonazo, se tocó generala: las músicas de los cuerpos, reunidas tambien en la plaza, se dirigieron á sus respec-

tivos cuarteles, tocando dianas: los soldados de Guardia Nacional corrieron á los suyos, cumpliendo con la órden del general en gefe; y el resto del pueblo, derramándose por la poblacion, prorumpia en vivas, y no escaseaba aplausos, sintiendo en su pecho los primeros síntomas del entusiasmo que armó su brazo cuando la ciudad cayó en poder de los estrangeros.

Darémos en este lugar, aunque ligeramente, una noticia de la fuerza con que se contaba, de las fortificaciones que se habian levantado y del plan que se supo despues se habia formado para la defensa de la capital. Este consistia en esperar al enemigo dentro de los atrincheramientos, y cuando empeñara el ataque contra algun punto, resistir denodadamente, miéntras el ejército del Norte lo acometia por un flanco, y la caballería, que mandaba el general Alvarez, cargaba sobre su retaguardia. Batido así por todas partes, sin esperanza de refuerzos, era muy probable que tuviera que sucumbir, aunque no sin ocasionarnos una pérdida bastante costosa. Por otra parte, una sola derrota era suficiente para la destruccion de las tropas americanas, al paso que las nuestras podrian sufrir varias, sin que se decidiera el éxito de la contienda.

Entre las fortificaciones, habia algunas que hacian honor á sus autores. La mejor era la del Peñon viejo, dirigida por el hábil oficial de ingenieros D. Manuel Robles, y que por ser la primera que el enemigo tenia que encontrar en el camino recto de Puebla á México, era la que se creia mas espuesta á sus ataques. Esa defendia el lado del Oriente. Por el rumbo del Sur se encontraban las de Mexicalcingo, San Antonio, convento y puente de Churubusco, algunas no concluidas todavia. Al Suroeste se levantaba la fortaleza de Chapultepec, en que las obras del arte aumentaban su defensa natural, y cuya artillería alcanzaba igualmente al camino que va por el Oeste á la garita de San Cosme, fortificada tambien, lo mismo que la de Santo Tomas. Por el Norte no habia obras avanzadas: toda la defensa se reducia á las de las garitas de Nonoalco, Vallejo y Peralvillo. En la villa de Guadalupe estaba el ejército del Norte, que marchó despues á Texcoco, para poder dispararse desde aquella escelente posicion sobre el flanco de los americanos.

A mas de esa division, y de la de caballería del general Alvarez,

habia sobre las armas dentro de la ciudad y en sus cercanías una fuerza respetable. Esta se componia, en parte, de tropas permanentes, y en parte de las de Guardia Nacional, distribuidas unas y otras de la manera siguiente.

La brigada del general Terrés se componia del batallon 1.° activo de México, del de Lagos y del 2.° ligero de infantería; la del general Martinez, del activo de Morelia y del cuerpo de inválidos; la del general Rangel, de los Granaderos de la Guardia, del mixto de Santa-Anna, de San Blas, de Nacionales de Morelia y de la compañía de San Patricio; la del general Perez, del 1.°, 3.° y 4. ligeros y del 11.° de línea; la del general Leon, del batallon activo de Oajaca, 10.° de infantería, activo de Querétaro, nacionales de idem, y Mina, de la Guardia Nacional del Distrito; la del general Anaya, de Independencia, Bravos, Victoria é Hidalgo; la del coronel Zerecero, de varios piquetes de Aldama, Galeana y Matamoros, del batallon de Acapulco, y de parte de los batallones de Tlapa y Libertad. Otros cuerpos del Sur estuvieron en San Angel y Coyoacan á las órdenes del general Andrade, y luego á las superiores del Sr. Bravo, que mandaba toda la línea.

Como gefes de artillería funcionaban: el general Carrera, director del arma; el coronel Partearroyo, que estaba de comandante general de la misma en el ejército; el coronel Aguado, que mandaba un batallon de artillería de á pié, y el coronel Iglesias, que era gefe de la de á caballo. Las piezas útiles para el servicio eran ciento cuatro; de manera, que ha sido una impostura lo que se ha dicho por los enemigos sobre el número de cañones con que contábamos. Esto se ha hecho para mas ensalzar sus triunfos; y el mismo fin se ha propuesto el general Scott, al publicar en sus partes oficiales, que el ejército mexicano constaba de treinta mil hombres, y que todo él peleó en cuantas batallas se dieron en el valle de México.

Los que están bien impuestos de los sucesos ocurridos, saben que semejante asercion es enteramente falsa, y que por el contrario, no hubo una sola accion en que los americanos no tuvieran una fuerza superior á la que por nuestra parte les resistia. En Padierna no se batió mas que el ejército del Norte, fuerte de ménos de cuatro mil hombres; en San Antonio, una seccion muy corta fué la única que de-

tuvo al general Worth, miéntras el resto de las tropas se retiraba; en el convento de Churubusco la defensa se hizo por solo los batallones de Independencia y Bravos, reforzados por la compañía de San Patricio y unos piquetes de otros cuerpos; en el Puente de Churubusco no resistió mas que la brigada del general Perez: en el Molino del Rey pelearon solamente las brigadas de Leon y Perez, y parte de la de Rangel, formada nuevamente, á las órdenes del general Ramirez: en Chapultepec, ochocientos soldados era toda la fuerza que tenia arriba bajo su mando el general Bravo, y abajo habia como seiscientos; y en las garitas y la Ciudadela tampoco combatieron sino cuerpos aislados y en corto número.

Era director de ingenieros el general Mora y Villamil, y los principales gefes del cuerpo, que estuvieron de directores de obras, fueron los generales Liceaga, Monterde y Blanco (D. Miguel), el teniente coronel Cano y los dos hermanos Robles.

Las esperanzas que daban las fuerzas que acabamos de mencionar, provenian ménos de su número que de su bondad. El ejército del Norte, que servia de auxiliar, se componia de la flor de los veteranos de la República: familiarizados con el peligro, en guerra casi continua en la frontera desde el año de 836, estraños á los goces y comodidades de la vida, habituados á sufrimientos de toda clase, ¿quién no habia de creer que cooperarian de la manera mas activa á la destruccion de los americanos? Entre las tropas que formaban el ejército de Oriente, si bien una gran parte consistia en gente colecticia y sin disciplina, habia tambien brigadas que merecian justo renombre, sobresaliendo entre ellas la del general D. Francisco Perez, destinada á servir de reserva, y que constaba de cuerpos de alta reputacion en el concepto público. Los gefes y oficiales de ámbos ejércitos eran en su generalidad valientes, aunque no escaseaban los cobardes é ineptos, aun entre las clases mas elevadas, que huyeron en los combates, llegando su degradacion hasta despojarse, para no ser reconocidos, de las insignias que debian al favoritismo y á la prostitucion.

Los cuerpos de Guardia Nacional no estaban avezados al fuego: la mayor parte de los que la componian, iban por primera vez á desafiar á la muerte en un campo de batalla; pero llenos de honor y delicadeza, presentaban la garantía de que no volverian la espalda al

enemigo, si no por valor, sí al ménos por pundonor y vergüenza. Cuando el cañonazo de alarma avisó que habia llegado la hora del peligro, se les vió acudir con regocijo á los puestos que les señalaba el deber. Desde el pronunciamiento de Febrero se habian separado de sus filas los que no quisieron tomar parte en esa sublevacion, y despues habia ido disminuyendo poco á poco el número de fuerza de cada cuerpo; pero cuando llegó el momento de verdadera prueba, todos los separados volvieron al servicio, se presentaron otros muchos que ántes no habian tomado las armas, y los batallones contaron bajo sus banderas mas soldados que en cualquiera otra época anterior. Allí se encontraban, el proletario miserable, el artesano honrado, el trabajador comerciante, el caritativo médico, el abogado laborioso, el oficial retirado. Confundidos el pobre y el rico, el juicioso y el calavera, el estudioso y el disipado, formaban un conjunto en que habia hombres de todas las opiniones, de todos los partidos, de todas las edades, de todas las clases de la sociedad, unidos con un vínculo fraternal, el de mexicanos.

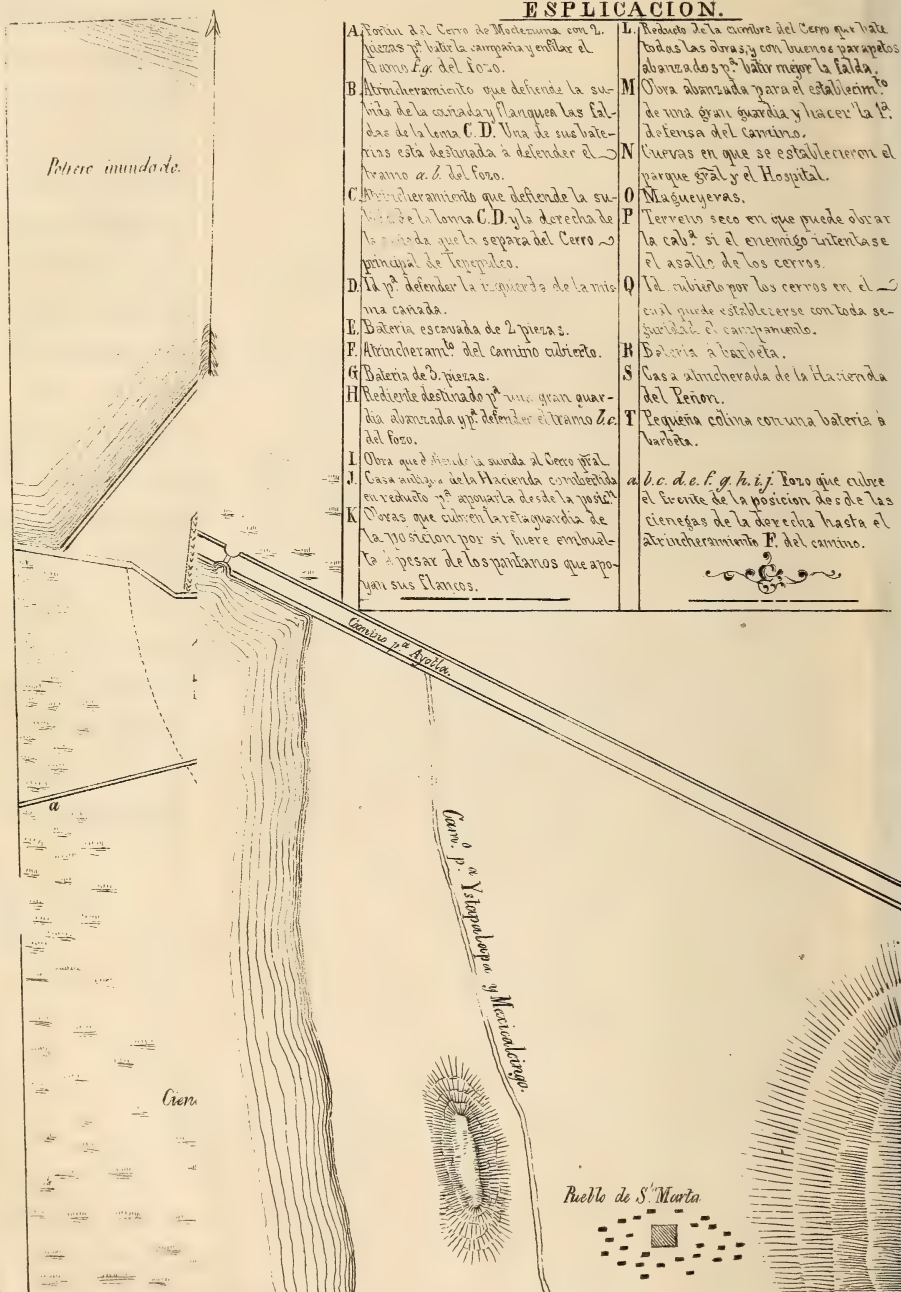
Las bendiciones y el amor de la ciudad entera ofrecian una recompensa anticipada á sus patrióticos afanes. Y esto no era un desaire á las tropas permanentes, como algunos han interpretado siniestramente: se apreciaba, como era justo, la decision y el valor de los soldados del ejército; pero la Guardia Nacional estaba enlazada á los habitantes con los lazos mas estrechos de la amistad y el parentesco: casi no habia familia que no tuviera en ella un padre, un amante, un hermano, un deudo, y era muy natural que sus muestras de interes recayeran principalmente sobre los que tantos títulos tenian á su consideracion.

Miéntras los americanos no salieron de Puebla, el ejército de Oriente estuvo á las órdenes del general de brigada D. Manuel María Lombardini; mas al acercarse aquellos á la capital, reasumió el mando de todas las fuerzas el general presidente D. Antonio Lopez de Santa-Anna: El pensamiento de la guerra estrangera absorvia entónces todos los ánimos: los enemigos de dicho general habian enmudecido: nadie maquinaba contra el primer gefe del estado: sus disposiciones eran acatadas y obedecidas, sin que persona alguna osara poner trabas á las órdenes que se dirigian á hacer mas enérgica la defensa contra el invasor.

La prensa, que de buena fe clamaba por la guerra y contra los abusos, vió sus intenciones torpemente interpretadas, y un acto de despotismo destruyó su libertad, violando una de las primeras garantías de los ciudadanos. Los escritores públicos que, en ocasiones semejantes, habian formado enérgicas protestas, y al sucumbir á la fuerza levantado el grito contra el opresor, callaron entónces humildemente, sin proferir siquiera una queja contra una órden destituida de todo fundamento. El menor indicio de oposicion se hubliera calificado de traicion: la prensa enmudeció, deseando por única venganza que el lauro del triunfo coronara la frente del que ahogaba su voz con una afrentosa mordaza.

En la tarde del 9, la brigada del general Leon, que era una de las destinadas á cubrir las fortificaciones del Peñon, se puso en marcha. El tránsito estaba cubierto de gente: los cuerpos marchaban al compas de una música militar: su aspecto guerrero, su alegría, su entusiasmo, llenaban de gozo todos los corazones: aquellos valientes marchaban al combate como á un festin, como á un convite de amigos. Por donde quiera se escuchaban vivas al ejército, al general Santa-Anna, á la República; y el contento universal presagiaba dias de prosperidad, en que la nacion, independiente y regenerada, ocuparia el lugar que le corresponde en el hemisferio de Colon. La mas espantosa realidad disipó, pocos dias despues, estas halagüeñas ilusiones.





1ª Cᵉ de Plateros nº 15

CAPITULO XV.

EL PEÑON.

> ¿Son éstos los garzones delicados
> Entre sedas y aromas arrullados?
> OLMEDO, CANTO Á JUNIN.

¿Buscais en este artículo la relacion de los combates, el interes político, algo, en fin, que satisfaga la curiosidad, que interprete de alguna manera las pasiones palpitantes de la época? Os engañais. Como los que escriben estas leyendas son mexicanos, no pudieron dejar de consignar en un libro, como el que nos ocupa, un tributo á los recuerdos mas tiernos de México, una página mas bien relacionada con nuestro corazon que con nuestros intereses, una de esas escenas de la vida íntima de los pueblos, que tienen para nosotros la ternura de familia, que indiferentes para los estraños, hallan su correspondencia en el fondo de nuestras almas.

Será esto para algunos un episodio imprudente, tal vez un ripio; para otros será el relicario de sus recuerdos, la consagracion de sus memorias queridas, el noble esfuerzo de que sobrevivan para la ternura nacional los dias ¡ay! demasiados fugaces, en que soñamos con la vindicacion de la patria y con su gloria.

México está conmovida; el bronce de guerra ha interrumpido su silencio lúgubre. Convertida en una vasta ciudadela, todo es agitacion,

PLANO
del Atrincheramiento del Peñon del Marquéz

Pantanos que se estienden hasta la Laguna de Tezcoco.

Potrero inundado.

Laguna de S.ta Marta.

Pueblo de S.ta Marta

Camino p.a Ayotla.

Cam.o p.a Ixtapalapa y Mexicaltzingo.

Limite Probable de la inundacion que se estaba formando, trayendo las aguas [illegible] p.r la acequia del

Cienegas que se estienden hasta Tlapaltepa

Escala de 300 metros.

ESPLICACION.

A. [illegible] con 2 piezas p.a batir la campaña y enfilar el [illegible] f g del foso

B Atrincheramiento que defiende la subida de la cañada y flanquea las faldas de la loma C D. Una de sus baterias esta destinada a defender el tramo a b del foso

C. [illegible] que defiende la su[illegible] loma C D y la derecha de [illegible] que la separa del Cerro principal de Tepepilco

D Id p.a defender la [illegible] cañada.

E. Bateria escavada de 2 piezas.

F. Atrincheram.to del camino cubierto.

G Bateria de 3 piezas

H Rediente destinado p.a [illegible] gran guardia abanzada y p.a defen.r [illegible] tramo b c del foso.

I. Obra que [illegible] al Cerro p.al

J. Casa [illegible] de la Hacienda [illegible] en reducto p.a [illegible] desde la posic.n

K Obras que cubren la retaguardia de la posicion por si fuere envuelta [illegible] pesar de los pantanos que apoyan sus flancos.

L. Reducto de la cumbre del Cerro que bate todas las obras, y con buenos parapetos abanzados p.a batir mejor la falda.

M Obra abanzada para el establecim.to de una gran guardia y hacer la 1.a defensa del camino.

N Cuevas en que se establecieron el parque gral. y el Hospital.

O Magueyeras.

P Terreno seco en que puede obrar la cab.a si el enemigo intentase el asalto de los cerros

Q Id [illegible] por los cerros en el [illegible] establecerse con toda se[illegible] campamento.

R [illegible] barbeta.

S Casa atrincherada de la [illegible] del Peñon.

T Pequeña colina con una bateria a barbeta.

a b. c. d. e. f. g h. i. j. Foso que cubre el frente de la posicion desde las cienegas de la derecha hasta el atrincheramiento F. del camino

1.a C.e de Plateros

todo lleva ante sí la marca solemne que antecede á la gran lucha de un pueblo. Parécen dominar sentimienios encontrados en la poblacion. A la vez que huyen trémulas y despavoridas muchas familias, como de una ciudad que se incendia, atraviesan las calles los ayudantes de los gefes y los dragones; se agrupa el pueblo en distintos puntos de la ciudad; se dirigen á sus cuarteles los individuos de la Guardia Nacional.

Esta institucion augusta, que en su cuna se acababa de dar en espectáculo vergonzoso, recobra ahora su brillo; es, como debe ser, la personificacion generosa del pueblo en accion. Han recibido desde el dia anterior los nacionales órden de marcha para el Peñon, é indecisos primero, murmurándose despues que se pusiese en punto tan resgoso lo mas selecto de la sociedad, temiendo que el precio de una victoria fuese el luto y la orfandad de México, se dudó un instante de la fuerza con que contarian los cuerpos de la Guardia; pero ésta, desmintiendo todas las congeturas, aumenta estraordinariamente sus plazas; luchan á porfia los ciudadanos por engrosar las filas.

El dia 10 era el fijado para la marcha: la brigada del general Anaya va á partir al lugar del combate: en la gran plaza de México hierve el gentío; los balcones y las azoteas de Palacio están coronadas por el pueblo ansioso. La música del 11.° de infantería rompe los aires con sus ecos de júbilo marcial: mil vivas responden; la Guardia Nacional marcha entre las simpatías universales.

Victoria, compuesto de la juventud comercial de México; Victoria, que representaba inmensas fortunas, con sus uniformes lujosos, con sus donceles apuestos; *Hidalgo*, formado de esceptuados, jóvenes ardientes, ancianos que se habian consumido en la vida sedentaria, padres de familia, condecorados con esos títulos sociales que siempre se respetan; *Independencia* y *Bravos*, compuestos de artesanos laboriosos, con sus trages modestos, con sus rostros llenos de orgullo, confundidos con todos los buenos servidores de la patria, que cambiaban por el prest del soldado la subsistencia de sus familias, y cuyas armas y arreos tenian una historia de privaciones.

La brigada del Sr. Anaya entra á Palacio: despues recorre por dos veces las calles del centro de la ciudad; las señoras salen á los balcones, al resonar la música que ha convertido la Polka en el himno de

la Guardia: el entusiasmo crece por instantes: los distintos afectos de dolor, de ternura, de interes, se hacen sensibles, y los nacionales con el valor y la confianza en los semblantes, emprenden su marcha al Peñon, saliendo por la garita de San Lázaro.

En el Peñon estaba desde ántes situada la brigada del general Leon, compuesta en su mayor parte de guardias nacionales, entre las que las de algunos de los Estados sobresalian, y cuyo conjunto despertaba tambien simpatías ardientes.

Aprovechemos el instante en que ha hecho un ligero alto nuestra tropa, para recorrer con los ojos el plano que ha tenido la bondad de facilitarnos el Sr. Robles, y sin el que no puede formarse una verdadera idea de la posicion ni de las fortificaciones.

A la simple vista, poco interes presenta en estos instantes el cuadro que se descubre: desde el camino, al Norte, esto es, á la izquierda del espectador, se ve un portal con unos cuartos reducidos: á la derecha, levantándose de un plano, está la inmensa mole de lava volcánica, coronada de tres alturas caprichosas en forma de ondas: por todo abrigo presentaba aquel cerro cuevas inmundas: algunas tiendas de campaña, de arpillera, que tenian una historia mercantil, y donde se disfrutaba la ilusion de no estar á la intemperie, esparcidas, ya á la parte occidental del cerro, ya en la cima, ya al Sur, en grupos desiguales, que blanqueaban al trepar por la aspereza, unas veces en hileras regulares, otras aisladas, indicando para los conocedores las mansiones de los primeros gefes militares: un jacalon, una troje angosta é incómoda; he aquí los auxilios que brindaba el ingrato sitio á la Guardia Nacional.

Vamos á entrar en minuciosidades, no solo sin interes, sino muy espuestas al ridículo: despues de la pintura de los sufrimientos inauditos del ejército del Norte, la relacion de la marcha de la Guardia tiene no se qué de melindroso; pero en aquellos dias la presencia del jóven elegante, del venerable anciano, del representante del pueblo en la tribuna, del estudiante esclarecido, del artesano modesto, empapados por la lluvia, tostados por el Sol, anhelando una estera como si fuese una otomana, rodeando un figon asqueroso, vagando hambrientos, pero todos llenos de júbilo, conmovia vivamente: á todos se conocia; representaban en un teatro, en que convertian en actores á los

que los miraban: todos los nombres habian sonado en nuestros oidos de un modo diverso en nuestros dias felices.

Llega la brigada al Peñon: se aloja del modo que hemos dicho; y la lluvia, que se desata molesta, hizo su primera noche de campaña muy penosa.

El 11 se pasa revista; designan al batallon Victoria la cima del cerro para la defensa: sube en buen órden, y se coloca en aquel punto definitivamente.

Ya hemos dicho que la parte superior del cerro termina en tres eminencias poco distantes, que vamos ahora á recorrer. La mas elevada es *Tepeapulco*, punto atrevido y dominador, que está al Norte: haciendo una ligera ondulacion, que deja una quiebra un tanto plana, está la altura de *Morelos:* despues se deja ver al Sur, el picacho llamado *Moctezuma*. Las obras de fortificacion de estos lugares las marca el plano con bastante claridad, y seria inútil describirlas.

En la mañana de ese dia, con una comitiva lucida, acompañado de sus numerosos ayudantes, llegó el general Santa-Anna al Peñon: lo saludan las marchas de honor y los vivas entusiastas: la multitud acudia en esos instantes: se percibe el afan para la construccion de tiendas, fondas, puestos, cantinas, la improvisacion de una ciudad portátil que brota de la tierra. La gala de los carruages conduce allí á innumerables familias: todo es animacion: las acequias de los lados del camino se han trasformado en canales, por donde se conducen en canoas muebles, útiles de guerra, parque, armamento y curiosos, que hacen su travesía, deslizándose indolentes al compas de los cantos populares y al ruido monótono de los remos.

Sube el general Santa-Anna á la cumbre del cerro: el dia era hermosísimo: no podemos ménos de interrumpirnos aquí para esclamar como el apasionado Hugo Foscolo: ¡Si fuésemos pintores! Ah! ¡si fuésemos pintores! la traslacion fiel de este cuadro que estamos palpando, nos inmortalizaria. ¡Atencion! Figuraos las inmensas llanuras que circundan el Peñon, convertidas en un estenso lago, bañado por el azul espléndido del cielo, y que el Sol reflejando en sus levísimas y cambiantes ondas, convierte en una lluvia perpetua de diamantes. Figuraos como flotando voluptuosa aquella inmensa mole, que ni puede proyectar sus sombras, porque está en este momento circunda-

da de luz. Recorriendo como una águila alborozada en medio de los vientos, el inmenso círculo que limitan atrevidas lomas, frondosas arboledas, veríais como esparcidos cestos de verdura, á la orilla y en medio de las ondas, ya los pueblecillos de Mexicalcingo, como apoyándose á la falda de Ixtapalapa gentil; Chalco sombrío á la orilla de su lago de plata; Tlalpam descollando entre los bosques que forman sus huertas al pié de las cumbres de Ajusco; festivos señalándose entre los árboles de la llanura, San Angel, Miscoac, Coyoacan, San Juanico; mas al Occidente, romancesco y austero Chapultepec, circundado de las lomas de Tacubaya y Santa Fe; al Occidente la poética iglesia de los Remedios, aislada y sublime: á su pié, entre las sementeras y las huertas, los molinos, las haciendas, los innumerables pueblos comprendidos entre Atzcapozalco y Tacuba, hasta tocar como encadenados por las calzadas y los acueductos, en la capital, en nuestra México, la de los palacios, la gentil, la galana, que desplegaba su beldad entre las ondas, como la Vénus sensual de los griegos. Nuestra México, nuestra patria; ¡vírgen que dormia en su casto lecho de flores, sin que el brazo impuro del invasor la hubiera ceñido como á una ramera, y celebrado su deshonra como un triunfo!!!

Al Norte, entre la cordillera de cerros del Tepeyac, el Santuario de Guadalupe: al Nordeste, pequeño, perdiéndose en la bruma del lago, hermoso como el cisne de la fábula, cándido y lejano como una de nuestras ilusiones de la niñez, se veia á Texcoco; y al frente, esto es, al Oriente, con su pompa espléndida, con sus coronas de nubes eternas, perdiéndose en los cielos, el Popocatepetl y el Ixtacihuatl decoraban el cuadro magnífico que dejamos á la vista del espectador, casi corridos de haberlo tan torpemente diseñado con pincel grosero.

Allí, en el centro de aquella escena, la Guardia Nacional, esto es, valiéndonos de una espresion de Saavedra, la rosa de oro y el cipres de plata de la poblacion de México, rodeaba al general Santa-Anna, que dirigiéndose al batallon Victoria en la cumbre del cerro, evocando recuerdos sublimes de otra edad, y al caudillo de la independencia que dió su nombre al batallon, señaló en el Tepeapulco el pabellon nacional, recientemente colocado allí, que tendia su ala al impulso del aura blanda que lo mecia.

El campamento tiene el aire de un festin: en la parte superior del

cerro, en la loma de *Morelos*, han formado los vendedores calles, donde se encontraban las viandas y los licores, las frutas y todo cuanto puede halagar al apetito y al lujo. No dejaban por esto su vida ruda los soldados: aquel punto estaba al mando del general Rincon, que vigilaba, como un viejo granadero de Napoleon, por la exactitud del servicio. El general Martinez tambien rondaba sin descanso: el entusiasta coronel Jorrin sujetaba á ejercicios constantes á sus subordinados. El batallon de Hidalgo, que desde ántes ocupaba el Moctezuma, habia pedido por medio de su gefe un punto avanzado y resgoso, dividiendo como los demas cuerpos, su fuerza en la noche para guarecerlo, y para la gran guardia á que todos contribuian.

En la parte inferior del cerro se ofrecian momento á momento escenas interesantísimas. Ya se presenta el general Herrera, con sus canas venerables, á ofrecer sus servicios á la patria en el altar de la concordia. El general en gefe lo recibe benévolo; no hay partidos, solo hay mexicanos dispuestos á sacrificarse por la patria. Varios diputados se alistan, y dividen con los ayudantes las fatigas.

Todo esto pasaba en los dias 11, 12 y los subsecuentes: todo era ternura, todo confraternidad y patriotismo.

La presencia de lo mas selecto de nuestra sociedad popularizándose, por decirlo así, en el campo militar, exigia cierto buen tono: daba no sé que aspecto de sarao y de fiesta al peligro mismo, y engalanaba la muerte con las ilusiones que en la edad media, cuando los aguerridos paladines peleaban en los torneos en presencia de la hermosura, esperando de su mano el lauro querido del vencimiento.

En los primeros dias fué nombrado el general Herrera segundo en gefe del ejército; y esto, que suponia en el general Santa-Anna el olvido de recuerdos funestos de partido, estrechó la confianza. Tambien fué nombrado el Sr. Tornel cuartel maestre, quien, en la órden del dia, bautizó con títulos pomposos las fortificaciones, dictando otras providencias que entónces (tal era el espíritu dominante) no se comentaron de un modo desfavorable.

Se sentia esa confianza que asegura el vencimiento; esa fe indescribible y no razonada, precursora de la victoria, y este sentimiento cundia en todas las clases, haciendo naturales y debidos los sufrimientos.

Un dia, tratando el general Santa–Anna de que se despejase el frente del campo, mandó arrasar el pueblecito de Santa Marta, que está entre una arboleda, á la orilla del camino al Oriente del Peñon. En instantes se verificó la demolicion, y los naturales de aquel pueblo pasaron á la vista de todos, sin murmurar, y conformes con la cruel providencia, con los miserables restos de sus fortunas, despues de la pérdida de sus hogares.

Así trascurrian aquellas felices horas; así el solo aspecto de aquel lugar infundia brio en los corazones: así la congregacion del poder, de la mas ingenua representacion social, de todos los estímulos de la ternura y del orgullo, ofrecian un cuadro singular, lleno de animacion y de grandeza.

El dia 12 se distinguió una espesa polvareda, y resonó el toque de *enemigo al frente.* Las cornetas todas respondieron á este toque alarmante: los cuerpos, que momento á momento tenian altas, al estremo de resignarse muchos á seguirlos sin armas, para servirse de los que cayeran muertos ó heridos, se formaron en batalla: hay un instante solemne, precedido de aquella agitacion de los que ingresan á sus filas, de las carreras de ayudantes, de la ordenacion de todo para la lucha. Brillaba en nuestros soldados el contento; se percibia su impaciencia, como la del corcel inquieto por partir, al que sujeta un freno tenaz. Aquel amago fué insignificante: en lo sucesivo se presentaron los enemigos; se practicaron nuestros reconocimientos, algunos; hechos en persona por el general Santa–Anna, que aunque militarmente hablando, no debia practicarlos, en la opinion su arrojo le grangeaba voluntades, y él volvia al campo entre los vivas de la multitud.

La ostentacion del valor, de cierta caballerosidad noble y digna, elevaba el ánimo, y comunicaba interes á las acciones mas insignificantes.

Así es que un dia que D. Juan Cervantes quiso ir á provocar á los americanos, solo y sin mas armas que su reata y su ardimiento, fué hasta una distancia temeraria, volviendo entre los aplausos, y granjéandose el aprecio público.

La celebracion de la misa en la cumbre del cerro, el domingo 15, cobró tambien esa pompa silenciosa y magnífica de tales actos en un campamento.

Ya hemos descrito la vista espléndida del cerro: allí, en la loma de *Morelos*, se levantó el altar. Vistiéronlo los paramentos de oro y de tizú. La Guardia Nacional asistia al sacrificio; los vendedores habian enmudecido: el docel del altar era el cielo diáfano; la lámpara de aquel vasto templo, nuestro Sol sublime. Reverberaban nuestras armas; el ligero viento desordenaba apenas los perfumados cabellos de nuestra tropa; acariciaba muellemente nuestro pabellon tricolor, el pabellon de Iguala.

Elévase la hostia sacrosanta; percíbese el murmurio fervoroso del soldado que cree, y al Dios Santo, al Dios de los ejércitos, se rinde el mezquino instrumento de muerte del hombre, y entona el parche bélico esa marcha pausada y solemne con que el soldado saluda al Dios de los cristianos. En ese instante aparece el enemigo al frente: la generala se mezcla á la marcha, y ni una voz, ni un movimiento, interrumpe el acto religioso!!!

Ya hemos dicho que estas escenas son de un interes histórico muy secundario; pero ya hemos pedido tambien que se nos disculpe, porque todos los hombres y todos los pueblos han consagrado á sus dias de ventura una memoria, y nosotros, entre las ruinas de lo que fuimos, exhumamos estos dias, y los tratamos de perpetuar, para que no los borren nuestras miserias, para que los guardemos ¡oh dolor! en nuestra memoria, como los griegos despues de su espantosa degradacion, salvaron las tumbas de sus héroes y los versos de su Homero!!

Así trascurrieron aquellas felices horas: los testimonios de afecto universal eran constantes; los obsequios del ayuntamiento, comunidades religiosas y de varios particulares, se hicieron notables; y mimados por el afecto público, acreditados con anterioridad por la ternura de familia, para todos los jóvenes de honor no habia vacilacion: era necesario un laurel, ó para dejarlo sobre la tumba, ó para llevarlo orgulloso sobre las sienes!!

Los movimientos del enemigo no dejaron duda en los dias 16 y 17 de que pretendia cambiar de rumbo, y que habian tomado gran parte de sus fuerzas el del Sud-Oeste. Seria una ridícula supersticion; pero este movimiento del enemigo, esta frustracion del combate en aquel lugar en que se habia arraigado la confianza, y que juzgó la mente inaccesible, produjo un efecto en estremo desfavorable. El

dia 17 en la noche se dió órden para que la brigada del Sr. Anaya saliera á la madrugada del dia siguiente. Al anuncio, comenzó á dispersarse la concurrencia; separóse el general Santa-Anna, y habia cierta humillacion, cierto desencanto en volver á la ciudad sin haber combatido. El Peñon quedó guarnecido por las fuerzas de la brigada del general Leon, y el general Herrera de gefe del punto.

La vuelta á la ciudad el dia 18 tenia no sé qué de lúgubre: multitud de familias habian emigrado; las puertas y balcones estaban cerrados: se oia el eco de los pasos de las tropas á gran distancia. La sola vista de la ciudad desierta, inspiraba disgusto y pavor. Era como el semblante de una beldad sin movimiento, y con los huesos del cráneo en donde brillaron los hermosos ojos.

Iba á la cabeza de la brigada su gefe el Sr. Anaya, quien mandó que descansase en Palacio por corto tiempo, para que continuase en seguida la marcha.

En momentos, las familias de los individuos de la Guardia se agolparon á las puertas de Palacio, y penetraron al interior....Ya es la matrona que hace crujir en el pavimento la seda de su trage, ya el anciano padre de familia, con sus ojos llenos de lágrimas, ya la esposa tierna con los hijos de su amor, la beldad vulgariza la seda, las joyas, los atavíos de lujo: el dolor nivela todas las clases, y se multiplican cuadros que no se pueden contemplar sino al traves del llanto.

En un punto se ve al apuesto jóven arrodillado, encendido y trémulo de conmocion, recibiendo con la frente humilde la bendicion de una madre querida. En aquel lugar, al pié de una de las columnas del patio, una señora, con el pelo descompuesto, la mirada descarriada, enlazada á su esposo, le presenta á sus hijos que juegan distraidos, curiosos, riendo con la fornitura estraña del autor de sus dias.

Y los parientes, y los deudos, y los conocidos, llaman en voz alta á los suyos, como si algo de la existencia de ellos fuese á esponerse, como si todos codiciaran las últimas miradas, las espresiones últimas de los que iban tal vez á perecer!!

El redoble de llamada irritó mas vivamente estos afectos: el hermano se arranca de los brazos del hermano; la esposa sigue en la formacion y marcha al lado de su consorte; la madre solloza y vigila, encarga y ruega porque amparen á su hijo; la amante ruborosa, ahogan-

do su emocion, fingiendo tranquilidad, sonrie, pero la traiciona el llanto que baña sus mejillas.... De nuevo el parche cruel interrumpe estas escenas: marcha la Guardia, y entónces las familias, en el colmo del tormento, sin ver nada, sin atender á nada, en tropel, corren por las calles al lado de la tropa; y los nombres de madre, hermano, amigo, las bendiciones y las súplicas se confunden con el sordo ruido de los pasos y el sonido monótono de las bandas militares.

¿Por qué tan repentinamente ha cambiado el aspecto de México? ¿Por qué espera la ciudad hermosa, como en la tribulacion, los dias que van á transcurrir? ¿Por qué se hace sensible un pensamiento sombrío que hiela de oculto espanto los corazones?

México queda silenciosa como una gran casa murtuoria. Las desgraciadas familias que han contribuido con todos los tesoros de su corazon al gran sacrificio de la patria, vuelven á bañar con sus lágrimas las hilas y los vendages con que contribuian para los hospitales de sangre, pensando dolorosamento en un padre, en un esposo, en un amante!!

La brigada del Sr. Anaya se situó en Churubusco. El siguiente dia, esto es, el 19, se mandó á los batallones Victoria é Hidalgo que avanzasen á San Antonio, como punto, segun el general en gefe, mas próximamente amenazado.



CAPITULO XVI.



EL EJERCITO DEL NORTE.

Su marcha á México—su permanencia en Guadalupe Hidalgo—su tránsito para San Angel.

Sabido es que despues de nuestra famosa, aunque lamentable retirada de la Angostura, nuestro ejército se dividió en dos secciones, de las cuales una se dirigió á Cerro-Gordo, y la otra permaneció en San Luis Potosí á las órdenes del general Mora y Villamil, quien pocos meses despues, en Junio de 1847, entregó el mando al general de division D. Gabriel Valencia.

Los acontecimientos desgraciados de Cerro-Gordo, y la plena confianza que se tenia de que el general Taylor estaba imposibilitado para proseguir su marcha al interior de nuestra República, decidieron al gobierno á ordenar que el resto de la division del Norte marchase á la capital de México, que iba á ser próximamente invadida por las tropas americanas del mando del general Scott, posesionadas ya de la hermosa ciudad de Puebla.

En los dias 9, 10 y 11 de Julio, aquel sufrido ejército, que entónces constaba de poco mas de cuatro mil hombres, salió de la ciudad de San Luis, á donde si bien habia descansado de las penosas fatigas

de la guerra, no estaba del todo repuesto, pues se encontraban todavía algunos de sus veteranos consumidos y macilentos, y casi todos desnudos; restos infortunados de las aciagas jornadas de Palo-Alto, la Resaca y Monterey, y de la no poco sangrienta de la Angostura: aquellos estóicos soldados estaban ya habituados á los padecimientos, y enseñados á despreciar los peligros.

La marcha á la capital de la República fué violenta, y causó un positivo alborozo en el ejército, pues la mayor parte de los individuos que lo formaban, tenian allí sus penates, como habrian dicho los guerreros de la antigua Grecia.

Antes de pasar adelante, veamos el órden en que marchaba el ejército.

La primera division, denominada de vanguardia, á las órdenes del general Mejia, se formaba de los regimientos de infantería, Fijo de México y activo de San Luis Potosí, y de caballería 7.° y San Luis Potosí.

La segunda division, ó del centro, á las órdenes del general Parrodi, se componia del 10.° y 12.° de infantería; activos, Guarda-costa de Tampico, Querétaro, Celaya y Guanajuato, y auxiliares de Celaya.

La tercera division, ó de reserva, á las órdenes del general Salas, quien no obstante de ser el segundo en gefe de aquel ejército, habia pedido mandarla: se componia del regimiento de tropas de Ingenieros, batallon mixto de Santa-Anna y activo de Aguascalientes, y de los regimientos de caballería 2.°, 3°, 8° y Guanajuato, y siete piezas ligeras de artillería.

Debe advertirse que esta última arma, en su mayor parte, no salió de San Luis sino algunos dias despues que lo demas del ejército, en razon á la falta de los tiros de mulas indispensables para verificar una marcha de mas de cien leguas; pero todo el ejército se reunió en Cuautitlan, para entrar á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, lo cual se verificó el dia 26 del mes citado.

A la sazon se habia difundido la nueva de que las tropas americanas habian salido ya de Puebla sobre México, lo que las nuestras veian con positivo placer, pues querian en el ardor de su entusiasmo dar una muestra de su valor, y vengar en la hermosa capital de la República la sangre derramada en defensa de ésta en los campos del



GENERAL VALENCIA.

lit. de P. Blanco.

Norte; pero ¡tremenda fatalidad! este entusiasmo, este ejército, debian encontrar su fin en las escabrosas lomas de Contreras! . . . .
La noticia de aquella invasion á la capital no se confirmó entónces, y los veteranos acampados en Guadalupe, quedaron manifestando un desaliento semejante al que esperimenta un ardoroso jóven al ver frustradas sus esperanzas de gloria y ventura.

El dia 27, el general en gefe, acompañado de algunos de sus ayudantes de campo, pasó al Palacio nacional de México, donde el presidente de la República lo recibió con cordialidad: hablaron del peligro en que se encontraba la patria, y de que era necesario salvarla á toda costa. Valencia espuso el estado de desnudez del ejército, y se determinó desde luego que se le remitiese el vestuario que necesitase, para que la tropa se presentara al ménos vestida, ya que no podia ser en un todo uniformada; de manera que el gobierno mostraba así la mayor deferencia para atender en lo posible á aquel ejército, digno ciertamente de las mayores consideraciones.

No obstante, al tratarse de las operaciones de campaña, existia una notable diferencia entre el presidente y el general en gefe. ¡Funesto preludio de los aciagos acontecimientos posteriores!

El general Santa–Anna apoyándose, segun decia, en las lecciones de la esperiencia, opinaba porque la guerra solo fuese defensiva, para lo que queria que se hiciesen los competentes atrincheramientos en las inmediaciones del Norte de la capital, que era entónces la parte mas débil. El general Valencia, fiado en el valor y decision de sus soldados, y alegando que estaban suficientemente aguerridos, opinaba con su impetuosidad característica, que debia esperarse al enemigo en el tránsito de Puebla á México, y dar una batalla campal, la que cambiaria favorablemente la cuestion. Tan divergente modo de pensar ocasionó algunas conferencias entre dichos gefes, las que entónces dieron por resultado, que Valencia se sujetase á las opiniones del gobierno.

En consecuencia, mandó se fortificase Zacualco, lugar poco distante de Guadalupe, y el cerro de Guerrero, de las inmediaciones de esta ciudad: precedieron varios reconocimientos, en especial por los caminos de Texcoco y San Cristóbal, y cerro llamado del Chiquihuite, los cuales, unidos á los que ya se habian practicado sobre Zumpango,

Tepozotlan y accesorios, daban conocimiento de aquel terreno, para desarrollar con buen éxito un plan de operaciones, dado el caso de que los enemigos se dirigiesen á la capital, como entónces se temia, por el camino conocido con el nombre de Piedras-negras. Entre tanto, tomó cuarteles el ejército en la repetida ciudad de Guadalupe Hidalgo, donde permaneció ocupándose constantemente en ejercicios y fatigas militares.

Llegó el 8 de Agosto, dia designado para que el presidente de la República pasase una revista á aquellas tropas. Veíanse éstas formadas en órden de parada, á los soldados todos sencilla, mejor dicho, pobremente ataviados; pero su continente marcial, su disciplina, su destreza en el manejo de las armas y sus rostros tostados, revelaban desde luego que eran los mas viejos y aguerridos defensores de la patria.

El general Valencia, acompañado de su estado mayor, se dirigió á la calzada de Peralvillo, donde se recibió al gefe supremo de la nacion, quien se presentó con una brillante comitiva, cuyo lujo y esplendor formaban un estraño contraste con la modestia de los veteranos del Norte.

Cantóse en la colegiata de Nuestra Señora de Guadalupe una solemne Misa; despues ámbos generales recorrieron la línea: las bandas militares y las salvas de artillería resonaban por los aires, y la alegría y el entusiasmo se veian pintados en aquellos momentos en todos los semblantes. El general Santa-Anna hizo leer al ejército una proclama, en que escitaba mas y mas su entusiasmo, pues les hablaba en estos términos, á la verdad no poco lisonjeros:

"¡¡¡Amigos y compañeros de armas!!! Grande es la complacencia „que siente mi pecho al ver otra vez á los valientes de la Angostura. „Tenaces los enemigos en sostener la mas vil de todas las agresiones, „amenazan á la bella capital de la República, y volvemos á unirnos „para defenderla, para salvarla, y para terminar con gloria esta con„tienda. Advierto en vuestros semblantes el mismo noble orgullo „con que os presentásteis en aquella memorable jornada, y noto tam„bien, que conservais la severa disciplina que habeis adquirido en „vuestra larga escuela de la frontera del Norte, donde vuestras proe„zas y vuestros nombres jamas podrán olvidarse.

"Soldados! Aquí, como allá, escarmentareis al atrevido invasor, y „si los decretos de la Providencia nos fueren al fin propicios, comple- „tarémos un triunfo que dará vida á la patria, que la mantendrá en el „alto rango que merece, y será la admiracion del mundo. El dia del „gran combate se acerca: os conducirán á la refriega y á la victoria „el digno y bizarro general Valencia y los mismos valientes gefes que „en el Norte os mostraron el camino del honor entre riesgos y fa- „tigas. En cambio de vuestros sacrificios, os espera un nombre que „no morirá, los aplausos y bendiciones de vuestros compatriotas, y la „gratitud eterna de vuestro antiguo general."

Las voces en loor de los generales Santa-Anna y Valencia se levantaron con estrépito; era indescriptible el júbilo que á todos animaba; era grato ver la armonía que en aquellos momentos parecia reinar entre ámbos caudillos. ¡Dios Santo! ¿Por qué permitiste que mas tarde la tea de la discordia se encendiese entre estos dos hombres, de quienes dependia la salvacion de la patria? ¿Por qué sentimientos de envidia y ambicion los arrastraron á anteponer ruines pasiones á los sacrosantos derechos nacionales?

El presidente regresó á la capital, dejando en el ejército y sus gefes las mas placenteras esperanzas.

En la noche de aquel mismo dia el general Valencia recibió un correo de Puebla. Avisábanle sus agentes secretos, que el enemigo emprendia su marcha sobre la capital: mas tarde se confirmó esta noticia con el llamamiento que el presidente hizo al general en gefe, quien pasó á México en la mañana del 9. En la conferencia de este dia, así como en comunicaciones posteriores, se resolvió que el ejército del Norte marchase á la ciudad de Texcoco, al N. E. de México, donde deberia tomar cuarteles, y amagar el flanco derecho y retaguardia del enemigo, siempre que atacase el punto del Peñon, previniéndose que obrara en combinacion con Valencia el general Alvarez, que con una gruesa division de caballería estaba encargado de hostilizar al enemigo en su marcha. El ejército del Norte, en caso de ser atacado directamente en su posicion de Texcoco, se replegaria á sus atrincheramientos de Guadalupe, puesto que no debia empeñarse una funcion de armas que pudiera sernos desventajosa.

No entra en el plan de este artículo el manifestar todos los porme-

nores de la defensa de la capital: lo espuesto basta para dar á conocer cuál era en esta vez la mision del ejército de que tratamos.

A la madrugada del dia 10 se emprendió la marcha para Texcoco: el ejército conservaba la misma organizacion que ántes tenia: distribuyéronse las veintidos piezas de que constaba su artillería de la manera siguiente: cuatro obuses y tres piezas de á doce, á la division de vanguardia: dos obuses y seis piezas de á ocho á la del centro; y siete piezas ligeras á la de reserva. A pesar de la vigorosa disciplina de este ejército, por varias causas habian ocurrido algunas bajas en sus filas, de manera que su monto tatal era entónces el de tres mil setecientos hombres de todas armas, divididos del modo siguiente. Primera division, setecientos infantes y cuatrocientos caballos; segunda, mil cien infantes; tercera, ochocientos infantes y seiscientos caballos. Todas ellas estaban dotadas de los artilleros necesarios, y bien provistas de trenes y municiones.

Consecuente con el plan de operaciones combinado, el general Valencia dispuso que el general D. Miguel Blanco y los oficiales de ingenieros prosiguiesen en Zacoalco las obras de fortificacion, que debian quedar concluidas á la mayor brevedad.

En el espresado dia 10 el ejército pernoctó en Tepespa y en la Hacienda Grande. El 11 á las doce del dia llegó la caballería á Texcoco, donde tomó cuarteles. La infantería permaneció en las Haciendas Chica y Grande, hasta la mañana del 12, que llegó toda á dicha ciudad. Nombróse una gran guardia de caballería, que, situada en la hacienda de Chapingo, vigilase las avenidas del camino de Puebla: prevínose ademas, en la órden de este dia, que los cuerpos estuviesen constantemente dispuestos para marchar, por lo cual permanecian en sus cuarteles; las mulas estaban atalajadas, y la caballada de los cuerpos en sus respectivos macheros. Todo era movilidad en este ejército.

La seccion de plana mayor hizo los reconocimientos necesarios hasta el cerro de Chimalhuacan, y desde allí al pié de la montaña hasta el molino de Flores, posesion pintoresca de aquellos lugares. El general en gefe hacia que se cubriesen todas las avenidas de los caminos de la carretera de Puebla al cuartel general, de modo que el ejército vigilante y prevenido, solo esperaba que los americanos tomasen la

iniciativa, atacando el Peñon, para caer sobre su flanco derecho y retaguardia.

El 13 llegó á las inmediaciones de Texcoco el general Alvarez con la caballería de su mando: tuvo con el general en gefe una entrevista la mañana del 14; y cuando ámbos practicaban un reconocimiento, se percibieron unas detonaciones como de fuego de cañon por el rumbo de Ixtapalapa. Creyóse entónces que el enemigo emprendia su ataque sobre el Peñon; el general Valencia toma violentamente sus disposiciones, y como por medio de un golpe eléctrico, el ejército se pone en marcha. Parecia llegado el momento solemne de la batalla: la alegría estaba retratada en todos los semblantes: los soldados, llenos de entusiasmo, se disputaban la vanguardia para llegar los primeros al frente del enemigo: aquellos veteranos, que tantas veces habian luchado con él, se reanimaban, y decian con cierta noble altivez: "este es el dia de la victoria."

El regocijo era general: las voces de ¡viva la República! resonaban por toda la ciudad: sus habitantes bendecian al ejército, le admiraban, y parecia que la antigua señora del lago recobraba su pasado esplendor, al ver entre sus edificios y ruinas á mas de tres mil combatientes, decididos á sostener la causa sacrosanta de nuestra independencia y libertad.

El general Valencia, á la cabeza de la caballería, avanzó hasta el cerro de Chimalhuacan, y la infantería y artillería, á cuyo frente se veia al general Salas, solo llegaron á la hacienda de Chapingo, á causa de que un ayudante de campo del general en gefe le comunicó la órden de que no pasase adelante, pues no se verificaba en aquel momento ningun ataque.

Al siguiente dia se supo que el enemigo, sin atacar el punto del Peñon, se dirigió á Chalco para ir despues á Tlalpam.

Quedaba, no obstante, en Ayotla alguna fuerza á las órdenes del general Twiggs, en vista de lo cuál se dió órden al general Alvarez para que con la caballería de su mando se situase en las inmediaciones de dicho punto, para hostilizar aquellas fuerzas, cuando marchasen á unirse con el grueso del ejército invasor. Verificóse así despues de las doce del dia 15; y al amanecer del 16, el espresado general Alvarez estaba sobre la retaguardia del enemigo, quien disparó algunos cañonazos, que no produjeron ningunos resultados.

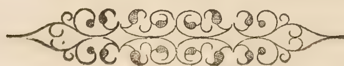
Entre tanto, el ejército del Norte cambiaba tambien de posicion: dispúsose para esto, que toda su caballería, á las órdenes del general Torrejon, avanzase hasta Ayotla para llamar la atencion del enemigo, miéntras la infantería y artillería volvian á sus primeras posiciones en Guadalupe.

Eran las doce del dia cuando el ejército se puso en marcha: nadie sabia con certeza á dónde se dirigia, ni cuál era el punto que se iba á ocupar.

A las cuatro de la tarde, al desfilar por enfrente del pueblecillo de Tepespa, el cielo comenzó á entoldarse; gruesos nubarrones subieron al horizonte, y el agua se desplomó á torrentes: el camino se puso intransitable: los carros y las piezas de artillería se sumergian en el fango, y á cada paso era preciso sacarlas, no sin grandes esfuerzos de los soldados: así, la infantería y la artillería no llegaron á la ciudad de Guadalupe Hidalgo sino á las tres de la mañana; y una hora despues lo verificó lo caballería, que se habia retirado de las inmediaciones de Ayotla.

A las cinco de la mañana del dia 17 el ejército emprendió de nuevo su marcha, y sin interrumpirla ni un solo instante, atravesó sin murmurar las calles de la hermosa capital de México. ¡Tal vez la mayor parte de aquellos hombres, cuya vida era incierta, tenian allí los objetos mas caros para su corazon! ¡Tal vez se veian privados de decirles el último adios!....

Eran las once de la mañana, cuando los soldados del Norte llegaron con el presentimiento de un glorioso porvenir al pueblo de San Angel.... Los acontecimientos posteriores vamos á referirlos en los capítulos siguientes.



CAPITULO XVII.

BATALLA DE PADIERNA.

Por el rumbo S. O. del fértil pueblo de San Angel, distante de México cosa de tres leguas, hay un camino carretero, amplio y cómodo, que conduce á la fábrica de tejidos de la Magdalena y *pueblo de Contreras.* Al nacer el camino, y á su izquierda, parte la senda que va al pueblecillo de Tizapan, cubierto de árboles frutales, y á sus orillas Mal–Pais: á la derecha, en varias direcciones, hay veredas que llevan á algunas posesiones de campo, entre las que se halla el molino del Olivar, de los carmelitas; y mas al Oeste, esto es, frente al rancho de Anzaldo, se ve por entre un pequeño bosque, blanquear la torre del pueblecito de indios llamado San Gerónimo, rodeado de lomeríos y barrancos desiguales y caprichosos que, dejando á trechos hollos y planos reducidos, van á tocar la falda de los montes del S. O. del camino, que guia por entre malezas y veredas incómodas á la carrera de Cuernavaca.

A poco ménos de una legua de San Angel, está Anzaldo, edificio cuadrado, no muy alto ni estenso, cuya huerta toca la derecha del camino. Ascendiendo éste, se desvia al S. E. una pequeña y empinada loma que los naturales llaman Pelon Cuauhtitla, y forma un punto eminente entre el camino, que subiendo, lleva á la Magdalena, y la vereda que abatiéndose al pié de las lomas, hundiéndose en el pedre-

gal, tuerce su giro al rumbo Este, y conduce á la Peña Pobre, hacienda de las orillas de Tlalpam. Esta nueva senda está practicada en la lava volcánica del pedregal, la que esparcida en trozos desiguales, hace penoso el tránsito. El Sur de ella lo limitan varios cerros que se encadenan hasta el camino de Cuernavaca, descollando al principio de ellos el de Zacatepec; y al Norte se estiende el pedregal escabrosísimo, que descubre de trecho en trecho, entre ruines arbustos y yerba salvage, mas bien grietas que veredas, por donde mas que transitan, trepan y suelen escurrirse los nativos de aquellos lugares. Sobre ese pedregal, despues de una hondonada que forman las aguas de la Magdalena, al pié de las lomas de Pelon Cuauhtitla, se levanta el rancho de Padierna, con cuartos humildes de adove, y los mas de los techos de tejamanil. A los alrededores de este cuadro hay sembrados, y de distancia en distancia se descubren las haciendas, las fábricas, mansiones de la industria y del trabajo, embellecidas por una vegetacion risueña y nuestro cielo espléndido y magnífico.

Estos son los lugares en que en los dias 19 y 20 de Agosto de este año combatió el ejército del Norte, á las órdenes del señor general D. Gabriel Valencia, cuya batalla conocida con el nombre de Padierna, nos proponemos describir en este artículo.

Ya hemos dado á conocer ese ilustre ejército, la fuerza de que se componia, su marcha rápida y penosa de Texcoco á Guadalupe, su tránsito por México, y su llegada alegre al pueblo de San Angel el 17 de Agosto del año de 1847.

Anticipándose en un coche el general Valencia, llegó á San Angel á las doce del dia, acompañado de algunos de sus ayudantes: se detuvo en la plaza para montar á caballo, é inmediatamente se dirigió á reconocer el camino que hemos descrito, tomando el rumbo de la Peña Pobre, lugar por donde se esperaba á los americanos. Reconoció por sí mismo los puntos que le parecian mas practicables; hizo preguntas convenientes sobre si era ó no posible la conduccion de la artillería, y complacido con aquella posicion, dispuso se situasen unas baterías, y el centro de su campo, en las lomas de Pelon Cuauhtitla, dejando encomendado el reconocimiento facultativo á los oficiales de plana mayor Cadena y Segura, con el general Gonzalez de Mendoza, (D. José María) persona de conocida aptitud.

Entre tanto las tropas se alojaban convenientemente, la poblacion hospitalaria de San Angel les prodigaba sus pocos recursos; abria sus casas á los oficiales, y las señoras hacian hilas y vendages para aliviar á los veteranos del Norte, cuyos recuerdos de heroismo y sufrimiento se les anticipaban en todas partes, captándoles universales simpatías.

En el camino de Padierna á la Peña Pobre, en los momentos de practicar la visita, el general Valencia supo por D. Antonio del Rio, prefecto de Tlalpam, la entrada de los americanos á aquella ciudad y su direccion á la Peña Pobre: no obstante, consumó con aquel práctico su exámen del terreno, rectificando sus juicios, desvaneciendo sus dudas, afirmándose en sus esperanzas y en su eleccion.

Volvió el general Valencia á San Angel: conferenció con los oficiales facultativos: éstos habian trazado el cróquis del campo, mostrando peligrosas algunas veredas en que el general no se fijó detenidamente; pero se convino, á pesar de algunas opiniones disidentes, en que el lugar elegido era ventajoso, era seguro, y un pérfido presentimiento de victoria alentó á las tropas, y difundió el contento hasta entre los habitantes de la poblacion.

En la noche se presentó al Sr. Valencia D. Agustin Reina, pidiéndole armas para algunos individuos de la Guardia Nacional de aquel pueblo, que conocedores del terreno, podian auxiliar al ejército, guardándole las veredas escusadas del pedregal. En momentos se improvisó una corta guerrilla, al mando del mismo Reina, la que se colocó en esa noche á la orilla izquierda del camino de Padierna á la Peña Pobre.

Todo hasta entónces presagiaba el triunfo: el general Valencia, si abrigaba miras ambiciosas, si escondia en su corazon algun otro sentimiento que no era el de la gloria de la patria, solo mostraba en medio de su carácter naturalmente impetuoso y abierto, deferencia al general Santa-Anna, fe en sus buenas intenciones. Decia frecuentemente á los que lo rodeaban, que su division era auxiliar; que sin duda atacarian á San Antonio los americanos, y entónces moviéndose él por la retaguardia del enemigo, y acudiendo el general Perez, cuya brigada se encontraba en Chimalistaca y Coyoacan, no era dudosa la victoria; que si por el contrario, él era atacado, entónces el general Santa-

Anna los batiria por Tlalpam, cubriendo su retaguardia el general Perez, que guardaba escelente posicion.

Contento, y con la enérgica elocuencia de su convencimiento, pintaba á su campo como la llave de México, como el punto por donde impedia á los americanos, que cortando por las lomas de Tacubaya, nulificasen las fortificaciones de San Antonio, y apoderándose de Chapultepec, se hiciesen en momentos de la capital. Así hablaba Valencia; y como este no es un escrito para dilucidar si carecia ó no de razon, nos abstenemos de toda clase de observaciones.

En la mañana del 18 mandó Valencia á los zapadores, bajo la direccion del general Blanco, para que en la loma de Pelon Cuauhtitla construyesen las baterías, de las cuales solo se levantó una, en que se colocaron cinco piezas. Hubo un ligero tiroteo entre la guerrilla de Reina y los americanos, que se acercaron á examinar el campo.

Se dió á reconocer al general Tornel de cuartel maestre, y se mandó que se ocurriese por el santo y se entendiese aquella division con Santa-Anna, que se hallaba en San Antonio. Circunstancias insignificantes, que acompañaban estos actos, despertaron sordamente y en las tinieblas del silencio, cierta desconfianza secreta, que despues estalló escandalosa y funesta para la patria.

Valencia dió parte de sus planes, de la posicion de su campo, de sus temores, de sus esperanzas: dispuso que el general Mejía, con su brigada, se situase en las baterías, lo que se verificó, y allí permaneció la noche del 18. Santa-Anna desaprobó las disposiciones de Valencia: le mandó retirarse á Coyoacan y Churubusco: esta órden sufrió observaciones de Valencia, que no supo disimular la profunda sensacion que le causaba se frustrasen sus planes, y revivieron en su ánimo ardoroso ciertos *recuerdos de Tula de Tamaulipas.* La desobediencia del general Valencia formó despues su proceso; pero es necesario atender, en obsequio de la verdad, á que no obstante las observaciones, se dispuso á cumplir con lo mandado, si el general Santa-Anna insistia en su órden, y en este sentido dejó las suyas al general Salas, al separarse de él á las doce de la noche del dia 18.

Las comunicaciones habidas desde San Angel, hasta la noche de ese dia, con el general Santa-Anna, á que se alude en el párrafo anterior, fueron: un oficio del general Valencia, en que refiriéndose al

reconocimiento del general Mendoza, con dos individuos de la plana mayor, dijo que el punto reconocido no era en lo absoluto defendible, y que creia conveniente retirarse por las razones que emite en su nota.

El general Santa-Anna, en contestacion, le mandó permanecer en dicho punto, previniéndole que solo en caso que avanzara el enemigo, se retirase á Tacubaya.

El dia 18 mandó el general Santa-Anna al Sr. Valencia, que en la madrugada del 19 marchara con sus fuerzas á Coyoacan, adelantando la artillería á Churubusco. Esta disposicion provenia del concepto en que estaba, de que el dia 19 debia atacar el enemigo la fortificacion de San Antonio.

En respuesta al oficio anterior, el general Valencia, no obstante lo que habia espresado en su primera nota, incurrió en la contradiccion de rehusarse á abandonar un punto, que ántes habia calificado de insostenible.

Entónces el general Santa-Anna, contentándose no mas con notar la contradiccion que existe entre la primera y segunda comunicacion del general Valencia, convino en que permaneciera en la posicion que ocupaba, y sin que espresase, como se dijo despues, que dejaba obrar á Valencia bajo su responsabilidad.

Con tales antecedentes dictó el general Valencia sus disposiciones para el siguiente dia.

El 19, al romperse las dianas alegres, en medio de los vivas entusiastas, y del resonar sonoro de los clarines, se puso en marcha con la pompa del triunfo el grueso del ejército. ¡Momento solemne! ¡Era hermoso ver flotar al viento las banderas santificadas para el plomo enemigo en las batallas! ¡Era tierno recordar con el nombre solo de cada cuerpo, sus sufrimientos del desierto, su ardor en la lucha! Se escuchaban las bandas, á que mezclaban sus relinchos los corceles: ardia la cuerda-mecha en los cañones; relumbraban las armas á los primeros rayos del Sol naciente; y una poblacion de amigos y de hermanos, con sus ojos llenos de lágrimas de interes, se agrupaba á bendecir á los rudos veteranos que llevaban consigo sus esperanzas.

El general Valencia recorria las filas con una actividad prodigiosa; atendia á todo, animaba á los soldados; se captaba con su continente marcial sus simpatías.

Al salir de San Angel, envió al coronel Barreiro á Zacatepec á que estuviese en observacion de los movimientos del enemigo y le avisase.

Darémos ahora una idea del órden en que quedaron las tropas, en el momento de principiarse la batalla. En el rancho de Padierna, con una avanzada de caballería del 7.º y otra de infantería al mando del capitan Solis, estaba el 1.º de línea á las órdenes de D. Nicolas Mendoza, en el reventon pedregoso que hemos descrito, al frente de la loma de Pelon Cuauhtitla. A la izquierda estaba el cuerpo de San Luis Potosí, y á la derecha los auxiliares y activos de Celaya, Guanajuato y Querétaro, que componian la brigada del mando del teniente coronel Cabrera. En el lugar de las baterías estaba el general Mejia y el estado mayor de Valencia; formando una segunda línea los batallones 10.º, 12.º, Fijo de México y Guarda-costa de Tampico. La reserva se colocó en Anzaldo, teniendo á sus órdenes el general Salas, que la mandaba, los cuerpos de Zapadores, Mixto de Santa-Anna y Aguascalientes, parte de la caballería, que constaba del 2.º, 3.º y 8.º de línea y el activo de Guanajuato; y apoyaban la derecha los regimientos 7.º y San Luis.

Entre doce y una del dia, el coronel Barreiro se presentó al general Valencia, diciendo que los americanos subian el cerro de Zacatepec.

Efectivamente, los enemigos, saliendo de la Peña Pobre, se dividieron en dos columnas principales: una subió al cerro de Zacatepec, y describiendo su marcha una curba, descendió á la falda del mismo, reuniéndose á la otra parte; y avanzando de frente, amenazaron á las fuerzas nombradas del rancho de Padierna, situando sus piezas ligeras á la falda del N. del cerro. Entónces anunció el clarin: "enemigos á la derecha," y se disparó el primer cañonazo sobre la seccion de Zacatepec.

Inmediatamente mandó el general Valencia traer de Anzaldo la reserva, y la colocó cerca de las baterías, dejando desguarnecido aquel punto. Avanzó tambien la caballería del mando del general Torrejon, hasta colocarse entre la loma y Anzaldo. Este movimiento se ejecutó con un órden y con un concierto, que todos admiraron.

Entre tanto, hubo algunos tiros de cañon de San Antonio y Coapa: se creyó que el enemigo atacaria por distintas partes; pero el general Valencia, consecuente con su primer plan, tenia atalajadas las mulas, y todo listo para acudir al socorro de San Antonio en caso necesario.

Entre dos y tres de la tarde se empeñó el combate. En todas las alturas de las inmediaciones habia multitd de espectadores. Era un cuadro imponente y sublime el que se ofrecia á las miradas de todos.

La avanzada que mandaba el capitan Solis, hacia esfuerzos estraordinarios de valor; la artillería nuestra protejia su defensa, y las fuerzas de Padierna fulminaban sus tiros, al mando del general D. Nicolas Mendoza, cuya presencia no les faltó un instante en los puntos de mayor riesgo. Entónces hacen los enemigos un empuje vigoroso: se escucha el alarido de sus hurras salvajes, y toman el punto de Padierna. En estos momentos salió herido el general Parrodi, que estâba inmediato á nuestras baterías. La retirada de Mendoza fué tranquila. Antes de tomar Padierna, los americanos se dividieron en dos fracciones; una que atacó aquel punto, y la otra que se emboscó por el pedregal, amagando nuestro flanco izquierdo. El fuego de artillería no cesaba: los enemigos tambien generalizaron el suyo, jugando sus piezas de campaña con celeridad, y sus cohetes á la *congreve* con repeticion. La voz del general Valencia se escuchaba en todas partes, animando á los cuerpos que se batian á pecho descubierto. Todos cumplian exactamente con sus deberes. . . . . .

Los americanos, que se habian ocultado desde el principio de la accion en el pedregal, aparecieron por frente á Anzaldo, que por una falta imperdonable estaba, como tenemos dicho, abandonado, avanzando en direccion á San Gerónimo. El general Valencia manda al regimiento de caballería de Guanajuato por el camino á que los contenga. Esta fuerza era insignificante en su número, é ineficaz por la arma á que pertenecia. Hay un corto tiroteo: queda cortado parte del regimiento: los enemigos atraviesan uno á uno, y se emboscan en la arboleda que rodea á San Gerónimo, frente de la cual hay un plano de poca estension, rodeado de lomas escabrosas: organizándose en el bosque, intentan una salida sobre el punto que ocupaba Valencia. Los avisos que desde el principio de la accion se habian mandado á los generales Perez y Santa-Anna, se repiten ahora en vista del peligro inminente que nos amenaza. Ordénase á Torrejon, al ver la tentativa del enemigo, que cargue con toda la caballería: ejecuta la órden decidido el general Frontera con el número 2: resuena el tropel de los caballos, y se percibe el ruido de los sables. . . . . . . En estos

instantes aparece sobre las lomas del Toro, que dominan el camino, la brigada del general Perez, y en medio de sus músicas y vivas, se desplega en guerrillas y en columna, y se prepara á atacar al enemigo de San Gerónimo. Compraba entónces Frontera con su sangre el lauro de los héroes: daba libertad á su alma generosa el plomo del invasor, y dejaba con su cadáver sangriento un recuerdo, para sus amigos, de ternura; para la patria, de gloria.

El camino recto estaba cortado por los americanos, que pasaban con dificultad del Mal-Pais á S. Gerónimo; pero las fuerzas que tenian allí eran aun muy reducidas, y cualquiera esfuerzo hubiera bastado para restablecer la comunicacion entre los dos ejércitos mexicanos.

Pocos minutos ántes nuestra situacion era desesperada: estábamos cortados; cualquiera habria predicho la derrota; pero la situacion cambia ahora enteramente: ahora los americanos son los cortados; ahora todo es favorable; y efímera, alumbra la luz de la victoria por un momento, nuestras armas desventuradas.

Se toca retirada á las tropas del general Perez por tres veces, y el general Santa-Anna permanece inmóvil con aquella division, cuya presencia habia hecho vacilar al enemigo, y temer al general Scott por el éxito de la batalla; pero el mismo hecho de no pasar por el camino, cuando aun era muy posible, hizo creer á la generalidad, que Santa-Anna queria encerrar entre su division y la nuestra las fuerzas enemigas, y verificar de aquel modo su derrota.

No obstante, la ocasion oportuna se habia perdido. Luego se supo que cuando despues de atacar el general Frontera, llegaron las fuerzas de Santa-Anna, Scott hizo un movimiento de desesperacion, como quien de repente se encuentra con un gran peligro. ¿Cómo se responderá de esta inconcebible negligencia?

Durante todo este tiempo de inmovilidad inesplicable de las fuerzas de Santa-Anna, el fuego se empeñaba en varias direcciones: los cuerpos todos competian en arrojo: el general Valencia redoblaba mas y mas sus esfuerzos. En lo mas empeñado de aquella accion, el general Valencia dió muestra de un valor, que na ie, sin villanía, se atreverá á negarle.

Al punto de disponer el general Valencia la carga de caballería de que hemos hablado, mandó que se situara una batería á la retaguardia del

campo. Luego que murió el general Frontera, frustrada su operacion, quedó formada en batalla á la derecha del bosque, marchando á reforzarla el batallon de Aguascalientes, cuando se observó que los americanos de San Gerónimo hacian una nueva tentativa sobre el campo.

Al oscurecer, repentinamente entre mil vivas, hacen un esfuerzo nuestros soldados para recobrar Padierna. Allí trepa el comandante de batallon Zimavilla, al frente de su cuerpo, blandiendo su espada, alentando á sus soldados. Nuestras baterías los protejen con sus fuegos: Cabrera, con el resto de su brigada, lo sigue valientemente: se confunden los nuestros con los enemigos: una bala de cañon derriba la parte superior de una de las paredes de Padierna; y al disiparse el polvo, coronan nuestros hermanos vencedores aquel punto, con tan tenaz arrojo disputado, gritando y repitiéndose el clamor de ¡Viva la República!

Despues de las oraciones de la noche, y entre la lluvia, se oyeron algunos cañonazos en las lomas del Olivar de los Carmelitas, donde estaba á esa hora Santa-Anna. Esto, que parecia su auxilio, era su despedida.

Efectivamente, despues de aquellos tiros, descendió el general Santa-Anna del Olivar, y sus acompañantes en coro se jactaban de que con su presencia habia libertado al insubordinado Valencia de la derrota. Las tropas que fueron con el general Santa-Anna se retiraron despues por su órden, dejando circunvalado á Valencia por todas partes, y yéndose á alojar á San Angel.

A poco de haber llegado á dicho punto el general Santa-Anna, algunas personas, entre ellas el Sr. diputado D. José María del Rio, le esplicaron la verdadera posicion del general Valencia, y entónces envió con sus órdenes á su ayudante D. J. Ramiro, á quien acompañó el Sr. del Rio por veredas seguras, como práctico en el conocimiento del terreno.

Muy distinto era el aspecto del general Valencia á la caida de la noche: persuadido de la permanencia en sus puntos de las tropas de Santa-Anna, viendo que conservaba sus posiciones; reconociendo corta su pérdida, y contentos y con denuedo sus soldados, soñó en el triunfo, se entregó á vanas demostraciones de gozo, y estraviado por él, dictó él mismo su parte, despues, por la derrota, convertido en ridí-

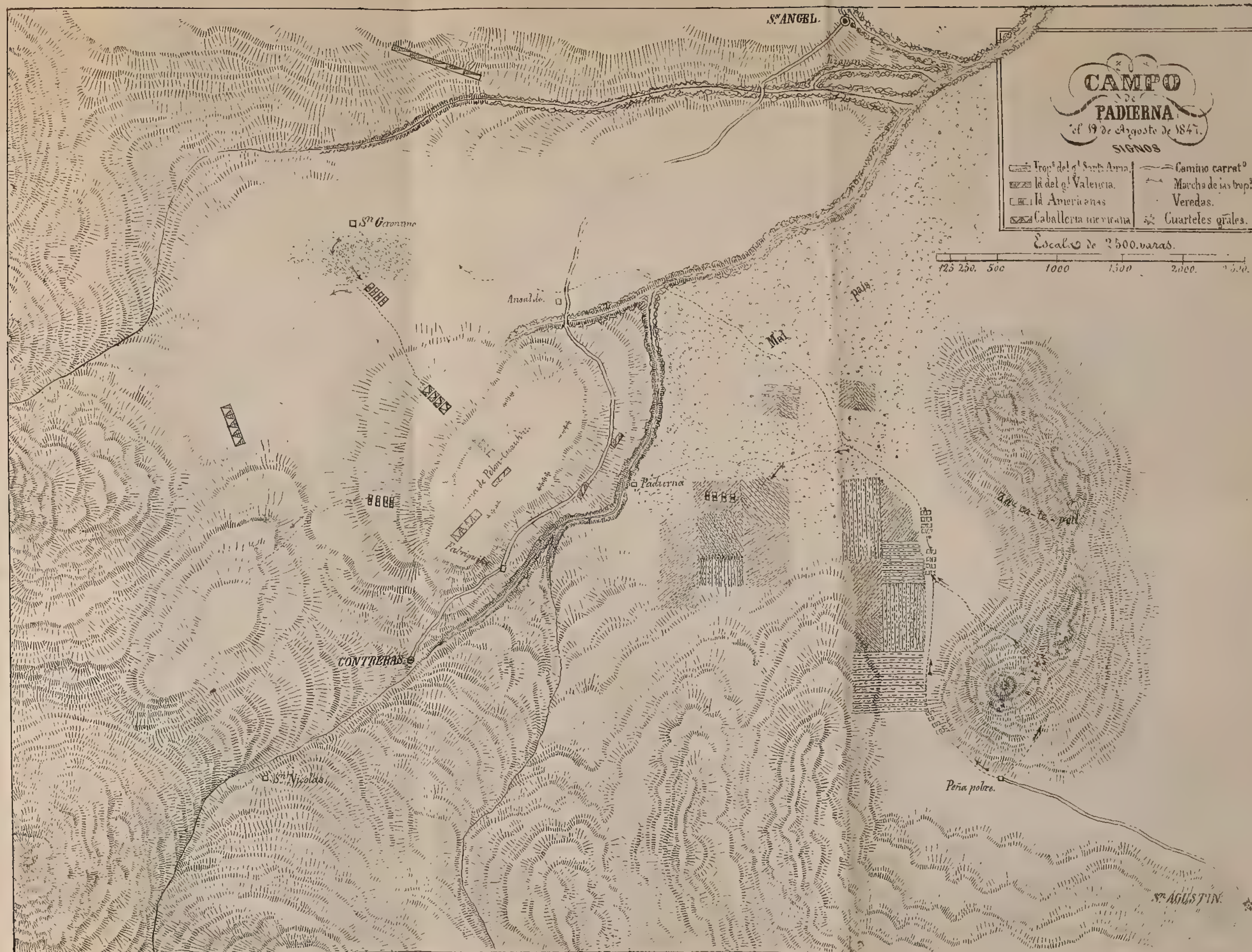
culo, y en que el despilfarro de empleos y condecoraciones produciria hoy cargos contra su persona, aun dado caso que hubiera triunfado.

El campo quedó tan á cubierto como era posible; sirviendo de grandes guardias los cuerpos colocados en los puntos avanzados, y eran: en Padierna, la brigada de Cabrera; enfrente de San Gerónimo, Aguas-Calientes; en el puente, la brigada de Torrejon; y por la *Fabriquita*, la del general Romero.

Los soldados no habian comido: despues de la fatiga del combate no tenian ni un pedazo de pan, ni un leño para calentarse, ni un lugar en qué reclinarse. Estaban traspasados por la lluvia, y sin embargo, no habia una queja, ni una murmuracion, ni un solo signo de descontento. El general Valencia se guareció en una barraca que habia en el lugar de las baterías. A las nueve llegaron á ella Ramiro y del Rio, diciendo que iban de parte del general Santa-Anna. Comenzaban á dar su órden, cuando interrumpió Valencia, preguntando dónde se hallaba aquel general. Se lo dijeron; se cercioró entónces de la retirada de sus tropas; y ya frente de su horrible posicion, en tono colérico, brotando fuego sus ojos, descompuesto, abandonando la circunspeccion y lo que á sí mismo se debia, prorumpió en imprecaciones contra el general Santa-Anna, en voz alta, en medio de todos, que participaron de su enojo.... El general Santa-Anna le decia que queria se pusiesen de acuerdo: el general Valencia, sin oir nada, sin atender á nada, frenético, continuaba sus quejas, hasta que dió por respuesta que le mandara la tropa y la artillería que tenia, y que no queria mas. El Sr. Ramiro, en la declaracion que dió sobre la conferencia que tuvo con el general Valencia, asegura que le llevó ya la órden de retirarse; pero tal aserto está en contradiccion con el informe del general Salas, que asistió á aquella entrevista, y ha dicho que esa órden la llevó el ayudante de Valencia D. Luis Arrieta, á las dos de la mañana.

La impresion que produjo la noticia de la retirada de las tropas auxiliares, fué horrorosa: entónces se tradujo como abandono criminal la inmovilidad de Santa-Anna en la tarde, y cundiendo rápido el descontento, el ménos conocedor habria predicho la derrota del siguiente dia. Efectivamente, esa noticia, relajando en lo absoluto la moral de la tropa, consumó aquella desgracia.

CAMPO
de
PADIERNA
el 19 de Agosto de 1847.
SIGNOS
Trop.s del g.l Santa Anna.
Id del g.l Valencia.
Id Americanas
Caballeria mexicana.
Camino carret.o
Marcha de las trop.s
Veredas.
Cuarteles grales.
Escala de 2500 varas.
125. 250. 500. 1000 1500. 2000. 2500.
Tizapan
pais
Za-ca-te-pell
Peña pobre.
St. AGUSTIN.


CAMPO
de
PADIERNA
el 19 de Agosto de 1847.
SIGNOS
Trop.s del g.l Santa Anna.
Id del g.l Valencia.
Id Americanas
Caballeria mexicana
Camino carret.o
Marcha de las trop.s
Veredas.
Cuarteles grales.
Escala de 2500 varas.
125 250. 500 1000 1500 2000.
S.n ANGEL.
S.n Geronimo
Ansaldo
Mal pais
Padierna
CONTRERAS
S.n Nicolas
Peña pobre.
S.n AGUSTIN.

Con todo, el general Valencia esperaba en la noche algun refuerzo, porque el mal temporal no era disculpa, puesto que nuestros soldados lo sufrian tambien, y los americanos no tenian mas techo que el mismo cielo.

A las dos de la mañana, un ayudante del Sr. Valencia, como acabamos de indicar arriba, fué á decirle, de parte de Santa-Anna, que se retirase, clavando las piezas, inutilizando el parque, salvando solo lo que fuese posible. La retirada se consideró como una cobardía: las posiciones de los americanos la hacian muy difícil, y el vilipendio de ella sobrecogió á todos generalmente. Rehusóse á obedecer Valencia, ya bajo la influencia de la desesperacion.

Este nuevo mensage hizo apurar mas hiel á los que tanto estaban sufriendo. Padecian la vigilia á la intemperie, y en la tremenda espera, espera de agonía, de una derrota afrentosa y segura.

A las cuatro, el general montó á caballo, reunió á algunos gefes, les preguntó su juicio, y la mayoría se sometió á su resolucion. Ella fué que todos se colocaran en sus puntos.

Al alumbrar la primera luz del dia 20, todos volvieron con ansia sus ojos al rumbo de San Angel; y cuando se convencieron de que no habia auxilio alguno, varios soldados abandonaron el campo desde entónces, y todos se abatieron profundamente.... ¡La derrota estaba casi consumada!

Al amanecer, las fuerzas enemigas avanzaron en tres columnas: una se dirigió á una altura que está á la retaguardia de la loma de Pelon Cuauhtitla, sobre nuestro flanco derecho: otra atacó por San Gerónimo: la otra permaneció entre el Mal-Pais, frente del camino recto, y se echó sobre el rancho de Padierna. La primera columna, arrojándose sobre nuestra posicion con la mayor celeridad, arrolló la pequeña que se le opuso á las órdenes del general Gonzalez de Mendoza, y desbordó nuestro campo. El general Valencia quiso contener aquel impulso con nuevas fuerzas; pero envueltas por todas partes, reducidas en instantes á un círculo pequeño; agrupadas, confundidas con las mulas del parque, las mugeres, los trenes y todo, la derrota fué momentánea. Hubo esfuerzos estériles y heróicos que seria una ingratitud callar. El teniente coronel Zires se revolvió luchando con los enemigos: los generales Blanco y García trataban en vano de sos-

32

tenerse, hasta que los pusieron fuera de combate sus graves heridas. En estos momentos verificó su honrosa retirada de Padierna á Anzaldo el escaso resto de la brigada de Cabrera.

El general Valencia condujo alguna fuerza de infantería sobre el enemigo; pero el círculo de fuego de los americanos ceñia como una serpiente nuestras fuerzas, y las ahogaba ya desordenadas, perdidas!

Dos caminos quedaban: uno por las inaccesibles lomas de San Gerónimo; el otro por el de Anzaldo, ámbos cortados por los americanos. Los que tomaron el primero, rodaban como un torrente de las alturas, revueltos en tropel, soldados, mulas, caballos sin ginete, heridos que poblaban con sus gritos el aire, y mugeres que dando alaridos, discurrian por todas partes como furias. Toda esta masa informe era atropellada por los enemigos, y á ella asestaban sus tiros los bárbaros vencedores.

Al retirarse tambien en tropel confuso los que tomaron el camino de Anzaldo, se encontraron con la columna de los americanos que habia avanzado, y rompiendo sus fuegos, asesinaba á los nuestros. Allí algunos de los gefes hicieron tentativas valerosas para rehacerse. Salieron en este lugar heridos varios recomendables militares.

Antes de llegar al puente que corta el camino de San Angel, anterior á Anzaldo, el general Valencia supo que Santa-Anna no habia salido de San Angel sino hasta las seis y media, tomando el rumbo del Olivar, donde se cercioró de la derrota. Entónces, torciendo á la izquierda del puente, tomó por las lomas, con direccion, segun dijo, á San Angel; pero lo disuadieron sus amigos, diciéndole que el general Santa-Anna estaba furioso, y en uno de sus ímpetus habia dado órden para que lo fusilasen. Al saber esta noticia, tomó otro rumbo el general Valencia.

En el puente merece una especial y honorífica mencion el Sr. general Salas, que en medio del fuego, entre tanto desórden, espada en mano, se colocó á la cabeza de la caballería de Torrejon, detuvo un tanto la dispersion, é intentó cargar sobre el enemigo, hasta caer prisionero cerca del mismo puente.

Tal fué la memorable derrota de Padierna. Cuando se consumó, sonrieron satisfechas la ambicion y la envidia, y se vió próxima y casi inevitable la pérdida de nuestra hermosa capital.

CAPITULO XVIII.

PUENTE DE CHURUBUSCO.

Poco tiempo despues de los primeros cañonazos que se oyeron por Padierna, la vanguardia de la division del general Santa-Anna salió de San Angel para tomar la misma posicion que ocupó la tarde del 19 sobre las lomas del Toro. Seiscientas varas se habrian andado: los soldados marchaban atraidos por el iman del combate, trabado por sus camaradas. A las detonaciones de la artillería sucedió un vivísimo fuego de fusilería, que cesó repentinamente, percibiéndose despues algunos tiros parciales. ¡Eran la agonía del ejército del Norte! Se marchaba á paso de carga; repentinamente sorprendió á las tropas la llegada en fuga de unos trozos de caballería de la division del general Valencia, seguidos de algunos infantes, á quienes acosaban las columnas enemigas: no quedó duda sobre el desastre de Padierna.

Inmediatamente dispuso el general Santa-Anna hacer con esta fuerza, y las que se encontraban en toda la primera línea, un movimiento de concentracion sobre nuestra segunda de defensa, situada en las garitas de México.

Dos ayudantes partieron á escape para San Antonio y Mexicalcingo, llevando órdenes á los generales Bravo y Gaona de retirarse á la

garita de la Candelaria, salvando todo el material de guerra y la proveduría existente en el segundo punto. Se ordenó tambien al general Lombardini que contramarchara con la brigada del general Rangel (denominada de reserva) para la Ciudadela, en número de dos mil infantes, llevando consigo algunos carros de parque, y lo efectuó por el puente de Panzacola, á entrar por la garita del Niño perdido. La brigada ligera, á las órdenes del general Perez, se retiró por Coyoacan al Puente de Churubusco, para seguir despues á la Candelaria, en número de dos mil y quinientos infantes.

Puesta la infantería en marcha, el general Santa–Anna con su estado mayor y los regimientos de húsares, ligero de Veracruz y restos de caballería de la division del Norte, á las órdenes de los generales Jáuregui y Torrejon, tomó el sendero de la última brigada, al observar que los americanos empezaban á penetrar en San Angel. Cuando llegó á Coyoacan, hizo alto, hasta que estuvo reunido el último soldado.

Los enemigos seguian en alcance de nuestras fuerzas por la misma ruta, batiéndolas en retirada, y ellas la continuaban de prisa, en tropel, azuzadas por las descargas de las columnas americanas que las seguian de cerca, y á las que no oponian ninguna resistencia; y en este estado pasaron por el convento de Churubusco, en donde hallaron á los generales Rincon y Anaya, con los cuerpos de Guardia Nacional, Independencia y Bravos.

El general Santa–Anna dió órden verbal á los primeros, de conservar el punto á todo trance. Tan dignos defensores imitarom en esta vez el heróico ejemplo del valiente capitan, á quien en la guerra de Vendea, dió órden el general Kleber de que se defendiera á toda costa para salvar al ejército, y que no vaciló en sacrificar su vida, llevado de un patriotismo que merece los mayores elogios.

Miéntras pasaban estos sucesos, el general Worth, por órden de Scott, atacaba á San Antonio; y como las fuerzas que habia en aquel punto empezaban ya á retirarse, conforme á lo prevenido por el general Santa–Anna, no se hizo una resistencia obstinada, sino que únicamente se procuró detener á los enemigos, miéntras se ejecutaba la retirada de las tropas á la capital. En San Antonio quedaron dos piezas de artillería, una por falta de mulas, y otra por estar atascada:

tambien cayó en poder de los americanos una gran parte del material de guerra.

Los gefes que quedaron sosteniendo la retaguardia, fueron el general Perdigon y el coronel Zerecero, quienes hicieron una honrosa defensa en Zotepingo, cayendo prisionero el primero, y logrando el segundo salvarse por entre los potreros. Worth, vencido aquel obstáculo, siguió adelante para emprender el ataque del Puente de Churubusco.

Por una mala combinacion, la division que venia de Coyoacan, se encontró, al pasar el Puente, distante quinientas varas del convento de Churubusco, con la que se retiraba de San Antonio, perseguida por las fuerzas de Worth, que la daban alcance, despues de haber arrollado, como se ha dicho en el párrafo anterior, á los batallones Nacionales de Lagos, Acapulco y otros piquetes, que quedaron en las obras de la derecha, haciendo una defensa heróica, aunque estéril.

El general Santa-Anna colocó una batería de cinco piezas en la cabeza del Puente, protejida por las compañías de San Patricio y el batallon de Tlapa.

El tránsito estaba obstruido por dos carros de municiones: por encima de ellos, por entre las ruedas, por los piés de las mulas que los tiraban, pasaban todos confundidos y en masa, dejando abandonada en la calzada de San Antonio la mayor parte del parque que con actividad habia procurado salvar el general Alcorta; pero el general Santa-Anna previno no pasara por el Puente ningun carro, hasta que lo verificase la tropa toda, procedente de los dos rumbos, y esto dió lugar á la pérdida de tantas municiones. Desesperando salvarlas el general Alcorta, se retiró el último de la calzada, al ver que el enemigo penetraba por ella. En estos momentos, las fuerzas de Worth, al abrigo de los carros del parque abandonado, avanzaron sobre el Puente. El general Santa-Anna que lo notó, mandó contramarchar á la brigada de Perez, la que volvió pocos momentos despues, continuando la demas fuerza para la capital, guiada por el cuartel maestre del ejército. Situó al 1.° ligero en la cabeza del Puente, y á su izquierda al 3.°, 4.° y 11.°, sirviéndoles de foso un arroyo que pasaba á su frente. El enemigo avanza en columna hasta muy cerca de los parapetos:

nuestra artillería é infantería, con una granizada de balas la despedazan y hacen vacilar: uno de nuestros cañonazos incendia á la vez dos de los carros del parque, abandonados frente á la batería. Se escucha un estallido horrible, y sus fragmentos se reparten en todas direcciones, causando estragos formidables.

Los americanos forman una nueva batalla frente á la posicion, y se hace general el combate. Dos líneas de humo se marcan en el aire; dos rastros de sangre se señalan en el campo. El bizarro coronel Gayoso, del 1.º ligero, manda romper con su música una alegre diana, y en este momento cae herido. El convento de Churubusco parece un castillo: su costado derecho y el frente están inflamados por llamaradas opacas. Mandan sus defensores por parque: el general Santa-Anna les envia un carro de los que quedaron embarazando el paso, y por refuerzo á las compañías de Tlapa y San Patricio. El general Alcorta reconoce toda la línea: D. Antonio Haro, D. Agustin Tornel, D. Juan José Baz, D. Vicente García Torres y otros dignos oficiales, trasmiten órdenes del general en gefe, y llevan á la línea algun parque conseguido con dificultad.

Una nueva columna enemiga se interpone entre el Puente y el convento, amagando envolver las dos posiciones. El general Santa-Anna toma el 4.º ligero y parte del 11 de línea, y se dirige á la hacienda de los Portales, un cuarto de legua á retaguardia, con el objeto de contener los avances de los flanqueadores. Sitúa algunos infantes en la azotea de una casa que se levanta junto á la calzada; circunda su pié con el resto de la fuerza, y comienza el fuego en este punto.

En estos momentos cesa el ataque del Puente, porque los americanos se dirigieron á la derecha, siguiendo á los que les precedian. El general Bravo llega á este tiempo por los potreros, con unos restos salvados de San Antonio. Perez le manifiesta que están cortados, y que no quedaba ya ni un cartucho: en consecuencia, se desvandan sus soldados por todas direcciones, tomando algunos la del Peñon. Los enemigos se apoderan del Puente sin mas resistencia, y cañonean á los fugitivos con su misma artillería, abandonada allí por la desaparicion de los armones y tiros de caballos.

En Portales se redobla el ataque: los americanos avanzan; derrá-

manse en tiradores sobre la llanura. El general Quijano vuelve á este punto con los Húsares, Veracruz y restos de la caballería del Norte: redobla sus esfuerzos para hacerla cargar, y se toca á degüello. Al partir, encuentran una pequeña zapa, que declaran obstáculo, y con este pretesto contramarchan....

El general Santa-Anna con su estado mayor y el general Alcorta se retiran tambien de este punto, que aun queda batiéndose. Se incorpora á la caballería, y desesperado, da de latigazos á varios oficiales que huian. En la calzada se ve un desórden horrible: todos se confunden, se empujan, se atropellan. Los dragones americanos montados en frisones ligeros, alcanzan á nuestra retaguardia, y aumentan el espanto acuchillando á los que encuentran á su paso. Llega el general Santa-Anna á la garita de San Antonio, y tras él nuestros restos despedazados, mezclados con algunos dragones enemigos, ébrios de sangre. Se disparan en ella cañonazos á metralla, y sesenta infantes que cubren su entrada, rompen un fuego granéado sobre la calzada, alentados por la presencia de los generales Santa-Anna, Alcorta y Gaona, que se los mandan. En este momento penetra por un lado de la muralla un oficial americano, con uniforme azul, montado á caballo, con espada en mano, descargando tajos; cae herido sobre la esplanada: muchas espadas se desnudaron para matarlo; pero otras tambien lo hicieron para defenderlo al verlo caer. Se levantó desarmado, pero radiante de valor, y sonriendo de felicidad á las puertas de la capital. El fuego cesa, porque desaparecen en la calzada todos los objetos: muchos de nuestros soldados fueron muertos por sus mismos compañeros, al aproximarse á esta barrera fatal, confundidos con los enemigos.

Eran las cuatro de la tarde: el combate habia empezado á las once: transcurre aun otra hora de mortal espera, en la que aun se perciben ecos lejanos de artillería, por Portales y Churubusco. Vuelven á la garita varios nacionales y soldados á quienes habian retirado al interior de la ciudad. La tarde está pardeando: la naturaleza parece en armonía con la fatal catástrofe acaecida. Oscurécese el horizonte por nubarrones inmensos, que arrojan torrentes de agua sobre nuestros tercios vencidos: la noche envuelve como una gaza negra, en señal de duelo, á la desgraciada capital de la República mas desgraciada.

Se escucha en medio del turbion el compasado andar de silenciosos soldados, que desalentados por el vencimiento, y rendidos por la fatiga, se retiran á sus cuarteles por disposicion del general Santa-Anna, dejando en la garita solamente una pequeña guarnicion. A las nueve de la noche reina ya en las calles de México el silencio de la muerte, interrumpido solo por el galope del caballo de algun ayudante que trasmitia órdenes, ó por la voz de algun centinela que gritaba: "Alerta!"



CAPITULO XIX.

CONVENTO DE CHURUBUSCO.

El ejército americano acababa de alcanzar su primer triunfo en el valle de México, sobre la division del Norte, mandada por el general Valencia; y en las primeras horas de la mañana del 20 de Agosto se preparaba á abrirse paso desde el campo triunfal de Padierna hasta la capital de la República. A la retirada del ejército derrotado siguió, por órden del general en gefe, la de las fuerzas que cubrian los puntos mas avanzados de nuestras fortificaciones por el rumbo del Sur; y mientras la mayor parte se replegaba á México, y otra muy corta resistia á los enemigos en San Antonio y Zotepingo, los defensores del convento de Churubusco se disponian á sostener una accion, que les ha merecido una recompensa honorífica y la gratitud nacional.

Pero nuestras pasiones políticas, que todo lo envenenan, se han cebado tambien en ese suceso memorable; y la defensa del convento de Churubusco ha llegado á ser un hecho controvertido, materia de polémicas y cuestiones de partidos. Nosotros no entrarémos en ese terreno vedado: constantes en nuestro propósito de no enconar los odios, ni contagiarnos nosotros mismos, referirémos sencillla é imparcialmente los acontecimientos, y su simple relato bastará para que los hombres imparciales formen un juicio exacto de aquella funcion de

armas, y califiquen hasta qué punto son merecidos los elogios de los mismos enemigos, que compraron allí un triunfo sangriento y costoso.

Ya hemos visto en otro lugar cómo la mayor parte de la Guardia Nacional del Distrito, que formaba la quinta brigada, á las órdenes del general D. Pedro María Anaya, despues de haber permanecido en el Peñon hasta el dia 17, emprendió la marcha para el punto avanzado de Churubusco. Permanecieron luego allí los batallones de Independencia y Bravos; y los de Hidalgo y Victoria, no sin representar contra el funesto plan de aislar nuestras fuerzas, pasaron á San Antonio, cuya defensa se encomendó al general de division D. Nicolas Bravo, quedando la de Churubusco á cargo del de igual clase D. Manuel Rincon.

Cuando el ejército de Scott atacó en Padierna el 19 de Agosto á la division del Norte, el estallido del cañon que interrumpia el silencio magestuoso del valle de México, avisó á los defensores del convento que habia llegado el momento de combatir por la salvacion de la capital. Las tropas de Churubusco estuvieron todo aquel dia en la incertidumbre congojosa que les hacia temer un suceso desgraciado; y cuando el fuego cesó al caer la noche, inciertos aun del éxito de la batalla, esperaron ansiosos la luz del nuevo dia, en que iban á decidirse los destinos de la patria.

Eran las siete de la mañana del 20, cuando á un tiroteo lejano sobre las lomas de Padierna, bastante perceptible y empeñado, sucedió una ligera y silenciosa pausa, anuncio funesto del descalabro que en aquellos momentos sufria la division mas florida de nuestro ejército. Poco tardaron en empezar á correr las voces desconsoladoras que afirmaban la derrota, y que introducian el desaliento y la confusion en los soldados que las percibian. Sin embargo, las tropas de Churubusco se apresuraban á obedecer la órden que se les habia dado, para que los batallones de Independencia y Bravos, con una pieza de á cuatro, se preparasen á entrar en la línea de batalla, cuando la noticia confirmada del desastre de Padierna, y las nuevas órdenes que se recibieron, no dieron lugar á que se ejecutase la salida.

En efecto, el general Tornel, cuartel maestre del ejército, habia mandado comunicar desde ántes la derrota de Valencia, y que las

tropas enemigas avanzaban sobre la capital. Una compañía de Independencia, mandada por el primer ayudante del cuerpo D. Francisco Peñúñuri, recibió en consecuencia la órden de situarse en la torre de la iglesia de Coyoacan, y protejer desde allí la retirada.

Pronto empezaron á pasar por entre las fortificaciones de Churubusco, las tropas que verificaban su retirada por disposicion del general en gefe. Este se presentó poco despues: hizo alto para mandar que se aselerase aquella, y dirigió la palabra á los generales Rincon y Anaya, haciendo la mas severa crítica de la conducta del general Valencia, inculpándolo por su desobediencia, atribuyendo á su ambicion y sed de engrandecimiento el desastre que acababa de ocurrir, y manifestando que habia mandado fusilarlo, donde quiera que se le encontrase, en castigo de sus faltas. Estas increpaciones que hemos espresado en un lenguage decente, por guardar á nuestros lectores el respeto que les es debido, se hicieron en un dialecto que no puede repetirse.

Corroboró tambien Santa-Anna la noticia de que el enemigo venia sobre su retaguardia, y despues de recomendar que se hiciera en Churubusco una defensa vigorosa, se retiró. Las tropas continuaron tambien su marcha: los defensores de Churubusco, destinados al sacrificio por la salvacion de los demas, vieron pasar á mas de cinco mil soldacos, llamados la flor del ejército, á quienes se hacia retirar sin combatir; y abandonados á sus propios esfuerzos, unos seiscientos cincuenta paisanos, mal armados, sin la instruccion necesaria, ni la energía y serenidad que se adquieren despues de hallarse en varios combates, iban á arrostrar el empuje de todas las fuerzas de los Estados-Unidos, victoriosas é irresistibles, y precedidas del terror que preparó todos sus triunfos, y que un conjunto de circunstancias pareció empeñado en inspirar á los de Churubusco mas que á nadie.

A las once y media de la mañana, el general Anaya, acompañado de sus ayudantes, se adelantó por el camino de Coyoacan, para cerciorarse de la proximidad de los enemigos, y recibió aviso por algunos indígenas que abandonaban sus chozas, corriendo despavoridos, de que las columnas de los americanos avanzaban efectivamente sobre el convento. Confirmóse de una manera indudable esta noticia por los restos de la fuerza de Independencia que se habia mandado

á Coyoacan con Peñúñuri, y que despues de sufrir alguna pérdida, se habian replegado batiéndose en retirada, y atravesando, para salvarse, por entre el cieno y las milpas. Sabedor de lo que pasaba, y habiendo avistado á corta distancia la vanguardia enemiga, el general Anaya volvió á Churubusco, donde ya todo estaba listo para la defensa; pero ántes de referirla, harémos una ligera descripcion del terreno en que se verificó.

Es Churubusco una pequeña aldea, distante dos leguas de México, situada en la confluencia de los caminos de Tlalpam y Coyoacan, formando, por decirlo así, el vértice del ángulo que representan ámbas calzadas. El pueblo de Churubusco se forma de un grupo de humildes chozas de adove, levantadas en un suelo fértil y pantanoso, donde la vegetacion se desarrolla exuberante. Sus sembrados producen la caña corpulenta del maiz, y las milpas se prolongan hasta la misma iglesia y convento de Churubusco.

Este edificio, por su solidez y fortaleza, y por su situacion, habia sido escogido para resistir, ó por mejor decir, para contener por algun tiempo á las fuerzas enemigas. Ni podia exigirse otra cosa, si se atiende al poco auxilio que prestaba la fortificacion pasagera que se habia levantado, y que consistia en un parapeto construido con adoves, de cerca de ocho piés y medio de espesor, á la distancia de veinte pasos de la puerta del convento, y defendido con anchos fosos, llenos en la mayor parte de su profundidad, de agua llovediza, y de la que mana del mismo terreno. La premura del tiempo y la precipitacion con que se habia trabajado en las fortificaciones, no habia permitido que el parapeto, levantado en el frente y costado izquierdo, se estendiera al flanco derecho de la posicion, ni á la azotea del convento, ni aun que donde existia estuviera acabado.

Al amanecer el dia 20, no habia en Churubusco un solo artillero, ni mas piezas que una de á cuatro, que poco ó nada hubiera servido para contener al enemigo; pero afortunadamente al retirarse el general Santa-Anna, dió órden de que quedaran allí cinco de las piezas que llevaban sus tropas; con lo que ya se pudo hacer una resistencia mas detenida.

Dispuesto, pues, todo para el ataque, los defensores de Churubusco esperaban sobre las armas que se acercaran los enemigos. Estos

entre tanto avanzaban sobre el convento, del que creian apoderarse á muy poca costa, pues la facilidad con que habian llegado hasta allí, les hacia presumir que nuestro ejército entero se replegaria sin combatir, hasta la capital. Debiólos confirmar en esta creencia, la circunstancia de que no se rompia sobre ellos el fuego, á pesar de hallarse ya á tiro de fusil de las fortificaciones, lo cual provenia de la órden espresa de los generales Rincon y Anaya, quienes para no gastar pólvora en balde, habian dispuesto que no se disparara sobre los enemigos hasta que estuvieran á una distancia muy corta. Hízose así en efecto; y el estrago terrible que las descargas produjeron en las filas de los norte-americanos, los obligó á detenerse por un momento, intimidados y sorprendidos. Poco tardaron, sin embargo, en continuar su avance, dirigiéndose sobre el frente del parapeto una fuerza, y otra mas considerable sobre el costado derecho. Trábase entónces un reñido combate, que el valor y los soldados de ámbas naciones prolonga por algun tiempo, hasta que la pérdida de consideracion de los enemigos los precisa á retroceder.

Hubo en aquella accion rasgos de valor, dignos de ser mencionados, entre los cuales merece particular elogio el del jóven D. Eligio Villamar, oficial del regimiento de Bravos, quien desde los primeros tiros se subió sobre el parapeto, y permaneció allí espuesto al fuego de los enemigos, alentando á sus soldados, y sin dejar un momento de victorear á la República y á los generales Rincon y Anaya. Su arrojo fué tanto mas notable, cuanto que dedicado ántes esclusivamente á sus tareas científicas y literarias, aquella era la primera vez que afrontaba la muerte en un campo de batalla.

Al principio del ataque se introdujo alguna confusion en las filas del batallon Bravos, ocasionada por las bajas que tuvo de soldados muertos ó heridos por el fuego que recibian de sus compañeros de Independencia. La mayor parte de este cuerpo cubria con su pecho el flanco derecho de la posicion, enteramente descubierto por la falta de parapeto, y los soldados restantes estaban situados en la azotea del convento y en unos andamios que se habian levantado dentro de un corral, para suplir las banquetas. Las punterías bajas de los tiradores dañaban naturalmente á varios de los que defendian el parapeto. Advertida por el general Rincon la causa del desórden, man-

dó bajar de la altura á los tiradores situados allí, y que se incorporaran al resto de su batallon.

Como acabamos de ver, la division americana del general Twiggs, que habia dado el primer ataque, acababa de ser rechazada. La llegada de las otras, que apresuradamente acudian en su axuilio, no solo le proporcionó medios de acometer de nuevo, sino que dió lugar á que el convento fuese atacado por varias partes, generalizándose en pocos minutos el combate. Los valientes de Churubusco no desmayan: multiplican sus esfuerzos para rechazar al enemigo, y su fuego certero aumenta considerablemente el número de los muertos y heridos. Sin embargo, la situacion de esos esforzados combatientes es ya bastante crítica: su retaguardia misma, el punto único por donde pueden salvarse en caso de un desastre, está ya atacada por la division del general Worth, que avanza sobre las tropas en retirada de San Antonio. Y no es esto lo peor, sino que las municiones empiezan á escasear, y se prevee el momento en que su falta absoluta impedirá toda resistencia eficaz.

El general Rincon habia previsto desde el principio este inconveniente; por lo que estuvo mandando á los dos ayudantes que permanecieron á su lado, y aun á los estraños que se presentaban, á pedir municiones al general Santa-Anna. Uno de aquellos, encargado de manifestarle que la posicion habia sido flanqueada, que simultáneamente la atacaban todas las fuerzas enemigas, y que escaseaban ya las nuestras y el parque, recibió por contestacion que á todo se habia provisto, y que se defendieran. Movido, no obstante, por lo que se le decia, mandó Santa-Anna de refuerzos unos piquetes de Tlapa y Lagos y la compañía de San Patricio. Despachó tambien un carro de parque, el cual resultó de diez y nueve adarmes para fusiles que no tenian este calibre: así es que la desesperacion de los soldados llegó á su colmo, cuando con la esperanza de mantener el combate, y aun de triunfar, se arrojaron á los cajones de parque, y despedazándolos con las manos, llevaban los cartuchos al cañon, que desgraciadamente era muy estrecho para contenerlos....

A los únicos que sirvió aquel parque, fué á los soldados de San Patricio, cuyos fusiles tenian el calibre correspondiente. Su comportamiento merece los mayores elogios, pues todo el tiempo que duró aun

el ataque, sostuvieron el fuego con un valor estraordinario. Gran parte de ellos sucumbió en el combate: los que sobrevivieron, mas desgraciados que sus compañeros, sufrieron luego una muerte cruel, ó tormentos horrorosos, impropios de un siglo civilizado, y de un pueblo que aspira al título de ilustrado y humano.

El cargo grave é incontestable, en nuestro concepto, que resulta al general Santa-Anna, de haber desdeñado la victoria que pudo alcanzar aquel dia, y abandonado á sus propios esfuerzos á los de Churubusco, se desnaturalizó con imputar á traicion, y pretender fundar ese nuevo capítulo de acusacion, en la especie demasiado trivial y absurda, de que algunos cartuchos que se encontraron sin bala, habian sido espresa y deliberadamente destinados á hacer ineficaz la defensa, protegiendo la causa y vidas de los enemigos, como si el general en gefe hubiera de descender á desempeñar los deberes de un guarda-parque.... No por eso es ménos cierto que algunos cajones contenian parque de instruccion, y que varios soldados, para suplir la bala, buscaban piedras de un tamaño proporcionado.

Volvamos ahora á la relacion del ataque, de la que nos han desviado las anteriores consideraciones.

En los momentos mas empeñados de la lucha, y cuando su éxito parecia próximo á decidirse en favor de los enemigos, el general Anaya subió á la esplanada á caballo, mandó cargar una pieza á metralla, y apeándose luego, dirigió personalmente la puntería. Las chispas del lanza-fuego que sirvió para disparar la pieza, incendiaron el parque, abrasando á cuatro ó cinco artilleros, al capitan Oleary que la servia, y al mismo general Anaya. Todos ellos quedaron fuera de combate, ménos el general, quien á pesar de haber permanecido ciego por algun tiempo, no abandonó el campo de batalla. Durante toda la accion, se le vió siempre en el peligro, lo mismo que al sereno general Rincon, recorriendo el uno toda nuestra línea para alentar al soldado con su presencia, y fijo el otro en un lugar, para dictar sus disposiciones como gefe.

A la energía y buen comportamiento de estos dignos militares, correspondia la conducta decidida y gloriosa de sus subordinados. Los gefes, los oficiales, los soldados, competian en ardimiento, y no desmayaban un punto, aunque bien conocian lo crítico de su posicion.

Las acciones de denuedo se repetian cada vez que el arrojo del enemigo hacia el peligro inminente. El patriota y esforzado coronel D. Eleuterio Mendez, que habia pedido para su hijo y para sí el puesto de mayor peligro, permanecia firme en ese puesto á que alcanzaban todos los tiros sin herirlo. El teniente D. José María Revilla abandona las filas de la infantería, en donde combatia sin peligro, y sirve á caballo de ayudante del general Rincon, á quien parte de los que desempeñaban á su lado esta comision, habian abandonado. El entusiasta oficial D. Juan Aguilar y Lopez se encuentra con una pieza que no podia servirse por falta de artilleros, y aunque sin instruccion alguna, esponiéndose á volar, si no toma las precauciones debidas, se dispone á utilizar el cañon en contra de los asaltadores; llama á dos cabos de su cuerpo para que lo auxilien, y entre los tres sostienen por algun tiempo el fuego, bastante costoso al enemigo. Por último, llega allí el oficial de artillería Alvarez, y se encarga de dirigir la pieza; pero no por eso se retira Aguilar, sino que en union de sus compañeros, continúa en aquel puesto, ayudando á dispararla.

Tres horas y media habia durado ya la accion, sin que los repetidos esfuerzos de los americanos les hubieran dado un triunfo decisivo. El ánimo de nuestras tropas no decae: ántes al contrario, á cada momento se sienten los soldados mas deseosos de prolongar el combate. Por desgracia las municiones estaban ya casi completamente agotadas: los respectivos gefes de los cuerpos, cuyos nombres hemos consignado en otro artículo, urgian por parque al general Rincon.

El tiroteo comienza á apagarse por nuestra parte, á proporcion que el parque escasea mas y mas: acábase por fin, y de aquel convento, que arrojaba poco ántes fuego por todas partes, como un castillo, no sale entónces un solo tiro, como si ninguno de sus defensores hubiera quedado en pié. El enemigo se sorprende con aquel silencio repentino, que no sabe á que atribuir, y temeroso de que sea una estratagema de guerra, tarda algunos minutos en decidirse á avanzar sobre el parapeto, del que no recibe ya ninguna ofensa. Nuestro soldados, por su parte, llenos de desesperacion, descansaban ya en su mayor parte sobre sus armas descompuestas, y ardientes como el fuego vivo que habian despedido. Los generales Rincon y Anaya, ago-

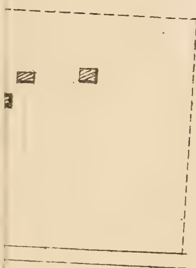


CH









550. varas Mexican




PLANO
DE
CHURUBUSCO.
CALZADA DE TLALPAN.
Columna del Gl. Worth.
Camino de Coyoacan.
Columna del gl. Twigs.
50. 100 250. 400. 550. varas Mexicanas
25

biados tambien de tristeza, viendo que no les quedaba arbitrio para prolongar la resistencia, mandaron que la fuerza toda se replegara al interior del convento á esperar el fallo de su suerte; pero todavía en aquellos terribles momentos en que hasta la esperanza misma parecia perdida, hubo valientes que intentaron hacer el último esfuerzo de la desesperacion, y su denuedo añadió nuevas víctimas á la que ya nos habia costado aquella memorable defensa.

El intrépido Peñúñuri se dispone á cargar á la bayoneta sobre el enemigo, á la cabeza de unos cuantos soldados de su cuerpo; pero apenas ha avanzado unos cuantos pasos, cuando una bala lo hiere de muerte. Ni aun entónces se doblega su corazon esforzado: incapaz ya de moverse, retirado por sus amigos al interior del convento, continúa aun alentando á sus soldados, y muere, por fin, con la dignidad y la grandeza de los héroes.

Tambien el patriota capitan de cazadores, D. Luis Martinez de Castro, recibia otra herida mortal al emprender abrirse paso por entre los enemigos, para incorporarse á su regimiento, del que habia sido cortado. Martinez de Castro cayó prisionero, y sobrevivió pocos dias al del ataque, á pesar de la eficacia y esmero con que se procuró su salvacion. Sucumbió, dejando en el corazon de sus amigos un vacío inmenso con su muerte, que lloran la patria, la virtud y la literatura.

Replegadas ya en el convento las fuerzas, que obedecieron las órdenes de los generales, esperaron resignadas la llegada de los enemigos, que por último se habian resuelto á avanzar. El primero que se presentó sobre el parapeto, fué el valiente capitan americano Smith, del 3.º de línea, quien dió aquel ejemplo de valor á cuantos le seguian. Y no ménos magnánimo y generoso que audaz, apenas se cercioró de que ya por nuestra parte no se hacia resistencia, enarboló bandera blanca, é impidió que la turba salvage que lo acompañaba, cebara su furor en los vencidos.

El patriotismo y la sociedad se horrorizan, al contar entre los vencedores que hacian su entrada triunfal en Churubusco, una cuadrilla de bandidos, que con el nombre de *contra-guerrilleros*, capitaneaba el famoso Dominguez, y que como auxiliares del ejército americano hacian la guerra á su patria, con mas encarnizamiento que los mismos

enemigos. El general Anaya, ya prisionero, impelido de un sentimiento de execracion y horror, apostrofó al insolente cabecilla, llamándole traidor, con riesgo de su propia vida.

Un clamoreo general habia anunciado la llegada de Twiggs, quien saludando cortes y marcialmente á los generales y oficialidad mexicana, arengó á los suyos, encomiando su valor y recomendando á los prisioneros. Estos, en aquella esforzada defensa, habian acertado veintidos tiros al pabellon americano, que llevaba Twiggs en las manos despedazado. Un momento despues flameaba en el convento de Churubusco, y presidia á la escena de muerte, desolacion y llanto, que aquella religiosa mansion, tan sosegada y tranquila en otro tiempo, presentaba el 20 de Agosto de 1847.



CAPITULO XX.

ARMISTICIO.

Negociaciones de paz.—Nuevo rompimiento de hostilidades.

(De 21 de Agosto á 8 de Septiembre de 1847.)

> ......Votre cabinet veut profiter de mes embaras.......
> Bien, voyons; traitons. J'y consens. Que voules vous?
>
> Vuestro gabinete quiere aprovecharse de mi conflicto...
> Pues bien, veamos, tratemos; consiento en ello. Qué es lo que quereis?
>
> Napoleon Bonaparte.—*Conferencia con el príncipe de Metternich despues del armisticio de Newark.*

Ya se ha hablado de la política siniestra de los Estados-Unidos de Norte-América, y del orígen de la guerra que ha ensangrentado el suelo de nuestra patria: como se ha visto, la diplomacia abandonó la cuestion á las armas cuando el ejército de aquella República dió una muestra de hostilidad, avanzando sobre nuestro territorio y apoderándose del Fronton de Santa Isabel.—Desde ese dia no se oyó mas que el grito terrible de "guerra;" y como un Sol succede á otro Sol, así se succedieron las escenas de sangre y esterminio, hasta que los caballos del Norte llegaron á pisotear las risueñas y fértiles campiñas del hermoso valle de México, y los degenerados descendientes de Guillermo Pen vinieron á insultar los sepulcros de nuestros padres..... Entónces hubo un momento de tregua, momento solemne del cual nos vamos á ocupar.

Terminaba el aciago dia 20 de Agosto: el estallido del cañon retumbaba aun en los oidos de los mexicanos; las sangrientas batallas de Padierna y Churubusco acababan de pasar, y el ejército invasor se encontraba triunfante en las puertas de la ciudad. Los ánimos estaban fatigados, los restos de nuestras tropas desmoralizados y perdidos, y la confusion y el desórden se habian apoderado de todas las clases de la sociedad: necesario seria, pues, la pluma de Tácito ó la de Machiavelo, para pintar con el colorido propio la horrenda situacion en que se encontraba la mas hermosa capital del nuevo mundo.

En circunstancias tan angustiadas, el general Santa-Anna se retiró á Palacio poseido de una atroz desesperacion por los sucesos desgraciados de la guerra: reuniéronse allí los ministros y otras personas de distincion, y el presidente tomó la palabra para hacer una larga reseña de los esfuerzos que durante el dia se habian hecho para lograr algun triunfo, y del estado lamentable en que se encontraban nuestras fuerzas, concluyendo con manifestar que era indispensable recurrir á una tregua para tomar un corto respiro. Varias fueron las opiniones que allí se espusieron; pero la que dominó absolutamente, fué la de que se negociase una suspension de armas por medio del ministro plenipotenciario de España y del cónsul general de Inglaterra.

Al efecto, el Sr. Pacheco, ministro de relaciones, se dirigió á los Sres. Bermúdez de Castro y Mackintosh, quienes se prestaron á llevar al cabo esta combinacion; mas los acontecimientos se efectuaron de una manera mucho mas favorable al decoro nacional.

El ejército americano, no obstante sus triunfos, estaba tambien desfallecido; no era poca la sangre que le habia costado el conquistar su ventajosa posicion; necesitaba, pues, un descanso, y el general Scott para lograrlo, pasó al general Alcorta, ministro de la guerra, una nota, en la que despues de lamentar la sangre vertida en la guerra *desnaturalizada* (1) que sostenian las dos grandes repúblicas de este continente, manifestaba que era tiempo de que sus diferencias fuesen arregladas políticamente, para lo cual se encontraba en aquel ejército un comisionado de los Estados-Unidos, investido con plenos poderes.

(1) El original inglés decia *of nature*, por cuya traduccion no dejó de haber algunas escenas un tanto desagradables en el interior del gabinete.

"Para facilitar, decia el general Scott, que las dos repúblicas entren en negociaciones, deseo firmar, en términos razonables, un corto armisticio."

Esto cambiaba un tanto el aspecto de los negocios, y desde luego se acordó que el ministro de la guerra contestase á Scott en términos dignos, que quedaba admitida con agrado la proposicion de celebrar un armisticio, á cuyo efecto se habian nombrado dos comisionados, quienes concurririan al lugar y hora que se designasen.

Entre tanto, el presidente temeroso de un nuevo empuje de parte del ejército enemigo, habia mandado que todas nuestras tropas estuviesen sobre las armas, dirigiéndose personalmente con una parte de ellas, á las dos de la mañana, á los atrincheramientos de la garita de la Candelaria.

Tan luego como por el ministerio de la guerra se pasó la nota referida, cuyo resultado final podia ser la celebracion de un convenio ó tratado diplomático, que indispensablemente debia sujetarse á la aprobacion ó reprobacion del cuerpo legislativo, por el de relaciones se escitó al presidente del congreso, á fin de que convocase á los diputados, para que reunidos tomasen la parte que les correspondia en asunto de tan vital interes para la República.—Eran las tres de la tarde del dia 21, y no se habian reunido mas que veintiseis diputados, quienes acordaron se hiciese una nueva citacion á los que no habian concurrido. Así lo comunicó en el mismo dia al ejecutivo el diputado Salonio, presidente del congreso.

Este es, sin duda, el lugar en que debe manifestarse la indigna conducta de la mayoría de los representantes del pueblo, que por indiferencia, cobardía ó mala fe, desatendieron sus mas santos deberes en los momentos de mayor conflicto para la patria. ¡La historia imparcial y severa les destinará una página de oprobio é ignominia! . . . . (2)

Nuestro gabinete continuó, no obstante, las operaciones de su resorte; nombró á los generales Mora y Villamil y Quijano, para que arreglasen el armisticio con el mayor general Quitman, y con los brigadieres Smith y Pierce, nombrados con igual objeto por el general en gefe del ejército invasor.

(2) Véase al fin de este capítulo la lista de los diputados que concurrieron al salon de sesiones.

Reuniéronse los espresados gefes el dia 22 en el pueblo de Tacubaya; mostráronse mutuamente sus poderes, y firmaron, despues de una larga conferencia, un convenio en que se estipuló la cesacion absoluta de hostilidades entre ámbos ejércitos en la comprension de treinta leguas de la capital de México, la continuacion del armisticio por todo el tiempo que los comisionados de ámbas potencias se ocupasen en las negociaciones, ó *hasta que* (art. 2.º) *el gefe de alguno de los dos ejércitos avisase formalmente al otro de la cesacion de aquel, y con cuarenta y ocho horas de anticipacion al rompimiento de las hostilidades;* la prohibicion absoluta de levantar obras de fortificacion ofensivas ó defensivas entre los límites convenidos, la de que los ejércitos se reforzasen, debiéndose detener todo refuerzo, escepto los de víveres, á veintiocho leguas de distancia del cuartel general; la de avanzar los respectivos ejércitos sus destacamentos é individuos de la línea que entónces ocupaban, á no ser que condujesen ó se presentasen con bandera de parlamento, yendo á asuntos para que estuviesen autorizados por el mismo armisticio.

Estipulóse tambien, que el ejército americano no impediria el paso de los abastos de alimentos necesarios para el consumo de los habitantes de la ciudad ni de nuestro ejército, así como que las autoridades mexicanas civiles ó militares, no harian nada que obstruyese el paso de víveres de la ciudad ó del campo para el ejército americano. Esta última concesion, hecha tal vez con demasiada irreflexion en el art. 7.º del convenio de que tratamos, fué, como se verá mas adelante, de muy funestas consecuencia para ámbas partes contratantes.

Ademas de lo espuesto, se convino el cange de prisioneros; pero uno por uno, considerando sus clases, lo que á la verdad era poco ventajoso para nosotros, puesto que en poder del ejército americano se encontraban prisioneros individuos de la mas alta distincion social, como los Sres. Anaya, Rincon, Salas, Gorostiza y otros, miéntras que nosotros no teniamos sino unos cuantos oficiales y algunos soldados de poquísima ó ninguna importancia para el ejército enemigo.

Un artículo especial del convenio concedió á los prisioneros heridos en el campo de batalla, que fuesen trasladados al lugar que les pareciese mas cómodo para su curacion; y aunque debian conservarse en su calidad de prisioneros, siempre fué esto un tributo de justi-
á la humanidad doliente.

El libre ejercicio de la administracion de justicia y el respeto á la propiedad en los lugares ocupados por el ejército invasor, se salvaron, como era debido, en este convenio.

Finalmente, para facilitar á los ejércitos beligerantes la ejecucion de los artículos convenidos, fijaron algunas reglas comunes en estos casos, y que por tanto es inútil referir.

No se ha hecho mencion hasta este lugar del contenido del art. 9.º del armisticio, porque no fué ratificado por nuestro gobierno. Su objeto era que se permitiese volver á sus respectivos negocios, á todos los ciudadanos americanos residentes en la capital, los cuales se habia mandado que se retirasen al interior de la República, desde que el ejército invasor triunfó de nuestras armas en la terrible batalla de Cerro-Gordo. Debe saberse que algunos de dichos ciudadanos, léjos de cumplir con las órdenes del gobierno, fueron á unirse á las filas invasoras, y como prácticos en el terreno y conocedores del idioma, le sirvieron estraordinariamente de guias, intérpretes, &c. &c.

Por su parte, el general Scott hizo, al ratificar, una aclaracion de no poca importancia. Habiáse puesto en la traduccion española del convenio, la palabra "víveres" como equivalente de *supplies*, y el espresado general manifestó, que debia entenderse "recursos." Sucitóse una fuerte discusion, no por el significado de la palabra, sino por los inconvenientes que tenia el convenir en ella en toda su latitud; mas al fin se convino en la rectificacion, esceptuándose solo de entre los recursos las armas y las municiones; quedando por último ratificado el armisticio por ámbas partes contratantes el dia 24 de Agosto.

Este era, sin contradiccion, el acontecimiento de mas importancia que se habia verificado desde el rompimiento de las hostilidades entre la república *modelo* y su desgraciada imitadora. El éxito de una batalla, la pérdida de una fortaleza ó de una ciudad, cuando dos pueblos están empeñados en una lucha, son hechos que preparan mas ó ménos directamente un término, pero que no son el término mismo. El mayor peligro para una nacion, que, como la nuestra, sostiene una lucha desigual, se encuentra precisamente en los momentos en que, cesando de correr la sangre, se va á defender su honor, y á ventilar sus intereses en el terreno de la política, donde se discute friamente, donde se aglomeran cálculos é intereses de toda especie, y donde no siem-

pre triunfa la razon, puesto que frecuentemente en las combinaciones diplomáticas se mide el derecho segun la fuerza del reclamante.

México, pues, se encontraba frente á frente de su ambiciosa adversaria; iba tal vez á arrancarle la careta para descubrir sus exageradas pretensiones, pero luchando, preciso es decirlo, en un campo enteramente nuevo: mas fuese como fuese, siempre nuestro gobierno daba un paso prudente y político al prestarse á oir las proposiciones de los Estados-Unidos, pues así se iba á saber, de una manera solemne, cuáles eran aquellas pretensiones: de este modo la inocencia de nuestra patria iba á ponerse en claro, y el mundo todo iba á conocer la justicia con que por nuestra parte se habia sostenido una guerra, que nos humilló si se quiere, pero que en manera alguna dió gloria á nuestros adversarios.

Entónces la atencion pública estaba fija en un solo punto; nadie en la capital hablaba mas que de las negociaciones que se iban á entablar. El patriotismo exaltado y suspicaz esclamaba: "he aquí el desenlace de la mas inicua traicion:" el egoismo y la indiferencia veian con placer acercarse el momento de su deseada aunque ignominiosa tranquilidad: el interes y el espíritu de revolucion, que consideraban tambien que la lucha esterior habia llegado á su término, gritaban á voz en cuello, pero con punible mala fe: "¡guerra! ¡guerra sin tregua!" Y por último, los hombres sensatos y amantes sinceros de su patria, computando los inconvenientes de la paz y los peligros de la guerra, veian con imparcialidad y desinteres los sacrificios que una y otra exigian de la nacion, y despues de profundas y amargas reflexiones, consideraban preferible que México sucumbiese á la fuerza, ántes que consentir en una paz oprobiosa; paz firmada en las mas terribles circunstancias, que indudablemente la reduciria á un estado de debilidad y miseria, que mas tarde seria la causa de su total ruina.

El gobierno, entre tanto, seguia en los preparativos de las negociaciones, y tan luego como quedó ratificado el armisticio, se ocupó, en junta de ministros, en fijar las bases á que deberian sujetarse nuestros comisionados en las conferencias que tuviesen con el del gabinete de Washington.

Como el objeto de este capítulo es dar á conocer, aunque sucintamente, lo ocurrido durante el armisticio, y los principales incidentes

de las negociaciones, preciso es hacer una especial mencion de los puntos que el ministro de relaciones presentó, para que los tuviesen presentes los comisionados al tiempo de las conferencias, y que fueron aprobados por el presidente en junta de ministros el dia 24.

Fijábanse en este acuerdo dos preliminares: uno de poquísima ó ninguna importancia, pues solo era relativo al lugar en que deberian verificarse las conferencias; y el otro de grande interes, pues se trataba nada ménos que de que el comisionado americano hiciese ante todas cosas el reconocimiento del derecho de deliberacion por parte de México; "esto es, dice el artículo de que se trata: si el intento de los Es-"tados-Unidos ha sido agrandar su territorio, ¿por qué no se han que-"dado con el que han ocupado de hecho? Si lo que han venido á bus-"car á la capital es la sancion del derecho por el consentimiento, se "debe desistir de lo que no se quiera conceder; de otra manera, que con-"suman sus obras de hecho, y la guerra continuará." Lograr esta confesion por nuestros comisionados, cualesquiera que fuesen, atendidos los antecedentes de la cuestion y nuestras circunstancias, era, hablando imparcialmente, cosa muy difícil; pero veamos las otras bases bajo las cuales debia tratarse.

El reconocimiento de la independencia de Téjas, entendiéndose por tal el territorio conocido por este nombre despues de los tratados de 1819, y cuando formaba parte del Estado de Coahuila y Téjas, sin convenir en manera alguna en los límites que el que se decia congreso de Téjas declaró pertenecerle.

Para tratar sobre cualquiera otra parte del territorio de la República, deberia exigirse la evacuacion de todo el ocupado por las fuerzas enemigas, y el levantamiento del bloqueo de nuestros puertos, pudiéndose tratar de uno de la Alta California, aunque fuese San Francisco, pero en calidad de factoría y nunca de límite, sin consentirse tampoco en que éste se fijase en el grado veintiseis de latitud, por la pérdida inmensa que en este caso tendria México.

Se prevenia que se conviniesen indemnizaciones, por el reconocimiento de la independencia de Tejas, por el puerto y camino de comunicacion al Oregon, por los daños, perjuicios y gastos de guerra, por los padecimientos de las familias y fincas de las ciudades y lugares invadidos y ocupados por las tropas americanas, y finalmente, por

las depredaciones cometidas por éstas y por sus guerrillas de foragidos, con cuya libertad y autorizacion habia sido escandalosamente violado el derecho de gentes.

Tanto la cuenta por liquidar, como la pendiente de pago por reclamaciones anteriores, deberian darse por saldadas, reconociendo ademas los Estados-Unidos la legalidad de los títulos de los dueños de terrenos en Tejas, por concesiones hechas con anterioridad á su declaracion de independencia, así por el gobierno general, como por el del Estado, dejándoles el libre aprovechamiento de ellos.

Deciase tambien que los Estados-Unidos se comprometiesen á no consentir la esclavitud en la parte del territorio que definitivamente adquiriesen.

Esta era ciertamente una exigencia justa y racional, inspirada por la dulzura de nuestras costumbres, por la índole de nuestras instituciones, imperfectas tal vez, pero en esto mas justas que las de la república vecina; y por último, inspirada por los filosóficos principios del siglo en que vivimos; principios de igualdad y manumision que la civilizada y liberal Norte-América, con mengua y oprobio de la humanidad, se ha empeñado en contrariar para con la infortunada raza africana.

Conforme á las instrucciones de que hablamos, el tratado deberia estenderse sobre la base de la posible reciprocidad, atendiendo el estado de ámbos pueblos, y no podria estipularse ménos de un año para la celebracion del definitivo, cuya observancia quedaria garantida de comun acuerdo por una potencia europea, ó por el congreso continental, el que tendria por base el sistema republicano en todo el continente, escepto en el imperio del Brasil y en la Guayana francesa.

Deberia salvarse el principio de la nacion mas favorecida que la República ha concedido en la mayor parte de los tratados que ha celebrado con las potencias estrangeras; y como de las circunstancias se exigiria la devolucion de los irlandeses, que sirviendo heroicamente en nuestras filas habian caido prisioneros, y la de nuestros buques y trofeos, prohibiéndose á la vez la entrada de ningun individuo del ejército americano á la capital de México; lo cual estaba, en nuestro concepto, en oposicion con lo estipulado en el art. 7 del armisticio.

Por último, se decia, como base general, que se deberia tratar de

la paz "como si se hubiera triunfado, y como quien puede todavía llevar adelante la guerra con ventaja."

El dia 25 se recibió en la secretaría de relaciones una nota suscrita por Mr. Nicolas P. Trist, en la que dándose á conocer como comisionado nombrado por los Estados-Unidos de América, investido con plenos poderes para negociar con el gobierno mexicano, y concluir un tratado duradero de paz, amistad y límites entre ámbas repúblicas, manifestaba estar pronto á tratar con los comisionados de México, para lo que pedia se designase dia y punto para la reunion, á lo que se contestó al siguiente dia: que el gobierno se ocupaba en nombrar á los individuos que debian oir las proposiciones que el mismo Mr. Trist tuviese á bien hacer, y que concurririan á las cuatro de la tarde del 27, al pueblo de Atzcapozalco, como punto intermedio entre los que ocupaban ámbos ejércitos, en lo cual convino el comisionado americano.

Ya el dia anterior, el presidente, en junto de ministros, habia nombrado de comisionados á los Sres. general D. José Joaquin de Herrera, magistrado D. Antonio Fernandez Monjardin y D. Antonio Garay, cuya mision estaba reducida por entónces á oir las proposiciones de paz, que á nombre de los Estados-Unidos se pretendian hacer al gobierno mexicano, trasmitiendo á éste su contenido, para que resolviese lo conveniente. Libráronse al efecto las comunicaciones respectivas: el Sr. Herrera trataba de eximirse; pero su escusa no fué tomada en consideracion; no sucediendo lo mismo con los Sres. Monjardin y Garay, pues tan luego como se escusaron, el gobierno pensó en otros individuos que los sustituyesen; quedando por último formada la comision de esta manera: general D. José Joaquin de Herrera, licenciado D. José Bernardo Couto, general D. Ignacio Mora y Villamil, licenciado D. Miguel Atristain, y en calidad de secretario intérprete D. José Miguel Arroyo.

Siendo estos los comisionados que tomaron definitivamente á su cargo tan comprometida como difícil empresa, no es, en nuestro concepto, fuera de propósito estampar unas cuantas palabras acerca de sus personas. Sin prevenciones de ninguna especie, libres de toda afeccion favorable ó adversa, y sin esperanza ni temor, vamos á aventurar una opinion que el lector acogerá ó rechazará, segun su juicio,

segun sus creencias; y si se nos tachase de demasiado audaces, no importa, seguimos las inspiraciones de nuestra conciencia.

El Sr. Herrera, guerrero de la independencia nacional, buen patriota y desinteresado ciudadano, habia desempeñado repetidas ocasiones los cargos públicos de mayor importancia; y cuando en 1845 las personas mas influentes de la época, poniendo en juego una política previsora, trataban de cortar las diferencias entre México y los Estados-Unidos, haciendo de Téjas una nacion independiente, que conteniendo en lo posible los avances del gabinete de Washington, fuese el verdadero contrapeso para el equilibrio de las dos grandes naciones del continente americano, el Sr. Herrera figuraba como primer magistrado, y por tanto, se le consideró como á gefe del partido que entónces se llamó de *la paz*, y que fué tan injusta como cruelmente calumniado.—En esto se apoyaba precisamente este general para escusarse de la comision á cuyo frente se le colocaba; pero sus escusas, como queda dicho, no fueron tomadas en consideracion, contestándosele por el gobierno, en términos bastante honrosos, escitando su patriotismo y su constante deseo de servir á la República.

Mas por grandes que aparezcan las virtudes del Sr. Herrera, y por acendrado que fuese su patriotismo, la imparcialidad histórica exige que se diga que sus conocimientos son limitados, y que la mision que se le confiaba era muy superior á sus fuerzas, puesto que el derecho internacional le es absolutamente desconocido. Su nombramiento, pues, fué considerado como un acto cuyo principal objeto era dar á las negociaciones que se iban á entablar, cierta respetabilidad, haciendo que figurase en ellas un hombre de la independencia, un hombre que disfrutaba una no desmentida reputacion de honradez y de virtud, y como una muestra de imparcialidad, por ser el caudillo de la jornada de 6 de Diciembre de 1844.

El Sr. Couto era ciertamente quien iba á tomar sobre sí el enorme peso de tan difícil comision; buen literato, estudioso publicista y consumado jurisconsulto, habia figurado mucho tiempo en la escena política, y ocupado un lugar distinguido entre los hombres mas prudentes y juiciosos de nuestras asambleas deliberantes. Jamas se le ha visto comprometido en ninguna asonada política, y acaso por esto, á pesar de su gran saber, de su facilidad de espresion y de su



LIC. COUTO.

lógica irresistible, rara vez ha dominado en la tribuna, y nunca se le ha considerado como gefe de algun bando parlamentario.

Mas tampoco á este señor se le consideraba entónces el mas á propósito para aquella mision: tachábasele, y no sin fundamento, de demasiado tímido; agregándose, que si bien era en efecto un sabio, que conocia perfectamente el derecho civil y constitucional, no estaba del mismo modo versado en el derecho de gentes, y que carecia absolutamente de aquel tacto diplomático, tan necesario en esta clase de negocios; pero sea de esto lo que fuere, el hecho es, que el Sr. Couto cumplió con su deber, y las notas y documentos que por él se estendieron, son una muestra irrefragable de su saber y un título de honor para nuestra República.

El Sr. Mora y Villamil, hombre sagaz, de antecedentes militares, científicos y políticos, pero sin haber sobresalido en ninguno de estos ramos, merced á su táctica, habia sido considerado por todos los partidos, y desde los acontecimientos de la Angostura se le veia figurar activamente al lado del general Santa-Anna: así es, que, como queda referido, fué uno de los comisionados para la celebracion del armisticio, y ahora se le ve, aunque sin antecedentes diplomáticos de ningun género, figurar en la comision mas delicada que se haya presentado en nuestros anales: de aquí es, que muchas personas solo vieron en este nombramiento la agregacion de un ingeniero geógrafo, que pudiese tratar las cuestiones puramente de límites, que debian ventilarse en las conferencias con el enviado americano, notándose ademas, que el Sr. Mora, sin ninguna reserva, se mostraba decidido porque se celebrase la paz á toda costa.

El Sr. Atristain, que era el último de los comisionados, era tachado como agente de una casa inglesa comprometida en graves negocios con el gobierno, y era voz pública, que habia sido colocado por influjo de la misma en esta comision, cuyo resultado era de vida ó de muerte para nuestra patria. Acaso no seria así; pero como el Sr. Atristain, figurando en tiempos anteriores en nuestros congresos, habia levantado la voz en la tribuna nacional, para sostener un arreglo de la deuda esterior, que proporcionaba grandes ventajas á dicha casa, de aquí es que cualquiera que fuese su aptitud, y cualesquiera que fuesen sus conocimientos diplomáticos, se consideraba que no iba á ser mas que

el representante, mejor dicho, la mano de esa misma casa estrangera, probablemente interesada en que se firmase una paz que le proporcionase el cobro de grandes capitales, adquiridos tal vez á poca costa, y la prosecucion de nuevos y productivos negocios pecuniarios. El tiempo, no lo dudamos, confirmará este aserto, que hoy todavía algunos tendrán por temerario (1).

Réstanos solo hablar del secretario intérprete, de quien acaso no trataríamos, si no se hubiera dicho de una manera oficial, que no cumplió exactamente con su deber, pues conforme á lo espuesto por el ministro de relaciones de aquella época, en una sesion pública del congreso nacional (2), el Sr. Arroyo, en vez de formar los protocolos de las conferencias, segun la importancia del negocio y la práctica comun lo exigian, se limitó á sacar apuntamientos, los que á la verdad no eran de ninguna fé, y por tanto, de ninguna importancia para nuestra causa.

Los pormenores que anteceden nos han hecho separar demasiado del objeto principal de este capítulo: tomamos de nuevo el hilo de los acontecimientos.

En la mañana del 27, ántes de que los comisionados de ámbas partes tuviesen la primera conferencia, un suceso bien desagradable vino á turbar la tranquilidad pública, y á provocar el rompimiento de las hostilidades sin los requisitos estipulados en el armisticio.

Mas de cien carros del ejército invasor, apoyándose en el art. 7.° del convenio, penetraron hasta las calles principales de la ciudad para sacar dinero de algunas casas estrangeras, y proporcionar á las tropas los víveres de que carecian. Nuestro pueblo, en cuya imaginacion estaban aun demasiado frescas las escenas sangrientas de los dias anteriores, y que abrigaba un justo encono contra los invasores, vió con indignacion aquel hecho, y pronto se resolvió á vengarlo. Las avenidas de la plaza de la constitucion, á donde se encontraban ya algunos carros, se llenaron de gente: una nube de piedras se descolgaba sobre éstos y sus conductores, y por todas partes se oia el grito de ¡Mueran los yankees!!!

El gobierno dictó desde luego sus providencias para contener este

(1) Esto se escribia en Querétaro, en Diciembre de 1847.

(2) Celebrada en Querétaro, en Noviembre de 1847.

alboroto; pero cuando la muchedumbre viõ que nuestros lanceros defendian á los americanos, su ira se aumentõ: llamaban á nuestros soldados "cobardes," y no faltaba quien levantase el grito de muera Santa-Anna, pues le imputaban aquello como una traicion. Esto hacia redoblar el empeño de las autoridades para contener el motin; pero léjos de lograrlo, cada momento era mayor la indignacion y el encono del pueblo. Las gentes del mercado prefirieron inutilizar sus efectos, á venderlos á los americanos: las pedradas seguian haciendo sus estragos; los carreteros estaban asustados y despavoridos, y uno de ellos, como para inspirar alguna simpatía, no cesaba de repetir: "soy católico, soy irlandes." Por otro lado, una muger del bajo pueblo lanzõ furiosa una piedra sobre uno de aquellos hombres, de modo que lo derribõ gravemente herido: cogida infraganti por los agentes de policía, esclamaba con inesplicable frenesí: "Lo he querido matar, y los mataría á todos: por ellos he perdido á mi pobre hijo, y ahora en vez de vengarnos, les hemos de dejar que vengan á sacar que comer: esto es muy injusto. . . . ." Fué preciso, atendiendo á su dolor, dejarla inmediatamente en libertad.

El gobernador del Distrito, que lo era D. José María Tornel, creyõ que con su presencia el motin calmaria; apareció en efecto en la plaza, ordenando al populacho que se retirase; pero éste léjos de obedecerle, se burlaba de su autoridad.

Este levantamiento indudablemente habria tenido sérias consecuencias, si el general Herrera no se hubiese presentado con calma y serenidad en medio de la multitud reprendiéndole aquella accion, y manifestando á los amotinados, que debian ser valientes en el campo, pero con el indefenso humanos. Calmõse un tanto el tumulto, y se mandõ que los carros saliesen inmediatamente de la ciudad sin conducir nada de lo que solicitaban.

Culpábase despues al pueblo, y se le echaba en cara su poco respeto á un tratado. ¡Inaudita insensatez! El pueblo obraba por un justo instinto; el pueblo estaba indignado; el pueblo, en fin, queria vengarse. La falta era de los comisionados, que no habian calculado los resultados que podria tener su torpe concesion, y del gobierno que la ratificõ; mas no por esto aquel artículo dejõ de tener su cumplimiento, pues se resolviõ lo conveniente para ello, y protejidos por las ti-

nieblas de la noche, sacaban los enemigos cuanto necesitaban de la capital, y que sus agentes adquirian durante el dia. Habiendo sido esto observado por el pueblo, una noche volvió á amotinarse en la plazuela de San Juan de Letran y por la calle Ancha, donde estaban los depósitos de menestras del ejército americano, los cuales fueron saqueados.

En la misma tarde del 27 se reunieron por primera vez los comisionados de ámbas partes en el pueblo de Atzcapotzalco, y se cangearon sus respectivos poderes. Los de Mr. Trist eran amplísimos, pues en ellos lo investia el gobierno americano con pleno y en todas maneras amplio poder y autoridad, en el nombre de los Estados-Unidos, para que pudiese negociar y concluir un arreglo de las diferencias existentes, y un tratado de paz, amistad y límites entre los Estados-Unidos de América y la nacion mexicana, arreglando definitivamente todos los asuntos y negocios que pudiesen tener conexion, ó ser interesantes para ámbas naciones; reservándose solo, despues de concluido cualquier convenio, la ratificacion del presidente y consentimiento del senado americano.

Los de nuestros comisionados se limitaban, como ya queda indicado, á que recibiesen las proposiciones del gabinete de Washington, si venian ya estendidas y redactadas, ó á consignarlas de acuerdo con su enviado, en un memorandum, si se hacian verbalmente. Mr. Trist observó desde luego esta limitacion, á lo cual se espuso, que llegado el momento de tratar, se le presentaria una autorizacion amplia: esto satisfizo al comisionado americano, quien inmediatamente entregó un proyecto de tratado, que se presentó en seguida al presidente de la República.

En esta primera entrevista se convino en que las siguientes reuniones serian en la casa llamada del inquisidor Alfaro, situada entre México y Tacubaya, emplazándose para el siguiente dia.

Véamos, ántes de pasar adelante, el proyecto de tratado presentado por Mr. Trist.

Art. 1.° Habrá paz firme y universal entre los Estados-Unidos de América y los Estados-Unidos Mexicanos, y entre sus respectivos paises, territorios, ciudades, villas y pueblos, sin escepcion de lugares ó personas. Todas

las hostilidades de mar y tierra, cesarán definitivamente tan pronto como las ratificaciones de este tratado sean cangeadas por âmbas partes.

Art. 2.° Todos los prisioneros de guerra hechos por âmbas partes, tanto por mar como por tierra, serán devueltos tan pronto como sea practicable despues del cange de las ratificaciones de este tratado. Ademas se conviene, que si algunos ciudadanos mexicanos existen ahora cautivos por los comanches ó cualquiera otra tribu salvage de indios dentro de los límites de los Estados-Unidos, como están fijados por este tratado, el gobierno de los Estados-Unidos exigirá la entrega de dichos cautivos, y que vuelvan á su libertad y á sus casas en México.

Art. 3.° Tan pronto como el presente tratado haya sido debidamente ratificado por los Estados-Unidos Mexicanos, se hará saber esto sin la menor dilacion á los comandantes de las fuerzas de mar y tierra de âmbas partes, y en consecuencia habrá una suspension de hostilidades, tanto por mar como por tierra, ya por las fuerzas militares y navales de los Estados-Unidos como por parte de las de los Estados-Unidos Mexicanos; y dicha suspension de hostilidades se observará por âmbas partes inviolablemente. Inmediatamente despues del cange de las ratificaciones del presente tratado, todos los fuertes, territorios, lugares y posesiones, cualesquiera que sean y se hayan tomado por los Estados-Unidos, de los Estados-Unidos Mexicanos, durante la guerra, escepto aquellas comprendidas dentro de los límites de los Estados-Unidos, segun quedan definidos por el art. 4.° de este tratado, serán devueltas sin demora y sin ocasionar ninguna destruccion, ni estraccion de la artillería ó cualesquiera otra propiedad pública capturada originalmente en dichos fuertes, ó lugares, y que existan en ellos, cuando se cangee la ratificacion de este tratado; y de la misma manera, todos los fuertes, territorios, &c.

Art. 4.° La línea divisoria entre las dos repúblicas comenzará en el golfo de México tres leguas de la tierra, frente de la boca del Rio Grande: de allí para arriba por medio de dicho rio hasta el punto donde toca la línea meridional de Nuevo-México; de allí hácia el Poniente, á lo largo del límite meridional de Nuevo-México al ángulo del Sudoeste del mismo; desde allí hácia el Norte á lo largo de la línea occidental de Nuevo-México, hasta donde está cortada por el primer brazo del rio Gila; ó si no está cortada por ningun brazo de este rio, entónces hasta el punto de la dicha línea mas cercano al tal brazo, y de allí en una línea recta al mismo, y para abajo por medio de dicho brazo, y del dicho rio Gila hasta su desagüe en el rio Colorado; de allí para abajo, por el medio del Colorado, y el medio del golfo de Californias al océano Pacífico.

Art. 5.° En consideracion á la estension de los límites de los Estados-Unidos, como están definidos por el precedente artículo, y por las estipulaciones que mas adelante contiene el art. 8.°, los Estados-Unidos por éste aban-

donan para siempre todo reclamo contra los Estados-Unidos Mexicanos, á causa de los gastos de la guerra; y hacen mas, convienen pagar á los Estados-Unidos Mexicanos, en la ciudad de México, la suma de....

Art. 6.° En amplia consideracion de las estipulaciones contenidas en los artículos 4.° y 8.° de este tratado, los Estados-Unidos convienen en asegurar y pagar á los reclamantes todos los abonos que ahora se deben, ó mas adelante se venzan, segun la convencion concluida entre las dos repúblicas, en la ciudad de México el dia 30 de Enero de 1843, proveer al pago de lo decidido en favor de los reclamantes, segun la convencion entre los Estados-Unidos y la República Mexicana del 11 de Abril de 1839. Y los Estados-Unidos igualmente convienen en asumir y pagar todos los reclamos de los ciudadanos de los Estados-Unidos, no decididos anteriormente, contra el gobierno de los Estados-Unidos Mexicanos hasta la suma que no esceda de tres millones de pesos, y que se haya suscitado con anterioridad al dia 13 de Mayo de 1846; y que se encuentren adeudados justamente por un tribunal de comisionados que se establezca por el gobierno de los Estados-Unidos, cuyas decisiones serán definitivas y concluyentes, siempre que al decidir sobre la validez de dichas demandas, el tribunal se haya guiado y gobernado por los principios y reglas para la decision, prescritas por los artículos 1.° y 5.° de la convencion no ratificada, concluida en la ciudad México el dia 20 de Noviembre de 1843, y en ningun caso se dará sentencia en favor de reclamo alguno que no esté comprendido por estos principios y reglas; y los Estados-Unidos, por este, y para siempre eximen á los Estados-Unidos mexicanos de toda responsabilidad por cualesquiera de las dichas demandas, ya que hayan sido desechadas ó admitidas por el citado tribunal de comisionados.

Art. 7.° Si en la opinion de dicho tribunal de comisionados, ó de los demandantes, se considerare necesario para la primera decision de alguna de las dichas reclamaciones de algunos libros, registros ó documentos que se encuentren en la posesion ó poder de los Estados-Unidos Mexicanos, los comisionados ó reclamantes harán por sí, dentro del periodo que el congreso pueda designar, peticion por escrito con tal objeto, dirigida al ministro de relaciones mexicano, la que le será transmitida por el secretario de estado de los Estados-Unidos; y el gobierno mexicano se compromete á hacer remitir, en el primer momento posible despues del recibo de tal demanda, cualquiera de los dichos libros, registros ó documentos en su posesion ó poder, que se hayan pedido al dicho secretario de estado, quien inmediatamente los entregará al citado tribunal de comisionados, siempre que los tales pedidos se hagan á peticion de alguno de los reclamantes, y hasta que los hechos, que se espera probar con tales libros, registros ó documentos, hayan sido primero hechos bajo juramento ó afirmacion.

Art. 8. ° El gobierno de los Estados-Unidos Mexicanos, por éste concede y garantiza para siempre al gobierno y ciudadanos de los Estados-Unidos, el derecho de transportar al través del Istmo de Tehuantepec, de mar á mar, por cualesquiera de los medios de comunicacion que existan actualmente, ya sea por tierra ó por agua, libre de todo peage ó gravámen, todos ó cualquier artículo, ya sea de producto natural, ó productos ó manufacturas de los Estados-Unidos ó de cualesquiera otro pais estrangero, pertenecientes al dicho gobierno ó ciudadanos; y tambien el derecho del libre paso por el mismo á todos los ciudadanos de los Estados-Unidos. El gobierno de los Estados-Unidos Mexicanos concede y garantiza igualmente al gobierno y ciudadanos de los Estados-Unidos, el mismo derecho de paso para sus mercancías y artículos ya dichos, como á sus ciudadanos, por cualquiera ferro-carril ó canal que de aquí en adelante pueda concluirse para atravesar el dicho Istmo, ya sea por el gobierno de los Estados-Unidos Mexicanos, ó por su autorizacion, pagando únicamente aquellos peages que equitativa y justamente estén señalados, y no otros mas subidos, ni se recogerán ni colectarán otros por los artículos y mercancías arriba mencionadas pertenecientes al gobierno ó ciudadanos de los Estados-Unidos, ó á las personas de aquellos ciudadanos por el paso sobre dicho ferro-carril, ó canal, que las que se cobren ó colecten por los mismos artículos y mercancías pertenecientes al gobierno ó ciudadanos de México siendo del producto natural, ó productos y manufacturas de México, ó de cualquiera pais estrangero y á las personas de sus ciudadanos. Ninguno de los dichos artículos, sea el que fuere, pertenecientes al gobierno ó ciudadanos de los Estados-Unidos, que pasen ó transiten por dicho Istmo, de mar á mar, en una ú otra direccion, ya sea por los medios que existen hoy de comunicacion, ya por algun ferro-carril ó canal que mas adelante pueda construirse, con el objeto de trasportarse á cualesquiera puerto de los Estados-Unidos ó de algun pais estrangero, quedará sujeto á pagar derecho alguno, sea cual fuere, de importacion ó esportacion. Los dos gobiernos por este artículo se comprometen, que con la menor demora posible convendrán y dictarán mutuamente aquellos reglamentos que puedan considerarse necesarios para evitar el fraude ó contrabando, á consecuencia del derecho de paso así concedido, y perpetuamente garantizado al gobierno y ciudadanos de los Estados-Unidos.

Art. 9. ° Todos los efectos, mercaderías, ó mercancías que hayan sido introducidas durante la guerra, por cualquier puerto ó lugar de una y otra parte, por los ciudadanos de una ú otra parte, ó por los ciudadanos ó súbditos de algun poder neutral, miéntras han estado ocupados militarmente por la otra, se les permitirá permanecer libres de confiscacion, ó de cualquiera multa ó derecho que haya sobre la venta ó cambio de ellos, ó sobre la salida de dicha propiedad del pais; y á los propietarios, por éste, se les permite vender ó disponer dicha propiedad, de la misma manera y en todos aspectos como si las impor-

taciones en el pais hubieran sido hechas en tiempo de paz, y hubieran pagado sus derechos segun las leyes de cada pais respectivamente.

Art. 10. El tratado de amistad, comercio y navegacion, concluido en la ciudad de México, el dia 5 de Abril, año del Señor de 1831, entre los Estados-Unidos de América y los Estados-Unidos Mexicanos, y cada uno de sus artículos, con escepcion del artículo adicional, queda por éste renovado por el término de ocho años desde el dia del cange de la ratificacion de este tratado, con la misma fuerza y virtud como si formaran parte del contenido de éste; debiendo entenderse, que cada una de las partes contratantes se reserva para sí el derecho, en cualquier tiempo despues de pasado el dicho periodo de ocho años, de terminarlo, dando aviso con un año de anticipacion de su resolucion á la otra parte.

Art. 11. Este tratado será aprobado y ratificado por el presidente de los Estados-Unidos de América, con la aprobacion y consentimiento del senado, y por el presidente de los Estados-Unidos Mexicanos, con la prévia aprobacion de su congreso general; y las ratificaciones serán cangeadas en la ciudad de Washington en el término de............meses, desde la fecha en que sea firmado, ó mas pronto si es practicable."

No es de nuestro objeto entrar en esta obra en la cuestion de la conveniencia ó inconveniencia que traia la adopcion de semejante tratado: por él, como desde luego se ve, la República Mexicana perdia, ademas de Tejas, todo Nuevo-México, una gran parte de Tamaulipas, otra de Coahuila, y otra de Chihuahua; la mitad de Sonora, ámbas Californias, los hermosos rios navegables de estos terrenos, y el dominio del mar Bermejo ó golfo de Californias. Largas y profundas podrian ser las reflexiones que sobre este particular pueden hacerse; pero dejando por nuestra parte á los estadistas y filósofos las consideraciones de los resultados de una paz, fundada sobre tales bases, seguimos el hilo de los acontecimientos, consignando los hechos mas notables.

En vista de las proposiciones del plenipotenciario americano, nuestro gobierno acordó unas nuevas instrucciones para nuestros comisionados, en las cuales se decia ser de toda necesidad, que el comisionado de los Estados-Unidos declarase terminantemente los motivos de la guerra y fines de ella, y si las pretensiones de aquella potencia se fundaban solo en el derecho de la fuerza. Que deberia aclararse si Téjas quedaba en poder de los Estados-Unidos por la anexion ó por compra: que el gobierno mexicano no reconocia otro título que el

de negociacion; que no debia reconocerse mas límite que el de la provincia de Tejas, sin esceder los de ésta del rio de las Nueces, sacándose por esto las ventajas posibles, hasta dar por transijida la deuda de los Estados-Unidos, reconocida por México, y esto solo por prestarse el gobierno á negociar, pues por precio de terrenos pagarian los Estados-Unidos el término medio del precio fijado en sus propios reglamentos de ventas de tierra. En fin, todo lo que exigia el plenipotenciario americano, se negaba; sobre todo, se pedian aclaraciones, y no parecia sino que nuestras tropas habian triunfado en dos ó tres combates, segun el tenor de las instrucciones referidas, las que muchas personas reputaron entónces como ridículas, atendidas nuestras circunstancias.

Las espresadas instrucciones, con las que anteriormente se habian acordado, y el pleno poder correspondiente, se remitieron á nuestros comisionados con una nota, fecha 30 de Agosto, en la que se les prevenia que en nada escediesen de lo que se les fijaba en aquellos documentos, sin autorizacion previa del gobierno. La posicion de nuestros plenipotenciarios era, á la verdad, demasiado triste: se presentaban á luchar con las manos atadas, y por grande que fuera su ingenio, necesariamente iban á hacer un papel demasiado secundario: de aquí es, que los comisionados al siguiente dia pasaron al gobierno una comunicacion, en que pedian se diese por no aceptada por su parte la plenipotencia, creyendo de su deber manifestarle desde luego con la franqueza de hombres de bien, que sobre las dichas bases é instrucciones les era imposible encargarse de la negociacion, porque se encontraban sin la capacidad necesaria para ejecutarlas como era debido.

A consecuencia de esta renuncia, el presidente tuvo una larga conferencia con los comisianados, y como resultado de ella se les pasó una nota, en que se les manifestaba haberse resuelto en consejo de ministros se ampliasen las instrucciones en el sentido de que se ajustasen á ellas en cuanto les fuese posible, pero aviniéndose á algunas modificaciones que exigiesen las circunstancias del pais, y á las facilidades á que abriese la puerta la misma discusion. "En una palabra, terminaba la nota del ministro de relaciones, el supremo gobierno ha escogido á V. E. y V. SS., como tantas veces les ha escogido

la nacion, por el conocimiento que tiene de su ilustracion y patriotismo, y pone en sus manos el honor y los intereses de nuestra patria."

El miércoles 1.º de Septiembre se celebró en la ya mencionada casa de Alfaro, la tercera reunion de nuestros comisionados con el Sr. Trist: aquellos exhibieron los plenos poderes que se les habian conferido, y entraron en una larga conferencia con el enviado americano acerca de los puntos capitales contenidos en el proyecto; y despues de esta conferencia y de la del siguiente dia, el Sr. Trist se manifestó dispuesto á abandonar su primera pretension sobre la Baja California y sobre una parte de la Alta, para que aquella pudiese comunicarse por tierra con Sonora, ofreciendo que si no quedaba otro punto de diferencia para ajustar la paz, que el relativo al territorio que se prolonga entre el Bravo y el Nueces, consultaria sobre él á su gobierno, con alguna esperanza de buen éxito, si bien este paso debia ocasionar una demora de cuarenta y tantos dias en la negociacion. Mas con respecto á la cesion que nuestra República debia hacer del territorio de Nuevo-México, era condicion de que no podia separarse, ni aun someterla á nueva consulta en Washington, por la plena certeza que tenia de que aquel gobierno la consideraba como condicion *sine qua non* de la paz.

Con semejante resolucion, quedaban, por decirlo así, neutralizadas cuantas reflexiones se hicieron, tanto sobre los principios de justicia, como sobre la resistencia de los habitantes de aquella parte de la República Mexicana, y su decision para no pertenecer ni agregarse á los Estados-Unidos; y por consiguiente, cuantas razones se manifestaron en contra de aquella pretension, fueron inútiles, pues el comisionado americano se mostró inflexible, no obstante los deseos que manifestaba, de que se arreglase definitivamente la paz entre ámbas naciones.

Regresaron por fin nuestros comisionados á dar cuenta al gobierno con el estado que guardaba la mision que se les habia confiado.

Numerosa fué la junta en los salones de Palacio; las opiniones y los conceptos se atropellaban; se calculaba con el plano delante, cuál era la pérdida territorial de la República: unos rechazaban con indignacion las sugestiones del cálculo frio de otros: se hablaba de los recursos con que contaba el gobierno para la prosecucion de la guerra, y de los perjuicios positivos que nos traeria la paz. El Sr. Couto

designó con calma cuál era la línea divisoria propuesta por Mr. Trist, y manifestó que este comisionado proponia la prorogacion del armisticio por cuarenta y cinco dias, puesto que tenia que consultar sobre el punto indicado á su gobierno; pero que tanto él, como el general Scott, apoyarian la admision de la línea propuesta. La idea de ampliar el armisticio llamó la atencion del ministro de relaciones, reputando ser esa una red para acopiar durante esos cuarenta y cinco dias mas fuerzas, supuesta la insuficiencia de las que tenia el enemigo: manifestó que era necesario escarmentar el orgullo americano; que con un esfuerzo patriótico, uniforme y general se lograria un triunfo que ocuparia una brillante página en la historia de nuestro pais, y concluyó asegurando que él jamas firmaria la paz que se proponia.

Al presidente halagaban estas ideas, pues decia que llamado á la República para su defensa, estaba resuelto á seguir su voluntad, y á la continuacion de las hostilidades.

Otras personas, discurriendo con mayor calma acerca del valor de los elementos con que se continuaria la guerra, y estimando que el temor del ministro de relaciones podria calmarse con los artículos que se estipulasen para la próroga del armisticio, estaban porque se aceptase el plazo propuesto, tanto mas, cuanto que el transcurso de este tiempo serviria para que nuestra tropa acabase de recobrar su moralidad; agregándose otras varias razones. Y por último, atendida la gravedad del asunto, se propuso la convocacion de una junta de personas de saber, y entre otros, á los Sres. Alaman, Gomez Pedraza y Rodriguez Puebla. Esta idea fué generalmente acogida, y en especial apoyada por el Sr. Herrera, de modo que quedó acordada la convocacion de la junta.

Por desgracia, esta reunion, de la que tanto provecho podia haberse sacado, no tuvo verificativo, por influencias que indujeron el ánimo del presidente á desechar aquel pensamiento. ¡Fatal influjo, cuyas terribles consecuencias nunca serán bien lamentadas!....

En consecuencia, el gobierno pasó á nuestros comisionados una nota, fecha 5 de Septiembre, en la que se les comunicaba de una manera definitiva, que el gobierno no consentia en la prorogacion del armisticio, ni ménos en la cesion de Nuevo-México, cuyos habitantes de tantos modos habian manifestado su voluntad de permane-

cer unidos á la República Mexicana. "En Nuevo-México, terminaba la nota de que tratamos, y en las pocas leguas que median entre la derecha del Nueces y la izquierda del Bravo, está la paz ó la guerra. Si el comisionado de los Estados-Unidos no deja al gobierna mexicano escoger mas que entre esta cesion y su muerte, en vano le mandó su gobierno; desde ántes pudo asegurarse cuál seria la respuesta.—Si tambien los Estados-Unidos han hecho su eleccion, y prefieren la violencia ó nuestra humillacion, ellos serán los que den cuenta á Dios y al mundo."

En vista de desta resolucion tomada en junta de ministros, nuestros comisionados formaron el siguiente contraproyecto.

"1.° Habrá paz firme y universal entre la República mexicana y los Estados-Unidos de América, y entre sus respectivos territorios, ciudades, villas y pueblos, sin escepcion de lugares ni personas.

2.° Todos los prisioneros de guerra hechos por ámbas partes, tanto por mar como por tierra, serán devueltos inmediatamente despues de la firma del presente tratado. Ademas, se conviene, que si algunos mexicanos existen ahora cautivos en poder de cualquier tribu salvage dentro de los límites que por el art. 4.° van á fijarse á los Estados-Unidos, el gobierno de dichos Estados-Unidos exigirá la entrega de ellos, y que sean restituidos á su libertad y á sus hogares en México.

3.° Inmediatamente despues del cange de las ratificaciones de este tratado, serán devueltos á la República Mexicana todos los fuertes, territorios, lugares y posesiones que se le hayan tomado ú ocupado en la presente guerra, dentro de los límites que para la misma República van á fijarse en el art. 4.° Le será devuelta igualmente la artillería, pertrechos y municiones que habia en los castillos y plazas fuertes cuando cayeron en poder de las tropas de los Estados-Unidos. Respecto de la artillería tomada fuera de los espresados castillos y plazas fuertes, se devolverá á México la que exista en poder de las tropas de los Estados-Unidos á la fecha de la firma del presente tratado.

4.° La línea divisoria entre las dos repúblicas comenzará en el golfo de México, tres leguas fuera de tierra, enfrente de la embocadura austral de la Bahía de Corpus-Cristi; correrá en línea recta por dentro de dicha bahía hasta la embocadura del rio de las Nueces; seguirá luego por mitad de este rio en todo su curso hasta su nacimiento; desde el nacimiento del rio de las Nueces se trazará una línea recta hasta encontrar la frontera actual del Nuevo-Mexico por la parte Este-Sur-Este; se seguirá luego la frontera actual del Nuevo-México por el Oriente, Norte y Poniente, hasta tocar por este último viento al grado 37, el cual servirá de límite á ámbas Repúblicas desde el punto en que

toca la dicha frontera de Poniente del Nuevo-México hasta el mar Pacífico. El gobierno de México se compromete á no fundar nuevas poblaciones, ni establecer colonias en el espacio de tierra que queda entre el rio de las Nueces y el rio Bravo del Norte.

5. ° En debida compensacion de la estension que adquieren por el artículo anterior los antiguos límites de los Estados-Unidos, el gobierno de dichos Estados-Unidos se obliga á entregar al de la República de México la suma de   la cual se pondrá en la ciudad de México á disposicion de dicho gobierno de la República Mexicana en el acto de cangearse las ratificaciones del presente tratado.

6. ° Se obliga ademas el gobierno de los Estados-Unidos, á tomar sobre sí, y satisfacer cumplidamente á los reclamantes, todas las cantidades que hasta aquí se les deben y cuantas se venzan en adelante, por razon de los reclamos ya liquidados y sentenciados contra la República Mexicana, conforme á los convenios ajustados entre ámbas repúblicas el 11 de Abril de 1839 y el 30 de Enero de 1843; de manera que la República Mexicana nada absolutamente tendrá que lastar en lo venidero por razon de los indicados reclamos.

7. ° Tambien se obliga el gobierno de los Estados-Unidos á tomar sobre sí y pagar cumplidamente todos los reclamos de ciudadanos suyos, no decididos aun contra la República mexicana, cualquiera que sea el título ó motivo de que procedan, ó en que se funden los indicados reclamos, de manera que hasta la fecha del cange de las ratificaciones del presente tratado, quedan saldadas definitivamente, y para siempre, las cuentas de todo género que existan ó puedan suponerse existentes entre el gobierno de México y los ciudadanos de los Estados-Unidos.

8. ° Para que el gobierno de los Estados-Unidos satisfaga, en observancia del artículo anterior, los reclamos no decididos aun de ciudadanos suyos contra la Repùblica Mexicana, se establecerá por el gobierno de dichos Estados-Unidos un tribunal de comisionados, cuyas decisiones serán definitivas y concluyentes, siempre que al decidir sobre la validez de cualquiera demanda que se haya ajustado á los principios y reglas que se establecieron en los artículos 1. ° y 5. ° del convenio no ratificado que se celebró en México el dia 20 de Noviembre de 1843, y en ningun caso se dará sentencia en favor de reclamo alguno que no se ajuste á las precitadas reglas. Si el tribunal de comisionados estimare necesario para la justa decision de alguna demanda tener á la vista algunos libros, registros ó documentos que existan en poder del gobierno de México, los pedirá á éste el gobierno de los Estados-Unidos, y le serán remitidos originales ó en testimonios fehacientes, para que pasen al dicho tribunal, bien entendido que no se hará por el gobierno de los Estados-Unidos peticion alguna de los enunciados libros, registros ó documentos, ántes de que hayan

sido especificados en cada caso bajo la religion del juramento, ó con aseveracion jurídica por la parte actora en el reclamo, los hechos que pretenda probar con los tales libros, registros ó documentos.

9.° Todos los templos, casas y edificios dedicados á actos ó ejercicios del culto católico en territorios pertenecientes ántes á la República Mexicana, y que por el art. 4.° de este tratado quedan para lo sucesivo dentro de los límites de los Estados-Unidos, continuarán dedicados á los mismos actos y ejercicios del culto católico sin variacion alguna y bajo la especial proteccion de las leyes. Lo mismo sucederá con los bienes muebles é inmuebles que dentro de los espresados territorios estén dedicados al mantenimiento del culto católico, ó al de escuelas, hospitales y demas establecimientos de caridad ó beneficencia. Finalmente, las relaciones y comunicacion de los católicos existentes en los mismos territorios, con sus respectivas autoridades eclesiásticas, serán francas, libres y sin embarazo alguno, aun cuando las dichas autoridades tengan su residencia dentro de los límites que quedan marcados á la República Mexicana en este tratado, miéntras no se haga una nueva demarcacion de distritos eclesiásticos, con arreglo á las leyes de la Iglesia católica.

10. Los mexicanos residentes en territorios pertenecientes ántes á Mexico, y que quedan ahora dentro de los límites demarcados á los Estados-Unidos, podrán en todo tiempo trasladarse á la República Mexicana, conservando en los indicados territorios los bienes que poseen, ó enagenándolos y trasladando su valor á donde les convenga, sin que por esto pueda exigírseles de parte de los Estados-Unidos ningun género de contribucion, gravámen ó impuesto. Si las personas de que se trata, prefieren permanecer en los territorios en que ahora habitan, podrán conservar el título y los derechos de ciudadanos mexicanos, ó adquirir desde luego el título y derechos de ciudadanos de los Estados-Unidos, si así lo quisieren. Mas en todo caso ellos y sus bienes disfrutarán de la mas amplia garantía.

11. Todas las concesiones de tierras, hechas por autoridades mexicanas en territorios pertenecientes ántes á la República, y que por este tratado quedan para lo futuro dentro de los límites de los Estados-Unidos, son válidas y subsistentes, y serán sostenidas y guardadas en todo tiempo por el gobierno de los dichos Estados-Unidos.

12. La república de los Estados-Unidos se compromete solemnemente á no admitir en lo de adelante la agregacion á ella de ningun distrito ó territorio comprendido en los límites que por el presente tratado se señalan á la República Mexicana. Este solemne compromiso tiene el carácter de condicion de las cesiones territoriales que ahora hace México á la República de Norte-América.

13. Todos los efectos existentes en los puertos mexicanos, ocupados por las tropas norte–americanas, satisfarán los derechos que establece el arancel de la República Mexicana, siempre que no los hayan satisfecho anteriormente á la misma República; pero no incurrirán en la pena de comiso.

14. El gobierno de los Estados–Unidos satisfará en términos de justicia los reclamos de los ciudadanos mexicanos por los perjuicios que de parte de las tropas norte–americanas han resentido en sus intereses.

15. El presente tratado será ratificado &c."

Este contraproyecto fué entregado al Sr. Trist el dia 5 con una nota de nuestros comisionados, documento de la mayor importancia y que no podemos dejar de consignar en estos apuntes; dice así:

"A S. E. el Sr. D. Nicolas Trist, comisionado con plenos poderes por el gobierno de los Estados–Unidos cerca del gobierno de la República Mexicana.—Casa de Alfaro en la calzada de Chapultepec, Septiembre 6 de 1847.—Los infrasquitos comisionados por el gobierno de la República Mexicana para concertar con V. E. un ajuste de paz, al poner en sus manos el contra–proyecto que han formado con arreglo á las últimas instrucciones de su gobierno; estiman oportuno acompañarlo de las observaciones que contiene esta nota, las cuales servirán para poner mas en claro las pacíficas disposiciones de México en la contienda que desgraciadamente divide ámbos paises.—El art. 4.º del proyecto que V. E. se sirvió entregarnos la tarde del 27 de Agosto próximo pasado, y sobre el cual han rodado nuestras conferencias posteriores, importa la cesion por parte de México:—1.º del Estado de Téjas.—2.º del territorio fuera de los límites de dicho Estado, que corre á la orilla izquierda del Bravo, hasta la frontera meridional de Nuevo–México.—3.º de todo Nuevo–México.—4.º de las Californias.

La guerra que hoy existe se ha empeñado únicamente por razon del territorio del Estado de Téjas, sobre el cual la República de Norte–América presenta como título la acta del mismo Estado en que se agregó á la confederacion norte–americana, despues de haber proclamado su independencia de México.—Prestándose la República Mexicana (como hemos manifestado á V. E. que se presta) á consentir, mediante la debida indemnizacion, en las pretensiones del gobierno de Washington sobre el territorio de Téjas, ha desaparecido la causa de la guerra, y ésta debe cesar, puesto que falta todo título para continuarla. Sobre los demas territorios comprendidos en el art. 4.º del proyecto de V. E., ningun derecho se ha alegado hasta ahora por la República de Norte–América, ni creemos posible que se alegue alguno. Ella, pues, no podria adquirirlos sino por título de conquista, ó por el que resultara de la cesion y venta que ahora le hiciese México. Mas como estamos persuadidos de que la república de Washington no solo repelerá absolutamente, sino que tendrá en odio el prime-

ro de estos títulos, y como por otra parte fuera cosa nueva y contraria á toda idea de justicia el que se hiciese guerra á un pueblo por sola la razon de negarse él á vender el territorio que un vecino suyo pretende comprarle; nosotros esperamos de la justicia del gobierno y pueblo de Norte-América, que las ámplias modificaciones que tenemos que proponer á las cesiones de territorio (fuera del del Estado de Téjas) que se pretende en el citado art. 4. °, no será motivo para que se insista en una guerra que el digno general de las tropas norte-americanas, justamente ha calificado ya de *desnaturalizada.*

En nuestras conferencias hemos hecho presente á V. E., que México no puede ceder la zona que queda entre la márgen izquierda del Bravo y la derecha del Nueces. La razon que para esto se tiene, no es solo la plena certeza de que tal territorio jamas ha pertenecido al Estado de Téjas, ni tampoco el que se haga de él grande estima, considerado en sí mismo. Es que esa zona, con el Bravo á su espalda, forma la frontera natural de México, tanto en el órden militar como en el de comercio; y de ningun pueblo debe pretenderse, ni puede ningun pueblo, consentir en abandonar su frontera. Mas para alejar todo motivo de duda en el porvenir, el gobierno de México se compromete á no fundar nuevas poblaciones, ni establecer colonias en el espacio intermedio entre los dos rios; de modo que conservándose en el estado de despoblacion en que hoy se halla, preste igual seguridad á ámbas repúblicas. La conservacion de este territorio es, segun nuestras instrucciones, una condicion *sine qua non* de la paz. —Sentimientos de honor y delicadeza (que el noble carácter de V. E. sabrá estimar dignamente) mas todavía que un cálculo de interes, impiden á nuestro gobierno consentir en la desmembracion de Nuevo-México. Sobre este punto creemos superfluo agregar nada á lo que de palabra hemos tenido la honra de esponerle en nuestras conferencias.

La cesion de la Baja California, poco provechosa para la república de Norte-América, ofrece grandes embarazos á México, considerada la posicion de esa península frente á nuestras costas de Sonora, de las cuales la separa el estrecho golfo de Cortes. V. E. ha dado todo su valor á nuestras observaciones en esta parte, y con satisfaccion le hemos visto ceder á ellas.—Bastaria el hecho de conservar México la Baja California, para que le fuese indispensable guardar una parte de la Alta, pues de otra manera aquella península quedaria sin comunicacion por tierra con el resto de la República; lo cual es siempre de grande embarazo, especialmente para una potencia no marítima como México. La cesion que por nuestro gobierno se ofrece (mediante la debida compensacion) de la parte de la Alta California que corre desde el grado 37 arriba, no solo proporciona á los Estados-Unidos la adquisicion de un escelente litoral, de fértiles terrenos, y tal vez de minerales intactos, sino que le presenta la ventaja de continuar por allí sin interrupcion sus posesiones del Oregon. La sa-

biduría del gobierno de Washington y la loable aplicacion del pueblo americano, sobrán sacar ópimos frutos de la importante adquisicion que ahora le ofrecemos.

En el art. 8.° del proyecto de V. E. se pretende la concesion de un paso libre por el Itsmo de Tehuantepec para el mar del Sur, en favor de los ciudadanos norte-americanos. Verbalmente hemos manifestado á V. E. que hace algunos años está otorgado por el gobierno de la República á un empresario particular, un privilegio sobre esta materia, el cual fué luego enagenado con autorizacion del mismo gobierno á súbditos ingleses, de cuyos derechos no puede disponer México. V. E., pues, no estrañará que en este punto no accedamos á los deseos de su gobierno.

Hemos entrado en esta sencilla esplicacion de los motivos que tiene la República para no prestarse á enagenar todo el territorio que se le pide fuera del Estado de Téjas, porque deseamos que el gobierno y pueblo norte-americanos se persuadan de que nuestra negativa parcial no procede de sentimientos de aversion, engendrados por los antecedentes de esta guerra, ó por lo que en ella se ha hecho padecer á México, sino que descansa en consideraciones dictadas por la razon y la justicia, que obrarian en todo tiempo respecto del pueblo mas amigo y en medio de las relaciones de mas estrecha amistad.—Las demas alteraciones que hallará V. E. en nuestro contraproyecto, son de menor momento, y creemos que no habrá contra ellas objecion importante. De la que se contiene en el art. 12, se ha hablado ántes de ahora en el pais de V E.; y nosotros nos lisongeamos de que la lealtad de su gobierno no rehúsará contraer un empeño tan conforme á la honradez, y á la buena armonía en que deben vivir los pueblos vecinos.

La paz entre ámbos paises quedará mas sólidamente establecida, si una potencia amiga (la Inglaterra) que tan noblemente ha ofrecido sus buenos oficios á México y los Estados-Unidos en la presente contienda, se prestara ahora á otorgar su garantía para la fiel guarda del tratado que se ajuste. El gobierno de México entiende que seria muy conveniente solicitar esa garantía.

Nos ordenó nuestro gobierno recomendar á V. E., que su resolucion sobre el contraproyecto, que tenemos el honor de presentarle, se sirva comunicarla dentro de tres dias.

La obra buena y saludable de la paz no podrá, en nuestro juicio, llevarse á feliz término, si cada una de las partes contendientes no se resuelve á abandonar algunas de sus pretensiones originales. Siempre ha sucedido esto, y las naciones todas no han dudado en tales casos hacer grandes sacrificios por apagar la llama asoladora de la guerra. México y los Estados-Unidos tienen razones especiales para obrar así. No sin rubor debemos confesar que estamos dando á la humanidad el escándalo de dos pueblos cristianos, de dos repúbli-

cas al frente de todas las monarquías, que se hacen mutuamente todo el mal que pueden por disputas de límites, cuando nos sobra tierra que poblar y cultivar en el hermoso hemisferio en que nos hizo nacer la Providencia. Nosotros nos atrevemos á recomendar estas consideraciones á V. E., ántes de que tome una resolucion definitiva sobre nuestras proposiciones.—Nos honramos en ofrecerle con este motivo toda nuestra atencion y respeto.—*José J. de Herrera.—Bernardo Couto.—Ignacio Mora y Villamil.—Miguel Atristain.*"

El Sr. Trist recibió este documento, y sin mas discusion, ofreció contestar al dia siguiente (7 de Septiembre), pero no fué así. En otro capítulo se verá hasta cuando se recibió por el gobierno mexicano la dicha contestacion.

Así, pues, la nota que hemos insertado, puso término á las negociaciones diplomáticas de la casa de Alfaro: si ellas no dieron un resultado favorable, la posteridad sabrá á quién debe culpar.

Durante estas negociaciones hubo tres acontecimientos que juzgamos indispensable referir, aunque ligeramente, ántes de hablar del rompimiento de hostilidades.

Uno, es el comportamiento del representante del rey de Prusia, quien tan luego como se firmó el armisticio, se dirigió al gobierno, manifestándole el interes que le inspiraba nuestra desgraciada República, así como los cordiales deseos que lo animaban porque se celebrase la paz, y ofreciéndole en caso necesario sus buenos oficios. La conducta noble y generosa de este ministro es digna de la eterna gratitud de los mexicanos.

Los otros dos no son de tan grato recuerdo, pues ellos dan á conocer nuestras desavenencias intestinas, revelando al mundo, que ni aun en los momentos mas aciagos y de mayor conflicto para la patria, cuando todos los mexicanos deberiamos habernos presentado unidos para sostener nuestros sacrosantos derechos, supimos deponer nuestros resentimientos ni refrenar nuestras pasiones: hablamos de la acre correspondencia habida entre el gobernador del Estado de México y el ministro de relaciones, á consecuencia de los sucesos de Padierna, y de la esposicion del diputado Gamboa, acusando como traidor á la patria al presidente de la República: nada queremos hablar sobre esto; pero no podemos ménos de reconocer que la oportunidad para levantar este grito y escitar tales sospechas, fué la ménos á propósito.

El dia 6 recibió el presidente una nota del general Scott, en la que con la mayor altivez decia que el armisticio se habia violado por parte de México; que en consecuencia, aquel ejército tenia derecho para romper las hostilidades sin anunciarlas ántes, pero que concedia el tiempo necesario para una esplicacion, una satisfaccion y una reparacion, si era posible, "pues de lo contrario, decia, declaro aho- „ra mismo formalmente, que si no recibo una satisfaccion comple- „ta de todos estos cargos ántes de las doce del dia de mañana, con- „sidérase el espresado armisticio como terminado despues de aquella hora."

En el mismo dia contestó el presidente, manifestando que por parte de México no se habia violado el armisticio, y que la violacion habia sido de parte del ejército americano. "Silencio habia guarda- "do hasta ahora, dice el general Santa-Anna, por no entorpecer una "negociacion que prestaba esperanzas de terminar una guerra escan- "dalosa, y que V. E. ha caracterizado con el nombre de desnatu- "ralizada tan justamente. Mas no insistiré en ofrecer apologías, "porque no se me oculta que la verdadera, la indisimulable causa de "las amenazas de rompimiento de hostilidades, que contiene la no- "ta de V. E., es que no me he prestado á suscribir un tratado que "menoscabaria considerablemente, no solo el territorio de la Repú- "blica, sino tambien esa dignidad y decoro que las naciones defien- "den á todo trance. Y si estas consideraciones no tienen igual pe- "so en el ánimo de V. E., suya será la responsabilidad ante el mun- "do, que bien penetra de parte de quién está la moderacion y la justicia."

Desde este momento comenzaron de nuevo los preparativos de guerra: sonó la campana de rebato, y por todas partes no se oía mas que el ruido de las armas. Las escenas que siguieron fueron de sangre y horror: su terrible recuerdo pasará hasta nuestra mas remota posteridad, y acaso harán que nunca reine una verdadera paz entre México y los Estados-Unidos.

Victor Hugo califica como un escelente compendio de la historia de Francia, las siguientes palabras del sencillo é inteligente Felipe de Commines: "Dios no ha creado cosa alguna en este mundo, ni hom- "bres, ni bestias, á la que no le haya hecho su contraria, para obligar-

"la al temor y la humildad. Por eso hizo vecinas á la Francia y á "la Inglaterra."

Con mas razon aun nosotros podriamos decir, que nuestra historia está escrita con solo decir que México y los Estados-Unidos son vecinos. A lo ménos, la Francia y la Inglaterra están separadas por el canal de la Mancha: entre nuestra nacion y la vecina no existe otro lindero que una simple línea matemática!.... ¡Dios salve á la República!!....





EL C.ne LUCAS BALDERAS

Cor.l del B.n de Artilleria de Mina.



GENERAL LEON.

CAPITULO XXI.

EL MOLINO DEL REY.

Las negociaciones diplomáticas de que hemos procurado dar una idea á nuestros lectores en el capítulo precedente, han interrumpido, por decirlo así, la dolorosa narracion que nos hemos visto obligados á hacer de la continuada série de desgracias, que harán que estos tiempos sean de perdurable memoria.

Preciso es volver á conducir al lector á las batallas. La triste mision de la historia es vagar particularmente por los campos ensangrentados, entre las nubes del humo de los combates y el estruendo de los cañones.

El general Scott en el parte oficial que dió al gobierno de los Estados-Unidos, asienta que el armisticio fué roto por parte del general Santa-Anna, mandando hacer en la ciudad y sus inmediaciones obras de fortificacion. Nosotros, como el gobierno de la época, creemos que por parte de los americanos no se guardó la buena fe debida, y que enorgullecidos con sus triunfos, y no queriendo desperdiciar la oportunidad que se les presentaba de acabar, como ellos decian, la conquista de los palacios de los Moctezumas, se preparaban al ataque, eligiendo aquel punto que ofrecia mas dificultades y resistencia, porque una vez vencido, la ciudad caia naturalmente en su poder.

Los datos oficiales presentados á las cámaras de los Estados-Unidos, nos dan otra luz. El general Scott, mal informado evidentemente, creyó que en el Molino del Rey, donde se habia establecido una fundicion de cañones, existia considerable material de guerra. La órden núm. 95 del mismo general Scott prevenia espresamente que se asaltasen los edificios del Molino del Rey y Casa-Mata, se destruyera todo el material de guerra que se encontrara, y concluida esta operacion, regresaran las tropas á sus cuarteles de Tacubaya. Parece que este plan desagradó al general Worth; pero tuvo al fin que obedecer.

Sentados estos ligeros antecedentes, el lector nos acompañará, por decirlo así, en los dias 7 y 8 de Septiembre de 1847.

Una vez rotas las negociaciones, el enemigo eligió para el combate un terreno que calificamos los mexicanos de favorable, y donde todavía el patriotismo y el entusiasmo nos hicieron presentir un triunfo.

La ciudad presentaba un aspecto imponente, y se notaba la agitacion febril que precede á los grandes acontecimientos. La campana de la Catedral resonaba como un lúgubre y prolongado gemido: la policía multiplicaba sus providencias, y se notaba el marcado contraste entre aquellos que, patriotas diligentes y activos, cooperaban á que México se defendiera con la heroicidad de Numancia y Zaragoza, y los egoistas ó espantadizos, que se preparaban á huir, desanimando á todos con los mas funestos y sombríos presagios.

En cuanto al general Santa-Anna, altamente indignado de las humillaciones á que los americanos habian tratado de sujetar á la nacion, habia celebrado pocos dias ántes en el Palacio una junta de gefes, en la cual se decidió que la defensa no se limitase al interior de la ciudad, sino que las tropas saldrian á fuera á buscar al enemigo.

Combinada, pues, la resolucion del general americano de destruir la fundicion, con el acuerdo del presidente de la República, debia dar por resultado una batalla, y precisamente una batalla en las lomas de Tacubaya.

Pasemos un momento al terreno.

Al Occidente del cerro de Chapultepec hay un edificio conocido con el nombre del Molino del Rey, dividido en dos secciones por un acueducto. Una seccion del edificio es el molino de harinas conocido

de pocos años á esta parte con el nombre del *Salvador*, y la otra el antiguo molino de pólvora; en la época de que vamos hablando, destinado á la fundicion de cañones. Fuera de estos edificios se halla una era enteramente descubierta. Limitan el conjunto de estas construcciones, que aunque arruinadas, son de tezontle y cantería, al Norte una calzada llamada de Anzures, que quiebra para la conocida con el nombre de la Verónica, y al Sur las paredes de los mismos edificios, que miran á los campos y lomas de Tacubaya.

El vasto edificio que hemos descrito, tiene el frente medio hundido en una quiebra del terreno, que vulgarmente se conoce con el nombre de las Lomas del Rey, y es mas bien una estensa mesa con muy pocas desigualdades, circundada de colinas poco elevadas, que en último término dejan ver una parte de la pintoresca cordillera que rodea el valle de México.

Al Noroeste de los molinos hay otro edificio aislado, que se destinaba á depositar la pólvora, y se llama Casa-Mata.—Es de tezontle y cal, de forma cuadrada, y rodeado de un pequeño foso y de algunas obras de fortificacion defectuosa, que aunque se aumentó en esos dias, presentó muy débil resistencia.

Estos edificios se hallaban protejidos por los fuegos del castillo de Chapultepec, que estaba coronado de cañones.

Veamos cómo se estableció la batalla sobre este terreno.

Se formó una línea oblicua, apoyándose la izquierda en los edificios de los molinos; la derecha en la Casa-Mata, y el centro en una pequeña zanja seca, que ponia á cubierto á la tropa de una parte de los fuegos que pudiera hacer el enemigo.

Las fuerzas que cubrieron esta línea de batalla, segun la órden del 6 al 7 del general Santa-Anna, y de cuya exactitud estamos perfectamente seguros por los diversos informes que hemos adquirido, eran las siguientes:

En los molinos, izquierda de la línea: Brigada del general Leon, compuesta de los batallones de Guardia Nacional Libertad, Union, Querétaro y Mina.—Esta tropa fué reforzada en la mañana del 7 por la brigada del general Rangel.

En la Casa-Mata, derecha de la línea: El 4.° ligero y 11.° de línea, que formaban parte de la brigada del general graduado D. Francisco Perez.

En el terreno intermedio entre los molinos y Casa–Mata, centro de la línea: La brigada del general Ramirez, compuesta de los batallones 2.º ligero, Fijo de México, y 1.º y 2.º de línea, con seis piezas de artillería.

La reserva, compuesta de los batallones 1.º y 3.º ligeros, en el bosque de Chapultepec.

La fuerza que habia de decidir por nosotros la batalla, era la caballería, compuesta de cuatro mil hombres.

Se situó esta fuerza, al mando del general Alvarez, en la hacienda de los Morales, á ménos de una legua de distancia de Chapultepec. En la tarde del mismo dia 7, el general Santa–Anna ordenó, que la caballería se situase á tiro de fusil de la Casa–Mata, con las instrucciones necesarias para que obrara con decision rompiendo el flanco izquierdo del enemigo. El terreno, si no era absolutamente plano, sí al ménos bastante apropósito para ejecutar un rompimiento con éxito.

El mismo general Santa–Anna colocó en persona estas fuerzas, con la tranquilidad y confianza de quien espera un triunfo con una fe ciega. Respecto del general Alvarez, fué minucioso en sus instrucciones, pues hasta le marcó el terreno por donde debia desfilar. Como un hecho sentamos, que en lo general estas disposiciones fueron, no solo aplaudidas, sino calificadas de buenas y acertadas. Debe añadirse á esto, la armonía que reinaba entre la tropa de línea y la Guardia Nacional, y el entusiasmo de todos los defensores de la capital, que se manifestó de una manera notable cuando se divisó una columna enemiga en el camino que conduce de Tacubaya á las lomas.— Era tanto el órden y la confianza que reinaba en nuestra línea, que el comandante del 3.º ligero de infantería señaló frente de sus soldados la distancia de un tiro de fusil, ordenando, que hasta que el enemigo no llegara á ese punto, no se rompiera el fuego.

En la tarde, el campamento era un paseo. El general Santa–Anna, rodeado de sus ayudantes, recorrió todos los puntos de la batalla, recibiendo aplausos.

Hasta aquí no puede notarse una sola medida que no hubiese sido acertada: en lo de adelante, el lector, solo por la simple y verídica narracion de los hechos, conocerá los errores que se cometieron.

Al anochecer del dia 7 esta línea de batalla tan admirablemente

formada, se desbarató en parte. El general Santa-Anna ordenó que varios cuerpos de la derecha, centro é izquierda, pernoctasen en diversos puntos.

En la Casa-Mata permanecieron dos cuerpos, el 4.° y el 11.° —De la brigada del general Rangel, una parte se situó en la casa de Alfaro (calzada de México á Chapultepec) y otra entró en la capital.—El 3.° ligero durmió en Chapultepec.

Las seis piezas de artillería del centro de la línea que se colocaron en un magueyal frente á la casa del molino, quedaron durante la noche absolutamente sin custodia, á pesar de las activas diligencias é instancias del general Carrera, que estaba persuadido de la entidad y consecuencias de tamaña falta, ó de tan inconcebible descuido.

Ya se conoce perfectamente, que la línea de batalla en la noche no era igual á la que existia par la tarde.

Nos ocuparémos ahora del ejército americano. El general Scott habia establecido su cuartel general en Tacubaya, y allí fué donde dió la órden, núm. 95, que hemos mencionado al principio, por la cual prevenia se atacasen las posiciones del Molino y Casa-Mata: esto lo rectificamos, porque aun hemos oido decir á muchos, que esta batalla no fué originada sino por un reconocimiento que el enemigo intentó hacer de Chapultepec.

La brigada al mando del general Worth, á quien fué encomendada esta funcion de guerra, fué reforzada por tres compañías de dragones, fuertes de doscientos setenta hombres; por dos piezas de artillería ligeras; por dos de sitio de á veinticuatro, y por la brigada del general Cadwalader, compuesta de setecientos ochenta hombres.—La fuerza total con que los enemigos emprendieron el ataque, fué de tres mil quinientos infantes, ocho piezas de artillería y trescientos caballos.

Así, miéntras los americanos habian aumentado sus fuerzas para formar su línea de batalla, la nuestra se habia debilitado considerablemente.

El dia 7 se limitaron los americanos á un reconocimiento que practicó el capitan de ingenieros Mason, con veinte dragones.

El 8, á las tres de la mañana, colocaron sus fuerzas y artillería en el órden s

Dos piezas de á veinticuatro, al mando del capitan Huger, en un punto elevado del terreno, batiendo nuestro flanco izquierdo á una distancia de quinientas varas de los molinos.—Esta batería dominaba completamente la posicion, y arrasaba la era de que hemos hablado, situada fuera de los edificios.

Dos piezas de campaña fueron colocadas en otra pequeña altura, que dominaba el camino real de Tacubaya á Chapultepec, y al mismo tiempo ofendia á los molinos.

La batería de seis piezas, al mando del coronel Duncan, se colocó sobre la llanura al frente de la Casa-Mata y en disposicion de ofender, ya á los molinos, ya á la Casa-Mata, ya á nuestra caballería, que los amagaba por el flanco. A poca distancia de esta línea estaba la reserva, dispuesta á acudir donde la necesidad lo exigiera.

Examinado el terreno, colocadas las dos fuerzas beligerantes en sus respectivas posiciones, la batalla debia comenzar.

Así sucedió en efecto. Al rayar la aurora del dia 8, la batería enemiga de á veinticuatro rompió el fuego sobre el molino, y la artillería de Chapultepec contestó.

Los enemigos dispusieron una columna de asalto, compuesta de cosa de mil hombres, y protejida de la batería de á veinticuatro, avanzó á paso de carga.—A esta columna la seguia á poca distancia el batallon de infantería ligera, al mando del coronel Smith, y ámbas fuerzas, con decision y firmeza, marchaban hácia el frente de los molinos.

La tropa perteneciente á la brigada del general Leon, estaba distribuida en las azoteas y en el acueducto. Luego que los americanos estuvieron á buena distancia, se les rompió por nuestras fuerzas un vivo fuego de fusilería.

Mas como hemos asentado, mucha parte de las tropas que cubrian nuestra línea no se hallaban en ella, y la artillería no tenia fuerza que la sostuviera: la columna de asalto llega hasta el punto donde estaba la batería que hemos dicho, y era un magueyal situado frente de los molinos. Se apoderó de tres de nuestras piezas, prorumpió en hurras por su fácil victoria, y se retiraba en tropel con sus trofeos, sin duda para embestir de nuevo, pues como hemos dicho, tenian la órden de tomar á viva fuerza las posiciones.

Las baterías del castillo de Chapultepec seguian jugando con acier-

to sobre la primera línea de batalla de los enemigos, que ya hemos descrito.

El 3.er regimiento ligero, mandado por el coronel D. Miguel Echagaray, que segun recordará el lector, se situó en la noche en Chapultepec, sin que nosotros háyamos alcanzado las razones por qué se dictó semejante órden, apareció en los molinos en el momento en que los enemigos se acababan de apoderar de nuestras piezas.

Echagaray, valiente, patriota, deseoso de distinguirse, arenga á sus soldados, los anima, les da ejemplo, y la columna victoriosa con mas de ochocientos hombres, se encuentra acometida repentinamente por quinientos de esa buena infantería mexicana, que cuando ha sido conducida al combate por oficiales de pundonor y conciencia militar, ha merecido grandes elogios de los mismos enemigos.

La columna americana, turbada un momento con este ataque, se retira precipitadamente. El 3.º ligero la persigue haciéndole un vivo fuego. Los enemigos abandonan las piezas: nuestros soldados entusiasmados dejan la artillería reconquistada en medio de las lomas, y continúan haciendo un estrago horroroso en los asaltantes, y llegan precisamente hasta tiro de fusil de la línea de batalla enemiga.

Pero esta tropa, que tán brillante comportamiento habia tenido, se encuentra sin apoyo. La ala derecha batida por la artillería de Duncan y amagada por una formidable columna, no puede prestar ningun auxilio; la fuerza de reserva no aparece en el campo de batalla, y la numerosa caballería, fria espectadora del conflicto, intenta, pero no verifica, movimiento alguno sobre el enemigo. El general D. Simeon Ramirez, que mandaba el centro de la línea, y que debia haber auxiliado con sus fuerzas, ya á la izquierda, ya á la derecha, supuesto que no era atacado, aparece un momento en los molinos, pero abandona el campo de batalla, y no se le vuelve á ver mas en esta importante funcion de armas, que podia muy bien haber decidido en favor de la República. D. Cárlos Brito, otro gefe cuya posicion y mando en la batalla eran importantes, va á resultar en la villa de Guadalupe, sin que sepamos el motivo. Echagaray, que conservaba bastante sangre fria para calcular los acontecimientos, se ve comprometido á una gran distancia de nuestras posiciones: rodeado de numerosas fuerzas enemigas, cesa de perseguir á la columna, y se retira recogiendo las pie-

zas de artillería, y la tropa multitud de despojos; circunstancia que unida á este momentáneo triunfo, embriagó materialmente de júbilo á estos buenos soldados, que limpiaban sus armas con orgullo; y entre la nube de humo que se levantaba lentamente de estos risueños campos, se elevaban tambien los gritos de entusiasmo y de rogocijo, repetidos por las tropas que guarnecian la Casa-Mata.

No olvidemos añadir, que al retirarse el 3.º ligero, perdió alguna gente por la mala puntería de los soldados que guarnecian el acueducto.—El lector, á quien queremos poner al alcance aun de los sucesos mas minuciosos, notará que esta funcion de armas se puede decir que fué positivamente casual, y no intervino el mando y las órdenes de un general en gefe, ni la combinacion que deben naturalmente tener unos puntos con otros en un campo de batalla.

Este primer suceso varió las disposiciones de los americanos, y su línea de batalla tomó una segunda posicion.

Reforzados nuevamente, organizaron sus fuerzas de la manera siguiente.

Una columna, aumentada con la reserva de la brigada del general Cadwallader, se dirigió de nuevo sobre los molinos.

Otra, sobre el frente de la Casa-Mata.

Y la tercera, tomando una línea diagonal al Norte para atacar un ángulo de la misma Casa-Mata.

La batería de cuatro piezas de Duncan fué avanzada, colocándose en la prolongacion de la capital del ángulo, es decir, tambien en direccion diagonal de la Casa-Mata, y en disposicion de hacer fuego á la caballería.

Las compañías de dragones fueron enviadas contra nuestra caballería, y dos piezas ligeras avanzaron para batir el acueducto.

Entre tanto, nuestras fuerzas habian ocupado de nuevo sus posiciones; pero ni estaba por esto mas reforzada que ántes nuestra línea, ni la reserva se hallaba lista para auxiliar el punto mas atacado, y la caballería, vacilante, no se decidia á cooperar al buen éxito de la segunda lucha, como tampoco lo habia hecho en el acontecimiento anterior de que nos hemos ocupado.

Las baterías de ámbas partes no habian dejado de jugar; pero el ruido de la fusilería cesó un momento, y al disiparse el humo, dejaba

ver las columnas enemigas que con decision avanzaban de nuevo sobre los molinos y Casa–Mata, en el órden que hemos descrito.

La batalla comenzó segunda vez, y á pesar de lo desventajosa que era ya nuestra línea, no se notó en toda la infantería, ya de Guardia Nacional, ya de línea, sino el entusiasmo mas ardiente, el deseo mas vivo de combatir.

La columna que asaltaba los molinos, como en la vez primera, fué recibida por un horrible fuego de fusilería.

Las tropas estaban colocadas en el acueducto y en las azoteas: ademas, en la era permanecian algunas fuerzas del tercero ligero, con una pieza de artillería; y detras de una pequeña zanja, en cuya orilla todavía existen plantados algunos magueyes, colocó el coronel Echagaray unos tiradores, que ofendian considerablemente al enemigo.

Los americanos volvieron en esta vez, si no á retirarse, al ménos á vacilar en su tentativa.

La segunda columna, al mando del coronel Mac–Intosh, protegida como hemos asentado, por la batería de Duncan, avanzó resueltamente á la Casa–Mata.

Las tropas mexicanas que la guarnecian, no pueden contener su entusiasmo; saltan de los parapetos, forman su línea, avanzan sobre el enemigo valientemente, comenzándole á hacer fuego cuando estaba á distancia de veinticinco varas. El gefe y los principales oficiales americanos, que conducian esta columna de asalto, caen heridos ó muertos: los soldados quedan momentáneamente sin gefe, y agobiados con las descargas de fusilería, huyen precipitadamente, y solo van á reunirse al punto donde estaba situada la batería del coronel Duncan.

La tercera columna, inclinada hácia una barranca que dividia el terreno de la accion, del que ocupaban nuestros cuatro mil hombres de caballería, aparecia inmóvil, pero imponente.

Los americanos rechazados de la Casa–Mata, vuelven de nuevo á organizarse: la columna que habia estado inmóvil, se mueve, y considerables fuerzas cargan de nuevo sobre la Casa–Mata.

La batalla se hace general. El estruendo de la artillería y fusile-

ría se asemeja á la esplosion de un volcan, y el humo envuelve á los combatientes.

Durante estos momentos, y nos vemos precisados á decirlo porque á ello nos obliga la verdad histórica, se habian enviado al general Alvarez, con la órden terminante de que ejecutara violentamente la carga, al capitan Schafino, al licenciado D. Juan José Baz y al coronel Ramiro. El general Alvarez se escusaba, diciendo que algunos de los gefes no querian obedecer. Otros de esos gefes disputaban en aquellos momentos que no era á propósito el terreno, y que no habia por donde pasar.—Sea de esto lo que fuere, el caso es que la caballería, léjos de pasar por el lugar que habia demarcado el general Santa–Anna, cambió de direccion, intentando buscar el paso por otro punto casi inaccesible. Una de las piezas de á 24 del capitan Huger contuvo el segundo intento de la caballería, como las dos piezas de la batería de Duncan habian contenido el primero.—Es menester añadir, que el mayor Sumner, á la cabeza de doscientos setenta dragones, pasó precisamente al encuentro de nuestra caballería, por el lugar que el general Santa–Anna habia indicado como punto accesible, y que ésta no destruyó como debia, á la débil fuerza que le ofrecia una batalla.—El coronel de Mina, D. Lúcas Balderas, habia sido herido en un pié al principio de la accion; pero entusiasta y pundonoroso como Echagaray, no quiso retirarse, y apareció á la cabeza de su batallon en el momento en que los americanos hacian un tercero y formidable esfuerzo para vencer la posicion de los molinos. Atento Balderas á sus soldados, se adelantó quizá temerariamente, y cayó atravesado de una bala. La guerra nos arrebató uno de los mejores ciudadanos, uno de los militares mas valientes, uno de los hombres mas honrados; pero murió rodeado de todo el prestigio del valor y de la gloria.

El general Leon, mudo, sereno, indiferente, se paseaba en medio de una lluvia de balas, y sin retroceder un paso de su puesto, recibió una grave herida de que sucumbió, terminando su carrera, como Balderas, de una manera gloriosa, y dejando una memoria grata á los mexicanos.

Echagaray, el valiente coronel que hemos visto rechazar el primer ataque, y rescatar nuestras piezas de artillería, y el oficial de ingenieros Colombres, hacian en los molinos esfuerzos dignos de que los

hubiera coronado la victoria. Se hallaban tambien allí, animando á los soldados y prestando útiles servicios, el general D. Matías Peña y el coronel Cano.

El valiente capitan Mendez, del 3.º ligero, ayudado del teniente Martinez, continuaban en la era haciendo un fuego terrible con la pieza de artillería, hasta que sucumbió el primero, y una parte de su fuerza fué arrebatada por la batería que hemos dicho habian acercado al acueducto.

Los soldados de Mina, valerosos, entusiastas hasta un grado infinito, y guiados por sus gefes Aleman, Diaz y otros, hacian esfuerzos desesperados con muy buen éxito.

En medio de esta lucha encarnizada, los enemigos llegaron á la puerta del Molino. Desalojados todos los tiradores que estaban en el acueducto, una parte de las fuerzas enemigas pasaron del otro lado de la cerca, y al abrigo de las milpas penetraron por detras de los edificios, teniendo que romper una puerta y sostener aun otra lucha contra algunos soldados que la defendieron.

El elogio mayor que se puede hacer de esta funcion de guerra, es referirse á los documentos de los enemigos, en que asientan, que de catorce oficiales que conducian la columna de asalto, quedaron fuera de combate once.

En cuanto al centro, aunque calculado de mas débil por los americanos, no fué el objeto de sus mas fuertes ataques.

El coronel Echagaray en el último estremo reunió la fuerza que habia quedado en pié y emprendió su retirada.

Los soldados de Mina se retiraron igualmente por las milpas hácia el bosque sin dejar de hacer fuego: la demas fuerza que defendia las azoteas, rodeada por frente y retaguardia, cayó prisionera.—El coronel Tenorio cumplió hasta el último estremo con los deberes de un militar de honor, y herido gravemente, fué hecho tambien prisionero. Suazo, oficial de Mina, casi moribundo salvó la bandera de su batallon, enredándosela en la cintura y presentándola despues á los que habian escapado del desastre, cubierta con la sangre de sus heridas.

La posicion de los molinos cayó finalmente en poder del enemigo, nuestra línea rota, no sin que esta parte del campo hubiese quedado cubierta de los cadáveres de los soldados americanos, y perecido la flor de su oficialidad.

Una vez esta parte de la batalla forzada, establecieron una batería frente de las casas de los molinos, y en union de nuestras piezas, que habian caido en su poder, dirigieron sus fuegos á la Casa-Mata, cuyos defensores habian sabido sostener admirablemente el punto.

Las columnas enemigas rodearon esta segunda posicion, atacándola con todo esfuerzo. Con el mismo fueron recibidos por nuestras tropas que guarnecian las azoteas y parapetos, de manera que fué una lucha, se puede decir, cuerpo á cuerpo, y en este particular, como mayor elogio, debemos referirnos tambien á los documentos oficiales de los mismos enemigos, que asientan que línea á línea tuvieron que conquistar el terreno. En estos momentos murió valientemente el recomendable coronel D. Gregorio Gelaty.

Sin que ocurriera la reserva, sin que la caballería, á pesar del clamor general de todos los lejanos espectadores, ejecutara su carga, dispersas las tropas del centro, y forzada absolutamente la ala izquierda de la línea, y atacada por el frente y flancos por la artillería, la Casa-Mata cayó en poder del enemigo, y el general Perez, que la defendió con honor, efectuó igualmente su retirada por las milpas situadas detras del edificio, y logrando llegar á la calzada de la Verónica.

Nuestros lectores habrán estrañado el que no mencionemos en todo este conflicto al general Santa-Anna. Es porque despues de haber formado el dia 7 su magnífica línea, y de haberla casi destruido en la noche del mismo 7, se retiró á dormir á Palacio, y al amanecer marchó á la garita de la Candelaria, punto que creyó deberia ser atacado. La accion, pues, del Molino del Rey careció de general en gefe, y se redujo á los esfuerzos aislados de los que tuvieron bastante honor y patriotismo para cumplir con su deber, y que se vieron abandonados de los gefes de que hemos hablado, de la numerosa caballería, y sin esperanza de ser auxiliados, ni de obtener una victoria.

En la garita de la Candelaria se observó el fuego de cañon, que como hemos dicho, comenzó al rayar el dia. El general Santa-Anna se dirigió al lugar del combate, á la cabeza del primer regimiento ligero; pero no llegó sino hasta cosa de las nueve y media de la mañana, hora en que la derrota estaba consumada y era imposible reparar los desastres. En la calzada de Anzures encontró el general Santa-Anna al coronel Echagaray, que se retiraba, conduciendo con mil esfuerzos dos piezas de la batería tan tenazmente disputada.

Se intentó resistir al enemigo que continuaba su avance; pero siendo ya imposible, se abandonaron las piezas, y las tropas se retiraron á Chapultepec.

Las baterías del cerro habian continuado haciendo fuego con mucho acierto, sobre las posiciones que habian ocupado los enemigos. Una bomba cayó en la Casa-Mata, y voló el repuesto de pólvora que habia en ella, pereciendo el teniente americano de ingenieros Amstrong.

Algunas fracciones de las columnas de asalto enemigas intentaron penetrar en el bosque; pero fueron contenidas por los batallones de San Blas y Querétaro, y este último, todavía lleno de entusiasmo, obró oportunamente con muy buen éxito, pues el enemigo desistió de su intento.

Los americanos recogieron sus heridos y oficiales muertos, y se retiraron á su cuartel general de Tacubaya. Segun sus partes oficiales, perdieron cerca de ochocientos hombres.

Supuesto que los enemigos forzaron nuestras posiciones y ocuparon nuestro campo, en el lenguage militar no puede dársele á esta funcion de armas mas nombre que el de derrota; pero nosotros juzgamos que es una de las derrotas que nos honran, una de las mas señaladas y sangrientas batallas de toda esta guerra, y en la cual los soldados mexicanos dieron un evidente testimonio de su valor y entusiasmo.

Los americanos asientan, que esa accion la mandó el general Santa-Anna en persona, y que combatieron catorce mil hombres por nuestra parte. Lo que hemos referido es la simple y sencilla verdad de los hechos. El lector podrá deducir las consecuencias, y conocer evidentemente las causas que ocasionaron este nuevo y sensible desastre.



CAPITULO XXII.

Asalto del castillo de Chapultepec—Combates en las garitas—Junta de guerra en la Cindadela.

En el capítulo anterior dejamos á las tropas mexicanas que escaparon de la muerte en la accion del Molino del Rey, colocadas ya bajo el abrigo de los fuegos de Chapultepec, y á los enemigos posesionados del campo de batalla.—Esta situacion duró poco tiempo.—Los americanos recogieron sus heridos y enterraron sus muertos, permaneciendo, entre tanto duraba esta operacion, acampadas una parte de sus fuerzas en las lomas inmediatas, en una actitud amenazadora. Al fin volvieron á entrar en sus cuarteles de Tacubaya.

En concepto de muchos de los gefes enemigos, la accion del Molino del Rey fué una de las mas costosas é inútiles para el plan y objeto de los invasores, pues perdieron, como se ha visto, cerca de ochocientos hombres y sus mejores oficiales, sin haber encontrado esa cantidad inmensa de materiales de guerra, que ellos creian encerrados en los edificios, y que tambien suponian ser un recurso inagotable para la defensa de la capital.—Los generales Scott y Worth, despues de la batalla tuvieron, una agria desavenencia, que mas tarde ocasionó que el primero privara del mando á Worth, y éste lo acusara al gobierno de los Estados-Unidos.

Mas cualquiera que fuese el éxito de tal suceso con relacion al enemigo, no cabe la menor duda que para nosotros fué una gran desgracia. La muerte del coronel Balderas y las balas del combate destruyeron casi totalmente á uno de los mejores y mas valientes cuerpos de Guardia Nacional: una de las piezas de grueso calibre de Chapultepec se reventó. La batería de campaña se perdió, en union de alguna cantidad de parque; las posiciones, una vez destruidas, no podian servir para una segunda defensa, y la moral, dígase lo que se quiera, padeció mucho, pues casi toda la poblacion se convenció de que esa formidable masa de cuatro mil caballos de poco ó nada serviria, si no era dirigida por gefes espertos y que supieran aprovechar la buena disposicion y entusiasmo de los soldados.

Todas estas circunstancias, cuando hay abundancia de dinero, repuestos de artillería y municiones, gefes esperimentados y valientes á quienes emplear, casi son insignificantes; pero cuando todo es limitado y ademas el enemigo está encima, no puede ménos sino de influir poderosamente en el resultado de las subsecuentes operaciones. Con todo, creemos que en este punto, y conociendo nosotros mejor la posicion en que nos hallábamos, los americanos creian bien, es decir, que el apoderarse de unas cuantas piezas de artillería y de unas posiciones que no podian sostenerse, no valia la pena de perder ochocientos hombres, teniendo forzosa necesidad en seguida de retirarse á sus cuarteles. Esta indicacion la hacemos, porque pasado algun tiempo podrá servir para que científicamente se escriba la crítica de las operaciones de esta guerra; crítica que no dejará de colocar al general Scott en el rango de un muy mediano capitan, y de analizar los pomposos partes de los gefes enemigos, que refieren con mucha seriedad, que mil soldados americanos han vencido en la mayor parte de las batallas á seis ó siete mil mexicanos.—En este punto nosotros hemos querido conservar una severa imparcialidad, mortificando en la mayor parte de las ocasiones nuestro amor propio nacional.

Luego que, como hemos espresado, los enemigos se retiraron de nuevo á sus cuarteles de Tacubaya, se hizo por nuestras fuerzas un reconocimiento del campo, y se volvieron á ocupar momentáneamente las posiciones, sin intencion alguna de volverlas á fortificar y defender.

El lector, que se ha enterado de los hechos que hemos procurado poner delante de sus ojos de la mejor manera posible, se asombrará al saber que el general Santa-Anna publicó una proclama, asentando que se habia obtenido un triunfo completo sobre los enemigos, y que él en persona habia conducido al combate á las tropas de la República.—Estas proclamas, acompañadas de comunicaciones análogas del ministerio, se enviaron por estraordinarios violentos en todas direcciones, de modo que las autoridades de toda la nacion creyeron, y acaso creerán muchos hasta hoy, que se obtuvo una victoria en el Molino del Rey. La verdad histórica nos pone en el preciso deber de destruir estas ilusiones, si es que todavía existen. Para solemnizar la victoria que el gobierno decia haberse alcanzado sobre los enemigos en el Molino, se repicaron las campanas de todas las iglesias, y se tocaron dianas en los cuarteles.

No podemos decir hasta qué punto sea conveniente y provechoso para conservar la moral de las poblaciones y de la tropa, el ocultar los desastres de la guerra ó hacerlos pasar como triunfos. En aquellas circunstancias todo el mundo guardó silencio en lo público; pero todo el mundo tambien, hablando en el sentido figurado, á pesar del pleno conocimiento que habia del honroso, y puede decirse, brillante comportamiento de la infantería, presintió los desastres que seguirian muy brevemente, y calculó, que una vez perdido Chapultepec, la ciudad seria presa de los triunfantes enemigos.

En cuanto al general Santa-Anna, aunque procuraba forjarse ilusiones, juzgamos que pesaba á ocasiones lo difícil de la situacion, y preveia que tendria que sostener nuevos combates con un enemigo afortunado y tenaz en sus determinaciones.—En efecto, al punto á que habian llegado las cosas, el general Scott no debia, ni podia hacer otra cosa, mas que duplicar sus esfuerzos. No tenia mas que dos estremos—ó un triunfo completo ó una retirada á Puebla. Esto último habria sido peor que una derrota. La caballería, las guerrillas, la infantería disponible en México, que era todavía respetable, se habrian lanzado á su persecucion, y en pocos dias su papel de sitiador y de ofensor lo habria cambiado por el de un general sitiado, obligado á mantenerse á la defensiva. Las cosas, como pronto verémos, se dispusieron sin duda por un designio de la Providencia, en contra de la causa de México.

En los dias que transcurrieron desde la batalla del Molino del Rey hasta el 11, nada ocurrió de notable, y los enemigos no hicieron demostracion alguna sobre Chapultepec, tanto que llegó á creerse por nuestros militares, que se habia cambiado por el general Scott la base de operaciones, y que los ataques serian dirigidos á otras garitas, indudablemente mas débiles.

El general Santa-Anna en esos dias continuó residiendo en Palacio. Se levantaba á las cuatro de la mañana, montaba á caballo y recorria las garitas y puntos fortificados, ocupándose de multitud de pormenores que lo distraian tal vez de formar un plan general y bien combinado para obtener un triunfo.

Despues del suceso del Molino del Rey, se hizo mas sensible la necesidad del gran número de tropa y suficiente artillería para defender una ciudad tan estensa como México. Nuestras fuerzas diseminadas en las garitas y fortificaciones, y sin la dotacion necesaria de artillería, estaban reducidas á fracciones poco numerosas, obligadas á resistir los fuegos de diez, doce y quince piezas de artillería, y los ataques de gruesas columnas de infantería enemiga, que podia ser reforzada por las tropas de reserva. En suma, los enemigos estaban en posicion de ser mas fuertes en el punto que eligieran, y de superarnos en número, miéntras nosotros, para oponer igual ó mayor número de fuerzas en un ataque, era necesario dejar abandonados otros puntos, que podian ser sorprendidos fácilmente. El general Santa-Ana tenia tan pleno conocimiento de esto, que en una ocasion que escuchó un tiro en Palacio, montó precipitadamente en el caballo de un dragon, y sin esperar á sus ayudantes, partió á la garita de San Antonio.

Darémos una idea de la situacion que tenian los enemigos al rededor de la ciudad ántes del ataque de Chapultepec, y de la posicion que dentro de ella guardaban nuestras tropas.

El cuartel general estaba situado en Tacubaya. El general Scott residia en el palacio del arzobispo. La brigada del general Worth estaba acuartelada en las casas del pueblo.

Las divisiones de los generales Pillow y Quitman se hallaban acantonadas en Coyoacan.

El depósito general de carros, municiones y artillería se hallaba en Mixcoac.

La retaguardia y reserva, compuestas de las brigadas de los generales Smith y Twiggs, se hallaban en San Angel.

Del 9 al 11 hicieron los movimientos siguientes: Las divisiones reunidas de Pillow y Quitman se movieron silenciosamente en la noche del 11 á Tacubaya.

Delante de las garitas orientales de la ciudad, es decir, San Antonio, la Candelaria y el Niño Perdido, quedaron fuertes destacamentos de infantería y caballería, y una batería de doce piezas de cañon; una mitad de ellas ligeras, y otra de artillería de batir.

El coronel Harney, comandante de la caballería, con una parte de ella se hizo cargo del depósito y prisioneros que estaban en Mixcoac.

Otra fraccion de la caballería cuidaba el flanco y retaguardia americana.

En la noche del 11 establecieron cuatro baterías para batir el castillo: la primera, compuesta de dos piezas de á 16 y un obus de ocho pulgadas, fué colocada en la Hacienda de la Condesa, para batir el lado Sur del castillo, y defender la calzada que va de Chapultepec á Tacubaya

La segunda, compuesta de una pieza de á 24 y un obus de ocho pulgadas, fué situada en el punto mas dominante de las lomas del Rey, y frente al ángulo Sud-Este del castillo.

La tercera, compuesta de un cañon de á 16 y un obus de ocho pulgadas, fué situada cosa de trescientas varas al Nord-Este de los edificios del Molino.

La cuarta, que solo era un mortero de diez pulgadas, se colocó dentro de uno de los molinos, perfectamente abrigado y oculto con una alta pared del acueducto.—Finalmente, se preparaban á batir el castillo, cuatro piezas de grueso calibre, cuatro obuses y un mortero.

El dia 12 á las tres de la tarde, la brigada del general Pillow se movió de Tacubaya á las lomas del Rey, y ocupó los edificios de los molinos.

Con muy leves diferencias, éstas eran las posiciones generales del enemigo.—Sus fuerzas de todas armas llegarian á ocho mil hombres con numerosa y bien servida artillería, aumentada considerablemen-

te con las piezas perdidas por nosotros en las anteriores batallas.

Demos una ojeada ahora á la ciudad que iba á ser asaltada.

Por el bando publicado en 29 de Julio, se prevenia que en el momento que se tocara alarma, cada uno de los regidores se dirigiera á su cuartel respectivo para que ordenadamente atendiera á cualquiera de los casos que podian ofrecerse. Los regidores, pues, ocuparon sus posiciones, y D. Manuel Reyes Veramendi, alcalde primero, quedó en las Casas Consistoriales, recibiendo todas las órdenes del general en gefe. Las fortificaciones de las garitas amagadas se reforzaron cuanto fué dable, trabajándose incesantemente en ellas, para lo cual se presentaron multitud de paisanos, acudiendo otros á ser espectadores de los trabajos y de las operaciones militares. La justicia nos obliga á decir, que la mayor parte de los capitulares obraron con mucha actividad y patriotismo, y que el Sr. Reyes Veramendi fué incansable en cumplir los delicados deberes de que estaba encargado como alcalde primero.

Por lo demas, el aspecto de la ciudad, y salvo el paso y movimiento frecuente que hacian las tropas por las calles, era verdaderamente triste y aterrador.—La emigracion de multitud de familias desde el principio de las hostilidades del enemigo en el valle de México, habian quitado á la capital ese movimiento y vida que se observa en épocas comunes; circunstancia que se aumentaba con el encierro á que estaban reducidas otras personas, ó demasiado egoistas, ó por demas pusilánimes.

Difícil nos seria dar cuenta exacta de los diversos y multiplicados movimientos que ejecutaron las tropas de unos puntos á otros por órden del general Santa-Anna. Sin embargo, procurarémos dar al lector una idea aproximada del estado que guardaban nuestros puntos de defensa, una vez que igual cosa hemos hecho respecto del enemigo.

Hablarémos en primer lugar de Chapultepec, la llave de México, como entónces se decia vulgarmente, y cuyos recuerdos y tradiciones la hacian doblemente importante para el enemigo, ademas de los proyectos militares que habia concebido.

En el esterior habia las siguientes obras de fortificacion:—Un hornabeque en el camino que va á Tacubaya.—Un parapeto en la puerta de la entrada.—En la cerca que rodea el bosque al lado del Sur,

se construyó una flecha y se abrió un foso de ocho varas de ancho y tres de profundidad.—Este foso deberia haber rodeado todo el bosque; pero no hubo tiempo para concluir la obra.

En lo interior habia las siguientes fortificaciones, incompletas muchas de ellas.—En el perímetro del jardin botánico, una banqueta apoyada en la pared que servia de parapeto.—Cosa de doscientas cincuenta varas de un andamio que deberia rodear la cerca del bosque, y proporcionar que á cubierto pudiesen hacer fuego los soldados. —Una flecha al Sur enfilando la entrada.—Otra flecha al Oeste, y la última en la glorieta al pié del cerro. Ademas, por el punto donde se suponia deberia pasar el enemigo, se hicieron seis fogatas, de las cuales solo tres se cargaron.

En la primera escala plana, hácia el Sur, se construyó un parapeto, y otro en la glorieta entre las dos rampas.

Subiendo el edificio, se encontraba guarnecido con blindages en la parte llamada de los dormitorios, y rodeado de sacos á tierra el perímetro del mismo edificio.

La artillería que defendia estas fortificaciones, era—dos piezas de á 24—una de á 8—tres de campaña de á 4—y un obus de á 68—en todo siete piezas.

El gefe del castillo era el general D. Nicolas Bravo, y su segundo el general D. Mariano Monterde.

El gefe de la seccion de ingenieros que habia trabajado con un teson infatigable, era D. Juan Cano; el comandante de artillería, D. Manuel Gamboa.—Fueron tambien enviados á la fortaleza despues, los generales Noriega, Dosamantes y Perez.

La tropa que habia el 12, eran cosa de doscientos hombres al pié del cerro, destribuidos en grupos, y arriba los alumnos del colegio militar y algunas fuerzas mas, que en todo no llegarian á ochocientos hombres.

Aunque en lo que hemos asentado pueda haber alguna pequeña diferencia, en conjunto se notará por el simple relato de los hechos, que si Chapultepec no era un punto insignificante, tampoco debia juzgarse como inespugnable, y mucho ménos teniendo que resistir á las formidables baterías enemigas que hemos indicado.

En nuestro juicio, se cometió un grave error en no fijar la atencion

en las fortificaciones del bosque y del pié del cerro, y decidirse á ese género de defensa, pues el edificio no era capaz de resistir un bombardeo de dos ó tres dias.

Las garitas estaban defendidas por buenas obras de fortificacion. —En la de San Antonio habia seis piezas de artillería de grueso calibre, y cuatro menores en la fortificacion de la calzada. Mandaba el punto el general D. Mariano Martinez.

La garita del Niño Perdido estaba enlazada con la de San Antonio, habia en sus fortificaciones dos piezas de campaña, y estaba custodiada por los cuerpos de Guardia Nacional.

La línea de la garita de San Cosme á Santo Tomas estaba encargada al general D. Joaquin Rangel, quien la cubrió con su brigada y dos piezas de artillería de á doce y de á ocho.—En la mañana del 13 se reforzó con un obus de á veinticuatro.

En la garita de Belen habia una pieza de á ocho, y por la otra parte de los arcos dos del calibre de seis y ocho.—El general Terrés estaba encargado de ese punto, y era su segundo el coronel D. Guadalupe Perdigon Garay.

En las garitas de San Lázaro, Guadalupe y Vallejo, se habian dejado solamente unos pequeños destacamentos de infantería sin artillería alguna.

La caballería permanecia en el rumbo de Tacubaya y hacienda de los Morales, y era frecuente que entrara el todo ó parte de ella en la ciudad.

Existia ademas una pieza de artillería en la fuente de la Victoria en el paseo de Bucareli, y otra en la calzada que va del mismo paseo á la arquería y convento de San Fernando.

El general Santa-Anna distribuyó las fuerzas disponibles en los puntos que se creia serian atacados, variando á cada momento la situacion de los cuerpos, y quedándose siempre con una fuerza de reserva para enviarla ó acudir en persona con ella al punto donde fuese necesario.

Esta era, pues, en resúmen, la situacion que guardaban los dos ejércitos.—Vamos á ocuparnos de los acontecimientos de guerra que siguieron.

El dia 11 el general Santa-Anna pasó una revista á una parte de

la infantería en un lugar situado entre las calzadas de la Candelaria y San Antonio, en conmemoracion del triunfo obtenido sobre los españoles en Tampico, y el general Tornel repartió una proclama análoga y propia para entusiasmar á los defensores de México—Los honores militares que se tributaron á Santa-Anna, los vivas y las músicas dieron á este acto una solemnidad marcial. Concluido él, las tropas se retiraron á sus cuarteles.

Creyendo el general Santa-Anna de pronto, que los enemigos trataban de atacar la garita del Niño Perdido, salió en persona á la cabeza de un trozo de caballería y una guerrilla de veinticinco infantes, mandada por el coronel Martinez, y practicó un reconocimiento hasta un punto muy cercano á la ermita donde estaban situadas las baterías enemigas, que arrojaron inmediatamente algunas balas y granadas.—El general Santa-Anna se retiró, y por aquel dia no pasó ya cosa digna de llamar la atencion.

El dia 12, al amanecer, la batería enemiga situada en la ermita, rompió sus fuegos sobre la garita del Niño Perdido, sin mas objeto, segun hemos podido deducir de los documentos publicados por los gefes americanos, que llamar la atencion y poder acabar de situar perfectamente la artillería que debia batir á Chapultepec, en los lugares que ya hemos indicado.

En efect , á pocos momentos comenzaron estas baterías á hacer fuego sobre Chapultepec. Al principio no causaron ningun estrago; pero rectificadas las punterías, las paredes del edificio comenzaron á ser clareadas por las balas en todas direcciones, esperimentándose tambien grandes estragos en los techos, causados por las bombas que arrojaba el mortero que, segun hemos referido, estaba oculto en un patio de los edificios del Molino. La artillería de Chapultepec contestó el fuego con mucha precision y acierto: los ingenieros trabajaban incansablemente en reparar los estragos de los proyectiles enemigos, y la tropa, sentada detras de los parapetos, sufria esta lluvia de balas. Los inteligentes en el arte militar juzgan que la tropa pudo haberse colocado al pié del cerro, para evitar inútiles desgracias, dejando solo en el edificio á los artilleros é ingenieros necesarios.—Esto no se hizo, y los cascos de las bombas y balas huecas mataron é hirieron á muchos soldados, que no tuvieron ni aun el gusto de disparar sus fusiles.

El general Santa-Anna se hallaba en una calzada entre las garitas de San Antonio y Candelaria cuando comenzó el bombardeo de Chapultepec, sin que tampoco cesara la actividad de las baterías de la ermita. Despues de haber recibido y hablado con un ayudante del general Bravo, marchó por la Viga, tomó las cercanías de la Ciudadela, y allí se puso á la cabeza de la reserva, compuesta de las brigadas Lombardini y Rangel, que tendrian las dos cosa de cinco mil hombres.

El general Santa-Anna ordenó que en el puente llamado de Chapultepec se colocara al batallon de Matamoros, de Morelia, y á la izquierda el de San Blas. El resto de la reserva quedó en la arquería. Escepto una escaramuza sostenida por unas compañías del batallon de San Blas con motivo de impedir que el enemigo construyera una batería en el rancho avanzado de la Condesa, y algunos tiros de cañon cambiados entre el hornabeque y la batería enemiga, las tropas estuvieron durante la mañana en completa inaccion, sufriendo los estragos que causaban en ellas las balas del enemigo, y manifestándose serenas para recibir la muerte, y prontas para entrar en el combate. —El lector, por la simple narracion de los hechos, pensará como nosotros, que para los grandes conflictos y para los grandes acontecimientos de la vida, se necesita una cabeza creadora, organizadora, directora. Todas nuestras operaciones en esta guerra se han resentido de esta falta, que á veces ha refluido esclusivamente en contra de los infelices soldados y de los buenos y honrados oficiales.

Las baterías enemigas continuaron el fuego con el mayor vigor, y éste era tan intenso, que á las doce del dia, entrando el general Santa-Anna á Chapultepec y hasta el pié de la calzada para observar mejor los efectos del fuego, previno no lo acompañase ninguno de sus ayudantes, y solo lo siguieron D. Antonio Haro y el coronel Carrasco, el cual subió á dejar al general Bravo el parque de fusil que estaba detenido, porque los enemigos impedian con el fuego la comunicacion por la calzada. Cuando este oficial se presentó, el general Bravo estaba almorzando con la mayor serenidad, y las balas y bombas hacian crujir á su alrededor las paredes y blindages.

El Lic. Lazo Estrada y otros oficiales que acompañaban al general Bravo, daban tambien á la tropa el mas bello ejemplo de valor,

despreciando el peligro á que estaban espuestos, distinguiéndose especialmente al general Saldaña, quien permaneció sereno en medio de una lluvia de piedras que una bomba habia arrojado sobre su cabeza. En la tarde, el mismo general Santa-Anna entró al bosque con un batallon, á reforzar la obra que miraba al Este del lado de la alberca, y donde el enemigo dirigia sus fuegos para desalojar á la tropa que la guarnecia. Luego que su presencia fué notada, el fuego se redobló, y una bomba despedazó al comandante de batallon Mendez (valiente oficial que habia servido en el ejército del Norte) y mató ó hirió treinta soldados. El general Santa-Anna mandó retirar la tropa, y se retiró él mismo con su estado mayor á la puerta, donde mandó construir una obra que defendiera el lado del jardin y el pié de la rampa, y á las nueve, despues de concluida, se retiró con sus reservas á Palacio.

El bombardeo habia sido horrible. Comenzó poco despues de las cinco de la mañana, y no cesó hasta las siete de la noche. En esas catorce horas las baterías enemigas, perfectamente servidas, habian mantenido un proyectil en el aire y aprovechado la mayor parte de sus tiros. Fácil es calcular el estrago que habia causado el bombardeo en un edificio, que aunque hemos llamado castillo, repetimos no fué construido sino para que sirviera de casa de recreo á los vireyes. En las piezas del mirador, destinadas á hospital de sangre, se hallaban confundidos los cadáveres corruptos, los heridos exhalando dolorosos quejidos y los jovencitos del colegio; y ¡cosa singular! se carecia de los facultativos y botiquines necesarios.—El general Bravo habia resistido con valor y serenidad aquella tormenta de fuego; pero conociendo que pronto debia ser asaltado, pidió refuerzo al general Santa-Anna, quien contestó por medio de los generales Rangel y Peña, que no pensaba enviar mas tropa al cerro hasta que no se acercara la hora del asalto.

En el resto de la noche el general Monterde trabajó con infatigable teson en reparar los daños causados por las bombas, reponer los blindages y reforzar las fortificaciones; pero el tiempo era muy angustiado y perentorio. Sin embargo, las esperanzas no estaban perdidas, y un incidente, al cual se le dió en la capital grande importancia, vino á reanimarlas.—Este incidente fué la proximidad de una fuerza del Esta-

do de México, á cuya cabeza se habia puesto el gobernador D. Francisco Modesto Olaguíbel.

Desde que los americanos bajaron al valle de México, las autoridades del Estado de este nombre redoblaron sus esfuerzos, bien para defender sus poblaciones, bien para enviar algunos auxilios á la capital en caso necesario. El patriota vice-gobernador, D. Diego Perez Fernandez, el mismo que despues pretendió solo, con una pistola en mano, detener en San Agustin de las Cuevas una partida de caballería enemiga, marchó á Acapulco, de donde condujo á esta capital alguna artillería; servicio que podrá valuar el que conozca los caminos del Sur.—En el punto llamado Rio-hondo, camino de esta capital á Toluca, se levantaron buenas fortificaciones, y se fundieron algunas piezas de artillería. Conocida, pues, por el gobernador Olaguíbel la decision de los americanos de atacar la capital, reunió las tropas que le fué posible, se puso á la cabeza de ellas, y el dia 11 llegó á Santa Fe con cerca de setecientos hombres. Fácil es conocer que una fuerza tan pequeña no podia emprender con éxito ninguna clase de operacion sobre la retaguardia del enemigo, y que su aparicion no iba á disminuir en nada la catástrofe comenzada por el bombardeo.

El general Pillow puso en observacion de los movimientos de esta fuerza á una gruesa partida de la caballería del coronel Harney, sin que esta caballería se atreviera á emprender un ataque, ni se acercara demasiado.

La seccion, pues, del Estado de México, que se presentaba en cumplimiento de sus deberes, ejecutó á la vista del enemigo diversos movimientos por órden del general Santa-Anna. En uno de ellos esperaba con las mejores probabilidades, si no causar una derrota en la retaguardia del enemigo, al ménos distraerlo del ataque que, segun sus preparativos, iba á dar á Chapultepec.

El general Alvarez ofreció al gobernador Olaguíbel dos brigadas de caballería, para que reunidas á su tropa pudiesen emprender un movimiento sobre los americanos. Esta oferta fué aceptada, y el general D. Angel Guzman se prestó espontáneamente á conducir este auxilio. Olaguíbel esperó, y aun reclamó por medio de sus ayudantes, el refuerzo, que nunca se le llegó á mandar, y marchó al fin, por órden del mismo general Alvarez, á situarse en la hacienda de los

Morales, teniendo necesidad de parar bajo los tiros de la batería enemiga. Esa misma tarde del 12 la caballería entró en la capital.

El dia 13, al amanecer, las baterías enemigas volvieron á romper el fuego sobre Chapultepec, mucho mas vivo que el del dia antecedente.

El general Santa-Anna, que en la noche anterior habia hecho entrar á México toda la reserva, dejando solo cosa de ochocientos hombres en Chapultepec, y de los cuales, escalando las cercas se desertaron muchos, se presentó cosa de las seis de la mañana en la calzada de Belen, con la brigada de Lombardini y el batallon de Hidalgo, de Guardia Nacional. El general Bravo en cuanto observó el movimiento de las tropas enemigas, mandó avisar al general Santa-Anna que iba á ser inmediatamente atacado, pidiéndole parque y refuerzos; disponiendo tambien que el teniente Aleman estuviese listo para prender las fogatas. Desgraciadamente el general Santa-Anna, que en todos los acontecimientos de esta guerra no ha comprendido ni el punto vulnerable del enemigo, ni el suyo, ni la ocasion en que ha debido darse un ataque decisivo, juzgó que Chapultepec no seria asaltado, y por tanto no lo reforzó, contentándose con defender el desemboque de las calzadas de Anzures y la Condesa.

El enemigo, que habia formado tres fuertes columnas á las órdenes de los generales Pillow, Quitman y Worth, ocupó el bosque con sus rifleros que, saliendo del Molino, arrollaron á los pocos tiradores nuestros que lo defendian hasta el pié. La columna del general Worth volteó la posicion, y figurando un ataque por la calzada de Anzures, llamó la atencion del general Santa-Anna. Una nube de tiradores, avanzando rápidamente sobre el puente de la calzada de la Condesa, se abrigó en los troncos de los magueyes que habian sido talados y en las desigualdades y chozas inmediatas. Este ataque tambien se juzgó verdadero por el general en gefe, que alternativamente atendia á los tres puntos dichos, y tenia la mayor parte de sus tropas en inaccion, formadas en toda la calzada. Los enemigos, viendo que su plan surtia efecto, y que se resistian con vigor sus falsos ataques, dirigieron el grueso de sus columnas, que entraron por el Molino, al asalto del cerro, las que flanqueadas y precedidas de sus tiradores, comenzaron á subir, la una por la rampa, y la otra por la parte acce-

sible del Noroeste, entretanto que por el Norte y Oeste una nube de tiradores trepaba, y aprovechándose de las peñas, arbustos, ángulos muertos y mala aplicacion al terreno de nuestras fortificaciones, apagaba con sus tiros certeros los de nuestros defensores, ó los distraia de atender á las columnas de asalto, que no encontraron mas resistencia formal que la que les opuso en la rampa y al pié del cerro el valiente y denodado teniente coronel D. Santigo Xicoténcal con su batallon de San Blas; pero flanqueado, envuelto y muerto este gefe, y la mayor parte de sus oficiales y soldados, los enemigos avanzaron por el segundo tramo de la calzada con bandera desplegada, cayendo ésta algunas veces por la muerte del que la llevaba, y retrocediendo algunos pasos las columnas; pero tomando otro la bandera, y continuando el avance hasta el terraplen, donde nuestros pocos defensores, aturdidos por el bombardeo, fatigados, desvelados y hambrientos, fueron arrojados á la bayoneta sobre las rocas ó hechos prisioneros, subiendo una compañía del regimiento de Nueva-York á lo alto del edificio, desde donde algunos alumnos hacian fuego, y eran los últimos defensores del pabellon mexicano, que muy pronto fué reemplazado por el americano.

Las fogatas no llegaron á prenderse por el teniente Aleman, porque cuando llegó al lugar donde estaban las mechas, lo encontró invadido por los enemigos, circunstancia que mencionan en sus partes oficiales, y que nosotros asentamos en obsequio de este jóven, que sin duda ha sido acusado injustamente.

Los enemigos, que habian hecho los ataques falsos contra las calzadas, permanecieron quietos, sin molestar sino con algunos tiros la retirada que se hacia por los dos lados de los arcos, con direccion á Belen, en el mejor órden posible, y que vinieron á turbar un tanto las balas de una pieza de á 12, situada en el cerro al lado del mirador. El enemigo se ocupó un momento en reconocerse, y solo destacó en observacion algunos tiradores.

El general Perez murió al principio del ataque de Chapultepec: el teniente coronel Cano, cumpliendo con su deber, fué traspasado por una bala de rifle, y espiró á las nueve de la noche de ese dia. La pérdida de este jóven es muy sensible para las ciencias y para la patria. El general Dosamantes, que peleó con mucho denuedo, fué

herido y el general Bravo hecho prisionero por el teniente Charles Brower, no habiendo desmentido en toda la accion el carácter histórico con que es ventajosamente conocido en la República y fuera de ella; no siendo, por consecuencia, cierto, que se le encontrara hundido en un foso hasta el pescuezo, como asentó en su parte oficial el general Santa-Anna. También fueron hechos prisioneros algunos otros gefes, oficiales y alumnos que cumplieron hasta el último momento con sus deberes, y cuyos nombres tendriamos mucho gusto de mencionar, si pudiéramos esactamente recordarlos á todos.—En la defensa de la calzada de la Condesa y hornabeque se distinguió especialmente la compañía de cazadores de San Blas y el batallon Matamoros de Morelia, resultando heridos el capitan Traconis y mayor de brigada D. José Barreiro.

El enemigo en toda esta refriega tuvo pérdidas muy considerables, aunque mucho menores que las que sufrió en el Molino del Rey. Uno de los oficiales que conducia la columna de asalto, fué muerto, así como otros varios ingenieros.—El general Pillow fué herido gravemente en una pierna.

El general Rangel, con algunos piquetes, marchó por la Verónica, donde se reunió con el general D. Matías Peña, el que despues de haber hecho valerosos esfuerzos en la calzada de Chapultepec, conducia al batallon de Granaderos, sosteniendo su retirada y haciendo fuego á la vanguardia de Worth, que con algunas piezas de artillería se adelantaba en esta misma direccion. De esta manera llegaron á la fortificacion de Santo Tomas, donde hizo alto la tropa, ocupando el parapeto, y defendiéndose con tal denuedo, que rechazó la columna del general Worth, que habia determinado tomar posesion de esta obra de fortificacion. Tanto en el hornabeque, como en este lance, el general Rangel se manejó con mucho valor y serenidad.

Si bien hubo, así en el ataque de Chapultepec como en la retirada, acciones dignas de crítica y aun de castigo, es imposible negar que pasaron tambien escenas aisladas muy honrosas, y que ademas de ser prueba de mucha sangre fria y valor, manifiestan que en algunos corazones mexicanos el patriotismo era puro como en los primeros dias de la independencia (*).

(*) Ocupados del conjunto de los acontecimientos, y no pudiendo tampoco abarcar

Desde el principio de este capítulo nos propusimos solamente hacer una sencilla narracion de los sucesos, ordenándolos y combinándolos en el mejor método posible; pero si le añadiéramos la descripcion del cuadro que presentaba ese venerable y antiguo bosque de Chapultepec, cubierto de una nube densa de humo que reposaba momentáneamente en las copas de los sabinos, estremeciéndose con el estruendo de la artillería y fusilería, como si una lluvia de rayos lo estuviera destruyendo; cubierto su delicado césped de cadáveres y moribundos; sangrienta la agua de sus fuentes, y desgajados por las bombas y la metralla los robustos troncos de sus árboles; si nuestra pluma, repetimos, tuviese el poder de la de Tácito, estamos seguros que el lector no podria concluir este capítulo, sin que, lleno de horror, sintiera erizarse los cabellos de su cabeza.........................

....

La catástrofe no ha llegado á su término. Cesa en verdad un momento lo reñido del combate; pero no es sino para volver á comenzar de nuevo á poco tiempo. Procurarémos tambien en el mejor órden posible, esponer los sucesos que siguieron desde las diez de la mañana del dia 14, hora en que ya estaba tomado Chapultepec, hasta las cinco de la tarde, en que las fuerzas americanas se posesionaron de las garitas.

Las personas que vivan ó que hayan visto la capital, comprenderán perfectamente la situacion de los enemigos; mas en obsequio de los lectores foráneos, harémos una corta esplicacion. Chapultepec, por decirlo así, es el punto dominante entre dos calzadas que forman un triángulo: la una se llama de Belen; es ancha y con acequias de uno y otro lado: por enmedio de ella está construida la arquería ó acueducto, que consiste en grandes arcos de mampostería, capaces de servir para la defensa ó ataque. Esta calzada tiene poco ménos de una legua, y concluye hasta la garita de Belen. La calzada llamada La Verónica, es igualmente ancha: de un lado tiene los potreros de la

---

todos los pormenores y detalles aislados, es muy posible que háyamos omitido alguno ó algunos nombres ó sucesos que merezcan pasar á la posteridad, ó cuando ménos una honrosa mencion. Sobre este particular admitirémos con gusto las justas observaciones que se nos hagan, y si las consideramos de importancia se publicarán en un apéndice.

hacienda de la Teja, y del otro lado un riachuelo que sirve de límite á las tierras de las haciendas de Anzures y los Morales. El acueducto limita los potreros de la referida hacienda de la Teja: á cosa de dos millas de Chapultepec está construido un cementerio que sirve para enterrar á los protestantes: en este punto cierra la calzada, y continúa el acueducto por San Cosme, que es una calle con buenos y altos edificios de uno y otro lado.

Hemos marcado bien, que los enemigos para atacar la fortaleza, formaron tres columnas. La del general Pillow quedó de guarnicion en el bosque. La del general Quitman, una vez efectuada la retirada de nuestras tropas, comenzó á ocupar la calzada de Chapultepec, distribuyendo en cada uno de sus arcos tres rifleros y un fusilero, y la del general Worth distribuyó en la calzada de la Verónica su fuerza á poco mas ó ménos en el mismo órden.

Por nuestra parte, entre Chapultepec y las garitas existian en la calzada de Belen, un reducto sin foso en el Puente de los Insurgentes, y en la de San Cosme, la fortificacion de Santo Tomas, de que se ha hablado, y las piezas situadas en la fuente del paseo y calzada que va á San Fernando.

La columna del general Quitman, protejida por los rifleros y artillería que habia situada en los potreros, continuó avanzando; pero se encontró en el Puente de los Insurgentes con una obstinada resistencia que hizo el batallon de Morelia, colocado allí por órden del general Santa-Anna.

Habiendo dado una rápida idea de la situacion que guardaban las fuerzas beligerantes, harémos algunas ligeras indicaciones acerca del estado moral de nuestras tropas y de la generalidad de los habitantes de México.

Para un reducido número de personas inteligentes en el arte de la guerra, el castillo de Chapultepec era una fortificacacion muy insignificante y mal defendida, segun se aseguraba; pero para la generalidad de las gentes, se consideraba como una fortaleza inespugnable; opinion que corroboraba la tenaz resistencia de Infanzon en aquel punto, en otra época, y la importancia que habia tenido en nuestras revueltas interiores. De ahí es, que al posesionarse los americanos del castillo, se consideró como perdida la capital de México, y el pavor y el des-

consuelo se apoderó de los ánimos de sus habitantes; pero no obstante esta consideracion, el esfuerzo de nuestras tropas no decaia: permanecieron resueltas en sus puestos, á la vez que los cuerpos nacionales estaban casi intactos, y en este punto debe lamentarse con dolor, que un hombre inteligente no hubiera aprovechado todos los elementos que aun quedaban en pié.

Ademas de las tropas y de las Guardias Nacionales, habia individuos del pueblo que se pudieron haber aprovechado, porque aun habia entusiasmo; y personas particulares que estaban al lado del general Santa-Anna, y lo servian desde el principio de la defensa como sus edecanes. Entre ellos, y solo como una prueba, mencionarémos al Sr. D. Ignacio Conmonfort, que tanto se distinguió batiéndose en Churubusco; á D. Vicente García Torres, quien, sin embargo de su oposicion á Santa-Anna, solamente trataba de servir á su pais; y á D. Antonio Haro y Tamariz, que no obstante su posicion independiente, su representacion social, sus hábitos de una vida pacífica, y su separacion de los negocios públicos, se le vió entrar varias veces al combate á la cabeza de algunos cuerpos, buscando los peligros y haciéndose acreedor por este y otros hechos, que mencionarémos en su lugar, á que le consignemos en nuestras páginas este justo tributo de honor.

El mismo Sr. Haro, en compañía del coronel Carrasco, de quien despues harémos la mencion á que es acreedor, colocó la referida fuerza de Morelia, y estuvo, sin hacer caso del fuego activísimo del enemigo, alentando á todos para la defensa del punto.

El general Quitman creyó que una vez tomado Chapultepec, retirada una parte de la reserva y dispersa otra, no encontraria resistencia, sino la muy débil que pudiera oponerle la garita; pero no fué así, sino que contenido en su avance, y no pudiendo con el solo esfuerzo de su infantería desalojar del reducto que hemos mencionado al batallon de Morelia, tomó otras disposiciones. Mandó avanzar las piezas situadas en el potrero: nuevas fuerzas vinieron á reforzar su columna, y situó frente al reducto un obus de á ocho, batiendo así por el flanco y por el frente á nuestros soldados, los que, faltos de parque, pues aunque lo pidieron no se les mandó, lo abandonaron, y las fuerzas americanas lo ocuparon sucesivamente, lográndose, sin embargo,

con esta nueva aunque corta defensa, que la reserva se replegara á la Ciudadela.

Por la calzada de la Verónica continuó su avance el general Worth: una partida de nuestra caballería salió á contenerlo, y en el reducto de Santo Tomas se tocó carga y despues degüello; pero no tuvo feliz éxito, porque á poco rato se retiró aquella con la pérdida de un muerto y algunos heridos, habiéndose distinguido el coronel Ramiro.

Por la calzada de Belen los enemigos avanzaron con infantería, y fueron rechazados por la artillería situada debajo de los arcos, y la infantería en la aspillera de la casa y en los flancos de la garita. Entónces el general Quitman se determinó á batir la garita con las piezas gruesas que le habian llegado. El general Santa-Anna se persuadió que el fuego de artillería no pasaria á un asalto, y por eso se dirigió á San Cosme, encontrando que el general Rangel habia abandonado Santo Tomas, y se retiraba con direccion al centro de México sin defender la garita. El general Santa-Anna contuvo el desórden de la tropa, mandándola de nuevo á la garita y las casas de uno y otro lado; y por esta operacion, el enemigo, que venia sin artillería y en pelotones, tuvo que retroceder en busca de sus baterías.

Habiéndosele avisado en este momento al general Santa-Anna que la garita de Belen habia sido abandonada y la Ciudadela corria gran peligro, vino en el acto con las fuerzas que le seguian, y ocupó este edificio. En efecto, la fuerza que habia quedado en la garita se habia replegado, y el general Terrés se hallaba en una de las puertas de la Ciudadela: allí lo encontró el general Santa-Anna, quien exaltado hasta un grado indecible, lo amenazó, profirió contra él espresiones durísimas, y llegó el caso de que le pegara con un chicote en la cara. Esta notable ocurrencia ha ocasionado una polémica, en la cual, segun nuestro propósito, no queremos mezclarnos, sentando solo como un hecho incuestionable, que la referida garita fué abandonada ántes de que los enemigos la invadieran.

Pasado este lance, el general Santa-Anna ordenó que el coronel Carrasco tomase la pieza que estaba en la fuente de la Victoria y la acercase á la calzada para batir desde allí al enemigo, que ya habia ocupado la garita, hecha escombros por sus propios fuegos. D. Anonio Haro tuvo la feliz inspiracion de que se sacara una pieza de la

Ciudadela y se colocara del otro lado de los arcos, hácia el colegio de Belen de las Mochas, con objeto de desalojar á los rifleros que hacian fuego á la Ciudadela parapetados en la arquería. La referida pieza fué servida por un teniente de artillería. En este lugar debemos hablar del guardia nacional de Victoria D. Isidoro Béistegui, el que merece una particular mencion por el valor y entusiasmo con que hasta el último estremo combatió.

El coronel Castro con algunos soldados que pudo reunir, ocupó la azotea del colegio de Belen, é hizo desde allí un vivo fuego sobre los enemigos que avanzaban sobre la arquería.

Esta operacion, concebida en medio del conflicto, con el enemigo triunfante encima, y cuando todo el mundo habia perdido ya todo género de esperanza, tuvo un éxito brillante. Carrasco, con solo dos artilleros y un puñado de paisanos, transportaba la pieza en todas direcciones y aprovechaba perfectamente todos sus tiros, de manera, que realmente equivalia á una batería completa. El valiente oficial que mandaba la pieza situada en las cercanías de Belen de las Mochas, por su parte tambien hacia muy buenas punterías, hasta que sucumbió, víctima de su arrojo y patriotismo. El mejor elogio que puede hacerse de estos militares, es referirnos á lo que el general Quitman asienta en su parte oficial, donde pone las siguientes palabras: "Cuando yo creia haber vencido á los enemigos y arrojádolos de la garita, recibian mis tropas una lluvia de fierro."

Volvamos un momento al barrio de San Cosme, el cual juzgaba el general Santa-Anna perfectamente seguro. Nuestras tropas, que ocupaban las casas, recibieron una carga de las fuerzas de los enemigos, que vinieron en mayor número, y con dos obuses comenzaron á hacer fuego á las casas, ocupándolas todas simultáneamente, y conforme las dejaban nuestras tropas, que se retiraban en confusion al interior de la ciudad. El general Santa-Anna acudió de nuevo á este punto, y observando con disgusto la confusion que reinaba, dictó las órdenes mas enérgicas para restablecer la moral perdida, y que se continuara la defensa, mandando ocupar la casa de la Pinillos, San Fernando y otros edificios cercanos, y que desde allí, sin descanso, se continuara el fuego.

En estas circunstancias, los enemigos penetraron por una calzada

situada en un costado de la garita de Belen, y aparecieron en la casa llamada del Molinito, amenazando con un nuevo é inminente peligro á los defensores de la capital. El ayudante del general Santa-Anna, D. Francisco Schiafino, acudió en solicitud de trescientos hombres para repeler á las tropas enemigas que penetraban por detras de las casas; pero en vez de que el general Rangel consintiera en esto, mandó á un clarin que tocara retirada. Este toque, que sin duda no era sino para un solo cuerpo, se propagó por toda la línea, é inmediatamente los soldados comenzaron á abandonar los edificios y á desbandarse en todas direcciones, sin que fueran bastantes para contenerlos, los esfuerzos personales del general Santa-Anna y algunos de sus ayudantes. Las masas desorganizadas acabaron de dispersarse con algunos tiros de la artillería del general Worth, que avanzaba con rapidez.

Todavía en la garita de Belen se trató de hacer el último esfuerzo, formándose una columna para que fuera á tomarla, lo que no tuvo ningun resultado, porque el enemigo hizo uso de su artillería. Finalmente, á las cinco de la tarde fueron ocupadas las dos garitas por los generales Worth y Quitman. Los Sres. Othon y D. Eligio Romero contribuyeron á este último esfuerzo, esponiendo con decision su vida. El caballo que montaba el segundo, recibió ocho balazos.

Todas las tropas dispersas y situadas en otros puntos, comenzaron á reunirse en la Ciudadela, donde, como debe suponerse, reinaba el desaliento y la confusion. Al batallon Hidalgo se le mandó situar en Santa Isabel: el de Victoria rehusó abandonar las garitas del Niño Perdido y San Antonio, ocupándose de batir á pequeñas partidas de americanos que se presentaban por las calzadas, y el coronel D. Pedro Jorrin á la cabeza de una parte de su batallon, se dirigió á una calzada cercana á la garita de Belen, donde durante una parte del combate y poco tiempo despues de él, estuvo haciendo un activo fuego.

La seccion del Sr. Olaguibel, quien habia entregado ya el mando del gobierno al vice-gobernador, entró á la capital esa misma tarde, y se situó tambien en la Ciudadela. El Sr. Olaguíbel pidió al general Santa-Anna lo situara en el punto de San Fernando para defenderlo;

pero este general reservó el concederle esto, hasta tanto no se tomara una determinacion general sobre lo que debia hacerse en lo sucesivo.

Tal determinacion no tardó mucho en tomarse, y como de ella dependió en gran parte el acierto y resultado de la guerra, creemos necesario consignarla como un hecho de la mayor importancia. En uno de los pabellones de la Ciudadela se celebró una reunion, á la que se quiso llamar junta de guerra. Concurrieron á ella el general Alcorta, que era ministro de la guerra; el general Carrera, comandante de artillería; los generales gefes de brigada D. Manuel Lombardini y D. Francisco Perez; el Lic. Betancourt, D. Domingo Romero, ayudante del general Santa-Anna y D. Francisco Modesto de Olaguíbel. El general Santa-Anna, que presidia esta reunion, manifestó, que supuestas las desgracias acontecidas en la tarde, deseaba saber la opinion de los presentes, sobre si debia ó no continuarse la defensa de la capital. El Sr. Carrera manifestó que la desmoralizacion era suma, y que habiéndose perdido bastante artillería y armas, no juzgaba que produciria ningun resultado favorable la defensa que se continuara haciendo. Escitado el Sr. Olaguíbel á manifestar su opinion, dijo: que no siendo su profesion la militar, cualquiera idea que manifestara podria ser inexacta, y que por lo tanto, deseaba que los peritos en la materia indicaran su sentir con franqueza. Entónces los generales Lombardini, Alcorta y Perez ampliaron sus reflexiones sucesivamente, como habia comenzado el general Carrera, y opinando todos que la ciudad se debia evacuar. El Lic. Betancourt habló, sin decidirse ni por el abandono ni por la defensa de la ciudad. Entónces el Sr. Olaguíbel tomó por segunda vez la palabra, y dijo: que despues de haber oido las opiniones manifestadas por los señores militares, juzgaba con franqueza, que el momento en que una fuerza enemiga ocupaba las garitas de la ciudad, no era el mas oportuno para decidir una cüestion de tan gran importancia, y que se pensara muy sériamente en el terrible cargo que podria resultar al general Santa-Anna por el abandono de la ciudad; que por todo esto le parecia oportuno que en Palacio, con asistencia de los ministros, y con mayor número de generales, se ventilara tan delicada cuestion, y se tomara despues la resolucion que mas conviniera á los intereses de la patria y á la

misma reputacion del general Santa-Anna. Este, que parece que habia formado ya su resolucion, no consideró atendibles las reflexiones de Olaguíbel, y respondió estas terminantes palabras: "Yo determino que se evacue esta misma noche la ciudad, y nombro al Sr. Lombardini general en gefe, y al general Perez su segundo."

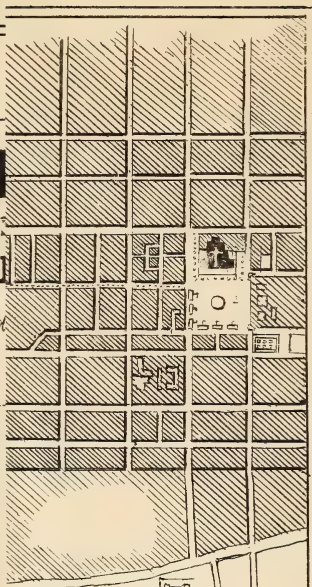
Lombardini opuso una corta resistencia, pero admitió al fin, y se dispuso que la caballería saliese en el acto, y la infantería cosa de las dos de la mañana.

El número de infantería reunida en la Ciudadela, era á poco mas ó ménos, de cinco mil hombres, y la caballería, casi intacta despues de tanto combate, ascendia á cosa de cuatro mil hombres.

Entre ocho y nueve de la noche D. Ignacio Trigueros fué á la Ciudadela, y en su coche llevó al general Santa-Anna á la villa de Guadalupe.

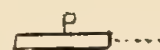
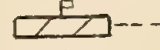
El general Quitman no pasó de la garita de Belen, y Worth avanzó algunas fuerzas al rumbo de San Hipólito, disparando cosa de las doce de la noche algunas balas y bombas al centro de la ciudad.




DE LO
E
en los d

Casa mata de S. Antº abad
Calzada de S. Antº Abad



ON
nan.

W.

h.

meda.
udadela.

Lit. de P. B

CAPITULO XXIII.

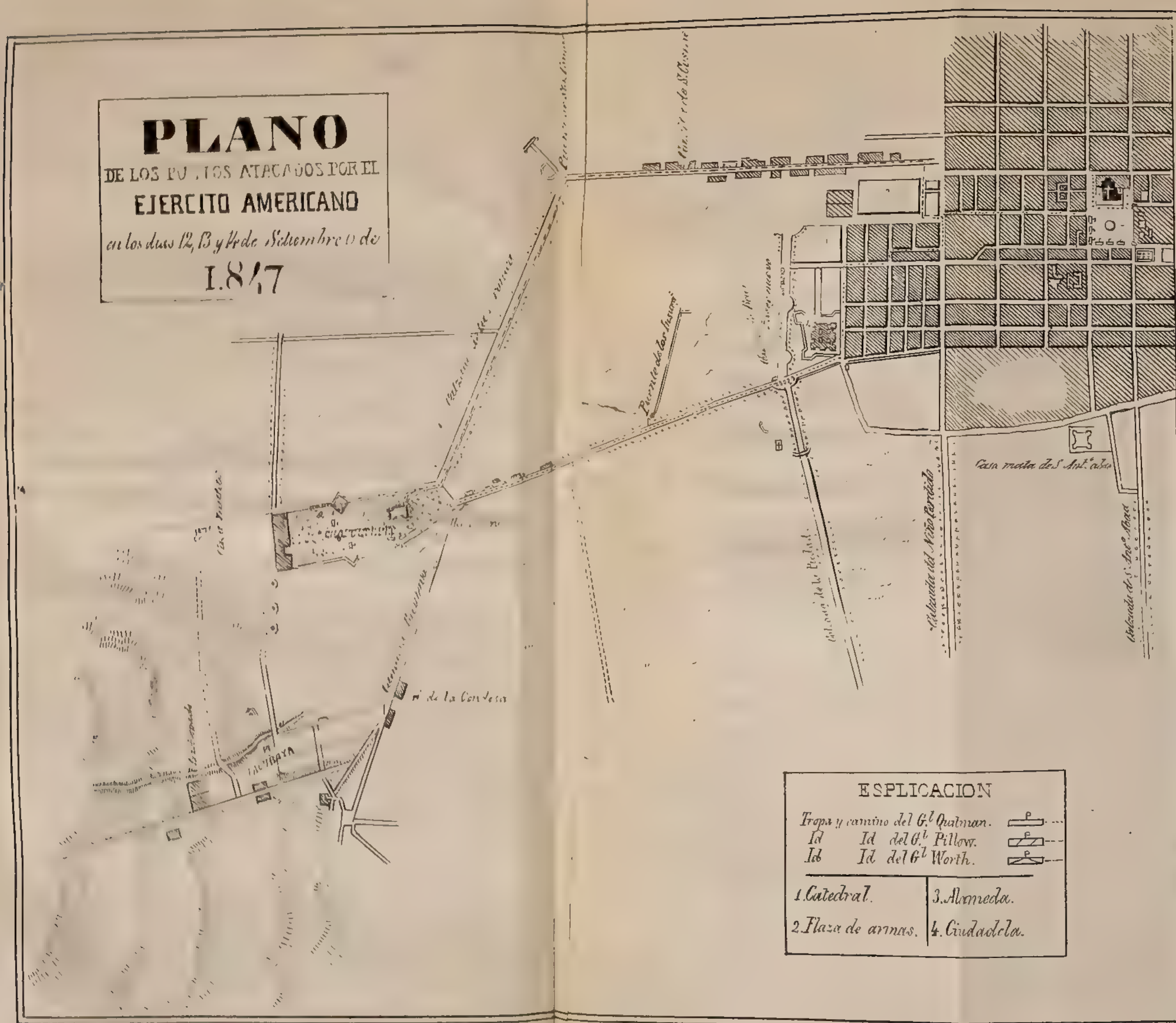
MÉXICO

EN LOS DIAS

14, 15 Y 16 DE SEPTIEMBRE DE 1847.

La poblacion de México que, á pesar de las derrotas del dia anterior, habia dormido en la creencia de que las tropas con que aun contábamos, defenderian la capital calle por calle, conforme á la solemne promesa del general Santa-Anna, despertó el 14 de Septiembre bajo el yugo de las bayonetas estrangeras.

Los nacionales, que habian recibido la órden de disolverse, no estaban en lo general muy dispuestos á obedecerla. En el cuerpo de Hidalgo se celebró una junta para resolver lo que debia hacerse; y solo considerando los gefes y oficiales lo estéril que seria el sacrificio de la juventud que formaba aquel regimiento, se determinó que se cumpliera con lo mandado. Sin embargo, la cuarta compañía, que estaba situada en el convento de Santa Isabel, no quiso verificarlo, hasta la madrugada del siguiente dia, en que estaba ya completamente rodeada por los enemigos; pero aquellos nacionales se retiraron con sus armas, y despues de poner en salvo su bandera.


PLANO
DE LOS PU TOS ATACADOS POR EL
EJERCITO AMERICANO
en los dias 12, 13 y 14 de Setiembre de
1847
ESPLICACION
Tropa y camino del G.l Quitman.
Id Id del G.l Pillow.
Id Id del G.l Worth.
1. Catedral.
2. Plaza de armas.
3. Alameda.
4. Ciudadela.
Casa mata de S. Ant. Abad
de la Condesa

En la noche del 13, la division de Quitman construyó en la garita de Belen una fortificacion, sostenida por un cañon de á veinticuatro, otro de á diez y ocho y un obus de ocho pulgadas. En la madrugada del 14 vinieron unos mensageros de la Ciudadela, con bandera blanca, invitándolo á ocuparla, y diciendo que Santa-Anna habia abandonado la ciudad.

Tomó posesion de la Ciudadela, dejando una guarnicion en la garita.—Encontró, segun su parte oficial, quince piezas de cañon montadas, y en seguida envió una columna, sostenida por una batería ligera, por las calles principales hasta la plaza mayor.—El capitan Roberts, del regimiento de rifleros, fué el encargado por Quitman de poner la bandera americana en el Palacio.

Desde la noche anterior habian salido á pedir garantías al general enemigo, á nombre del ayuntamiento, los regidores Lic. D. Urbano Fonseca, Lic. D. José María Zaldivar y D. Juan Palacios (que iba en calidad de intérprete) y el oficial mayor D. Leandro Estrada.

La comision se dirigió á la una y media de la mañana al pueblo de Tacubaya, donde se hallaba el general Scott, y no regresó hasta que obtuvo la seguridad, afianzada en la garantía del honor, de que se respetaria la poblacion.

Las seis de la mañana serian cuando entró á la ciudad la columna del general Quitman. Despues penetraron las tropas que mandaba el general Worth, y en el resto del dia, las demas fuerzas permanentes del ejército enemigo. El general Scott, en un corpulento y hermoso caballo y con una arrogante escolta, verificó su entrada como á las nueve.

La poblacion de México que, en los dias anteriores, mas que de patriotismo, habia dado muestras de indolencia, no pudo resistir el aspecto de los invasores, que orgullosamente tomaban posesion de la ciudad. La gente se reune: empieza á formar corrillos, á montar en cólera á la vista de la altivez de los norte-americanos; y pronto, despreciando el peligro, deseando provocar una lucha sangrienta, se lanza el grito de guerra, y los vencedores, que ya no contaban con encontrar resistencia, se ven acometidos en plazas y calles con un ímpetu que los alarma.

Infinitas versiones hemos oido sobre el lugar en que salió el primer tiro; y aunque entre todas ellas sea difícil descubrir cuál es la

exacta, nos atenemos á la mas repetida, segun la cual, aquel tiro salió del callejon de Lopez.

El coronel Carbajal, de la Guardia Nacional, en union de otros gefes, habia formado un plan para batir al enemigo á su entrada á la ciudad, estando en esta combinacion la mayor parte de los vecinos de las calles desde la Alameda hasta el Salto del Agua. Un ciudadano, llamado Esquivel, disparó ántes de tiempo el tiro de que hemos hablado, y creyéndose que era la señal para el combate, se rompió el fuego por las calles del Hospital Real y San Juan.

El tiro se dirigió al general Worth, que estaba á caballo en la esquina del callejon de Lopez; pero no le dió á él, sino al coronel Garland, hiriéndole una pierna. Los americanos penetraron al punto por las calles, tirando cañonazos, echando abajo puertas, saqueando casas, y cometiendo otros mil escesos. Los que medio hablaban español, procuraban indagar quién habia sido el del primer tiro; y el coronel Carbajal, que fué denunciado por dos personas, corrió gran peligro de ser fusilado.

Entre tanto, el combate se habia generalizado ya: en todas las calles que habia ocupado el ejército enemigo, se peleaba con arrojo y entusiasmo. La parte del pueblo que combatia, lo hacia en su mayoría sin armas de guerra, á escepcion de unos cuantos, que mas dichosos que los demas, contaban con una carabina ó un fusil, sirviéndose el resto, para ofender al enemigo, de piedras y palos, de lo que resultó que hicieran en los mexicanos un estrago considerable las fuerzas americanas.

Algunos nacionales, de los que la noche anterior se habian visto obligados á abandonar sus puestos, salieron de sus casas á la calle, llevando consigo sus fusiles, para tomar parte en la refriega. Ocupáronse algunos edificios altos y varios templos, desde donde se podia hacer mas daño á los enemigos. De los barrios de San Lázaro, San Pablo, la Palma y el Cármen, se veian brotar hombres decididos á buscar la muerte por defender su libertad; y muchos que á consecuencia de la distancia, no podian ofender á sus contrarios con sus armas improvisadas, salian á la mitad de las calles, sin otro objeto que provocarlos, para que se arrojaran sobre ellos, y pudiera el que tenia fusil dispararlo con buen éxito.

Multitud de víctimas en todo aquel dia regaron con su sangre las calles y plazas de la ciudad. Doloroso es decir que aquel esfuerzo generoso del pueblo bajo, fué en lo general censurado con acrimonia por la clase privilegiada de la fortuna, que veia con indiferencia la humillacion de la patria, con tal de conservar sus intereses y su comodidad.

Todo el dia resonó en la ciudad el ruido desolador de la fusilería; y la artillería, haciendo estremecer los edificios hasta en sus cimientos, difundia por todas partes el espanto y la muerte. Horas enteras se prolongó la lucha emprendida por una pequeña parte del pueblo, sin plan, sin órden, sin auxilio, sin ningun elemento que prometiera un buen resultado; pero lucha, sin embargo, terrible y digna de memoria.

Acciones sublimes, rasgos hermosos de valor y de heroismo, se verificaron sin duda entónces, que quedarán por siempre relegados al olvido, sin que la historia pueda recoger los nombres de los que así se sacrificaban por su patria, sin que ellos al morir hayan tenido otra recompensa que la satisfaccion interior que resulta del cumplimiento del deber.

Aun en medio del combate, los enemigos se entregaron á los mas infames escesos: horribles fueron los desastres que señalaron la ocupacion de México. El que no haya visto á una poblacion inocente, presa de una soldadesca desenfrenada, que ataca al desarmado, que fractura las puertas de los hogares para saquearlos, asesinando á las pacíficas familias, no puede formarse idea del aspecto que presentaba entónces la hermosa cuanto desgraciada capital de la República. Una tropa ordenada, disciplinada y bien organizada, que aparece triunfante en una poblacion, causa á los habitantes solamente el pesar de ser subyugados por la fuerza; pero un ejército mal equipado en su mayoría, desordenado y vicioso, que ostenta con el descaro de la embriaguez los adefesios del juglar en sus vestidos, y la feroz brutalidad del salvage en sus escesos; mas que al soldado valiente representa al bandido, y causa á la víctima de su iniquidad mas que el pesar del vencimiento, la vergüenza de la humillacion.

El ayuntamiento publicó el mismo dia 14 una proclama, en la que, manifestando los males que resultaban del estado de alteracion en

que se encontraba la tranquilidad pública, instaba por el restablecimiento de ésta. Decia, que el general enemigo se negaba á conceder en favor del municipio todas las garantías del derecho natural y de gentes miéntras no cesaran las hostilidades que se hacian á su ejército, y que aun habia ordenado á sus tropas, que la casa de donde se les disparase un tiro, fuera derribada por la artillería, dándose muerte á cuantos se encontrasen en ella.

Los combates parciales, que no se habian suspendido durante el dia, cesaron con la llegada de la noche, aunque no dejaron de interrumpir su solemne silencio algunos tiros que de tarde en tarde se oian estallar, sin que se viese la mano que los disparaba, y la voz de "alerta" de los patriotas, que recordaba al enemigo que aun habia en México hombres que velaban por su independencia.

La noche estaba oscura y pavorosa: las dolientes familias permanecian dentro de sus casas, temiendo constantemente que vinieran los americanos á romper sus puertas y á ejecutar en sus personas los crímenes mas vergonzosos: temblaba el anciano padre por su hija inocente, y ella por la vida de éste: ni un farol, ni luz de ninguna especie alumbraba á la pavorosa México: los cadáveres quedaron esparcidos por toda la ciudad: muchos soldados de caballería recorrian la ciudad, dando con sus sables en las paredes; y violando las puertas de las casas particulares y tiendas de comercio, estraian de unas los efectos mas preciosos, y de otras los comestibles, escasos para la poblacion, porque el temor de atravesar las calles para comprarlos, y las muy pocas tiendas que estuvieron abiertas en el dia, ocasionaron que la gente pacífica permaneciera sin ellos.

Puede asegurarse que la mayor parte de la numerosa poblacion de México pasó en vela aquella noche funesta: ¿quién duerme con la imágen de la patria tan recientemente ultrajada, y con la memoria dolorosísima de los muchos mexicanos que habian perecido en aquel dia y los anteriores? Pocas familias, en verdad, dejaron de llorar uno ó mas objetos amados.

Amaneció, por fin, el dia 15; y cuando ya los buenos ciudadanos lamentaban el que se hubiera aplacado la ira popular, y por consiguiente la alarma, en la que veian una esperanza de recobrar la libertad, volvió á resonar el estallido de las armas, y con él la voz general de entu-

siasmo; voz sublime entónces, como que revelaba un pueblo decidido y valiente. Volviéronse á renovar las terribles escenas del dia anterior sobre un suelo manchado de sangre, sin que bastaran á entibiar el furor del pueblo las continuas amenazas del general Scott, que juró asolar la manzana desde la cual saliera un tiro sobre sus tropas.

En medio de tantos sacrificios, hasta entónces estériles para nuestra libertad, habia una esperanza en todo corazon mexicano, de que el ejército de línea auxiliara aquel movimiento, débil en verdad por la falta de combinacion, de caudillos, de parque y armas, y finalmente, de todo elemento capaz de dar un triunfo. Esta esperanza era tanto mas natural, cuanto que si se hubiera recibido ese auxilio, probabilidades habia de que al pabellon de las estrellas, enarbolado la víspera por los invasores sobre el Palacio nacional, habria reemplazado el nuestro, y México restaurado su libertad y el honor perdido con tanta mengua. Esta esperanza salió fallida como se ha visto, y solamente el dia 14 se vieron atravesar por algunas calles de la ciudad á unos dragones de los regimientos quinto, noveno y Guanajuato, tan mal armados, que muchos, despues de habérseles cebado sus carabinas repetidas veces, no pudiendo disparar un solo tiro, las arrojaban contra el suelo, y corrieron blandiendo la lanza sobre los enemigos, entre cuyas filas espiraron valientemente.

No es fácil conocer á punto fijo cuál fué el objeto que tuvieron los gefes de nuestro ejército al mandar á México aquella tropa, pues como auxilio, era en verdad una fuerza muy insignificante contra unos enemigos posesionados de los mejores puntos de la ciudad, y superiores con mucho en número. Con el de distraer al ejército americano, á fin de que no fueran en su seguimiento, es mas dudoso, pues jamas se pudo suponer que intentaran destruir el nuestro, sino solamente posesionarse de la capital, lo que ya habian conseguido.

Como quiera que sea, el resultado fué que aquellos soldados fueron víctimas de su obediencia, y solo sirvieron para doblar la confusion de aquel dia, aumentando la matanza y desolacion que reinaba.

Perdida toda esperanza de verdadero auxilio por parte de nuestras tropas, é intimadas por el general Scott diversas órdenes penales sobre el que hiciera armas contra sus soldados, y otras mas de distinto

carácter del ayuntamiento de México, en que manifestaba al pueblo, que no podia exigir del invasor las garantías que habia ofrecido para la poblacion en el estado de efervescencia en que ésta se hallaba, y la triste esperiencia de que en dos dias de constantes esfuerzos no habia obtenido México ningun triunfo sobre el invasor, y que por las causas que se han indicado, sucederia lo mismo acaso en adelante. Estas consideraciones, juntas con el egoismo de las clases influentes, ocasionaron que con la luz del dia terminara aquel movimiento.

Un juicio mas exacto debe hacerse de las causas que influyeron en México, para que la parte del pueblo que combatió no triunfara de los invasores, puesto que en tales casos las cosas, al parecer mas insignificantes, obran muy poderosamente en el éxito.

Una pequeña porcion de un pueblo, cuando se levanta por cuaquier principio, si no es impulsada despues por la gente pensadora, si no halla un verdadero apoyo en los que se lo pudieran dar con su prestigio, con su fortuna ó su capacidad mental, es siempre víctima de su arrojo, y mas sin duda cuando (como sucedió en México) el interes privado y el temor oprobioso, hacen que aquellos, en vez de dar vigor á sus laudables esfuerzos, los sofoquen con su indiferencia.

Vergonzoso es en verdad que en aquellos dias solemnes, en medio del entusiasmo del pueblo, y cuando no debia haber mostrado nadie á los ojos del mundo deseo de paz á los enemigos, se vieran colocados en todos los balcones, con escepcion de muy pocos, banderas blancas en las casas de los mexicanos, muchos de ellos condecorados con empleos del gobierno. Los estrangeros las pusieron de las diversas naciones donde habian nacido. Verdad es que este triste ejemplo lo dieron los últimos, á fin de evitar el saqueo de sus efectos, señalando de este modo las casas que podian robar impunemente los invasores. No obstante, en obsequio de la verdad y la gratitud, no se debe pasar en silencio, que hubo algunas honrosas escepciones en estrangeros, bien conocidos entre nosotros por su desinteres y amor al pais, que teniendo grandes tesoros que perder, prefirieron que éstos acaso peligraran, á valerse de ese medio para salvarlos, miéntras que algunas familias hijas de nuestro suelo, ofrecieron á la vista de todos el contraste mas vergonzoso, escudándose con pabellones estrangeros.

La noticia que voló por la ciudad, de que las fuerzas que estaban en la villa de Guadalupe, en vez de venir sobre los enemigos, iban á alejarse, influyó no poco en el ánimo de un pueblo cansado ya de desengaños; pero lo que mas cooperó á la nulificacion de aquel movimiento, fueron los esfuerzos constantes del ayuntamiento; esfuerzos reprobados entónces por los que sentian arder en su pecho el fuego sagrado del patriotismo. Cuando un pueblo combate por su libertad, es un deber dejarlo obrar segun su intento, sin atender á los intereses privados ni á la efusion de sangre, pues como sus esfuerzos pueden ser desgraciados, pueden no serlo, y nadie sabe hasta dónde son susceptibles de llegar, siendo tambien éstos un testimonio de honor ante el mundo; y este es, por cierto, uno de los casos, raros en verdad, en que aunque el éxito se considere funesto, no debe evitarse la empresa noble, muy noble á la faz del universo.

Solamente el deber de historiadores nos obliga á hablar de unos seres degradados, que han merecido el odio de los mexicanos y el desprecio de los vencedores. Cosa de cien bandidos estraidos por los enemigos de la cárcel de Puebla, á donde los habian conducido sus crímenes, vinieron con aquellos á hacer la guerra á México, y fueron en esos dias funestos el azote de sus conciudadanos. Asesinos y ladrones ántes, traidores ademas entónces, atravesaban la ciudad sobre briosos caballos, llevando ceñido en su sombrero un lienzo rojo, distintivo infame de su clase, y ostentando descaro, cometian escándalos y crímenes.

La emigracion en aquellos dias fué muy numerosa: los caminos estaban cubiertos de familias, que causaban una pena inesplicable, semejantes á las aves que al encontrar sus nidos destruidos por el huracan, exhalan cantos lastimosos sobre las ramas que los sostuvieron, y vuelan á tierras estrañas buscando aires mas serenos. Prescindimos de trazar aquí el cuadro de la desolacion de esas familias, que sin recursos ni porvenir las mas de ellas, salian á sufrir toda clase de males, por tal de escapar de los peligros que temian de la saña de los invasores.

En la noche del 15 presentaba México el contraste mas espantoso. Por una parte, los mexicanos, encerrados en sus casas, se entregaban á la consternacion y al desaliento, miéntras que por otra, la soldades-

ca triunfante, llena de júbilo, y escitada por licores embriagantes, sentia deslizarse las horas entre la risa y la algazara.

Con la aurora terminó el espanto de los unos y la insultante alegría de los otros; y el Sol que años ántes vió á México libertada por sus heróicos hijos, alumbró un pueblo esclavo y resignado ya con su ignominia.



CAPITULO XXIV.

Salida del ejercito de la capital—Su division en dos secciones—Marcha de la primera a Queretaro y de la segunda hasta Puebla.

Al adoptarse en la junta de la Ciudadela la resolucion de que el ejército abandonara la capital, retirándose en la noche á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, ni la misma junta, ni el general en gefe pensaron en el plan de operaciones que se debia seguir: nada se resolvió sobre la conducta posterior del gobierno, nada se tocó sobre medidas de política ó guerra: el porvenir de la República quedaba envuelto en la confusion y el olvido.

A fin de llevar á efecto la resolucion de la junta, el general Lombardini, que acababa de ser nombrado en gefe del ejército, dispuso que dos ayudantes retiraran las tropas de los puntos en que se encontraban, y les diesen las órdenes de ponerse en camino para la garita de Peralvillo, donde debian hacer alto. Por un descuido inconcebible, las únicas fuerzas que se retiraron, fueron las que habia en la Ciudadela, en la casa de Ayllon, en la Acordada y en el Portillo de San Diego, quedando enteramente olvidadas las del Niño Perdido, la Profesa, San Fernando y otras que cubrian el servicio de la plaza.

El general Alvarez, con trescientos infantes del Sur, y la caballe-

ría, dividida en dos brigadas, á las órdenes de los generales Quijano y Andrade (D. Manuel) salió ántes que el resto de las tropas. Atravesó por la ciudad de Guadalupe, en donde dejó al regimiento de Húsares y escuadron de Veracruz, y continuó su marcha hasta San Cristóbal.

A los once de la noche comenzaron á salir los trenes y la artillería, que debian tomar la delantera. Desde ántes habian estado trabajando con un empeño digno de elogio en arreglarlo todo para la retirada, así el general Carrera, director del arma, como los principales gefes de ella; pero á pesar de sus esfuerzos, la precipitacion con que se iba á emprender la marcha, y la falta de mulas, impidieron que se sacase todo el inmenso material de guerra que existia en la Ciudadela. Se salvaron no mas catorce piezas, con algunos carros de parque y parte de los trenes, quedando allí varios cañones y un acopio considerable de fusiles y otros útiles de guerra, que cayeron al siguiente dia en poder de los enemigos.

La infantería se dividió en cuatro secciones, que tomaron por diversas calles, para no embarazarse en la marcha, debiendo reunirse en la espresada garita de Peralvillo. Mandaba la primera el gobernador Olaguíbel, y se componia de los nacionales que habia traido de Toluca. La segunda, formada de los batallones de Lagos, Iturbide y Tula, iba á las órdenes del comandante de batallon Arroyo. Dirigia el general Martinez la tercera, cuya fuerza constaba de muchos piquetes de varios cuerpos. Por último, se veia al frente de la cuarta al general Perez, á quien obedecian los restos de los cuerpos ligeros y del 11.° de línea.

Las brigadas marchaban en silencio; la tristeza reinaba en todos los corazones. Se alejaban con sentimiento de la ciudad que habian defendido, considerando que el Sol del dia siguiente alumbraria la entrada triunfante de los enemigos, quienes iban á ver cumplida la amenaza que todos habiamos despreciado, como hija de un delirio del orgullo.

Los cuerpos que llegaron primero á la garita, hicieron alto, hasta que estuvieron todos reunidos. Entónces empezaron á recogerse los desgraciados frutos de la desmoralizacion, que tantos golpes consecutivos habian introcucido en el ejército. Los soldadados, favorecidos

por la oscuridad, comenzaron á desertarse, disminuyendo así la fuerza, ya no muy crecida, que habia salido de la ciudad. Los que no cometieron aquel delito, buscaron el descanso que reclamaban las continuas fatigas de los últimos dias; y pronto unos olvidaron en un grato sueño sus trabajos pasados, miéntras que otros, sin poder cerrar los ojos, pensaban en los males que tendrian aun que sufrir, y en el porvenir sombrio y desconsolador de la República...... Esto pasaba á la una de la noche.

A pocos momentos el general Lombardini dispuso que se continuase la marcha. Obedecióse su órden, pero no sin que la tropa prorumpiera en murmuraciones, porque se interrumpia su sueño, y se le impedia disfrutar por mas tiempo el reposo de que tenia tanta necesidad.

El general Santa-Anna, que habia salido de México á las doce de la noche, estaba en Guadalupe cuando llegó allí la infantería, á la que ordenó que tomara el rumbo que de aquella ciudad va para Tlalnepantla. Al amanecer del 14, las tropas que iban por delante, oyeron á su retaguardia algunos tiros, que ocasionaron una terrible alarma, convertida bien pronto en espantoso desórden. Esparcióse la voz de que los americanos venian en persecucion del ejército: se atribuyó el tiroteo á una avanzada suya, y los soldados mexicanos, sin pensar en la inverosimilitud de semejante suceso, le dieron crédito, cediendo á un terror pánico los mismos que habian afrontado peligros verdaderos. Tal era el estado de desconcierto á que se veian reducidos los restos de las fuerzas que habian defendido la independencia nacional.

Los tiros que originaron el desórden, habian sido disparados por algunos soldados del batallon Matamoros, cuerpo que mandaba el diputado Othon, quienes contaminados del mismo espíritu de descontento, que se generalizaba por instantes, se habian empezado á desbandar, descargando sus fusiles en todas direcciones, muy agenos de pensar en el desórden que iban á promover con aquel ruido.

El general Santa-Anna, que oyó tambien los tiros, y creyó como muchos otros que eran del enemigo, y que éste le iba á cortar la retirada, fué en persona á hacer contramarchar á la infantería; pero cerciorado luego de que el peligro que temia era imaginario, dispuso que siguiese adelante. Consultó entónces con el general Herrera, que iba

en su compañía, un plan que habia formado, y que consistia en que dicho general con la infantería, la mayor parte de la artillería y todos los trenes, se dirigiera para Querétaro, miéntras que él con la caballería y cuatro piezas ligeras, marchaba sobre Puebla, en cuya ciudad esperaba, favoreciendo al general Rea, sorprender á la corta guarnicion dejada allí por Scott, y obligarlas á rendirse. El general Herrera escusaba encargarse del mando, alegando sus enfermedades, y la dificultad de conservar el órden y la disciplina en una division desmoralizada ya, y á la que sin duda acabaria de exasperar la falta absoluta de socorros y alimentos. Sin embargo, instado con empeño para que se resignara á sufrir los disgustos que preveia, se decidió á hacer este sacrificio en obsequio de la patria, é inmeditamente se puso en marcha con la division, delante de la cual habia dicho Santa-Anna el plan.

Este general regresó á Guadalupe, y tomó de allí el camino para San Juan Teotihuacan, con el objeto de alcanzar á la caballería que seguia ya aquel rumbo.

La mañana del 14 era triste y sombría, como el destino de la República. Habia una niebla tan espesa, que los objetos dejaban de distinguirse á pocos pasos de distancia: luego empezó á caer una llovizna ligera, pero constante, que empapó á los soldados, y aumentaba el frio intenso que se sentia. Se llegó á Tlalnepantla, donde se dió á la tropa una hora de descanso, pasada la cual se prosiguió la marcha para Cuautitlan.

Miéntras las dos secciones en que se habia dividido el ejército, caminaban así por distintos rumbos, conforme al plan adoptado, el pueblo se levantaba en la capital contra los invasores; pero buscando un apoyo que los sostuviera, no faltó quien pensara en avisar al general Santa-Anna lo que pasaba, escitándolo á que volviera con las tropas á favorecer el levantamiento. El que llevó la noticia, fué el ciudadano Próspero Perez, uno de los cabecillas del pueblo, quien alcanzó en Tulpetlac al general en gefe. Este, en cuanto supo lo sucedido, determinó que volvieran sobre México las fuerzas de su mando directo, y despachó un ayudante al general Herrera para que lo mismo hiciera la infantería.

Una hora llevaba ésta de hallarse en Cuautitlan, cuando se recibió

la órden referida. Notable fué en algunos el disgusto con que vieron esa disposicion, que los obligaba á volver á sufrir los peligros, y á padecer los trabajos de la guerra, cuando ya se veian libres de unos y otros con la retirada. No obstante, la tropa se disponia á ponerse en marcha, cuando se presentó un nuevo ayudante con otra órden para que se siguiera á Querétaro, por los motivos de que se va á hablar.

El general Santa-Anna, informado por Perez de lo ocurrido, se dirigió desde el pueblo de Tulpetlac á la garita de Peralvillo, donde colocó á los infantes del Sur, tratando de aprovechar en su defensa los parapetos construidos para recibir al enemigo; hizo entrar á la ciudad parte de los regimientos 5.°, 9.° y de Guanajuato, los que llegaron hasta Santa Catarina y la Concepcion, lanceando á algunos americanos, y se retiraron en seguida. A la oracion de la noche contramarcharon todos á Guadalupe, porque el general Santa-Anna estaba en la inteligencia de que el movimiento de la capital habia sido una cosa despreciable, y no dudaba que el enemigo pronto venceria la resistencia del pueblo. En consecuencia de esta opinion, mandó la órden de que arriba se hizo mérito, para que la infantería continuara la marcha á Querétaro.

Antes de seguir adelante, conviene decir lo que hizo el Lic. Olaguíbel, para no dejar incompleta la relacion, en lo perteneciente á la seccion de su mando. Olaguíbel, que salió de México con su infantería, se adelantó á Tlalnepantla, donde se separó de la division que marchaba á las órdenes del general Herrera, despues de haber proporcionado á éste, á peticion suya, algunas órdenes para que de las rentas de los pueblos por los que se pasara, se franqueasen recursos. Permanecia aun en Tlalnepantla, cuando supo que los habitantes de la capital hacian armas contra los americanos. Con el objeto de adquirir noticias exactas de los acontecimientos, salió del pueblo en que se encontraba, y llegó hasta los Ahuehuetes. Allí se detuvo, y formando la opinion de que lo de México era de poca importancia, volvió á Tlalnepantla, donde pasó la noche.

Al dia siguiente, para saber si la resistencia continuaba, despachó á una persona de su confianza á que se informara con exactitud de los sucesos; y como á su vuelta se los pintó el comisionado muy insignificantes, dándoles ménos valor del que en realidad les correspon-

dia, se resolvió á no prestar auxilio á los que se defendian, y se afirmó en su primera idea de retirarse con su fuerza á Toluca, por un largo rodeo.

Antes de ponerse en marcha, llegó á su noticia, que varios gefes y oficiales de la division de Herrera opinaban porque en vez de ir á Querétaro, se retirara á Toluca. Desagradóle en estremo esta idea; y en pugna desde entónces con los militares, á quienes echaba en cara no haber cumplido con sus deberes, se obstinaba en oponerse de todos modos á que las tropas quedaran en el Estado de su mando. Determinado, pues, á llevar adelante esta resolucion, tomó por fin el rumbo de Toluca, por el camino de Nijiní.

La division de Herrera salió el 15 para Huehuetoca, á donde se llegó sin que ocurriera novedad particular en el camino. Se puso la tropa á descansar; pero no llevaria mas que una hora de reposo, cuando el teniente coronel Cadena, ayudante del general Santa-Anna, se presentó con la órden de que se hiciera una nueva contramarcha, porque en México se seguia peleando con los enemigos, y era muy urgente auxiliar á los que sin apoyo militar se defendian.

El general en gefe en la mañana del 15 habia recibido nuevas noticias, exageradas y patéticas, de que en la capital no cesaba el combate, á consecuencia de lo cual volvió como el dia anterior á la garita de Peralvillo, con la caballería é infantería del Sur, enviando al mismo tiempo á Cadena para que contramarchara la division que habia llegado ya á Huehuetoca. En Peralvillo no oyó mas que algunos tiros parciales, por los que se persuadió de que la resistencia del pueblo tocaba á su término. No dió, por lo mismo, auxilio alguno: permaneció á la espectativa hasta las siete de la noche: á esta hora regresó á Guadalupe, desde donde comunicó otra órden á la infantería, para que definitivamente siguiera á tierradentro.

El 16 hubo una junta de guerra, despues de la cual el general Santa-Anna hizo dimision del mando supremo, que se admitió, á virtud de las facultades estraordinarias, disponiendo que se encargara de la presidencia de la República D. Manuel de la Peña y Peña, como presidente de la suprema corte de justicia, y nombrando de asociados á los generales Herrera y Alcorta. En seguida se puso en marcha, rumbo á Puebla, para llevar adelante su proyecto.

Separémonos de él por ahora, mientras referimos lo que pasaba en la division de infantería, á la que hemos dejado en Huehuetoca, preparándose á hacer la contramarcha sobre México. En efecto, se puso en camino para Cuautitlan, no sin incurrir varios soldados en las faltas de disciplina y subordinacion, que desde ántes habian empezado á cometerse. La desercion, que comenzó tambien desde la salida de la capital, se hizo entónces sobremanera notable, pues pasaron de mil los soldados que perpetraron ese delito. El contagio del desórden cundió hasta el cuerpo de Inválidos, compuesto de soldados viejos y aguerridos, que infinitas veces habian dado pruebas de valor y constancia, y que entónces, en un momento de irreflexion, echaron una mancha sobre su larga carrera de buenos servicios, indisciplinándose casi todos en momentos tan críticos, y obligando á los gefes á que los desarmaran para evitar otros trastornos.

En la noche descansó la fuerza de Herrera en Cuautitlan, persuadida de que el 16 continuaria en marcha para México. No sucedió así: la nueva disposicion, ya referida, del general Santa-Anna, la hizo volver á tomar el camino de Huehuetoca. Cosa de juego parecia aquel continuo movimiento: se traia á los soldados de aquí para allá: se les mandaba ir á un punto, y apenas se encontraban en él, cuando se les hacia contramarchar: á poco se ordenaba que volvieran al lugar de que habian salido: luego se determinaba que retrocedieran otra vez; y tantas idas y venidas, mal calculadas, ejecutadas con disgusto, infructuosas, perdidas, solo servian para cansar á las tropas, para ecsasperarlas mas y mas, para fomentar la desercion y el desórden, para dar lugar á la continuacion de los escesos á que se habian entregado desde un principio.

Provenian éstos del estado de desesperacion á que habian llegado los soldados, quienes se contenian aun, cediendo á las órdenes y consejos de sus gefes miéntras que permanecian en las filas, pero que no oian mas voz que la de su despecho en cuanto las abandonaban. El número de desertores, dispersos y rezagados crecia por momentos: una vez entregados á su propio albedrío, cometian tropelías de todo género, separados unos de sus compañeros, reunidos otros en guerrillas, que dejaban tras sí, por sus desmanes, una huella de horror en las poblaciones por donde pasaban. Se metian en las milpas á cojer

elotes: cuando encontraban alguna vendimia, se arrojaban sobre ella, la comian sin pagarla, y aun maltrataban á sus infelices dueños: en los pueblos intentaban saquear las tiendas: en las ventas y figones consumian cuantos comestibles encontraban, sin entregar su precio; y ninguna consideracion los detenia con tal de saciar su hambre y satisfacer sus necesidades.

El general Herrera, con incesante afan, trataba de evitar que aquellos graves desórdenes se hicieran estensivos á las tropas que mandaba, las que conservaban todavía alguna disciplina. Valíase del prestigio de su nombre, y de cuantos medios le sugeria la prudencia, para hacerse de recursos, y ser ménos oneroso á las poblaciones del tránsito. Pedia comestibles en las haciendas: los dueños y administradores los franqueaban, pocos de buena voluntad y generosamente; los mas solo por obviar mayores daños. Esta misma conducta observaban los que temian que los soldados se echasen sobre sus ganados, tiendas, trojes ó eras, dando así, á virtud de la necesidad, lo que podrémos llamar donativos forzosos, porque con muy cortas escepciones, lo que proporcionaban en auxilio de la division, era de mala gana, renegando, y sin mas mira que la de libertarse de mas costosas exigencias.

En Tula se tomó por la fuerza toda la existencia de tabacos, la que se repartió á la tropa por via de socorro. De aquí resultó un despilfarro completo, en razon de que los soldados vendian lo que les habia tocado, en la tercera ó cuarta parte de su valor. En la Goleta, entre otros acontecimientos desagradables, ocurrió el lastimoso de un pobre pollero, á quien mataron por quitarle unos pollos. De la Goleta á Arroyozarco, de Arroyozarco á San Juan del Rio, de San Juan del Rio á Querétaro, los desmanes de los dispersos y desertados continuaron, los escesos se repitieron, las faltas se multiplicaron; pero como todo esto no era mas que la prosecucion de lo que hemos procurado describir, no entrarémos en nuevos pormenores, contentándonos con manifestar, que esta funesta marcha dió lugar á todos los deslices que eran de esperarse de unos hombres hambrientos, maltratados, agobiados de trabajos, y que habian perdido ya, al abandonar sus banderas, el freno de la disciplina, única cosa que hubiera podido restablecer el órden.

Por fin, los restos de la division, que tambien habia incurrido en algunas faltas, llegaron á Querétaro, término de su camino. Allí les esperaban nuevos sufrimientos, nuevas penalidades, que no deben quedar ignoradas, pero cuya esplicacion no toca á este artículo.

Volvamos ya al general Santa–Anna, que durmió el 16 en San Juan Teotihuacan. Los mismos síntomas de insubordinacion y desarreglo que hemos notado en la division de infantería, hubo en la que él llevaba; y aun rigorosamente puede decirse, que el ejército quedó casi destruido desde que en Guadalupe se determinó que se retirasen los gefes y oficiales que quisieran, y que solo siguieran á las fuerzas los que voluntariamente se convinieran en hacerlo. La dispersion que ocasionó esta medida, fué verdaderamente incalculable.

El 17 permaneció la fuerza en Teotihuacan, esperando que se les reunieran todos los piquetes y rezagados que no se habian presentado aun. El 18 se anduvieron nueve leguas, continuando las brigadas á las órdenes de los generales Quijano y Andrade. El cuartel general llegó á San Lorenzo. El 19 se rindió en la hacienda de Guadalupe una jornada de diez leguas. Allí dió un ejemplo de insubordinacion escandalosa un sargento del escuadron de Veracruz, que despues de disparar su carabina en medio de una multitud de gente, escitó á todos sus compañeros enérgicamente á que se desbandaran y desertasen. Quién sabe qué resultado habria tenido este alboroto, si los Húsares no hubieran contenido el desórden.

El 20 continuaron las brigadas hasta los pueblos de Chautempan y Tlaxcala, en cuyo último punto ocurrió el cómico lance de que una guerrilla robara á los aposentadores del ejército. Santa–Anna habia determinado que en aquel lugar recibiera el castigo de su falta el sargento del escuadron de Veracruz, al que mandó fusilar. Se habia formado ya el cuadro, é iba á verificarse la ejecucion de justicia, cuando el general Quijano y otras personas de influjo se empeñaron en conseguir el perdon del delincuente, el que lograron del general en gefe. El delito, por lo mismo, quedó impune; y esta autorizacion, dada á los revoltosos para que quebrantaran la disciplina y cometiesen escesos, produjo en los dias siguentes resultados bastantes desastrosos.

Las tropas permanecieron en los pueblos mencionados hasta el 23:

el 24 marcharon á la fábrica de Antuñano; el 25 entraron á Puebla, donde se encontraba ya desde ántes el general Rea, batiéndose con su guerrilla y la parte de la poblacion que habia tomado las armas con entusiasmo, contra los americanos, retirados á los cerros de San Juan, Loreto y Guadalupe, y al cuartel de San José, puntos que de antemano habian fortificado.

El general Santa-Anna, recibido como un salvador por el pueblo, recorrió la ciudad al frente de sus soldados, notando que por todas partes renacia el espíritu público, y que gran parte de los habitantes tomaban las armas en defensa de su independencia agonizante. Luego regresó al Molino de Santo Domingo, donde pasó la noche, halagándose con la idea de un triunfo, que volveria parte de su esplendor perdido á nuestras armas, tan constantemente perseguidas por la fortuna.

El 26 avanzó el general Alvarez con la primera brigada hasta el Cármen, y desde aquel dia comenzaron los tiroteos y escaramuzas con las tropas americanas. En el artículo siguiente se hablará de estos sucesos con estension, continuándolos hasta referir el nuevo descalabro de Huamantla.



CAPITULO XXV.

PUEBLA Y HUAMANTLA.

La mañana del 24 de Septiembre se hallaba el general Santa-Anna á la cabeza de mil y quinientos dragones y cuatro piezas de artillería ligera, en las cercanías de Puebla, disponiendo su entrada á esta ciudad. la que efectivamente verificó á la una de la tarde. Fatigadas las tropas por la marcha y los sucesos que la precedieron, desprovistas de recursos, y desalentadas, en fin, tanto por estas razones, como por las repetidas derrotas que habian sufrido, no estaban sin duda en el estado que podia apetecerse para emprender con buen éxito el sitio á que se les destinaba: generalmente se acusaba á la caballería de que su desobediencia habia dado el triunfo al enemigo en algunas acciones habidas en el valle de México, principalmente en las de la hacienda de los Portales y Molino del Rey, en cuyos puntos se resistieron á dar la carga que se les habia ordenado. Sin embargo, éstas eran las fuerzas con que el general Santa-Anna se proponia protejer las operaciones militares del general D. Joaquin Rea, y sitiar en Puebla á la seccion americana, que se hallaba ocupando el barrio de San José, dentro de la ciudad, y los cerros de Loreto y Guadalupe que la dominan completamente. Esta seccion tendria cosa de quinientos hombres con artillería gruesa, y estaba al mando del coronel Childs.

Cuando nuestro ejército se retiró á la ciudad de Guadalupe Hidalgo, el general en gefe no practicó este movimiento como consecuencia de un plan fijo para sus futuras operaciones; pero considerando que la base de las del enemigo estaba en Puebla, creyó que recobrando esta ciudad, pondria en grave conflicto al general Scott, que quedaba cortado de toda comunicacion en el corazon de la República. Acaso se animó tambien el general Santa-Anna á dar este paso por los rumores que se hacian correr en aquellos dias, de que los americanos estaban ya al rendirse, hostilizados por las fuerzas nacionales de aquel Estado y las demas que mandaba el general Rea.

El general Santa-Anna recorrió esa tarde á caballo algunas de las calles de Puebla, y aunque lo seguia multitud de gente del pueblo, solo una que otra vez lo victoreaban. El general Rea, como comandante de la plaza, declaró por medio de un bando, quedar reducida la ciudad á rigoroso sitio, y sujeta á todas sus consecuencias. El dia 25 el general Santa-Anna, que estableció su cuartel en el Cármen, dirigió una intimacion al gefe americano Childs, para que dentro de veinticuatro horas se rindiera á discrecion, ó de lo contrario tendria necesidad de destruirlo, á la cual éste contestó, despues que habia ya espirado el término de aquella, que habiendo merecido la honrosa confianza de conservar aquellos puntos, estaba resuelto á morir con toda su fuerza, ántes que entregarlos: desde entónces las hostilidades que se habian suspendido hacia cuarenta y ocho horas, fueron renovadas, contestando los enemigos al fuego que se les hacia por nuestra parte, con tiros de cañon, granadas y cohetes.

Antes de la llegada del general Santa-Anna, el general Rea, situado en el cerro de San Juan, fuera de los tiros del de Loreto, se habia ocupado constantemente en cortar los víveres al enemigo, y en introducir por las noches algunas fuerzas pequeñas á posesionarse de varios puntos de la ciudad, desde donde procuraba desvelar al gobernador americano con un continuo tiroteo. De todas estas escaramuzas, apenas son dignas de notarse una que otra en que se consiguió cualquiera pequeña ventaja, y lo mismo puede decirse de los movimientos practicados hasta la tarde del 28, en que fué rechazada por la infantería del general Rea una pequeña columna enemiga, que intentó entrar á las calles centrales de la ciudad para proporcionarse víveres.

Este hecho entusiasmó al pueblo, que victoreando á la República y á los gefes, se dirigió al Cármen, pidiendo al general Santa-Anna le permitiese llevar las piezas ligeras que estaban situadas en la plazuela, para batir con ellas al enemigo.

El general Santa-Anna consintió en la demanda del pueblo, y tirada por paisanos, fué en el momento á situarse por Santa Rosa una pieza de á cuatro, frente á otra de á ocho que el enemigo tenia á distancia de trescientas varas: pronto fué desmontada la nuestra, pues no obstante que estaba atrincherada con pacas de algodon, el enemigo logró hacerle pedazos la rueda izquierda. A pesar de esto, el oficial que mandaba aquella, hubiera continuado haciendo fuego, á no habérselo impedido el comandante del punto.

El coronel Childs, gobernador civil y militar de Puebla, en el parte que dió al general Scott, encarece tanto los esfuerzos de los sitiadores y el mérito de la resistencia de sus tropas, que á la simple lectura de este documento, pudiera creerse que se trataba de un sitio de veintiocho dias, como asegura Childs, sostenido por los mas brillantes hechos de armas. No es la primera vez que los gefes americanos han querido aumentar el mérito de sus triunfos con mengua de la verdad. El 24 de Septiembre se declaró la ciudad de Puebla en estado de sitio, y el 1.º de Octubre lo habia ya levantado el general Santa-Anna, retirándose con sus fuerzas á Huamantla: durante todo este tiempo, y aun desde ántes, no se habia hecho otra cosa que hostilizar al enemigo con escaramuzas de mas ó ménos consecuencia, entre las cuales solo se cuentan de mas consideracion los sucesos del 28, que quedan referidos, y los del 30, reducidos á haber puesto en la madrugada de este dia una pieza de á seis por el barrio del Alto, en un punto dominante, que podia producir buenos resultados, sostenida por veinte hombres de la compañía de Huachinango.

Tales fueron los únicos movimientos que emprendió el general Santa-Anna para ocupar el cuartel de San José y rendir los cerros de Loreto y Guadalupe. Al frente de mas de dos mil hombres de infantería y otros tantos de caballería, con auxilios que estaban en camino de las tropas del general Reyes, y entónces con la suficiente artillería para emprender un movimiento grande, se ocupó solamente en escaramuzar, sin acordarse de la tronante intimacion con que habia amenazado al coronel Childs.

El sitio de Puebla, si merecen este nombre las operaciones militares del general Santa-Anna en aquella ciudad, ha sido un hecho sin consecuencias de consideracion para la guerra: la caballería permanente y la mayor parte de la infantería que estaba bajo las órdenes de aquel general, nada tuvo que funcionar en esta vez, ni se ocupó en otra cosa que en talar los campos de las inmediaciones de Puebla, y en oprimir á los habitantes pacíficos de las cercanías.

La falta de plan por parte del general Santa-Anna, acaso nos ha privado de alcanzar algunas veces la victoria, pues es ya un hecho incontestable, que no ha acostumbrado este general batir con todas sus fuerzas al enemigo, ántes bien nos consta que en el valle de México casi todas las batallas se han empeñado entre el grueso del ejército americano y una parte de nuestras tropas, quedando la mayoría de éstas en espera de órdenes para obrar. Si en Puebla se hubiese dado accion con todas nuestras fuerzas, el coronel Childs se habria visto en un gran conflicto para poder resistirlas, cuando ménos por la superioridad numérica con que contábamos.

El 1.º de Octubre levantó el general Santa-Anna la division que tenia sobre Puebla, dirigiéndola con rumbo al Pinal: tenia noticia de la aproximacion del convoy de carros con recursos, víveres y algun refuerzo de tropa que venia para Puebla y México, bajo las órdenes del general Lane. Llevaba el general Santa-Anna dos mil quinientos infantes, otros tantos caballos y seis piezas ligeras, segun el cálculo que se pudo formar en Amozoc, en cuyo punto se reunieron á las doce del dia todas las fuerzas, prosiguiendo la marcha hasta Nopalúcan.

El 3 de Octubre se pasó en Nopalúcan revista á nuestras fuerzas, y habian desertado en los dos dias anteriores mas de mil infantes de la Guardia Nacional de Puebla y algunos otros de línea. Esta nueva leccion demostró al general Santa-Anna cuál era su verdadera situacion; y abatido por la série de reveses que habia sufrido, dispuso devolver la infantería para Puebla; remitir para Oajaca, escoltadas por el escuadron de aquel Estado, las seis piezas de artillería, y continuar para Huamantla con poco ménos de dos mil caballos que le quedaban. Habian ya emprendido su marcha aquellos cuerpos, y se hallaba la artillería en San Andres Chalchicomula, cuando recibió

contraórden para volver á Nopalúcan en union del escuadron espresado; y en consecuencia, regresaron á este punto dos dias despues de haber salido de allí. Ya entónces apenas quedaban poco mas de mil dragones; pues habian desertado no solamente muchos soldados, sino tambien muchos oficiales, principalmente de Húsares, que fué en otro tiempo el cuerpo distinguido del general Santa-Anna.

El 8 de Octubre se hallaban estas fuerzas en Huamantla con órden de marchar el siguiente dia. El general Santa-Anna tuvo noticia de que el convoy americano habia cambiado de rumbo, y se proponia pasar por el Pinal, dejando á un lado á Huamantla: bajo esta inteligencia, dispuso la salida de las tropas, á las que pasó revista en la mañana del dia 9, ordenando que la artillería y el parque quedasen dentro del pueblo y los artilleros en descanso, sin otra fatiga que una guardia de ocho hombres que custodiaban las piezas. No es la primera vez que el general Santa-Anna demuestra su falta de prudencia, cometiendo esta clase de imprevisiones.

Dos horas despues de la salida del general Santa-Anna, un paisano se presentó á los oficiales de artillería, avisándoles que el enemigo se dirigía precipitadamente al pueblo á apoderarse de las piezas, que sabia se encontraban sin custodia. Los oficiales de artillería, Segura y Gil, que se hallaban en Huamantla, luego que se persuadieron de la exactitud de esta noticia, dispusieron que se trajesen todos los trenes, ó para evacuar la poblacion, ó para resistir en lo posible la entrega de las piezas, salvando al ménos las que se pudiesen. Esto pasaba en los momentos mismos en que el enemigo entraba ya dentro del pueblo, y comenzaban á reunirse los artilleros necesarios para dotar las piezas: á este tiempo el capitan D. Febronio Quijano dispuso que un cañon se situara en la boca-calle para donde venian los enemigos, sirviéndolo los ocho hombres de guardia y dos sargentos que se habian reunido, y que las otras piezas se retiraran apresuradamente rumbo opuesto á Nopalúcan, distante tres leguas de Huamantla. El fuego de la pieza disparada por el capitan Quijano, contuvo un momento la marcha del enemigo, y se salvaron cuatro piezas, no pudiendo correr igual suerte, ni la que detuvo el capitan Quijano, ni un obus de campaña montado en su carri-cureña, que habiendo sido el último de los que salieron de la plaza, fué alcanzado por los americanos, que lograron aprehenderlo.

Al entrar los enemigos en Huamantla, el pueblo pedia armas para defenderse: el pueblo que dos horas ántes veia con indiferencia los movimientos del ejército, desea ahora libertar sus familias y sus hogares de los horrores y desastres que va indefectiblemente á causarle el enemigo. Tambien en México habia el pueblo querido defenderse, á la vez que el enemigo ocupaba el corazon de la ciudad. ¿Por qué no hicieron estos esfuerzos cuando aun habia tiempo de prepararse oportunamente para la defensa?.... Cien rifleros americanos de á caballo, divididos en pequeñas partidas, recorrian los alrededores, al mismo tiempo que la infantería, formada en columna, penetraba hasta la plaza del pueblo, á donde pocos momentos despues se reconcentró toda la fuerza. La pieza situada al entrar de la plaza, despues de los primeros tiros, y cuando estaban ya heridos dos de nuestros artilleros, fué abandonada por el capitan Quijano, quien marchó con los pocos soldados que tenia, á incorporarse con los demas, que llevaban las otras piezas que se salvaron.

Cuando pasaba la última de éstas por la orilla del pueblo, con direccion á Tlaxcala, el capitan Sanchez Travieso, apareciéndose repentinamente, pues no se le habia visto durante la refriega, mandó detener aquella, y disparó todavía siete cañonazos para impedir el avance del enemigo, marchando á continuacion y á paso veloz á alcanzar los demas trenes, que continuaron su marcha hasta pernoctar en la hacienda de San Diego, rumbo de Tlaxcala.

Los enemigos ocuparon en el pueblo las dos iglesias y los edificios principales, entregándose á los mayores desórdenes, y coronando, como en todas partes, su victoria, con el saqueo y la destruccion.

Cuando nuestra artillería se retiraba, y la infantería enemiga ocupaba las alturas del pueblo, llegó hasta las orillas de éste la caballería del general Santa-Anna: este general se habia propuesto atacar por la retaguardia al convoy americano á su tránsito, que debia verificar por el Pinal, y efectivamente se habia situado ya en el punto que creyó mas á propósito para dar el golpe, cuando recibió el aviso de que el enemigo se dirigia á ocupar Huamantla con una corta fuerza: mandó entónces que el capitan D. Eulalio Villaseñor, con una partida de treinta y cinco hombres marchase precipitadamente á protejer á Huamantla, interin el general en gefe lo seguia con el resto de la di-

vision; pero segun se ve en el parte oficial, á su llegada no le fué posible desalojar á los enemigos de las posiciones que habian tomado.

La ocupacion de Huamantla fué debida esclusivamente á la insuficiencia de lás fuerzas que defendian al pueblo; pero despues fué muy costosa al enemigo. Al presentarse el capitan Villaseñor con los treinta y cinco hombres pertenecientes á la policía de Puebla, á cumplir las órdenes del general en gefe, el enemigo se ocupaba en robar todos los edificios, saquear las casas particulares, asesinando á los infelices que se resistian á entregar inmediatamente sus intereses, y en cometer, en fin, todos aquellos desórdenes que hasta los mismos gefes americanos han pretendido en vano evitar alguna vez; mas nuestro valiente capitan, sin arredrarse al ver apoderado de la poblacion un número cinco veces mayor que el suyo, entró hasta la plaza, habiendo divido su fuerza en dos secciones, que lanceando enemigos por todas las calles y puntos que recorrieron, se retiraron despues de un largo tiempo de refriega, cuando el enemigo, reconcentrado ya en su posiciones, no podia ser ofendido por nuestra caballería, á la vez que hacia sobre ésta un fuego muy continuado. El capitan Villaseñor se retiró á dar parte al general en gefe de los resultados de la comision, habiendo dejado tres muertos de nuestra parte, y héchole al enemigo mas de cincuenta, entre ellos un oficial, y herido gravemente al gefe de la partida, que murió aquella mimas noche ántes de llegar á Nopalucan, á donde fué conducido en un coche que tomaron por la fuerza. Este capitan era el temible tejano Walker, que con su guerrilla habia sembrado la muerte y el espanto en el camino de Veracruz.

La justicia exige tributar al capitan Villaseñor un homenage de honor y de gratitud, tanto mas merecido, cuanto que el general Santa-Anna no tuvo á bien hacer mencion de él en el parte que dirigió sobre estos sucesos al supremo gobierno, no obstante de que todos los habitantes de Huamantla hacian de Villaseñor los mas altos elogios, y que éste, al presentarse al general Santa-Anna, llevaba la mas segura confirmacion de ellos en su brazo y en su lanza, enrojecidos con la sangre del enemigo. La legislatura de Puebla ha acordado regalar á este buen ciudadano una lanza de oro, en testimonio de la admiracion y reconocimiento con que ha visto una accion tan brillante.

El enemigo salió de este punto á las oraciones de la noche del mis-

mo dia 9, llevándose la pieza de á cuatro y el obus, cuya carri-cureña hicieron pedazos, igualmente que los cuatro carros que habia para el parque y otros útiles de guerra. Algunos dragones de las fuerzas del general Santa-Anna, estimulados por la conducta de Villaseñor, supieron seguir su ejemplo, y penetraron por las calles de Huamantla hasta el centro; pero á otros varios gefes, oficiales y tropa se les encontró dispersos á tres leguas de Huamantla, á resultas de haberse presentado el dia 10 una pequeña fuerza americana, que atacó el general Stáboli con la caballería, haciéndole algunos muertos y cosa de veinte prisioneros, con los que regresó á Huamantla, presentándoselos al general Santa-Anna, que entró á este pueblo en la mañana de aquel dia.

Costosa fué esta jornada para el enemigo; pero no lo fué ménos para el general Santa-Anna y para la nacion. ¿Dónde está el ejército que marchó á sitiar á Puebla? ¿De qué modo desapareció? La consuncion lo destruyó, y apenas se encontraban unos restos miserables, cuando el general Reyes, que habia ido á reforzar la division del general Santa-Anna, tomó el mando de ésta, en virtud de la órden de 7 de Octubre, que depuso al ex-presidente del mando de las armas, sujetándolo á un juicio en que depurase su conducta militar. La mañana del 11 se reunieron en la hacienda de San Diego con la brigada del general Reyes, las tropas que evacuaron á Huamantla, y regresaron unidas á este punto, á donde llegaron por la tarde, miéntras que la division del general Alvarez y las fuerzas del general Santa-Anna, que no llevó á Huamantla consigo á la llegada del convoy, se retiraron con fecha 13, dejando á Puebla entregada á la venganza del general Lane, cuyas tropas, compuestas de feroces é indisciplinados voluntarios, se esparcieron en la ciudad, cometiendo mil desórdenes, y robando é incendiando algunas casas, todo, sin duda, como castigo de los pasados intentos de reaccion, y como amenaza para lo venidero.

Reunido en Huamantla el general Reyes con el general Santa-Anna, recibió éste la órden de entregar el mando de las armas al general D. Manuel Rincon, ó en su ausencia al general Alvarez, previniéndole avisase el lugar donde quisiera residir durante el tiempo que estuviese pendiente el juicio que iba á abrírsele. Este era el último golpe que debia sufrir el general Santa-Anna, y con el cual no pudo

resignarse: asegúrase que intentó desconocer al gobierno, pronunciándose con la division si queria ésta prestarle su apoyo: pensó tambien en revocar el decreto de su renuncia, publicando otro en que reasumia el poder que habia abdicado, y aun se dice que habia nombrado á los Sres. D. Domingo Ibarra y D. Fernando María Ortega para miembros de este gabinete revolucionario; pero que las observaciones del primero de estos dos señores lo hicieron desistir de este estraviado proyecto, cuya validez pretendió sostener aun en las comunicaciones que dirigió al gobierno supremo, relativas á la órden citada de 7 de Octubre. El resultado positivo de ésta fué, que el general Santa-Anna entregó el mando al general Reyes, por no hallarse allí ni Rincon ni Alvarez, y se retiró á Tehuacan.



CAPITULO XXVI.

ALTA CALIFORNIA.

Cosa de un año ántes de que estallara la guerra, una porcion de aventureros procedentes de los Estados-Unidos y esparcidos en el vasto territorio de Californias, solo aguardaban la señal de los emisarios de aquel gobierno para tomar la iniciativa de la guerra de usurpacion. Varios hechos cometidos por dichos aventureros, con infraccion de las leyes del pais, anunciaron sus intenciones; pero desgraciadamente las autoridades existentes entónces, divididas entre sí, no quisieron ni supieron conjurar la tempestad.

En el mes de Febrero de 1846 se introdujo en el territorio mexicano con una fuerza de rifleros montados, el capitan Fremont, ingeniero del ejército de los Estados-Unidos, con pretesto de una comision científica: solicitó y obtuvo permiso del comandante general, entónces teniente coronel D. José Castro, para recorrer el pais.

Tres meses despues (el 14 de Mayo) esa misma fuerza y su comandante tomaron posesion á mano armada y sorprendieron la importante plaza de Sonoma, apoderándose de toda la artillería, armamento, &c. que allí habia. Reunidos á dicha fuerza los aventureros esparcidos en la márgen del rio Sacramento, y en número de cuatrocientos hombres, proclamaron por sí y ante sí la independencia de

Californias, enarbolando una bandera encarnada en que estaban figurados un oso y una estrella. Los primeros actos de un hecho tan escandaloso fueron marcados con el despojo de las propiedades de algunos mexicanos, y el asesinato de otros, que fieles á sus deberes para con su patria, quisieron oponer resistencia.

El comandante general pidió esplicaciones sobre este asunto al comandante de un buque de guerra americano anclado en la bahía del puerto de S. Francisco, y aunque se supo positivamente que de dicho buque les iban municiones, armamento y vestuario á los aventureros, el comandante contestó, "que ninguna parte tenian, ni el gobierno de los Estados-Unidos, ni sus subalternos en aquella sublevacion, que por consiguiente las autoridades mexicanas castigasen á sus autores conforme á las leyes."

El 7 de Julio del mismo año la escuadra americana tomó posesion de la plaza indefensa del puerto de Monterey, á nombre de su gobierno, haciendo su comandante una intimacion al comandante general, para que entregase todas las plazas y fortalezas del Estado. En la misma fecha el capitan Fremont, á la cabeza de los aventureros sublevados y en combinacion con el comodoro, avanzó por tierra hasta el puerto de Monterey, cayendo en su poder toda la artillería y municiones que encontró á su tránsito y que no pudo trasportar el comandante general en su retirada para la ciudad de los Angeles. Así quedó consumada la ocupacion de todas las poblaciones del Norte de Californias.

El 7 de Agosto inmediato ancló en el puerto de San Pedro, á nueve leguas de la ciudad de los Angeles, la escuadra americana, al mando del comodoro Stockton, é inmediatamente desembarcó cuatrocientos hombres y alguna artillería, con cuya fuerza y la del capitan Fremont, por tierra, ocupó dicha ciudad el 15 del mismo mes. Las autoridades política y militar, que no consideraron prudente oponer resistencia á los invasores con la parte del pueblo que habian armado, dispersaron toda la fuerza y emigraron al Estado de Sonora, cayendo en poder del enemigo la artillería y pocos pertrechos que habia en la mencionada ciudad. Los puertos de San Diego y Santa Bárbara fueron ocupados por las fuerzas americanas. De este modo se verificó la ocupacion de la Alta California, sin la menor resistencia.

La mayoría de las fuerzas americanas con el comodoro Stockton, que se nombró gobernador del territorio, se situaron en los puertos de Monterey y San Francisco, dejando guarnecidos los puntos de San Diego, los Angeles y Santa Bárbara, poblaciones del Sur. Una proclama del gobernador americano anunció que el pais seria gobernado militarmente.

Entre tanto el fuego patrio fermentaba en los corazones de la mayoría de los ciudadanos. El odio á los invasores fué generalizándose, particularmente en las poblaciones del primer distrito, donde la conducta impolítica y despótica de la autoridad militar, exasperó los ánimos. El pueblo preparaba una reaccion, y solo se aguardaba una oportunidad. En la ciudad de los Angeles varios ciudadanos fueron reducidos á prision por sospechosos, y tratados cruelmente.

Una sola causa detenia la revolucion; ésta era la falta de armas y municiones para la continuacion de la guerra. Pero todo lo superó el patriotismo de aquel pueblo, decidiéndose á emprender una lucha desigual, con la esperanza de que México no abandonaria una tan rica é interesante parte de su territorio.

Para que se forme una idea de los esfuerzos y sacrificios de estos pueblos, será preciso darla de algunas poblaciones de California.

Se hallaba organizada en dos distritos. El primero lo formaba la ciudad de los Angeles (capital), pueblo de San Diego y Santa Bárbara, y sus habitantes no esceden de seis mil.

El segundo se formaba desde el pueblo de San Luis Obispo, puerto de Monterey y demas poblaciones al Norte hasta Sonoma, y el número de habitantes no escede de tres mil quinientos á cuatro mil.

El teatro de la guerra fué en las poblaciones del Sur, de suerte que los que la sostuvieron, fueron los habitantes del primer distrito y algunos ciudadanos del segundo, que con su prefecto á la cabeza, dieron pruebas de valor y patriotismo, uniendo sus esfuerzos á los de sus compatriotas del Sur.

La madrugada del 23 de Septiembre de 1846 una parte del pueblo de la ciudad de los Angeles, regenteada por el capitan de auxiliares D. Cérvulo Varela, mal armados, se echaron encima del cuartel donde estaban los americanos, quienes estando apercibidos, lograron

de pronto repeler el ataque. Sin embargo, el hecho fué suficiente para intimidar á los americanos, quienes limitaron su defensa al recinto de la plaza.

Esta fué la señal de alarma para todos los ciudadanos. El 24 de Septiembre, puesto á la cabeza del pueblo el capitan de ejército D. José María Flores, estableció su campo á un cuarto de legua de la plaza enemiga. Desde aquel momento los hombres y los niños acudian de todas partes á formar cuerpo contra el enemigo comun, llevando consigo las armas de que podian disponer. Las mugeres, modelo de valor y patriotismo, unas presentaban á sus hijos, hasta los mas pequeños, para tomar las armas; otras servian de espías cerca del enemigo; otras, llevando sobre sus hombros las armas, pólvora y plomo que habian enterrado para salvarlas, atravesaban sus puntos militares para presentarlas al campo de los patriotas. Todos, en fin, proclamaban la libertad é independencia de su patria dentro de la misma ciudad que ocupaba el enemigo.

El 25, reunidos los californios en número de quinientos, el comandante estrechó el sitio de la ciudad, habiendo algunos encuentros parciales, en que la ventaja quedaba siempre de parte de los sitiadores.

El 26, noventa americanos bien armados que venian en auxilio de la plaza, posesionados en el riachuelo del Chino, despues de una vigorosa resistencia, fueron rendidos y hechos prisioneros por la tropa que mandaban el capitan de auxiliares D. Cérvulo Varela y teniente D. Diego Sepúlveda.

Los dias 27, 28 y 29 continuaron las operaciones militares sobre la plaza, dando por resultado, que el 30 la evacuaran las fuerzas americanas por medio de una capitulacion, en la que se estipuló, que dichas fuerzas, dejando su material de guerra, se les permitia salir con sus armas y dos piezas hasta el puerto de San Pedro, donde entregarian unas y otras á un cuerpo de tropa mexicana, embarcándose luego para el puerto de Monterey.

Esta muestra de la generosidad y nobleza de los californios, fué mal correspondida por parte del comandante de las tropas capituladas, pues burlando la vigilancia del cuerpo de observacion, se embarcaron furtivamente, dejando en tierra la artillería clavada, y permaneciendo á bordo de un buque americano anclado en el puerto.

Con la ocupacion de la ciudad de los Angeles, era necesario poner en accion todos los medios de defensa para libertar á las poblaciones de San Diego y Santa Bárbara, guarnecidas por destacamentos enemigos.

Para desalojarlos y prestar proteccion á sus habitantes, el comandante general hizo marchar dos secciones de tropas; la de Santa Bárbara á las órdenes del comandante de escuadron de auxiliares D. Manuel Garfias, y la de San Diego á las del capitan de la misma arma D. Francisco Rico. Con este motivo las fuerzas del cuartel general de los Angeles quedaron notablemente reducidas.

El 6 de Octubre arribó al puerto de San Pedro una fragata de guerra enemiga en auxilio de los capitulados, que permanecian á bordo de un buque mercante.

Al siguiente dia desembarcaron y emprendieron su marcha sobre la ciudad de los Angeles con una columna de quinientos hombres, compuesta de los rifleros capitulados, infantería de línea y marineros. En tan críticos momentos, solo se contaba con cincuenta ó sesenta hombres de guarnicion, pues la mayor parte de los ciudadanos de que se componian las fuerzas, eran criadores de ganado ó labradores, y habian obtenido permiso para ir á sus ranchos. Era preciso, sin embargo, impedir á todo trance la entrada del enemigo á la ciudad: al efecto, el comandante en gefe dispuso saliese en el momento el comandante de escuadron de auxiliares D. José Antonio Carrillo con cincuenta caballos para hostilizar al enemigo y contenerlo en su marcha, miéntras él se le incorporaba con toda la fuerza que pudiese reunir.

El comandante Carrillo se portó bizarramente, pues con solo los cincuenta hombres contuvo al enemigo, obligándolo á hacer alto en el rancho de San Pedro, seis leguas de la ciudad y tres del puerto.

A las siete de la noche se le incorporó el comandante Flores, con cincuenta caballos y una pieza de cuatro, que con mil afanes se habia montado en una carreta.

El 8 al amanecer, el enemigo emprendió su marcha en columna cerrada, desplegando sus guerrillas á derecha é izquierda, intentando forzar el paso á la caballería mexicana que se hallaba formada en batalla á derecha é izquierda del camino, apoyando la pieza. Los

fuegos se rompieron por una y otra parte, siendo los de la artillería mexicana tan bien dirigidos, que hacian un estrago terrible en la columna enemiga. Al cabo de una hora de fuego vivísimo, la columna fué rechazada con una pérdida considerable, obligándoles á volver hasta el puerto, donde se reembarcaron en el acto, dejando el campo lleno de despojos, y quitándoles una bandera. En esta vez las tropas americanas debieron su salvacion á la falta absoluta de arma blanca en la caballería mexicana, la que no pudo cargar con buen éxito, con solo la carabina, sobre la infantería. Las tropas americanas permanecieron en sus buques anclados en el puerto de San Pedro.

Todas las poblaciones al Sur desde San Luis Obispo, Santa Bárbara, los Angeles y partido de San Diego, fueron ocupadas por las fuerzas mexicanas: el pabellon nacional fué saludado, y las autoridades locales reinstaladas.

El 29 de Octubre el cuerpo legislativo abrió sus sesiones, nombrando gobernador y comandante general interino del Departamento, al capitan D. José María Flores, á quien invistió de facultades estraordinarias para proveer á la defensa del pais.

Todas las poblaciones fueron convocadas en masa. El nuevo gobierno, falto de recursos de todo género, escitó el patriotismo y generosidad de los conciudadanos, y tuvo el gusto de ver que no hubo uno solo que no contribuyera con su persona y con sus intereses á la defensa de la patria. Todos abandonaban con gusto sus sementeras y sus ganados, único patrimonio de sus familias, y llenos de entusiasmo, se presentaban, con armas ó sin ellas, á combatir al enemigo comun. Un solo sentimiento, un solo deseo, una misma voluntad animaba los corazones: ¡la salvacion de la patria!

El comandante general concentró sus fuerzas en la ciudad de los Angeles, dejando guarnecidos todos los puntos de la costa con destacamentos, que la recorrian sin cesar, á fin de evitar al enemigo la provision de víveres y otros medios de transporte á sus tropas.

Despues del 8 de Octubre, las fuerzas americanas que permanecian ancladas en la rada del puerto de San Pedro, fueron reforzadas por las del comodoro Stockton, quien practicó un desembarco el 1.° de Noviembre, poniendo en tierra ochocientos hombres y alguna artillería, con objeto de apoderarse de la ciudad: mas al avistarse las fuer-

zas mexicanas, varió de resolucion, reembarcándose con sus fuerzas, y marchándose la escuadra para el puerto de San Diego, en cuyo pueblo situó su cuartel general, á cincuenta leguas de los Angeles.

Siendo indispensable evitar que el enemigo se surtiese de víveres, ganados y otros medios de trasporte, para su movilidad por tierra, marchó una seccion de tropas sobre San Diego, para que unida á la compañía de ciudadanos que allí se habia armado, asediar la plaza, é impedir la salida de las partidas enemigas.

Esta operacion tuvo el mas feliz resultado, viéndose obligado el enemigo á surtirse de víveres de la Baja California, haciendo uso para esto de sus embarcaciones menores.

Otra pequeña seccion, al mando del infatigable prefecto capitan D. Manuel Castro, marchó para los puntos del Norte, con objeto de protejer el movimiento de aquellas poblaciones, y llamar la atencion del enemigo.

Dicha seccion tuvo un encuentro reñido el 16 de Noviembre en el campo de la Natividad, ocho leguas al Norte del Puerto de Monterey, con las tropas del capitan Fremont, las cuales fueron rechazadas con alguna pérdida.

A fines del mes de Noviembre entraba á Californias por el camino de Sonora, y procedente de Nuevo-México, una seccion de trescientos americanos con tres piezas de artillería, al mando del general Kearney: deseando el comandante general evitar su incorporacion con las fuerzas enemigas que ocupaban la plaza de San Diego, hizo marchar violentamente cien caballos al mando del comandante de escuadron D. Andres Pico, quien en combinacion con las fuerzas que sitiaban S. Diego, debia obrar sobre la seccion Kearney, y batirlo si se presentaba un caso. La madrugada del 6 de Diciembre, intentando el general Kearney (quien habia recibido un auxilio de la plaza) arrollar las tropas que lo asediaban, é introducirse á ella, se encontró con las fuerzas del comandante Pico, quien haciendo una retirada falsa, volvió con tanto ímpetu sobre la caballería enemiga, que logró dispersarla completamente, haciéndole mas de cuarenta muertos, ochenta y tantos heridos, entre éstos el general Kearney, y quitándoles una pieza de artillería con sus municiones, el armamento y despojos de los muertos y heridos, y algunos prisioneros. El resto de la infantería y

artillería se posesionó inmediatamente de una altura, donde por la aspereza del terreno, no pudo obrar la caballería del comandante Pico, que los tuvo reducidos á aquella posesion cinco dias, en cuyo tiempo una fuerza de cuatrocientos hombres, con artillería, salió de San Diego en su auxilio, y los introdujo á la plaza. Un accidente desgraciado, y que influyó terriblemente en los acontecimientos posteriores de la guerra en aquel pais, impidió que el comandante general, con el resto de las tropas, marchara en auxilio de la seccion Pico, con lo que se hubiera completado la derrota del general Kearney. Los prisioneros de guerra existentes en la ciudad de los Angeles, cuya traslacion tenia resuelta el comandante general al Estado de Sonora, deseando impedirla á todo trance, lograron seducir á algunos individuos y tropa de la plaza, y con mentidas ofertas y amenazas, los comprometieron en una conspiracion, que tuvo por objeto destituir al gobernador y comandante general, y la cual estalló la noche del 3 de Diciembre. Aunque el órden se restableció á las cuarenta y ocho horas, sin embargo, no se pudo evitar la dispersion de gran parte de las fuerzas, unos por haber tomado parte con los conjurados, y otros por desafectos al desórden. Esto evitó el movimiento concertado del comandante general, é influyó para que las tropas que hostilizaban al enemigo en San Diego, y las que obraban sobre el general Kearney, las unas atemorizadas se dispersaran presentándose al enemigo, y las otras abandonaran el campo victorioso, para venir á auxiliar al comandante general. Por este medio le quedó al enemigo espedito el camino por tierra desde San Diego á los Angeles. A principios del mes de Diciembre, el capitan Fremont, con una seccion de setecientos rifleros montados y cuatro piezas ligeras, en combinacion con las fuerzas del cuartel general de San Diego, hizo movimiento de las poblaciones del Norte sobre la ciudad de los Angeles, cayendo en su poder la plaza de Santa Bárbara.

El 28 de Diciembre, el general Stockton, provisto de los medios de trasporte, avanzó de San Diego por tierra con sus fuerzas, compuestas de mil infantes y ocho piezas de artillería, sobre la ciudad de los Angeles. A estas dos divisiones enemigas solo podia oponérseles quinientos hombres de caballería mal armados, peor municionados, con tres piezas ligeras en el mismo estado. Sin embargo de esta des-

proporcion de fuerzas, una seccion, al mando delcapitan D. José Carrillo, quedó hostilizando la vanguardia de la division Fremont, logrando contenerla, y el comandante general, con todas sus fuerzas, marchó al encuentro de la division Stockton. El 8 de Enero de 1847 hubo una accion muy reñida entre ámbas fuerzas, á tres leguas de la ciudad de los Angeles, que acabó con el dia, quedando el campo por parte de los americanos, quienes lograron rechazar á la caballería mexicana con alguna pérdida. El 9, los mexicanos volvieron á la carga sobre el enemigo, aunque no con mejor éxito que el dia anterior, pues faltos de municiones y armas, y en número de trescientos hombres, fueron rechazados dos veces por el fuego vivísimo de los cuadros americanos: no obstante, el enemigo se contuvo á una legua de la ciudad. Este fué el último esfuerzo que los hijos de Californias hicieron en favor de la libertad é independencia de su patria, cuya defensa siempre les hará honor, pues sin recursos, sin elementos y sin instruccion, se lanzaron á una lucha desigual, en que mas de una vez hicieron conocer á los invasores lo que puede un pueblo cuando pelea en defensa de sus derechos.

El 10 de Enero fué ocupada por las fuerzas americanas la ciudad de los Angeles, y consumada para México la pérdida de esa rica, vasta y preciosa parte de su territorio.

El comandante general, no contando con ningun medio de defensa, sin municiones, dispersada la fuerza, y amagado por otras muy superiores, tuvo que emigrar con algunos hijos del pais al Estado de Sonora, atravesando inmensos desiertos, y sufriendo inauditas penalidades.



CAPITULO XXVII.



RESIDENCIA

DE LOS AMERICANOS EN MÉXICO.

Los dias que siguieron al 14, 15 y 16 de Septiembre de 1847 los americanos distribuyeron sus tropas en la ciudad, colocando en cada garita y con direccion á las calzadas, piezas de artillería, y tomando durante la noche todas las precauciones convenientes, bien para resistir una nueva sublevacion, ó bien para no ser sorprendidos, en sus cuarteles situados en los barrios, por alguna partida de guerrilleros de los muchos que se decia vagaban en los pueblos del valle de México; pero un mes despues la confianza se restableció un tanto; los enemigos disminuyeron mucho sus aparatos militares, dejando solo en la puerta de Palacio un cañon de á veinticuatro y un mortero, y los habitantes de México, que habian emigrado, comenzaron á regresar, considerándose mas seguros dentro de la capital que en los pueblos cortos.

Los oficiales americanos, orgullosos con la conquista que habian hecho, bastante alegres de hallarse casi en completa seguridad en la capital de la República, y persuadidos de que una sublevacion era un

riesgo muy remoto, comenzaron á organizar un sistema completo de diversiones.

Algunos actores, urgidos por la necesidad ó por otros motivos, se prestaron á representar algunas comedias: el dueño del teatro Nacional no tuvo gran dificultad en arrendar el local, y la ciudad conquistada comenzó á mostrar sus atractivos al vencedor. La Cañete fué el encanto y la adoracion de los gefes americanos, y la calle de Vergara presentó todas las noches el aspecto de animacion y de vida que le ha sido habitual desde que por la constancia del Sr. Arbeu se hizo ese magnífico edificio. Algunos carreteros y soldados representaban comedias en aleman y en inglés en el teatro de Nuevo-México.

Los que no eran muy aficionados al teatro, organizaron salones de baile á imitacion de la moda de los Estados-Unidos.—Un salon de baile se estableció en la calle del Coliseo frente del Teatro Principal; otro en el callejon de Belemitas, y el mas concurrido de todos, en el hotel de la Bella Union. Los cuartos de este hotel estaban llenos de oficiales. En los pisos bajos habia salones de juego; en los primeros pisos, cantinas, villares y salas de baile, y en los altos, en su mayor parte, estaban destinados á lo que la decencia no permite espresar. Desde las nueve de la noche hasta las dos ó tres de la mañana duraban estas orgías, que jamas se habian visto en México. El bello secso mexicano era mas abundante de lo que era de esperarse, y compuesto en su mayor parte de prostitutas, y á veces de algunas muchachas alucinadas ú obligadas por la miseria á cambiar su honor por un pedazo de pan para sus familias.

Lo oficiales, ademas de estos medios públicos para divertirse, por decirlo así, comenzaron á esparcirse en clase de alojados por todas las casas de México, y elogiando la belleza del pais y de las señoritas mexicanas, iban poco á poco formando relaciones é inspirando confianza á las familias.

Por los datos que hemos tenido á la vista, solo ocupó la ciudad el general Scott con siete ú ocho mil hombres, pero despues fueron llegando de los Estados-Unidos y de las guarniciones del camino, algunos nuevos regimientos de infantería y caballería, la mayor parte voluntarios. Raro dia se pasaba en la capital sin que llamara la atencion del vecindario la entrada de nuevas fuerzas, de suerte, que á los

dos meses de haber entrado los enemigos en México, el aspecto de la ciudad habia cambiado enteramente. Desde las cinco de la mañana hasta las siete de la noche, innumerables carros transitaban las calles en todas direcciones. La mayor parte de los conventos de monjas y frailes estaban convertidos en cuarteles y hospitales, y grupos de voluntarios con pistolas de seis tiros y grandes cuchillos de monte en la cintura, recorrian la ciudad y llenaban las tabernas y cafees. La tropa de línea estaba vestida de azul; pero los voluntarios y la multitud de aventureros que venia unida á la tropa, andaban con las botas sobre los pantalones, con unos sombreros y unos trages ridículos, hasta el grado de parecer farsantes de Carnaval.

Toda esta multitud, y esceptuándose el cuerpo de rifleros y algunos otros bien organizados, hacia una pública ostentacion de su glotoneria, de su intemperancia, de su estremada suciedad y de sus maneras bruscas y enteramente opuestas á las de la raza de los paises meridionales. Personas que han residido mucho tiempo en los Estados-Unidos, no podian creer que tal fuese el ejército de una nacion que ha pretendido colocarse á la vanguardia de la civilizacion, y cuyos ciudadanos creen ser los mas ilustrados del mundo. En la oficialidad de línea, y particularmente en la artillería é ingenieros, se podian reconocer algunos jóvenes de educacion y de estudios; pero los oficiales de voluntarios, en la generalidad, tenian las mismas maneras bruscas de los soldados, con los cuales trataban con una familiaridad muy distante de ser provechosa para la buena disciplina. No dejaba todo hombre observador de estrañar que estas reuniones de voluntarios viciosos, sin disciplina, sin subordinacion, sin esperiencia en el manejo de las armas ni conocimientos de táctica, hubieran vencido á nuestros batallones, instruidos, subordinados, sufridos, y por mas que se diga, valientes. Ya el lector habrá notado por la lectura de estos rápidos apuntes, las causas que influyeron en las pérdidas de las batallas. Esta continua afluencia de estrangeros, que en su mayor parte hablaban el inglés, ocasionó tambien una alteracion en el comercio. —Las sastrerías que se habian apellidado mexicanas, se convirtieron en sastrerías americanas; y sastres, barberos, tenderos, fondistas y mesoneros, sufrieron la influencia del idioma del conquistador, y se apresuraron á sustituir sus letreros y avisos con letreros y avisos en

idioma inglés. El comercio, que en todas partes es comercio, se entendió á poco tiempo con los nuevos dominadores, y comenzáronse á hacer negocios y especulaciones por todos los que estuvieron en disposicion de calcular solamente sus ganancias pecuniarias. De esta regla general pueden hàcerse pocas y honrosas escepciones, siendo una de ellas D. Gregorio Mier y Teran, que ni por sí, ni por interpósita persona, quiso entrar en ninguna clase de especulacion, y aun rehusó vender maiz, cuando fué una partida de tropa á solicitarlo á la hacienda de San Nicolas. Esta conducta patriótica es muy honrosa, y nosotros con mucho gusto hacemos mencion de ella.

Este era el estado que en lo general guardó algunos meses la capital de la República. Los ricos, metidos en su casa ó retirados á sus haciendas, veian con indiferencia lo que pasaba; los comerciantes avarientos especulaban, y los que pertenecian á la clase media, tenian á veces que pedir limosna. Los empleados egoistas, que tenian algun otro modo de subsistir, abandonaron al gobierno, creyendo ya completa y duradera la conquista: el populacho, heróico al principio, continuó algunos dias ejerciendo venganza y haciendo desaparecer todos los dias con el puñal á los soldados americanos; pero concluyó por dejarse humillar por los altaneros conquistadores. Lo que en este punto pasó en México no es nuevo, sino muy parecido á lo que ha acontecido en todos los paises del mundo cuando han sido momentáneamente dominados.

El ayuntamiento, á quien hemos visto resistir la tormenta de los dias 14 y 15 de Septiembre, continuó algun tiempo en sus funciones municipales. Contrató un préstamo de ciento cincuenta mil pesos con D. Juan Manuel Lasquety y D. Alejandro Bellangé, para pagar al general Scott el precio de las garantías otorgadas á la ciudad, concediendo á los prestamistas un premio de quince por ciento, é hipotecándoles todas las rentas del Distrito. No juzgamos que atendido el servicio, fuese escesivo este premio, si bien los interesados estaban perfectamente seguros que, aun en el caso de que continuase la guerra, podian reembolsarse. El mismo ayuntamiento entró á manejar la aduana, cuyo sistema se simplificó estremadamente; el correo, que se le concedió á medias en administracion á D. Anselmo Zurutuza, dueño del establecimiento de diligencias; la renta del ta-

baco en el Distrito, cuyo manejo se encargó á D. Vicente Pozo, y las contribuciones directas, que se encomendaron á algunos de los empleados en el ramo. El préstamo, con sus premios é intereses, se pagó de la parte de la indemnizacion, y la delicadeza y la moral pública exigian, que despues que desocuparon los enemigos la capital, el ayuntamiento hubiese dado cuenta á la nacion de la distribucion que tuvieron esos fondos. Nosotros, sin tratar de hacer comentario alguno, sentamos como un hecho, que hasta la fecha en que escribimos, todavía no ha publicado el ayuntamiento la memoria que era de esperarse.

Aunque al principio pareció que no se interrumpiria la armonía que en lo aparente reinaba entre las autoridades americanas y los concejales, diariamente habia un motivo de disgusto. Los americanos, para castigar las faltas ligeras de nuestra gente del populacho, condenaban á los reos mexicanos al suplicio público de azotes: el ayuntamiento reclamaba, y los enemigos contestaban, que era un derecho y la costumbre establecida por sus leyes militares. La ciudad estaba, en las noches, insegura, lúgubre, entregada á la merced de los ladrones y traidores contraguerrilleros, y de los ébrios voluntarios, que armados, vagaban cometiendo robos y desórdenes. El ayuntamiento reclamaba, y el gobernador americano contestaba que eran exageraciones, y queria que se le citaran los hechos, lo cual, como era imposible, hacia inútiles é infructuosas las reclamaciones. Por fin, con motivo de los alojamientos para las tropas, hubo fuertes contestaciones, y el ayuntamiento fué destituido.—Restaba saber si habria quién lo reemplazara.

Esto fué muy fácil.—Se fraguó una representacion, que firmaron unos cuantos hombres obscuros y desconocidos. Estos hombres tomaron la voz de todos los habitantes del Distrito: formaron sus elecciones, y erigieron, bajo los auspicios y proteccion del conquistador, una asamblea municipal, otorgándole poderes para hacer una multitud de reformas, por supuesto, si eran del agrado y conformidad de los dominadores. En el ejército americano existia un partido de agregacion, compuesto de los que formaban su riqueza á costa de los caudales del erario de su nacion, y este partido encontró, no dirémos eco, sino viles instrumentos en un puñado de hombres, ó demasiado alu-

cinados, ó profundamente malvados.—Este fué, en compendio, el orígen de la célebre asamblea municipal, que hizo aparecer al Distrito, á esa misma poblacion que habia derramado sus tesoros y prodigado su sangre en la defensa hecha poco tiempo ántes, como una ciudad desleal que abandonaba á un gobierno desgraciado y combatido por los partidos, y que abrazaba con ahinco la causa de sus dominadores, renegando para siempre de su pabellon, de su independencia y de sus derechos. Afortunadamente ha sido bien marcada la diferencia que se debe establecer entre el vértigo de una corta faccion, y la voluntad de una ciudad entera.

¡¡¡El presidente de esta asamblea fué D. Francisco Suarez Iriarte, que habia sido ministro de estado, y diputado al congreso general!!!

Los demas concejales eran personas tan insignificantes, que ocioso parece tomarse el trabajo de consignar sus nombres en estos apuntes.

Los que componian la asamblea, no se limitaron á desempeñar sus funciones de legisladores, de jueces y de ejecutores, que se habian abrogado, sino que su abatimiento llegó al estremo de obsequiar al general Scott con un banquete en el desierto de los Carmelitas, brindando por los triunfos de las armas americanas en el valle de México.

Seria escusado decir que estos actos merecieron la general reprobacion, y que sus autores no tardaron en recibir el mas completo y pronto desengaño, viéndose abandonados de los americanos, arrojados de sus puestos, y obligados á ocultarse en el momento que se entablaron las negociaciones de paz.

Las riñas diarias entre los soldados americanos y el populacho, los robos en las noches, y el espectáculo de los azotados, ya mexicanos, ya americanos, eran cosas comunes y ordinarias, de que ya nadie hacia caso. Llamaron, sin embargo, la atencion pública algunas ocurrencias. Una de ellas fué, la acusacion que se hizo contra el general Scott, al gobierno de los Estados-Unidos, por el general Pillow y por el coronel de artillería Duncan. El gobierno de los Estados-Unidos mandó formar un tribunal de investigacion, y el conquistador de México, como el mismo general Scott se llamaba, se vió arrastrado como un criminal ante un juzgado militar, y privado del mando,

que entregó al general Butler, que en esos dias habia llegado á México á la cabeza de una legion de voluntarios.

La sala que escogieron para el juicio, fué la misma que está destinada para la suprema corte de justicia. El tribunal lo formaban los generales Towson, Cushing y teniente coronel Belknap. Scott se presentó acompañado de su estado mayor, y tomó asiento á la izquierda del tribunal, y á la derecha sus acusadores. Despues que se le leyeron las acusaciones, que sustancialmente se contraian á las acciones del Puente de Churubusco y Molino del Rey, el general Scott, que es de una alta y erguida estatura, y estaba vestido sencillamente con una levita y un pantalon azul, se puso en pié, y con voz enérgica y firme, dijo: que por fin las calumnias de sus enemigos habian prevalecido ante su gobierno, y que se le habia hecho descender desde el alto rango de general en gefe de un ejército, hasta el de un simple criminal arrastrado al banco de los acusados; pero que á pesar de todo, sentia que el Altísimo le habia concedido la fuerza física y moral necesaria para triunfar de sus enemigos.—El tribunal no le permitió continuar esta especie de desafio, y le ordenó que todo lo que tuviese que decir lo escribiera. Durante muchos dias continuó públicamente el juicio, y el general Scott regresó á los Estados-Unidos, privado del mando militar, quedando los hombres reflexivos admirados de la fuerza moral del gobierno de los Estados-Unidos, que con una simple hoja de papel, escrita á dos mil leguas de distancia, habia humillado y hecho descender de su alto puesto al soldado orgulloso y triunfante. Creemos que este paso fué obra de la política profunda del gabinete americano. Una vez que Taylor en sus campañas en el Norte habia adquirido bastante preponderancia, se le puso como rival al general Scott, y cuando Scott habia hecho olvidar la reputacion del viejo general Taylor, el ejecutivo quiso que el pueblo de los Estados-Unidos olvidara á los dos caudillos, y no prevaleciera nunca el principio militar, tan perjudicial en los paises regidos por el sistema federal.

Otra de las ocurrencias que interesaron mucho la tencion pública, fué la sentencia de muerte á que condenó á un mexicano, llamado José de la Luz Vega, el tribunal militar americano. José de la Luz Vega era un pobre muchacho con madre é hijos, y que fué aprehen-

dido y juzgado por haber protejido la desercion. Hasta ahora no sabemos si el reo era realmente culpable; pero lo cierto es que se le puso en capilla, y que sin remedio iba á ser fusilado, á no haber mediado la intervencion inmediata de D. Pablo Martinez del Rio, que consiguió del general Scott, la víspera de la ejecucion, el que ésta se difiriera. Posteriormente se interpuso la influencia de los señores comisionados para arreglar la paz, y terminado el convenio, José de la Luz Vega se vió libre enteramente. Muchos fueron los que trataron de atribuirse despues la gloria de haber salvado á este desgraciado mexicano; pero la verdad es la que acabamos de referir.

Tambien fué muy notable el robo de la casa de D. Manuel Fernandez, en la calle de la Palma. Ocho ó nueve americanos, entre los cuales habia dos oficiales de voluntarios, se pasaron de los balcones de la Bella Union á la azotea inmediata. De allí se bajaron á la casa de Fernandez, y siendo sentidos, uno de los dependientes, llamado D. Manuel Zorrilla, jóven español muy apreciable, les hizo fuego desde una ventana. Uno de los malhechores disparó un pistoletazo y mató á Zorilla. Antes de quince dias los ladrones estaban ya aprehendidos, juzgados y condenados á ser ahorcados; pero se interpusieron en su favor las súplicas de la Sociedad Filantrópica y de otras varias personas, y fueron indultados.

Durante la residencia de los americanos en la capital, la prensa no dejó de estar en actividad. Un americano llamado Peoples, que venia con el ejército, despues de la accion de Cerro Gordo, comenzó á publicar en Jalapa un periódico en ingles, titulado: *La Estrella americana.* Cuando ocupó el general Scott Puebla, continuó su publicacion Peoples en aquella ciudad, y la restableció en México á pocos dias de posesionados los americanos de la capital. Era un periódico que en lo general contenia artículos insultantes para los mexicanos; pero en particular escribia contra los militares y contra el general Santa-Anna, aunque inclinando todas sus opiniones en favor de la paz. Algun tiempo despues apareció otro periódico en ingles, titulado el *Norte-Americano*, sostenido por los oficiales del ejército enemigo, partidarios de la agregacion. Escribia en él un jóven llamado Tobey y un oficial de voluntarios llamado Reid, y algunos editoriales en español, que lla-

maron la atencion, se creyó que eran escritos por pluma mexicana. Las ideas del periódico eran las de probar las ventajas que resultarian al pais de agregarse á los Estados-Unidos, sin omitir tampoco ni los insultos, ni una amarga é injusta crítica.

Los periódicos en español, que se publicaron tambien entónces, eran, el Monitor, que tomó en cuanto pudo la defensa de México; el Eco del Comercio, que se propuso decididamente defender las ventajas de concluir la paz y unir á los partidos, y el Cangrejo, cuya mision era en esos momentos insultar groseramente á las personas mas respetables del pais, si bien algunas veces contenian sus párrafos alguna sal.

Los templos, durante el periodo á que nos referimos, permanecieron abiertos y frecuentados como siempre, y la Iglesia, merced al talento y buena política del Illmo. Sr. arzobispo de Cesarea, D. Juan Manuel Irisarri, mantuvo sus derechos, y fué respetada. Son tambien muy dignos de mencion los caritativos auxilios que este respetable pastor de la Iglesia mexicana, que falleció ántes de que pudiera ver estampados nuestros sinceros elogios, prodigó á los prisioneros mexicanos, cuya libertad consiguió, interponiendo su influjo con el general Scott.

La residencia de los americanos en México formará una época de eterno recuerdo, como la forma entre los franceses la ocupacion de Paris por los aliados.



CAPITULO XXVIII.

MAZATLAN.

La importancia que en nuestro concepto debe darse á este artículo, no nace sin duda de los hechos de armas que dieron por resultado la toma de los puertos del Pacífico: muy sabido es, que poca ó ninguna resistencia encontraron al ocuparlos las fuerzas invasoras. Nuestro intento, al escribir estas líneas, ha sido consignar para la historia, la relacion del estado en que se hallaba aquella parte de la República, que debia ser dominada con la ocupacion de Mazatlan; y por consiguiente, hemos creido indispensable hacer una ligera reseña de los atentados cometidos en este puerto, que tanto han escandalizado á toda la nacion, y que han sido la causa de que el ejército americano encontrase indefensos al mismo Mazatlan y á California.

En Abril de 1846, el coronel D. Rafael Tellez llegó á aquel puerto con una respetable seccion de tropa: su destino era marchar á la Alta California para protejerla contra el invasor. La perspectiva que presentaban á este gefe los cuantiosos productos de la aduana marítima, la desmoralizacion con que allí se vive, el sistemado despilfarro de las rentas, y la poca energía de la accion del gobierno hasta aquella distancia, halagó sus pasiones, y lo hizo formar la resolucion de no pasar de Mazatlan, comprometiéndose desde luego con el coronel Baneneli en una conspiracion contra el gobierno del general Paredes,

En 7 de Mayo se pronunció Tellez, llamando al general Santa-Anna como caudillo de un plan en favor del sistema federal, que mas tarde vino á realizarse. Desde el citado 7 de Mayo logró lanzar de la comandancia general de Sinaloa á D. Ignacio Gutierrez, apoderándose de este puesto, en el cual logró afirmarse mas y mas, por el triunfo de la revolucion contra el general Paredes, consumada en Agosto del mismo año; siendo de notarse que durante este periodo se recibian como amigos los buques de guerra americanos que venian al puerto, no obstante el bloqueo con que estaban hostilizados los demas, y principalmente los del golfo, y sin que sirviese de inconveniente al Sr. Tellez, ni la ocupacion de la Alta California, ni las hostilidades rotas en las márgenes del Bravo.

El coronel Tellez continuó en la comandancia general, sin que ocurriera suceso notable hasta el 7 de Septiembre de aquel año, que se presentó en la bahia la corbeta enemiga Lawarren, y capturó sin previa declaracion de bloqueo al bergantin Malek-Adel, que se hallaba á disposicion de nuestra comandancia de marina.

Era aun el tiempo del entusiasmo, y este hecho escitó los sentimientos patrióticos de las autoridades municipales de Mazatlan, que convocaron al pueblo á la defensa, formándose en un solo dia un alistamiento de mas de seiscientos hombres, dispuestos á ayudar á la guarnicion para sostener cualquier ataque contra el enemigo; y efectivamente, dieron testimonio de su decision, principalmente en los dias 30 y 31 de Octubre y 1.º de Noviembre, en que una goleta y varias lanchas nacionales forzaron el bloqueo y fueron protejidas, tanto por la guarnicion como por el vecindario, contra la persecucion del enemigo. Este buen acuerdo entre el pueblo y la guarnicion continuó hasta fin de Diciembre, que vino á destruirlo el Sr. general D. Ventura Mora, nombrado comandante general para relevar al Sr. Tellez. La entrada de dicho general á la comandancia, fué el principio de una nueva revolucion, que de antemano se habia combinado, y que estalló en 13 de Enero de 847, proclamando la dictadura del general Santa-Anna. Este plan fué apoyado por la misma guarnicion, que desde Mayo hasta Agosto habia sostenido el principio democrático.

El general Santa-Anna desaprobó este pronunciamiento, y el general Mora se retractó de él; pero entre tanto, varios buques mercantes

pagaron los derechos de importacion é introduccion de los efectos que conducian, y no se ha sabido despues la inversion dada á aquellas cuantiosas sumas.

El congreso constituyente de 847 concedió una amnistía á todos los sublevados de Mazatlan, escepto al cabecilla, si dentro de determinado tiempo deponian las armas y volvian á la obediencia del gobierno; y esta circunstancia sirvió para que Mora viniese á México á libertarse de toda responsabilidad, descansando en la proteccion del general Santa-Anna. Tellez tomó por segunda vez el mando de las armas de Sinaloa, sin órden alguna del supremo gobierno, llamado solamente, ó mejor dicho, dirigido por algunos hombres perversos que lo acompañaban en el desórden para sacar partido de él. El mismo gobierno fomentó indirectamente este mal, pues no obstante que por los conductos legales estaba dado á reconocer el señor general D. Teófilo Romero, por comandante general de aquel Estado, los disidentes de Febrero no lo reconocieron, y el gobierno léjos de castigar este atentado, tuvo la debilidad de entrar en correspondencia oficial con el coronel Tellez, considerándolo con el carácter de gefe de aquellas armas. Es de advertir, que todos los sublevados de Febrero manifestaron acogerse á la amnistía que se les habia concedido; pero no cumplieron con las condiciones que se les habia impuesto, y continuaron con las armas en la mano haciendo la guerra á las autoridades de Sinaloa, hasta el punto de hacer marchar una seccion de ciento y cincuenta hombres contra ellas, á pretesto de vigilar el contrabando de que se acusaba al gobernador del Estado, sobre cuyo objeto Tellez habia logrado se le confiriese una comision especial por el gobierno supremo. Esta seccion llegó á batir y vencer á las tropas que el Estado habia puesto á disposicion del señor general Romero, quien fué muerto en la accion dada en el parage llamado las Flechas, el 15 de Septiembre de 1847. El triunfo insolentó á la tropa de Tellez, que entró á la capital del Estado entregándose al pillage y demas escesos á que suele entregarse una turba vencedora.

La muerte del general Romero y la dispersion de las autoridades, que solamente así habian podido escapar de las manos de sus enemigos, fueron los últimos golpes que debia sufrir Sinaloa para que los invasores lo encontrasen completamente desorganizado é incapaz de

presentar la mas ligera resistencia. Tellez y sus secuaces, entregados á una vida disipada, léjos de alentar el espíritu de los habitantes, servian solamente para escandalizarlos y darles á conocer qué fruto podia esperarse de los sacrificios que hiciesen los buenos ciudadanos.

La severidad con que debemos escribir estos apuntes, reduciéndonos á la historia de los acontecimientos relativos á la guerra con los Estados-Unidos, nos obliga á omitir la narracion de muchos hechos que pudieran demostrar el desconcierto en que se encontraba Sinaloa, Mazatlan y la division misma del coronel Tellez. Dejemos, pues, consignado el relato anterior, para que toda la nacion y nuestra posteridad tenga presente la situacion que guardaba Mazatlan al tiempo de ser invadido.

Volvamos ahora la vista á las fuerzas americanas. El 10 de Noviembre se avistaron en el puerto de Mazatlan las fragatas enemigas Independencia, Congreso y Syane, y habiendo comunicado con ellas el trasporte Irie, que se hallaba á la vista desde ocho dias ántes, vinieron á fondear á las seis de la tarde, la primera en la playa de las Olas-Altas, la segunda en Puerto-Viejo, y las demas donde es costumbre que lo hagan las embarcaciones mayores. La guarnicion del puerto, compuesta de doscientos hombres del batallon de California, cien de la compañía de zapadores, sesenta entre dragones y artilleros, y doscientos de la Guardia Nacional, evacuó la plaza en la noche del mismo dia, dirigiéndose á Palos-Prietos, de donde se retiró á las once de la mañana del dia siguiente para el punto del Venadillo, situado á tres leguas del puerto.

Al evacuar Tellez la plaza, previno á las autoridades políticas publicasen por bando, que consideraria como traidor á todo mexicano que continuase en ella despues de la ocupacion del enemigo; pero no dictó providencia alguna, ni para resistir, ni para obtener garantías en favor de la poblacion, ni aun para protejer la retirada de las tropas y trenes, que se verificó en el mas espantoso desórden, principalmente la de estos últimos y la artillería, que salieron del puerto tres horas despues que la tropa, y sin fuerza alguna que los defendiese.

A las ocho de la mañana del once se presentó en el muelle una comision, compuesta de cuatro oficiales, que bajo bandera de parlamento, conducian una intimacion firmada por el comodoro W. Brandford

Shubrick, para que se rindiese la plaza dentro del término de cuatro horas. Tellez, que se hallaba allí con unos cuantos oficiales, nombró dos de ellos en comision, los que recibieron de la del enemigo los pliegos y contestaron que los entregarian á su gefe, y que la plaza no se rendia. No obstante que esta respuesta comprometia la seguridad de la poblacion, Tellez marchó á incorporarse con sus tropas al Venadillo, sin cuidarse de las consecuencias que pudieran sobrevenir á Mazatlan por el estado de abandono é inseguridad en que quedaba. A las once de la mañana el presidente de la junta municipal, D. José Vasavilbaso, se dirigió en un bote del bergantin inglés de guerra "Spy" á bordo del buque de Independencia, en donde se veia la señal del comodoro, con el objeto de obtener una ampliacion al término prefijado, la cual no le fué acordada; pero sí se le concedieron las garantías necesarias, que ofreció Mr. Shubrick arreglar despues de la ocupacion, que se verificó á la una de la tarde.

Cerca de quinientos marineros y cien soldados con cuatro piezas ligeras de artillería, componian la division que ocupó á Mazatlan sin resistencia: la entrada de estas tropas se verificó en el mejor órden, y desde luego ocuparon los puntos dominantes, reembarcándose en la misma tarde la mitad de la marinería: posesionáronse tambien en los dias siguientes de las eminencias y cerros que dominan el camino de tierra, reforzándolas con piezas de grueso calibre. Entre tanto nuestra guarnicion, que pudo muy bien hostilizar al enemigo, no se movió por muchos dias del Venadillo, teniendo sus avanzadas en Palos-Prietos, Urías y otros puntos, sufriento éstas, como toda la guarnicion, crueles privaciones por la falta de víveres. El comandante general y su estado mayor se estableció en el rancho de los Otates.

Dentro de la poblacion de Mazatlan no se advirtió paso alguno violento de los americanos, sino para recoger las armas, monturas y trenes que existian en el cuartel de la Guardia Nacional y en la casa de Tellez, que fué cateada. El 13 de Noviembre, la junta municipal de Mazatlan hizo la protesta solemne de no reconocer autoridad alguna que no emanase de la Constitucion Mexicana, cualquiera que fuese el tiempo que durase de hecho la dominacion estrangera. En el mismo dia dicha junta, y una comision nombrada por el gefe de las fuerzas americanas, estendieron un convenio para dar garantías á la po-

blacion: veinte vecinos de los mas notables concurrieron á la sesion pública de la junta municipal, para la que se citó á todos los ciudadanos de alguna representacion, con el fin de oir el juicio sobre el arreglo que debia celebrarse; y tanto la junta como los vecinos, escepto dos individuos, creyeron que debian aprobarse todos los artículos que aquel contenia: en consecuencia, fué firmado por la autoridad política de Mazatlan y los comisionados del gefe americano, á quien debia pasar, como es de costumbre, para su ratificacion. Tellez declaró al puerto en estado de sitio, y prohibió la entrada de víveres y toda comunicacion con los habitantes.—Antes de que la ratificacion del convenio se verificase, la junta municipal dirigió una nueva nota á los comisionados del comodoro, declarando insubsistente el arreglo celebrado, por no haber merecido toda la aceptacion que deseaba entre sus conciudadanos: dirigió asimismo una comunicacion al gobierno del Estado, que Tellez desempeñaba, manifestándole que quedaba disuelta en el acto, despues de haber nulificado los convenios que aun no estaban firmados por el gefe enemigo; pero el pueblo de Mazatlan se reunió, y declaró subsistentes los mencionados convenios, nombrando interinamente individuos que lo representasen: el comodoro tambien, por medio de un comisionado, manifestó á la junta municipal, que si se retiraba del puerto la autoridad política, publicaria la ley marcial: en consecuencia, el convenio quedó subsistente, y volvieron á la junta algunos de sus individuos.

Miéntras esto pasaba en Mazatlan, las fuerzas del coronel Tellez no se movian del Venadillo: cerca de dos meses permanecieron en este estado de inaccion, sin causar otras hostilidades que las de no permitir que pequeñas partidas de americanos pudiesen penetrar hasta el interior del Estado. Durante este periodo, tampoco el enemigo pretendió avanzar de Mazatlan, ni atacar á las fuerzas mexicanas: hubo, sin embargo, algunas escaramuzas, aunque no de grande consecuencia: una de ellas fué en la madrugada del 20 de Noviembre, en que una partida enemiga atacó á la fuerza que estaba de avanzada en Urías, al mando de D. Cárlos Horns, obligándolo á replegarse al centro de nuestras tropas, despues de tres horas de combate, en el cual se distinguió por su brillante comportamiento el citado Horns, comandante de la avanzada. El mismo dia fué sorprendido el coro-

nel Tellez, en Palos–Prietos, por una partida de americanos, contra quienes se defendió con bizarría, no obstante que solo tenia tres hombres, y los americanos pasaban de cincuenta. La justicia exige que no pasemos en silencio este hecho, que le hace honor, así como hemos publicado los que le son desfavorables.

El 14 de Diciembre fué sorprendida una avanzada nuestra, que se hallaba en el punto de Higueras. El enemigo penetró sin ser visto, hasta ponerse á tiro de fusil de la casa en que estaba nuestra fuerza. Las descargas de fusilería fueron el primer aviso de su llegada, y como era natural, causaron la completa desorganizacion de nuestra tropa, que se dispersó, dejando muertos dos cabos, un soldado y la esposa del comandante. El armamento, municiones, monturas, caballos, &c., quedaron en poder de los americanos, quienes tomaron los caballos y una parte del armamento, é inutilizaron el resto, retirándose en seguida. El 25 de Diciembre fué tambien sorprendida una partida de caballería que se hallaba en el punto de Abal, al mando del comandante D. Agustin Palafox de Ibargüengoitia. La sorpresa produjo, como siempre, nuestra dispersion, y la pérdida del armamento, trenes y municiones.

Todas estas escaramuzas hubieran acaso tenido un éxito mas lisongero, si las fuerzas con que el coronel Tellez sitiaba á Mazatlan, se hubieran grangeado ántes de la ocupacion algunas simpatías entre aquellos habitantes, ó éstos hubieran tenido el patriotismo necesario para olvidar rencillas intestinas, cuando se peleaba por la causa de la independencia; pero estaba decretado que los mexicanos debiamos pagar nuestros descarríos, sufriendo las consecuencias de una guerra para la que no supimos prepararnos.

Los americanos establecieron en Mazatlan su gobierno civil, como en todos los puertos, publicando algunas órdenes, y estableciendo algunas contribuciones que hicieron imposible la continuacion de las autoridades políticas que allí existian: así es, que con fecha 23 de Diciembre, el presidente de la junta municipal avisó al gobernador civil, que no pudiendo cumplir las órdenes que se le habian remitido sobre cuotizacion para el pago del impuesto, por no creerlas conformes á los convenios de 13 de Noviembre, se veia precisado á disolver la junta, y á reproducir la protesta hecha el dia mismo de los conve-

nios. Añadió el presidente de la junta, que esta disolucion se verificaria seis dias despues de la fecha de la nota, para dar lugar á que el gobernador nombrase autoridades que mantuviesen el órden y la tranquilidad. Así se verificó en efecto la disolucion de la junta municipal, y se nombraron otros vocales que la compusiesen, por órden del gobernador. En este estado continuó Mazatlan hasta la celebracion de la paz.

En cuanto á las cuestiones interiores de Sinaloa, el gobierno mexicano creyó indispensable poner término á la administracion atentatoria de Tellez, y facilitó al Estado los elementos necesarios, con los cuales las autoridades particulares de él recobraron su poder, obligando á Tellez á entregar las armas el 20 de Enero de 848, y terminando así una de las discordias civiles que mas han escandalizado á la República. Necesario nos ha sido tocar, aunque ligeramente, estos puntos, para la debida ilustracion del presente artículo. Sin embargo, hemos querido abstenernos de dar una idea mas estensa sobre el orígen de la anarquía y desórden en que por mucho tiempo se vió envuelto el estado de Sinaloa. Hemos omitido tambien la relacion de varios hechos, y aun el nombramiento de las personas que acompañaron al coronel Tellez en la revolucion, ó tal vez lo indujeron á ella. Solamente creimos deber consignar en estos apuntes los hechos que fuese preciso conocer, para formar juicio sobre los acontecimientos de la guerra pasada.

El 29 de Enero, el comandante general D. Cárlos Cruz Echeverría, que habia mandado las tropas del gobierno que obraron sobre las de Tellez, y á cuya disposicion se pusieron posteriormente éstas, situó su cuartel general en la villa de la Union, distante nueve leguas del puerto que el enemigo ocupaba. Desde el 23 de Diciembre anterior se habia reiterado, por el coronel Tellez, el bando publicado en 13 de Noviembre, que declaraba á Mazatlan en estado de sitio, y prohibia, bajo penas muy severas, toda introduccion de víveres á la plaza, ó comunicacion con sus habitantes, á quienes se fijaba un plazo de tres dias para que se saliesen de allí.

Establecido en la Union el señor Echeverría, comenzó desde el dia 31 del mismo mes á situar sus avanzadas que redujesen al enemigo á sus fortificaciones, y no le permitiesen salir de la plaza; pero

ninguna otra medida podia tomarse, tanto por la falta de recursos, como porque de un momento á otro debia encargarse del mando de aquellas fuerzas el general de division D. Juan Pablo Anaya. Este señor efectivamente recibió el mando de aquellas tropas; pero saben muy bien nuestros lectores que el 2 de Febrero se celebró un tratado de paz entre las dos naciones beligerantes, y que se acordó en seguida un armisticio general, entre tanto que la representacion nacional de una y otra, ratificaban, como despues se verificó, el tratado de Guadalupe.



CAPITULO XXIX.



INVASION DE LA HUASTECA.



ACCION DEL CALABOZO.



Desde que el supremo gobierno tuvo noticia de la evacuacion de Tampico, conoció la importancia de situar en las inmediaciones de dicha plaza un cuerpo de tropas que vigilase los movimientos del enemigo, y pusiera á la Huasteca al abrigo de sus incursiones. Con este objeto fué creada la línea militar de Huejutla, cuyo mando se confirió al general D. Francisco de Garay.

Las graves atenciones de la guerra agotaban los recursos del gobierno, é hicieron insuficientes los que pudieron facilitarse al espresado general para el sostenimiento de su línea. Muchas fueron las dificultades que este general tuvo que vencer para cumplir debidamente con su comision; pero procurando conciliar los ánimos, buscó en el patriotismo de los habitantes del pais, y en el celo y cooperacion de las autoridades locales, el medio de allanarlas, y tambien el de triunfar mas adelante de la fuerza enemiga que vino á atacarlo, cuyo suceso es el artículo que nos proponemos describir. Empero, ántes de entrar en sus pormenores, creemos necesario manifestar las circunstancias *verdaderas* que lo motivaron, y la situacion en que se hallaba la línea militar en aquellos dias.

Estábamos en el mes de Mayo del año de 1847, cuando el gobierno de México ordenó la remision á Huejutla de doscientos prisioneros americanos. Pensamiento fué este verdaderamente desgraciado, porque á mas de la impolítica de destinar á estos hombres á un punto tan cercano de una plaza fuerte ocupada por los enemigos, Huejutla no ofrecia ningun modo de conservarlos con la seguridad que se habia prevenido, porque carecia de edificios adecuados, de la guarnicion correspondiente, y de los medios necesarios para atender á su subsistencia; circunstancias todas que no ignoraba el gobierno, y que no fueron bastantes para hacerle variar su resolucion, despues que le fueron repetidas y mas ampliamente esplayadas por el general Garay.

Efectivamente, como hemos asentado al principio, la línea militar de Huejutla fué desde su creacion poco ó nada considerada por los cuidados superiores que absorvian la consideracion del gobierno, y de allí vino, que no pudiendo soportar los pueblos por mas tiempo el gravámen de mantener á sus espensas á las Guardias Nacionales que hasta el número de ochocientos hombres habian estado con anterioridad acantonados sucesivamente en Tantoyuca, cabecera de canton del Estado de Veracruz, y en Huejutla, prefectura del de México; la poblacion de esta última se hallaba sin defensa al ingreso á ella de dichos prisioneros. Por lo tanto, se hizo preciso improvisarla, y de esta guardia fué el mérito de servir durante el tiempo de la permanencia de aquellos, con eficacia recomendable y sin estipendio alguno.

Faltariamos tambien nosotros á nuestro deber, como escritores imparciales, si no recordáramos que en tan penosa situacion las autoridades y vecinos de Huejutla proporcionaron de su peculio, sin esperanza de remuneracion, y con sacrificio positivo del sustento de sus familias, el haber diario que durante seis semanas se repartió á los americanos.

A lo que antecede, nos quedan dos reflexiones que añadir, sobre las cuales no queremos llamar la atencion, y solo las presentamos como puntos históricos, para que nuestros lectores formen acerca de ellas el juicio que les parezca, porque consideramos que los hechos están demasiado recientes para que todos puedan apreciar la impar-

cialidad que nos hemos propuesto seguir al escribir estos apuntes, y porque no hemos olvidado, que hay un juicio que se ha mandado instruir por consecuencia de los hechos de esta guerra, y en que quizá se estimará justo y conveniente tener en consideracion las opiniones que sobre ella se han vertido.

La primera es, que los prisioneros americanos se entregaron en Huejutla como ya *libertados* y en actitud para proseguir su camino hasta Tampico, cuando por otra parte se prevenia al general Garay los conservase en segura custodia y negociara su cange por el del señor general D. Rómulo Diaz de la Vega. Y la segunda, que á la vez que se mandaron dichos prisioneros, se exigió al mismo general Garay que remitiese á México trescientos fusiles de los seiscientos que se le habian dado para la defensa de la estensa línea de su demarcacion.

Por final de este preámbulo, nos queda que decir, que cuando el gobernador de Tampico tuvo aviso de la detencion que sufrian los prisioneros en Huejutla, los reclamó por medio de un parlamento comedido, cuya respuesta, no ménos atenta y circunspecta, le hizo tomar la resolucion de rescatarlos por la fuerza, confiado en el estado de debilidad en que se hallaba la línea para resistir su agresion, y este es el hecho que vamos á referir.

En la madrugada del dia 10 de Julio tuvo aviso el general Garay del alcalde de Pánuco, de que en aquella villa estaban avistados doscientos y cincuenta hombres con dos piezas de artillería que venian á atacarlo. Pocas horas despues lo recibió tambien del prefecto de Ozuluama con referencia á otros de los pueblos de Tampico el Alto y Pueblo-Viejo, en que le participaban que igual fuerza habia pasado el rio en la tarde del dia 8 con direccion al cuartel general, y con ánimo de libertar á los prisioneros.

Amenazado el gefe de la línea por sus dos flancos, y por fuerzas, segun se anunciaban, cuatriplicadas á las que podia oponer para resistir, determinó inmediatamente internar al centro de la Sierra-Madre á los referidos prisioneros, á quienes custodiaron ochenta infantes de la Guardia Nacional de los pueblos de Molango y Zacualtipan, del Estado de México, y cuarenta dragones de los de Tempoal y Chiconamel, pertenecientes al de Veracruz, quedándose en Huejutla el general Garay con veintidos soldados de diversas armas del ejército

permanente. Ni en Ozuluama, ni en Pánuco, ni en Tantoyuca, ni en otro punto de la línea, habia entónces reunida ninguna fuerza militar por la penuria estrema que ya se ha indicado. Por lo tanto, el enemigo no halló estorbos en su marcha, ni en la ocupacion de dichos lugares, aunque despues aquella se organizó con bastante celeridad, de lo que se verá la constancia en los partes del general Garay.

Los prisioneros y su custodia marcharon sin recurso de ninguna clase, y sin mas amparo que la anticipacion de correos, para que los pueblos del tránsito les facilitasen *caritativamente* los auxilios alimenticios necesarios.

En el mismo dia se declaró á Huejutla en estado de sitio, y en hombros de indígenas se puso tambien en salvo el armamento de fusilería sobrante, las municiones de guerra, la artillería desmontada, los archivos de las oficinas y existencias de tabaco y papel sellado.

La escasez de dinero y de armas era infinita; pero la poblacion de Huejutla, Tantoyuca y otras pertenecientes á los Estados de México, Veracruz y San Luis, cooperaron eficazmente, y de una manera, si bien pequeña y en relacion á sus poca poblacion y recursos, al ménos digna de elogio y de que no sea echada en olvido.

El 12 de Junio de 1847 el general D. Francisco Garay se puso á la cabeza de cosa de ciento cincuenta hombres de milicia nacional de la Huasteca, y particularmente de Huejutla, y de quince ó veinte hombres de línea: saliendo de esta poblacion, atravesó el rio de los Ules, muy crecido á la sazon; se situó en una orilla de otro rio llamado del Calabozo, ordenando de pronto fortificaran ligeramente dos alturas que dominaban el paso, haciendo algunas talas de árboles, y colocando una guerrilla emboscada en la otra orilla del rio, con objeto de que pudiese hostilizar al enemigo por la retaguardia.

Aun no estaban ejecutadas estas disposiciones, cuando se avistó el enemigo, que marchaba, aunque con cautela, en buen órden. Constaba la fuerza, á poco mas ó ménos, de cosa de ciento cincuenta hombres, una pieza de artillería y ochenta mulas de carga.

Silenciosamente avanzaron hasta la orilla del rio, y poniéndose un capitan á la cabeza de la guerrilla de vanguardia, emprendieron atravesar el rio. Las fuerzas nuestras, colocadas en la posicion que hemos dicho, dejaron avanzar á las contrarias, y así que éstas estaban

próximas á la orilla, mandó el general Garay romper un vivo fuego de fusilería. Al principio no pareció causar ninguna sorpresa á los americanos; pero herido mortalmente el capitan que los conducia y algunos soldados, retrocedieron velozmente, reuniéndose con su reserva, situada, como se ha espresado, en la otra orilla y frente de nuestras posiciones. En cerca de media hora la inaccion fué completa; pero pasada la sorpresa que les causó la firmeza con que fueron recibidos, comenzaron á hacer un vivo fuego de metralla con la pieza de artillería, que era contestado con denuedo.

Observando los enemigos que era imposible desalojar á los valientes ciudadanos que defendian su patria, de las posiciones que habian resuelto defender á toda costa, variaron la direccion de la pieza de artillería y continuaron el fuego. Entónces la guerrilla emboscada cayó sobre el convoy de mulas y lo dispersó; circunstancia que ocasionó la confusion de los americanos y el que emprendieran la retirada, despues de haber perdido un sargento y nueve soldados muertos y ahogados, un teniente y cuatro soldados heridos, y quince prisioneros. Los paisanos, armados en clase de voluntarios, de las cercanías, cayeron tambien sobre los enemigos que se retiraban, y les quitaron veinte caballos enfrenados, y sobre setenta mulas cargadas de víveres.

Continuó el enemigo su retirada rumbo al Pánuco. Al pasar por Tantoyuca, cometió algunos desórdenes y robos en la poblacion, y continuó sin descanso. El general Garay, cuya constancia y actividad en estos momentos merecen un cumplido elogio, dispuso la persecucion de los enemigos, enviando una seccion al mando del coronel D. Domingo Jáuregui, y otra á cuya cabeza se puso. Diez leguas fueron perseguidos; pero siendo su marcha tan violenta y no interrumpida, regresó el general Garay del rancho del Horcon, y entró en Huejutla, donde el gozo de los ciudadanos fué igual al patriotismo y recomendables sacrificios que hicieron para repeler esta incursion. Muy poco se ha hablado de este suceso de tan feliz importancia para las armas mexicanas, y nosotros hemos querido consagrarle este pequeño capítulo; deseando tributar el homenage de nuestro recuerdo á todos los que en esta lucha, generalmente desigual y desgraciada, han sabido portarse con honor y patriotismo.

CAPITULO XXX.



GUERRILLAS.

Desde ántes que comenzara la guerra, la materia general de las conversaciones era el modo como deberia hacerse.—Unos eran de opinion que se deberian fortificar todas las gargantas de la Sierra, de manera que los enemigos se encontraran obligados á permanecer en las tierras calientes; otros, que debian presentarse grandes batallas en las llanuras donde pudiera obrar la caballería, y otros que jamas deberiamos presentar accion campal, sino establecer en general el sistema de guerrillas, fatigando al enemigo en su marcha y cayendo sobre él en las buenas oportunidades que los mismos acontecimientos fueran presentando. Cualquiera que sea la fuerza de estas opiniones, la guerra se hizo en los términos que hemos tratado de describir en los capítulos anteriores; y ya cuando Taylor estaba posesionado de Monterey y Scott de Puebla, fué cuando comenzó el sistema de guerrillas, que mucho dió que hablar á los periódicos americanos, y que no dejó tampoco de molestar á los invasores.

Imposible seria que nosotros pudiéramos determinar minuciosamente las operaciones de pequeñas secciones de tropa, que por su naturaleza misma eran variadas y veloces. Nos contentarémos, pues, con señalar los acontecimientos mas notables.

Las guerrillas se formaron en los Estados de Puebla, México, Veracruz y Tamaulipas.—En el primer Estado se hallaban á las órdenes del general D. Joaquin Rea; en el segundo, á las de D. Juan Clímaco Rebolledo, y en el tercero, á la de los generales D. José Urrea y D. Antonio Canales.

En pocas líneas vamos á referir las operaciones mas notables de estas fuerzas.

Al llegar al valle de México las fuerzas del general Scott, una avanzada enemiga fué acometida por la guerrilla de Colin, obteniendo un triunfo, pues un ayudante del general Scott, el teniente Hamilton, fué traspasado de una lanzada, algunos soldados muertos y otros hechos prisioneros, debiendo su salvacion los demas á la ligereza de sus caballos, y quedando en poder de los guerrilleros un regular botin.

Durante unos dias en que el señor general Bravo estuvo encargado de la comandancia general de Puebla, espidió multitud de patentes de guerrilleros á personas que indudablemente no prestaban por sus antecedentes garantías bastantes, y esto ocasionó que las poblaciones pequeñas y haciendas del Estado, sufriesen algunos daños; pero la justicia nos obliga á decir, que el general Rea procuró contener los abusos y reducir á buen órden esas partidas armadas. Durante la invasion del general Scott á la capital, sitiaron al coronel Childs, que se redujo al cuartel de San José y cerro de Loreto, ejecutando algunas veces actos de un atrevimiento y valor dignos de elogio. En una ocasion, á la vista de los enemigos, y bajo los fuegos del cerro de Loreto, se sacaron una cantidad considerable de mulas pertenecientes á los trenes; otra recorrieron las calles de Puebla, y encontrándose con una partida de caballería americana, la atacaron vigorosamente, dejando muertos en las calles y en la Alameda á la mayor parte de los que la componian. Interceptaban víveres á los enemigos, y noche con noche tiroteaban el cuartel de San José, desvelando y manteniendo en continua alarma al coronel Childs.

En Veracruz, eran gefes de guerrillas D. Manuel García, D. Juan Aburto, D. Francisco Mendoza, D. José María García y D. Vicente Salcedo, de Orizaba, el padre Jarauta y D. Juan Clímaco Rebolledo. Tambien algunos de esos valientes y buenos jóvenes de Veracruz

abandonaron sus hogares, y reuniéndose en los montes, formaron su guerrila ó se alistaron en las filas de las ya establecidas. Estas fuerzas, añadiéndose las de caballería de Coscomatepec, formaban reunidas mas de cuatrocientos hombres, y se componian en su mayor parte de rancheros del Estado de Veracruz. Entre los gefes de guerrillas, sobresalieron: Rebolledo, por su valor, su moderacion y su carácter humano y generoso, y el padre Jarauta, por su genio activo y emprendedor y su estremado arrojo. Aburto tambien se distinguió mucho, y puede decirse que estas tres personas tenian el carácter verdadero que se requiere para esa vida aventurera y peligrosa del guerrillero.

Deseáramos con minuciosidad referir todas las hazañas ejecutadas en medio de aquellos bosques ardientes del Estado de Veracruz por algunos de estos buenos ciudadanos; pero baste decir, que por confesion de los mismos enemigos, ninguna guarnicion corta podia atravesar el camino, y los cargamentos tenian que venir custodiados por numerosas fuerzas de caballería, infantería y piezas de artillería. A pesar de esto, eran constantemente hostilizados, perdiendo soldados, mulas y carros, como sucedió en uno de los ataques dados en Tolome á un convoy, por la fuerza reunida de los guerrilleros, en que éstos se posesionaron de catorce carros y mas de cuatrocientas mulas cargadas, matando muy cerca de cien hombres.—A este género de hostilidades los enemigos llamaban bárbaro, por el mucho daño que recibian; pero á pesar de esto procuraron por su parte establecerlo, y el capitan Walker, que murió en Huamantla, se estableció en el camino de Veracruz, cometiendo las mayores crueldades, acaso con rancheros inocentes que no formaban parte de las guerrillas mexicanas. Durante mucho tiempo, la desolacion y la muerte estaban sistemadas en todo ese camino, las chozas quemadas, los ranchos desiertos y los cadáveres de hombres y animales insepultos junto á los carros destrozados y á los despojos que resultaban en cada uno de estos combates parciales.

Las guerrillas de Tamaulipas se formaron con rancheros de las villas, mandados por Canales, y con los escuadrones de auxiliares de Guanajuato, auxiliares de Allende y Fieles de Guasper[illegible], al mando de los generales Urrea y Romero, quienes [illegible] á sus órdenes

tambien algunos oficiales de caballería del ejército de línea, entre los cuales recordamos á D. Emilio Lambert, D. Agustin Ricoy, D. Agustin Iturbide, D. Pantaleon Gutierrez y otros.

De Tula pasó el general Urrea á Victoria, y de Victoria al Estado de Nuevo-Leon, ejecutando marchas y cantramarchas con el fin de sorprender las partidas de enemigos que transitaban de Matamoros á Monterey. El 24 de Febrero de 1847, en un punto intermedio de este camino, llamado *Agua-Negra*, las guerrillas dieron un asalto á un convoy, quitando ciento veintiun carros cargados de ropa y víveres, y ciento treinta y siete mulas tambien cargadas de ropa, quedando entre muertos, heridos, prisioneros y dispersos, desbaratadas las fuerzas americanas que custodiaban el convoy, y que ascendian á cosa de trescientos hombres.—El general Taylor, poco tiempo despues, repartió entre las poblaciones una contribucion para reponer el valor de los efectos tomados por los guerrilleros; y éstos, engolosinados unos con el botin, y otros sin recursos, se fueron desbandando poco á poco, hasta que finalmente la brigada se puso en camino, y pasando á este lado de la Sierra, se fijó en Tula de Tamaulipas. La guerra hecha con un buen sistema por medio de las guerrillas, nos parece que á la larga habria arruinado á los enemigos y dado el triunfo á la República.



CAPITULO XXXI.



TABASCO.

El 21 de Octubre de 1847 se avistó frente á la barra una goleta, que suponiéndola el práctico mercante, salió en busca de ella para meterla; mas al aproximarse á su bordo, y cuando ya no podia retroceder por estar bajo su batería, y que uno de sus botes le persiguió hasta hacerlo prisionero, fué cuando advirtió que era norte-americana y de guerra. El 22 se avistaron otros buques, que fondearon en la tarde y frente á la misma barra, en número de cinco de vela y dos de vapor. El 23 en la mañana entraron todos y tomaron posesion de la frontera, que se hallaba sin guarnicion de ninguna clase, encontrádose fondeados en el rio dos vapores mercantes que tripularon en el acto, declarándolos buena presa. El 24, á las seis de la tarde, se recibió el parte de aquella invasion, dia en que precisamente habian emprendido su marcha sobre la capital, sirviéndoles de trasportes los dos vapores mercantes que quedan ya mencionados. El 25 á las doce del dia llegaron y se acoderaron acto continuo frente á la poblacion: en este estado mandaron imponer rendicion, manifestando á la vez, que de no efectuarla en quince minutos, demolerian la plaza, y pasarian despues á cuchillo á toda su guarnicion; y como á esto no se les hubiese contestado sino que se les esperaba, regresaron los comisionados á bordo y rompieron en el acto sus fuegos, bom-

bardeando la ciudad, que asaltaron despues por cinco ocasiones sin obtener el menor éxito favorable. El 26, al rayar el dia, repitieron con mas actividad sus fuegos de artillería sobre la plaza, y la volvieron á asaltar por dos ocasiones, en que sin lograr ventaja alguna en el primero, en el segundo fueron derrotados completamente, hasta el estremo de haber abandonado el campo. Toda la escuadrilla, en union de los buques mercantes que tomaron en el rio y declararon buena presa, salieron despues para Veracruz, dejando en la frontera dos de guerra para impedir el comercio.

La guarnicion que tan patrióticamente defendió á Tabasco, se componia de ménos de trescientos hombres, formada del batallon de Acayúcan, de veintitres artilleros, y una compañía de infantería y otra de caballería de línea.



CAPITULO XXXII.



NUEVAS NEGOCIACIONES DE PAZ.

Terminadas de una manera poco pacífica las negociaciones iniciadas en la casa de Alfaro, fióse á la suerte de las armas el éxito de la cuestion mas importante que ha habido para la República mexicana. Los sucesos de la guerra nos fueron funestos: vencedores los enemigos en Padierna, Churubusco, el Molino del Rey, Chapultepec y las garitas de la capital, apoderóse, en fin, de ésta, haciéndose cada vez mas difícil el término de la contienda.

Con el carácter de presidente de la suprema corte de justicia, entró á serlo de la República el Sr. D. Manuel de la Peña y Peña. Sus tendencias bien marcadas por la paz desde el año de 45, en que desempeñó el ministerio de relaciones, hicieron desde luego concebir la idea de que, bajo su gobierno, seria fácil la consumacion de la paz. Para mas espeditar el camino que debia conducirnos allá, la escitativa á entrar en nuevas negociaciones salió del mismo comisionado americano. Nuestro gabinete acogió favorablemente la idea; pero no quiso festinar un negocio de tanta importancia, por considerar lo muy breve de su existencia política, puesto que no debia durar sino lo que tardase en reunirse en Querétaro el congreso de la Union, para hacer el nombramiento de presidente.

Aunque no con la prontitud debida, reunióse al fin en efecto en aquella ciudad la representacion nacional. Electo para la primera magistratura de la República el general D. Pedro María Anaya, siguió en todo los planes de su antecesor, á quien nombró para el ministerio de relaciones. Las negociaciones de paz se formalizaron entónces, continuándolas siempre Mr. Trist, á nombre de los Estados-Unidos, y por nuestra parte los señores Couto, Atristain y Cuevas, de quienes ya hemos hablado en uno de los capítulos anteriores. Procedióse en lo relativo á este negocio con la mayor reserva, de suerte que, á pesar de que en el público se maliciaba lo que sucedia, nada se sabia á punto fijo.

Despues de varias discusiones y detenidas conferencias, firmóse en la ciudad de Guadalupe Hidalgo, por los comisionados de ámbas partes, un tratado de paz, amistad y límites entre México y los Estados-Unidos. Como este arreglo variaba enteramente las circunstancias públicas, en términos de ser necesaria la temporal suspension de las hostilidades, se procedió á la celebracion de un armisticio, por el que quedaban paralizadas las operaciones militares hasta saber el resultado, favorable ó adverso, del convenio que ponia fin á la guerra.

Conforme á las instituciones de ámbos paises, para que el tratado tuviese la validez debida, se requeria la ratificacion del senado americano y la del congreso de México. Y como era natural determinar un plazo, y no dejarlo indefinido, se fijó el de cuatro meses, que se consideró suficiente para el caso.

Cuando el presidente de los Estados-Unidos, Mr. Polk, dió cuenta al senado con el tratado de paz, advirtió que Mr. Trist se habia escedido de sus atribuciones, puesto que se le habia mandado retirar, determinándose que cualesquiera proposiciones de paz que hiciese México en adelante, fuesen trasmitidas por el general en gefe de las fuerzas invasoras. Tal circunstancia hacia mas dificil la ratificacion, como que á los inconvenientes sustanciales, agregaba el de falta en Mr. Trist de la competente autorizacion. Sin embargo, el senado pasó por todo, y con su ratihabicion dió plena validez á los actos del ex-comisionado.

Pero el tratado no se aprobó en los términos mismos en que se habia celebrado en Guadalupe; hiciéronsele tres modificaciones de



D.ⁿ LUIS DE LA ROSA.

lit. de P. Blanco — *1.ª de Plateros n.º 10.*

alguna importancia: la primera, sobre el ejercicio de la religion católica en el territorio cedido: la segunda, sobre concesiones de terrenos, hechas por nuestro gobierno general y los particulares de los Estados; y la tercera, sobre la facultad de ceder ó traspasar el fondo de indemnizacion. Aprobadas estas variaciones, se nombraron para el arreglo de las ratificaciones á MM. Clifford y Servier.

Por parte de México habia habido otra especie de dificultades para la resolucion de aquel importantísimo negocio. La primera, y acaso la mas grave de todas, fué la reunion del congreso general, sin la que nada podia hacerse, conforme á la constitucion vigente. Los gobiernos de Peña y Anaya hicieron grandes esfuerzos para superar los obstáculos que se oponian á la instalacion de las cámaras; pero el tiempo transcurria sin que lo lograran, y Abril acabó cuando no existia aun en Querétaro el número preciso de representantes. Por último, en los primeros dias de Mayo, á costa de mil trabajos, llegó á haberlo, y el 7 de aquel mes se verificó la apertura de las sesiones.

En aquel acto solemne, Peña y Peña, que habia vuelto á encargarse de nuevo de la presidencia desde Enero, conforme á lo prevenido en la constitucion, pronunció un discurso, en que habló largamente de la conducta observada por el gobierno, así como de las razones que lo habian decidido á declararse en toda forma por la paz, que habia procurado hacer.

El congreso se ocupó desde luego del exámen del negocio mas importante para el que habia sido congregado. Los documentos de mayor interes, que entónces se le presentaron, para darle luz y datos que contribuyeran al mejor éxito de sus actos, fueron dos esposiciones: una presentada por el ministro de relaciones, D. Luis de la Rosa, en que con toda detencion se ocupaba de dar fuerza á los argumentos que se hacian en favor de la paz, y de rebatir los que fundaban la oposicion de los partidarios de la guerra, y la otra, suscrita por los comisionados que firmaron el tratado de Guadalupe, en la que intentaban probar que se habian sacado para la República las mayores ventajas posibles en las tristísimas circunstancias que nos habian obligado á acceder á las exageradas pretensiones del vencedor.

La comision de relaciones de la cámara de diputados, que era á la que correspondia dictaminar sobre la aprobacion ó reprobacion del

tratado, se aumentó con dos individuos, de suerte que la formaron los representantes Jimenez, Lares, Solana, Macedo y Lacunza. En 13 de Mayo presentó su dictámen, el cual, despues de estenderse sobre la necesidad imperiosa de la paz, concluia con la siguiente proposicion:

"Se aprueba el tratado celebrado con los Estados-Unidos del Norte en 2 de Febrero de este año, con las modificaciones hechas por el senado y gobierno de los mismos Estados-Unidos."

Su discusion en la cámara fué animada, decente, luminosa. Por ámbas partes se agotaron las razones mas fuertes, los argumentos mas poderosos para defender el pro y el contra de la cuestion. Los diputados Muñoz, Villanueva, Prieto, Pacheco, Rodriguez, Doblado, Aguirre, Arriaga y Cuevas, hablaron en favor de la guerra. Lo hicieron por la paz sus compañeros Micheltorena, Lares, Lacunza, Mendoza, Payno y Elguero, y el secretario de relaciones D. Luis de la Rosa. Puesto el dictámen á votacion, fué aprobado por 51 votos contra 35. Como conviene saber el sentido en que sufragó cada representante, publicamos á continuacion las dos listas que se formaron.

Por la afirmativa.—Almazan, Aranda, Arias, Avalos, Balderas, Barquera (D. Mucio), Barrio, Bocanegra, Bracho (D. Luis), Burquiza, Covarrubias, Cruz, Diaz Guzman, Diaz Zimbron, Elorriaga, Elguero (D. Hilario), Escobar, Espinosa (D. Rafael), Garay, Godoy, Gonzalez Mendoza, Jáuregui, Jimenez, Lacunza, Lares, Liceaga, Macedo, Madrid, Malo, Medina, Micheltorena, Montaño, Orozco, Palacio, Payró, Perez Palacios, Posada, Reyes Veramendi, Rioseco, Riva Palacio, Rodriguez (D. Jacinto), Raigosa, Saldaña, Salonio, Sanchez Barquera, Serrano, Silva, Solana, Torres Torija, Villanueva (D. José) y Zamacona.

Por la negativa.—Aguirre, Arriaga, Bolaños, Buenrostro, Cañedo (D. Anastasio), Cardoso, Chávarri, Cuevas, Doblado, Elizondo, Fernandez del Campo, Granja, Herrera y Zavala, Macías, Mariscal, Mateos, Mirafuentes, Muñoz (D. Manuel), Muñoz Campuzano, Navarro, Ortiz (D. Ramon), Pacheco, Perez Tlagle, Prieto, Raso, Reynoso, Rio, Rodriguez (D. Vicente), Romero, Ruiz, Siliceo, Urquidi, Valle, Varela y Villanueva (D. Ignacio Pio).

El senado se ocupó á su vez del asunto. Su comision de relacio-

nes, compuesta de los Sres. Muñoz Ledo, Fagoaga y Ramirez (D. Fernando), presentó un dictámen en que de nuevo se esforzaba por aglomerar razones y pruebas en favor de la paz. Aquel documento concluia consultando que se aprobase el acuerdo de la cámara de diputados.

La votacion en ésta habia estado muy dividida; y á pesar de que desde ántes habia casi una seguridad completa de que el tratado pasaria, estuvo á punto de zozobrar. En el senado, por el contrario, contaban los pacistas con una mayoría inmensa, de suerte que con toda anticipacion se sabia sin la menor duda el resultado. Los únicos senadores que hablaron en contra, fueron Morales, Robredo y Otero, á quienes contestaron Pedraza, Muñoz Ledo, Ramirez (D. Fernando) y el ministro Rosa. La votacion se decidió por treinta y tres vòtos contra cuatro de los tres señores referidos, y á mas D. Bernardo Flores.

El 26 de Mayo se formó un protocolo por nuestro ministro de relaciones y los comisionados Clifford y Servier, en el cual los segundos, declarándose ampliamente autorizados al efecto, hicieron esplicaciones bastante satisfactorias para México, de los términos en que deberian entenderse las modificaciones hechas al tratado por el senado americano. Con aquel documento, no solo se dió cuenta al congreso, sino que se publicó en todos los periódicos, por lo que no hubo quien no entendiera con justicia que jamas daria lugar á discusiones trascendentales sobre su validez. De ahí es que ha causado no poca sorpresa, que, en los últimos dias de la administracion del presidente Polk, se le hayan hecho en el congreso de los Estados-Unidos fuertes inculpaciones, así como á su ministro Buchanan, y á las comisionados Clifford y Sevier, por la existencia de ese protocolo, que indebidamente se ha llamado secreto, y sobre cuyo contenido ha protestado aquel cuerpo legislativo haber estado ántes en la mas profunda ignorancia. El asunto al principio tomó un carácter alarmante, y aun se llegó á sostener que la insubsistencia de un protocolo firmado por agentes que se escedieron de sus atribuciones, invalidaba el tratado de 2 de Febrero; pero una vez encargado de la presidencia el general Taylor, como lo está ya, es de esperarse que no tengamos nuevos disgustos por un negocio en que, sean cuales fueren los errores

ó faltas de los funcionarios de los Estados–Unidos, á quienes ahora se acusa, por parte de México se procedió con toda decencia y buena fe.

El 30 de Mayo se cangearon en Querétaro las ratificaciones del tratado, quedando así definitivamente consumado uno de los actos de mas celebridad histórica que encierran nuestros anales. En un negocio de tamaña importancia, dilucidado en la tribuna y en la prensa hasta en sus últimos ápices, mucho pudiéramos decir. Nos abstenemos, sin embargo, de hacerlo, por tres razones: la primera, que firmes en el propósito que nos ha guiado en todo el curso de esta obra, no queremos ahora quebrantarlo, ni sustituir los comentarios del crítico á la narracion sencilla de los hechos: la segunda, porque afectados aun dolorosamente con un suceso que destruyó nuestras mas caras ilusiones, y nos redujo á un grado espantoso de abatimiento, de infortunio, de descrédito, nos sentimos incapaces de hablar con la imparcialidad que debe caracterizar al historiador: la tercera, en fin, porque aun entre los redactores mismos de estos apuntes ha existido y existe todavia una gran diversidad de opiniones sobre este punto, siendo unos tenaces partidarios de la guerra, y otros acérrimos defensores de la paz.

Omitirémos, pues, toda clase de observaciones. El hombre ilustrado que dentro de algun tiempo se encargue de escribir la historia de esta época malhadada, resolverá con mas acierto la obra iniciada por el gobierno de Querétaro, y perfeccionada por la representacion nacional de 1848. Acaso entónces estos desaliñados, pero exactos apuntes, le servirán de algo para el mejor conocimiento de los sucesos. Este es el único interes que tenemos, la única gloria á que aspiramos (*).



(*) Por ser el tratado de paz de Guadalupe un documento tan conocido, creemos innecesario publicarlo á continuacion.

CAPITULO XXXIII.

SANTA CRUZ DE ROSALES.

Todos los recursos, material y demas elementos de guerra, que sin contar con los auxilios y proteccion del gobierno general se pudo proporcionar el Estado de Chihuahua para resistir á la invasion, habian desaparecido en la batalla del Sacramento: Chihuahua ocupado por el enemigo desde 1.° de Marzo de 1847, no contaba con recursos de ninguna clase; no obstante, léjos de desmayar en su patriótico empeño, buscaba por todas partes el medio de volver á tomar las armas. D. Angel Trías, gobernador de Chihuahua, vino á México á solicitar auxilios para continuar haciendo la defensa en el Estado, é impedir que los americanos avanzasen al interior: volvióse, sin embargo, llevando el doloroso desengaño de la imposibilidad en que estaba el gobierno de auxiliarlo.

Antes de entrar en la narracion de los hechos que nos proponemos dejar consignados en aste artículo, hemos creido conveniente dar á conocer la situacion en que se hallaba Chihuahua cuando sufrió la segunda invasion, para que nuestros lectores puedan juzgar con mas exactitud, y dar el valor debido á los acontecimientos á que nos referimos.

En el mes de Enero de 1848 tuvo noticias el gobierno del Estado, de que el general enemigo Sterling Price, con una division respeta-

ble se dirigia sobre Chihuahua, á cuyo fin se hallaba ya en el Paso del Norte: carecia el Estado de elementos para resistir: habiánse agotado sus esfuerzos en el año anterior, y no le quedaba que esperar auxilio alguno que no fuese de sus mismos hijos: invocó, pues, el patriotismo de éstos, y los halló prontos á emplear sus vidas y el resto de sus fortunas en la defensa de su pais. Se comenzó desde luego á organizar ésta, y muy en breve el gobierno tuvo las armas, recursos y trenes necesarios para mantener en campaña una fuerza de mil hombres, contando con las compañías presidiales: en cuanto á recursos, el gobierno tenia entre otros el producto líquido de la renta del tabaco, que se le habia consignado para pago de las fuerzas y empleados militares, cuyos haberes debian satisfacerse conforme á la ley por el erario federal.

Pero cuando Trías comenzaba á poner en práctica su plan de defensa, recibió con dolorosa sorpresa un decreto dado por el gobierno de Querétaro, con fecha 16 de Diciembre, por el cual se estinguian las compañías presidiales, dándose de baja todos sus individuos, á quienes no se dejaba otro carácter que el de Guardias Nacionales: recibió ademas una comunicacion del ministerio de hacienda, en la que se insertaba una órden dada al administrador de tabacos, para que en lo sucesivo pagase de preferencia todas las libranzas que la direccion girase á cargo de aquella renta, quedando, en consecuencia, sin efecto el auxilio con que ántes habia contado el Estado para atender á los gastos generales.

No podia ser mas desconsolador el cuadro que presentaba entónces Chihuahua: por una parte avanzaba el enemigo á atacarlo, y por la otra se escaseaban las fuerzas y recursos, sin contarse ni los mas precisos para la defensa contra los bárbaros. Sin embargo, los buenos chihuahuenses continuaron preparándose para resistir al enemigo, que situándose en el Paso del Norte, estaba haciendo aprestos para emprender la invasion de la capital del Estado.

El 21 de Febrero se recibió en ésta la circular que anunciaba haberse celebrado el dia 2 los tratados de paz de Guadalupe; y tal noticia, si bien no estaba conforme con los sentimientos de las autoridades y ciudadanos de Chihuahua, que habian protestado contra cualquiera cesion de territorio, al ménos sirvió para hacer creer al

gobierno, que podia salir decorosamente de la situacion en que se hallaba, supuesto que el tratado y el inmediato armisticio que debia celebrarse conforme al art. 2.º de él, habian de suspender las hostilidades. Se engañaba el gobierno de Chihuahua cuando creyó que podria evitar una batalla, supuesto que se habia hecho la paz entre las dos naciones beligerantes, y se engañaba tambien cuando creyó que el armisticio le seria transmitido con la debida oportunidad. Con solo cotejar las fechas de los acontecimientos, podrá conocerse claramente, que si hubieran obrado con actividad las autoridades residentes en Querétaro, se habria acaso evitado la batalla de Rosales.

Sabíase en Chihuahua la celebracion de la paz; esperábase de un momento á otro el armisticio, y estos hechos naturalmente habian servido para entibiar los ánimos de los chihuahuenses, que no creian ya indispensables y urgentes los sacrificios que se les exigian para preparar una defensa vigorosa. Repentinamente se recibe la noticia de que los americanos avanzaban sobre Chihuahua con tanta rapidez, que el anuncio apenas pudo llegar un dia ántes, y solo este espacio de tiempo quedaba al gobierno, ó para organizar la defensa de la ciudad, ó para sacar de ella y poner en salvo todos los trenes y armas, como lo hizo.

El general Trías se retiró de Chihuahua con unos cuatrocientos hombres de todas armas, en su mayor parte de Guardia Nacional, dos piezas de á ocho, dos de á cuatro, dos obuses de siete pulgadas y dos cañones pedreros, para la villa de Rosales, distante veintidos leguas de la capital. El mismo dia 6 de Marzo, á las nueve y media de la noche, ocupó el enemigo á Chihuahua; pero sin detenerse allí, continuó en persecucion de nuestras fuerzas á marchas redobladas.

Posesionado ya Trías de Rosales, y reforzada su tropa con poco mas de cien hombres, hizo desde luego los preparativos necesarios para resistir al enemigo, que se avistó á las seis de la mañana del 9. En aquel dia tuvieron los generales Price y Trías dos conferencias para lograr un avenimiento; pero nada se logró, pues el primero, fundándose en que no tenia noticias oficiales de la celebracion del armisticio, ni del tratado de paz de Guadalupe, se negaba á retroceder al Paso; y el segundo no pasaba por la rendicion, ni por entregar el tren de artillería, armamento y municiones. Concluidas aquellas inútiles

conferencias, el enemigo, sin atacarnos, se retiró á un bosque, situándose fuera de tiro de nuestra artillería.

El 10 declaró Price la villa en estado de sitio. Desde ese dia hasta el 15 se estuvo por ámbas partes en espera de refuerzos, ocupándose entre tanto el general mexicano en abrir fosos y cortaduras, y levantar parapetos y trincheras para hacer la defensa mas vigorosa. Recibido por el enemigo en la noche un refuerzo de tropas, que consistia en trescientos hombres con seis piezas de grueso calibre, á las siete del 16 intimó rendicion. Desechada por Trías, se rompió el fuego á las ocho de la mañana, generalizándose á poco el combate, que duró hasta las doce y media del dia, bastante sostenido por una y otra parte. La resistencia fué tan vigorosa, que los americanos se vieron al fin obligados á retroceder, y abandonaron algunas piezas de artillería, un carro de parque y otros efectos.

Gran parte de los habitantes de la poblacion consideraron alcanzado un triunfo completo, prorumpieron en vivas y repicaron las campanas; pero los gefes de nuestras tropas, mas cautos y prudentes, no se dejaron alucinar con tanta facilidad, y tomaron oportunas medidas para que la ventaja obtenida no se convirtiese desde luego en una derrota funesta. Sus presentimientos no tardaron en confirmarse: los americanos, ordenados de nuevo y con mas conocimiento del terreno, emprendieron segundo ataque. El combate esta vez era mas vivo: se trataba de un asalto en toda forma, á cuyo efecto avanzaban sobre la plaza las columnas de los americanos. Nuestros soldados, llenos aun de entusiasmo, animados por sus valientes gefes, resisten con denuedo, prolongando la defensa hasta el oscurecer. Entónces cayó la plaza en poder del enemigo, y no sin dificultad se logró que se suspendieran los fuegos, y que se contuvieran en parte los escesos de la soldadesca, la que no dejó, sin embargo, de cometer bastantes. El general en gefe y los oficiales mexicanos quedaron prisioneros de guerra; si bien despues se les espidieron sus pasaportes, bajo su palabra de honor, para el punto de la República á que quisieran dirigirse. Solamente el general Trías, el coronel Justiniani y el primer ayudante Horcasitas, quedaron en poder del enemigo, que los trató con las mayores consideraciones.

La honrosa defensa de la plaza mereció grandes elogios de Price,

quien, como un testimonio de aprecio á sus defensores, dejó su espada á todos los oficiales de nuestra division.

Conforme al armisticio celebrado en Febrero, las tropas americanas debieron evacuar, tanto la villa de Rosales, como la ciudad de Chihuahua. Así se les exigió por medio de comisionados nombrados al efecto, sin que sus reclamaciones valiesen nada en el ánimo de Price. Recabóse entónces por conducto de las autoridades supremas, una órden espresa del general en gefe americano Butler, relativa á la desocupacion; pero tampoco con ella se consiguió cosa alguna. Price se burló de todo: no abandonó los puntos de que ilegalmente seguia posesionado, hasta que tuvo á bien hacerlo; y de esa suerte, con notoria infraccion del derecho de la guerra, sufrieron aquellas poblaciones por algun tiempo todos los males consiguientes á una ocupacion á mano armada.

Pero todos estos desastres que sufrió Chihuahua, á consecuencia de su decision y patriotismo, realzaron el mérito que contrajo en toda esa desgraciada campaña. Aquel Estado disfrutará, pues, la satisfaccion perdurable de haberse distinguido sobremanera en el cumplimiento de los deberes que á todos imponia la patria, y de haber visto que sus hijos fueron los últimos que, en una accion de guerra, sostuvieron con valor y entusiasmo la nacionalidad de la República.



CAPITULO XXXIV.



CONCLUSION.

Cangeadas en Querétaro las ratificaciones de paz, la campaña queó terminada. Encargóse del poder ejecutivo el general Herrera, uien nombró para las secretarías del despacho al senador D. Maiano Otero, á los diputados D. Mariano Riva Palacio y D. José Maía Jimenez, y al general D. Mariano Arista. Previa licencia del ongreso, el gobierno se trasladó á Mixcoac, miéntras los americanos esocupaban á México; y cuando este suceso se vericó, se instaló en a capital, bajo la sombra del pabellon tricolor, que habia vuelto á narbolarse en Palacio.

Las tropas de los Estados-Unidos continuaron su retirada, desocuando al cabo de algun tiempo el suelo, teatro de sus victorias y de uestros desastres. La guerra concluyó, dejando en nuestros coraones un sentimiento de tristeza por los males que nos habia ocasioado, y en nuestro ánimo una leccion viva de que, cuando se entroizan el desórden, el aspirantismo y la anarquía, se hacen dificiles el ia de la prueba, la defensa y la salvacion de los pueblos.



APÉNDICE.

No habiendo llevado otro objeto al escribir estos Apuntes, que sentar los hechos con cuanta imparcialidad y verdad nos ha sido dable, nos parece oportuno el hacer algunas aclaraciones, tomadas de los documentos que nuevamente hemos examinado.

En el capítulo titulado Polkos y Puros, se espresa que el señor general D. Lino Alcorta dirigió personalmente algunos de los ataques contra la casa de Buena-Vista y otros puntos que ocupaban los pronunciados. Debemos rectificar este hecho, manifestando, que aunque el Sr. Alcorta estuvo al lado del gobierno de aquella época, no dirigió ninguno de los ataques.

En la página 310 dice: que el dia 12 de Septiembre rompieron los enemigos el fuego sobre la garita del Niño Perdido, no siendo así, y verificándolo sobre la de la Candelaria el referido dia y el 13 siguiente hasta la toma de Chapultepec, resultando en el bombardeo herido el coronel Flores, que murió á pocos dias, dos oficiales muertos y dos soldados, y dos artilleros heridos.

El dia 13, despues de la toma de Chapultepec, mandó el general en gefe que se retirase á la Ciudadela la artillería situada en la Candelaria, lo que verificado, marchó el general D. Mariano Martinez con su brigada á cubrir la línea del Paseo Nuevo, la Acordada y San Diego, de cuyos puntos se retiró á la Ciudadela á las once de la noche por disposicion superior.

Con datos mejores, y como resultado de la aclaracion que ha solicitado el señor general D. Joaquin Rangel, y consecuentes con lo que tenemos ofrecido en la obra, damos lugar en el apéndice á la esplicacion siguiente.

En el párrafo segundo de la página 320, correspondiente á la 14ª entrega, que al hablar de dicho señor general puede traducirse desfavorablemente á su persona y fuerzas que mandaba, se esplica del modo que sigue:

El general Rangel sostuvo valerosamente el ataque contra la columna del general Quitman, dado al hornabeque situado al pié de la fortaleza de Chapultepec, hasta que ésta fué tomada del lado del Molino del Rey.

Con los que le quedaron de tropa en esta accion, marchó por la línea de la Verónica, y contuvo en la obra de Santo Tomas al enemigo.

Por hallarse flanqueada esta posicion, y por órden que le mandó el general en gefe, hizo una retirada bien ordenada, y batiéndose por su retaguardia y por su flanco derecho hasta la garita de San Cosme, donde se fijó.

Pidió cuatro piezas al general en gefe, que calculó necesarias para sostener este punto, las que le condujo el coronel Lopez Acebedo; y primero con su infantería, y despues con estas piezas, se batió, hasta que el enemigo á las seis y media de la tarde lo desalojó á viva fuerza, esterminando la que le presentó para sostener la batería, y poniendo fuera de combate á los artilleros de su dotacion, y hasta las mulas; por lo que solo pudo retirar una culebrina de á cuatro.

Declaramos, como mejor prueba de nuestra imparcialidad, que si no hubiese sido por la espontánea, eficaz y valerosa defensa que hizo el general Rangel de la línea de Santo Tomas hasta San Cosme, el enemigo se habria apoderado en la mañana del 13 de la ciudad.

Por lo que toca á los trescientos hombres que en el párrafo primero de la página 32 se habia dicho le fueron pedidos al general Rangel, está aclarado que á quien se le pidió la fuerza que tenia, fué al comandante de batallon D. Marcial Lopez de Lazcano, quien en virtud de esta órden espresa, se retiró del Molinito con poco mas de cien hombres.

Nos consta igualmente, que en esta defensa salió lastimado de la pierna izquierda el señor general Rangel.

INDICE

de los capitulos que contiene esta obra.

PÁGINAS.


LIBRARY OF CONGRESS
0 011 897 038 A
